Miriam Georg

UNA ESTRELLA SOBRE EL RÍO ELBA

ESPASA

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Primera parte. Hamburgo, 1886
- Prólogo
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15

Segunda parte
- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8

Tercera parte
1
2
3
4
5
6
7
8
Nota de la autora
Bibliografía
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Lily es hija de una de las familias navieras más importantes de Hamburgo. Vive en la mejor zona de la ciudad, y está comprometida con el noble Henry von Cappeln. Aunque su sueño es convertirse en escritora, sabe que su destino es ser madre y esposa. En un caluroso día de verano de 1886, en la botadura de uno de los barcos de la empresa, una ráfaga de viento empuja su sombrero hacia el río Elba. Uno de los trabajadores intenta recuperarlo y resulta herido. Johannes, compañero del operario, se personará en la villa familiar para exigir una indemnización y el ordenado mundo de Lily saltará por los aires: de la mano de Johannes conocerá los bajos fondos de Hamburgo, la zona del puerto, donde malviven estibadores, limpiadores y familias humildes, quienes luchan por sobrevivir día tras día.

Lily y Johannes lo tienen todo en contra para enamorarse, ella está a punto de casarse y él guarda un terrible secreto, pero el corazón no entiende de normas ni de clases sociales.

UNA ESTRELLA SOBRE EL RÍO ELBA

Miriam Georg

Traducción de María José Díez Pérez

Para mi madre

Siempre hay algún deseo que arrastra, pero alguna conveniencia social que retiene.

GUSTAVE FLAUBERT

Primera parte
Hamburgo, 1886

Prólogo

Los ojos de la mujer brillaban como si estuviese febril. Se abría camino a codazos entre la multitud. El sudor le corría por la cara, tenía el vestido desgarrado y lleno de manchas de hollín. Con una mano tiraba de una niña que tenía la nariz roja y con la otra sujetaba a un recién nacido en la cadera.

Alfred Karsten fue el primero que la vio. Buscaba a su hija y recorría con los ojos todas las cabezas de su alrededor, intentando distinguir el cabello rojo de Lily entre los sombreritos temblorosos de las damas y los sombreros de copa de los caballeros. Se estremeció cuando su mirada se topó con la de la mujer. Por el modo en que clavó los ojos encendidos en él, supo de inmediato que era el objeto de su ira. Se detuvo un instante a pensar, con el ceño fruncido, qué podía querer. Se notaba que no formaba parte de los invitados. Llegaba recién salida del albañal del Gängeviertel y casi podía oler la miseria que desprendía el barrio. Esta sospecha se vio confirmada con las miradas escandalizadas que la seguían y la distancia a la que se mantenía la gente que la percibía a tiempo. Iba a volverse para dar orden de que se la llevaran de allí con discreción, convencido firmemente de que solo podía haber acabado por casualidad en medio de tan distinguida concurrencia, pero cuando vio que la mujer le propinaba un golpe en la espalda sin previo aviso a una dama ataviada con un vestido con polisón violeta porque le cerraba el paso, y cómo la dama jadeó, a punto de dejar caer el parasol, él salió bruscamente de su pasmo. La desconocida acababa de atacar en público a la esposa de un hombre honorable de Hamburgo. Si la denunciaba acabaría en presidio sin juicio previo. Que se arriesgara a semejante cosa sin siquiera darse cuenta de lo que había hecho le demostró que a la mujer le pasaba algo. Parecía enferma, maniaca, y no había apartado la vista de él ni un solo segundo.

Un leve escalofrío le recorrió el cuerpo, el vello de los brazos se le erizó, como electrizado. Obedeciendo a un instinto, situó tras él a su esposa, Sylta, que lo miró desconcertada, y después hizo una señal con la cabeza a Franz. Su hijo solo tardó unos segundos en hacerse cargo de la situación. Sin cambiar la expresión tranquila de su rostro, dio una orden concisa a los trabajadores del puerto a los que habían contratado ese día para que se encargaran de la seguridad. Con las manos unidas por la espalda, los hombres formaban una fila tras la tribuna, mirando al frente. Tres de ellos abandonaron la formación en el acto y fueron al paso a por la mujer, pero antes de que pudieran atraparla, empezó a gritar:

—¡Karsten! Mi esposo bajó de tu barco siendo un tullido. Siete hijos se han quedado sin padre. Moriremos todos en la miseria. Trabajó diez años para la naviera y ahora lo echan como a

un perro sarnoso.

Uno de los hombres cogió por la cintura a la alborotadora para intentar llevársela de allí mientras el resto la apartaba de la multitud. Ella soltó a la niña, arañó, gritó y hasta trató de morderlos. A punto estuvo de dejar caer al niño de pecho. El hombre la agarró por el pelo sin miramientos y le retorció la mano libre hasta la espalda. De pronto, al darse cuenta de que no tenía nada que hacer, la mujer cambió de tono y los chillidos se tornaron una súplica desesperada.

—¡Por favor! ¿Cómo vamos a sobrevivir? —exclamó—. Mi esposo necesita trabajo. Mis hijos morirán.

Como para corroborar sus palabras, ambos niños rompieron a llorar a lágrima viva.

—Lleváosla de aquí —gruñó Franz mientras dirigía una sonrisa tranquilizadora al gentío.

Hizo una seña con la cabeza a otro trabajador, que acudió de inmediato para ayudar a los demás. El hombre cogió a la niña sin vacilar, se la echó al hombro y se la llevó. Los demás agarraron a la mujer por los brazos y siguieron a su compañero. Pronto se dejaron de oír sus gritos desesperados y el llanto de los niños, acallados por el murmullo agitado de la multitud.

Alfred se enjugó disimuladamente la frente con un pañuelo de bolsillo. Aquello podría haber salido de manera muy distinta. En situaciones como esa se alegraba de tener a su lado a Franz, que no tenía escrúpulos en actuar con mano dura cuando había que hacerlo. Sonrió para invitar a la calma a los asistentes, quienes parecían algo nerviosos pero tampoco muy impresionados. Todos los presentes se hallaban en una situación similar y sabían que el incidente no había sido culpa suya. Durante un instante se le pasó por la cabeza que la mujer tenía razón. Era probable que muriera de hambre, al igual que sus hijos; el pequeño ya parecía estar más muerto que vivo. Si el padre dejaba de ganar el pan, no le quedaría más remedio que poner a mendigar a los hijos mayores, y con ello difícilmente podría alimentar a una familia de nueve miembros. Aquel era un mundo cruel, vivían en un sistema desalmado, pero no era cosa suya. ¿Acaso debería pagar a cada uno de sus trabajadores un subsidio de enfermedad? Tal ridícula idea lo hizo resoplar con suavidad. ¡Eso sería su ruina! Para ese tipo de situaciones injustas no había solución. Esa mujer, como tantos otros de su condición, tendría que conformarse con su destino. Y sin embargo... no podía dejar de pensar en aquella niñita que iba agarrada a la falda de su madre. Aunque pareciese extraño, le recordaba a Lily, con la mirada tímida pero curiosa y delicadas pecas en la nariz. Sacudió la cabeza como para llamarse al orden, y se sorprendió a sí mismo cuando de pronto se volvió hacia su hijo y le dijo al oído:

—Ocúpate de que le haga llegar a la mujer cincuenta marcos a modo de compensación.

Franz permaneció imperturbable, pero la mirada con que reaccionó a sus palabras reflejaba un asombro no exento de incredulidad.

—¿Es que te has vuelto loco? —inquirió entre dientes.

—¡Haz lo que te digo! —Alfred no tenía el menor deseo de enzarzarse en una discusión y giró sobre sus talones, pero Franz lo cogió por el brazo con brusquedad.

—Si le damos algo a esa mujer, los demás no tardarán en venir arrastrándose.

Él vaciló un instante. Era una objeción fundada.

—Está bien, solo recibirá el dinero si no le cuenta a nadie de dónde ha salido. Como alguien llame a nuestra puerta y la nombre, exigiré que me sea devuelto de inmediato. Creo que eso la hará callar.

Franz no se aplacó.

—Padre, es la mayor estupidez...

—¡No me lleves la contraria! —La voz cortante de Alfred no admitía réplica. En un futuro no muy lejano su hijo se haría cargo de los negocios y, con ello, de la obra de toda su vida. Pero todavía era él quien tomaba las decisiones.

Tras dirigirle una última mirada de incredulidad, Franz dio media vuelta para transmitir la orden.

Alfred exhaló un leve suspiro y contempló el Titania. El barco era un regalo para la vista, no podría estar más orgulloso. Lo habían construido de manera tradicional, pero estaba equipado con la tecnología alemana más avanzada. La botadura se había llevado a cabo en Liverpool, donde lo habían construido, pero el bautizo debía celebrarse allí, en aguas de Hamburgo, siguiendo sus tradiciones.

La embarcación se hallaba empavesada, se había izado la bandera rayada azul y blanca de la compañía Karsten y en la proa colgaba una gran corona de flores. Todo estaba listo. Solo había un problema: faltaba la madrina, y sin ella no podía empezar la ceremonia. Se sacó el reloj de bolsillo y le dirigió una mirada nerviosa: tendría que haber llegado hacía un buen rato.

¿Dónde estaba Lily?

1

La mano de Lily se movía inquieta por el papel. En la hoja había caído una manchita de tinta de la pluma y había formado una lágrima azul. Se difuminaba ligeramente en los bordes, donde las fibras del papel abrían la superficie de la gota. Sin embargo, Lily no se percató de ello. Miraba al frente, frunciendo el ceño con aire pensativo, de modo que en el entrecejo se había formado el circulito que su madre siempre llamaba con cariño la «arruga del pensador».

El aire vibraba sobre Hamburgo, el cielo era un océano azul infinito. Era como si una campana de calor hubiese cubierto la ciudad y sofocase todo el movimiento en su interior. Las aguas del Alster, que Lily veía desde su mesa, ni siquiera dibujaban pequeñas formas onduladas como de costumbre. El río se deslizaba indolente como un espejo turquesa.

Los colores del agua, el aroma denso de los rosales trepadores ante su ventana y la extraña calma que envolvía la ciudad provocaron en Lily cierta sensación. Una sensación casi dolorosa que le oprimía el pecho. Ya la había notado antes. La invadía a menudo los días que hacía calor, cuando el dulce soplo del verano era omnipresente. Cobraba especial fuerza durante las tardes que se sentaba en la terraza con su madre y con Michel y se leían en voz alta. Desde hacía unos minutos buscaba una palabra para describirla. Ya había descartado *anhelo*. No era eso. *Melancolía* tampoco era lo que buscaba. Se trataba de algo parecido, pero quería encontrar la palabra perfecta, la que reflejase de la manera más precisa posible lo que sentía. «Cuando seáis capaces de expresar en pocas palabras lo que sentís exactamente, sabréis escribir», decía siempre la señora Finke, la que fuera su maestra. Y Lily se lo había tomado a pecho.

Solo que no le salía.

Escribió *presentimiento* y, con el ceño fruncido, observó que las letras se inclinaban un poco hacia la derecha. Seguía sin dar en el clavo, si bien esa palabra encerraba algo de verdad. Sentía como si estuviese esperando algo, como si el aire fuese portador de una promesa de futuro en sí. Pese a todo tachó la palabra con una raya enérgica. Una verdad a medias no servía, quería exactitud.

Unas semanas después, al hojear las páginas, la recorrería un escalofrío. En vista de lo sucedido, la palabra había adquirido un significado nuevo por completo.

Aunque en ese momento solo describía la alegría anticipada de un verano largo y caluroso en el que, sobre todo, quería escribir. Escribir y leer. Y bailar. Y besar. Quizá no en ese orden, pero eso ya lo determinaba Henry. Siempre era tan correcto, tan estricto en la observancia de las normas, como si su vida dependiera de ello. Oficialmente solo les estaba permitido verse

acompañados, y en lugar de sortear este precepto y cortejarla a escondidas, como era de esperar, él insistía en ceñirse a rajatabla a lo establecido. A veces parecía molestarla lo poco que él se esforzaba en galantearla. Sí, se iban a casar, incluso estaban prometidos de manera oficial, pero eso no quería decir que ahora él pudiera dejar de escribirle cartas y hacerla sentir bella y deseable. «Has dejado de valorar lo que tienes», le echó en cara en una ocasión, y él la miró horrorizado y prometió mejorar. Y así fue: en forma de chocolate y un poema.

No, el chocolate y los poemas no estaban mal, con ellos al menos podía presumir en el seminario, aunque el poema no lo hubiese compuesto el propio Henry, sino Brentano. Los poemas de Brentano le parecían sumamente hermosos. Ella quería besos apasionados en el vestíbulo y románticos encuentros nocturnos para los que tuviera que escabullirse de casa, como en los libros que Berta le prestaba de tapadillo y que escondía en el estante, detrás de Goethe. Pero eso no iba con Henry. Pensar que ese día lo vería en el bautizo del barco la hizo sonreír. Estaba enamorada, de eso no cabía la menor duda. Henry tenía intención de ir a buscarla, pero estaba enfrascado en sus estudios de Medicina, no le faltaba mucho para terminarlos. Sus padres habían salido hacía ya más de dos horas, pero podía ir sin problemas con Franz. Antes de los actos solemnes se celebraba una recepción en la galería comercial Alsterarkaden y Lily se había resistido a ir; las recepciones se le antojaban de lo más aburridas. De pronto, al recordar el bautizo, fue consciente de que ya llevaba demasiado tiempo allí sentada. ¡Debía prepararse!

El aire inmóvil en la estancia hacía que por los resquicios de la habitación saliese un fuerte olor a alfombra y a madera antigua, lo que le daba una idea del calor que haría durante el bautizo, que se celebraría al aire libre y —que ella supiese— a pleno sol. Sería mejor prescindir del maquillaje en polvo, pues solo conseguiría que le corriera por las mejillas. Además, tampoco tenía tiempo para eso. Tras llevarse un susto al mirar el reloj de péndulo del pasillo, echó a correr hacia la cómoda. Menos mal que esa mañana Seda ya le había recogido el pelo. Del artístico peinado solo se habían escapado un par de tirabuzones pelirrojos, que había que devolver a su sitio. Era un trabajo inútil, ya que de todas formas se le volverían a salir en cuanto Lily se moviera. El vestido nuevo, almidonado y fragante, estaba colgado en el armario. Lo miró malhumorada: vestida de blanco se veía pálida y espectral. Siempre tenía la sensación de desaparecer en la tela, pero su padre había insistido: «Una madrina debe parecer lo más joven e inocente posible, y ¿qué mejor forma de subrayar tal cosa que un vestido de encaje blanco?».

Con una horquilla para el pelo en la boca, se quitó a toda prisa la bata e hizo sonar la campanita que tenía junto a la cama.

—¡Seda, llego tarde! —gritó asomándose al pasillo, con la esperanza de que ella quizá estuviese cerca. La volvió a llamar con apremio y tomó conciencia de lo retrasada que iba. Franz llegaría de un momento a otro y ella apenas había empezado a prepararse.

Se puso delante del espejo en camisola, echó mano del colorete y se aplicó un poco en las mejillas. «¡Maldición! Me he pasado.» Ahora parecía que tenía fiebre. Humedeció una toallita en una jofaina con agua y se la pasó por el rostro. Con ello no mejoró las cosas, ya que ahora el rojo

le formaba chorretones por las mejillas. Le dio la vuelta a la toalla con rapidez y se la pasó por la parte seca, frotando todo lo fuerte que pudo para borrar el color. Cuando terminó, los ricitos que enmarcaban su cara se le habían encrespado, parecían electrizados, y tenía las mejillas encendidas. «Menos mal que hoy no voy a hablar delante de casi un centenar de personas —dijo a la imagen que le devolvía el espejo, e hizo una mueca—. Uy, un momento: ¡si era hoy!» Lanzó un suspiro y tiró la toalla a un rincón. ¿Cómo le había vuelto a pasar, con la cantidad de tiempo que tenía? ¡La mañana entera! Como siempre, el tiempo hacía sencillamente lo que le venía en gana cuando se sentaba ante el escritorio y las ideas se convertían en palabras, las palabras en frases y las frases en personajes e historias. Se tornaba líquido, se desdibujaba y, cuando Lily levantaba la vista y creía que solo había pasado un momento, había volado.

Reparó en el sombrero nuevo y se mordió los labios. «De ninguna manera —la había advertido su padre—. Cualquier otro día, vale, pero en el bautizo, no.» Lily sabía que lo decía en serio. El sombrero era un tanto osado, había que reconocerlo. Grande y verde oscuro, con un ala enorme que se movía y una cinta ancha con pequeños lunares. Extravagante y sin duda llamativo, siguiendo el último grito, algo que al conservador de su padre no le gustaba, le quedara como le quedase a ella. Pero a Lily le encantaba ese sombrero. Y así le daría algo de sombra al rostro. Mientras seguía pensando si se podía atrever a desafiar la orden que le había dado su padre, entró Seda.

—Vamos con retraso, ¿no? —preguntó mientras echaba mano del corsé, que esperaba en la cama.

—Con mucho retraso. —Lily dejó caer la camisola, levantó los brazos y se situó delante de Seda para que se lo pusiera. No solo el vestido, también el corsé seguía la última moda. Era largo, presionaba el vientre y hacía sobresalir la cadera, el pecho y el trasero. Solo con ver cómo lo sostenía Seda, ya parecía tremendamente estrecho e incómodo. Lily solo se lo había probado un instante y al cabo de pocos minutos había pedido a su doncella que se lo desatara porque se sentía como en una jaula. No se explicaba cómo iba a sobrevivir con esa prenda a un día con un calor tan sofocante. No podía olvidar de ninguna manera los pomos de olor para no caer de la tribuna y acabar sobre el gentío.

—Para estar bella hay que sufrir —comentó Seda al ver la expresión atormentada de Lily en el espejo, y le dedicó una sonrisa de ánimo.

Lily asintió apretando los labios y se agarró al poste de la cama. La doncella tiró con todas sus fuerzas de los cordones, las ballenas de acero le constriñeron el cuerpo y dieron a su vientre el moderno talle de avispa. Lily se estremecía con cada tirón y notaba que sus intestinos se comprimían cada vez más. Era como si tuviese una piedra de gran tamaño sobre el estómago.

Seda sacó la cinta métrica y, con una expresión de concentración, rodeó con ella la cintura de Lily:

—Cincuenta y tres centímetros —asintió con aire satisfecho.

—De esa guisa podrías ganarte un buen dinero en las esquinas —observó una voz a sus

espaldas.

Lily se volvió en redondo: en la puerta estaba Franz, que la miraba con una expresión de ligero desdén. Un rojo febril tiñó las mejillas de Seda, que miró tímidamente al suelo. Lily sabía que a su doncella le parecía atractivo su hermano mayor, incluso estaba un poco enamorada de él. Franz, en cambio, hizo lo de siempre y actuó como si en la habitación no hubiera nadie más.

—Tan encantador como de costumbre —espetó Lily, y él hizo una mueca burlona.

—Los caballos están enjaezados. Tenemos que irnos.

—Como puedes ver, aún no estoy lista.

—Has tenido todo el día.

—Ya, pero aun así tardaré un poco más. De todas formas no empezarán sin mí. —Como siempre que hablaba con Franz, su tono se teñía de una suerte de irritación mordaz.

Apoyado en el marco de la puerta, su hermano se echó hacia atrás y miró el reloj del vestíbulo.

—Quieres hacer esperar a toda una multitud, ¿es eso? Muy propio de ti. A fin de cuentas, el mundo gira alrededor de Lily Karsten. —Enarcó las cejas—. Te doy cinco minutos. Los caballos están al sol —le recordó imperturbable, y dirigiendo otra mirada despectiva a sus pechos, que asomaban por el corsé, desapareció.

Lily lanzó un improperio vulgar que hizo estremecer a una más que escandalizada Seda.

—Como si le preocuparan los caballos. Lo único que quiere es ponerme en evidencia. —De ninguna manera le daría tiempo a estar lista en cinco minutos. Todavía tenía que ponerse el vestido y encima el peinado tampoco estaba terminado—. No se atreverá... —farfulló.

Supo en el acto que sí se atrevería a irse sin ella y ponerla en ridículo delante de todo el mundo, incluso lo disfrutaría. Pensó febrilmente.

—Seda, baja deprisa y di a Agnes que pida a Toni que asegure el caballo a la calesa. Franz se irá sin mí, me lo conozco.

Seda dejó caer de golpe la cinta métrica y salió corriendo hacia la puerta. Durante un instante, Lily se quedó paralizada pensando qué podía hacer sin ayuda, y al final fue hacia el espejo para arreglarse el cabello. Aun así, al cabo de pocos segundos comprendió que era inútil. Había demasiada humedad en el aire y los rizos se enroscaban hacia todas partes. Frustrada, volvió a poner en su sitio las horquillas. En ese momento oyó por la ventana abierta los cascos de los caballos en la gravilla.

—¿Cómo? Pero si ni siquiera han pasado los cinco minutos —indicó, y fue deprisa al balcón.

Llegó justo a tiempo de ver a Franz con el sombrero de copa y su sonrisa maliciosa despidiéndose de ella con la mano por la ventanilla del carruaje, que atravesó el portón camino de Bellevue. Furiosa, Lily dio un puntapié a la barandilla y se estremeció cuando un dolor punzante le subió por la pierna.

—¡Si serás ruin! —le gritó, pero el carruaje ya había desaparecido tras los árboles de la avenida.

Entró en la habitación saltando a la pata coja.

—¡Seda! ¿Dónde estás? —llamó desesperada. Ahora sí que debía darse prisa, mucha prisa.

Quince minutos después Lily Karsten bajaba al vestíbulo por la gran escalera. Sus mejillas aún estaban un tanto rojas, pero iba perfectamente encorsetada y ataviada. Con el vestido blanco daba la impresión de que la cintura se le quebraría con el primer movimiento inadvertido que hiciese. Mientras se miraba por última vez en el espejo que colgaba sobre la chimenea, Agnes, el ama de llaves, salió a su encuentro con la preocupación reflejada en el semblante.

—Ay, Lily, tenemos un problema —informó. En ese momento paró de hablar y alzó la vista —. Pero creía... Si tu padre te prohibió... el sombrero verde... —Como siempre que no había nadie cerca, tuteó a Lily.

—Lo sé, lo sé, pero es la única manera. Debo ocultar el pelo. —Lily, que en el último segundo había acabado decidiéndose por la rebelión y ya se estaba arrepintiendo, le restó importancia deprisa con un gesto para que Agnes no le provocase mayor inseguridad aún—. ¿Qué problema hay?

—El caballo cojea —repuso el ama de llaves con cara de sepulturero—. Toni se acaba de dar cuenta. No puedes coger la calesa.

—¿Cómo? —Lily clavó la vista en ella espantada.

Los ojos le hacían chiribitas y tuvo que agarrarse un instante a la balaustrada. «Es por el corsé», pensó, y respiró todo lo hondo que pudo. O por la idea de una multitud impaciente de la alta sociedad de Hamburgo que la esperaba bajo un calor abrasador.

—No puede ser —continuó jadeante.

—Y ahora ¿qué hacemos? —Agnes unió las manos con aire de preocupación. Como siempre que se ponía nerviosa, parecía una gallina hinchada. Lily se dominó, cogió aire con fuerza y, pasando por delante de ella, salió de casa a la carrera.

Fuera, en la entrada semicircular, estaba la pequeña calesa que su padre utilizaba cuando iba solo. Silber, el semental negro que habían comprado en otoño del año anterior, se encontraba delante resoplando. Toni estaba agachado, examinando el casco delantero.

—¿Qué le pasa? —preguntó Lily, que se había quedado sin aliento y jadeaba de tan solo bajar el puñado de escalones.

—Buenos días, señorita Lily. —A modo de saludo, Tony se levantó la gorra, sin soltar el caballo—. No lo sé, tiene la pata hinchada. Así no puede trotar.

—Pues ve por otro caballo, deprisa. —Lily se enjugó la frente, ya estaba empezando a sudar —. Voy con mucho retraso —aseguró desesperada.

Tony asintió enarcando las cejas.

—Ya he dado aviso, pero tardará un poco.

Lily sabía que tenía razón: tenía que desenganchar a Silber y enganchar el otro caballo, que ni siquiera estaba a la vista, quizá incluso almohazarlo o rasparle los cascos.

—No tengo tiempo.

El caballerizo se pasó la mano por la cabeza desconcertado. Agnes, que había salido corriendo detrás de Lily, se retorcía el delantal.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —inquirió. Bajo la cofia sus mejillas eran de un rojo vivo—. Como no llegues a tiempo, será una catástrofe.

—Lo sé. —Lily suspiró y miró a su alrededor con aire suplicante, como si esperase que apareciera una calesa por el camino como por arte de magia—. Maldito Franz, mira que dejarme aquí... —Estampó el pie contra el suelo como si fuese una niña pequeña, y le habría gustado tirarse del pelo. De pronto reparó en un objeto brillante que estaba apoyado en la pared, junto a la columna de la puerta principal.

La nueva bicicleta de Franz.

Lily arrugó la frente y se le pasó una idea por la cabeza. Una idea de lo más desacertada y demencial. Se mordió los labios. ¿Se atrevería? No, era absolutamente indecoroso. ¿O acaso no? Había visto imágenes de mujeres en bicicleta, claro que eran carreras ciclistas, competiciones deportivas. Y se habían celebrado en Bélgica y Francia, no en Hamburgo. Y ¿con un vestido como el que llevaba ella? No, era demasiado descabellado. Sabía montar, le había dado tanto la tabarra a Franz para que le enseñara que su hermano terminó practicando con ella ante la casa a regañadientes. Con la vieja bicicleta de rueda alta no se había podido manejar, pero esa era una bicicleta moderna, con las dos ruedas a la misma altura; acababa de salir al mercado y, por tanto, era fácil de manejar también para ella. Era una sensación deliciosa que el aire le agitara el cabello mientras oía el traqueteo de las ruedas en la gravilla. Michel correteaba a su alrededor entre risas e intentaba darle alcance. Ella se sentía libre. Como si pudiese bajar a toda velocidad por el camino de acceso hasta Bellevue y desaparecer. Sus piernas la llevarían hasta su destino, allá adonde quisiera ir, a la velocidad del viento. Envidiaba a más no poder a su hermano mayor por poder ir en bicicleta a la ciudad. La había hecho traer de Inglaterra exprofeso y había pagado nada menos que trescientos marcos por ella. «Como le hagas algún arañazo y me dé cuenta, más te valdrá no estar cerca», la había amenazado Franz, y ella sabía que lo decía en serio.

Pero no tenía intención de hacerle ningún arañazo. Montar en bicicleta era cosa de niños una vez que se le cogía el tranquillo, aunque sería difícil que no se le quedara enganchada la falda. Pero si se agarraba el vestido con una mano y con la otra llevaba el manillar... Miró la cara de desconcierto de Agnes y Toni.

—Mandaré a un muchacho al mercado para que pare un coche de punto —sugirió Agnes ahora, pero Lily desechó la idea.

—Cuando quiera llegar, el bautizo habrá terminado.

Vaciló un segundo antes de ponerse en marcha con resolución. Con los caballos tampoco habría ido mucho más rápida que con la bicicleta y de ese modo al menos podía salir en ese mismo momento. Solo debía asegurarse de que los asistentes no la viesen; de lo contrario armaría un escándalo.

Alfred Karsten sonreía con confianza a los expectantes rostros. Había acudido todo el mundo: el alcalde y el primer teniente de alcalde, Petersen y Kirchenpauer; el concejo, y Gerhard Weber y Jens Borger, sus principales inversores. Vio brillar con el sol el pelo amarillo de Ludwig Oolkert; le extrañó un tanto su presencia. Oolkert era el propietario del edificio Rosenhof, la primera factoría de Hamburgo y única hasta la fecha, y —de creer lo que él decía— la más moderna del mundo. Desde principios de ese año la compañía naviera Karsten también había trasladado su sede allí. Pese a ello, la relación que mantenían Oolkert y él era fría, por decirlo con suavidad. Sencillamente no congeniaba con ese hombre. Sin embargo, agradecía de verdad que ese día dejara los negocios para ofrecer su respaldo a los Karsten. Como era natural, no lo hacía sin una segunda intención, algo de lo cual él era muy consciente. Pero con todo y con eso, era un gesto noble.

Miró a su alrededor. Medio Bellevue y gran parte de la Elbchaussee se habían congregado allí, todo el mundo sudando a más no poder con sus elegantes vestidos y trajes. Daba la impresión de que Hamburgo era un horno. Las damas se daban aire con plumas y abanicos y los caballeros se enjugaban con disimulo hilillos de sudor que les corrían por las sienes. Alfred Karsten empezaba a impacientarse. Solo era cuestión de tiempo que alguna de las mujeres no aguantase la opresión del corsé y el calor; la esposa de Gerhard Weber no tenía buen color. En el puerto nunca olía especialmente bien, pero ese día era como si el aire recociese todas las emanaciones de la ciudad hasta despedir un único hedor espantoso, que lo envolvía todo como un velo turbio e incluso a él le provocaba una sensación de pesadez en el estómago. No podía hacer esperar más a la gente. Si Lily no llegaba de inmediato tendría que buscar a otra persona. Sylta no podía sustituirla; según la tradición, la madrina debía ser una doncella. Miró a su alrededor con discreción y se dio cuenta de que cada vez estaba más enfadado.

Quedaba claro que no se podía confiar en Lily, siempre pasaba lo mismo. Estaba con la cabeza en las nubes; o mejor dicho, en los libros. De entrada él lo aprobaba, pero ello la convertía en una soñadora. Era un honor ser elegida madrina de un barco tan importante como el Titania. Un gran honor. Al parecer su hija no solo no lo apreciaba, sino que por lo visto ni siquiera lo entendía. Él sabía con certeza que la naviera no significaba tanto para ella como para el resto de la familia, que los barcos la aburrían y que no entendía qué era lo que tanto lo fascinaba a él, pero aun así. Esperaba de ella un mínimo de decencia, pero la discusión que había tenido que aguantar por su espantoso sombrero nuevo... La mera idea hizo que le rechinaran los dientes. ¡Que de verdad quisiera llevar algo verde en el bautizo de un barco! Por suerte, Franz la había hecho callar en el acto. A menudo era demasiado duro con sus hermanos, pero por lo menos Lily no discutía tanto con él. Alfred profirió un suspiro y volvió a mirar a su alrededor. A veces pensaba que Sylta y él habían sido demasiado liberales con su educación. Lily tenía ideas

propias, algo que en principio a él le gustaba; Sylta era igual, aunque de un modo más sereno, menos rebelde. Estaba completamente a favor de que las mujeres pensaran por sí mismas.

Sin embargo Lily a veces olvidaba cuál era su sitio.

En ese preciso instante un murmullo recorrió la multitud, las cabezas se volvieron, los cuellos se estiraron, la gente susurraba tapándose la boca con las manos. La expresión de su esposa le dijo que algo iba mal: el rostro se le había demudado.

—Por el amor de Dios —dijo entre dientes—. ¿Cómo se le ha ocurrido eso?

Sylta se agarró con fuerza a su brazo y señaló horrorizada el astillero. Ahora él también veía lo que tanto desconcertaba a la gente y a su mujer.

Lily había llegado. En la cabeza llevaba el sombrero verde con la enorme pluma. Y —se quedó sin aliento— ¿acaso había perdido el juicio? Durante un momento pensó que la vista lo engañaba.

¡Su hija iba montada en bicicleta!

Lily hubo de reunir todas sus fuerzas para no dar media vuelta. Las rodillas le temblaban. Intentó dirigir una sonrisa cautivadora a la multitud que la miraba, pero los músculos de su rostro se negaban a obedecerla. El plan había fracasado estrepitosamente. Se había perdido unas cuantas veces, incluso se había caído cuando el vestido se le enredó en la cadena. Ahora tenía los guantes sucios y un desgarrón en las faldas. Para colmo se le había olvidado dónde estaba anclado con exactitud el Titania. Nunca había ido allí sola. Al dar la vuelta a una esquina a toda velocidad vio que docenas de personas se volvían hacia ella y la miraban horrorizadas. Ya era demasiado tarde para dejar la bicicleta escondida.

Le habría gustado que se la tragara la tierra allí mismo, pero se acercó despacio y se bajó delante de todos con la cabeza alta, como si aquello fuese la cosa más natural del mundo. Los cuchicheos de la gente hicieron que sintiera un cosquilleo en la nuca. El sudor le corría por el cuerpo. El corsé no dejaba que sus pulmones se llenasen de aire como era debido. Apenas podía controlar la respiración con aquel vestido tan ceñido. Miró atemorizada la pequeña tribuna, donde estaba su familia. Incluso desde esa distancia vio que su madre a duras penas lograba conservar la serenidad. Franz parecía como petrificado, Henry estaba completamente blanco y su padre echaba humo de la ira contenida.

Las ideas bullían en el cerebro de Lily. Ahora solo podía hacer una cosa: mostrarse tranquila y sonreír.

En busca de un sitio en el que dejar la bicicleta, miró a su alrededor. A su lado, apoyado en una farola, había un hombre, a todas luces un trabajador del puerto, que la escudriñaba con una expresión extraña en el rostro. Una mezcla de curiosidad, asombro y... regocijo. Lily se dio cuenta de que esa mirada la hacía enrojecerse aún más. «Se está riendo de mí», pensó furiosa. Pero entonces se rehízo.

—¿Le importaría? —preguntó con voz almibarada, deslizándole la bicicleta para ofrecerle el manillar.

Los ojos del hombre reflejaron su sorpresa. Durante un instante no reaccionó. Su mirada penetrante hizo que a Lily le hormiguease el cuerpo. Después él levantó una ceja y se hizo cargo de la bicicleta sin mediar palabra. Ella se percató de que, de una manera tosca, era muy atractivo. Le dio las gracias con una sonrisa que el hombre no devolvió. Cuando pasó por delante de él, notó su mirada clavada en la nuca.

Para entonces la multitud había abierto un pasillo por el que ahora iba ella como una novia camino del altar. «O como Ana Bolena hacia el patíbulo», pensó, y tragó saliva. Tenía la sensación de andar entre una manada de lobos. Con una sonrisa forzada congelada en el rostro, fue despacio y con la cabeza bien alta hacia su familia, haciendo malabares para recogerse el vestido y ocultarse el siete con la mano. Mientras tanto se esforzaba en pasar por alto los comentarios sobre su entrada en escena, algunos susurrados, otros altos y claros, que llegaban a sus oídos.

«¿Lo has visto, Millie? ¡Sentada a horcajadas sobre la barra!» «¿Está permitido?» «Menudo escándalo.» «¿Cómo puede tolerar algo así Karsten?»

Con el estómago dolorido, Lily pensó que después de ese día sus padres la meterían a buen seguro en un convento situado en los confines del mundo y no la dejarían volver a casa jamás. Pero cuando se atrevió a mirar de pasada las caras de los invitados vio, para su sorpresa, que no todos parecían horrorizados. Algunos caballeros le sonreían con evidente regocijo, incluso impresionados, sí, y la anciana Gerda Lindmann, la mejor amiga de su abuela, reía entusiasmada y la saludaba con su pañuelo de encaje.

Ella levantó la mano tímidamente para devolverle el saludo.

Mientras Lily se dirigía a la tribuna, la familia tuvo tiempo de recuperarse. Sylta fue la primera en reaccionar.

—La sorpresa que les teníamos reservada ha salido bien —anunció a la multitud con una sonrisa radiante—. La espera ha valido la pena, damas y caballeros. La madrina ha llegado. A nuestro juicio una ocasión especial merece una entrada especial. Confío en que hayamos conseguido impresionarlos con ella.

Gerda Lindmann fue la primera en empezar a aplaudir durante el silencio que se hizo. Dio suavemente con el codo a la dama que tenía al lado, quien, tras un segundo de vacilación, también se puso a dar palmadas. Le siguieron en rápida sucesión algunas personas aisladas y se les fueron uniendo cada vez más invitados. Aunque en particular las damas de más edad, consternadas, aún tenían la mirada sombría, el ambiente en general mejoró.

Lily se atrevió a mirar de soslayo a su padre, que también aplaudía, si bien ella vio que tras la fachada estaba que trinaba. Franz la miró de arriba abajo con una expresión casi rebosante de

odio en los ojos. No aplaudió, pero tras una mirada de exhortación de Sylta esbozó una fina sonrisa.

—Bien, pues ya podemos empezar. —Su padre había tomado la palabra—. Uno ha de pensar adelantado a su tiempo. Este es el lema que acompaña a nuestro bautizo de hoy, el que inspira la poco convencional entrada de mi hija, cuya temeridad confiamos puedan perdonarnos ustedes —afirmó, y cosechó por algunas partes gestos de aprobación y alguna que otra risa.

Lily entendió cuán inteligente era su proceder y le dirigió una mirada de admiración. Sus padres eran maestros en ocultar a la opinión pública las deficiencias de la familia, algo en lo que tenían ya mucha práctica con Michel, pero lo de ahora era una proeza incluso para su padre. Lily vio que cada vez se iba ganando a más personas con sus palabras y su cordialidad, hasta que incluso el gesto más furioso se relajó. Nadie se podía resistir a Alfred Karsten cuando este ponía en juego todo su encanto de hombre de mundo. La genial idea de su madre de dar a entender que la familia había planeado la osada aparición para divertimento de los invitados fue su salvación.

—Tradicionalmente nuestros barcos se construyen con la maestría propia del oficio, pero sirviéndose de la tecnología más moderna, que hace que surquen los océanos con seguridad. Vamos un paso por delante en nuestra forma de pensar, nos atrevemos cuando otros se quedan atrás —prosiguió su padre, y ella se dio cuenta de que con cada palabra que pronunciaba su seguridad iba en aumento. Ahora incluso Franz asentía satisfecho. Pese a todo, estaba claro que ella daría mucho que hablar. A ese respecto Lily no se hacía ilusiones, pero por lo menos no la pondrían públicamente en la picota y podría conservar la dignidad.

Cuando por fin su padre le cedió la palabra, a Lily todavía le temblaban las manos. Sacó su cuadernito del bolso de mano de nácar y lo abrió. Aunque estaba hecha un manojo de nervios, consiguió respirar con tranquilidad. Notaba el pulso en las mejillas.

—Al igual que Titania, la diosa de las hadas que da su nombre a este majestuoso barco, pronuncia estas bellas palabras en *Sueño de una noche de verano*, de Shakespeare —empezó a decir con voz alta, y oyó que a su lado Franz exhalaba un leve suspiro.

No se alteró. A Franz le parecía ridículo que su padre permitiese que todos sus barcos llevaran el nombre de alguna heroína de las obras de Shakespeare.

—No sé por qué no les das un nombre alemán, también los hay bonitos —refunfuñaba a menudo cuando se abordaba el asunto de los bautizos.

—Los barcos salen de Inglaterra, como gran parte de la buena literatura, así que ¿por qué no van a llevar un nombre inglés? —solía replicar su padre en tales situaciones.

—Goethe también escribía bien —farfullaba Franz, y su padre ponía fin a la disputa tomándole el pelo a su hijo con que ni siquiera sabía lo que había escrito Goethe y pidiéndole si no podía citar alguna cosa suya, ya que tan convencido estaba de la genialidad del escritor.

Lily propinó a su hermano mayor un suave codazo en las costillas, levantó la vista del cuadernito y miró a la multitud cuando citó con voz un tanto temblorosa pero de memoria y con claridad a Titania:

—«Y, sentada en la amarilla playa junto a mí, observaba el navegar de los barcos mercantes. Reíamos de ver cómo el viento retozón hinchaba y preñaba las velas».

A su lado su madre cogió aire sobrecogida. La analogía era un tanto osada. También entre el gentío se oyó un breve murmullo de asombro. Pero era Shakespeare; siempre un poco escandaloso, mas de un modo que resultaba admisible en los salones. Contra él difícilmente se podía decir algo. Lily sonrió, ya que lo sabía de sobra, y continuó con su discurso. Cuando terminó dijo:

—No queda nada que añadir salvo esto: te bautizo con el nombre de Titania, te deseo una vida repleta de buenas travesías y un palmo de agua bajo la quilla en todo momento. Y te bautizo lanzando tres hurras por ti. —Tomó la botella de champán, que estaba dentro de una fina malla y colgaba de un cabo largo, y la estrelló con todas sus fuerzas contra la proa del barco. El cristal se hizo añicos, las gotas de champán salieron volando por el aire y durante un segundo titilaron con la luz del sol antes de desvanecerse en el barro del puerto.

La multitud prorrumpió en gritos de júbilo y aplaudió. Su padre abrazó primero a Lily, sonriéndole y enarcando una ceja al mismo tiempo, lo que le dio a entender que más tarde mantendrían una conversación seria, y después a su madre. Henry, ligeramente confuso, besó a Lily en la mejilla. Franz gritaba de alegría mirando a la multitud y haciendo caso omiso a su familia.

—Ha sido un discurso muy logrado, querida mía. Aunque la cita podría haber estado mejor elegida. —Sylta besó a su hija en la frente—. Estoy orgullosa de ti. De la bicicleta ya hablaremos.

Cuando bajaron de la tribuna y todos los felicitaron, pasó. Una repentina ráfaga de viento levantó el aire seco y polvoriento del puerto. Se oyeron uyes y ayes asustados, dos sombreros de copa se tambalearon y las damas se agarraron los vestidos.

—Una tormenta sería una bendición. —Sylta miró al cielo frunciendo la frente y después apartó la vista, entornando los ojos porque se le había metido arena.

—Pero solo cuando estemos en casa —rezongó Franz.

Lily, que se había cogido del brazo de Henry, también observaba los nubarrones que se concentraban con aire amenazador en el horizonte, sobre la punta del campanario de la iglesia de San Miguel.

—Procura no mojarte cuando vuelvas a casa, hermanita.

Asustada, Lily miró a su hermano mayor y vio su gesto malicioso.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No creerás que voy a volver yo en bicicleta, ¿no? Y con el calor que hace.

—Pero... —Lily lo miró fijamente. En eso no había pensado.

Franz no hizo ninguna mueca.

—De todas formas en el carruaje no hay sitio. Me da lo mismo cómo te las arregles, pero o la

bicicleta está en casa esta tarde o me deberás trescientos marcos.

—No es justo. Me has dejado en la estacada, de alguna manera tenía que... —Lily iba a saltar, pero Henry se interpuso entre ambos.

—Queridos hermanos, seguro que algo se podrá hacer. Aquí en el puerto será difícil que encontremos un coche de punto, pero daremos con alguien que lleve la bicicleta a casa por un poco de dinero.

Franz rio con desdén.

—Qué pretendes, ¿dársela a un trabajador del puerto? Esa bicicleta vale más de lo que ganan ellos en un año. No, que Lily se encargue de... —En ese momento una nueva ráfaga de viento azotó a la multitud. A Franz le levantó la corbata, que le dio en el rostro, interrumpiéndolo con brusquedad.

Lily notó un tirón en el cabello y de pronto una sensación extraña en la cabeza. Asombrada, se llevó las manos a los rizos.

—Pero ¿qué...? —Miró a su alrededor.

El sombrero había salido volando. Cuando Henry se agachó para cogerlo, otra racha lo hizo bailotear y lo llevó hacia el agua.

—¡Mi sombrero! —exclamó Lily. Después se rio—. Henry, corre, anda.

Más tarde se daría cuenta de lo inofensiva y divertida que se le antojó esa situación. Henry salió dando traspiés tras la prenda verde y ella lo alentó mientras observaba risueña a las finas damas, que corrían despavoridas como gallinas espantadas. Cómo iba a saber ella que ese día, con ese suceso insignificante, empezaría todo.

Justo cuando Henry iba a recuperar el sombrero, una suerte de mano invisible lo cogió y la prenda desapareció entre el barco y el dique del puerto.

—¡Oh, no! —se lamentó Lily.

Henry se quedó un tanto desconcertado y miró al agua. Ella corrió con él.

—Y ahora ¿qué hacemos? ¡Era un sombrero carísimo! Si lo pierdo, con todo lo que ya ha sucedido hoy me pasaré tres semanas castigada.

—No te preocupes, yo lo arreglo. —Henry llamó a uno de los hombres encargados de la seguridad—. Eh, tú: baja a buscar el sombrero de la dama —dijo, no en tono desagradable, pero tampoco era una pregunta, sino una orden.

—Henry, no podemos pedirle tal cosa —protestó Lily.

—¿Por qué no? —Él la miró con cara de asombro y profirió un suspiro. Después, frunciendo el ceño, sacó la billetera, buscó algo en ella y le ofreció una moneda al hombre—. Por las molestias.

El hombre vaciló un instante y cogió la moneda. Lily se estremeció al verle las manos llenas de arrugas, agrietadas. El trabajador se quitó los zapatos, asió una de las amarras que colgaban por el borde hacia el agua y descendió por ella como si fuese un mono.

—¿No es peligroso? —Lily se agarró del brazo de Henry. El gigantesco barco se hallaba a tan

solo un metro del dique.

—¿Qué hay de peligroso en eso? Quizá se moje un poco —respondió Henry, y se echó a reír.

Lily notó que se enfadaba. «Si tan fácil es, ¿por qué no vas tú a por él?», pensó mirándolo de reojo. No creía que en una situación similar uno de los héroes de las novelas que leía se quedase cruzado de brazos sin más. A menudo comparaba a Henry con los hombres de esos libros y la mayoría de las veces salía bien parado: era alto y gallardo con sus rizos rubios, su familia era noble y su comportamiento siempre intachable. Aunque, desde luego, las novelas no eran la vida real. Si uno esperaba que los hombres normales de pronto actuasen como héroes, probablemente se llevaría una decepción. «Pero, a pesar de todo, muy galante no ha sido», se dijo.

Después Lily observó con preocupación que el hombre se mantenía agarrado a la amarra con una mano mientras intentaba llegar con la otra al sombrero, pero quedaba demasiado lejos. Como no lo consiguió, se dejó caer directo al agua.

En ese momento se oyó un restallido a su alrededor. Primero suave, después cada vez más intenso. Sorprendida, Lily miró al cielo: los nubarrones que hacía un instante aún estaban lejos, sobre la iglesia de San Miguel, avanzaban hacia el puerto. En cuestión de segundos las ráfagas se volvieron tan fuertes que tuvo que agarrarse el vestido para que no se le subiera hasta la cabeza. De pronto el viento empezó a aullar como un animal furioso.

—Será mejor que busquemos dónde resguardarnos. —Henry quería llevarla con él, pero Lily se opuso enérgicamente.

—¡Espera! —exclamó.

En el agua el hombre luchaba contra las olas que se levantaban, que seguían alejando el sombrero de él. Lily lo observaba angustiada. «Hace un momento ahí había mucha más agua», pensó antes de caer, horrorizada, en que el Titania se estaba moviendo.

—¡Tenga cuidado! —le advirtió—. ¡El barco!

El hombre la miró, pero no debió de oírla, ya que continuó nadando, mientras hacía que el sombrero se alejara cada vez más con sus movimientos. Presa del pánico, Lily registró su alrededor en busca de ayuda, pero cerca ya casi no quedaba nadie, la gente corría a sus carruajes y calesas. A cierta distancia vio a su familia, que recogía sus cosas deprisa y corriendo y se despedía de los allí presentes.

—Henry, ¿y si el barco lo aplasta? —Lily lo llevó de nuevo hasta el borde del agua y señaló con nerviosismo la cala del Titania, que ahora estaba bastante más cerca del dique que hacía escasos segundos—. El viento lo está empujando contra el muro.

Henry se sujetó el sombrero de copa y siguió con la mirada el dedo índice extendido de Lily.

—¡Ay, Lily, por eso cuelgan esas maromas gruesas sobre el dique, para frenar el barco. De lo contrario se golpearía constantemente contra él y se destrozaría solo! —aclaró chillando contra el viento—. ¡Tú, date prisa, la dama está esperando! —gritó a continuación al hombre en el agua, que para entonces ya había cogido el sombrero.

Aliviada, Lily vio que el hombre regresaba nadando e intentaba subir por una de las maromas,

pero el cabo era demasiado grueso y resbalaba, ya que estaba recubierto de algas. Las manos se le escurrían una y otra vez. Lily notó cómo el miedo asomaba a sus ojos. «Es preciso que vuelva a coger el otro cabo más fino», pensó.

—¡Venga aquí, por aquí es más fácil! —exclamó nerviosa, arrodillándose.

—¡Lily! ¡El vestido! —Su madre, que había aparecido a su lado como de la nada, la cogió por el codo con fuerza y la levantó—. ¿Es que hoy te has vuelto completamente loca?

—Pero si ya está roto. Mamá, ¡mira! —Señaló atemorizada al hombre, que ahora se había puesto el sombrero en la cabeza para poder nadar mejor. Intentaba volver al lugar por el que se había metido en el agua.

—Cielo santo. —Sylta lo miró desconcertada—. ¿Se puede saber qué significa esto?

—El viento se ha llevado el sombrero y lo ha lanzado al agua. Me preocupa que el barco...

En ese momento el Titania profirió un gemido estridente, casi humano, y el espacio que se abría entre el casco y el muro desapareció. De pronto no se veía al hombre.

—¡Dios mío! —exclamó Lily. Sylta palideció, ambas mujeres cayeron de rodillas a la vez para mirar por el borde—. ¿Tú lo ves? ¿Dónde está?

—Estoy aquí. —Una voz ronca se oyó en el agua.

—Gracias a Dios. Desde aquí arriba daba la impresión de que había desaparecido usted —repuso Lily. Al inclinarse un poco más le vio la cabeza al hombre, que se agarraba al muro—. ¿Cree que conseguirá llegar al cabo por el que ha bajado?

—Lo intentaré. Estoy entre dos amarras, pero si me muevo de aquí y el barco vuelve a golpear el dique...

Horrorizada, Lily miró a su madre: Sylta se había tapado la boca con las manos. Seguía arrodillada junto a Lily.

—Henry, ¡haz algo! —pidió esta.

El joven estaba sobrepasado por la situación. Inclinado asimismo sobre el borde, parecía devanarse los sesos, pero sin llegar a ninguna conclusión. Lily estuvo a punto de perder el equilibrio, de lo inclinada que estaba sobre el agua. Vio que ahora el hombre palpaba poco a poco la cala del barco. El espacio que quedaba era tan estrecho que le costaba escurrirse por él cada vez que pasaba una de las gruesas amarras.

De pronto a Lily se le puso la piel de gallina.

Se oyó un nuevo restallido.

Levantó la vista espantada. La hojarasca, castigada por un calor estival que duraba desde hacía semanas, barrió el lugar, y a Lily le entró arena en la boca. De pronto en el agua se oyó un grito desgarrador.

—Por el amor de Dios, ¡está aprisionado! —Sylta se inclinó hacia delante con el rostro blanco.

Acto seguido alguien apartó sin miramientos a Lily, que cayó de bruces contra la arena, arañándose la barbilla contra el duro suelo. Se irguió perpleja. Un hombre con ropa de faena y

una gorra en la cabeza se había lanzado al suelo delante de ella para ver el agua. Al parecer evaluó la situación en cuestión de segundos. Se levantó de un salto y bramó algo. Después echó a correr hacia un montón de barras de hierro, cogió una y la apoyó contra el barco con todas sus fuerzas. Sorprendida, Lily vio que los demás hombres de seguridad y algunos trabajadores del puerto se acercaban corriendo, se distribuían a lo largo del barco y lo imitaban. Se gritaban algo con expresión furiosa.

En un primer momento fue como si el Titania no notara nada. «El barco es gigantesco, ¿qué van a hacer con esas barritas?», pensó atemorizada Lily, que seguía sentada en el suelo entre los hombres con su vestido blanco. Sin embargo, tras unos segundos, mientras los trabajadores empujaban el barco con todas sus fuerzas y el rostro encendido, el Titania cedió y se movió. Primero tan despacio que Lily ni siquiera percibió el movimiento, pero después más deprisa, hasta que las barras que empleaban los hombres dejaron de tocarlo y las amarras a las que estaba afianzado el barco se tensaron.

—¡Ahora! ¡Sacadlo!

El hombre que la había empujado no vaciló ni un segundo. Cuando el espacio fue lo bastante ancho, agarró uno de los cabos y rebasó el dique. Antes de que su rostro desapareciese, su mirada furibunda se clavó un instante en ella y Lily se dio cuenta, asustada, de que era el hombre al que había entregado la bicicleta antes con total desfachatez. Se levantó y Henry, que había estado observándolo todo como paralizado, la ayudó.

Ahora el hombre había agarrado al trabajador herido y se enrollaba con él en un cabo. A una orden suya los hombres comenzaron a tirar y poco después ambos estaban tendidos en el muelle, jadeantes.

Lily iba a correr a ver al herido, pero de pronto se detuvo y se tapó la boca con la mano, horrorizada: la pierna del hombre que había ido a recuperar su sombrero estaba extrañamente retorcida. Se hallaba tendido boca abajo, con las manos hundidas en la arena, y lanzaba unos gemidos angustiosos. Allí donde tendría que estar su pie izquierdo solo se veía una masa sanguinolenta y huesos astillados. Lily tuvo que apartar la mirada, ya que de pronto se le revolvió el estómago.

—¡Deprisa, Henry! —pidió jadeando, pero Henry ya estaba arrodillado junto al hombre.

Tras levantarle la pernera del pantalón y verle el pie, le tomó el pulso.

—Hay que llevarlo deprisa al hospital, debe verlo un cirujano —anunció con semblante grave.

—¿Qué está pasando aquí? —quiso saber Alfred, que llegó junto a Franz; Sylta explicó en pocas palabras lo sucedido—. Este día está maldito —musitó él mientras echaba una ojeada al pie destrozado del hombre. Palideció, desvió la mirada y se pasó un instante una mano por la sien—. Llevadlo al St. Georg. Yo me hago cargo de los costes —ordenó a los hombres que lo rodeaban. Dos de ellos levantaron al hombre, medio inconsciente, mientras los otros corrían a buscar un carro.

El herido lanzó un grito al moverlo tan de sopetón y Lily se tapó los oídos con las manos.

Nunca había oído a nadie gritar así. Cuando se lo llevaron, fue dejando un rastro de sangre de un rojo vivo en la arena del puerto.

—Bien, pues esto lo explica todo. —Su padre se agachó para coger el sombrero, que estaba en el suelo, mojado y sucio. Con una expresión de fría ira en los ojos se lo puso a Lily en las manos —. Confío en que haya valido la pena. —Después tomó a Sylta del brazo y echó a andar con ella hacia el carruaje. Su madre miró a Lily con cara de preocupación, pero se dejó llevar. Franz los siguió en silencio.

Henry le pasó un brazo por los hombros a Lily, que miraba aturdida el sombrero que tenía en las manos. La soberbia pluma verde estaba tronchada y abierta, pero supo que de todas formas no volvería a ponérselo. Se sentía muy mal. Todo aquello era culpa suya, solo suya. Al recordar el grito atormentado que lanzó el herido estuvo a punto de echarse a llorar.

Tras dar media vuelta, su mirada volvió a toparse con la del hombre que había salvado al trabajador. Estaba recogiendo las barras de hierro para ponerlas de nuevo en el montón. La miró con frialdad, casi con desdén. Lily tragó saliva, hizo acopio de valor y fue hacia él.

—Muchas gracias por... —empezó, balbuciendo, pero Henry la interrumpió de inmediato.

—¡Eh, tú! Has empujado a mi prometida y la has tirado al suelo. La has hecho caer. Mira cómo está.

Lily se miró: su vestido blanco estaba cubierto de polvo de arriba abajo; los guantes de color gris perla, rasgados sin remedio, y la palma de las manos, arañada y ensangrentada. Ni siquiera se había dado cuenta.

Por lo visto, el hombre no acababa de decidirse, no sabía si la agitación de Henry lo divertía o lo desconcertaba. Durante un instante lo escudriñó en silencio, con una mano apoyada en la cadera.

—Estaba en medio —espetó al fin, encogiéndose de hombros, y lanzó la última barra al montón. Cuando Henry iba a responder, el hombre dio media vuelta sin más y lo dejó allí plantado, pero después se detuvo, se volvió y miró a Lily—. Siento haberle hecho daño. Tenía que actuar deprisa —se disculpó tras vacilar un momento.

Lily asintió asustada.

—Todo ha sido culpa mía. Muchas gracias.

Al hombre pareció sorprenderle la reacción, pero no dijo nada.

De pronto a Lily se le ocurrió que debía volver a casa de alguna manera.

—Tiene usted mi bicicleta.

—La he dejado ahí delante, atada a una farola.

—Vaya, pues estupendo. De todas formas necesitamos que alguien nos la lleve a casa —terció Henry—. ¿Cómo te llamas?

—Jo Bolten —respondió el hombre con aspereza.

—Bolten, ¿y si llevas ese heroísmo un poco más allá y de paso te ganas un dinero? ¿Qué me dices? La dama necesita que alguien le lleve la bicicleta a Bellevue.

—Si ha podido llegar hasta aquí, ¿qué le impide volver en ella? —planteó el hombre.

—La lluvia, claro está. —Henry le ofreció una moneda—. Va a empezar a llover de un momento a otro. No querrás que enferme de pulmonía, ¿verdad?

El hombre miró la moneda que Henry tenía en la mano y después a Lily. No se movió.

Lily notó que su mirada la hacía enrojecer.

—No tiene por qué hacerlo... —balbució—. Henry, ya encontraremos a alguien que...

—¿Por qué no la lleva usted? —preguntó el hombre a Henry, sin dejar de mirar a Lily. Su voz no era áspera ni desafiante, pero Henry perdió los estribos como si lo hubiese atacado.

—¿Y echar a perder el traje? ¿Cómo se te ocurre tal cosa? Dentro de nada va a empezar a diluviar y la ciudad se convertirá en un lodazal.

En ese preciso instante comenzó a llover. Unas gotas pesadas y frías cayeron al suelo que rodeaba a Lily y la abrasaron en las mejillas y la nuca.

—Bien, ¿qué me dices? —inquirió Henry, estrechando a Lily contra sí con ademán protector —. Hay que llevar la bicicleta a la villa de los Karsten. Seguro que sabes cuál es.

El hombre hizo como si la lluvia no existiera. Las gotas le caían del oscuro cabello en la cara.

—¿La villa de los Karsten? —Dio la impresión de que se paraba a pensar unos segundos—. Aún tengo trabajo por hacer. La llevaré esta tarde —decidió.

—Más te vale que esté en perfecto estado.

—¡Henry! —Lily estaba profundamente avergonzada—. Pero si nos está haciendo un favor.

Sin inmutarse, el hombre no se dignó contestar a Henry ni mirarlo. Se limitó a dar media vuelta y alejarse. Henry seguía allí plantado, con la mano extendida. Solo entonces se dio cuenta Lily de que no había cogido la moneda.

2

La rata estaba enferma, de eso no cabía la menor duda. Jo ya llevaba observándola un buen rato. Apoyado en la pared del patio trasero miraba al animal, que se tambaleaba delante de él y se estremecía una y otra vez como si estuviese febril. Tenía los ojos negros velados y sangre pegada en el morro.

Jo odiaba las ratas, le recordaban al tiempo que pasó en la cárcel, cuando al caer la oscuridad empezaban a morderle los dedos de los pies. De pequeño, en una ocasión una rata se metió en la cama y le royó la oreja a su hermano. Hasta ese día todavía se podía ver el desgarro allí donde le había comido un trozo. Wilhelm sufrió una tremenda inflamación y su padre tuvo que destinar una buena parte del salario de ese año al tratamiento.

Era evidente que la rata que tenía a sus pies se había dado un buen atracón con la basura podrida del barrio; estaba tan gorda que arrastraba el barrigón por el suelo. «Aquí las ratas son las únicas que pueden comer hasta hartarse», pensó Jo con amargura y escupió unos hilos de tabaco al suelo. Sin embargo, lo que tenía que hacer no se podía hacer en Bellevue.

Sino solo en ese sitio, en el corazón negro de Hamburgo.

De camino a la casa cuya dirección tenía anotada en un papel que guardaba en el bolsillo del chaleco, había dejado atrás más prostitutas y mendigos de los que fue capaz de contar. El hedor a putrefacción que salía de los canales se mezclaba con el humo del sinfín de chimeneas. Niños abandonados, que con las piernas torcidas por el raquitismo apenas podían andar debidamente, se peleaban por palos y latas de conservas vacías. Jo sabía lo que era crecer allí. Su hogar también habían sido los callejones apestosos del barrio de Gängeviertel, en Altstadt, la ciudad vieja, entre las calles Steinstrasse, Spitalerstrasse y Niedernstrasse. No obstante, entre los niños y él había una diferencia: tenía trabajo, ganaba dinero y al menos podía mantener a su familia para que sus hermanos ya no pasaran las noches en vela hambrientos.

Entendía de sobra el miedo y la rabia de la mujer que ese día se había querido abalanzar sobre los Karsten. Antaño, cuando su padre sufrió el accidente mortal, durante un tiempo él estuvo seguro de que morirían todos. Cuando por la noche se apiñaban y el sonido de las tripas no los dejaba dormir, creía que por la mañana aparecerían muertos de frío y hambre. Y así acabó siendo en el caso de Leni, que era demasiado pequeña y su cuerpo, demasiado débil. Con la llegada del invierno, en la casa hacía tanto frío que por la mañana las mantas estaban heladas, tiesas, así que bastó con el primer resfriado. La niña se quedó dormida en brazos de su madre, poco más que un esqueleto recubierto de piel, con los ojazos azules clavados en él y una mirada inquisitiva, como

si quisiera saber por qué su hermano había permitido que tuviese que sufrir así. Fue espantoso, el peor momento de su vida. Seguía apareciéndose en sus pesadillas, se despertaba sudando cuando la veía junto a su cama, una figurilla hambrienta que lo miraba desde la oscuridad con expresión de reproche. El sueño siempre terminaba cuando sus deditos nudosos se le cerraban en torno al brazo. A veces aún creía sentir su roce cuando ya estaba sentado en la cama, jadeando, intentando olvidar la imagen.

No tenían dinero para enterrarla debidamente, de manera que fue a parar a una fosa común anónima, sin más. Su pequeña Leni, la niña más cariñosa y lista que había conocido en su vida. Soñaba con poder erigirle un monumento digno algún día. Pero incluso ahora corrían malos tiempos; eran demasiados, la vida en la ciudad era inasumible y cada año que pasaba los alquileres en el Gängeviertel se volvían más prohibitivos. Pese a ello no se podían ir, trabajaba allí. Siempre había alguien que necesitaba zapatos nuevos. Para entonces su madre ya había tenido dos hijos más y los hermanastros adolescentes de Jo siempre se quedaban con hambre. Sus respectivos padres habían puesto tierra de por medio. No se les podía echar en cara que lo hubieran hecho. ¿Quién quería responsabilizarse de una familia tan numerosa?

Poco después de que muriera Leni Jo cumplió doce años. El día de su cumpleaños su madre lo llamó aparte para hablar a solas con él: «Eres el mayor y tu padre ya no está entre nosotros. Las cosas no pueden seguir así, te necesito». Escribió una nota, se pasó la mañana adecentándolo en la medida de lo posible y después ambos se pusieron en camino. Recordaba la mano sudorosa de su madre, que tiraba de él entre el gentío de la ciudad, y el miedo que le oprimía el estómago. Cuando por fin llegaron a la villa se quedó boquiabierto. Nunca había visto una casa así, semejante suntuosidad era inimaginable. Incluso el despacho, al que lo llevó el criado después de quitarle la gorra torciendo el gesto, superaba sus fantasías más desbordadas. En circunstancias normales jamás lo habrían recibido en ese sitio; ni siquiera habrían dejado que se acercara, lo habrían echado a patadas. Pero su madre llamó a la puerta trasera y puso en marcha toda una serie de acontecimientos que ni siquiera hoy él alcanzaba a comprender del todo. Le dio un empujoncito para que entrase en la cocina, asegurándose de que llevaba la nota en la mano, le susurró un último «No la pifies» y desapareció. El pequeño Jo se quedó allí plantado, esperando mientras toda una ristra de criados lo escudriñaba con aire de desaprobación y hablaba de él abiertamente.

Al final lo llevaron primero a un vestíbulo grande y más tarde a una antecámara, donde estuvo esperando una eternidad sin atreverse a moverse. Con él mandaron a un criado que, apoyado en la pared, observaba todos sus movimientos para asegurarse de que no robaba nada. Y fue mejor así, puesto que ya solo encontrándose cerca de él Jo vio diez objetos que se habría metido en el bolsillo si hubiese estado a solas. El hambre que había pasado los últimos meses lo había convertido en una persona sin escrúpulos. Conocía rincones de Hamburgo en los que seguro que le darían veinte marcos por el reloj que tenía detrás. Con ese dinero podían sobrevivir un mes entero.

Cuando finalmente lo hicieron pasar al despacho, el hombre con la melena leonina le pareció el mismísimo Dios. Reinaba ante un ventanal con vistas al Binnenalster y al ayuntamiento. La luz entraba en la habitación por detrás, arrancando destellos de un dorado rojizo a su barba y dando la impresión de que lo rodeaba una aureola, algo que con el tiempo acabó resultando de lo más irónico. El escritorio era la mitad de grande que la única habitación de su casa, donde Jo vivía con toda su familia.

Allí plantado, Jo se rascaba las manos sin saber qué hacer, esperando a que le prestaran atención. Al ver que eso no sucedía y el tictac del reloj llevaba un tiempo zumbándole en los oídos, carraspeó. Primero con suavidad y luego con más fuerza.

—Me han dicho que le dé esto a usted.

Y pese a que seguía sin terminar de entender cómo era posible, desde ese día trabajaba para Ludwig Oolkert, el comerciante más poderoso de Hamburgo. Con el curso de los años había acabado siendo algo así como la mano derecha invisible de Oolkert. Como lugarteniente suyo, era responsable de la contratación de los hombres, conocía a cada trabajador del astillero por su nombre y, además, coordinaba cuanto sucedía en los galpones del puerto. Pero también tenía otros cometidos: negocios de los que no sabía nadie salvo Oolkert, él mismo y las personas con las que los llevaban a cabo.

Desde entonces, prácticamente todo en su vida había sufrido un cambio radical; no volvió a pisar una escuela, pero al menos a partir de ese momento pudieron comer de nuevo y tenían una vivienda digna. Cuando se hizo mayor, Jo incluso pudo permitirse disponer de una pequeña habitación propia y, a pesar de ello, seguir sustentando a su familia. A veces tenía la sensación de que, junto con su vida de antes, también había renunciado a una parte de su identidad, pero allí, en las callejuelas de su infancia, era como si le gritaran en cada esquina que no podía engañar a nadie. De allí había salido y ese sería siempre su sitio.

Observó la espuma verde que se había formado en el charco de orina que había a su lado. Salió del patio trasero una última vez, dirigió una mirada escrutadora a la callejuela y decidió esperar mientras se fumaba un cigarrillo antes de emprender el camino de vuelta. La posesión en sí no estaba castigada, pero su venta sin licencia, sí. Siempre era un negocio incierto; quizá surgiese algún imprevisto, quizá los estuviesen acechando en alguna parte. Al propio Jo ya lo habían pillado dos veces en una entrega, pero Oolkert movió los hilos para sacarlo del apuro, aunque la última vez tardase unos días de más y él ya empezara a pensar que se pudriría en la oscura celda de la cárcel.

En cualquier caso, tampoco faltó mucho, pero mantuvo un silencio férreo. Durante el sinfín de interrogatorios, cada vez que estaba a punto de perder el conocimiento por las patadas que le daban en el estómago pensaba en sus hermanos y su madre. Si él desaparecía, acabarían en la calle. En un momento dado la puerta de su celda se abrió y lo tiraron más muerto que vivo a un callejón.

Aunque confiara en que Oolkert podía ingeniárselas para sacarlo de la mayoría de los líos, era

preciso que no volviera a pasar por algo así tan pronto. Si no llegaban en breve, se largaría.

En ese momento la rata hizo un ruido y él se asustó. Iba a darle una patada al bichejo cuando este saltó hacia delante, salió corriendo como si hubiese barruntado algo y desapareció en la siguiente esquina. Sorprendido, Jo se puso el pitillo en la comisura de la boca y fue tras el animal. Al dar la vuelta a la esquina surgió ante sus ojos el familiar paisaje portuario. La rata corría como alma que lleva el diablo entre barriles y planchas de acero, como si quisiera ir directa al agua, pero en lugar de lanzarse por el dique trepó con una agilidad asombrosa por un enorme nudo. Jo admiró el barco del que colgaba la maroma. Al ver la bandera azul y blanca de la factoría, un escalofrío le recorrió el cuerpo. El Ofelia, justo el buque insignia de la compañía naviera Karsten. Después de lo que le había sucedido esa mañana a Paul, se le antojó un mal augurio.

La rata se quedó un instante en el gran nudo y daba la impresión de que se iba a desplomar de un momento a otro, pero acto seguido se irguió y empezó a subir por la gruesa maroma. «Su fuerza de voluntad es admirable», pensó Jo mientras contemplaba el puerto a un lado y a otro. La maraña de banderas en los mástiles del gran velero parecía oscurecer el cielo como una telaraña impenetrable. Las grúas de vapor desempeñaban su cometido con gran estruendo y los obreros del puerto, cargadores y mozos de almacén, que se deslomaban allí día y noche, cargaban la mercancía en gabarras y chalanas. A Hamburgo llegaban géneros del mundo entero a diario: azúcar, lana, tabaco, maquinaria, café y té. El ruido era enorme, al igual que el hedor, pero Jo apenas lo percibía. Ese era su hogar.

Tras vacilar un instante cogió una piedra de gran tamaño que se había desprendido de un muro, entornó un ojo y apuntó. La piedra no le dio a la rata por pocos centímetros y cayó a las sucias aguas del puerto, salpicando y formando espuma. Jo se agachó para buscar otra piedra, pero antes de que pudiera levantar el brazo la rata ya había llegado a la baranda y desaparecía por la borda. Se quedó mirándola un instante y a continuación lanzó la piedra al agua. Entonces recordó su compromiso y corrió a ocupar de nuevo su puesto. Volvió a meterse en la sucia callejuela, que parecía engullir toda la luz del sol, entró en el patio trasero por el pasaje y se apoyó de nuevo en la pared. En ese momento supo que algo había ido mal.

Era muy tarde. Ya no acudirían.

El negocio se había malogrado.

Sylta Karsten estaba detrás del escritorio de su esposo, a quien miraba desde allí. Como siempre que se encontraba en su despacho, la asaltaba una extraña sensación de exclusión. Le gustaba el olor a cuero y papel antiguos que subía de la librería, pero sentía que ese no era su sitio. Era una habitación masculina, una habitación en la que se tomaban decisiones importantes y se trataban asuntos de los que ella no sabía nada. En el matrimonio, Alfred y ella eran iguales. Aunque él siempre tenía la última palabra, le daba libertad para gobernar la casa y ocuparse de todas

cuestiones de índole social. En lo tocante a la educación de los hijos, las determinaciones las tomaban de manera conjunta, algo que no era tan obvio como cabría esperar. A su lado ella se sentía importante y escuchada, y le estaba agradecida por ello. Sin embargo, en ese sitio no tenía ningún poder. Ni siquiera el mobiliario llevaba su sello, era el antiguo despacho de su suegro y los pesados muebles de madera de roble eran testigos de muchas décadas de trabajo de la dinastía Karsten.

—Tu letra es como la de tu padre hasta en el último giro, ¿eres consciente de ello? —le preguntó.

Alfred siguió escribiendo, pero el movimiento del bigote le dijo que sonreía. Terminó la frase, dejó la pluma estilográfica y se retrepó en su asiento, apoyando la cabeza en el pecho de su esposa.

—¿De veras?

Ella le dio un beso en la mejilla y lo rodeó con un brazo para poder apoyarse un poco en su hombro.

—Bueno, lo cierto es que te pareces tanto a él que no debería sorprenderte.

—No se puede decir lo mismo necesariamente de nuestros hijos, ¿no es verdad? —repuso él lanzando un suspiro, y ella asintió preocupada.

—Hoy Lily ha escandalizado a Hamburgo entero. Todavía no me lo puedo creer. ¿En qué estaría pensando?

Su esposo negó con la cabeza con semblante grave.

—Ha puesto en juego la buena reputación de la familia.

—Para ser justos hay que decir que no ha sido del todo culpa suya —intercedió Sylta—. Franz se ha marchado sin ella y...

—Franz no tenía elección. Lily ni siquiera estaba vestida cuando iban a salir. Franz me lo ha contado todo. Y ¿cómo iba a saber él que Silber cojeaba y su hermana no podría coger la calesa? Pero disculpa, querida, te he interrumpido. —Sintiéndose culpable, hizo un gesto con el que la animaba a continuar, ya que ella había enarcado una ceja y le había dirigido una mirada de reproche.

—Solo quería decir que debemos tomar en consideración todas las circunstancias. Lily no es desobediente a propósito, lo sabes. No quiere hacerle daño a nadie, solo que a veces es...

—No piensa lo que hace. Ya no es una niña, Dios santo, si ya está prometida. Es una joven dama. Y eso que se comporta como un escolar rebelde.

Sylta asintió en silencio. No había nada más que pudiera decir en defensa de Lily.

—Yo tampoco sé qué mosca le ha picado.

Tenía sentimientos encontrados. Por una parte, ella también estaba asustada y enfadada con el comportamiento de su hija. Cuando Lily llegó subida a la bicicleta, se quedó tan horrorizada que creyó que se desmayaría. Por otra parte, la quería proteger de la ira de su esposo, que, como bien sabía ella, tenía acumulada en su interior y solo esperaba para subir a la superficie incluso en

momentos de calma. Además, y aunque tenía que hacer un pequeño esfuerzo para admitirlo, Sylta admiraba a Lily por su valor. Era tan intrépida, tan distinta de ella... Jamás se habría atrevido a hacer lo que su hija había hecho ese día. Lily tenía algo que a ella le faltaba: Sylta solo se rebelaba en su cabeza, en cambio, Lily... No se lo podía decir a Alfred, pero estaba preocupada. El mundo pronto iba a cambiar. Los socialistas avanzaban y cada vez se abrían más pequeñas fisuras en el entramado social. En Hamburgo aún era más bien un suave susurro de fondo, pero se escuchaban noticias de París y Londres, y a veces se veían cosas extrañas en las calles. Las mujeres planteaban exigencias; en Inglaterra y Suiza ya les estaba permitido estudiar en la universidad y las voces que allí pedían eso mismo cada vez eran más fuertes. Sylta sabía que si seguía evolucionando como hasta el momento, Lily acabaría teniendo problemas. Era lista y curiosa, y temía que las tentaciones del mundo moderno ejercieran una fascinación demasiado grande en ella. Henry era un buen partido, el mejor que habrían podido encontrar: de la vieja escuela, justo y sereno, y abierto a ciertas innovaciones, pero también duro cuando era preciso. Si la ley no exigiera que Lily renunciara a su trabajo después de casarse, lo haría él. Pero a Sylta le preocupaba que su hija se fuera a aburrir de ese matrimonio. Exhaló un suave suspiro y besó a su marido en la mejilla con aire distraído. Solo cabía esperar que tuviera hijos pronto y se entretuviera con eso. Lily no era como la mayoría de las mujeres, le interesaban poco la costura y las clases de música. Leer era su gran pasión, devoraba libros y revistas y no se cansaba de escuchar historias y de conversar. Pero, por supuesto, había un motivo por el que tantas personas estaban en contra de que las mujeres leyeran demasiado: los libros despertaban deseos y expectativas que la vida no podía satisfacer. Eso era algo que Sylta sabía de primera mano, ya que había transmitido a Michel y Lily su pasión por las historias. La diferencia era que ella tenía claro cuál era su sitio, que en su vida no habría nada salvo sueños. A una muchacha como Lily, no obstante, que vivía en un mundo en vías de cambio, demasiados deseos y expectativas podían meterla en serios aprietos.

Había llegado el momento. La espera ya había durado bastante. Eso era algo que a su padre le gustaba hacer, darles tiempo cuando habían cometido alguna falta para que reflexionaran sobre lo que habían hecho. De esa forma tenían que lidiar con el miedo al inminente sermón y las consecuencias. Ese día, sin embargo, Lily constató sorprendida que aquello casi le era indiferente. En vista del accidente que había ocurrido en el puerto, todo le parecía ridículo. Un hombre había resultado herido de gravedad y ellos ponían el grito en el cielo por un sombrero y una bicicleta. Estaba prácticamente segura de que su padre también lo veía así, y bajó la escalera casi animada. Pero en cambio le extrañó que en el despacho estuviera, además de él, su madre.

—Ah, Lily. Pasa. —En el entrecejo de Alfred se formó en el acto una arruga profunda.

La despreocupación de Lily se esfumó. Cerró la puerta al entrar y se acercó al escritorio.

—¿Queríais hablar conmigo? —preguntó, mirando primero al rostro severo de su padre y

después al de su madre, que reflejaba preocupación, pero no menos severidad.

—Desde luego. ¿Se te ocurre de qué?

Ella asintió. Probablemente no saliera tan airosa como esperaba.

—Tu madre y yo estamos muy decepcionados contigo —empezó su padre de inmediato—. *Decepcionados* no es la palabra; horrorizados. Y no solo nosotros, tu abuela también está fuera de sí. Cuando se ha enterado de lo sucedido, ha tenido que tomarse un tranquilizante y ya se ha acostado.

Ajá, conque era eso. Sin duda su abuela ya habría apelado como es debido a la conciencia de su padre y, de esa forma, habría dramatizado considerablemente. Lo más probable era que, camino de su casa, Gerda Lindmann se hubiese pasado por la villa y se lo hubiera contado todo a su mejor amiga. Lily era incapaz de entender cómo podían hacer buenas migas esas dos mujeres. Gerda era la antítesis de su abuela: era más joven, abierta y de mundo, nunca se tomaba nada en serio y disfrutaba de la vida al máximo. Kittie Karsten, en cambio, se aferraba como la mayoría de las personas de su generación a las normas sociales como si fuesen la tabla de salvación que evitaba que se hundieran. Aunque con los años se había vuelto algo más indulgente, y debido al dolor de huesos que sufría apenas salía ya de su salón, Lily temía más su famosa ira que la de su padre.

—Hoy has puesto en juego la buena reputación de nuestra familia. —Alfred estaba muy serio —. Y ya sabes lo que te digo siempre, ¿no?

Lily profirió un leve suspiro.

—La reputación es lo más importante. Si la reputación de la familia se ve perjudicada, la reputación de la compañía se resiente, y si la compañía se resiente... —Lily soltó la cantinela que ya había oído cientos de veces a lo largo de su vida.

Furioso, Alfred Karsten estampó la mano contra la mesa y ella se asustó.

—No tolero que emplees ese tono —afirmó—. ¿Es que para ti todo es una broma?

—No, claro que no, pero... —empezó ella, pero su padre no dejó que continuara.

—Parece que te aburres. ¿Es que te doy la murga? ¿Eh? ¿O tu madre? —Ahora estaba hecho una furia y Lily vio que su madre se retorcía las manos incómoda. Su padre no solía perder el control, pero cuando ocurría, lo hacía a lo grande—. Hay un motivo por el que te inculco una y otra vez estas cosas, Lily. —Ahora se había levantado y recorría la habitación con brío—. Si la reputación de la compañía sufre, todos sufrimos. Sin la naviera no tenemos nada. ¡Nada! ¿Lo entiendes? No tenemos títulos ni apellidos en los que podamos apoyarnos ni parientes ricos que nos respalden. Llevo trabajando toda la vida, cada condenado día, y tu hermano igual, y antes que nosotros nuestros padres y abuelos. ¿Y todo para que ridiculices a nuestra familia ante media ciudad? —Movió el brazo en abanico y espetó—: ¿Es que no te gusta la casa en la que vives? ¿Ni tu habitación, ni tus vestidos? O tu abominable sombrero nuevo. ¿De dónde crees que sale todo eso? ¡De la compañía! Y ¿cuál crees que es la razón de que la compañía funcione? —No esperó a que Lily le contestara y ella tampoco intentó darle una respuesta. Miraba al suelo en

silencio—. Nuestro buen nombre. Un nombre que inspira confianza. ¡Un nombre en el que no tienen cabida los escándalos! —rugió—. Y es preciso que siga así, maldita sea. ¿Por qué debemos proteger tanto a tu hermano pequeño? —De pronto hablaba con más tranquilidad, pero con una amargura profunda en la voz—. Porque la sociedad no perdona los pasos en falso. Porque hay ciertas cosas que no se pueden permitir, a estas alturas tú ya deberías saberlo. Y si con todo esas cosas se dan, es preciso que se queden en la familia, que no trasciendan.

Lily levantó la vista asustada cuando su padre habló de Michel. De repente los oídos le pitaban. No contaba con que fuese a salir en la conversación.

—Michel no viene al caso en esto —terció su madre también inmediatamente, y Lily vio que, al oír su voz serena, los hombros de su padre se relajaron un tanto—. Hoy el tema que nos ocupa es Lily.

—Cierto. —Alfred carraspeó y, respirando pesadamente, se dejó caer de nuevo en la silla—. Tu madre y yo hemos decidido que no podemos tolerar tu comportamiento. A partir de hoy estás castigada y no saldrás de casa en un mes, lo que significa nada de bailes o fiestas, nada de excursiones con Henry y nada de paseos con Michel. Y, jovencita, como este verano cometas otro error... —Se echó hacia delante y le dirigió una mirada penetrante a los ojos—. Y me refiero a una pequeñez, cualquier bagatela..., dejarás de ir al seminario de maestras.

—¡¿Qué?! —exclamó Lily espantada—. No podéis hacer eso.

Su padre agitó la mano con impaciencia.

—Sabes que de todas formas me disgusta. Si accedí fue solo porque tu madre lo considera buena idea. ¿Para qué te quieres formar si de todos modos no podrás trabajar en cuanto te cases con Henry? Maestras solo se hacen las mujeres que carecen de respaldo familiar, que no tienen marido ni perspectivas de futuro. Tus amigas y tú tenéis todas estas cosas y le estáis quitando el sitio a una persona que quizá lo necesite.

»Sé que ahora mismo está de moda, pero eso no cambia el hecho de que lo hacéis para pasar el rato. En caso de que Henry cambie de opinión y ya no quiera casarse contigo, cosa que después del día de hoy sin duda no se le podría reprochar, te quedarás con nosotros. Y en caso de que un buen día, el Señor no lo quiera, pase algo y Dios me llame a su seno inesperadamente (y ten por seguro que si me da el patatús será por el comportamiento de uno de mis hijos), Franz se ocupará de ti. No podrías estar más protegida. El seminario de maestras es un privilegio que te concedo porque eres mi hija y quiero que seas feliz, pero si me vuelves a decepcionar ese sueño habrá terminado para ti. Y de una vez por todas. ¿Me has entendido?

Lily asintió en silencio. Se dio cuenta de que el labio inferior empezaba a temblarle y se clavó las uñas en la palma de la mano. ¡No lloraría!

—Siento lo que ha pasado hoy. No quería perjudicar a la familia, no he pensado lo que hacía —se disculpó, apocada, mientras la vergüenza hacía que por su mejilla rodara la primera lágrima caliente.

Su padre hizo un movimiento afirmativo con la cabeza, un tanto aplacado.

—Bien, me alegra oír que reconoces tu error. Ya te puedes marchar. Ve a tu habitación.

Lily dio media vuelta y salió a buen paso del despacho. Nada más cerrar la puerta prorrumpió en sollozos.

De pronto se sobresaltó. Kai, el criado de su hermano, estaba apoyado en la pared junto a la puerta y se asustó visiblemente cuando ella salió de la habitación tan de improviso.

—Señorita Lily... Por favor, perdóneme —balbució, pero ella se limitó a lanzarle una mirada airada y subió la escalera tan deprisa como pudo para ir a su habitación. Justo cuando iba a cerrar la puerta, oyó una voz rasposa a sus espaldas:

—Lily, ¿qué haces?

Dio un grito estridente y se volvió en redondo. Michel la miraba con cara de interrogación, los ojos almendrados tras los gruesos cristales reflejaban curiosidad.

—Michel, qué susto me has dado. Quería leer un poco. ¿Y tú? ¿Qué estás haciendo aquí, no tienes clase?

Él asintió con aire sombrío.

—¡Escapar! —exclamó con voz bronca, y al parecer le alegró mucho su travesura porque se echó a reír y se dio manotazos en los muslos.

Lily tampoco pudo evitar reírse y se sintió un poco mejor.

—¿Otra vez? A la señorita Söderlund le van a salir canas por tu culpa.

A todas luces al niño aquella idea le pareció más divertida aún, ya que le dio tal ataque de risa que se quedó sin aire y tuvo que sentarse.

—Tranquilo. Ya te has vuelto a pasar. —Lily se arrodilló a su lado, sacó el pañuelo que su hermano llevaba siempre en el bolsillo y le limpió la comisura de la boca, por la que le corría un hilillo de saliva.

Michel se quedaba a menudo con la boca abierta y no se daba cuenta. Sus vías respiratorias no funcionaban debidamente, resollaba al respirar y a menudo se atragantaba al reírse. Con los años los síntomas no habían hecho sino empeorar. No había cura y Lily lo sabía, casi nadie había investigado la enfermedad. Por eso su madre ponía buen cuidado en que Michel no se agitara, pero el niño solo tenía seis años y su desarrollo intelectual sufría un retraso. A un niño no se le podía decir que se estuviera siempre quieto, y menos a uno tan vivaz —y sobre todo rebelde— como Michel.

—Ven, te puedes esconder en mi habitación —susurró ella, y el rostro de su hermano se iluminó en el acto.

Lily le dio un beso en la cabeza y lo metió dentro.

Mientras subía en bicicleta por Bellevue y buscaba la villa de los Karsten, Jo no pudo evitar pensar en la joven del vestido blanco. ¿De verdad había atravesado sola la ciudad para ir hasta el puerto? ¿Y, para más inri, con ese ridículo atuendo con volantes? No podía evitar admirarla por

ello. Incluso él había roto a sudar un poco a esas alturas. Nunca había visto a una dama en bicicleta, la estampa tenía algo sumamente atractivo. A Charlie, su mejor amigo, se le habrían salido los ojos de las órbitas, se moría de ganas de contárselo más tarde delante de una cerveza. Cuando la joven llegó, él vio perfectamente que no era así como había planeado su aparición, y también que se había caído al menos una vez. Su cara de susto cuando descubrió de repente a la multitud... había sido de lo más cómico. Él casi podía oír los latidos desenfrenados de su corazón. Durante un segundo dio por sentado que la joven daría media vuelta y saldría corriendo.

Jo siguió la ceremonia desde lejos y escuchó el discurso que dio. Pensó que tanta gaita por el barco era absurda. No sabía quién era el tal Shakespeare, pero por lo visto el tipo no tenía pelos en la lengua, eso le gustó. También le gustó que, al parecer, a la joven le divirtiera sacudir un poco a la envarada sociedad. Lo cierto era que tenía algo que le resultaba atractivo. Era menos dulce que las demás damiselas y, a diferencia de estas, singularmente directa.

Desde luego no estaba dispuesto a devolver la bicicleta sin más. ¿Por qué iba a dejar que le diese órdenes un idiota como el tal Von Cappeln? Quería ir a ver a Alfred Karsten para hablarle del accidente.

Jo conocía al trabajador herido desde hacía tiempo. Paul Herder era un buen hombre, leal y eficiente, nunca había cometido un error. Y ahora no podría volver a trabajar. El hombre tenía tres hijos pequeños y Jo sabía que su mujer no gozaba de buena salud. Aunque Karsten quería hacerse cargo del tratamiento médico —una amputación por debajo de la rodilla, como había averiguado hacía un momento, cuando había ido al St. Georg a interesarse por Paul—, ¿quién pagaría el resto? ¿Quién respondería de todos los años en los que tendría que dar de comer a sus hijos? Jo sospechaba que no sería en vano, pero hablaría con Karsten, apelaría a su buen corazón. Ya era bastante malo que todavía no existiera ningún tipo de compensación cuando alguien sufría daños en el trabajo, pese a todos los esfuerzos de los sindicatos y las protestas de los trabajadores, pero ese no había sido un accidente laboral, el hombre le había hecho un favor a la hija de Karsten y ahora sería un tullido de por vida. Suponiendo que Paul sobreviviera a la amputación, su familia y él acabarían en el arroyo. Jo había visto que la joven era consciente de que la culpa había sido suya. Quizá pudiera influir en su padre. Al menos él lo intentaría. Nadie más intercedería por Paul.

Mientras daba pedaladas por el camino ajardinado de acceso y dejaba atrás arbustos en flor y robles vetustos de los que todavía caían gotas por la lluvia, trató de no dejarse impresionar por tanta suntuosidad. La villa de los Karsten anunciaba a los cuatro vientos la prosperidad de la familia; un edificio de varias plantas a la orilla misma del Alster que con sus almenas, torrecillas y la entrada semicircular se asemejaba a un pequeño castillo. Era un lugar apacible, sereno, rebosante de elegancia. Miró a su alrededor: césped recién cortado, flores y un aroma a café y comida tentadora. Hacía mucho que no respiraba un aire tan puro. Por lo general evitaba respirar demasiado hondo.

Entre las rosas que trepaban por la fachada lo miraban estatuas de trabajadores de distintos

gremios. Su cometido, sin duda, era recordar a los visitantes el origen obrero de la familia. Jo resopló con desdén y dejó la bicicleta en la húmeda hierba, delante de la villa. De un origen así solo se estaba orgulloso cuando uno llegaba a ser alguien. Los comerciantes ricos debían su prosperidad al sudor de los trabajadores, mientras que estos, que se deslomaban día tras día, sobrevivían a duras penas. «¿Dónde está la justicia? ¿Y la solidaridad?», pensó mientras contemplaba la fachada de la casa.

Jo había asistido al bautizo porque su jefe vigilaba atentamente desde hacía tiempo a la familia Karsten. Hasta el momento Karsten se negaba en redondo a construir sus barcos en el astillero de Oolkert, aunque para entonces este era el más importante de Hamburgo. Se obstinaba en acudir a Flensburgo y Liverpool. Aunque él no sabía cuál era exactamente el motivo, le habían ordenado que mantuviera los oídos y los ojos bien abiertos, de manera que conocía de sobra el apellido Karsten, si bien nunca había estado en ese sitio.

Se encontraba allí fuera sin saber qué hacer. De una ventana abierta de la cocina salía un suave tableteo. Mientras sopesaba si llamar a la puerta principal para exponer lo que le había llevado hasta allí o, como en realidad correspondía a los de su clase, dirigirse a la puerta trasera, de repente vio arriba, en uno de los balcones, un destello rojo. Frunciendo el ceño echó la cabeza atrás y se protegió los ojos haciendo visera con la mano. Tras la hiedra asomó un rostro. La joven de esa mañana lo miraba con cautela. Cuando sus miradas coincidieron, ella se retiró. Jo sonrió para sus adentros. Era evidente que la joven lo había estado observando. La saludó con la mano y un segundo después oyó un aleteo y algo duro le golpeó el hombro dolorosamente.

—¡Eh! —Asustado, se hizo a un lado y se frotó el dolorido brazo.

Después se agachó y cogió el libro que había estado a punto de matarlo de un golpe. El dibujo de la cubierta lo decía todo: una empalagosa novela de amor. La sonrisa volvió a su rostro. «Vaya, vaya», pensó, y se puso a hojear el libro, que contenía algunas ilustraciones explícitas. Por lo visto su prometido no debía de saciar por completo sus deseos ocultos. Sonriendo satisfecho, se pasó una mano por el mentón y pasó una página. En ese preciso instante se abrió la puerta y apareció una criada con un uniforme blanco y negro.

—¿Johannes Bolten? El señor Karsten desea hablar con usted —informó sin saludar.

Jo se limitó a asentir asombrado. Ella lo miró de arriba abajo, algo a lo que él ya estaba acostumbrado: incluso dentro de la clase trabajadora había categorías, y al parecer, a juicio de la mujer, la de él estaba muy por debajo de la suya.

—Por detrás —añadió, como si él fuese corto de entendederas, y le señaló a la derecha. Después cerró la puerta con brío.

Jo arrugó la frente. ¿Qué querría Karsten de él? Se disponía a dar la vuelta, pero no había dado ni dos pasos cuando la puerta se abrió de nuevo a sus espaldas y la joven pelirroja bajó corriendo la escalera. Se detuvo ante él respirando con fuerza. Tenía las mejillas encendidas.

—No tiene por qué perseguirme, una palabra suya y me tendrá a su disposición —bromeó Jo, y no pudo evitar reírse al ver que ella lo miraba con cara de susto.

Durante un instante lo miró con los ojos muy abiertos y él vio que eran de un luminoso azul claro.

—¿Le he... le ha dado? —preguntó en lugar de contestar, y en un primer momento él no supo a qué se refería. Después vio que su mirada descansaba en el libro que él sostenía en la mano.

Se lo ofreció.

—No. Y dese por satisfecha, no creo que su padre quiera gastarse hoy más dinero aún por su culpa.

La joven miró al suelo avergonzada y él se enfadó consigo mismo. No tenía experiencia alguna en el trato con damas, no sabía cómo se hablaba con ellas. Probablemente ahora ella lo considerase un idiota y un grosero.

—Quería hablar con usted —aseguró.

—¿Ah, sí? —Sorprendido, Jo se cruzó de brazos—. ¿De qué?

En ese momento se abrió la puerta de nuevo y la misma criada de antes salió disparada.

—¡Señorita Lily! —exclamó con tono cortante.

La joven miró a su alrededor al verse sorprendida. Jo fue consciente de que la muchacha quizá estuviese contraviniendo todas las normas sociales al estar allí fuera sola hablando con él.

—Agnes, solo quería darle las gracias al señor Bolten. Ha traído la bicicleta.

El ama de llaves no se aplacó lo más mínimo.

—Bien, pues déselas y entre en casa —advirtió con severidad—. Y usted, ¿cuánto piensa hacer esperar al señor?

—Ahora mismo voy —repuso Jo haciendo una reverencia un tanto irónica. Ella resopló: era evidente que no se movería ni un milímetro hasta que la joven volviera a estar en casa.

—Muchas gracias, señor Bolten, por traer la bicicleta. Ha sido muy amable por su parte —dijo ella, ahora con rigidez. Su voz era completamente distinta de la de hacía un segundo.

Jo asintió.

Lily cogió aire, contuvo la respiración y miró a la criada, y él tuvo la sensación de que la joven quería decir algo más, pero se limitó a tenderle la mano. Él la miró un instante con cara de asombro. Nunca le había estrechado la mano a una dama. Al hacerlo ella se estremeció, y él recordó que antes, en el puerto, se había hecho daño.

—¡Señorita Lily! —La voz del ama de llaves habría podido cortar cristal.

Lily Karsten le sonrió una última vez con aire inseguro y dio media vuelta. Mientras subía los peldaños, la criada, escandalizada, le cogió el brazo y le susurró algo al oído. Ella se zafó, replicó asimismo con la voz baja y cortante, y ambas desaparecieron en la casa.

Diez minutos después Jo cerró la pesada puerta de roble del despacho y cruzó con paso airado el gran vestíbulo de la villa de los Karsten. «Ese sucio, engreído hijo de mala madre», pensó, y le entraron ganas de darle una patada a uno de los grandes jarrones con plumas de pavo real que

coronaban las columnas del vestíbulo. Además, ¿para qué servía semejante memez? ¿Plumas en un jarrón? Más decadente no podía ser. «No saben qué hacer con su dinero de mierda», se dijo.

El que lo estaba esperando no era Alfred Karsten, sino su hijo Franz, que le ofreció un papel sin saludarlo, con expresión fría. «Solo es una medida de protección. Seguro que lo entiende usted», dijo Franz esbozando una sonrisa falsa. Ni siquiera invitó a Jo a sentarse.

Sorprendido, Jo cogió el documento. No sabía leer bien, tardó una eternidad durante la cual Karsten cada vez se impacientaba más y tamborileaba con los dedos sobre la mesa. Cuando Jo empezó a comprender lo que le pedían, una ira sorda se apoderó de él. Algunas cosas las había tenido que deducir, aquella era jerga administrativa, redactada a todas luces por un abogado, pero el mensaje era claro: los Karsten pretendían declinar toda responsabilidad. Y para ello lo querían a él, Jo, de testigo.

Querían que mintiera por ellos y traicionara a Paul.

Como siempre que se enfurecía, a Jo le costó mantener el control. Pero sabía que ese no era el momento para perderlo, ya que había mucho en juego.

—Y ¿qué saco yo de esto? —preguntó con frialdad. Quería averiguar hasta dónde estarían dispuestos a llegar, qué tenían en la manga.

Frente a él Karsten enarcó las cejas sorprendido.

—La gratitud de la familia Karsten, naturalmente —respondió con sorna—. ¿O acaso espera obtener dinero por un simple plumazo?

Durante un instante se batieron en duelo con la mirada. Después Jo le deslizó el papel por la mesa, sin decir nada.

Franz Karsten vaciló un momento y después asintió. A su rostro asomó una sonrisa que Jo no supo interpretar. Este se volvió y, justo cuando se disponía a abrir la puerta, Karsten espetó de pronto:

—¿Sabe cuál es la pena de cárcel por agresión física?

Lo preguntó sin más, como si solo pretendiera informarse, pero Jo supo en el acto a qué se refería. Sintió un hormigueo en la nuca.

Cerró las manos en sendos puños un segundo para que no se le fueran. Si ahora actuaba sin pensar, seguro que acabaría en la cárcel. Se dio la vuelta despacio.

En ese momento la sonrisa de Franz era más ancha incluso, pero no afable.

—Ha tirado a mi hermana al suelo delante de todo el mundo. Tiene el vestido roto y las manos excoriadas —afirmó, de nuevo sin inmutarse y con un tono casi cordial, como si hablara del tiempo—. No creo que haga falta explicarle lo consternada que está mi familia. —Miró hacia la ventana y siguió hablando como si Jo no estuviera—. Atacar de ese modo a una muchacha joven... —Chasqueó la lengua y negó con la cabeza—. Pero nuestra Lily es un ángel, ha tenido la amabilidad de mostrarse dispuesta a no denunciarlo. Si usted... coopera.

El hormigueo en la nunca se volvió más intenso. Jo apretó tanto los dientes que sus mejillas se crisparon. Sabía que no tenía sentido defenderse o explicar la situación. Que él recordara, el

joven Karsten ni siquiera estaba cuando se había producido el incidente. Probablemente le hubiese contado lo sucedido Von Cappeln. O la propia Lily. Recordó que hacía un instante, delante de la casa, había querido decirle algo. Quizá quisiera convencerlo también de que firmara el papelucho. La había tirado al suelo, sí, pero lo había hecho sin querer, cada segundo contaba. Sin embargo, daba lo mismo lo que dijera y lo que había pasado en realidad. Si no encontraban testigos, los comprarían. O los chantajearían, como acababa de chantajearlo Franz a él. Jo sabía cómo funcionaba el mundo de las personas sin escrúpulos, y el hombre que tenía sentado delante carecía de escrúpulo alguno, lo sabía desde hacía tiempo.

Durante un instante en la habitación se hizo un silencio absoluto. Franz seguía mirando por la ventana ensimismado, como si mentalmente estuviese en otra parte. Sus dedos largos jugueteaban con la estilográfica.

Jo respiró hondo y acto seguido se inclinó sobre la mesa, se acercó el papel y, tras cogerle la pluma a Franz, escribió su nombre bajo el texto. Al firmar sintió que acababa de traicionarse a sí mismo.

Dos segundos después salió por la puerta. Ahora lo asaltó la furia. Ni siquiera veía bien adónde iba, solo quería alejarse de ese sitio, salir de esa casa antes de que rompiera algo. Odiaba el poder que tenían las personas con dinero. Odiaba que pisotearan sin más los derechos de los demás, que pudieran doblegar el mundo a su antojo. Eran todos iguales, cuántas veces le...

—¡Eh!

Giró sobre sus talones. ¿Quién le hablaba? En el vestíbulo no había nadie. Se quedó quieto, resollando, y echó un vistazo a su alrededor.

—¡Eh! ¡Aquí!

De pronto apareció la cabeza de la joven en el marco de una puerta cercana. Le hacía señas con la mano vehementemente. Jo arrugó el ceño, pero se quedó de piedra. ¿Se refería a él?

—¡Deprisa! —exclamó, ahora impaciente, moviendo la mano de nuevo.

Jo se puso en movimiento como un autómata. Al entrar, se detuvo y miró el lugar en que estaba con cara de asombro.

—Esto es...

—Un guardarropa. Lo sé. —Ella sonrió, sintiéndose culpable—. Aquí están las cosas de invierno, nadie viene en esta época del año —musitó.

Jo arqueó las cejas. La habitación, sin ventanas, era tan grande como su casa.

—Y ¿se puede saber por qué me ha hecho entrar en un guardarropa? —susurró a su vez, sorprendido, y durante un instante olvidó la furia que lo embargaba.

Ella ojeó con cautela el vestíbulo y cerró la puerta.

—El criado de mi hermano anda merodeando por aquí. Kai tiene el oído de un lince. —Lo miró—. Quería hablar con usted.

Él asintió.

—¿Y bien? —inquirió impaciente, ya que poco a poco iba volviendo el recuerdo de lo que

acababa de vivir y le ensombrecía el humor—. Si es por lo de esta mañana, puede estar tranquila: he firmado —espetó con aspereza.

Ella lo miró con cara de asombro.

—¿Ha firmado?

—Es muy noble por su parte no denunciarme. ¿Permite que le haga una pregunta? ¿Qué habría hecho si yo no hubiese actuado? ¿Se habría quedado mirando sin más cómo moría aquel pobre hombre allí abajo? Porque, al menos yo, no he visto que ninguno de ustedes moviera un solo dedo. ¿Y después me quiere meter en chirona? He tenido que actuar deprisa. El tiempo jugaba en nuestra contra, eso es algo que seguro que incluso usted entiende. —A medida que hablaba se iba enfureciendo cada vez más.

La mujer, que lo miraba horrorizada, retrocedió hasta la pared al ver que él había extendido el dedo índice ante ella.

—No sé de qué me habla —aseguró, sintiéndose presionada—. Pero o da un paso atrás de inmediato o me pongo a chillar.

Jo vio el miedo reflejado en sus ojos y de pronto se sintió mal.

—Lo siento. —Retrocedió y bajó la mano—. No pretendía atormentarla.

De pronto también fue consciente del lío en el que se había metido: si alguien lo pillaba allí dentro y la mujer lo acusaba de algo, quizá incluso afirmase que la había tocado, él podía salir muy mal parado. Se dio la vuelta deprisa y fue a abrir la puerta.

—¡Espere! —Lily Karsten fue más rápida y apoyó la espalda en la puerta. Durante un instante estuvieron tan cerca que él notó el calor que desprendía su piel y olió el perfume que llevaba. A ella pareció asustarla su propia iniciativa, ya que durante unos segundos lo miró casi con expresión atemorizada. Con esa luz sus ojos parecían más oscuros que antes. El cuello se le movió cuando tragó saliva de un modo casi imperceptible. Después dio un paso rápido a un lado —. ¿Qué ha firmado? —preguntó con la frente fruncida.

Jo la escudriñó. ¿Podía ser verdad que no supiese lo que había ocurrido en el despacho?

—Su distinguido hermano me ha obligado a firmar una declaración en la que atestiguo que el propio Paul Herder ha tenido la culpa del accidente que ha sufrido y que la familia Karsten no está obligada a pagar compensación alguna.

La conmoción que vio reflejada en sus ojos le pareció real.

—Pero ¡eso no es verdad! —musitó espantada—. Ha sido culpa mía y Franz lo sabe. Yo misma se lo he dicho.

—Es posible, pero como yo la he empujado a usted y la he tirado al suelo, me podría meter en la cárcel, así que por desgracia no he tenido más remedio que firmar esas mentiras —espetó él encolerizado.

—No me lo puedo creer —repuso ella—. Franz es repulsivo. Yo jamás lo denunciaría a usted, cómo puede decir tal cosa mi hermano. Usted ha sido el único que ha hecho algo. Ha salvado a ese hombre. Y para colmo me ha traído la bicicleta a casa...

—Eso solo lo he hecho porque quería hablar con su padre —la interrumpió groseramente Jo, no se fuera a hacer ilusiones de que lo había hecho por ella.

Lily se quedó perpleja.

—¿De qué?

—Quería pedirle que se ocupara de la familia de Paul. —Rio con amargura—. Antes he estado en el hospital, le han cortado la pierna. Y... —Jo pasó por alto que la joven, horrorizada, se tapaba la boca con la mano—. Bueno, no podrá volver a andar en condiciones. No ha sido un accidente laboral, ese hombre les ha hecho un favor a ustedes. Tiene hijos. Solo quería pedirle ayuda a su padre, pero ahora sé que valdría lo mismo esperar que se obrase un milagro. En esta casa nadie se hace responsable.

La joven lo miró un momento con aire pensativo.

—Pues yo sí —replicó al fin en voz baja, y él se quedó de piedra—. Y mi padre no es como Franz, tiene buen corazón. Si hablara yo con él, tal vez... —continuó.

—Ya he firmado. Su padre sería un idiota si no aprovechara la ocasión. Si admite la culpabilidad de su familia, a lo largo de las próximas décadas será responsable de una familia de cinco miembros. ¿Por qué iba a querer asumir esa carga voluntariamente? Si le cuenta usted que ha estado hablando conmigo, lo único que conseguirá será meternos a ambos en un lío —la interrumpió.

Tras la conversación que acababa de mantener con Franz ya no se hacía ilusiones. Es más, había sido un necio por ir allí. ¿Qué esperaba, que el viejo Karsten abriera la bolsa y se pusiera a repartir monedas de buena gana?

—A pesar de todo lo intentaré. No es preciso que lo mencione a usted.

Él se encogió de hombros todavía enfadado.

—Inténtelo, quizá pueda ejercer alguna influencia. En cualquier caso yo ya no puedo hacer nada, su hermano se ha encargado de que así sea —replicó con dureza—. Pero, dígame, ¿de qué quería hablar conmigo antes? —preguntó, ya que se le ocurrió de nuevo que tenía que haber algún motivo para que estuviese metido en un guardarropa y a la greña con una mujer joven.

—Pues... —Volvió a ponerse roja—. De eso precisamente. No podría sentirme peor y quería... —Sostuvo en alto una bolsita de tela—. Quería pedirle a usted si podría darle esto a ese hombre de mi parte. No es mucho, pero no gano dinero propio y he pensado que... —Dejó de hablar y lo miró con vacilación. De pronto a él le conmovió verla allí, estrujando la bolsita. A fin de cuentas casi era una niña aún.

—¿Me quiere dar su paga? —preguntó francamente sorprendido, si bien su voz debía de tener un tonillo burlón, ya que la mirada de ella se ensombreció en el acto.

—No es mi paga, ya no soy una niña —espetó.

Él sonrió en contra de su voluntad.

—Entonces ¿qué dinero es?

Se quedó paralizada.

—Pues es mi...

—Paga —terminó la frase Jo, y ella estampó un pie en el suelo con rabia.

—¿Qué le importa a usted de dónde sale? ¿Se lo puede dar o no?

Él tomó la bolsa y miró lo que contenía. Después se rio y se la devolvió.

—Es un detalle encantador por su parte, de verdad —dijo con desdén—. Pero no creo que ayude mucho a la familia. Con eso quizá puedan sobrevivir unas dos semanas. Mejor quédeselo y cómprese otra novelita romántica.

Se puso tan roja que su rostro adquirió poco menos que el color de su cabello. A Jo casi le dio pena. No debía enfadarse tanto con ella, su intención era buena.

—Escuche, ahora me tengo que ir. Es probable que usted no sea consciente de ello, pero haberme traído a este sitio ha sido muy arriesgado. Solo por esto podría ir a la cárcel. Ya ha causado bastante daño en un día con su imprudencia, ¿no le parece? —Agarró de nuevo el pomo de la puerta, decidido a desaparecer lo antes posible.

—Puedo conseguir más.

Jo se volvió despacio.

Ella le dirigió una mirada casi suplicante.

—Por favor. Quiero ayudar. Puedo reunir más dinero, solo necesito un poco de tiempo.

Jo se quedó parado, indeciso. Tendría que irse sin más, dejarla con sus remordimientos de conciencia y ocuparse de sus propios asuntos. Pero ¿con ello Paul qué ganaba? Acababa de traicionar a su amigo de la peor manera, ¿acaso no debía hacer todo lo posible para al menos ayudarlo un poco?

Al final asintió, aunque tenía la sensación de que acababa de meterse en algo que terminaría lamentando.

—¿Cuánto tiempo? —quiso saber, y a ella pareció aliviarle que no la rechazara.

—No lo sé, ¿una semana?

Él asintió de nuevo.

—Bien. ¿Cómo haremos la entrega?

Lily lo miró con cara de sorpresa.

—No me había parado a pen...

—No puedo volver aquí. Nos veremos en la ciudad: en la estación, debajo del gran reloj, el próximo miércoles a las seis. ¿Podrá usted?

Ella asintió sin aliento.

—Creo que sí.

—Bien. Vaya usted sola.

—Uy, no me será posible —afirmó de repente—. No puedo salir... —Se interrumpió asustada y se tapó la boca con la mano. Después lo miró con cara de espanto.

Jo se sorprendió.

—¿No puede salir... de casa? —Se puso a reír a carcajadas.

—¡Chisss! —advirtió ella—. Naturalmente que sí. Es solo que no puedo pasearme sola por la estación por la tarde, ¿usted qué se ha creído? Tengo una reputación que mantener.

—No veo yo que le preocupe mucho —repuso Jo todavía riendo—. Pedir a un desconocido que se meta en un guardarropa no es muy propio de una dama. ¿Por qué le han prohibido salir de casa? Me figuro que por el numerito de la bicicleta, ¿no es así?

Lily clavó la vista en él sin decir nada.

—Está bien. No es preciso que me lo cuente. Pero piense en algo si de verdad quiere ayudar. A fin de cuentas puede enviar allí a otra persona. A las seis. —Dudó un instante y después extendió la mano para que le diera la bolsa—. Es mejor que nada —alegó con cierta brusquedad, y ella asintió, al cogerla desprevenida, y se la dio en silencio. Antes de abrir la puerta se detuvo —. Si salgo ahora y alguien me ve con su dinero en la mano... —empezó.

—Explicaré la situación, como es natural, y asumiré la responsabilidad —aseguró ella con voz firme.

Sostuvo la mirada sin mediar palabra. Jo no sabía por qué, pero confiaba en esa mujer. Asintió. A continuación abrió la puerta y se asomó por la rendija.

Atravesó deprisa el vestíbulo. Lo único que quería era salir de esa casa, pero de pronto se detuvo estupefacto. Delante, arrodillado en el suelo, había un niño con un traje de marinero y el cabello del mismo rojo vivo que Lily Karsten. Deslizaba por las baldosas un trenecito de juguete, sumamente concentrado. Al descubrir a Jo levantó la cabeza y se asustó, abriendo mucho los ojos.

Jo cogió aire con fuerza. Al ver al niño un escalofrío le recorrió la espalda. «¿Qué le pasa?», pensó. Ambos se miraron. Durante un instante el silencio en la casa fue tal que Jo oyó el suave resollar del pequeño.

—La —dijo el niño de pronto con voz bronca. Contrajo la boca y Jo supo que estaba sonriendo.

Volvió la cabeza deprisa: a Lily no se la veía por ninguna parte.

—Hola —saludó a su vez con vacilación. En ese momento los dos dieron un respingo al mismo tiempo cuando arriba se oyó una voz estridente:

—¿Se puede saber dónde te has escondido esta vez? Sabes que tenemos clase.

El niño pestañeó y, tras ponerse de pie a la velocidad del rayo, cogió el tren y salió disparado.

Jo permaneció un instante más, perplejo, y siguió con la mirada al niño, que subía por la escalera. Después se escabulló de la casa como si fuera un ladrón.

«Un día extraño —pensó cuando la villa quedaba ya a sus espaldas—. Un día de lo más extraño.»

3

Ludwig Oolkert se miraba en el espejo. Satisfecho, se retorció la perilla y se quitó una mota de polvo de la manga de la levita entallada. Su ayuda de cámara se acercó inmediatamente con un cepillito que pasó por la tela.

—Ya está bien, Gregor. Con esto basta —señaló. El sirviente asintió imperturbable y le ofreció un sombrero de copa color vino en una bandeja. El sombrero era un poco extravagante. Importado directamente de Francia. El color hacía juego con las solapas del nuevo paletó y con el estampado de cuadros del pantalón con botonadura, ambas prendas confeccionadas a medida para perfeccionar el conjunto. También había pedido un abrigo con forro de pelo a juego para el próximo otoño. Solo vestía alta costura, ni se planteaba utilizar prendas de confección. Si se quería causar buena impresión, había que empezar por el exterior. No comulgaba con esa nueva moda de que los caballeros de mundo vistieran con sencillez para no robar el protagonismo a las damas que los acompañaban, cada vez más pomposas. En esa época eran las esposas quienes hacían gala del dinero que tenían los comerciantes de la liga hanseática. Por regla general no veía nada reprobable en ello; a Eva y a su hija, Roswita, solo les compraba lo mejor —aunque no por ello su belleza aumentase—, pero ¿por qué iba a mostrarse él inferior? No, en ese sentido opinaba lo mismo que los franceses: cuanto más caro y elegante, mejor.

A una orden suya, ahora Gregor le colocó con sumo cuidado el vivo alfiler rojo en el pañuelo que se puso al cuello. Formaba un llamativo contraste con el verde. Le gustaba llamar la atención, aunque no fuera preciso. De todas formas la gente volvía la cabeza para mirarlo de arriba abajo adondequiera que fuese. En Hamburgo lo conocía todo el mundo. No solo resultaba especial por su melena amarilla, las patillas largas, que tan en boga estaban, y la perilla. Todos sabían que había influido de manera decisiva en el desarrollo industrial de Hamburgo. Casi nadie había marcado de forma tan determinante la imagen de la ciudad como él. Y todavía no había terminado. No, desde luego que no. Tenía grandes planes para esa ciudad. Tras inaugurar la primera factoría de Hamburgo, más bien tenía la sensación de ser como el padre fundador de una nueva metrópoli. Hasta el momento era su proyecto más ambicioso desde que se había retirado del comercio del guano. En todo el imperio no había un ejemplo más moderno. La factoría disponía de iluminación eléctrica, calefacción de vapor, un paternóster... y estaba justo a la entrada del distrito de almacenes, que se hallaba en vías de construcción en el corazón de Hamburgo, entre el río Elba y el sector comercial. Precisamente por eso la había concebido y le había destinado más de un millón de marcos: para que todo el mundo supiera en el acto que allí

él era el dueño y señor del comercio. Así pues, había invertido con productividad y, sobre todo, asegurado una gran parte de su capital para afianzar su porvenir y el de sus descendientes.

Aunque fingía no reparar en las miradas, era consciente de todas y cada una de ellas. Para él suponían la confirmación diaria de lo lejos que había llegado. Suyos eran un banco, un diario y un astillero, lo habían ennoblecido, poseía un palacio soberbio y desde hacía unos años empleaba una gran parte de su tiempo y su astucia en controlar el comercio del opio en el mayor puerto del imperio. Eso solo lo sabían unos pocos, pero hasta los más ricos entre los ricos, los más importantes entre los importantes, lo reconocían. A él, Ludwig, el hijo del jardinero del parque Süderpark. Entonces su casa tenía el tejado de paja y se las arreglaban con un salario de seiscientos táleros al año.

Llamaron a la puerta y la nueva sirvienta entró con el té. Temblaba ligeramente, de modo que la porcelana tintineaba, y no se atrevía a mirarlo. Siempre era así al principio. Si supiera lo que le había hecho a su predecesora, sin duda temblaría aún más. Pero ese era su secretillo. Se había asegurado de que la muchacha guardara silencio, de manera que serían las historias de la servidumbre las que intimidaran a la nueva. Era probable que en la cocina el señor fuese objeto de chismorreo constantemente. Y le venía de perlas, pues los criados amedrentados eran más eficientes.

La muchacha dejó la bandeja en la mesita estilo Biedermeier y, tras hacer una breve genuflexión, salió de la estancia caminando de espaldas. Esa tampoco estaba de mal ver, como atestiguaban su trasero redondo y un rostro inocente con forma de corazón. La miró por el espejo hasta que la puerta se hubo cerrado de nuevo. Una lástima que después de lo que había ocurrido con la otra muchacha tuviera que andarse con cuidado.

Oolkert se quitó el sombrero de copa sin vacilar y se desabrochó la levita. A decir verdad tenía intención de dar un paseo por la avenida Jungfernstieg, ya que iba tan bien vestido, y tomar café y comprar un periódico de la competencia. El suyo, el *Allgemeine Hamburgische Rundschau*, lo había leído de arriba abajo después de almorzar, como de costumbre, y había enviado un telegrama con sus comentarios a la redacción, en Berlín. Pero puesto que le habían llevado el té, bien podía beber primero un sorbo.

A una señal suya, Gregor enjuagó la taza con agua caliente. Al hacerlo golpeó sin querer con el codo el azucarero, que fue a parar al suelo y se hizo pedazos. Una lluvia de granitos blancos cayó como si fuese nieve.

—Oh... Le... Le pido disculpas —balbució.

Oolkert lo miró fijamente, su boca se contrajo.

—Déjame solo —ordenó en voz baja—. Ya lo recogerás más tarde.

Gregor asintió con las mejillas rojas.

—Desde luego. —Salió de la habitación a toda prisa.

Oolkert lo siguió con la mirada y después la bajó despacio. Durante un instante fue otro azucarero el que vio, rodando por el suelo de la casa de sus padres, cuyo contenido se derramaba

sobre la alfombra como si de nieve se tratase. Tendida al lado, asfixiándose y con los ojos inyectados en sangre, una joven con un vestido de crinolina. Agonizaba, y sus dedos se aferraron a los tobillos del chico, tiraron de sus calcetines y le arañaron la piel mientras él observaba en silencio, como paralizado, hasta que exhaló el último suspiro.

Por aquel entonces tenía nueve años. Fue un accidente, una travesura. Una idea absurda que se le ocurrió una noche cuando, como tantas otras, yacía despierto pensando en cómo podía defenderse del monstruo que había entrado en su casa tras la muerte de su madre. Cuando su padre la presentó, los dos niños sintieron alivio en un primer momento. La bella y amable mujer que de pronto ocupaba en la mesa el lugar de la madre les pareció como salida de un cuento. Ella lo recompondría todo, enderezaría de nuevo aquel mundo que de repente se había desgoznado y devolvería la sonrisa al rostro de su padre.

Pero Erika odiaba su nueva vida y descargaba esa aversión en los niños. Su primer marido había puesto rumbo a ultramar con su dote nada más casarse y, tras el destierro que le impuso la sociedad, se vio obligada a desposarse con el único hombre que aún la quería.

No tardó mucho en mostrar su verdadera cara.

Sabía ocultar hábilmente sus maldades al padre y siempre que pasaba algo culpaba a los niños, de forma que el hombre muchas veces llamaba aparte a Ludwig e Ida, suspirando, para pedirles que le pusieran las cosas un poco más fáciles a su nueva madre.

Lo intentaron. Con todas sus fuerzas. Pero por buenos y obedientes que fueran, las cosas no hacían sino empeorar. Erika solía decir que a los niños maleducados el mal les nacía en el interior, por lo que había que combatirlo también desde el interior. Y para ello tenía un método muy especial: cogía un azucarillo, lo colocaba en una cuchara y, bajo la mirada atemorizada de los niños, disfrutaba dejando caer encima una gota de un líquido blanco que guardaba en un frasquito en su baúl. Ludwig e Ida debían tomar un azucarillo cada uno. Las consecuencias eran unos retortijones, náuseas y diarreas tan fuertes que en una ocasión él no pudo ir a la escuela durante una semana entera. Aún entonces recordaba con profunda vergüenza y terror el espantoso ruido que le hacían las entrañas, la sensación de ser devorado por dentro. «La próxima vez le echaré dos gotas» era la incesante amenaza de Erika, que sin embargo nunca cumplió. Pero solo con el miedo ya bastaba para que los niños estuviesen más callados y fuesen más buenos, incluso más obedientes.

Era inútil. Ella siempre encontraba alguna pega a lo que hacían. En una ocasión su padre estaba postrado con una pulmonía grave y convulsiones febriles, por lo que no se enteraba de nada, y Erika encerró tres días en el sótano a Ida, que al parecer la había provocado a propósito cantando demasiado alto. En el sótano la oscuridad era absoluta, hacía frío y había moho. La criada temía por su puesto, razón por la cual mantuvo la boca cerrada. Ludwig no podía hacer nada salvo hablar en voz baja con su hermana por el ventanuco del jardín para decirle que todo iría bien. Cuando le permitió salir del sótano, la niña tenía las uñas azules, farfullaba fantasías febriles y poco después contrajo una pulmonía grave cuyas consecuencias la acompañarían

durante toda su vida; pasó años con astenia y escupiendo sangre cuando tosía. Murió de una embolia con treinta y pocos.

Luego Ludwig se confió a su abuela, que lo llamó «embustero» y lo obligó a ir a confesarse con ella. Como penitencia, el sacerdote le endosó todo un catálogo de oraciones sin sentido. Probó suerte con su profesor de Latín, a quien le caía especialmente bien ese muchacho astuto y callado, pero el señor Gropius estimó que la fantasía desbordada de Ludwig se debía a tocamientos impuros y lo puso en conocimiento de sus padres. Aún se estremecía cada vez que recordaba el castigo que le esperaba cuando llegó a casa.

No lo planeó. Fue muy fácil. En lugar de una gota en un azucarillo vertió la mitad del frasco en la taza de té cuando nadie miraba. Actuó sin más, sin pensar, confiando únicamente en que la mujer no notara el sabor. El líquido no era amargo, tan solo tenía un olor raro, un tanto agrio.

Lo notó, pero solo después de beber unos sorbos sedienta. «Este té nuevo sabe raro», observó, pero se encogió de hombros y siguió bebiendo. Conteniendo el aliento, él vio lo que sucedía a continuación.

Esa vez lo salvó su buen comportamiento. Era un niño muy tímido y discreto que jamás levantaba la voz ni hacía travesuras. En cambio, la criada que llevó el té tenía cierta mala fama, era la asesina perfecta. Él solo tuvo que hacer una pequeña insinuación —la muchacha hablaba mal de su madrastra a menudo y, además, había querido casarse con su padre— y ella pasó a estar bajo sospecha fundada.

Luego encontraron el frasquito en su baúl.

Cuando la arrestaron, gritó y echó espuma por la boca como un pez enloquecido, se defendió con manos y pies y aseguró, sollozando con desesperación, que era inocente. Pocos meses después murió en la cárcel. Tuberculosis, se dijo en el vecindario, pero pasados unos años él hizo pesquisas: la habían azotado, las heridas se gangrenaron y se le llenaron de gusanos. La mujer sufrió una muerte dolorosa por septicemia.

Desde entonces aquella espeluznante historia lo atormentaba en sueños, pero aprendió la lección. Una lección que le serviría durante toda la vida: cada cual debía cuidar de sí mismo. No se podía confiar en nadie. Pero si uno mentía lo suficientemente bien, podía salir airoso de casi todo. Y en ese sentido, una buena reputación y una cara inocente eran sin duda de gran utilidad.

Alfred Karsten estaba asomado a la ventana de su despacho, contemplando el río con los brazos cruzados. El cintilar del agua siempre tenía un efecto hipnotizante en él. A menudo paraba de trabajar unos minutos y dejaba vagar la vista por el florido jardín hasta el Alster. «Es un privilegio poder disfrutar a diario de estas vistas», solía pensar, y también lo hizo ese día.

La villa, a orillas del río, la había adquirido hacía tan solo unos años. Antes la familia vivía en una de las cinco casas de Mittelweg. En la vitrina del salón había un viejo frutero con una estampa de la propiedad. A veces, cuando se ponía un poco sentimental, lo sacaba y lo

contemplaba con Michel. En esas ocasiones Alfred solía hablarle de su infancia con sus ocho hermanos, del legendario jardín de su abuelo y de los árboles que plantó para sus hijos. «Yo seguí su ejemplo y también planté un árbol para ti», le decía siempre, pero al parecer Michel nunca lo entendía del todo. Si no podía tocar o ver las cosas, al niño le costaba imaginarlas. Con los años también al propio Alfred le costaba cada vez más acordarse. De vez en cuando su infancia se le antojaba como un relato de un país muy lejano. Algunas cosas las veía con suma claridad, otras se hallaban envueltas en una niebla que siempre se desvanecía cuanto más intentaba asirla.

Alfred profirió un leve suspiro. Cómo habían cambiado los tiempos... A lo largo de los últimos veinte años prácticamente todos los aspectos de la existencia de la naviera habían experimentado una gran transformación. Trabajar con los barcos era algo que llevaba en la sangre. Al igual que su padre, cuando era joven había viajado mucho y disfrutado de una esmerada formación en el ramo del comercio, que cubría todos los aspectos económicos. Con una pasión que en ocasiones le sorprendía incluso a él mismo, había estudiado en Inglaterra el transporte de carga y de pasaje y las características de la construcción naval británica. En el curso de los años había forjado relaciones personales con los armadores y los constructores navales del lugar y había hecho contactos, la mayoría de los cuales seguía conservando, muchas décadas después. En tiempos de su padre todavía existía una estricta separación entre los distintos ramos profesionales. Un agente marítimo, que compraba y vendía barcos y los consignaba, no podía ser también armador. Pero, como siempre, los tiempos cambiaban, y la enseñanza del libre comercio sustituyó al mercantilismo, los buques de vapor se desprendieron de las velas, la democracia se impuso y, dos años después de que muriera su padre, el estatus del agente marítimo aumentó gracias a la liberalización de la economía.

De ese modo Alfred tenía el camino despejado para hacer realidad aquello con lo que siempre había soñado: fundar su propia compañía naviera. No fue fácil en su día. Antes de lograrlo tuvo que superar numerosos obstáculos; pero los socios de su padre siempre confiaron en él y las relaciones personales que había trabado en Inglaterra contribuyeron a que los negocios mejoraran año tras año, incluso sin los consejos y la ayuda del viejo Karsten. Alfred hasta se pudo asegurar la línea Hamburgo-Newcastle. Antes era Ludwig Oolkert quien estaba al frente de la representación de esa línea, pero como solo disponía de un socio, tuvo que renunciar a ese negocio en su momento. Las cosas no acabaron bien entre los dos competidores, pero era evidente que para entonces Oolkert lo había perdonado.

De todo aquello hacía veinte años y, sin duda, ya ni recordaba el asunto. A fin de cuentas, se había convertido en el empresario de más éxito de Hamburgo; había cambiado de oficio, dirigía su propio astillero y se dedicaba a la construcción. ¡Cielo santo!, ese hombre estaba metido en todo. En repetidas ocasiones habían llegado a oídos de Alfred rumores de que Oolkert también se estaba haciendo de oro con negocios no tan legales, pero semejantes insinuaciones solo se las

creía cuando había pruebas fehacientes. Al fin y al cabo siempre había alguien que le envidiaba a uno el lugar en la cúspide.

Desde hacía años Oolkert se esforzaba por colaborar con Karsten. Quería a toda costa que construyera los barcos en su astillero y lo agasajaba con promesas cada vez mayores. Franz estaba entusiasmado con la idea.

Pero Alfred dudaba.

Era tradición recurrir a los socios ingleses y, además, tenía buenos contactos con Flensburgo. No quería ofender de ninguna manera a sus relaciones ya consolidadas por dar prioridad a un armador del país. Para él las tradiciones eran importantes, y los lazos que mantenía con la isla desde hacía tiempo, sagrados. Asimismo era partidario de otras formas de alianzas entre las familias, algo a lo que sabía que Oolkert también aspiraba..., solo que en este caso, por motivos que Alfred no terminaba de entender, era Franz quien se negaba de plano a dar su consentimiento.

Mientras pensaba en su hijo mayor, arrugó ligeramente el ceño. Franz podía considerarse afortunado: tras la muerte de Alfred tendría la vida resuelta, algo de lo que él se alegraba de corazón. Por su parte no lo había tenido tan fácil, pero lo había conseguido. La marca A. Karsten era su mayor orgullo, la obra de su vida.

Ya se cumplían veinte años de la muerte de su padre, es decir, su madre llevaba viuda casi un cuarto de siglo; no era de extrañar que se hubiese ido avinagrando poco a poco. Siempre había sido una mujer severa y conservadora, pero la salud le daba cada vez más problemas. El disgusto que se había llevado con el incidente de Lily le había afectado a los nervios, y a Alfred le preocupaba. Antes era completamente distinta, no se inmutaba por nada, llevaba la casa y a toda su prole con mano de hierro. Pero ahora... Alfred había dejado vagar sus pensamientos, se hallaba sumido en retazos de recuerdos argénteos del pasado cuando llamaron a la puerta. Dio un ligero respingo.

Franz se asomó al despacho con una mirada inquisitiva.

—¿Padre?

—Ah, pasa, pasa. —Risueño, invitó a entrar a su hijo con un gesto—. No te había oído.

Franz lo miró con gravedad en el semblante y Alfred suspiró para sus adentros: supo que se avecinaba una nueva discusión. El hijo estaba más enfadado aún con la aparición de Lily que el propio padre, tanto que había pedido que las consecuencias fueran más severas que las impuestas. Estaba muy satisfecho de que su resuelto hijo mayor no fuese un inútil y un trotamundos como muchos de los vástagos de sus amigos, incluso que apoyara con ferviente entusiasmo el negocio familiar, pero a menudo diferían en cuanto a la manera de llevarlo.

—Quería hablar contigo. Lily ha llegado lejos. Demasiado lejos. Me preocupa de veras nuestra reputación.

Ahora Alfred suspiró abiertamente. Vuelta a empezar con lo mismo.

—Franz, en realidad no ha pasado nada. Hemos podido evitar lo peor. Gracias a la genial

ocurrencia de tu madre...

—No ha pasado nada por ahora, padre. En la fiesta había prensa. Imagínate lo que ocurrirá si el incidente se publica en los periódicos. Solo hace falta que alguien nos la tenga jurada y...

—No sucederá tal cosa. La prensa ha acudido porque nosotros la hemos invitado.

Franz lo miró con insistencia.

—Ya corremos un gran riesgo en la familia. Imagina lo que dirá la gente si ahora son dos de tus tres hijos los que no siguen las normas. Será la gota que acabará colmando el vaso, llegará un momento en el que no podremos controlar los rumores. Si la opinión pública se vuelve contra nosotros, se abalanzarán como buitres sobre la carroña.

—Michel no tiene nada que ver con esto —exclamó Alfred, y él mismo se dio cuenta de hasta qué punto había subido la voz.

En el fondo sabía que su hijo tenía razón, pero no lo quería oír, no quería arrostrar las posibles consecuencias. La voz de Franz se tornó más insistente.

—Claro que tiene que ver, y mucho. Padre, sé que no lo quieres admitir, y a mí también me duele decirlo, pero Michel es un peligro para todos nosotros. Tendríamos que habernos desembarazado de él hace años, nada más nacer, como recomendaron los médicos. Pero te quedaste con él solo por madre. Todos lo queremos, pero acabará sabiéndose lo que es... —Negó con la cabeza y respiró hondo—. Imagina que corre la voz en el club. Si perdemos inversores, Weber... Más vale no pensarlo. Padre, deberíamos hablar de nuevo de si no sería mejor que Michel...

—¡Ya basta! —Franz se estremeció ligeramente. Durante un instante Alfred cerró los ojos y retomó la conversación con más calma—. Tu hermana ha cometido un error, es cierto, pero deja fuera a Michel. Fin de la discusión.

—Pero, padre...

—Franz. Sé que solo quieres lo mejor para nosotros, pero juzgas con ligereza. Casi nadie sabe nada de Michel, y los pocos que sí saben lo suyo es desde hace ya muchos años, no nos traicionarán. Si alguien llegara a hacerlo, lo afrontaré y asumiré las debidas consecuencias. Pero no ahora. Tu madre no lo podría soportar. —Cogió aire con fuerza—. Y yo tampoco.

—Puede que cuando llegue ese día sea demasiado tarde. —Franz tenía el rostro encendido—. Solo hace falta una persona que nos quiera causar algún mal. Padre, con lo adelantados que vamos con la línea de Róterdam, por no hablar de la del Pacífico, te podría enumerar a un puñado de personas que se alegraría de que nuestra reputación se viese resentida.

—De ser así, yo asumiré la responsabilidad —repuso Alfred lo más tranquilo que pudo.

—Pero no eres solo tú quien decide —porfió su hijo—. Yo también estoy...

—Aquí quien decide soy yo. —Al ver que su hijo no respondía, sino que se limitaba a mirarlo fijamente, suspiró—. Dejémoslo estar por ahora, esto no conduce a nada. Además, quería hablar contigo de otro asunto. Oolkert ha vuelto a escribir. ¿Lo has pensado bien?

De pronto Franz se quedó petrificado.

—En efecto. Y ya sabes cuál es mi respuesta a ese respecto.

Alfred exhaló un nuevo suspiro.

—Franz —empezó con calma—, Roswita es un buen partido. El mejor, para ser exactos. No es que sea la joven más atractiva, en eso debo darte la razón, pero la unión de ambas familias nos sería sumamente ventajosa. No te entiendo, llevas meses intentando convencerme de que le dé una oportunidad al astillero de Oolkert; pretendes que renunciemos por ello a nuestras tradiciones y construyamos con él los barcos para las nuevas líneas, pero te niegas a estrechar lazos personales. ¿Sabes la impresión que causa eso? ¿Qué motivo quieres que dé? ¿Qué motivo puedes ofrecer tú?

Franz iba a un lado y a otro de la habitación.

—No hay nada en ella que me complazca. ¿Acaso debo pasar toda mi vida con una mentecata de pocas luces que me repugna?

—¡Por el amor de Dios, Franz! ¡Modera tu lenguaje!

—Me gustaría concentrarme en los negocios, padre. Ahora mismo casarme no entra dentro de mis planes. ¿Para qué iba a hacerlo? No necesito a una mujer, tengo mis diversiones y mi libertad.

—Por supuesto que necesitas a una mujer. ¿Es que no aspiras a un hogar propio? ¿No quieres tener hijos? ¿A quién le dejarás tu legado? Además, como ya te he dicho, no se trata solo de que pases por el altar, la unión supondría para todos nosotros...

—Lo sé, lo sé... —Enfadado, Franz desechó la idea con un gesto—. Pero, como te digo, de eso ni hablar. Todavía tengo tiempo. Si me caso dentro de diez años aún podré tener descendencia, tantos hijos como quiera.

—No estés tan seguro. Además, dentro de diez años no habrá ninguna mujer tan indicada como Roswita. De verdad, yo ya no sé qué excusas poner.

—Oolkert solo quiere esa boda para que no puedas seguirte negando a trabajar con él. Si construyésemos los barcos en su astillero, yo no tendría que...

Furioso, Alfred dio una palmada en el respaldo del sillón.

—No lo haremos, y lo sabes muy bien. Será mejor que te olvides de ello. Mientras yo dirija esta compañía nos mantendremos leales a Flensburgo.

El rostro de Franz se contrajo iracundo.

—Padre, si no fueras tan testarudo...

—No estoy dispuesto a seguir discutiendo este asunto.

Durante un segundo dio la impresión de que Franz pugnaba por controlarse. Después contestó:

—Dile que tengo un amorío y, aunque no llegará a nada, por de pronto no eres capaz de hacerme rectificar. Así todo el mundo lo entenderá. Les daremos largas y quizá ella encuentre pronto a otro.

—Y ¿lo tienes? —inquirió Alfred, mirándolo con atención—. ¿Un amorío?

—Eso es asunto mío, ¿no crees? —Franz explotó.

Alfred asintió agotado.

—Hablaremos cuando te hayas calmado un poco —empezó, pero su hijo lo interrumpió.

—No hay nada más que hablar. En lugar de concentrarte en mí y en mi absolutamente innecesaria boda, más te valdría ocuparte de que Lily se despose antes de que haga más disparates. Esa muchacha no respeta nada. Henry acabará echándose atrás, no olvides mis palabras, y entonces sí que habremos dejado escapar una unión importante. Los Von Cappeln son nobles, padre. ¡Nobles! Y comercian con ultramar.

—Eso ya lo sé. —Alfred hizo un gesto impaciente—. Henry está loco por Lily, en ese sentido no has de preocuparte, pero hay que mirar por la familia, y si Roswita y tú os ca...

—No tengo nada más que decir al respecto —sentenció Franz, y antes de que su padre pudiera contestar algo ya había salido de la habitación.

Alfred negó con la cabeza y se sentó a la mesa cansado. Franz reaccionaba con vehemencia siempre que sacaba ese tema. Hasta el momento había rechazado a todas las candidatas idóneas. Desde el punto de vista social no era para tanto, entre los hombres jóvenes de la época estaba de moda llevar una vida disoluta de soltero. De hecho, a veces él tenía la sensación de que los que gozaban de mayor respeto entre ellos eran los que vivían abiertamente como hedonistas, entregados a los placeres. Pasado el ecuador de la veintena, las mujeres se convertían en solteronas, pero los hombres podían vivir sin casarse, cambiando una amante por otra, y en el peor de los casos se los consideraba veteranos.

Dio la vuelta ensimismado al amplio sillón de forma que pudiera seguir mirando por la ventana. En esos momentos todos sus hijos eran fuente de grandes preocupaciones, pero lo cierto era que Franz era el que más quebraderos de cabeza le daba, aunque nunca lo hubiera admitido en voz alta.

Y no por la seguridad de la familia.

Ni tampoco por la reputación.

Tenía un presentimiento. Un horrible presentimiento. A veces se avergonzaba incluso de permitirse pensar algo así, pero en momentos como ese lo volvían a asaltar esas ideas, se le revolvían en las entrañas como un dolor punzante y lo hacían estremecer.

Esperaba encarecidamente estar equivocado.

Franz subió la escalera como una exhalación. Temblaba de tal modo que casi no era capaz de dominarse. La ira que lo acometía era tal que le habría gustado coger algo y lanzarlo contra la pared. Su padre no podía ser más obstinado. Si estuviera dispuesto a trabajar con Oolkert no tendría que devanarse los sesos con la condenada boda. Una desesperación honda y siniestra lo arrolló como si de una ola negra se tratase, amenazando con arrastrarlo a las profundidades. La sensación era tan abrumadora que miró un instante hacia abajo, hacia el gran vestíbulo, y se

planteó qué pasaría si acabase con todo sin más. «¿Por qué no saltas y terminas de una vez? —susurró una voz en su interior—. Eres diferente, eres una aberración. Una aberración total y absoluta. Cuando averigüen lo que eres, tendrás que saltar de todas formas. ¿Por qué no antes, de manera que al menos puedas conservar la dignidad?»

Conocía bien esa voz de su cabeza, siempre estaba ahí, lo acompañaba allá adonde fuese, como un pequeño demonio negro que se sentaba en su hombro, y le susurraba al oído las más sombrías y repugnantes ideas. Para mayor inri, no había ningún ángel blanco como contrapartida en el otro lado. Su contrapartida era el trabajo. Cuando trabajaba hasta la extenuación a veces podía olvidar. Y entonces se sentía casi normal, casi feliz.

Pero solo casi.

Se detuvo un instante tembloroso, apoyando las manos con los anillos de sello de la familia en la madera de roble macizo que constituía la balaustrada. Había una caída considerable. Diez metros, con toda seguridad. Lo imaginó: su cuerpo destrozado sobre las bellas baldosas de mármol, la mirada vacía, desgarrada, la sangre corriendo despacio hacia la puerta en regueros rojos.

Imaginarlo casi supuso una liberación.

Entonces se rehízo, echó los hombros atrás, respiró hondo una vez y de su rostro desapareció la expresión de profunda desesperación, se relajó y ahora parecía carente de emociones, casi frío. Debía ser cuidadoso, no podía permitirse que se le notara lo mucho que lo aterrorizaba la idea de casarse. Quizá debiera buscarse una amante, tal vez así...

En ese momento se abrió una puerta a su izquierda y salió Seda. Al verlo allí, parado en el pasillo en la penumbra, se asustó.

—Señorito Karsten, no lo había oído. —Hizo una genuflexión—. ¿Desea algo?

Se puso roja, como de costumbre. Sabía que la muchacha estaba enamorada de él; ¡santo cielo!, todas lo estaban. Su aspereza hacía enloquecer por completo a las mujeres, lo convertía en un desafío para ellas. Por lo general, como eran los hombres quienes corrían detrás de las damas, cuando uno actuaba de forma distinta las muy bobas perdían la cabeza en el acto. A veces bailaba con alguna de ellas a modo de juego, hacía como si de pronto hubiese despertado su interés, flirteaba con ella y luego la abandonaba y no se dignaba dirigirle una mirada más. Ese comportamiento las volvía locas y a él le deparaba una extraña satisfacción.

—No necesito nada —espetó con frialdad.

Seda inclinó levemente la cabeza y fue a pasar por delante de él, roja de la vergüenza. Cuando se situó a su altura, de pronto él le agarró el brazo con fuerza. Ella retrocedió y lo miró con cara de susto. Franz estudió su rostro: era bella, sin duda. Tenía los labios rojos y carnosos, y ojos castaños. Vio que la muchacha tenía miedo, notó que le temblaba el cuerpo entero. Pero también supo que si la besaba entonces no opondría ninguna resistencia. ¿Cómo iba a hacerlo? No podía renunciar a su empleo. Acercó la boca a la de ella y la muchacha cerró los ojos, a la espera de lo

que sucedería. Poco antes de que sus labios se rozaran, cuando él ya sentía su aliento, le dio un empujón.

Ella se tambaleó y se golpeó contra la balaustrada.

—No estoy, para nadie. Di a Kai que lo necesito para que se ocupe de la correspondencia —dijo fríamente. No esperó a que le contestara, se fue a sus aposentos y cerró la puerta al entrar.

Seda se quedó donde estaba, con las rodillas flaqueándole de tal forma que durante un instante creyó que no la sostendrían. Se llevó una mano a la boca, como en trance, y acto seguido profirió un grito ahogado y bajó corriendo la escalera.

4

En el seminario de maestras, Lily ocupó su sitio de siempre, junto a la ventana. Le gustaba mirar fuera durante la clase, sobre todo cuando la materia no le interesaba. En el plan de ese año figuraban nada menos que diecisiete asignaturas, y alrededor de la mitad le producía un aburrimiento mortal. Historia Natural y Psicología le resultaban emocionantes, pero Matemáticas y Costura, en cambio, no le gustaban nada, al igual que Canto y Gimnasia. En Latín solía pugnar para que no la venciera el sueño, y en esas ocasiones observaba a los muchachos en el patio de recreo del instituto contiguo. Su seminario estaba anexionado a la escuela de muchachos, de modo que ambos se encontraban en el mismo venerable edificio con el vestíbulo con columnas y las altas ventanas en el hastial. Sin embargo, las alas estaban rigurosamente separadas para que a ninguno de los alumnos se le ocurriese hacer una visita de tapadillo a las jóvenes damas.

Junto a Lily se sentaba Berta, su mejor amiga desde el principio de la formación. Para ambas aquello era un puro pasatiempo. Desde que no hacía mucho su padre se había enfadado tanto con ella, Lily se había vuelto a plantear si era justo que ellas dos ocuparan las plazas que otras mujeres quizá necesitaran con más urgencia. Pero ¡tenía tantas ganas de seguir aprendiendo! No, nada ni nadie haría que renunciase al seminario por propia voluntad. A su amiga, por el contrario, no parecía interesarle de verdad ninguna asignatura. Debía de ser el ambiente lo que la atrajo al seminario, el círculo de mujeres, los descansos y las excursiones; la sensación de tener algo que hacer. La propia Lily lo podía entender perfectamente.

Incluso cuando su círculo de amistades se amplió con el tiempo, Berta y ella siguieron sentándose juntas. Tan solo se sentaron separadas, en extremos opuestos al final del aula, unas semanas, cuando Lily se prometió. Resultó que, por desgracia, Berta estaba enamorada de Henry. Lily tardó semanas en comprender que el mismísimo Henry era el hombre por el que Berta bebía los vientos desde hacía tanto tiempo. Su amiga estuvo a punto de no creerla cuando le contó que ella no tenía la culpa de tal casualidad. Se enzarzaron en una pelea terrible, pero al final Berta se dio cuenta de que Henry no estaba interesado en ella y de que había sido la familia de Lily, y no la propia Lily, la que había urdido ese enlace. Ahora el tiempo había pasado, Berta ya tenía un nuevo admirador y la desavenencia de antaño había quedado olvidada.

Pero ese día, cuando Lily entró en el aula vio que ya había alguien en el sitio de Berta: una mujer joven increíblemente bella, de cabello castaño. Llevaba un vestido de seda azul claro con flores bordadas, el cabello recogido con pequeñas diademas de plata, y parecía absorta de lleno en un libro. Lily observó asombrada aquella imagen tan elegante e inusitada y acto seguido

ocupó la silla contigua con discreción. Entonces constató sorprendida que la desconocida leía un libro en inglés. Lily ladeó un tanto la cabeza para alcanzar con la vista el nombre del capítulo, pero de pronto la joven levantó la cabeza. Lily se estremeció al ver aquellos ojos marrones.

—Discúlpeme, se lo ruego. Sentía curiosidad.

La muchacha se echó a reír y le dio la vuelta al libro. El título no le dijo nada a Lily.

—Por desgracia mi inglés no es muy bueno —aseguró mientras negaba con la cabeza. Era una de las asignaturas que llevaba peor.

—Me temo que, aunque supieras traducirlo, no sacarías mucho en limpio: es un tratado de Anatomía y no podría estar más anticuado. —La joven se rio y metió el libro en el bolso—. Soy Emma —dijo con un ligero acento al tiempo que le tendía la mano a Lily—. Y trátame de tú, por favor. Soy nueva aquí y todavía no conozco a nadie. Bueno, aparte de ti. —Rio de nuevo y en sus mejillas se dibujaron sendos hoyuelos—. Por eso me escondo detrás de este libro.

Lily no pudo evitar reír con ganas a su vez.

—Lily Karsten, encantada de conocerte. Yo hago lo mismo cuando quiero ser invisible.

Justo cuando iba a preguntarle a Emma por qué diantres iba por ahí con un viejo tratado de Anatomía en inglés, Berta entró. Al verlas sentadas juntas se detuvo. Vaciló y se quedó boquiabierta. Lily se levantó y le hizo señas con la mano para que se acercase y presentarle a Emma, pero la interrumpió el profesor, que entró en ese momento en el aula.

—Muy buenos días, mis queridas señoritas —saludó el señor Kleinlein, y las jóvenes corrieron a sus respectivos sitios.

Berta se volvió, se dirigió hacia uno de los bancos libres del otro extremo de la clase y se sentó junto a Anna-Maria Fehrbaum. Lily intentó captar su atención, pero Berta ya no la miraba.

—Hoy empezaremos con Latín. Saquen la pizarra, señoritas.

Lily exhaló un fuerte suspiro y el señor Kleinlein le lanzó una mirada de advertencia en el acto. Entonces reparó en Emma.

—Ah, desde luego, lo olvidaba. Señorita Wilson. —Indicó a Emma que fuera delante y ella se levantó, acción que acompañó su vestido con un leve frufrú—. Señoritas, permítanme que les presente a su nueva compañera: la señorita Emma Wilson, de Londres. Señorita Wilson, tal vez quiera decir unas palabras.

Aunque el señor Kleinlein miraba a Emma con cordialidad, Lily se dio cuenta de que su sonrisa tenía algo extraño. Lo observó asombrada: era un hombrecillo encorvado con monóculo y perilla. Por lo general trataba a sus alumnas con amabilidad y paciencia, pero ese día había algo distinto en él. No parecía alegrarle en modo alguno la presencia de Emma. «¿Qué mosca le habrá picado?», pensó Lily. Su nueva compañera le parecía muy simpática y era incapaz de imaginar por qué el profesor la miraba con esa expresión de rechazo.

Sin embargo, Emma no pareció percatarse de tal cosa. Asintió.

—Desde luego —replicó con amabilidad, y sonrió a la clase—. Nací en Londres, pero mi madre es de Hamburgo. He crecido entre dos lenguas y ello me ha permitido estar aquí hoy.

Tengo veintisiete años, con lo que tal vez sea mayor que ustedes. Los últimos años he vivido en Suiza, donde he estudiado Medicina.

Un murmullo se extendió por la clase. Algunas muchachas soltaron una risita, otras miraron con cara de asombro a Emma. Lily se retrepó en su asiento extrañada. ¿Emma había estudiado Medicina? ¿Una mujer? Lily ni siquiera sabía que tal cosa era posible.

—Pero por desgracia tuve que volver para cuidar de mi madre, que está sola. Como aquí no me está permitido ejercer mi oficio, tuve que buscarme algo que hacer. —Emma se encogió de hombros, un gesto que denotaba indecisión—. Creo que los próximos años viviré en Hamburgo y me gustaría poder trabajar aquí, por eso asisto a este seminario. Con suerte, debido a mi formación, confío en no tener que empezar de cero. —De nuevo esbozó una sonrisa cautivadora y Lily sintió que se contagiaba del optimismo que irradiaba Emma.

El señor Kleinlein, en cambio, le dirigió una mirada desdeñosa.

—Magnífico —resopló con hostilidad—. Conque está usted aquí porque no le ha quedado más remedio. Eso es algo que siempre nos gusta oír.

Lily pestañeó sin dar crédito: no reconocía a ese hombre.

—Bien, ya veremos lo que le han enseñado en la universidad y si puede usted seguir el ritmo de sus compañeras. —Su voz parecía casi burlona.

Lily ya no entendía nada, y ahora Emma sí se había dado cuenta de que algo iba mal. Miró al profesor en silencio, enarcando las cejas, y se sentó cuando este se lo ordenó.

Durante la clase el señor Kleinlein no paró de preguntar a Emma para poner a prueba sus conocimientos. Ella respondió a la mayoría de sus preguntas con serenidad y corrección. Las pocas veces que dio un traspié él reaccionó con indisimulada satisfacción.

A la mañana siguiente Lily paseaba los huevos revueltos de un lado a otro del plato. No tenía mucho apetito. Sumida en sus pensamientos bebió un sorbo de té de las Frisias orientales mezclado con leche y le añadió otro pedazo de azúcar cande. Prometía ser otro día de verano caluroso. Las ventanas del comedor estaban abiertas de par en par y el perfume del jardín en flor inundaba la estancia, mezclándose con el aroma de los bollos y el café recién hechos. Sus padres hablaban en voz baja de un próximo baile de verano; Franz estaba absorto leyendo el periódico, y la señorita Söderlund, como siempre, se hallaba sentada junto a Michel para ayudarlo a comer.

Ya hacía unos días del bautizo del barco, pero en la familia seguía reinando un ambiente sombrío. No era que Alfred y Sylta ignorasen a su hija, pero le hacían sentir su decepción y la trataban con frialdad y reserva. Por lo menos ese día no había bajado su abuela. En ese sentido su enfermedad, por mucho padecimiento que causara a la anciana, era una bendición para la familia, ya que la incapacitaba para bajar la escalera y, por consecuencia, impedía que estuviese presente a menudo en el comedor. Por lo general la llevaban abajo los criados, pero los días malos la anciana prefería tomar las comidas en sus aposentos. Ese día Lily no podía alegrarse más de que

fuera así. Todavía resonaba en sus oídos la bronca que le había echado su abuela y todos se sentían más relajados cuando Kittie Karsten no estaba presente.

Hertha entró y, al ver el plato lleno de Lily, arqueó una ceja en señal de desaprobación. La cocinera estaba con la familia desde que Franz era un niño pequeño y Lily la quería como si fuese su abuela. Era una mujer flaca y alta, con el cabello gris recogido en un moño y dos arrugas rectas en las mejillas que le conferían una apariencia severa, nada que ver con su carácter. Lily solía sentarse con ella en la cocina y la miraba mientras amasaba o les quitaba la piel a las anguilas, y filosofaba con ella sobre la vida y sus textos. A Hertha siempre le interesaba lo que Lily leía y escribía, y ella se mostraba encantada de contárselo. Ahora Hertha le indicó con un dedo que se lo comiera todo y después preguntó:

—¿Desean algo más los señores?

—No, muchas gracias, Hertha, todo está perfecto —contestó Sylta con una sonrisa—. El pescado, excepcional. Di a Lise que puede empezar a quitar la mesa.

Hertha hizo una genuflexión y salió del comedor, no sin antes dirigir una mirada exhortativa a Lily y acto seguido guiñarle un ojo. Lily suspiró y ensartó un pedazo de pescado asado con el tenedor. Le dio la vuelta sosteniéndolo en alto y se lo metió en la boca. Mientras masticaba miró a Michel, al que en ese momento le salía de la boca un río de leche que le corría por la barbilla sin que la señorita Söderlund se diera cuenta.

—Michel, tesoro mío, coge la servilleta —le recordó Lily.

Sylta levantó la vista e intervino deprisa, antes de que su hijo se derramara la bebida entera en el traje de marinero. Para comer siempre le ponía en las piernas un buen número de paños, pero como tantas otras veces el niño ya los había tirado al suelo.

—Disculpe, señora Karsten, no lo había visto. —La señorita Söderlund iba a coger la servilleta, pero Sylta le restó importancia.

—Déjelo. De todos modos yo ya he terminado y usted no ha comido nada aún. Yo me ocupo. —Sylta le limpió el mentón a su hijo con cariño y después el cuello, donde había no solo restos de leche, sino también trocitos de pescado y migas de pan.

—A ver si aprende de una vez a comer como es debido —comentó Franz sin levantar la vista del periódico.

—Ha mejorado mucho —aseguró Sylta defendiendo al menor de sus hijos, y cuando Franz la miró como poniendo en duda dicha afirmación, ella sonrió—: Tampoco es para tanto, el traje se puede lavar.

—Sí, mientras nadie lo vea, no es para tanto —espetó Franz e, impacientándose, Sylta lanzó un suspiro.

De pronto se oyeron pasos enérgicos en el pasillo y todos levantaron la vista extrañados. Segundos después el tío Robert entró en el comedor como una exhalación. Parecía agitado y sostenía un periódico en la mano, que estrelló contra la mesa sin tan siquiera saludar. A Lily se le encogió el estómago en el acto.

—Me figuro que ya lo sabéis, ¿no? —preguntó con su atronadora voz mientras se ponía en jarras.

A Lily le agradaba el tío Robert, un hombre recio, ruidoso, al que gustaba bromear con ella. Eso sí, cuando se enfadaba su estatura elevada y su voz estentórea resultaban intimidatorias. Y ese día, al parecer, estaba fuera de sí.

Su padre desdobló el periódico con la frente fruncida.

—¿De qué hablas? —preguntó a su hermano mientras echaba un vistazo a la primera plana.

—Página tres. Los chismorreos. —El tío de Lily se dejó caer en una silla, respirando con pesadez. Lise se acercó para ponerle un cubierto, pero él rehusó—. No tengo apetito. Tomaré solo café —ordenó, y ella le sirvió una taza con una mirada que reflejaba la curiosidad que sentía: era evidente que ella también quería averiguar lo que significaba esa visita extraordinaria.

Franz, que se había levantado, se situó detrás de su padre, con los brazos cruzados, para leer la noticia. El periódico tapaba el rostro de Alfred, pero Lily vio que el de su hermano se quedaba cada vez más de piedra.

Franz levantó la cabeza y durante un instante le dirigió una mirada tan iracunda que ella bajó la vista. Segundos después su padre dejó el diario con la boca un tanto crispada.

—Bien, los temores de Franz se han visto confirmados —contó sin mirar a Lily.

—¿Qué ocurre, querido? —inquirió preocupada Sylta.

—Hemos salido en la prensa. Y el artículo es..., bien, digamos que no es... bienintencionado.

—Vamos... Una campaña difamatoria, ¡eso es lo que es! —espetó Robert, y unas gotas de café fueron a parar al mantel blanco—. ¿Conocéis al reportero?

Franz y Alfred negaron con la cabeza al unísono.

—Friedrich Richter. En la vida he oído hablar de él. No estaba invitado al bautizo.

—No lo podemos tolerar. Hemos de deliberar cuál será nuestro proceder. —Robert se levantó y se bebió el café de un trago.

—Estoy de acuerdo. —También su padre se puso de pie—. Vayamos al despacho. Pediré que nos lleven café. —Sin decir más, los tres hombres salieron de la habitación, pero en el umbral Alfred se volvió—: Es preciso que mi madre no se entere de esto en ninguna circunstancia —advirtió—. Dios se apiade de nosotros si ve el artículo. —Dicho eso, cerró la puerta al salir.

Durante todo ese tiempo no miró una sola vez a Lily. Nadie lo había dicho, pero Lily estaba completamente segura de que el artículo hablaba de ella.

5

En el club social, Franz estaba en la barra, esperando la cerveza que había pedido, cuando una mano se apoyó en su hombro. En el espejo vio la melena leonina amarilla y un nudo se le formó en el estómago.

—Ludwig. —Esbozó una sonrisa forzada.

—Mi querido Franz. ¿Tienes un momento?

—Desde luego —asintió—. ¿Vamos al salón de *skat*?

Cogieron sus respectivas bebidas y se retiraron a la habitación, revestida de madera. Un puñado de hombres con traje negro jugaba a las cartas mientras sobre ellos se formaban nubes de humo. Oolkert se dirigió hacia un rincón. Franz estaba tenso, confiaba en que el viejo no quisiera hablarle del compromiso matrimonial. Hasta el momento Oolkert solo había hablado de la tan deseada unión con su padre, por correspondencia, como dictaban las conveniencias sociales. Resultaría más complicado explicarle en persona que no se quería casar con Roswita. Y le enfurecía que Oolkert intentara presionarlo solo porque lo que planeaban conjuntamente no se podía poner en práctica lo bastante deprisa.

—Y bien, ¿cómo van esos avances? —Risueño, Oolkert bebió un sorbo de brandi.

Franz lanzó un suspiro.

—Sin cambios. Mi padre no quiere dar su brazo a torcer, pero estoy a punto de convencerlo. No es fácil para él desligarse de las tradiciones. Te dije desde el principio que no lo lograría de la noche a la mañana.

Oolkert asintió circunspecto y contempló un instante el líquido ambarino que tenía en la copa.

—Claro, claro —repuso con serenidad—. Pero poco a poco el tiempo se nos escurre entre los dedos, ¿no crees?

Franz empezó a sudar ligeramente.

—Yo no diría tanto. No necesitamos la línea de Róterdam, la de Calcuta es la única que resulta decisiva para nuestros... planes, para el negocio que tenemos pensado. —Carraspeó y miró con disimulo a su alrededor—. La mercancía se puede introducir por vía terrestre en la India desde China, siempre será más fácil que hacerlo por barco. Tardaremos un año y medio como mínimo en arrancar de verdad con la línea, y lo sabes. De aquí a entonces pueden pasar muchas cosas.

—Cierto, pero construir buenos barcos lleva su tiempo.

—Aunque no los construyamos contigo, ello no se interpondrá en nuestro negocio.

—No de manera directa, pero si los construís conmigo podremos fabricar los barcos de forma que resulte imposible ver una parte de la carga en caso de que los sometan a controles, como hemos hablado. Así nuestro negocio —también él echó ahora un vistazo en derredor— se multiplicará por más de diez inmediatamente.

—Las descargas las efectuaremos en tus galpones, eso es seguro —afirmó Franz—. Por de pronto no necesitaremos más. Cada uno de nuestros vapores descargará en tus almacenes. Después nuestros hombres se ocuparán de todo. El resto ya lo concretaremos. Un año más o uno menos poco importa.

—Y ¿quién me garantiza a mí eso? Si no eres capaz de persuadir a tu padre, ¿quién me dice que no encontraréis otro socio en el último momento? Quizá debiera proyectar los barcos con otra naviera.

—¡Me las arreglaré para impedir que suceda tal cosa!

Oolkert se inclinó hacia delante.

—Franz, en este negocio hay más potencial del que imaginas. Estamos hablando literalmente de la supremacía mundial. La ampliación es de suma importancia para mí. Confío en haberlo recalcado lo suficiente.

Franz asintió y se aflojó la corbata con un dedo.

—Mi padre no tardará en ceder.

Oolkert lo miró un instante con aire pensativo.

—Como sin duda comprenderás, esto es un poco incierto para mí. Por consiguiente, una unión de nuestras familias por otra vía sería una especie de seguro, llamémoslo así. —Sonrió, pero no era una sonrisa cálida.

Franz se clavó las uñas en la palma de la mano. A fin de cuentas lo sabía, lo sospechó en el momento en que notó la mano en su hombro.

—Aunque me siento muy halagado, y de ninguna manera querría ofender a tu encantadora hija, muy a mi pesar me veo obligado a decepcionarte: mi corazón pertenece a otra.

Oolkert soltó una risotada estridente.

—¿Tu corazón? Mi querido amigo, tu corazón aquí es lo de menos. Si obedeciéramos los dictados de nuestro corazón, las grandes familias de Hamburgo serían muy distintas, te lo aseguro.

Franz afirmó con la cabeza.

—Sería un gran honor...

—El mayor —lo interrumpió Oolkert con frialdad.

Franz asintió de nuevo. Cada vez le costaba más mantener una expresión cordial.

—El mayor. Y sería importante para nuestra familia, para la compañía. Con todo, ahora mismo no estoy en condiciones de... —Se calló porque no sabía cómo continuar, y Oolkert negó con la cabeza.

—Bien, quizá tengamos que esperar un poco. Apenas os conocéis, Roswita y tú. Estoy seguro

de que, si te paras a pensarlo detenidamente de nuevo, te darás cuenta de que esta unión es lo mejor que le podría pasar a la familia Karsten. —Lo dijo como si fuera una amenaza.

Franz profirió un leve suspiro.

—Sí, por supuesto que sí —aseveró—. Pero no siempre es tan sencillo.

Oolkert se levantó.

—Hablaremos en otro momento, Franz. Pronto comprenderás que a veces las cosas son de lo más sencillas. Solo es cuestión de voluntad.

Ludwig Oolkert salió del club y miró al cielo. ¿Es que no iba a aflojar nunca ese calor? Para hombres de su clase no había ropa adecuada para aquel tiempo. Todos los días empapaba los trajes de sudor.

Su cochero estaba con otros empleados, fumando. Al verlo se subió de un salto al pescante y arreó a los caballos. Oolkert se quedó en la escalera esperando a que llegara el carruaje y el cochero le abriese la portezuela.

Cuando echaron a andar, miró al club y vio a Franz en la ventana con el rostro blanco. Lo saludó con la mano y Franz hizo otro tanto. Incluso desde esa distancia Oolkert vio lo mucho que le costaba sonreír.

Se retrepó en el asiento y sonrió satisfecho. Bien, le había apretado un poco las tuercas. Franz caería en la cuenta de que no podía seguir poniendo pretextos. Si querían hacer negocios juntos, o se subía al tren o no. Oolkert no podía esperar hasta que el viejo Karsten entregara el testigo. Conseguiría que se casara con Roswita, pasara lo que pasase. Su hija estaba loca por Franz, pero quien ganaría más con esa unión sería él. Sí, tenía acciones de los competidores de Karsten, y no pocas, pero eso solo era una medida de seguridad. Invertiría en la naviera Karsten. Cuando Franz ejerciese más influencia en el negocio familiar, construirían cada vez más barcos en su astillero, reforzarían sus relaciones con Asia y ampliarían el negocio a toda Europa.

No obstante, era evidente que no bastaba con manipular al padre a través del hijo, sino que también debía encontrar maneras de doblegar al propio Franz. Oolkert no contaba con que Franz se negase a casarse; lo había sorprendido, incluso enfadado. Debía de haber algún motivo. No se tragaba lo de la otra mujer. Nadie sabía quién era, Franz nunca la mentaba, no fanfarroneaba con ella, como hacían los demás hombres del club. No, él abrigaba la acuciante sospecha de que allí había gato encerrado. Por supuesto podía retirar sin más su promesa de invertir..., pero eso no le convenía a nadie. Se producirían desavenencias y era lo último que quería. Debía proceder de manera más cauta.

Y ya había empezado a hacerlo.

Para la nueva línea de Calcuta de la que acababan de hablar, el viejo Karsten dependía de Gerhard Weber y Jens Borger como principales inversores. Debía crear una sociedad anónima para fundar la línea, y para ello necesitaba los millones de esos hombres y a Oolkert, que

también quería entrar, pero con una participación menor. Si alguno de los dos grandes inversores, o quizá incluso ambos, se echara atrás... Sí, haría que la familia Karsten se viese en un aprieto muy pero que muy serio.

Sumido en sus pensamientos se retorció la perilla.

Se mostraría dispuesto a intervenir, a aportar los millones que faltaran... si a cambio construían en su astillero los barcos para esa línea. Era justo, ¿no? De ese modo Franz ya ni siquiera tendría que convencer a su padre, el problema se solucionaría solo. Sonrió. Era un comienzo. Siempre había sabido que tenía que ser paciente, pero su paciencia se acabaría agotando.

La obra de la vida del viejo Karsten terminaría siendo suya.

Nerviosa, Lily no se movía del sitio. Era como si su cuerpo entero estuviese en tensión. Bajo los volantes de su parasol seguía el avance de la manecilla del gran reloj, que colgaba sobre la entrada de la estación, como si la vida le fuera en ello. Ya eran las seis y diez. ¿Dónde estaría Bolten? Escudriñaba el lugar con impaciencia. Cada minuto que pasaba hacía que su corazón latiera más deprisa. No se debía solo al cuestionable lugar en el que se hallaba; tampoco al dinero que llevaba en el bolsito de nácar, que apretaba contra su vientre. Cómo le habría gustado convencerse de que era por eso. Pero no, era algo que tenía ese hombre que la desconcertaba a más no poder. Era distinto de los hombres a los que ella conocía, algo que en gran medida se debía a que su padre ponía buen cuidado en que solo se relacionase con caballeros de la alta sociedad. Nunca la llevaba a su lugar de trabajo y, hasta el momento, solo había estado en el puerto para asistir a bautizos u otros eventos especiales, siempre al amparo de su familia. No recordaba haber cruzado una sola palabra con ningún trabajador.

Llevaba la semana entera esperando aquel encuentro con gran impaciencia, pensando incesantemente en qué se pondría, y al final se había decidido por uno de sus atuendos más sencillos: un vestido de paseo de seda estampada color crema. Aunque el corte era refinado —la prenda estaba reforzada con crin y muelles en espiral, la enagua tenía tres volantes bajos y la sobrefalda era plisada en la parte posterior—, no llevaba encaje y, aparte de los botones dorados, tampoco adorno alguno, no fuera a pensar Bolten que se había acicalado sobre todo para él. «Es un idiota tosco y maleducado, no tiene modales», se dijo por enésima vez mientras intentaba entender qué tenía que la hacía reaccionar de manera tan extraña.

Además, como era natural, el asunto entero le resultaba muy emocionante. ¡Una entrega de dinero secreta! En general su día a día transcurría entre el seminario, la clase de piano, la costura y un sinfín de horas al escritorio. De hecho, lo sucedido con la bicicleta la semana anterior era lo más emocionante y rebelde que había hecho jamás. Ese día iba a hacer algo por segunda vez en su vida que nadie esperaría de ella y la sensación era vertiginosa. No quería ni pensar en lo que sucedería si su padre se enteraba.

—¡Eh!

Lily se volvió en redondo. Bolten estaba tras ella, escrutándola. ¿Cómo se había acercado tanto sin que se diera cuenta?

—Uy. Me ha asustado. —El corazón todavía le latía con fuerza.

Él asintió, como si fuera consciente de ello.

—Me ha costado encontrarla. —Señaló el parasol.

—No quería que nadie me reconociera —aclaró ella, puesto que en realidad era ya algo tarde para llevar parasol.

—Y ¿tiene usted el dinero? —preguntó.

Lily notó que se enfadaba. Qué descortés ni siquiera preguntarle cómo se encontraba. Estrictamente hablando ni la había saludado. Sus ojos recorrían el lugar con nerviosismo, era como si no reparasen en ella.

—No, me gusta deambular por la estación todas las tardes para observar a las personas. —Lily hizo una mueca—. Pues claro que lo tengo, ¿qué cree usted que hago aquí, estar mano sobre mano?

Él la miró con cara de sorpresa y después rompió a reír a carcajadas.

—No me muerda, solo era una pregunta.

—Lo habitual es empezar una conversación con un saludo —replicó ella con formalidad.

Él sonrió.

—Muy cierto. Mis disculpas, señorita. ¿Cómo se encuentra usted?

—Mal —espetó Lily, y nuevamente él se rio.

Estaba cada vez más enfadada. ¿Qué se había pensado, que ardía en deseos de reunirse con él? Sacó el dinero del bolso a toda prisa.

—¿Es que se ha vuelto loca? ¡Aquí no! —le soltó él, y Lily se estremeció.

—Entonces ¿dónde? —inquirió extrañada.

Tras echar un vistazo, la llevó hasta un rincón oscuro entre dos columnas. Una vez allí se plantó delante de ella, de forma que su espalda la protegía de miradas curiosas.

—Deprisa. Si alguien nos ve, pensará que la estoy asaltando —gruñó.

—Así es como me siento, en cierto modo —replicó Lily irritada.

No lo decía en serio, pero de pronto fue consciente de que no sabía nada de ese hombre con el que se encontraba en un rincón oscuro de la estación a escondidas. Y nadie sabía dónde estaba.

—Permítame recordarle que todo esto fue idea suya —dijo Bolten, y ella vio que su mirada era risueña. Probablemente hubiese adivinado lo que se le estaba pasando por la cabeza.

«Cuántas pecas tiene», pensó Lily, y de pronto se notó la boca seca. ¿Por qué tenía que ser tan apuesto? Eso era algo que la desconcertaba por completo. De repente percibió un olor desagradable. ¡Bolten apestaba a sudor! Ella arrugó la nariz y se separó un poco.

Él vio que le miraba las manchas de las axilas y se rio.

—No es un olor agradable para su delicada nariz, ¿eh? —observó—. Huele a puerto. Es lo

que pasa cuando uno trabaja.

—¿Ah, sí? —Lily no estaba dispuesta a dejarse amedrentar—. Mi padre también trabaja y nunca ha olido así, por lo que debe de ser cosa de usted.

Él puso cara de sorpresa y después negó con la cabeza con incredulidad.

—O de que su padre trabaja con la cabeza y no con las manos. Y, sobre todo, no en el puerto. Eso se lo deja a otros. —Ahora se apoyó en la pared ante la que estaba ella, acercándosele más aún. Lily ladeó el rostro. El olor era de lo más penetrante. Él se rio de nuevo—. Entonces ¿tiene el dinero?

Ella asintió y lo sacó de nuevo del bolso.

—Es todo lo que he podido reunir. Intenté hablar con mi padre, pero como no podía contarle nada me resultó difícil dar con argumentos —se apresuró a aclarar—. Mi padre dice que el señor Herder tendría que haber puesto más cuidado y que actuó por su cuenta y riesgo. Pagará el tratamiento médico, pero no se siente responsable de más.

Bolten asintió con el rostro inexpresivo.

—¿Por qué no me sorprende? —farfulló.

Lily se vio obligada a defender a su padre.

—Seguro que no sabe nada de la amputación, fue mi hermano quien lo arregló todo.

—Podría haber preguntado —replicó Bolten con frialdad.

Lily negó con la cabeza. Era difícil de explicar, ya le había costado incluso que su padre hablase con ella. Por principios no trataba con ella de asuntos financieros y había puesto fin a la discusión deprisa:

—Tu hermano me ha asegurado que se ocupará debidamente del asunto, confiemos en él —afirmó—. Ten por seguro que no lo controlaré. —Cuando Lily se disponía a objetar, él levantó la mano enfadado—. Lily, ya me has dado bastantes quebraderos de cabeza, ¿no crees? Ese hombre recibió un dinero por el servicio que te prestó y además nos hemos hecho cargo del tratamiento médico. No creo que se pueda pedir más. Entiendo que la conciencia te remuerda, pero no seré yo quien te quite esa carga. Antes bien, me alegra que te veas obligada a pensar en tu comportamiento. Para empezar, no tendrías que haberte puesto ese sombrero.

—Pero cómo iba yo a saber... —quiso objetar, pero su padre cabeceó.

—Si no consigues que se te vaya de la cabeza, habla con tu hermano al respecto —le aconsejó, y acto seguido la echó del despacho.

Pero con Franz, como de costumbre, dio en hueso.

—Yo me encargo, no es preciso que sepas más —espetó, y la miró enfadado. Desde que había aparecido el artículo en el periódico prácticamente no hablaba con ella—. A ese hombre lo ha tratado uno de los mejores cirujanos de Hamburgo, dudo que pueda pedir más, ¿no crees?

Ella pensó que claro que podía pedir más, pero la cara de Franz le dijo que no estaba dispuesto a discutir, y ella no podía revelar que había hablado con Bolten o le acarrearía más problemas aún.

Lily dio el dinero a Bolten.

—No es mucho, pero espero que sea de ayuda hasta que vuelva a ponerse en pie. —Nada más terminar la frase sintió un hormigueo, al ser consciente, avergonzada, de lo que acababa de decir —. Me refiero... Quería decir...

Bolten le restó importancia con un gesto.

—¿Cómo lo ha conseguido?

—Bueno, pues...

No quería contarle de dónde salía el dinero. Le daba vergüenza admitirlo, pero le había dicho a su abuela que en el seminario estaban haciendo una colecta para veteranos de la guerra franco-prusiana. Siempre se podía apelar al sentimiento patriótico de Kittie Karsten, que aportó una generosa suma.

—Es cosa mía —dijo al fin.

Él asintió nuevamente y se metió el dinero en el bolsillo de la camisa, no sin antes volver la cabeza con cautela.

—No vaya a ser que haya cometido usted alguna tontería y después pague yo las consecuencias —musitó.

Lily apretó la boca.

—Si tan incapaz me cree, devuélvame el dinero.

Él resopló con suavidad.

—Ni hablar. —De pronto se le pasó algo por la cabeza—. ¿Cómo ha conseguido salir de casa? ¿A hurtadillas?

Lily pensó que ya tenía bastante.

—Creo que hemos terminado, señor Bolten. ¿Tendría la amabilidad de dejarme pasar? —preguntó.

Él vaciló un instante y se hizo a un lado, enganchando los pulgares en los tirantes del pantalón.

—¿Un tema delicado? —Soltó una risilla y ella se puso más rígida aún.

—Buenas tardes, señor Bolten. Que le vaya bien. Me informaré sobre el estado de salud de Paul Herder. Confío en que el dinero le sirva de alguna ayuda. Estoy segura de que pronto mejorará. —Dio media vuelta, dispuesta a marcharse.

Solo lo había dicho por cortesía, pero Bolten replicó:

—No mejorará, pero claro, cómo lo va entender usted. Está demasiado mimada.

—¿Perdone? —Lily giró sobre sus talones.

En ese momento le habría gustado abofetear a Bolten. Pero ¿qué se había creído? Sí, su familia era acomodada, pero en Hamburgo había muchas clases de familias. Existían diferencias entre las personas, ¿quería hacerla responsable personalmente de ello? Tendría que ver a algunas de las muchachas con las que había ido a la escuela. El pasado verano a Sofia Rotenbaum le habían regalado por su cumpleaños una yegua palomino, con su propio carruaje, y una tiara.

¡Una tiara de verdad! A Lily, en cambio, tan solo dos cadenas y unos pendientes heredados. Un caballo propio era algo que solo podía tener en sueños.

—Usted no sabe nada —terminó espetando.

Él esperó un momento antes de contestar y la miró entrecerrando los ojos. Bajo la sombra de la gorra eran tan oscuros que Lily no le veía el iris.

—No, usted es la que no sabe nada —contestó en voz baja, y de pronto Lily sintió un cosquilleo que le recorrió todo el cuerpo. Bolten carraspeó y dio un paso hacia ella—. ¿Aún dispone de algún tiempo? —le preguntó.

Ella frunció el ceño sorprendida.

—¿Para qué?

—¿Lo tiene o no?

Lily se paró a pensar un instante. Sí, todavía disponía de algún tiempo, la clase de piano en la que debería estar en ese momento terminaría al cabo de una hora larga.

—Creo... que sí. Pero después tendré que volver a la calle Rathausstrasse —repuso con aire vacilante.

—Descuide. Venga conmigo. —Cogió a Lily del brazo y tiró de ella.

—¡Oiga! —Clavó los pies en el suelo asustada—. ¿Adónde me lleva?

Él se detuvo y la miró fijamente.

—Le voy a enseñar lo que no conoce.

Con más tosquedad de la que habría sido necesaria, Jo cogió del brazo a la joven y tiró de ella, pero Lily se zafó de su mano y echó a andar a su lado con pasitos presurosos y los ojos muy abiertos.

—Si me secuestra, mi padre no descansará hasta verlo en la horca —dijo de repente. Él resopló risueño y acto seguido paró tan en seco que Lily chocó contra él—. Tenga cuidado.

—Lo siento. Escuche, como es natural no tiene por qué venir conmigo. Se puede ir cuando le parezca. —Levantó las manos como para demostrarle que sin duda él no se lo impediría.

—Como si no lo supiera —contestó ella con brusquedad, y se atusó el cabello ruborizada.

Jo sonrió. Ciertamente no tenía nada de dulce.

—Bien, en ese caso ¿está dispuesta a acompañarme por voluntad propia? ¿No la estoy secuestrando?

Ella le dirigió una mirada fulminante y, debido al enfado, en su ceño se formó un pequeño círculo cuando frunció la frente.

—¿Quiere echar a andar de una vez? No dispongo de mucho tiempo —rezongó.

—Bien. —Jo asintió, se estaba divirtiendo—. Así queda aclarado el asunto.

—Y ¿adónde pretende llevarme exactamente?, si me permite la pregunta. —Su voz seguía siendo incisiva, pero ya no tan mordaz como hacía dos segundos. Casi parecía algo atemorizada.

—Vamos a ver a Paul. ¿Por qué tendría que hacer de chico de los recados para usted? Le puede dar el dinero usted misma.

—Pero si ni siquiera conozco a ese hombre —afirmó asustada.

—Lo conocerá dentro de un momento —replicó Jo sin inmutarse.

Después fueron caminando juntos en silencio. Él ni siquiera sabía lo que estaba haciendo. ¿Qué mosca le había picado? ¿Llevar a una muchacha de Bellevue al Gängeviertel para enseñarle cómo vivían allí las personas, como si estas fuesen animales en un zoo? No obstante, por algún motivo le parecía importante que ella lo entendiese. Era inteligente y compasiva, quería que lo viese, que viese de verdad cómo les iba a las personas que con su sudor hacían posible la refinada vida en la villa a orillas del Alster. Iba en cabeza, callado, y no moderó el paso ni siquiera cuando se dio cuenta de que a ella le costaba seguir su ritmo.

Paul no vivía muy lejos. Jo había escogido adrede la estación como punto de encuentro para poder ir después directamente a ver a su amigo. Tener los bolsillos llenos de un dinero que no le pertenecía siempre era una tentación, y quería librarse de él lo antes posible. Pero, como era natural, no había planeado llevar consigo a una joven dama de morros ataviada con un vestido de seda. La escudriñó un instante: lo que llevaba puesto era muy probable que costara más de lo que él ganaba en un año. «Otro día singular», pensó, y constató que en cierta manera esos días extraños siempre tenían algo que ver con los Karsten.

Al cabo de pocos minutos su entorno sufrió un cambio drástico: las calles se volvieron más estrechas, los caminos no estaban consolidados y daba la impresión de que las casas se unían por encima de sus cabezas y ocultaban intencionadamente el sol. No era, ni de lejos, el peor barrio de la ciudad pero, a pesar de todo, las breves miradas de reojo que le echaba Lily le demostraban que estaba conmocionada. No se equivocaba al suponer que la muchacha no sabía nada del abismo que se abría entre los distintos mundos que coexistían en su bello Hamburgo. Cuanto más se adentraban en la maraña de callejuelas, tanto más parecía que Lily se arrimaba a él. El adoquinado irregular hacía que diese traspiés todo el rato, y se cubría el rostro con disimulo con un pañuelo bordado. Jo no podía tomárselo a mal, de vez en cuando ni siquiera su insensible nariz estaba preparada para recibir las emanaciones que salían de las aguas estancadas de los canales y, sobre todo, de los albañales abiertos en mitad de la calle.

Ahora estaba tan cerca de ella que, de cuando en cuando, la mano de Lily rozaba la suya al caminar y él volvía a oler su perfume, una mezcla de jabón y algo floral. Le recordaba a los melocotones que descargaban a menudo en el puerto, aunque él solo se había comido uno en su vida. Le supo ácido y poco maduro, a diferencia del olor que salía a veces de las cajas. Quizá la muchacha oliese también a lirio de los valles. Su madre le había contado que a las damas les gustaba perfumarse con lirio de los valles, y así era como imaginaba él que olería. Las mujeres con las que se acostaba nunca olían a flores, sino a sudor y comida, y sin duda no se ponían perfume. A él nunca le había molestado, ya que no conocía otra cosa, pero hubo de decir que

suponía un cambio agradable el olor que... De pronto se asustó y volvió a la realidad. ¿Estaba pensando en el perfume que llevaba la dama que caminaba a su lado? ¿Se podía saber qué le pasaba?

—Todo el mundo me mira.

—¿Qué? —Jo no había oído bien lo que le había dicho y se detuvo.

También Lily se había parado y ahora lo miraba con expresión casi temerosa. Se hallaban en una concurrida plazoleta con una fuente, rodeados de las casas con entramado de madera torcidas de la calle comercial.

—Que todo el mundo me mira —repitió con voz bronca.

Jo arrugó la frente y levantó la vista: era verdad. La gente la miraba fijamente. Tendría que haber sabido que tal cosa pasaría, damiselas como ella no iban a ese sitio. Quizá alguna se perdiera rara vez en las oscuras callejuelas mientras buscaba a una abortista, pero solo al amparo de la noche, oculta en su carruaje y custodiada por su servidumbre; nunca se la veía paseando por Springeltwiete sin más, a plena luz del día, con su vestido bordado. Miró al suelo y vio que Lily se había ensuciado los zapatos recamados con perlas.

—Creo que no debería estar aquí. —Había dado un paso más hacia él, miraba a su alrededor atemorizada y al mismo tiempo parecía evitar las miradas de las personas.

—No tema. Mientras esté conmigo, no le pasará nada —le aseguró él con confianza.

Eso no era verdad, pero a fin de cuentas no tenía por qué decírselo. Resistió el impulso de pasarle un brazo por los hombros en ademán protector. Al ver que no parecía tranquila, señaló con la cabeza la carnicería de la esquina.

—Yo crecí aquí, conozco prácticamente a todo el mundo. ¿Ve al gordo que está mirando por la ventana y hace como si ordenara el embutido? —preguntó en voz baja.

Ella asintió insegura.

—Ese es Hauke, un compañero. —Jo levantó la mano y el hombre que hacía un instante estaba trajinando respondió con un movimiento afirmativo de cabeza.

Ella frunció el entrecejo y dio la impresión de que no lo entendía.

—Y el que está junto a la fuente, a la izquierda —dijo Jo sin mirar; ella volvió la cabeza en el acto—, es Augustus. Lo conozco desde hace media vida.

Un hombre negro y gordo estaba sentado a la sombra, comiendo buñuelos de un cucurucho de papel de periódico y espantando las moscas que lo rondaban. Lily clavó la vista en él con fascinación, no debía de ver a personas como él a menudo. Al notar que Lily miraba, Augustus esbozó una sonrisa casi desdentada y la saludó con la mano. Ella pegó un respingo asustada.

—Es inofensivo si se le conoce —afirmó Jo, y las pupilas de la horrorizada muchacha se dilataron. Él no pudo evitar reírse para sus adentros, Augustus era un buen amigo suyo—. Y conozco a las personas de este sitio —añadió—. No a todas, como es natural, y hay muchos tipos de cuidado, claro está. No debería venir nunca sola a este lugar, ¿me oye? Pero ahora está conmigo. Créame, sola no habría llegado tan lejos, los mendigos se le colgarían del vestido... Eso

suponiendo que aún lo conservase. —Casi se avergonzaba de haberle dicho eso, ella se había quedado blanca como la pared—. Pero si alguien nos atacara, acudirían de inmediato en nuestra ayuda. Además... —Sonrió y se sintió superior cuando anunció—: Sé defenderme.

Ella no pareció impresionada.

—Si conoce aquí a tantas personas, ¿por qué no vienen a saludarlo? —quiso saber.

—Bueno... —Jo se rascó debajo de la gorra cohibido—. Saben que no me paseo sin más ni más por estas calles con una mujer como usted. Suponen que estamos cerrando un negocio o... —titubeó.

—¿O qué? —preguntó Lily sorprendida.

—Bien, es probable que algunos piensen que sus ropas son un disfraz y que le pago a usted por... ciertos servicios. —Rio al ver la cara de espanto que puso ella—. Alégrese, de ese modo al menos nos dejan en paz.

Lily fue a decir algo pero en ese preciso instante se dio la vuelta asustada. Un niño pequeño le tiraba por detrás del vestido. Estaba sucio y esquelético. Por el amarillo de sus ojos y el resuello de su respiración Jo supo que estaba enfermo. Observó entristecido al pequeño de pelo ralo y sienes hundidas. No tendría ni diez años y parecía un anciano. Probablemente no tardaría en meterse bajo la escalera de uno de los hediondos patios traseros y por la mañana no despertaría. Allí la suerte que corrían muchos era tan parecida que los pequeños se fundían en un horror único, sin nombre. Incluso entre los más pobres de los pobres existía un desnivel social, y el niño había ido a caer abajo del todo, o quizá siempre hubiera estado allí.

El pequeño extendió la mano para pedir, y al acercarse a ella Lily retrocedió y chocó contra el pecho de Jo. Él le agarró la muñeca obedeciendo a un instinto. Notó que tenía el pulso acelerado.

—¿Qué quiere? —susurró.

El chiquillo hablaba el dialecto del barrio. La voz bronca hacía que fuese más complicado aún entenderlo.

—Es un golfillo, pide dinero. Largo, no tenemos nada para ti —repuso Jo en la misma jerga, no con tono desabrido pero sí enérgico. Se veía a sí mismo en cada uno de esos niños y siempre que podía prescindir de algo se lo daba.

Pero eso no sucedía a menudo.

En ese sitio cada cual luchaba por su supervivencia y Jo tenía hermanos que también debían comer.

—Siento no tener nada que te pueda dar —se lamentó Lily, que se separó de Jo y dio un paso hacia el pequeño.

Jo constató sorprendido que ahora la muchacha sonreía al niño; al parecer ya no tenía miedo. Este arrugó la frente y miró a Jo. Lily, que se había inclinado hacia él, se irguió de nuevo.

—¿No le podemos dar algo? —inquirió.

—Si le da algo a uno, antes de que se dé cuenta vendrán los demás. Mire, los siguientes ya están al acecho. —Jo señaló la esquina, donde, en efecto, dos chicos considerablemente mayores

estaban junto a un carro con pescado y los miraban tensos—. En un abrir y cerrar de ojos tendremos a medio barrio detrás.

—Es que no tengo nada —afirmó Lily entristecida—, pero el pequeño parece tan enfermo y está tan flaco... —Dio la impresión de que se paraba a pensar un momento y se le formó de nuevo en el entrecejo el hoyuelo cuando frunció la frente meditabunda—. ¿Podemos decirle que nos siga discretamente hasta que haya menos personas a la vista? —preguntó de pronto a Jo.

Él la miró con cara de asombro.

—Y eso ¿por qué?

—Tengo una idea.

—No creo que debamos —objetó Jo, pero después miró de nuevo al niño.

Su resuello le puso la piel de gallina, le recordó algo de lo que no quería acordarse de ninguna manera. Durante un instante creyó sentir los pequeños dedos de Leni en el brazo. Al final se encogió de hombros. Fuera lo que fuese lo que se propusiera Lily con su petición, si tenía una idea para que el pequeño pudiera volver a comer algo bueno antes de morir, valía la pena intentarlo. Con pocas palabras y en voz baja le indicó al pequeño lo que debía hacer.

—Quítatelos de encima —advirtió mientras señalaba con la cabeza a los muchachos de más edad.

El niño dio media vuelta sin decir ni mu y se fue, pero Jo sabía que no tardaría en darles alcance. Y así fue, no habían transcurrido ni cinco minutos cuando salió de pronto de un pasaje oscuro.

Nada más verlo Lily fue a su encuentro.

—Aquí estás, espera un momento. —Jo vio perplejo que se quitaba los pendientitos de botón de perla y se los ofrecía.

—¿Es que se ha vuelto loca? —espetó él, que se acercó deprisa y le apartó el brazo—. Son demasiado valiosos.

—¡Suélteme! —exclamó ella, pero Jo no le hizo caso.

—Debe de estar usted mal de la cabeza, estos pendientes valen más que todo cuanto ha tenido este niño en su vida. —Entonces Lily fue a ayudarse de la otra mano para soltarse de él y al hacerlo lo arañó sin querer en el brazo.

—¡Mierda! —soltó Jo, y Lily se liberó de él.

—Son míos, puedo hacer lo que me venga en gana con ellos —se defendió ella.

—Por supuesto que puede —gruñó Jo, resistiendo el impulso de mirarse el brazo, que le escocía—. Pero ¿por qué iba a despilfarrar sin más algo de tanto valor?

—No lo despilfarro.

El niño seguía la discusión con los ojos muy abiertos.

—Escúcheme bien —pidió Jo, ahora con más suavidad, y volvió a cogerla con firmeza—. Lily, este niño está muy enfermo, sería como tirar los pendientes al arroyo.

En lugar de contestar, ella lo miró en silencio y al cabo de un rato, cuando sus ojos azules

hicieron que a Jo se le pusiera la piel de gallina en la espalda, aflojó la mano y finalmente la soltó. Ella se atusó el cabello mirándolo con furia y, tras acercarse al niño, le dio los pendientes. Sin dar crédito, el pequeño clavó un instante la vista en la suciedad de su mano y el resplandor de las perlas, como nieve entre cenizas, y miró a Lily. Acto seguido dio media vuelta, salió corriendo con sus piernas torcidas y les dijo algo.

—¿Qué ha dicho? —quiso saber Lily mientras lo seguía con una mirada de asombro.

—Ha dicho que está usted de atar —gruñó Jo, que en ese momento se miraba los cuatro arañazos sanguinolentos que le había dejado en el antebrazo—. ¿Cómo ha podido hacerme esto llevando guantes?

—Oh. —Lily parecía decepcionada—. Pensé que se alegraría más.

Jo resopló. Su ingenuidad era insufrible.

—¿Qué esperaba? ¿Que cayera rendido a sus pies? Esos críos son medio animales.

—No esperaba nada —aseveró, y se volvió para echar a andar con paso airado.

—¡Es hacia el otro lado! —le gritó Jo con voz áspera.

Ella se detuvo, hecha una furia, sus manos se volvieron puños un instante y, tras girar sobre sus talones, regresó dando zancadas. Él la siguió en silencio.

Durante un rato fueron caminando juntos sin hablar hasta que él no pudo aguantarse.

—Ha sido una estupidez —espetó—. Una auténtica estupidez.

—Y eso ¿por qué? —preguntó Lily con mordacidad.

—Porque es demasiado. El crío no llegará muy lejos. En cuanto intente cambiarlos, alguien le quitará el dinero. O los pendientes, dependiendo de la suerte que tenga. Aquí se rajan gargantas por una mínima parte de lo que vale eso. Y a diario. Esos pendientes harán que el niño corra un gran peligro.

Al oír sus palabras Lily se había quedado blanca.

—No lo sabía.

—Claro que no, por eso pretendía impedírselo. Pero no, tenía que salirse con la suya.

—Usted ni siquiera me conoce.

—La conozco lo bastante para saber que carece de sentido común para escuchar a quienes saben más que usted. Esto no es Bellevue ni la calle Elbchaussee, aquí imperan otras leyes y no sabe cuáles son, así que más le valdría escuchar a quienes sí las conocen. A la familia de Paul también le habría ido bien ese dinero, ¿se ha parado a pensarlo?

—No..., lo cierto es que no... —balbució, ahora confusa. Sus mejillas se habían teñido de rojo.

—Pero da lo mismo, de todas formas ya nadie puede ayudar a Paul, ni tampoco a ese niño, que no tardará en diñarla por el agua que tiene en los pulmones o los gusanos en las tripas —la cortó Jo con dureza—. Es posible que con su imprudencia el crío viva bien unas últimas semanas o puede que esta noche acabe tirado en cualquier parte con un tajo en la garganta, quién sabe. —Se detuvo y aporreó con el puño una puerta destartalada, furioso—. Ya hemos llegado.

Cuando entró en la casa Lily se quedó de piedra. Olía a putrefacción y, para colmo, unas nubes de niebla húmeda fueron a su encuentro. Era como si el aire estuviese hirviendo y chorreando agua a la vez, como si entrase en una cueva de la que se desprendieran vapores.

Les abrió un hombre con la cara picada de viruelas que luego se alejó en silencio por el oscuro pasillo. Bolten fue hacia la escalera y empezó a subir los peldaños de dos en dos, metiendo ruido con las pesadas botas y sin esperarla.

—¿Por qué el aire es tan extraño en este sitio? —preguntó Lily sin aliento mientras corría tras él, ya que tenía miedo de perderlo de vista en esa escalera oscura. Jadeaba ligeramente, con el pecho subiendo y bajando, presionándole el corsé del vestido—. ¿Y este hedor?

—El carnicero de abajo —explicó él—. Hace demasiado calor, la carne se pudre. Y además... —Señaló una puerta de madera inclinada en el rellano—. El retrete.

Lily palideció por completo.

—¿Está... roto?

Bolten soltó una carcajada.

—Ojalá. Huele igual en todas las casas. Los retretes solo se vacían una vez a la semana, pero este de aquí todavía está bastante bien, la gente se alegra de no tener que salir a la calle a aliviarse. En otras casas las letrinas están en el patio, son para el vecindario entero.

Lily no dijo nada. Sacó el pañuelito perfumado del bolsillo, se cubrió con él la nariz y confió en que Bolten siguiera andando.

—Y ¿de dónde salen esos vapores húmedos? —Para entonces tenía el vestido pegado al cuerpo y vio de reojo que se le habían soltado algunos ricillos del peinado, que ahora se ensortijaban con furia a ambos lados de su cara.

—Del lavadero del patio. Oiga. —Jo se detuvo un instante—. No sé cómo reaccionará la familia al verla a usted...

De pronto ella sintió miedo. Bolten se había mostrado muy seguro de sí mismo todo el tiempo, pero ahora no parecía convencido de que llevarla allí fuese tan buena idea. ¿Qué se encontrarían dentro? ¿Los echaría de allí la familia?

Él arrugó la frente y miró la puerta que tenía al lado.

—Deje que me adelante un momento para hablar con ellos. Luego vendré a buscarla —decidió.

Sin esperar a que le contestara, la puso contra la pared para que nadie la viera desde la habitación.

—Pero... —Lily iba a objetar, pero él se llevó un dedo a la boca para darle a entender que guardara silencio y dio dos golpes con el puño en la puerta.

De pronto Lily se vio sola en el pasillo. Miró a su alrededor. «¿Se puede saber qué estoy haciendo aquí?», se preguntó. El día estaba saliendo muy distinto de como lo había planeado.

Respiró hondo y sintió que le corrían hilillos de sudor por los muslos y la nuca. «¿Cómo aguanta esto la gente?», pensó. Aunque empezaba a caer la tarde, el calor seguía siendo sofocante y daba la impresión de que el aire húmedo del patio se le metía por cada uno de los poros de la piel. Cuando intentó aguzar el oído para averiguar lo que estaba pasando en la habitación, de pronto percibió los sonidos de la casa. Las voces de docenas de familias se mezclaban tanto con el golpeteo y los gritos del patio trasero como con el ruido de la calle, las risas de niños, los chillidos y ladridos de perros. Además del hedor de la carne putrefacta, que allí arriba ya no era tan intenso, y de las nauseabundas vaharadas que salían del retrete, ahora percibió olores de comida. Patatas, repollo y... olfateó... sopa de alubias, sin lugar a dudas. Era la hora de la cena.

Por la ventanita vio un mar de sábanas y vestidos que colgaban de cuerdas tendidas a distinta altura entre las casas. Abajo reinaba una actividad estridente. Mujeres con pañuelo en la cabeza y el rostro rubicundo se inclinaban sobre tinas burbujeantes y removían con palos las ropas que cocían en ellas. Las calandrias desempeñaban su cometido entre crujidos. Estuvo observando un rato aquella estampa, fascinada con el mundo desconocido que se desplegaba ante sus ojos. Era increíble que todo aquello se desarrollase a una hora escasa de ellos, en Bellevue.

—¡Eh! —Ella se volvió. Bolten la miraba con el ceño fruncido. Agarrado con una mano al marco de la puerta, se inclinaba hacia ella—. ¿Quiere pasar?

Lily miró por la abertura, insegura.

—¿Qué han dicho? —musitó.

—No mucho, la verdad. Por cierto, quizá sea buena idea que no se cubra el rostro con ese pañuelo cuando hable con ellos.

—¿Se puede saber por quién me toma? —inquirió Lily muy indignada—. No creo que precisamente usted me tenga que enseñar a comportarme como es debido.

Él arqueó una ceja y entró en la casa sin decir más. Lily no pudo evitar tragar saliva. A pesar de la humedad que había empezó a notarse la boca seca, y un ligero pánico hizo que se quedara sin aire. Se pasó las manos por los rizos rebeldes y se enjugó el sudor de la frente con disimulo. Acto seguido se metió el pañuelito en el escote y entró en la habitación detrás de Bolten.

El olor la arrolló de inmediato. Un hedor penetrante inundaba la estancia y la hizo llevarse la mano a la boca por acto reflejo. Entonces vio que Bolten la miraba con cara de pocos amigos y Lily entendió que el olor salía de la herida de Paul Herder. Durante un instante se quedó paralizada y después dejó caer la mano despacio, con las mejillas rojas debido a la vergüenza.

Esperaba encontrarse con una habitación sencilla, incluso pobre, pero el espacio oscuro, de techo bajo, en cuyo umbral ahora se hallaba, superó sus peores expectativas. Era evidente que hacía las veces de sala de estar y dormitorio. Contra la pared había dos camastros de hierro, y los únicos muebles aparte de estos eran una cómoda y una mesa. Apenas había objetos. El olor agrio a repollo y grasa rancia casi quedaba enmascarado por la terrible pestilencia que envolvía la habitación. Paul Herder yacía en una de las camas con los ojos cerrados y el rostro blanco. En la

otra estaban sentados un niño y una niña que miraban a Lily con los ojos como platos. Una mujer se levantó de la cama del enfermo, donde montaba guardia.

—Cerrad la puerta —pidió, y fue hacia ellos.

De pronto se oyó un lloriqueo en un rincón. Del cajón abierto de la cómoda asomó un bracito. La mujer se volvió y sacó a un niño pequeño del cajón que a todas luces servía de cuna. Cogió a la criatura en brazos, le dio unas palmaditas en la espalda para tranquilizarla y después se la tendió a la niña—. Marie, Hein, id fuera con el niño —ordenó.

Lily dio un paso hacia la mujer.

—Señora Herder, soy Lily Karsten. Su marido se hirió cuando intentaba ayudarme. Fue un accidente, pero me siento responsable. No sabe cuánto lo lamento —dijo de forma atropellada.

La mujer parecía afligida y exhausta, tenía unas ojeras profundas.

—La creo cuando dice que lo lamenta, pero eso no le devolverá la salud a mi marido —repuso, y Lily se estremeció—. La herida se ha enconado, se encuentra muy mal. Tiene fiebre —explicó dirigiéndose a Jo, que se quitó la gorra.

—¿No debería estar aún en el hospital? —inquirió Lily, y bien podría haberse mordido la lengua, ya que la señora Herder se volvió y contestó:

—Claro que debería seguir en el hospital, pero ¿quién lo paga? —escupió.

Lily bajó la vista al suelo, avergonzada, y al mismo tiempo cerró las manos con furia: Franz ni siquiera había cubierto los gastos del hospital. Y lo peor de todo era que ella no podría enfrentarse a él.

Bolten dio un paso adelante para calmar a la mujer.

—Hemos venido a darte algo de dinero, Alma. —Sacó las monedas del bolsillo y se las entregó.

—No es mucho —balbució Lily—, pero veré lo que puedo hacer para reunir más.

No tendría que haber dicho tal cosa, no podría hacerse con más dinero. Ya solo el error que había cometido con los valiosos pendientes le acarrearía problemas.

La señora Herder, pálida, cogió la bolsa y asintió mirándola con los labios apretados. Lily vio lo mucho que le costaba ser amable. La mujer se metió el dinero deprisa en el bolsillo del delantal.

—Gracias —dijo, sin mirar a Lily a los ojos—. Ahora será mejor que se marchen. Cuando se despierta, grita, y no creo que lo quieran oír.

Lily asintió.

—Por supuesto, si es lo que usted quiere —replicó en voz queda.

Bolten se acercó a la cama con gesto adusto y le apretó el brazo a Paul Herder. Después se volvieron para marcharse. Cuando ya estaban en la puerta, la señora Herder se levantó de golpe.

—He sido una maleducada. Le agradezco que haya venido, señora Karsten. No es algo que habrían hecho muchos. Sé que fue un accidente. Es solo que... —No pudo seguir hablando, a sus ojos asomaron lágrimas de desesperación.

Obedeciendo a un impulso, Lily tomó las manos de la mujer. Las tenía heladas.

—Haré lo que pueda por su marido —prometió con voz bronca.

Se miraron en silencio y después la señora Herder asintió.

—Gracias.

Bajaron la escalera callados. Ya en la calle, Lily tropezó con una piedra y Jo la cogió del brazo. Ella se zafó y, para su sorpresa, Jo vio que pugnaba por no llorar.

—¿Ya está usted satisfecho? —inquirió—. Estoy profundamente avergonzada. ¿Es eso lo que pretendía?

Jo la miró un instante sin saber qué hacer.

—No quería que se avergonzara, quería que lo entendiese —adujo con suavidad—. No fue culpa suya, fue un accidente. Nada de esto es culpa suya.

Ella asintió y se enjugó enfadada las lágrimas, que ahora le corrían por las mejillas.

—No puedo hacer nada —aseveró con voz ahogada, y él hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Tampoco tiene por qué... Pero habría hecho mejor no prometiéndolo.

—No he podido evitarlo.

—Ya, lo entiendo —respondió él.

Y era verdad.

—Bueno, ahora será mejor que me vaya. —Miró hacia otro lado, era evidente que las lágrimas le resultaban mortificantes.

Él la escudriñó un instante con cara de preocupación. ¿Cómo se le había ocurrido traerla a ese barrio?

—La acompañaré.

Por el camino la miraba una y otra vez de soslayo. Las lágrimas no cesaban, pero la joven no parecía triste, sino enfadada. Cada pocos minutos se pasaba el pañuelo perfumado por el rostro, que para entonces tenía hinchado y un tanto sucio. Jo se paró a pensar qué podía decir. Para su sorpresa se había quedado sin habla. Se sentía culpable por ser el causante de las lágrimas y confuso porque no sabía cómo manejar la situación.

Cuando las hileras de casas ralearon y vieron las aguas del Alster, Lily dijo de pronto:

—A partir de aquí conozco el camino. Gracias por acompañarme. —Su voz era fría, reservada. Estaba enfadada con él y era comprensible.

—La acompañaré un poco más —insistió él, pero Lily negó con la cabeza.

—Me gustaría estar un rato a solas, debo recomponerme. Que le vaya bien, señor Bolten.

Con esas palabras lo dejó plantado, se cogió las faldas y, después de bajar la calle casi a la carrera, desapareció tras la siguiente esquina.

Perplejo, Jo se rascó bajo la gorra. Luego se encogió de hombros y dio media vuelta. Como ya

no tenía que andarse con miramientos con Lily, no tardó en franquear un arco bajo y la oscuridad lo engulló. Una gran parte de los callejones del barrio hamburgués de Gängeviertel discurrían casi como en túneles de los cubiertos que quedaban bajo el millar de casuchas. Jo solía atajar por los largos y estrechos pasadizos que conducían a calles y patios interiores escondidos, pero ni siquiera él se sentía seguro en ellos. Eran demasiado oscuros y sucios, y con frecuencia había que agacharse en algunos tramos. Allí vivían los más pobres entre los pobres: verduleros, limpiabotas, limpiadores de canales y toda clase de gente con la que más le valía a uno no tener nada que ver.

Cuando llevaba andando alrededor de un cuarto de hora volvió a salir del submundo, al final de la calle Spitalerstrasse, y al doblar una esquina se topó con un grupito de personas. Picado por la curiosidad, se acercó.

El niño yacía sin vida en el suelo. Sus ojos amarillentos miraban hacia un cielo cada vez más oscuro, como si hubiesen visto algo en él que les provocase un profundo asombro. Jo esperaba que fuese así. Si existía alguna clase de justicia compensatoria, ahora el pequeño estaría disfrutando con los ángeles de una comida digna de reyes.

En caso contrario, habría muerto por unos pendientes.

Jo observó al niño, cuya cabeza formaba un ángulo extraño sobre los adoquines. Una sangre de un rojo vivo se iba filtrando despacio en el suelo y se ramificaba entre las piedras como los nervios de una hoja.

Apretó los dientes y dio media vuelta. También la gente empezaba a dispersarse. Un golfillo muerto en ese sitio era algo por lo que uno se detenía, pero que tampoco generaba mucha inquietud o tan siquiera interés. La propia miseria era demasiado grande. Quizá alguien avisara a la policía, que iría a por el pequeño, tal vez acudieran barrenderos y se lo llevaran por la mañana. Más no pasaría. «De todas formas, el niño habría muerto pronto», pensó Jo, e intentó no recordar sus manitas esqueléticas, las sienes hundidas o el resuello. Sintió una extraña punzada en el corazón. «Tal vez fuese mejor así», se dijo cuando se metió en una calle empedrada y desapareció una vez más en un pasadizo oscuro.

¿Qué clase de vida era esa? Intentó con todas sus fuerzas apartar esa imagen. Se acordó de sus hermanos y se sintió doblemente agradecido por saberlos a salvo en casa, sin lujos pero calientes y saciados. También se sintió doblemente agradecido por su trabajo, que aunque tenía sus exigencias, evitaba que sus hermanos corrieran un destino similar.

«Quizá Charlie esté en la taberna», pensó, y salvó una tapia baja y se encendió un cigarrillo. Ahora necesitaba una cerveza.

Sabía que esa noche no iba a dormir.

Lily se quitó los zapatos, lanzó el bolso de nácar a la cama y empezó a quitarse los pasadores del pelo con movimientos bruscos. Después, presa del nerviosismo, se puso a caminar arriba y abajo

por la habitación, pero de golpe se detuvo. Se dejó caer en la butaca que tenía ante la chimenea y permaneció sentada un instante. Para entonces ya casi había oscurecido y la luna rielaba en las aguas del Alster.

El cuarto se hallaba en penumbra, Seda todavía no había encendido las lámparas de aceite. El gran armario donde guardaba sus vestidos, la cómoda estilo Biedermeier con los artículos de tocador, la librería... ¡Tenía tantas cosas! Una habitación entera para ella sola. Siempre le había parecido normal; un poco pequeña, incluso. Franz tenía varias habitaciones, al igual que su abuela y sus padres. Incluso la habitación de Michel era más grande, tenía muchos juguetes porque, como decía su madre, necesitaba travesear.

Durante un instante Lily intentó imaginarse viviendo con toda su familia en una habitación, pero no fue capaz. Inquieta, se levantó, se acercó al palanganero, echó agua del aguamanil a la jofaina y se lavó la cara. Al mirarse en el espejo le dio la impresión de que era otra Lily la que le devolvía la mirada.

De repente se sentía tan... perdida. ¿Era esa la palabra adecuada?

En ese momento llamaron a la puerta y el rostro de su madre asomó en la habitación.

—Querida, te traigo la cena.

Lily se echó a reír. Nunca había visto a su madre con una bandeja.

—¿Tú me traes la cena?

—Bueno... —Su madre abrió la puerta y tras ella apareció Seda con la cena de Lily—. Te traigo a Seda. —Sylta sonrió con la pequeña broma.

—Podría haber bajado a cenar. —Lily quitó deprisa los libros de la mesa y la doncella dejó allí la cena: una sopa, un poco de carne con verduras y patatas, y pudin con compota de postre. Entre semana la cena siempre era más bien frugal, como también solía decir su madre.

Ese día a Lily no le pareció frugal en modo alguno.

—Pensamos que estarías más cómoda aquí y el comedor ya está recogido. Nunca habías vuelto tan tarde a casa. Debo hablar seriamente con la señora Rot, esto ha de ser una excepción. —Su madre se sentó delante de la chimenea e indicó a Seda que podía retirarse con una inclinación de cabeza.

Lily se puso roja. De pronto tenía calor y frío a la vez. Confiaba en que no descubrieran la mentira. Comió con ansia un bocado y se atragantó.

—Vamos, vamos, despacio. ¿Tanta hambre tienes? —inquirió su madre, y le dio unas palmaditas en la espalda antes de ofrecerle un vaso de limonada.

Lily asintió con lágrimas en los ojos.

—¡Podría comerme un caballo! —repuso, y tosió.

Sylta se mostró escandalizada, pero después se echó a reír.

—¿De dónde has sacado esa expresión? Hablas como un estibador. Procura que no lo oiga tu padre.

Lily pinchó un guisante con el tenedor.

—Descuida —contestó, y ambas sonrieron con complicidad.

Para entonces Seda había encendido las lámparas y había repartido unas velas por la habitación. Con esa luz tan cálida y titilante, la madre de Lily parecía joven y bella. Sylta se levantó, le dio a su hija un beso en la mejilla que olía a lirio de los valles y se dirigió hacia la puerta.

—Bueno, querida, que duermas bien. Me gustaría ir a ver un momento a Michel, hoy ha... —Su madre se interrumpió a mitad de la frase y Lily la miró con cara de sorpresa.

De pronto Sylta tenía una extraña expresión en el rostro.

—¿Qué? ¿Qué ha hecho hoy Michel? Mamá, ¿te encuentras bien?

—¿Qué les ha pasado a tus zapatos? —Sylta miraba hacia la cama sin dar crédito.

Lily siguió su mirada y estuvo a punto de atragantarse con la patata que estaba comiendo. En la alfombra, bien a la vista, descansaban los zapatos adornados con perlas, completamente sucios.

—Pues... —Lily se puso a pensar de manera febril—. Quería coger unas rosas para mi mesa y me he metido de lleno en el arriate —se apresuró a explicar.

Sylta negó con la cabeza.

—Ay, Lily. Con lo caros que son esos zapatos. Podrías haber llamado a alguien.

—No lo he pensado, lo siento —replicó apocada, con el corazón desbocado.

—Que no lo pienses es algo que sucede a menudo, ¿no crees? —preguntó Sylta con severidad, pero acto seguido su semblante se dulcificó—. Bueno, solo son unos zapatos. Le pediré a Seda que los limpie.

Lily asintió, pero no se atrevió a decir más.

Después de cerrar la puerta de Lily al salir, Sylta se detuvo de pronto y arrugó la frente: «No he visto ninguna rosa en la mesa», pensó con la mano aún en el pomo. Después se encogió de hombros. Ahora debía ocuparse de Michel. Seguro que habría una explicación sencilla. Probablemente Lily hubiera olvidado las flores en alguna parte cuando se le pasó otra cosa por la cabeza. Profirió un leve suspiro. Las muchachas a esa edad eran un enigma, claro que ella tampoco había sido distinta. No, no se podía enfadar con ella, Lily hacía esas cosas por despiste, nunca desobedecería a propósito.

6

Lily se bajó del carruaje delante del seminario y saludó con una sonrisa parca a Anna-Maria Fehrbaum, que, un poco más adelante, subía la escalera del edificio principal. Incluso desde esa distancia vio que su compañera llevaba un vestido nuevo. Anna-Maria caminaba con especial parsimonia y la espalda bien recta para que los muchachos del patio pudieran verla bien. Los bachilleres del instituto tenían la misma edad que la mayoría de las compañeras de Lily, para las que el liceo terminaba a los quince o dieciséis años y que justo después se podían formar como maestras. Aunque en clase se practicaba la más estricta observancia de la separación de las escuelas, en el descanso se era más que consciente de la cercanía del otro sexo. Al instituto privado acudían muchos de los mejores —y más acomodados— hijos de Hamburgo, hecho que también justificaba el atuendo de Anna-Maria.

Lily observó a la muchacha, que no era mucho más pequeña que ella, enarcando las cejas: tenía la cintura increíblemente estrecha y al cuello llevaba una cinta de seda ancha con un brillante colgante. «Si será engreída», musitó Lily, que no soportaba a Anna-Maria, un sentimiento que era mutuo. Qué ridículo acicalarse así para ir a clase.

Cuando el carruaje se hubo marchado, Lily recordó de pronto que ese día tenía gimnasia a primera hora. Echó a andar a buen paso hacia el gran vestíbulo con un suspiro. Odiaba los ejercicios físicos. Confiaba en que no tuvieran que hacer de nuevo figuras en la barra fija o en la de equilibrios. Ella siempre quedaba en ridículo, se caía y se hacía cardenales, y Seda echaba pestes cuando los veía por la tarde. A su doncella la gimnasia no le parecía algo propio de señoritas y era incapaz de entender que las maestras en ciernes del seminario imperial también se ejercitaran en fortalecimiento físico. «Va contra natura, seguro que acabarás sintiendo molestias y entonces será demasiado tarde. Si no paras de caer sobre el vientre, al final no podrás tener hijos. Escandaloso, eso es lo que me parece a mí.»

Lily le daba la razón en silencio, no porque la gimnasia le pareciese poco propia de señoritas, sino porque se le antojaba insoportable.

Cuando enfiló el pequeño sendero de gravilla que se escondía detrás de un seto de lilas, un itinerario que los muchachos del instituto utilizaban como atajo para llegar a la pradera, Lily se vio completamente sola entre los árboles y los arbustos. Allí fuera se estaba tan bien... Le habría gustado seguir paseando por toda la eternidad, se habría sentado a orillas del río a leer... De pronto una manaza le tapó la boca por detrás.

Lily quería gritar, pero no tenía aire. No logró proferir sonido alguno. Presa del pánico, se

puso a patalear con todas sus fuerzas para intentar liberarse, pero un brazo fuerte la agarró y tiró de ella hacia la maleza.

—¡Quieta, muchacha!

Sin pensarlo dos veces, Lily hundió los dedos en el brazo del hombre para tratar de arañarlo, pero no se pudo soltar.

—¡Eh! ¡Estate quieta! No te voy a hacer nada.

Lily le dio una patada en la espinilla con todas sus fuerzas y se encabritó contra él. El hombre emitió un sonido áspero cuando los tacones de la chica se le clavaron en la pierna, pero no aflojó ni un milímetro. Sin miramientos, le dio la vuelta manteniendo la mano en su boca y la apoyó en un árbol de tal forma que ambos quedaron frente a frente.

Lily lo miró despavorida. Apenas tenía aire y respiraba agitadamente por la nariz. El hombre era enorme, tenía la espalda ancha, pendientes en las orejas y una pelambrera pelirroja. Llevaba los brazos tatuados de arriba abajo con símbolos extraños.

—¡Estate quieta de una vez! —ordenó de nuevo entre dientes—. Me envía Jo.

Lily miró al desconocido atónita, devanándose los sesos. No entendía lo que estaba pasando. ¿Lo enviaba Bolten? Presa del pánico, no podía pensar con claridad, pero se percató de que el hombre hablaba con un acento singular.

—¿Te puedo soltar sin que te eches a gritar y atraigas a la escuela entera? —le preguntó.

Ahora una mano le asía la nuca como si fuese un tornillo de banco y la otra le tapaba la boca de forma que, aunque no le sujetaba el cuerpo, ella no se podía mover. El hombre tenía una mirada risueña, era evidente que se estaba divirtiendo.

Lily asintió atemorizada.

Cuando dejó caer las manos con cautela, dispuesto a agarrarla de nuevo en el acto si gritaba, una ancha sonrisa se dibujó en el rostro del hombre.

—Jo no exageraba. ¡Eres una auténtica fierecilla! —exclamó—. Pero no te achicas.

Lily se pasó la mano por la boca.

—¿Qué se ha creído usted? ¡¿Quién es usted?! —gritó.

El hombre miró asustado a su alrededor e hizo ademán de inmovilizarla de nuevo, pero Lily dio un paso atrás en la maleza atropelladamente. Se habría caído de no haberla cogido él deprisa por el brazo.

—Maldita sea. No grites, ya te he dicho que no te voy a hacer nada —ordenó con impaciencia —. Solo he venido a darte un mensaje.

A Lily le latía tan fuerte el corazón que percibía su pulso en los oídos. Al observarla y, a todas luces, darse cuenta del miedo que le inspiraba, el hombre de pronto se echó a reír.

—No te me vayas a desmayar, pequeña. Jo es mi mejor amigo. Siento haber sido un poco brusco, pero no puedo abordar a una dama sin más ni más en la calle. Seguro que habrías salido corriendo y pegando chillidos. Me han dicho que no causo muy buena impresión a primera vista.

—Quienquiera que se lo haya dicho tenía mucha razón —espetó Lily furiosa, y él se rio de

nuevo.

—Es muy probable —admitió con brillo en los ojos—, pero no se debe juzgar el carácter por las apariencias. Lo he oído en alguna parte.

—Me acaba de meter en la maleza a la fuerza. Yo diría que con eso basta para juzgar su carácter. —Lily no sabía de dónde había sacado el valor para mostrarse tan respondona dada la situación, pero el hombre había dicho que lo enviaba Bolten y eso la tranquilizó un tanto—. Dígame, ¿quién es usted y qué quiere de mí? No llevo dinero encima.

Antes de que pudiera contestar, se oyeron unas voces cercanas. El hombre la cogió nuevamente, le tapó la boca con una mano y, tras rodearle el cuerpo con el otro brazo, se adentró con ella en la maleza. No se movieron del sitio hasta que los muchachos pasaron de largo; se peleaban a voz en cuello por el desenlace del partido de fútbol que acababan de jugar. El hombre presionaba a Lily contra su camisa. Tras aguzar el oído un instante la soltó. Ella se separó deprisa y, con profundo asco, se volvió a pasar la mano por la boca. El hombre olía a sudor y descomposición.

—Si quisiera tu dinero, no me molestaría en meterte en la maleza; te pondría la navaja en el cuello sin contemplaciones, cariñín —aclaró entre risas pero no de forma desabrida, y ella lo miró con cara de espanto.

Acto seguido, cuando él se metió la mano en el bolsillo del chaleco, Lily retrocedió despavorida, pero en lugar de una navaja sacó un papelito que le ofreció.

—Jo te manda saludos.

Lily cogió la nota con mano temblorosa y la abrió. Seguía muy confusa. ¿Cómo sabía ese hombre dónde estaba ella? ¿Cómo podía sospechar que iría sola por el caminito del bosque? Sus ojos recorrieron el papel con impaciencia y después Lily se tapó la boca con la mano, horrorizada.

—¡Oh, no! —exclamó espantada.

En el papel, que habían arrancado de un periódico, solo había unas palabras torcidas: «Paul murió ayer. Pensé que debía saberlo usted. J. Bolten».

—No, no puede ser. Creía que se encontraba mejor. —Lily miraba la nota petrificada. Notó que unas lágrimas calientes pugnaban por abrirse paso y se dominó. Se mareó un instante—. ¿Cómo sabía usted...? —quiso preguntarle. Pero al levantar la vista se interrumpió a mitad de frase. Miró en derredor perpleja.

El hombre había desaparecido.

Poco después, no muy lejos del gimnasio, Lily salió a duras penas de la maleza. Apoyados en una fuente, algunos alumnos la miraron sorprendidos. Se sacudió el sucio vestido y se quitó unas ramitas del pelo. Los jóvenes le dijeron algo, querían saber si se encontraba bien, pero en lugar de hacerles caso Lily pasó por delante de ellos como una exhalación y se dirigió al edificio.

El resto del día lo pasó como en trance. Se cayó tantas veces de la barra que el profesor acabó

pensando que sin duda estaba al caer su indisposición mensual y la sentó en el banco. De la clase no se enteró ni palabra. El señor Kleinlein la reprendió por lo distraída que estaba, pero incluso eso lo aguantó con cara inexpresiva. Preocupadas, Emma y Berta le preguntaron varias veces si se sentía bien, pero ella lo único que pudo hacer fue asentir. En su cabeza había un único pensamiento: Paul había muerto.

Tenía sobre su conciencia la vida de una persona.

Alfred Karsten salió del edificio Rosenhof al sol, cruzó la calle y fue junto al dique. Cuando hacía buen tiempo, se había acostumbrado a detenerse allí unos minutos a mediodía para comer un bocado y pararse a pensar. Se sentó despacio en un banco y se puso a contemplar los barcos, contar las astas de bandera y seguir el hipnotizante vaivén de las gaviotas. Las numerosas gabarras y chalanas, los centenares de velas blancas de los barcos, todo aquello coexistía en ese gran hervidero del universo compuesto por millones de elementos, también conocido como el «puerto de Hamburgo». Se trataba de una imagen que siempre resultaba impresionante. A lo largo de los últimos treinta años se había triplicado la cifra de los bienes que se importaban por vía marítima. Cuanto más se liberaba Latinoamérica del colonialismo portugués y español, tanto más se intensificaban las relaciones comerciales con el continente de año en año. Además, la industria en la ciudad portuaria cada vez se concentraba más en la exportación. «Ya va siendo hora de que esté terminado el puerto franco», pensó Alfred. Sin libertad de comercio no había libertad.

El imperio se llevaba una gran parte de sus ingresos con la recaudación aduanera. Puesto que Hamburgo era un estado independiente, la ciudad debía pagar una compensación. Hacía unos años habían vuelto a aumentar la suma de dinero a nada menos que cinco marcos por habitante. Alfred negó con la cabeza al pensar en ello. Era absurdo.

Estaba convencido de que la política arancelaria proteccionista sería la ruina de Hamburgo. Ser puerto franco era indispensable para el comercio, pero Bismarck había apretado las clavijas y había pedido que tanto St. Pauli como Altona se incorporasen a la zona aduanera del imperio. Las protestas de los hamburgueses no habían servido de nada, el brutal proceder se había impuesto. Una mayoría aplastante de comerciantes de peso estaba en contra de la adhesión, sobre todo los grandes armadores, los exportadores que comerciaban con ultramar, los importadores de artículos sujetos a aranceles como el té y el café, los grandes comerciantes y las compañías cuya producción iba destinada a la exportación; pero ni siquiera ellos habían sido capaces de impedir el devenir de las cosas en último término. Las aduanas complicaban enormemente el comercio, razón por la cual a lo largo de los treinta últimos años también la mayor parte de las compañías se había agrupado en los alrededores de la ciudad, en Vierlande, en las islas y en la zona de Walddörfer.

El pitido lejano de un tren lo arrancó de sus pensamientos. Desde que hacía unos años habían

inaugurado la línea que unía Hamburgo y Stade, los trenes atravesaban la ciudad, algo que no gustaba a la mayoría de los habitantes. Con todo, a él le agradaba el sonido; el silbato le recordaba a su juventud, cuando aún viajaba con frecuencia y la vida parecía depararle un sinfín de aventuras. Como de costumbre, lo invadió una triste melancolía. Exhaló un suspiro. Ojalá pudiera subirse una vez al tren con Michel, el niño se pondría como loco de contento porque el pobrecito no salía nunca, no conocía su propia ciudad. O quizá debiera ir con él alguna vez en el carruaje y visitar las obras del nuevo puente Norderelbbrücke, cuya finalización estaba prevista el año siguiente. Pero entonces negó con la cabeza: qué sentido tenía fantasear, era demasiado arriesgado.

Se había llevado una reineta y ahora le dio un mordisco distraído. La manzana sabía ácida, probablemente aún fuese pronto para recolectarlas, pero aun así se la comió y disfrutó del sabor acre en la lengua. Franz y él habían pensado ir a la taberna a mediodía pero Hertha prepararía para cenar lenguado frito y macedonia de postre, y no quería echar a perder el apetito.

Por delante pasó una gabarra. Dejó de pensar en Franz para ocuparse de Oolkert. Su hermano y él habían amasado su fortuna con el guano. Era increíble, un abono que resultaba de los excrementos y cadáveres de las aves marinas... En un primer momento se mostró en extremo escéptico, como todos los demás, incluso estuvo seguro de que irían directos a la ruina, pero los hermanos les demostraron que se equivocaban. El guano estaba libre de aranceles; Bismarck había ennoblecido a Oolkert, razón por la cual no pudo enemistarse con Prusia y por ello, pese a todo, apoyó a Bismarck. Oolkert era un oportunista, Alfred siempre lo había pensado, pero no podía negar que una unión de ambas familias sería algo directamente histórico: una de las compañías navieras y uno de los astilleros más importantes de Hamburgo. Franz sería un necio si dejaba pasar esa oportunidad. Y tampoco era que Roswita fuera tan fea. ¿Qué le pasaba al muchacho?

Alfred dio un hondo suspiro y se puso a contemplar de nuevo el ir y venir de los barcos, vapores, chalanas y gabarras. En Hamburgo pronto se habían dado cuenta de que no se podía luchar contra Bismarck, que perseguía sus objetivos sin consideración, de manera que la mayor parte de la cámara de comercio había acabado llegando a un acuerdo para concebir un programa de colaboración. Ya que no se podían imponer, al menos querían tener voz. Ciudad franca o zona franca, la cuestión en último término se reducía a eso. Eso sí, todavía había que convencer al Senado. Así fue como se acabaron forjando los primeros planes del distrito de almacenes, que, como era natural, debía estar cerca de las factorías y los negocios. Kehrwieder era la única zona que entraba en consideración, y su derribo, indispensable. Para la construcción del puerto franco, que ya se encontraba en plena marcha, se guiaron por el historial de éxito de los últimos años: Strandhafen, Sandtorhafen y Grasbrookhafen, muelles artificiales modernos y mecanizados, concebidos para obtener la máxima eficiencia y contiguos no solo a carreteras, sino también, convenientemente, a vías férreas. Sí, la construcción del puerto era importante para la ciudad, y a

decir verdad ya iba con bastante retraso. El creciente número de barcos de vapor y el intercambio comercial en auge lo requerían desde hacía tiempo.

Por primera vez en todos sus siglos de historia, la ciudad se consideraría un territorio aduanero interior alemán. Se establecería una frontera en toda regla en medio de la ciudad con controles aduaneros, vallas de varios metros de altura, portones de seguridad... Sin embargo, era una idea extraña y también implicaba un gran sacrificio para Hamburgo en otros lugares. Con la oleada de expropiaciones que provocó el fin de la construcción del canal de aduanas, veinticuatro mil personas tuvieron que dejar sus hogares para trasladarse.

A él le gustaba mucho Kehrwieder; antes de que derribaran las casas incluso mandó realizar una fotografía tremendamente cara de Koppmann que ahora colgaba sobre su escritorio. Lo cierto era que él era un nostálgico y un sentimental, eso no se podía negar. La iglesia de St. Annen y la calle Dovenfleet también habían corrido la misma suerte. En un momento dado se empezaron a demoler sin más y las personas tuvieron que buscarse un sitio donde instalarse. El viejo Hamburgo iba desapareciendo bajo las palas y los picos del progreso. Por mucho que él supiera que era necesario, aun por mucho que lo celebrase, le causaba un gran dolor. A veces tenía la sensación de que su alma estaba demasiado arraigada en esa ciudad.

El desarrollo de los Gängeviertel fue otro aspecto problemático; la mayoría de los trabajadores debían permanecer cerca del puerto, así que no se fueron muy lejos, no les quedaba otra. Así fue como crecieron aquellos barrios sórdidos, que muchos hamburgueses llamaban tan solo «abruzos», en los que los alquileres cada vez eran más caros y la superficie habitable, escasa y casi siempre precaria; las personas se apretujaban literalmente como las ratas en la basura. Él sostenía desde hacía tiempo la opinión de que había que hacer algo al respecto. ¡Demolerlo todo! Derribarlo todo y crear un espacio habitable nuevo, más propicio, ese era su lema. Lo necesitaban con urgencia para los trabajadores, quienes también debían poder permitírselo. Además suponía una excelente inversión. Él ya había tanteado el terreno, estaría en primera línea cuando se empezara a actuar contra los Gängeviertel...

Se hacía muchas ilusiones con lo que pasaría cuando Hamburgo se uniera de forma oficial al territorio aduanero. ¿Quién podía predecir el futuro de la economía? En el peor de los casos se produciría un fuerte incremento de los precios. ¿Cómo cambiaría la ciudad debido al libre comercio?, y ¿cómo repercutiría ese cambio en la compañía naviera...? Eran unas preguntas que se hacía casi a diario. No tenía la menor duda de que la rotación de mercancías se vería incrementada y, con ella, también el tráfico marítimo. Pero tampoco había garantías. En el curso de los últimos años, debido a la dura competencia y a los errores en la negociación arancelaria, se habían visto obligados a reducir parcialmente el capital, pero aquello no le impedía vislumbrar grandes posibilidades en el horizonte. En particular, en el siempre pujante negocio de los emigrantes, que ya estaba llevando a la ciudad al límite de su capacidad. Justo ese era su objetivo con su línea del Pacífico. Y la línea de Calcuta era el siguiente objetivo.

Charles Quinn recorrió el agua con los ojos. El sol estaba alto sobre el puerto, le quemaba la nariz. Retiró el corcho y bebió un sorbo de café del recipiente de lata, dio una calada al cigarrillo y disfrutó un instante más del calor en la piel. Cansado, cerró los ojos y se concentró en los incesantes gritos de las gaviotas hasta que tuvo la sensación de que inundaban su cabeza por completo y desplazaban el resto de los pensamientos. Cuando los abrió, en el agua bailoteaban rayos de luz. No le apetecía lo más mínimo volver al apestoso almacén, pero sabía que Brenner llegaría de un momento a otro y empezaría a dar gritos. Ya era la tercera vez ese día que Charlie se tomaba un descanso para fumarse un cigarrillo, y de todas formas el capataz le tenía tirria. En ese momento uno de los trenes pasaba por detrás del almacén y el matraqueo le retumbaba en la cabeza. Las vías llegaban hasta el borde del agua para que las grúas pudieran cargar la mercancía directamente en los vagones. Ahora echaban vapor día y noche. Apagó el pitillo con el pie. Quizá ese día volviera a pasarse Jo a la hora del almuerzo, a Charlie ya le sonaban las tripas.

Disfrutó un último segundo del calor del sol y se estremeció al pensar en el invierno. Por agotador que fuese el sofocante y apestoso verano, no era nada en comparación con los peligros que entrañaban las fuertes heladas. Con la llegada del hielo se perdían de repente numerosos puestos de trabajo. Los jornaleros permanecían mucho tiempo delante de las tascas del puerto, tiritando, esperando en vano que los contrataran. Para los padres de familia la situación se volvía amenazadora muy deprisa. Si la mayoría de las veces ya uno solo acababa harto de la situación, cuando se trataba de lograr que un tropel de niños hambrientos sobreviviera al invierno, más de uno llegaba al límite de sus fuerzas. Cuando llegaba el frío todo empeoraba. Había que buscar no solo comida y trabajo, sino también algo para calentarse y ropa de abrigo. Los golfillos morían de frío en los sótanos en los que se guarecían; los ancianos y los enfermos, en sus casas. El otoño ya era atroz. A veces soplaba el viento del este o llovía a cántaros sin parar durante días, por lo que los hombres pasaban las trece horas que duraba su jornada tiritando con la humedad y el frío. En esas condiciones ni siquiera el trabajo más sencillo tenía gracia. Claro que cuando uno era pobre cada estación del año tenía sus pegas. En invierno uno se congelaba y en los meses de calor las personas morían por comer carne podrida o por epidemias que se propagaban por el agua. Pese a todo, si había que sufrir penurias que al menos hiciese calor, pensaba él. Durante el primer año que pasó allí, cuando llegó de Irlanda, creyó que moriría de frío. No conocía a nadie y le era difícil encontrar trabajo debido a su poco dominio de la lengua. Pasó semanas en la calle hasta que al final lo contrataron de estibador en el puerto. Poco después un compañero le procuró un lugar donde dormir con una familia. Así fue como conoció a Jo, que durante un tiempo vivió en la misma casa.

Desde aquel primer año en Hamburgo no eran muchas las cosas que habían cambiado para Charlie: seguía sin tener un lugar fijo donde alojarse o un trabajo estable. La diferencia era que ahora tenía a Jo, su mejor amigo —su único amigo de verdad, para ser exactos— en esa condenada ciudad. Lo veía como un hermano, Charlie haría cualquier cosa por él. Tosió con

ganas. El invierno pasado se había destrozado los pulmones y, desde luego, el tabaco no mejoraba el panorama.

La situación de Charlie tampoco mejoró cuando Jo empezó a captar una mayor atención por parte de Oolkert. Con el tiempo asumió puestos de mayor responsabilidad y acabó siendo su lugarteniente, por lo que le hacía llegar a él todo lo que podía. Pero la culpa era solo suya. No se imaginaba con un trabajo fijo en el puerto, siempre se reía de Jo cuando este le daba la matraca con lo de que debía pensar en su futuro. «¿Qué? ¿Me hago gabarrero o almacenero? No, debo poder irme cuando me entre», decía él siempre, y con eso se refería a la tristeza que lo invadía de vez en cuando y lo arrastraba a los abismos más oscuros. Cuando se apoderaba de él no podía trabajar. A lo sumo en esos momentos podía beber, y cuando había bebido lo suficiente siempre lo invadía el deseo acuciante de golpear a alguien hasta dejar de sentir. En esas ocasiones buscaba problemas intencionadamente, provocaba e incitaba hasta que lograba desahogarse en una pelea y sus puños asumían el control. Esos eran los únicos momentos en los que se sentía vivo de verdad, y lo ayudaban durante un tiempo. Además, su fama le impedía encontrar un buen trabajo, se lo consideraba un alborotador. Sin embargo, trabajaba como el que más. Debido a su estatura y su fuerza siempre era uno de los primeros jornaleros a los que escogían, pese a su pronto. Era infatigable y callado, trabajaba hasta caer rendido.

Y eso era precisamente lo que quería: caer rendido por la noche, quedarse dormido y no pensar en nada. Estar tan cansado que le dolieran todos los huesos del cuerpo y se sumiera en un estado de oscuro letargo en cuanto su cabeza tocase el colchón. Por la mañana se plantaba en el edificio Baumhaus cuando pasaban revista y esperaba a ver qué le depararía el día. Deambulaba, iba de trabajo en trabajo, conocía el puerto como la palma de su mano, vivía unas veces en St. Pauli y otras en el Gängeviertel, doblaba el espinazo cuando necesitaba dinero y dormía varios días cuando reunía un poco.

Tenía muchos conocidos; los irlandeses formaban piña y los escoceses también eran una suerte de aliados, pero los demás le daban lo mismo.

Todo le daba lo mismo.

A veces no podía creer en lo que se había convertido. ¿Acaso antes no era un hombre normal, trabajador, amante de la música y la buena comida, que haría cualquier cosa por su familia y al que le importaban su persona y su reputación? De aquella persona ya no quedaba nada, ni siquiera en su apariencia, de eso se habían ocupado los numerosos tatuajes que se había hecho con los años en las tabernas.

Al menos, hasta el momento había conservado en gran medida su honradez. Un poco de matute, unos hurtos de poca importancia aquí y allá... Sí, claro, quién no lo hacía. Allí en el puerto uno se veía prácticamente obligado a ello, puesto que eran muchas las oportunidades que se presentaban. Pero a eso no se le podía denominar «actos delictivos».

Jo, en cambio, estaba metido hasta el cuello, dependía por completo del cerdo al que llamaba «su jefe», ya no podía dar marcha atrás. Sabía demasiado. Ese malnacido lo explotaba desde que

era un niño y lo había convertido en su mano derecha. Jo debía ocuparse de los negocios turbios y a cambio recibía lo suficiente para que pudiera ofrecerle a su familia una vida normal. Y si algo se torcía, Jo tenía que dar la cara y el noble señor, con sus ridículas ropas y su asquerosa perilla dorada, se lavaba las manos tan ricamente. Charles había fantaseado a menudo con la idea de quitarle el pelo amarillo de la cara con la navaja y, de paso, su sonrisa de superioridad. Para Jo no había salida, no mientras siguiera teniendo una familia a la que ponía en peligro.

No, se alegraba de no tener nada que ver con aquello. Se las arreglaba, por lo menos de forma superficial. Si no se era muy escrupuloso, esa ciudad estaba llena de posibilidades. Cielo santo, qué trabajo no habría hecho él. Mientras pensaba en ello cortó con un cuchillo una cuerda que mantenía unido un montón de pieles de animales tan alto como un hombre. Cogió las dos primeras, las bajó y las tiró a la rejilla que tenía delante. Ambas juntas bien podían pesar setenta kilos. El hedor de las pieles nuevas era especialmente fuerte; tuvo que aguantar la respiración un instante y reprimir las arcadas, pero al cabo de un rato se le acostumbró la nariz.

Hasta el momento trabajaba de desalador de pieles. Su cometido consistía en retirarles a las pieles la sal con la que las embadurnaban para que aguantasen las largas travesías por mar. De ese modo se evitaban las marcas, la humedad y, sobre todo, la putrefacción. Una vez en tierra, la sal ya no era necesaria, de manera que arrojaban las pieles sobre una rejilla y las apaleaban para que se desprendiera. Con ese trabajo recibían un dinero extra porque después de desempeñarlo olían como un estercolero; un quince por ciento más por el trabajo sucio, algo era algo. Pese a ello no le gustaba esa ocupación. No era lo bastante agotadora, y mientras echaba las pieles al suelo y las vareaba tenía demasiado tiempo para pensar. A veces pensaba en los animales cuya piel estaba trabajando. Con frecuencia se echaba demasiado poca sal y la putrefacción lograba imponerse. En esos casos, al abrir el fardo el estómago se le revolvía. Más de uno había vomitado en la rejilla. Él siempre lo aguantaba, tenía el estómago de acero. Lo único que no había podido soportar hacía poco habían sido los peces vivos que comió en el restaurante chino, fue demasiado hasta para él.

Lo que más le había gustado había sido su empleo de estibador. Casi resultaba irónico, era el trabajo más duro y odiado, y él no se cansaba. Cuando por la noche, negro de la cabeza a los pies y completamente agotado, entraba tambaleándose en el primer figón que veía para comer algo, se sentía entumecido. Eso era lo que quería. En una jornada movían hasta doscientas toneladas de carbón, razón por la cual para ese trabajo solo escogían a los más jóvenes y fuertes.

Cuando llegó a la ciudad empezó de saltador en una cuadrilla. Aquellos fueron los tiempos más duros. Cuando el carbón que se transportaba en las gabarras no se hallaba a mucha profundidad, entre seis y ocho metros, por lo que saltaban desde un punto elevado. Cuatro hombres saltaban a la vez desde una tarima a un tablón afianzado a un polispasto. Con su peso hacían subir una cesta con carbón y arriba había un hombre que lo vertía en la carbonera.

Aquel trabajo lo consumió literalmente. A veces captaba su imagen reflejada en un espejo y se asustaba al verse las mejillas hundidas y las ojeras, pero la pequeña cuadrilla le gustaba,

estaban compenetrados, podían confiar los unos en los otros. Debían hacerlo, de hecho, pues en ese trabajo era fácil sufrir accidentes. Para los descansos siempre llevaban en la gabarra un barril de cerveza negra de alta fermentación para renovar fuerzas, así las horas que transcurrían entre el mediodía y la tarde se les hacían menos pesadas y trabajaban toda la mañana con ilusión. Pero después sustituyeron a los hombres por máquinas que se encargaban de izar la cesta y lanzarla a las alturas. A él le pareció bien, le daba lo mismo lo que hicieran sus manos mientras le impidiera pensar.

En la rejilla, a su lado, estaba Fiete, un hombre menudo con la espalda encorvada. Solía trabajar limpiando calderas, algo que había supuesto la ruina de su salud y sus huesos. Incluso desde una distancia de dos metros Charlie oía su resuello. La carga y descarga de mercancías en los barcos siempre debía realizarse a tal velocidad que la mayoría de las veces los limpiadores no podían esperar a que las calderas se hubiesen enfriado lo suficiente. En cuanto se podía, reptaban por el pequeño y oscuro conducto para retirar incrustaciones duras como piedras de las paredes y los tubos. El aire del interior era como el fuego del purgatorio. Por la noche salían negros como el carbón, con el espinazo doblado, los pulmones llenos de humo y el cuerpo entero cubierto de mugre. Y todo por tres marcos al día. Charlie se estremecía solo de pensarlo. Los espacios estrechos y las aguas oscuras y profundas eran las únicas cosas a las que tenía auténtico miedo. Por suerte su altura le había impedido desempeñar ese trabajo.

Jo recorrió el almacén con la mirada. Aquel lugar emanaba una peste tan insoportable que su estómago reaccionó instintivamente, pero su cerebro, acostumbrado a ese hedor desde hacía años, enseguida indicó que no había peligro. Esa semana habían recibido grandes cargamentos de pieles, gracias a las cuales todo olía a letrina. Charles había encontrado trabajo de desalador; Jo lo vio al fondo, manejando el rastrillo. Tenía intención de pasarse a verlo por el figón durante un descanso, pero dado que su amigo seguía ocupado, se detuvo en el despacho del capataz para intercambiar unas palabras con él.

Cuando pensaba en los trabajos que tenía que desempeñar a veces su mejor amigo, Jo se avergonzaba. No era ningún secreto que los trabajos de los jornaleros solían ser los más sucios y los menos solicitados, pero Charlie se negaba con la obstinación de una mula a aceptar su ayuda. Como casi todos los hombres de ese sitio, era un buen tipo que se deslomaba a cambio de no gran cosa. El trabajo en el puerto era duro, sucio y, en la mayoría de las ocupaciones, una explotación. Apenas existía ninguna seguridad para los hombres y, estrictamente hablando, los trataban peor que a los animales, que a fin de cuentas recibían agua y pienso, cosa que no se podía decir de los trabajadores. Los jornaleros solo tenían trabajo cuando había un barco que descargar o cargar, y no tenían patronos que se ocuparan o respondiesen de ellos. Por suerte, para entonces ya había bastantes figones donde al menos podían comer algo durante los descansos. A decir verdad, la naviera de Karsten era una de las pocas que incluso tenían una cantina y, por si

fuera poco, durante los descansos los hombres podían quedarse en los entrepuentes. Que él supiera, eso solo se permitía en dos de las grandes compañías navieras. En la mayoría ni siquiera tenían aguamanos. Oolkert tampoco consideraba que tuviera que preocuparse de mejorar la higiene en los galpones del puerto y gastar en ello un dinero innecesario. No había instalaciones sanitarias en ninguno de los atracaderos de todo el puerto, ni ningún sitio en el que los hombres se pudieran lavar cuando terminaban de trabajar; a menudo ni siquiera una letrina. Por ese motivo, cuando anochecía llegaban a la ciudad malolientes y sucios. Pero a quién le importaba apestar cuando al resto de la gente que lo rodeaba le sucedía lo mismo.

Las pieles en las que estaba trabajando Charlie en ese momento estaban curtidas y tratadas con sustancias tóxicas, pero los desaladores no se podían lavar las manos durante el proceso. Muchos también manipulaban tintes o minerales tóxicos. Con los mismos dedos con los que tocaban las pieles o las sustancias, se comían el pan a mediodía. Tampoco había agua potable, así que cuando los hombres tenían sed echaban mano a la cerveza de tapadillo, algo que en realidad estaba prohibido, o bebían el agua de los depósitos de los barcos, que con frecuencia había viajado por medio mundo y estaba llena de bichos, ratas muertas y algas pestilentes. Por su parte, cuando era joven Jo ya había enfermado en dos ocasiones después de beber de uno de esos depósitos. Tras pasarse una semana en el retrete, no la volvió a tocar y, como la mayoría de los trabajadores, compraba cerveza a escondidas a los taberneros ambulantes, quienes navegaban por el puerto en pequeñas barcas y vendían ilegalmente comida y bebida a los trabajadores para los descansos. La actividad en sí estaba prohibida, pero no la compra de artículos, de manera que él hacía la vista gorda siempre que veía a alguien adquiriendo algo. Sabía lo que se sentía cuando uno lo echaba todo por arriba y por abajo a la vez y, personalmente, defendía la opinión de que un poco de cerveza en la sangre con frecuencia aligeraba la faena.

Volvió a avistar el cabello pelirrojo de Charles a lo lejos y profirió un hondo suspiro. ¿Por qué era tan cabezota ese pedazo de mulo? Jo tenía influencia, podía echarle una mano, pero él no se lo permitía. Quería desempeñar los trabajos duros, aquellos que no entrañaban responsabilidad, en los que entraba por la mañana y de los que se olvidaba por la noche. Jo casi siempre le podía facilitar un trabajo así, pero ni siquiera a él le resultaba fácil a veces colocar a Charles. Su amigo tenía experiencia, ya había desempeñado muchos trabajos y podía ocuparse de toda clase de dispositivos y aparatos técnicos, pero no existían ninguna prueba ni papel que demostraran lo que uno sabía o no sabía hacer. La reputación lo era todo para la mayoría de ellos, y la de Charles no era para tirar cohetes.

Justo cuando pensaba en eso, en el fondo del almacén se produjo un ruidoso tumulto. Oyó vociferar a unos hombres y vio que algunos de los trabajadores se abalanzaban para separar a los dos gallos que sin lugar a dudas se acababan de enzarzar en una pelea. Ya había dado media vuelta, pues había bastantes personas que intervendrían, cuando distinguió en el embrollo a un pelirrojo enorme.

—Charles, maldita sea —gruñó, y salió corriendo hacia él.

—¡Eh, *paddy*! —La voz lo sacó de sus pensamientos.

Charlie sintió el impulso de arremeter contra él, pero sabía que era justo lo que estaba esperando Roy. Nunca lo llamaba por su nombre, siempre utilizaba alguno de los inagotables términos despectivos que tenía para los irlandeses. Roy no lo podía ni ver desde el momento que lo conoció. Quizá se debiera al pelo rojo de Charlie o a su inconfundible acento, él no lo sabía, pero lo cierto era que le daba lo mismo. Allí la mayor parte de la gente no necesitaba ningún motivo para odiar a un irlandés. Siempre que sus caminos se cruzaban llovían insultos y amenazas por ambas partes porque, como era natural, no iba a ser menos que ese cerdo: cuando lo provocaban, se defendía.

—Tú ni caso, no vale la pena —le aconsejó entre dientes Fiete, a su lado.

Charlie lo miró con cara de asombro. Roy era popular, tenía muchos amigos entre los trabajadores, y Charlie solo caía bien a unos pocos. Ese hombre menudo y medio calvo nunca había hablado mucho con él, pero ahora le dedicó una suerte de sonrisa.

—Se rumorea que tiene una abuela irlandesa. Probablemente se avergüence y por eso te ataca. He oído que lo dejaste hecho un cristo.

Charlie no pudo evitar sonreír. Dos semanas atrás se habían zurrado a base de bien: Roy eligió un mal momento, en un día ya de por sí nefasto, para llamarlo *«bog rat»*, uno de los peores insultos que se podían dirigir a sus compatriotas, y Charlie se puso hecho una furia. Le partió la boca. Sus compañeros los separaron a base de patadas y puñetazos pero, aun así, al día siguiente Roy no pudo trabajar, pues no veía nada; tenía los ojos hinchados, o al menos eso dijeron aquella noche en el figón.

En realidad Roy trabajaba asegurando la carga en las escotillas y la cubierta, por lo que no solían toparse. Para que ese día se presentara en el almacén debía de haber alguna razón. Era probable que no quisiera dejar pasar la humillación de que lo hubieran molido a palos, pero ¿allí, a plena luz del día, mientras estaba trabajando? Eso le sorprendió un tanto. Charlie más bien contaba con que Roy estuviese al acecho alguna noche.

—Como un cristo, sí, señor —repuso, y lanzó otra piel a la rejilla—. Me extraña que aún pueda abrir la bocaza.

Fiete asintió.

—Será mejor que tengas cuidado. No quiere ni oír hablar de ti, estoy seguro de que planea algo.

Charles levantó la vista y se topó con los ojos de Roy, que estaba apoyado en un pilar a cierta distancia, mirándolo fijamente. Una mirada rebosante de odio. Era alto y de espalda ancha, fortalecido por años de trabajo en el puerto. Sin embargo, a Charlie no lo preocupaba. Le sacaba más de media cabeza y, de todas formas, cuando estaba lo suficientemente enfadado podía con cualquiera.

Hizo un gesto de negación.

—No les tengo miedo a Roy y sus compinches —aseguró.

—Pues deberías —advirtió Fiete, y se fue a buscar otro carro con pieles.

Charles clavó la vista en la rejilla, pero seguía notando cómo Roy lo atravesaba con la mirada. Sintió un hormigueo en la nuca. Logró aguantar cinco minutos, pero después pensó que aquello pasaba de castaño oscuro y lanzó a un lado el rastrillo.

—Tú, ¿qué estás mirando? ¿Es que no tuviste ya bastante? ¿O es que quieres que le dé recuerdos a tu abuelita? La próxima vez que vaya a mi país le daré un beso de tu parte, ¿qué me dices?

Roy se quedó de piedra, blanco como la pared y con la mandíbula tensa. Acto seguido embistió contra Charlie sin previo aviso, con la cabeza gacha, como si fuese un ariete, pero este logró esquivarlo en el último momento. Entonces Charlie lo cogió por el pelo y le golpeó la cabeza contra el carro, y Roy respondió agarrándolo por la camisa para hacerle una llave. Charles lanzó una patada y le acertó en la espinilla. El otro profirió un grito de dolor, le mordió la oreja a Charlie y tiró con tanta fuerza que este gruñó dolorido.

—¡Vosotros dos! ¡Ya basta! —Brenner, el capataz, fue directo a ellos y algunos trabajadores también intervinieron, agarrando de donde pudieron y separándolos sin miramientos. A Roy le sangraba la nariz y a Charlie le ardía de tal modo la oreja que se llevó una mano a ella para comprobar si aún la tenía—. Malditos idiotas. Apartaos, gandules. El que se pega se larga —declaró escupiendo el cigarrillo al suelo con furia—. Quinn, ya es la segunda advertencia.

Charlie se frotó la oreja, que aún le vibraba. Seguía en su sitio, pero tenía la mano llena de sangre.

—Cerdo malnacido —farfulló.

—¡Eh! —Brenner dio un paso hacia él—. Una palabra más y ya te puedes ir olvidando del jornal, muchacho.

Que lo llamara «muchacho» a Charlie le pareció demasiado. Brenner apenas le llegaba por el pecho y, para colmo, era poco mayor que él. Justo cuando le iba a decir por dónde se podía meter el jornal, una mano se apoyó en su hombro.

—Tranquilo, anda.

Cuando llegó, los hombres ya los habían separado. Jo evaluó la situación de un vistazo. Cómo no, era Roy, quién si no. El idiota buscaba bronca allí donde podía y en particular ahora, después de que Charlie le hubiese dado una buena tunda no hacía mucho. Brenner le estaba chillando a Charlie cuando Jo terció con voz serena:

—¿Qué está pasando?

Brenner negó con la cabeza.

—Me alegro de que estés aquí. Dile a tu amigo que empiezo a perder la paciencia.

—Y dentro de poco vas a perder otra cosa... —gruñó Charlie detrás de él, pero Jo giró sobre sus talones y lo fulminó con la mirada.

—Lo siento, Brenner, pero Roy lo ha provocado —intervino al cabo.

—Ya, y ¿eso tú cómo lo sabes? —quiso saber Brenner.

—Es fácil: porque Roy no trabaja aquí y no se le ha perdido nada en este sitio. La otra noche esos dos se liaron a golpes y desde entonces Roy se la tiene jurada a Charlie.

—Cierra el pico, pedazo de... —empezó Roy, pero Brenner se interpuso entre ambos.

—Si no trabajas aquí, ¿qué estás haciendo en este sitio? —espetó.

Roy sonrió y escupió un poco de sangre.

—Quería visitar a un compañero —adujo.

De pronto se oyó una voz en uno de los lados.

—Él lo ha provocado. —Un hombre de baja estatura con la espalda encorvada se plantó delante de Brenner—. Yo lo he visto, Charles estaba trabajando tan tranquilo y él lo ha insultado. Charles solo se ha defendido.

Este enarcó las cejas y se quedó mirando con cara de pasmo al hombrecillo, era evidente que no contaba con que fuese a acudir en su ayuda.

—Eres un tipo decente, Fiete, pero me las sé arreglar solo —repuso en voz baja.

—Tú ocúpate de tu propia mierda. —Roy se acercó hacia Fiete con aire amenazador, pero tanto Charlie como Jo se adelantaron a la vez y le cerraron el paso.

—Bueno, ya he tenido bastante. Tú, largo de mi almacén. ¡No te quiero volver a ver por aquí, ¿entendido?! —vociferó Brenner, y Roy se volvió hacia Charlie con una mirada asesina y se fue —. Y tú, Quinn...

Jo levantó la mano.

—Déjalo estar. Escucha, Brenner, yo me lo llevo ahora hasta mediodía y asunto arreglado, ¿eh? Y esta tarde Charlie te paga una cerveza, ¿te parece?

Brenner lo miró un instante entrecerrando los ojos y asintió.

—Está bien, largo de aquí —rezongó—. Quinn, al menos límpiate un poco, que pareces un gorrino.

En efecto, Charlie tenía la camisa completamente manchada de sangre.

—Ese cerdo casi me arranca la oreja —farfulló, pero se dejó arrastrar por Jo.

Poco después los dos estaban sentados a una mesa apartada en el figón más cercano. Olía a rollitos de repollo rellenos de carne.

—Voy a por una ronda. ¿Sigue en su sitio la oreja o le pregunto a Angela si tiene aguja e hilo? —dijo Jo al tiempo que se levantaba.

Charlie al principio no reaccionó.

—Si no estuviese yo, comerías ahí —le reprochó al final de mal humor, señalando con un dedo la habitación contigua. La división de clases tampoco se detenía en el puerto. Para los jefes de los galpones, los funcionarios municipales o los comerciantes que acudían allí por negocios,

existía una habitación separada con manteles almidonados y pequeños floreros en la mesa. Allí incluso servían vino, aunque por lo demás en los figones estaba estrictamente prohibido el alcohol. Entre otras cosas, se habían erigido para poner coto al alcoholismo, que entre los trabajadores sencillos se extendía como la peste.

—Sabes de sobra que solo como ahí cuando no hay más remedio —contestó Jo molesto, y se fue.

Cuando volvió portaba dos platos colmados. En el bolsillo del pecho llevaba un paño húmedo y, además, un vasito de aguardiente que le había sonsacado a Angela. Con gesto adusto, Charles observaba la partida de dominó de la mesa de al lado.

—Déjame echar un vistazo. —Jo examinó un instante la oreja herida, le retiró la sangre seca e informó—: Bien, si quieres oír mi opinión de experto: de esta no la palmas, pero quizá sería buena idea que alguien la viese.

—Lo acabas de hacer tú —masculló Charlie, y empezó a meterse en la boca el repollo.

Jo suspiró y se sentó frente a él. Lo estuvo mirando un rato, pero al ver que su amigo no reaccionaba, sino que seguía con la vista clavada en el plato con tozudez, se puso a comer él también.

—¿Qué quería Roy? —preguntó al fin con la boca llena. La comida estaba soberbia, pero no tenía mucho apetito—. Por Dios, Charles, di algo, bastantes problemas tengo ya sin tu cabezonería irlandesa.

—Yo qué sé. Insultarme, eso quería —replicó Charles encogiéndose de hombros. Después levantó la vista—. ¿Qué pasa? ¿Problemas?

Jo asintió y se metió medio rollito de golpe en la boca, seguido de una buena cantidad de picadillo de repollo.

—Se ha vuelto a fastidiar una entrega —se limitó a decir, y Charlie torció el gesto. Miró a su alrededor, pero los hombres de la mesa contigua estaban enfrascados en la partida—. La tercera en poco tiempo —susurró.

Charlie arqueó las cejas sorprendido.

—Eso no es bueno —aseveró su amigo.

Jo sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Charles tenía razón, solo era cuestión de tiempo que la cosa fuera a más, pero ni siquiera sabían aún con quién se las tenían que ver. Solo se habían percatado de que perdían clientes, se frustraban entregas y los precios iban al alza. Además, Oolkert había descubierto que ya no era el único que controlaba el humo azul en Hamburgo. Aquello todavía no suponía un peligro serio, pero aun así... Muy en contra de sus costumbres, Oolkert no había hecho nada aún, se limitaba a esperar y observar la situación. También en ese sentido era solo cuestión de tiempo, siempre había alguien que quería meter baza. Jo solo esperaba que al final no volviera a ser el chivo expiatorio.

—Mantente alejado de Roy y los suyos, ¿está claro? —dijo ahora para cambiar de tema, pero Charles cabeceó.

—¿Por qué iba a hacerlo? Si quiere guerra, la tendrá. Si Brenner me echa, mañana mismo estaré haciendo otra cosa. La ventaja del jornalero. Como ya te he dicho, no valgo para nada más.

Jo lo miró y negó con la cabeza.

—Ni siquiera intentas hacer algo con tu vida —espetó enfadado—. Dentro de poco ni siquiera yo podré conseguirte trabajo, Charles.

—Para ti es fácil decirlo. Si no tuvieras a tu hermano y tu madre, ¿dónde crees que estarías hoy, Jo? —Charles resopló con desdén—. Es duro no tener nada por lo que valga la pena trabajar. O vivir.

Jo profirió un leve suspiro. Ya habían mantenido esa conversación infructuosa un centenar de veces, era un círculo vicioso.

—Eso no lo puedo saber porque si mi padre no hubiera muerto, mi vida sería distinta —replicó.

—Tú ni siquiera sabes lo que significa eso —masculló Charles, y Jo dejó el tenedor.

Se había hartado.

—Descarga tu mal humor en otro. —Todavía no había terminado de comer, pero ya no tenía hambre—. En serio, Charles, ¿se puede saber qué te pasa últimamente? Cada vez estás más callado, más agresivo y de peor humor.

—Si mi compañía no te gusta, lárgate —indicó Charlie irritado, y Jo asintió.

—Vale. Ve a verme cuando recuperes la normalidad —contestó, y se levantó.

En lugar de responder, Charlie siguió comiendo en silencio. Jo permaneció un instante junto a la mesa, pero al ver que su amigo no hacía nada, se marchó.

Charles siguió engullendo sin decir nada. «¿Se puede saber qué estáis mirando?», espetó a los hombres de la mesa de al lado, que se habían vuelto y habían escuchado la breve discusión. Volvieron a centrarse de inmediato en su partida. Él se terminó el plato sin saborearlo y a continuación echó mano del de Jo para engullir lo que había dejado, pero nada más dar el primer bocado soltó el tenedor. Suspiró y se restregó la cara con ambas manos. La oreja le palpitaba e irradiaba punzadas de dolor a la cabeza y la espalda. Ni siquiera había podido decirle a Jo que le había dado la nota a la pequeña pelirroja. Tenía razón, ya hacía un tiempo que no era el de siempre. Su amigo era muy perspicaz, cuando le pasaba algo siempre lo notaba. Y hasta el momento Charles nunca le había ocultado nada, pero de un tiempo a esa parte transitaba caminos propios, sendas por las que prefería no tropezarse con Jo. No tenía fuerzas para luchar contra ello. Todo cuanto quería ahora era sumirse en un dulce letargo. Apartó el plato y se levantó. Que le dieran a Brenner, ese día no trabajaría más pieles apestosas.

7

Lily entró en la salita donde pasaban los descansos y echó un vistazo. Emma se encontraba sentada sola junto a la ventana, mirando al patio mientras que las demás mujeres se habían juntado en grupitos, riendo y hablando. Ella se sentó con Berta, que en ese momento tomaba té con Anna-Maria y algunas muchachas más.

—Emma, ven con nosotras —la invitó alegremente mientras le hacía una señal con la mano.

Emma se levantó con aire vacilante. Cuando se aproximó, las conversaciones del grupo, tan animadas hacía un instante, cesaron y las mujeres miraron al suelo o a la taza de té. Lily acercó una silla para Emma.

—No entiendo qué le pasa al señor Kleinlein —afirmó, tratando de pasar por alto la incomodidad del resto.

Ese día el profesor había vuelto a poner en evidencia a Emma; ella le restó importancia con un gesto.

—Lo entiendo perfectamente, no esperaba otra cosa. Se siente atacado porque he ido a la universidad. Les pasa a todos.

—¿A todos? —preguntó Lily sorprendida.

—A los hombres.

Las demás mujeres movían los pies con nerviosismo e intercambiaban unas miradas que Lily no era capaz de interpretar bien.

—Bueno, es que es algo muy insólito, ¿no creéis? —apuntó Berta con un tono extraño—. Por no decir inadecuado.

Emma hizo una mueca.

—Me figuro que en Suiza las cosas son completamente distintas, ¿a que sí? —quiso saber Lily.

—Bueno, no te hagas falsas ilusiones: aunque en Suiza nos está permitido ir a la universidad desde hace tiempo, en la sociedad las cosas no han cambiado mucho todavía. En ella aún no gozamos de reconocimiento —repuso Emma con serenidad.

—¿Ah, no? —se limitó a preguntar Lily, y se sintió de lo más tonta.

—No, allí la mayoría de los hombres son como el señor Kleinlein o incluso peores.

—Ellos sabrán por qué no lo aprueban —terció Anna-Maria—. Las mujeres no deberían ir a la universidad, hay un motivo por el que les está prohibido.

Las demás asintieron en señal de aquiescencia. Emma miró a Anna-Maria con aire pensativo,

pero justo cuando le iba a contestar esta se levantó.

—Oh, ahí está Rita. —La saludó mirando hacia la puerta—: Hola, Rita. ¿No querías enseñarme tu nuevo broche? —comentó y fue con ella.

—Uy, yo también lo quiero ver —anunció Berta, que asimismo se levantó.

Las demás la imitaron y Lily y Emma se quedaron solas. Lily miró a Emma disgustada.

—Como puedes ver, las mujeres no son distintas —dijo esta con una expresión casi de enojo en el rostro—. ¿Sabes cuál es mi problema?

Lily negó con la cabeza.

—Soy demasiado guapa. —Cuando Lily la miró con cara de sorpresa, Emma sonrió—: Es así. No creas que soy vanidosa, pero no soy tonta. Si fuese mayor y fea, o quizá incluso joven pero con una verruga grande en la cara, me lo podrían perdonar. Pero cuando se es joven, guapa y encima médica, una prácticamente está perdida. Los hombres no me toman en serio, para ellos no soy más que una muñequita con demasiadas ideas. Les resulto mona y divertida; como mucho, desconcertante. —Miró a Lily a los ojos mientras hablaba, sin una pizca de vergüenza o coquetería—. No creas que en el extranjero la cosa es distinta solo porque hayan cambiado las leyes. El cambio ha de operarse en las cabezas y mientras eso no ocurra... —Se interrumpió un instante e hizo una mueca de preocupación—. Yo hago lo que puedo para que me tomen en serio, siempre me visto de manera impecable para que nadie pueda echarme en cara nada, ¿entiendes? Pero no hay remedio, es imposible convencerlos. Por eso he renunciado a ellos. A los hombres, me refiero. Ya no lucho por hacerme un sitio a su lado. Pero las mujeres... —Bebió un sorbo de té y, tras hacer un movimiento circular con la mano, se quedó mirando con aire pensativo el bailoteo del líquido en la taza—. Confío en que algún día pueda convencer a las mujeres, Lily, de que una médica vale tanto como un médico. Y en el caso de algunas, incluso más. ¿Sabes cuántas damas se avergüenzan tanto de acudir a un hombre con sus problemas íntimos que no lo hacen? ¿Cuánto dolor se podría evitar a menudo con un único tratamiento?

Lily miró a Emma sorprendida. La idea de que una mujer médica pudiera estar al mismo nivel que un hombre le parecía como de cuento. Ni siquiera se le había ocurrido nunca que tal cosa pudiera ser posible, los médicos eran hombres. Sacó con aire pensativo su tarta de albaricoque y su panecillo con carne y se colocó en el regazo una servilleta bordada.

Emma debió de ver su expresión de desconcierto porque se echó a reír.

—Cuántas normas, Lily. Nuestra sociedad está basada en normas concebidas por los hombres para empequeñecernos. En nuestra cabeza es como si fuesen de naturaleza divina, algo que no podemos cuestionar.

Lily asintió despacio.

—Pero ¡eso no es cierto! —Ahora a Emma le brillaban los ojos—. Sé que aquí, en el imperio, todavía no existe, pero en Inglaterra y Suiza he conocido a compañeras brillantes. Aún son pocas las mujeres que se atreven a hacer realidad sus sueños y en todas partes les ponen las cosas sumamente difíciles, pero sé con absoluta seguridad que llegará el día en que tengamos los

mismos derechos. Todas podremos ejercer los mismos oficios que los hombres. Sin embargo, es probable que no llegue a verlo. —Calló entristecida, el fuego que hacía un instante ardía en sus ojos parecía apagado—. El proceso es demasiado largo, nos ponen piedras en el camino siempre que pueden y cuando intentamos luchar por nuestros derechos, se ríen de nosotras o nos encierran.

—Pero... ¡es una gran injusticia! —A la propia Lily le sorprendió la vehemencia con que reaccionó a las palabras de Emma.

Nunca se había parado a pensar en ello, y en ese mismo instante supo que le parecía vergonzoso y que estaba del todo de acuerdo con lo que decía Emma. Esta se echó a reír.

—Seguro que a ti te pasa otro tanto, ¿no? Estás aquí, lo que significa que te gustaría trabajar, pero probablemente tu única posibilidad sea ser maestra. ¿O...? —Se detuvo asustada y le puso una mano en el brazo—. ¿O acaso es tu sueño? Perdóname, te lo ruego, ser maestra no es nada reprobable, nada en absoluto, al contrario, me parece...

—¡No! —Lily la interrumpió con nerviosismo—. No, tienes razón... a mí...

Buscó las palabras adecuadas. ¿Cómo podía explicarle a Emma su situación sin ponerse en evidencia por completo? Hasta hacía cinco minutos se sentía completamente feliz por poder estar en ese sitio. Ser maestra era la única posibilidad que existía para ella, solo que nunca podría ejercer el oficio que tanto se esforzaba en aprender. Y en lugar de cuestionar este hecho, se había alegrado como una niña pequeña de que antes de casarse se le permitiese hacer otra cosa. No se había planteado nada más.

—A mí me gustaría escribir —afirmó al final.

Y cuando las palabras salieron de su boca, de pronto fue como si en ella se abriera una compuerta. La arrolló tal cantidad de sentimientos que durante un instante no pudo seguir hablando.

—Me gustaría escribir novelas o artículos para un periódico, es lo que siempre he querido. Escribo todos los días, pero...

—Pero ¿cómo lo vas a hacer si para las escritoras no hay expectativas? ¿Si no se las acepta en la sociedad? —la cortó Emma agitada, y Lily asintió con las mejillas encendidas.

—Estoy prometida —dijo al cabo, bajando los ojos—. Ni siquiera podré trabajar de maestra, solo lo hago por...

—Por hacer algo, ¿no? —inquirió Emma en voz baja, y Lily asintió de nuevo.

De repente Emma negó con la cabeza con una expresión dura en el rostro.

—El celibato para las maestras es una vergüenza, siempre lo he dicho. ¡Una vergüenza! ¿Te puedes creer que incluso lo apoya la ADLV?

Lily la miró con los ojos como platos y bebió deprisa un sorbo de té con la esperanza de que Emma se explicara, pero ella la miraba con expresión expectante. Al final, avergonzada, Lily dejó la taza.

—¿La ADLV? —preguntó apocada.

Nunca se había sentido tan tonta. Emma esbozó una pequeña sonrisa, pero en su voz no había ni rastro de superioridad cuando aclaró:

—La Asociación General de Maestras Alemanas. De verdad que no lo entiendo. Mientras solo podamos trabajar si no nos casamos, siempre estaremos marginadas en la sociedad. Son tantas las cosas que no pueden hacer las mujeres solteras... Y tantas más que, aunque se nos permiten, cuando las hacemos se nos considera chapuceras y se nos mira mal. Ni siquiera puedo ir al teatro o a la piscina sola sin que tenga que escuchar recriminaciones. Y yo te pregunto, ¿crees que es justo que tengas que dejar de trabajar cuando te cases? ¿Es que valgo menos si me caso y trabajo al mismo tiempo?

—No, desde luego que no —afirmó Lily asustada.

Nunca lo había visto así. Durante un instante las mujeres se miraron a los ojos y Lily tuvo la sensación de que Emma la entendía como ninguna otra persona en el mundo, y eso que hacía dos minutos ni siquiera sabía que se sentía incomprendida. De repente se le pasaban tantas ideas nuevas por la cabeza que apenas podía seguirlas. ¡Quería trabajar! ¿De qué servía tanto esfuerzo, tantas horas de clase, los exámenes y el aprendizaje si después se quedaba en casa para tener hijos? Cuando Henry hablaba de sus estudios, siempre lo hacía con una pasión encendida, pero si ella le formulaba preguntas, la mayoría de las veces hacía como si ella no fuera capaz de entender los detalles o como si la aburriese. Y aunque siempre le había parecido un tanto desconcertante, lo había aceptado sin cuestionarlo. Que las mujeres también pudiesen valer para estudiar una carrera era una idea novedosa que no terminaba de creerse del todo. Por otro lado, al ver así a Emma, sentada delante de ella con ese brillo en la mirada, pensó: «No cabe duda de que esta mujer puede hacer todo cuanto se proponga. Y ya lo ha demostrado. ¡Ha ido a la universidad! Y ahora no le está permitido trabajar».

Miró con semblante pensativo el panecillo que sostenía en la mano. Siempre había creído que vivía en un estado justo, o al menos eso le parecía cuando en las comidas oía hablar a su padre y a Franz de la política del imperio. A veces se quejaban, pero en general se sentían satisfechos, lo cual sin duda tenía que ver con el éxito de la compañía naviera. Lily no sabía que existían esas injusticias en el sistema. No, eso no era verdad. Sí que lo sabía, solo que hasta ese momento no le había preocupado.

De pronto Emma se inclinó hacia delante y musitó:

—Lily, tenemos un... grupo. Ya sabes... —Miró en derredor con cautela, como si tuviese miedo de que alguien pudiera escuchar sus palabras—. Nos reunimos una vez por semana para hablar y forjar planes. En una suerte de salón. —Esbozó una sonrisa significativa y, una vez más, Lily tuvo la sensación de que había algo que no entendía del todo—. Si quieres, la próxima vez te llevo conmigo.

—¡Claro que quiero! —contestó Lily.

No sabía exactamente a qué se refería Emma. Quizá a un grupo de mujeres que tampoco podían trabajar e intercambiaban opiniones al respecto, pero en el fondo le daba lo mismo.

Emma le parecía fascinante y quería conocerla mejor a toda costa.

Los cascos de los caballos chacoloteaban sobre el adoquinado de la explanada y la variopinta galería comercial se deslizaba deprisa ante ellos. Sylta había pasado una agradable mañana en la ciudad, había comprado tela para que le confeccionasen un vestido nuevo para ella y un traje nuevo para Michel, y había estado dando un paseo con la señora Woermann por la avenida Jungfernstieg. Hacía tres años los Woermann habían establecido una plantación de cacao en una colonia alemana en Camerún a modo de primera casa de comercio y el señor Woermann acababa de regresar a casa de un viaje de inspección. Desde hacía días Sylta ardía en deseos de saber detalles de ese mundo desconocido, pero la señora Woermann se había limitado en mayor medida a quejarse. Su esposo había regresado de África medio asilvestrado, sentía extrañas molestias en las entrañas y estaba de un humor de perros que descargaba sobre la familia entera. De Camerún en sí ella no sabía gran cosa, solo afirmaba que los «morenos», como ella los llamaba, eran rebeldes y no querían trabajar, y que les hacían la vida difícil a su esposo y sus capataces.

A decir verdad, las dos mujeres tenían pensado ir a tomar un chocolate caliente con motivo de la ocasión, pero la señora Woermann adujo que el cacao se le había atragantado, de modo que se sentaron a tomar té inglés y *scones* con nata.

Ahora Sylta estaba relajada. Un día en la ciudad siempre le sentaba bien, aunque le hubiesen acabado importunando los lamentos de la señora Woermann. Esa mujer podía pasarse horas hablando de su familia, pero no preguntaba ni una sola vez cómo se encontraban los Karsten o la propia Sylta. Como eso ya lo sabía, no permitió que le agriase el humor. Sin embargo, ahora, al ver el rostro serio de su hija, a la que acababa de ir a buscar al seminario, se preocupó. Lily parecía algo pálida y había apoyado la cabeza en la ventanilla.

—Lily, tesoro, ¿va todo bien? ¿Te sientes indispuesta, no será la escuela demasiado dura para ti?

Lily levantó la mirada sorprendida, era como si la hubiese arrancado de profundos pensamientos. Negó con la cabeza risueña.

—Desde luego que no, hoy casi no hemos hecho nada, solo un poco de Pedagogía, Francés y Costura. Me encuentro bien. Solo estoy pensando.

Sylta tenía la sensación de que debía indagar más, pero guardó silencio y se retrepó en su asiento. Nunca se acostumbraría a las sacudidas de los carruajes. Desde el último parto le dolía la pelvis, unos dolores que con los años solo parecían intensificarse. Además, durante su indisposición mensual siempre notaba terribles molestias, y no hacían más que empeorar de mes en mes. Cada piedra por la que pasaban le infligía un dolorcillo punzante en el bajo vientre. Naturalmente nunca se había quejado al respecto, ni tan siquiera lo había expresado en voz alta,

pero agradecía el asidero de la ventanilla, con el cual podía levantarse un poco para evitar descargar todo su peso sobre la zona sensible.

De pronto Lily comentó:

—Mamá, ¿tú sabías que en Inglaterra y Suiza permiten ir a universidad a las mujeres? Allí incluso pueden ser médicas. ¿No te parece injusto que aquí no se pueda?

Sylta levantó la cabeza asustada.

—¿De esas cosas habláis en la escuela? —inquirió, y abrió el abanico. En el carruaje no corría el aire, y no quería bajar la ventanilla, ya que si lo hacía sus vestidos olerían a caballo.

—Mamá, no es una escuela, voy a un seminario. Y sí. O bueno, no. En clase no. Imagina que pudiera ir con Henry a la universidad. —Mientras hablaba, Lily miraba por la ventanilla con aire de ensoñación. No vio lo alarmada que la miraba su madre.

—Sin duda sería de lo más emocionante... —repuso esta titubeando. Ahora debía elegir con cuidado su respuesta—. Pero ¿qué dirían tus hijos si su madre estuviera en la universidad en lugar de en casa con ellos? —planteó con una sonrisa un tanto artificial.

A modo de contestación su hija arrugó el ceño, un gesto que ella no supo interpretar del todo. Al ver que Lily no decía nada, continuó:

—Lo cierto es que corren tiempos emocionantes en el extranjero, tienes razón, pero aquí todo sigue el curso de siempre y no cabe duda de que está bien así. Al fin y al cabo, los hijos necesitan a sus madres. Y estudiar Medicina me parece indecoroso para una dama; uno ha de tratar toda clase de enfermedades y epidemias, y al final uno se acaba contagiando. No, eso deberíamos dejárselo a los hombres, que algo saben al respecto. Aunque, por supuesto, no debería estar prohibido dedicarse a ello si es lo que desea uno. Pero ¿por qué iba a ser así?

Después dejó el tema y Lily tampoco añadió nada más, sino que apoyó la cabeza en el carruaje. Aun así, su mirada ausente le dijo a Sylta que a su hija le pasaba algo. Sintió un revoloteo inquieto en el estómago. ¿Cómo se le ocurrían esas cosas a Lily? Había dicho que no las había oído en clase, así que debían de ser sus compañeras las que hablaban de ello. El carruaje pasó por una piedra de gran tamaño y Sylta hizo una mueca de dolor. Solo confiaba en que no llegara a lamentar haber convencido a su esposo de que permitiera que su hija accediera a una formación superior. Quería que Lily tuviera la cabeza ocupada, que fuese feliz y se sintiera plena, no que se acercase al peligroso ideario socialista y cuestionase su lugar en la vida.

—¿Una disciplina extracurricular? —Alfred Karsten miró ceñudo a su hija, que estaba delante de su mesa.

Parecía nerviosa, tenía las mejillas rojas y cambiaba el peso del cuerpo de un pie a otro con inquietud. Hizo a un lado el informe de las nuevas calderas ovaladas que acababa de estudiar y unió las manos con gesto pensativo.

—Y ¿qué se supone que os enseñarán allí exactamente?

—Política inglesa —se apresuró a aclarar Lily—. Lo ha organizado una compañera nueva de Londres. Nos reuniremos para hablar de Gran Bretaña. El señor Kleinlein ha propuesto que fundemos una especie de círculo de aprendizaje. Empezaremos con Inglaterra, pero después seguiremos por nuestra cuenta. Cada vez le tocará a una, es una especie de práctica de cara a impartir clases.

—Pero tú nunca darás clase, Lily, de manera que para ti carece de relevancia. —Vio que su hija se estremecía.

—Pero me interesan los temas. Y no me gustaría ser la única que no participa, me resultaría muy desagradable. El señor Kleinlein acabará pensando que soy vaga y me quiero librar del trabajo.

Miró al suelo y Alfred suspiró. Tenía la sensación de que con castigarla sin salir de casa no conseguía el efecto deseado. Por otra parte, su enfado por lo que había sucedido en el bautizo del barco prácticamente se le había pasado del todo. Lily era una buena hija y estaba orgulloso de ella. Ella no sabía la cola que traería el incidente de la bicicleta y, de todas formas, cuando lo miraba con esa expresión de entusiasmo, casi nunca se podía resistir. Ejercía en él la misma influencia que su madre.

—Bueno, confío en que esa joven esté bien informada de la situación británica —rezongó—, no os vaya a meter en la cabeza algún desvarío socialista. Siento curiosidad por saber lo que os cuenta de Gladstone. Ni yo mismo sé muy bien qué pensar de Salisbury. Los problemas que plantea la política interior de los británicos son un tema peliagudo, los nacionalistas irlandeses se han visto obligados a encajar una derrota aplastante, la Cámara de los Comunes ha rechazado el primer proyecto de Home Rule de Gladstone, ahora los liberales están divididos y los conservadores... —Dejó de hablar al ver que su hija lo miraba boquiabierta: era evidente que no tenía la menor idea de lo que le estaba diciendo. Carraspeó—. En fin, eso no figuraba en el plan de estudios, ¿no es así? Bien, no cabe duda de que mal no te hará, y una disciplina escolar, aunque sea de libre organización, difícilmente la puedo considerar una diversión de la que deba privarte el castigo que te hemos impuesto, de manera que creo... —Dejó la frase a medias y negó con la cabeza—. Sin embargo, he de decir que me desagrada que tengáis tanta política en clase. Es cierto que una maestra ha de estar bien formada pero, a decir verdad, las mujeres no entienden de política, y es mejor así. Los esposos las pueden instruir sobre lo estrictamente necesario pero, por lo demás, las mujeres no deberían sobrecargarse con estos temas tan abrumadores y a menudo incomprensibles para ellas. Por eso nunca he estado del todo convencido de esta formación: no es preciso que aprendas estas cosas y al final solo conseguirán confundirte. Estoy seguro de que Henry tampoco verá con buenos ojos que su esposa de pronto hable en la mesa de cosas que no entran dentro del ámbito de sus competencias e incluso acabe poniéndose en ridículo con unos conocimientos superficiales. En fin. La formación general no viene mal y a fin de cuentas allí te forman en las cosas importantes: conversación, canto, francés..., todo ello provechoso para una joven dama. Por tanto, no me opondré.

En ese momento llamaron a la puerta y Franz irrumpió en la habitación.

—Padre, ¿ya has tenido ocasión de leer el informe que te...? Ah, no sabía que estaba aquí Lily. —Se interrumpió y se detuvo, en la mano sostenía una carpeta con documentos que hojeaba con nerviosismo—. Volveré más tarde...

—No, no, de todas formas quería hablar contigo. —Alfred despachó a su hija guiñándole un ojo—. Ve a aprender algo de los *tories* y su idiosincrasia. Quizá la semana que viene me puedas contar en la cena lo que has aprendido.

El guiño con el que la despidió su padre enfadó a Lily. «No me toma en serio», pensó, y se mordió el labio. Ya había salido del despacho, tenía la mano en el pomo de la puerta, cuando se detuvo. Su padre hablaba con un tono serio, casi furioso, a su hermano y Franz no replicaba con menos dureza.

—Padre, las nuevas rutas solo las podremos ganar con la energía moderna que proporciona el vapor. ¿Por qué no confías en mí? También te opusiste al paso del barco de madera al de casco de hierro y mira todo lo que nos ha traído. Dime, ¿has llegado a leer el informe? El motor compuesto de tres cilindros haría que nuestros barcos navegaran a una velocidad de hasta quince nudos.

—Naturalmente que lo he leído, y de cabo a rabo —fue la impaciente respuesta de su padre —. Después de todo, hoy no es la primera vez que le doy vueltas a este asunto. Pero creo que el consumo será tan elevado que...

Lily cerró la puerta con suavidad. Su padre y su hermano siempre se enfrentaban cuando abordaban innovaciones en la construcción naval. Ella no entendía qué diferencia había entre tres y cuatro calderas y por qué su padre se mostraba escéptico con la modernización que su hermano siempre quería implantar a toda costa, pero no le gustaba que se pelearan. Y le gustaba menos aún el tono con el que Franz hablaba a su padre cuando trataban esos temas: impaciente y casi condescendiente. Como si no entendiera lo suficiente para tener una opinión válida. Como si se interpusiera en su camino. A veces Lily tenía la sensación de que Franz estaba impaciente por llevar las riendas del negocio en solitario de una vez por todas.

Subió a su habitación sin hacer ruido. La conciencia le remordía, había mentido a su padre. Era una mentira a medias, estrictamente hablando, ya que, en efecto, se trataba de una actividad extracurricular que organizaba su compañera londinense... Pero ahí terminaba la verdad. Y ¿qué elección tenía? Ya era demasiado mayor para el castigo ridículo que le habían impuesto, no se atendría a él. Aun así, decepcionar a su padre era lo último que quería. Debía ponerse a leer un poco para adquirir algunos conocimientos de política inglesa, seguro que de ese modo él no se daría cuenta de nada. Lo mejor sería que al día siguiente comprase un ejemplar de *The Times*.

Jo dejó la cerveza en la mesa ruidosamente y eructó.

—Flojo —comentó Charlie con superioridad antes de soltar a su vez otro eructo.

Impresionado con el poderío de su mejor amigo, Jo aplaudió, pero después torció el gesto.

—Por Dios, Charles, ¿se puede saber qué has comido?

—Pues el puchero de Pattie, claro. —Charlie esbozó una sonrisilla con los ojos un tanto vidriosos—. ¡Eh, Patrizia, *darling*, la próxima vez no eches la carne de gato, no me sienta bien! —gritó, y la patrona se rio e hizo un gesto no muy propio de una dama con la mano.

Charlie le guiñó un ojo y se volvió hacia la mujer que llevaba cogida del brazo. La besó con tal vehemencia que durante un instante ella puso cara de susto, pero después soltó una risita y lo apartó.

—Jo tiene razón, Charlie, hueles a cloaca.

Sin embargo, él rio con indiferencia e intentó darle un mordisco en el cuello.

Jo los estuvo observando un rato, risueño. Se alegraba de que Charles y él hubiesen olvidado el reciente enfrentamiento. Además, daba la impresión de que a Charlie le iba mejor, ya no parecía tan cansado y tenso. Jo se rio cuando su amigo hundió la cara en la bamboleante pechera de su conquista de esa noche y después se volvió hacia su propia acompañante, que ese día había empinado el codo un poco de más para su gusto.

—Eh, Greta, ¿todavía sabes quién soy? —preguntó entre risas mientras movía una mano delante de su rostro.

La mujer le dirigió una mirada un tanto perpleja, pero después sonrió y lo besó. Al parecer ya no era capaz de contestar. Jo la apartó un tanto y recorrió el lugar con la vista. Como de costumbre, estaba oscuro, lleno y había mucho ruido. Las ventanas del Verbrecherkeller, «el sótano de los delincuentes», el apropiado nombre que recibía su tasca habitual, estaban entabladas y cubiertas con sacos. Allí no entraba nadie por casualidad, pero algunos sí en contra de su voluntad, cuando había personajes dudosos que les salían al paso en la calle, los bajaban al sótano y, una vez allí, los emborrachaban en un rincón oscuro para después desvalijarlos. Todo el mundo sabía que la taberna que estaba en la esquina de las calles Niedernstrasse y Depenau era un lugar frecuentado por maleantes. Casi todas las mujeres iban ligeras de ropa; casi todos los hombres, borrachos como cubas. Muchos de ellos ese día ya no serían capaces de volver a casa y pasarían la noche en la habitación trasera, en el suelo, por diez pfennigs. Él mismo había utilizado ese servicio infinidad de veces. Alguien comenzó a tocar el acordeón y unos cuantos hombres empezaron a bailar en corro con mucho ruido y poca coordinación.

Después de que Hilde se liberara de Charlie, se pusieron de nuevo a jugar a las cartas. Jo era el único de los cuatro que aún podía seguir la partida en condiciones, pero a pesar de todo se estaba divirtiendo. En realidad el juego, que se llamaba *«whist»*, ahora solo consistía en maldecirse mutuamente a voz en grito y acusarse de que hacían trampas, pero justo ahí residía su atractivo. En ese preciso instante tenía una mano más que buena y no sabía qué carta tirar

cuando, de repente, un murmullo recorrió la animada tasca y las cabezas se volvieron hacia la puerta. Jo levantó la vista y estuvo a punto de atragantarse con la cerveza.

Había entrado una mujer. Muy joven, pelirroja y de ojos azules. Jo se quedó boquiabierto y parpadeó desconcertado. ¿Cuántos aguardientes se había bebido? Y eso que ese día se lo había querido tomar con calma. Parpadeó de nuevo y dejó el vaso. No, era ella, no cabía ninguna duda. Lily Karsten estaba en el Verbrecherkeller.

Se quedó parada un momento en la escalera que bajaba a la taberna y se quitó despacio el rebozo. Su presencia no había pasado inadvertida, prácticamente todo el mundo la miraba con cara de pasmo. Aunque ese día iba vestida con ropa muy sencilla y oscura, saltaba a la vista que ese no era su sitio. Miró a su alrededor con nerviosismo.

—Anda, yo a esa la conozco —farfulló Charlie, pero acto seguido lo distrajo Hilde.

Jo iba a levantarse cuando uno de los trabajadores que estaban sentados a la barra se puso en pie y fue hacia Lily. Jo lo conocía, era Fred Baumann, dirigente del Partido Socialista Obrero. Un alborotador y un bocazas, pero en realidad nada peligroso. A diferencia de muchos otros que estaban en ese sitio.

—Eh, cariñito, ¿te has perdido? Seguro que querías ir a mi casa —indicó, y los allí presentes rieron encantados.

Después de que en un primer momento pegara un respingo asustada, Lily arrugó la nariz y miró por encima de la cabeza de Fred, como si no estuviera. Pero cuando iba a pasar por delante, él le cortó el paso.

—Eh, no tan deprisa, muñequita. ¿Qué hace una damita de alta cuna como tú sola en el Keller? —Se sorbió los mocos y miró a Lily de arriba abajo—. A la mayoría de los que están aquí no les hacen mucha gracia los señoritingos como vosotros.

Ahora Lily lo miró a la cara.

—¿Ah, sí? —repuso—. Y ¿eso por qué?, si me permite la pregunta.

Fred se rio.

—Pues porque sois todos iguales. Cerdos capitalistas que explotan al pueblo mientras se llenan los bolsillos.

—¿Sí? ¿Me conoce usted, quizá? —inquirió Lily, ahora con aspereza.

Como todo el mundo quería seguir la conversación, por entonces el silencio era tal que Jo pudo oír con claridad lo que decía.

—No hace falta; como he dicho, sois todos iguales —insistió Fred, y miró a su alrededor en busca de aprobación.

—Lo que usted diga... En todo caso yo a usted no lo conozco. Ni tampoco lo quiero conocer. Tengo cosas que hacer, si me disculpa.

Fred abrió la boca, sorprendido, para cerrarla a continuación. Jo observaba a Lily risueño. Veía perfectamente que tenía miedo pero no se dejaba intimidar así como así. Eso era algo que le había gustado de ella desde el primer momento. Se apresuró a quitarse de los hombros el brazo

de Greta, que lo miró con cara de desconcierto. Aún esperaría un poco para ver cómo se desenvolvía Lily. Podía intervenir en cualquier momento si hacía falta, pero tenía la impresión de que no sería necesario. A los ojos de Fred ya asomaba una mirada insegura.

Como pese a todo no se hacía a un lado, Lily espetó:

—¿Me va a dejar pasar ahora o tiene más propaganda sociopolítica que me quiera endilgar?

Jo miró su vaso y se rio. ¿Qué le había pasado a la muchacha? Estaba seguro de que hacía unas semanas ni siquiera sabía lo que significaba la palabra *propaganda*.

Completamente perplejo, al final Fred se apartó.

—Digo yo que uno podrá decir lo que opina. No hace falta que la tipa se ponga histérica. —Negó con la cabeza confuso mientras los hombres que estaban a su alrededor se echaban a reír y le daban palmaditas en la espalda. Alguien le ofreció una cerveza y él volvió a su asiento.

Greta le puso una mano a Jo en el muslo y fue subiendo despacio.

—¿Vamos a tu casa? —preguntó con voz bronca, que probablemente pretendiera ser seductora, pero sonó un tanto pastosa debido al alcohol. Su aliento tenía un olor acre.

Jo le quitó la mano.

—No —repuso, y se levantó.

En ese momento sus miradas coincidieron. Lily se detuvo. Comprendió la situación, vio a Greta a su lado, que lo miraba estupefacta y cuya mano él aún retenía, y daba la sensación de que no sabía qué pensar. Jo se apresuró a sentar a Greta en su silla, ya que había hecho ademán de ponerse asimismo en pie.

—Hoy no puedo —continuó, y pasó lo más deprisa que pudo por delante de ella y dio la vuelta a la mesa.

—¡¿Quién es esa ramera?! —le chilló Greta, pero él no le prestó atención.

—Menuda entrada —observó él cuando estuvo delante de Lily.

Ella hizo una mueca.

—Muchas gracias por su ayuda.

—No me ha dado la impresión de que la necesitara —alegó Jo, y ella sonrió.

—¿Puedo hablar con usted? —preguntó Lily entonces. Él asintió y señaló la salida con la cabeza.

—Aquí hay demasiado ruido.

De hecho se vio obligado a subir la voz, ya que en el rincón dos irlandeses habían empezado a afinar sus instrumentos y junto a la barra se había entablado una pelea. Dirigió a Lily hacia la puerta apoyando dos dedos en su espalda. Cuando le sujetó la puerta para cederle el paso, el cabello de Lily le rozó el brazo. Jo sintió un ligero tirón en el pecho al aspirar el familiar perfume. Entre el olor a cebolla del sudor de los trabajadores y el tufo a cerveza, le pareció un grato soplo procedente de otro mundo.

—¿Cómo me ha encontrado? —preguntó ya fuera.

Se había llevado la cerveza, que dejó en un peldaño de la escalera. Nada más entrar, Jo se

había percatado de que llevaba un vestido más sencillo que de costumbre. Cuando ya estaban en la calle ella se cubrió la cabeza en el acto con un manto oscuro.

—He preguntado por ahí. Augustus me ha recomendado el Keller. Ha dicho que viene usted todas las noches cuando no trabaja.

Jo abrió los ojos como platos.

—¿Que ha ido...? ¿En serio? —No daba crédito a sus oídos. ¿Es que se había vuelto loca?

Ella asintió rebosante de orgullo.

—Y él..., ¿no la..., bueno..., no la ha importunado?

Lily lo miró con expresión de incredulidad.

—Pero si dijo usted que era inofensivo —contestó Lily.

—Si uno lo conoce —recalcó él con cara de asombro. La muchacha tenía agallas, eso había que reconocerlo. Sentido común, en cambio...—. También le dije que no viniera usted sola aquí nunca —rezongó—. Y menos a esta tasca. No podría haber elegido un lugar más peligroso. Será mejor que compruebe si aún tiene sus objetos de valor.

Ella se encogió de hombros.

—No he traído ninguno, lo he hecho a propósito. Lo que no tengo no me lo pueden robar.

—Muy cierto, pero por desgracia el cuerpo no se lo puede dejar en casa.

—¿Cómo dice?

—Bah, nada. Ha sido muy arriesgado por su parte.

—Déjese de cuentos. Ahí dentro también hay mujeres, y siguen vivas. Era la única manera, no sabía dónde vivía y, como puede ver, me he disfrazado.

—Ya, pero esas son otras mujeres. ¿Las ha mirado con atención? Así de bien no podría disfrazarse usted. Menos mal que esto está oscuro. —Jo no sabía si debía mostrarse impresionado o furioso.

Lo que estaba haciendo en ese sitio era una auténtica imprudencia. Estaba demasiado protegida, era demasiado ingenua al creer en la bondad de las personas. Sin embargo, a pesar del enfado, Jo no pudo evitar sonreír aunque le habría gustado darle una azotaina por semejante necedad.

—¿Y bien? ¿Qué es eso tan urgente que la ha hecho escabullirse de noche de su casa para venir a buscarme a los peores tugurios de Hamburgo? —preguntó, e intentó no parecer muy enfadado ni tampoco reprobatorio como un padre. Al fin y al cabo la muchacha ya tenía uno; que se encargara él de que su hija no se metiese en líos por la noche. Jo ya tenía un trabajo.

—Quería preguntarle... Me gustaría ir al entierro de Paul —afirmó.

Jo negó con la cabeza sin dar crédito.

—¿Para eso ronda este sitio de noche? ¿Por qué no me ha escrito?

—Porque no sabía dónde vive usted, ya se lo he dicho. Y el recadero que, por cierto, me ha asaltado y me ha hecho sentir un miedo cerval, ha desaparecido antes de que pudiera darle una respuesta. Además, el criado de mi hermano se ocupa de la correspondencia en nuestra casa. Si

hubiese enviado de pronto una carta a un hombre desconocido, sin duda se lo habría contado a Franz.

—Y con razón —admitió Jo—. Su hermano cuida de usted, menos mal.

—Cuida de la familia, que es distinto. Yo le importo muy poco.

—No creo que le dé lo mismo que deambule usted de noche por los Gängeviertel. Dé gracias a que me ha encontrado.

—Ya le dije que sé cuidar de mí misma. ¿Cuándo y dónde es el entierro? Me gustaría asistir.

—Ni hablar.

—No es usted quien ha de tomar la decisión.

Él profirió un hondo suspiro.

—Así que quiere ver cómo llora su muerte la familia, ¿es eso? —le preguntó.

Ella se estremeció y lo miró extrañada.

—Creo que es lo adecuado —aseguró en voz baja—. Me gustaría presentar mis respetos.

—Y yo le digo que no es buena idea —insistió Jo.

—No es preciso que me lleve usted. ¿Me lo dice o prefiere que vuelva ahí dentro a preguntar para que me ofenda de nuevo ese patán apestoso?

Jo negó con la cabeza.

—No me lo puedo creer. Es usted terca como una mula —espetó—. El entierro es el viernes. A las tres, en el cementerio de Ohlsdorf. ¿Ha estado allí alguna vez?

Ella negó con la cabeza a su vez y Jo suspiró para sus adentros. No, claro que no...

—Está fuera de la ciudad. Tendrá que coger el ómnibus tirado por caballos en la plaza Schweinemarkt. A menos que tenga usted un carruaje —añadió, y se mordió la lengua para no efectuar un comentario sarcástico.

—No. Difícilmente podría decirle a mi familia adónde pretendo ir.

Jo suspiró. ¿Cuándo había pasado a ser su obligación acompañarla a todas partes?

—Vale, está bien, en ese caso nos veremos a la una en la Schweinemarkt —refunfuñó.

—Me las sé arreglar yo solita, no hace falta que me haga de niñera —soltó Lily con insolencia.

—Ya se ha visto lo bien que se las arregla sola. Hablar con desconocidos en el Gängeviertel por la noche sin más ni más, ¡está usted mal de la cabeza! No pensará que habría salido de aquí sana y salva si no me hubiese encontrado, ¿no? Si quiere ir a toda costa, la acompañaré. A saber dónde acabaría si fuese usted sola.

—Está bien, si insiste...

Jo se dio por vencido.

—Por lo visto no se lo podré impedir.

—En efecto —replicó ella con resolución.

Jo cabeceó frustrado. ¿Haría alguna vez caso de lo que le decían? «Menos mal que no soy su prometido», pensó, y en ese mismo instante sintió una leve punzada de pesar. ¿Qué le pasaba?

Desconcertado, quiso beberse de un trago lo que le quedaba de cerveza, pero se detuvo al ver su mirada.

—Perdone. ¿Quiere?

Ella vaciló un instante y después asintió. Cuando cogió el vaso y bebió, de pronto torció el gesto y escupió la cerveza en el vaso.

—Sabe fatal —afirmó horrorizada, sacudiéndose.

—No me diga que no ha probado nunca la cerveza. —Jo clavó la vista en ella estupefacto. Aunque oscura y acre, la cerveza de Teifelsbrücke que servía Pattie era una especialidad de Hamburgo. Nunca había conocido a nadie a quien no le gustara.

Ella le devolvió el vaso.

—Suelo beber limonada —respondió mordaz.

—También podría haberla escupido en el suelo —rezongó Jo, mirando el vaso con cara pesarosa y dejándolo en la escalera—. Y ahora andando, la llevaré a casa. Yo diría que ya ha vivido bastante por una noche.

—La de ahí dentro, ¿era su prometida? —preguntó Lily después de que caminaran un rato en silencio.

Intentaban no meter el pie en los albañales abiertos y al mismo tiempo esquivar a los borrachos que salían de las tabernas e iban dando traspiés por las calles.

—No, solo una... conocida —fue la evasiva respuesta de Jo, y ella enarcó una ceja.

—¿De qué trabaja? —preguntó Lily con interés, y él suspiró. No le apetecía nada hablar de Greta en ese momento.

—De tintorera —replicó Jo.

—Ah, por eso tiene las manos así.

Él la miró con cara de asombro.

—Sí, el tinte quema la piel y ya no hay forma de sacarlo —explicó—. Venga, por aquí iremos más deprisa. —Bajó de un salto a una pequeña embarcación, una gabarra que estaba en uno de los canales, y le tendió la mano.

—Pero... —Lily lo miró atónita—. ¿Es que no hay puente?

—Las gabarras son un puente. —Jo movió la mano para que ella la asiera, pero al ver que Lily no reaccionaba deprisa, la cogió por la cintura y la bajó.

—¡Eh! —Lily se puso a agitar las piernas y la embarcación se balanceó, de forma que ella, asustada, se tuvo que agarrar a Jo.

—Ya ve que no es para tanto. Ahora subimos por el otro lado y nos hemos ahorrado diez minutos de camino. —Saltó a la gabarra contigua y se encaramó al muro. Ella lo siguió trabajosamente, le ofreció las manos y dos segundos después estaba a su lado sin aliento.

—¿Está permitido hacer esto? —inquirió mientras se alisaba el vestido.

Jo se rio con suavidad.

—Sigamos, no vaya a ser que sus padres se despierten y vean que la princesita no está en la

cama.

La mirada que ella le lanzó a continuación era tan furibunda que Jo tuvo que contenerse para no echarse a reír de nuevo. Después Lily guardó silencio y fue tras él con los brazos cruzados. «Ahora está ofendida», pensó Jo risueño. La muchacha tenía algo especial..., le divertía pincharla. Y por lo general siempre se mostraba respondona. Empezó a andar más despacio para que volvieran a ir a la par. Ella se comportaba de manera muy distinta, algo había cambiado desde la última vez que se habían visto. Ya no iba por las calles con los ojos como platos, temerosos, y tapándose la nariz con un pañuelo perfumado. Ahora su paso era enérgico y la mirada, reservada. La escudriñó con interés.

—¿Por qué me mira así? —preguntó Lily, y él levantó las manos como para defenderse.

—Es solo que me gusta su disfraz. Bonito manto. Pero los zapatos aún dejan que desear.

Ella se miró y de pronto rompió a reír.

—Tiene usted razón. No tengo zapatos para estas ocasiones. Incluso el vestido lo he tenido que... tomar prestado.

—Lo ha tomado prestado..., ya. —Jo esbozó una sonrisilla y ella se rio abochornada.

—No diré más. Pero espero que sea la última vez que me tenga que escabullir de casa por la noche. Ha sido de lo más inquietante.

—Tiene usted arrestos —reconoció Jo, y por una vez no le tomaba el pelo.

—No. Tengo remordimiento de conciencia —corrigió Lily.

—Lo uno no quita lo otro —replicó Jo, y cuando ella le sonrió se estremeció ligeramente.

—Ese hombre, el pelirrojo grandote de los tatuajes... —comentó Lily de pronto.

Jo asintió.

—Charlie. Mi mejor amigo.

—¿Es amigo de alguien así? —Lily parecía indignada.

Jo se rio.

—¿Qué es lo que no le gusta de él?

Ella arrugó la nariz.

—Me ha cogido de malas maneras y me ha metido en la maleza. Pensaba que me iba a matar. Casi me muero de miedo —contestó.

Jo se detuvo un momento.

—Lo siento —se disculpó, y lo decía en serio—. A veces Charlie puede ser algo raro. Pero hay que entenderlo..., tiene el corazón roto.

—Oh. —Lily lo miró con tal cara de sorpresa que él no pudo evitar reírse.

—¿Qué? —inquirió él, y Lily se ruborizó.

—Es solo que he pensado... me ha parecido tan...

—¿Bruto y atemorizador? —Jo terminó la frase por ella, y Lily asintió—. Lo es, sí. Pero digo yo que también podrá tener el corazón roto.

Al parecer Lily no fue capaz de interpretar debidamente esa información contradictoria y Jo

se vio en la necesidad de dar una explicación.

—Charles es leal a más no poder, mataría por mí y yo por él. Sabe cantar y tocar el violín de tal forma que hasta a los canallas más insensibles se les saltan las lágrimas. Pero la vida lo ha tratado mal.

Lily siguió caminando un momento a su lado en silencio.

—Parecía un bruto... Jamás habría creído que...

—¿Qué? ¿Que tiene sentimientos? —planteó Jo con jovialidad—. Yo siempre digo que no hay que juzgar el carácter de un hombre por las apariencias.

Después ella le dirigió una mirada muy extraña.

—¿Dónde he oído yo eso no hace mucho? —Se echó a reír y a Jo le dio la impresión de que se burlaba de él.

Caminaron otro tramo callados y Jo se dio cuenta de que eso le gustaba. La mayoría de las mujeres se sentían obligadas a hablar en todo momento o le hacían sentir que tenía que entretenerlas. Lily era distinta: el silencio entre ellos no parecía opresivo, sino extrañamente familiar, como si se conocieran desde hacía tiempo.

Ya cerca de la villa, Lily le dijo:

—A partir de aquí será mejor que vaya sola. Si me pillan me meteré en un lío, pero si me ven con usted...

Dejó la frase sin terminar y él asintió.

—No sería bueno para nadie.

—Entonces lo veo a usted el viernes, ¿no? —añadió recapitulando—. Muchas gracias por acompañarme a casa, señor Bolten. —Dio un paso hacia Jo y lo envolvió un soplo de su perfume. Era una noche de verano tibia, espléndida y, para su sorpresa, se dio cuenta de que le habría gustado pasear un poco más con ella por la oscuridad.

—Jo.

—¿Cómo dice?

—Que me llame Jo. Parece que estamos coincidiendo a menudo. —Sonrió—. Es difícil librarse de usted.

—¿Tantas ganas tiene de desembarazarse de mí? —preguntó ella con cierta coquetería, y él negó con la cabeza.

—Al contrario.

Lily esbozó una sonrisa enigmática.

—Yo soy Lily —dijo a su vez.

—Lo sé —respondió Jo, y se miraron un instante. En los ojos de Lily se reflejaba la luz de la farola.

—Bien, pues... hasta el viernes.

Jo asintió y ella dio media vuelta, pero antes de que hubiera dado dos pasos él la agarró, la atrajo hacia sí y la besó.

El beso fue más vehemente de lo que pretendía. A decir verdad no pretendía nada, solo se había dejado llevar, como siempre, pero incluso a él le sorprendió la intensidad con la que su cuerpo pedía de repente la cercanía de ella. Durante un instante Lily se quedó petrificada entre sus brazos, se puso rígida, pero después le devolvió el beso pegándose contra él. Jo la arrimó al muro que tenía detrás para que, en caso de que pasase alguien, nadie la viera. Durante un maravilloso momento no fue consciente de nada salvo del aroma embriagador de las glicinias que los rodeaban y de sus labios contra los de él. Pero de repente Lily se separó y lo apartó de un empujón. Resollando, lo miró con ojos atemorizados.

—Debo irme —balbució, y antes de que Jo supiera lo que había pasado, ella ya había salido corriendo.

8

A la mañana siguiente Lily esperaba a Emma en la plaza Gänsemarkt, junto a la estatua de Lessing. Era un buen día para realizar la excursión. En la villa tocaba día de limpieza y lo único que se hacía allí era estorbar, ya que se vaciaban todos los cajones y se sacudían todas las alfombras. Aunque era sábado, incluso su padre y Franz habían salido temprano para refugiarse en la naviera. Lily se alegraba de que lo que tenía intención de hacer la distrajera de lo que había sucedido por la noche, algo en lo que no podía pensar sin que sintiera calor, frío y vértigo al mismo tiempo. Seguía sin entender lo que había pasado. Había besado a Jo Bolten. La mala conciencia la carcomía; a la vez sabía que lo volvería hacer sin dudarlo. De manera que prefería no pensar en ello, un método de probada eficacia que empleaba con frecuencia cuando hacía algo que no debía. Solo que esta vez no funcionaba del todo. El rostro de Jo aparecía una y otra vez en sus pensamientos, y después se superponía el de Henry, que la miraba sin dar crédito. Debía admitirlo: había disfrutado de cada segundo de ese beso.

Lily iba de un lado a otro inquieta. Estaba nerviosa, no sabía lo que le esperaba. Pero cuando su amiga apareció y la saludó con la mano mientras iba hacia ella, el miedo se desvaneció. Como de costumbre, Lily admiró el aspecto de Emma. Ese día llevaba un vestido de paseo de color rosa que hacía un suave frufrú con cada uno de sus movimientos y un sombrero coqueto que se asentaba un tanto ladeado sobre el cabello recogido. Nadie que la viera de esa guisa adivinaría que era médica.

—Bueno, pues en marcha, ¿no? —propuso alegremente, y besó a Lily en la mejilla—. Me muero de ganas de oír lo que nos vas a decir.

Fueron hasta la estación de Schulterblatt y caminaron un rato por las animadas calles. Lily había ido pocas veces al barrio de Schanze. Daba la impresión de que había mucha gente joven, los negocios y los restaurantes estaban concurridos, y había hombres sentados en los cafés y las tabernas.

—El Colegio Académico solo está unas calles más allá —aclaró Emma—. Casi todos son universitarios.

Pasmada, Lily pasó por delante de teatros y locales con nombres extraños, como Skatdiele y Zauberflöte. En la esquina con la calle Eimsbütteler se detuvo delante de una casa grande.

—Es el Belle Alliance. Franz me ha hablado de él. Se juega a la petanca y a los bolos —explicó entusiasmada mientras contemplaba el edificio.

—Sí, celebran fiestas por todo lo alto —confirmó Emma mientras la instaba a continuar—.

Pero, cómo no, damas como nosotras no podemos entrar si no vamos acompañadas de un hombre.

—Entonces ¿tú ya has estado aquí? —preguntó Lily asombrada—. ¿Con quién?

Pero Emma respondió con evasivas, diciendo únicamente que había acudido a un baile en una ocasión. A Lily le dio la impresión de que quería cambiar de tema.

Poco después llamó al timbre de una casa de tres plantas. Les abrió una mujer joven con el pelo castaño rizado que sonrió y abrazó a Emma.

—Ya pensábamos que no ibas a volver.

—Pues claro que sí. Lily, esta es Martha; pone su casa a nuestra disposición para las reuniones —contó Emma.

Martha dirigió a Lily una sonrisa radiante. Tenía el cabello oscuro y unos ojos verdes resplandecientes.

—Cuánto me alegro de ver una cara nueva entre nosotras. Pasad, el resto ya ha llegado. —Subió ágilmente la escalera y Emma tiró de Lily, que de pronto se sentía un poco abrumada. Ya en el pasillo les llegaron risas y conversaciones. Cuando entraron detrás de Martha en el piso de la primera planta, Lily miró sorprendida a su alrededor: la pequeña habitación estaba llena de mujeres.

—Lily, estás son Isabel, Hanne, Elsa, Luise y Traudel. Señoritas, esta es Lily. Nos sentamos juntas en el seminario y he conseguido despertar su interés en nuestro pequeño círculo —dijo Emma.

Lily las miró con timidez. Las mujeres le sonreían con amabilidad, solo una de ellas, Isabel, una mujer preciosa con el cabello color miel y los ojos azul acero, tenía el semblante adusto. Saludó a Lily con un escueto movimiento de cabeza y la miró de arriba abajo con recelo. Lily rehuyó su mirada y echó un vistazo en derredor. No sabía que había mujeres que vivían solas sin ser viudas. Los muebles le recordaron a los de su abuela, si bien el ambiente no podía ser más distinto. Por lo visto Martha no era muy ordenada y tampoco parecía importarle lo que pensara la gente de su casa. En la mesa a la que estaban sentadas las mujeres, que se hallaba en el centro de la habitación, había libros y periódicos, y entre medias platos y pastas. Olía a café.

—Mis padres me regalaron los muebles. Eso fue antes de que dejaran de hablarme —explicó Martha, guiñando un ojo, al ver que Lily examinaba la habitación.

Lily la miró con cara de sorpresa. Aunque Martha pretendía que el comentario fuera chistoso, vio que un rictus de amargura se dibujaba de pronto en su boca. Pero antes de que pudiera decir o preguntar algo, Martha la invitó:

—Siéntate. Puedes ocupar mi sitio. —Le señaló una silla, risueña, y después se dejó caer en el sofá y estiró las piernas—. ¿Te apetece tomar algo? ¿Vino, café?

—No, gracias. —Lily rehusó el ofrecimiento, aunque tenía la garganta seca. Se sentó con timidez y miró a las demás, que habían reanudado las animadas conversaciones. Martha le resultaba especialmente interesante, no podía dejar de mirarla. Irradiaba un aire desenfadado que

a Lily le era ajeno. La mayoría de las mujeres vestía con gran sencillez, con falda y blusa. Algunas prendas ni siquiera tenían cuello y Lily se percató de que, aparte de Luise y Emma, ninguna llevaba corsé. Ella tampoco había escogido su mejor vestido para la ocasión, pero a pesar de todo destacaba. Se sentía tensa. En ese momento Martha se encendió un cigarrillo, dio una chupada profunda, con fruición y le pasó el cigarrillo a Traudel, que hizo otro tanto, como si fuese la cosa más natural del mundo.

Lily se quedó de piedra.

Nunca había visto fumar a una dama. Su padre y Franz se retiraban siempre al salón de fumadores o al despacho, nunca fumaban en presencia de las mujeres. Su padre incluso tenía una chaqueta que se ponía solo para ello porque a su madre no le gustaba el olor a tabaco. Lily era incapaz de imaginar cómo reaccionaría su padre si la sorprendía alguna vez fumando. Ver a esas mujeres jóvenes fumando sus cigarrillos, completamente relajadas y con absoluta naturalidad, la dejó pasmada. Avergonzada, procuró no mirarlas con tanto descaro.

De pronto las conversaciones cesaron, ya que Isabel hablaba tan a voces y exaltada con la mujer que tenía a su lado que las demás guardaron silencio y se volvieron hacia ella. Cuando se dio cuenta de que tenía nuevo público, alzó más la voz.

—Incluso en la escuela exigen obediencia absoluta. El salario es tan inferior que casi resulta ridículo y estamos subordinadas a los hombres en todo, es preciso que sean ellos los que den el visto bueno o dispongan. Los hombres llevan la voz cantante. En la escuela las cosas no son muy distintas que en casa. —Resopló ligeramente y sus ojos lanzaban chispas; se veía lo enfadada, incluso furiosa, que estaba.

Emma se inclinó hacia Lily y susurró:

—Isabel siempre se pone así. Es maestra auxiliar en el Johanneum y sus compañeros varones la hostigan. Casi siempre que nos vemos da el mismo discurso incendiario. Te acostumbrarás pronto. —Le guiñó un ojo con aire cómplice y un tanto impaciente. Pero Lily absorbía las palabras de Isabel como un sediento el agua. Nunca había oído algo así.

Isabel cogió aire con ganas.

—Señoritas, hace justo veinte años se presentó la primera solicitud en este país para que las mujeres pudieran estudiar Medicina. ¡Veinte años! Y aún no ha cambiado nada. ¡Nada en absoluto!

—Bueno, Isabel, eso no es del todo cierto... —objetó Martha casi temerosa. De modo que, al parecer, Lily no era la única a la que Isabel intimidaba con su celo.

—Por favor. —Isabel desechó la objeción de Martha con un movimiento impaciente de la mano—. Sí, se nos permite presentar solicitudes de admisión. Pero de qué nos sirve eso si no las aprueban, si se quedan atrapadas en las ruedas de la burocracia masculina. Deja que te haga una pregunta: ¿cuándo fue la última vez que aceptaron a una mujer en una escuela superior alemana?

Martha negó con la cabeza.

—En eso tienes razón, Isabel.

—Pues claro que tengo razón. En 1871, en Leipzig y Heidelberg, admitieron a mujeres en calidad de oyentes, pero los títulos no gozaron de reconocimiento. Entonces ¿debemos asumir los años de fatigas y gastos que entraña una carrera para que después no se nos permita trabajar, aunque hayamos obtenido el mismo título que los hombres? En Suiza dejan estudiar a las mujeres desde hace más de cuarenta y cinco años, y en Inglaterra desde hace quince. Es una vergüenza. Nuestro país se las da de moderno y avanzado. Nuestra emperatriz preside la Asociación Nacional de Mujeres, y ¿qué hace por ellas? Se ocupa de que podamos ser enfermeras, nada más.

Lily pegó un respingo asustada. Nunca había oído a nadie hablar mal en público de la emperatriz. Al parecer, Isabel se percató de su reacción porque de pronto se dirigió a Lily:

—¿Y tú? ¿En qué situación te encuentras? ¿Qué planes tienen para ti? —preguntó, y su mirada azul acero se clavó en ella. Lily notó que de golpe se ponía roja.

—A Lily le gustaría ser escritora. —Emma le puso una mano en el brazo para tranquilizarla y miró a las demás mujeres con orgullo. Lily fue consciente de que de golpe las otras la miraban con curiosidad, algunas asentían en señal de reconocimiento—. Pero, por desgracia, está prometida... —añadió Emma, y en la habitación se oyó un suspiro generalizado.

—¿Con tu consentimiento? —preguntó Isabel con dureza, y a Lily sintió que su mirada la atravesaba.

Se asustó.

—Pues... sí..., bueno. —¿Cómo iba a explicar que hasta no hacía mucho estar prometida con Henry le parecía la mayor de las dichas? ¿Que no podía estar más ilusionada? ¿Que hasta ese día no había oído hablar de los derechos de las mujeres?—. Me gusta mucho —admitió, y bajó la vista al suelo casi avergonzada.

Para su sorpresa Isabel asintió entristecida.

—¿No es terrible que nos obliguen a elegir entre el hombre al que amamos y nuestra libertad? —preguntó—. Lo siento por ti. Tal vez pronto cambien los tiempos y puedas hacer realidad tu sueño, a pesar de los pesares. Hay algunas mujeres que lo han conseguido, aunque solo un puñado pueda vivir de ello. Pero al menos escribir lo puedes hacer también en casa, ¿no es cierto?

Lily la miró sorprendida.

—Sí, es verdad —replicó.

Isabel le sonrió y Lily entendió que ni daba miedo ni era mala, tan solo estaba tremendamente enfadada.

La visita al «salón», como lo llamaba Emma, confundió a Lily más de lo que quería reconocer. Nunca había oído hablar así a mujeres como Martha e Isabel, nunca había hablado con tanta libertad como con Traudel, Elsa y Luise. Parecía perverso, prohibido y en cierto modo una

aventura hablar de cosas que —de eso estaba segura— en casa ni siquiera podía mencionar. Probó el vino tinto y cuando volvió a casa, Agnes la regañó porque apestaba a humo, aunque, claro estaba, ella no había tocado un cigarrillo. «Después hemos ido a un café y en la mesa de al lado fumaban como carreteros», balbució, y una vez más salió airosa.

—¿Tú qué opinas de la emancipación de la mujer? —preguntó sin rodeos a Henry cuando, días después, paseaba con él por la Jungfernstieg. El sol estaba alto en el cielo y Lily llevaba el parasol, que Henry sostenía galantemente. Ahora se detuvo perplejo.

—¿Cómo dices? —inquirió, echándose a reír.

—Que qué piensas de que haya cada vez más mujeres que creen que deberían tener más derechos. Como, por ejemplo, que el esposo no sea quien tome todas las decisiones —precisó.

Henry se paró a pensar un instante, frunciendo el ceño en el bello e inteligente rostro.

—Bien, opino que es algo que deberían tratar los esposos —contestó al cabo—. El esposo decide, así lo contempla la ley y así debe ser, pues es él quien posee conocimientos más amplios de la mayoría de las cosas. Pero un hombre inteligente consulta a su esposa en todo cuanto concierne a la casa y, sobre todo, a los hijos, y no emite un juicio hasta haber oído su opinión. Y yo diría que podré contarme entre esos esposos inteligentes, ¿no crees? —Sonrió, pero al ver que con esa respuesta Lily no se quedaba satisfecha, se detuvo y tomó su rostro entre ambas manos con delicadeza—: Lily, ¿por qué te rompes esa preciosa cabecita? Yo nunca te negaré nada a no ser que me vea en la obligación. ¿Por qué iba a hacerlo? Te amo, serás la madre de mis hijos, quiero que seas feliz. Veré en tus ojos lo que deseas, te lo permitiré todo.

Lily se zafó y continuó andando.

—Pero es que no se trata de eso. Eres tú quien decide —añadió enojada—. Sobre mí y después sobre nuestros hijos.

—Sí, pero así son las cosas. —Henry la miró con cara de asombro—. Esa es la esencia del matrimonio. Difícilmente puede ser al revés, ¿no te parece? No sabéis cómo funciona el mundo y, por consiguiente, no podéis cuidar de vosotras mismas. ¿Por qué si no crees que es así nuestra ley orgánica?

La pilló tan de sorpresa la vehemencia de su contradicción que durante unos instantes caminó junto a él en silencio. La expresión de su rostro debió de desconcertar a Henry, ya que de pronto la estrechó entre sus brazos, miró con disimulo a su alrededor y la besó deprisa en la boca. Ella se puso rígida en el acto, pero al parecer él no se percató. Le pasó los pulgares por las mejillas.

—Ay, mi pequeña Lily, estás acostumbrada a que tu padre y tu hermano se ocupen de todo y ahora se supone que yo ocuparé su lugar, y algunas cosas cambiarán. Te preocupa que quizá guarde oscuros secretos, que pueda tener mal genio o esté malhumorado por la mañana, que te exija demasiado. Pero, Lily, tú me conoces, sabes quién soy. Cuando vivamos en nuestra casa serás la mujer más feliz de Hamburgo.

Una vez más ella no dijo nada. Siguieron paseando en silencio por la ribera. A lo lejos se veía al barquero que cuidaba de los cisnes y sus eternos compañeros blancos, que daban vueltas

fielmente alrededor de la barquita. «En realidad no te conozco», pensó, pero no lo dijo.

—Es solo que... últimamente analizamos mucho los derechos de las mujeres, en particular los avances que se están produciendo en Inglaterra. En el seminario —se apresuró a añadir cuando vio que él fruncía el entrecejo—. Y debo reconocer que muchos de los planteamientos que defienden me convencen. —Se cogió de su brazo deprisa—. No me malinterpretes, no pongo en duda que me vayas a tratar siempre como es debido, Henry. Es solo que a veces pienso... que no es justo que el hombre pueda hacer tantas cosas y la mujer tan pocas. —Temía que ahora fuera a enfadarse.

Él se paró a pensar un instante.

—Bien, comprendo tu preocupación —aseguró al fin, y ella exhaló un suspiro de alivio.

—¿De veras? —inquirió.

Él le sonrió.

—Sin duda, querida. Tienes razón: en muchas cuestiones el hombre quizá tenga demasiado poder para disponer a su antojo y la mujer demasiado poco, en particular cuando se trata de intereses de los que él no sabe nada. Pero, como te he dicho: en un buen matrimonio esto no supone un problema, ya que el diálogo lo impide. Un buen marido otorga a su esposa los derechos que la ley le niega.

En lugar de contestar, Lily esbozó una sonrisa forzada: no había entendido nada de lo que quería decir. De pronto se notaba cansada y sintió que empezaba a dolerle la cabeza.

—Tengo calor, ¿damos la vuelta y tomamos una limonada? —propuso.

Henry asintió.

—Te llevaré a la villa, pero después debo irme. Esta tarde deseo asistir a una disertación importante.

Henry esperó a que Lily entrara en casa y después aporreó con el puño la pared del carruaje.

—¡Andando! —exclamó.

Y solo cuando bajaba por el camino de acceso y entraba en Bellevue fue consciente de lo furioso que estaba. Valiente pavitonta. ¿Qué se había creído, que lo mangonearía? ¿Que ellos dos tendrían los mismos derechos? No sabía de dónde había sacado esas ideas, pero iba a tener que hablar seriamente con su padre. ¿Cómo se le ocurrían semejantes extravagancias? Seguro que la culpa la tenía esa amiga suya de la que a veces le hablaba, la médica. La sola idea hizo que a su rostro asomara una sonrisa despectiva. Sí, tenía que ser ella. A fin de cuentas era inglesa. ¿Dónde si no iba a escuchar Lily la palabrería de las sufragistas? Negó con la cabeza y se dio cuenta de que la furia le había hecho apretar los dientes. Daba lo mismo. Se casaría con ella pasara lo que pasase y, en cuanto fuese su mujer, le quitaría esas ideas de la cabeza. Pero antes debía fingir ser paciente y comprensivo. Ojalá pudiera ejercer ya. Solo cuando él fuera médico su padre volvería a aflojar el monedero. Unir ambas familias era de suma importancia.

En el curso de los últimos años el negocio de los Von Cappeln había sufrido algunos duros reveses. Se les había hundido un barco y el seguro no lo cubría por completo, y luego se les había incendiado un almacén. A ello había que añadir sus deudas personales. Había tenido mala suerte en el juego, las deudas se habían ido acumulando más deprisa de lo que le habría gustado. Como era natural, a su familia le resultaría sencillo saldarlas, pero no podía volver a pedir ayuda a su padre. Y la dote de Lily sería considerable. También estaba el pisito en la ciudad, del que su padre no sabía nada.

Si se unían con una de las mayores compañías navieras de Hamburgo, las ventajas serían indescriptibles. Solo con su salario de médico no podría mantener el estilo de vida que llevaba, dependía del respaldo de su familia. Además, Lily era preciosa, le gustaban su pelo rojo y su tez blanca. Estaba enamorado de ella, o al menos eso creía. Podría tener los pechos más abundantes para su gusto, pero, en fin, no se podía poseer todo. En cambio, bajo las numerosas capas de sus vestidos intuía un trasero de bonitas formas, si bien nadie podía asegurarlo, pues en esa época el corte de la ropa tenía por único objetivo engañar a un hombre. También daba lo mismo lo que se ocultara bajo las faldas: si no le gustaba, no tenía por qué verlo a menudo. Pero Lily era presentable, y mucho, y eso era lo que él necesitaba. La quería por esposa, a ella y solo a ella. Claro que era rebelde, había que admitirlo. Siempre le había gustado que pensara por sí misma, que no fuera tan engreída y superficial como la mayoría de las mujeres, que no eran mejores que muñequitas. Bueno, en su justa medida, desde luego. En ese preciso instante tuvo el sombrío presentimiento de que Lily le haría la vida difícil, y negó con la cabeza malhumorado.

Obedeciendo a un impulso, volvió a golpear el carruaje.

—Herbert, a St. Pauli. —Una disertación sobre anestesia era lo que menos falta le hacía en ese momento.

Media hora después llamó a la puerta de una casita de la ciudad y, cuando Elenor le abrió y lo miró sorprendida, Henry todavía no se había calmado del todo. Se abalanzó sobre ella, la puso contra la pared y Elenor profirió un gemido de sorpresa en cuanto él deslizó la mano bajo sus faldas.

—Hola, gatita —musitó, la boca contra su cabello—. ¿Me has echado de menos?

A modo de respuesta, ella lo besó con tanta pasión que le mordió el labio.

Henry hizo una mueca de dolor y después sonrió.

—Fierecilla descarada —dijo, y la cogió en brazos, subió la escalera y la llevó a la habitación. Las mujeres solo tenían un sitio, pensó cuando la arrojó sobre la cama: debajo de él.

La luna se alzaba grande y luminosa tras la torre del ayuntamiento, cuya aguja parecía dividirla en dos mitades. En el horizonte quedaba el último jirón de un velo rosa, pero en la ciudad la oscuridad ya se había escondido en las callejuelas. El carruaje traqueteaba sobre el asfalto y los grandes edificios del centro de la ciudad devolvían el eco, de manera que daba la impresión de

que por delante de ellos iba una yeguada entera. Lily se echó hacia delante y le enderezó el sombrero a Michel.

—Sabes que no te lo puedes quitar pase lo que pase, ¿verdad? —le recordó por segunda vez, y su hermano pequeño asintió con gravedad.

Después se puso a mirar de nuevo por la ventanilla con los ojos muy abiertos, parpadeando, y se agarró con una mano a la portezuela. Verlo le partía el corazón a Lily. A Michel casi no lo dejaban salir de casa. De día no había vuelto a la ciudad desde que era muy pequeño. Y en esas ocasiones iba en el cochecito cubierto con un velo para que supuestamente no le diese el sol, pero en realidad era para impedir ver el interior del cochecito. Cuando era pequeño apenas se le notaba aún la enfermedad; sin embargo, fue empeorando año tras año y el niño cada vez pasaba más tiempo encerrado en casa. Por ese motivo, durante las excursiones nocturnas Michel siempre lo observaba todo con reverencia, miraba las casas y las personas en las calles como si las viese por primera vez.

Una vez, en clase, Lily dibujó el ayuntamiento y por la tarde, cuando Michel lo vio, lo señaló con nerviosismo. «Mal, *Illy*. Negra. Casa negra.»

Entonces ella comprendió que en la cabeza de su hermano la ciudad solo existía en la oscuridad. Tuvo que mirar hacia otro lado para que no le viese las lágrimas. Sylta también hubo de hacer un gran esfuerzo para mantener la sonrisa, y Lily vio que apretaba las manos.

Y eso que debía estar agradecida por que Michel siguiera con ella. Los médicos, que previeron cómo se desarrollaría la enfermedad, quisieron internarlo en una casa de locos desde el primer día. Los niños como Michel no se quedaban con las familias, y menos con las que gozaban de prestigio. Las familias se deshacían de la mayoría de ellos nada más nacer. A veces se veía a uno como él en el puerto o en los Gängeviertel, o eso al menos decía Franz, pero desde luego no en una buena casa. Además, los que se veían en las calles trabajaban de traperos o limpiando canales, y hurgaban todos los días en las fangosas y pestilentes aguas residuales en busca de desperdicios porque no les daban otro trabajo. La gente los excluía y los despreciaba.

Lily no lo entendía. Su hermano pequeño era la persona más alegre que conocía. Tenía sentimientos, como todo el mundo, y también le daba miedo la oscuridad, le encantaban los bollitos de hojaldre, la música de piano y los cuentos de miedo. ¿Debían esconderlo solo porque era distinto y su pensamiento no era ágil? Sabía que a los desconocidos les parecía raro, incluso atemorizador. Tenía la parte posterior de la cabeza y la frente extrañamente planas, la nariz muy pequeña y unos ojillos achinados que siempre lo hacían parecer un poco cansado. A veces Lily observaba a Michel e intentaba imaginar el efecto que causaba en otras personas, y no podía evitar reconocer que debía de asustar si uno no estaba acostumbrado a verlo; su respiración ruidosa, la baba que le corría a menudo por la barbilla y la voz bronca eran una mezcla inusitada. A ella todo en él le parecía encantador, no se cansaba de mirarlo. Tenía el pelo de un rojo encendido, del mismo color que el suyo, y los ojos más bonitos del mundo. Por la noche, cuando se acurrucaba contra ella cuando le leía o bailaban por el salón mientras Sylta tocaba el piano,

Lily era feliz. Para su madre y para ella Michel era el mayor de los tesoros. Sabía que su padre también lo quería mucho pero a veces le daba la sensación de que le costaba admitirlo, como si se avergonzara de querer a su hijo deforme, puesto que la sociedad le dictaba que no podía abrigar ese sentimiento. Con frecuencia se mostraba severo con Michel. Lily creía que en el fondo se sentía culpable.

Una vez, cuando buscaba un diccionario enciclopédico en la biblioteca para consultar una palabra, encontró algo escondido en el estante, detrás de las enciclopedias: libros de medicina que trataban de la enfermedad que padecía Michel. Muerta de curiosidad, los sacó y los leyó con creciente fascinación. Le resultó especialmente interesante la disertación de un médico llamado John Langdon Down. Al parecer investigaba la enfermedad, que él llamaba «idiocia mongoloide», y en 1866 había publicado un estudio en el que la describía como hereditaria.

Eran muchas las cosas que Lily no había entendido en el artículo, pero desde entonces había algo que le daba quebraderos de cabeza: si era una enfermedad hereditaria, ¿por qué no la tenían Franz y ella? ¿Por qué no se manifestaba en sus padres o sus abuelos? Y ¿por qué no podían mostrar en público a Michel, si a fin de cuentas era una enfermedad como cualquier otra? ¿Si su hermano no podía evitar tener un aspecto distinto y pensar de manera distinta a otros niños? Tenía claro que detrás de todo aquello se hallaba, sobre todo, Franz.

Aunque muchas personas sabían que en la familia había otro hijo, hacía años que habían empezado a contar que ya no vivía con ellos, sino en una institución. Los empleados se habían visto obligados a firmar una declaración en la que juraban guardar silencio y no revelar a nadie nada sobre su presencia. Sin embargo, la mayoría de los criados ya vivían en la casa cuando nació Michel y le profesaban un gran afecto, como no podía ser de otra manera. Todo el que lo conocía lo quería. Incluso Franz tenía un lado tierno con su hermano, aunque se empeñara en ocultarlo. Temía lo que pasaría si alguien llegara a saber la enfermedad que padecía Michel. Ese era un motivo habitual de discusión.

En cuanto a Henry, aunque sabía que Lily tenía un hermano pequeño, las pocas veces que había estado invitado en casa su familia había escondido a Michel. Henry creía que Michel vivía con unos parientes junto al mar por motivos de salud.

Siempre que Lily objetaba y pedía que no siguieran ocultando a Michel, Franz se ponía hecho una furia: «¿Cómo crees que hablarían de ti en la escuela? ¿Quieres ser conocida como la hermana del engendro? —preguntaba—. Se considera una enfermedad hereditaria, eso significa que la llevamos en la sangre. ¿Crees que Henry se casaría contigo si lo supiera? ¿Crees que correría el riesgo de que sus hijos nacieran idiotas deformes? Es médico, sabe cuáles son los riesgos».

Cuando tenía uno de esos arrebatos, la mayoría de las veces Franz se arrepentía acto seguido e intentaba explicarse: «Tú sabes que quiero a Michel —aducía—, pero es lo que es. Y debemos protegerlo». En esas ocasiones siempre hablaba de un espectáculo que había visto en Inglaterra: «Había una niña igual que él. Y la exhibían, Lily. Había engendros, idiotas, personas procedentes

de África... Era espantoso. Los paseaban como si fuesen animales, como si fuesen monos. Michel es un niño adorable, pero nadie lo vería así. ¿Qué crees que pensaría la gente? Le tienen miedo, no se quieren contagiar. Y no se les puede reprochar, ¿no te parece?».

Lo terrible era que el estado de Michel empeoraba. El doctor Selzer, el médico de la familia y viejo amigo de su padre, les había dicho que esa era una parte de la enfermedad. Michel sufría a menudo atroces ataques espasmódicos en los que caía al suelo temblando y su cuerpo entero parecía luchar contra una fuerza invisible. Era muy posible que no sobreviviese a uno de esos ataques. De todas formas Michel no se haría mayor, su pequeño corazón era demasiado débil. Por ese motivo Lily se había propuesto hacer que su corta vida fuese lo mejor posible.

Puesto que la iglesia de St. Michaelis se llamaba como él, su hermano había llegado a sentir una profunda fascinación por el templo. Desde hacía años Lily y él iban una vez a la semana a la ciudad por la noche para contemplar juntos esa iglesia a la que los hamburgueses llamaban coloquialmente Michel. No había sido fácil que sus padres, y sobre todo Franz, se lo permitieran, pero Michel les tenía tanto apego a esas excursiones que nadie tenía el valor de prohibírselas. Sin embargo, debían atenerse a estrictas normas: solo les permitían salir cuando caía la oscuridad. El carruaje siempre los dejaba en un rincón solitario, cuando no había nadie cerca, y después los recogía en otro. Los dos se disfrazaban, se cubrían con velo y sombrero para que nadie los reconociese.

Michel estaba la semana entera esperando con impaciencia la excursión. Desde hacía algún tiempo también pasaban por delante de las obras del nuevo distrito de almacenes, que despertaban su fascinación más que cualquier otra cosa. Allí se trabajaba día y noche, y Toni siempre hacía que los caballos fuesen al paso, para que Michel pudiera mirar por la ventanilla. Bajarse no podían, la zona era demasiado peligrosa por la noche, había demasiada gente. Lily deseaba que Michel pudiera ver aquello de día alguna vez. Los numerosos coches tirados por caballos, los miles de obreros, los barcos. Pero eso no sucedería nunca. Era incapaz de imaginar un mundo en el que alguien como su hermano paseara por la ciudad a plena luz del día sin que la gente lo mirase boquiabierta, lo insultara o quizá incluso lo hiciera detener.

Cruzaron el canal Dovenfleet y Michel cambió de lado en el carruaje para poder ver el Elba. Cuando giraron a la derecha y entraron en Rödingsmarkt, donde hacía unas semanas habían empezado a cegar el canal para tender las vías del ferrocarril elevado, su hermano suspiró decepcionado. En la calle Herrengraben Toni se metió en la Grosser Bäckergang y detuvo a los caballos despacio.

—Ya hemos llegado, vamos, deprisa —instó con alegría Lily a su hermano.

Bajó primero ella, y miró a su alrededor: no había muchas personas, podían ponerse en marcha tranquilamente. Cogió de la mano a Michel, estaba húmeda de la emoción. El niño se movía con inquietud. A una señal de Lily, Toni continuó y dio la vuelta a la esquina.

Cruzaron la plaza Schaarmarkt cogidos de la mano, entraron en la calle Elbstrasse y se dirigieron hacia la iglesia. Cuanto más cerca estaban, tanto más nervioso se ponía su hermano.

Habían dado la vuelta a la iglesia una vez, admirando debidamente el alto campanario, cuando sucedió. Lily sintió de pronto que la mano de Michel se tensaba en la suya.

Después empezó a temblar.

«¡Oh, no! —pensó Lily—. Por favor, aquí no, ahora no.»

El niño cayó al suelo, el cuerpecillo encabritándose, mientras pugnaba por respirar, crispándose descontroladamente. Lily se arrodilló a su lado e intentó inmovilizarlo. El ataque era tan violento que durante un instante pensó que Michel moriría en el sitio. Tenía los ojos en blanco, babeaba. Lily cogió deprisa su bolso y le introdujo el asa entre los dientes para que no se tragase su propia lengua. Mientras tanto le hablaba desesperada.

—Cielo santo, ¿qué le pasa al niño? —Un hombre con un traje de dos piezas y sombrero de copa se arrodilló de pronto a su lado.

Al ver a Michel se asustó un poco pero mantuvo la compostura. Una mujer se acercó, vestía un elegante vestido con rosas y tiraba de la correa de un perrillo.

—¡Dios mío! —exclamó, tapándose la boca con la mano—. ¿Qué le pasa en la cara? —preguntó, mirando a Michel horrorizada.

—Tiene una enfermedad —se apresuró a aclarar Lily. De todas formas era demasiado tarde, ya lo habían visto—. No es contagiosa, no tiene de qué preocuparse.

—Debemos llamar a un médico —sugirió la mujer.

Lily negó con la cabeza.

—Dentro de nada estará tranquilo, pero tenemos que ir a casa —repuso, buscando con desesperación un coche de punto. No podían llamar más la atención.

—¿Dónde vive usted? —quiso saber el hombre. Lily seguía luchando para sujetar a Michel, y al ver lo que le costaba él la ayudó.

—En Bellevue —contestó Lily tras vacilar un momento.

Él la miró sorprendido y escudriñó un instante el caro vestido que llevaba. Después sus ojos buscaron a la mujer. El hombre era un poco más joven que su padre y tenía un rostro amable. Dadas las circunstancias, Lily solo podía confiar en que no cometiese un error de juicio.

—Nuestro carruaje está a la vuelta de la esquina, solo queríamos entrar un segundo en la iglesia para rezar por mi madre... —Dejó de hablar—. Sarah, ve deprisa a decirle que venga.

—¿Crees que es buena idea? —preguntó la mujer, pero al bajar la vista y ver al convulso Michel asintió—. Está bien —contestó, y salió corriendo.

Poco después el ataque cesó y pudieron meter a Michel en el carruaje. Tenía la cabeza caída, sin fuerzas, se había sumido en una especie de sueño ligero, como le pasaba siempre después de sufrir esos ataques. Lo dejaban exhausto; tendría que pasarse los siguientes días en la cama. Lily sintió alivio cuando las portezuelas del carruaje se cerraron, pero cuanto más cerca estaban de su casa, más miedo tenía ella. ¿Qué dirían sus padres? Solo esperaba que el matrimonio no conociera a su familia. Quizá ni siquiera fuesen de la ciudad y no le contaran a nadie lo sucedido.

Michel descansaba en el regazo de Lily. Sentado frente a ellos, el matrimonio los observaba. Lily le pasaba la mano por el pelo a su hermano con dulzura.

—¿Desde cuándo le pasa? —quiso saber el hombre.

Desde que estaban en el carruaje la mujer no había dicho ni palabra. Pegada a un rincón, con el perro apretado contra el pecho, miraba a Michel como si fuese un animal rabioso que podía abalanzarse hacia ella en cualquier momento.

—Desde que nació —respondió Lily en voz baja.

—Y ¿sufre esos ataques a menudo?

Ella asintió.

—Cada vez más. Pero de la última vez ya hace algún tiempo.

—Qué mala suerte que haya pasado precisamente en la ciudad.

—Ya —convino Lily.

Muy mala suerte.

Mientras subían a la villa por el camino de acceso, Lily vio la cara de sorpresa que ponía la mujer. Ya en la entrada, Agnes salió a su encuentro. Lanzó un grito al ver a Michel.

—Virgen santísima, ¿qué ha pasado? —Entró deprisa y Lily la oyó gritar en el vestíbulo.

Permaneció sentada, esperando, hasta que Franz y su padre salieron para hacerse cargo del niño.

Franz se echó al hombro a su hermano pequeño con cuidado y lo llevó dentro. Michel tenía los ojos cerrados y le salía baba por la boca.

Su padre indicó con un movimiento de cabeza a Lily que entrara. La expresión de su rostro era impenetrable. Lily dio las gracias deprisa al matrimonio y corrió con los demás. En el pasillo se detuvo para mirar por la ventanita que había junto a la puerta. Su padre estaba hablando con ellos, la mujer asentía compasiva, el hombre lo miraba con gravedad. En ese momento supo que no le permitirían volver a salir a la calle con Michel.

9

Cuando Lily llegó a la Schweinemarkt, Jo ya la estaba esperando apoyado en una farola, con la gorra bien calada. En un primer momento no lo distinguió entre la multitud, pero cuando lo descubrió y estuvo más cerca vio que bajo la sombra de la visera sus ojos se clavaban en ella. Sintió un escalofrío. Parecía otro en esa postura, con un cigarrillo en la mano y una chaqueta oscura. A la viva luz de esa mañana normal y corriente en Hamburgo, Lily no podía creer que hubiera besado a aquel hombre.

«No puede volver a pasar», pensó, como ya había pensado un centenar de veces esos últimos días. Se toqueteó el sombrero con nerviosismo, pero todas sus cavilaciones, todas las palabras que quería decir, todos los buenos propósitos se esfumaron como la llama de una vela apagada de un soplo cuando se detuvo delante de Jo y le vio la cara. Quería que volviera a besarla. Que la agarrase y la estrechase contra él, como aquella noche. A ser posible en ese mismo momento y lugar, en la parada, rodeados de gente.

Sin embargo lo notó extrañamente reservado; se limitó a saludarla con un movimiento de cabeza y la escudriñó.

—El negro habría sido demasiado llamativo —se apresuró a explicar Lily. Sintió que se ruborizaba y se enfadó—. Pero he traído un pañuelo para ponérmelo luego.

¿Por qué tenía que dirigirle siempre esas miradas tan penetrantes? Y ¿por qué siempre sentía ella la necesidad de justificarse? Se había decidido por el vestido marrón más sencillo que tenía, el que solía ponerse entre el desayuno y el almuerzo cuando se quedaba en su habitación.

—Tampoco lo espera nadie. A fin de cuentas, no es usted de la familia —adujo él, y miró la calle como si estuviese impaciente por que llegase el tranvía de una vez.

Lily se estremeció al ver que la trataba de usted y lo miró con cara de susto, pero él rehuyó su mirada. Lily se mordió los labios. Por lo visto él quería hacer como si ese beso no hubiera existido. Ella creía que se alegraría de volver a verla, igual que no veía el momento, aunque insistiera en convencerse de lo contrario. Pero probablemente se hubiese equivocado por completo. Jo parecía desabrido y malhumorado, era evidente que su presencia le resultaba molesta. Bien, no había sido ella la que lo había obligado a acompañarla. Apretó la mandíbula y permaneció callada a su lado. De la decepción que le causó su actitud se le hizo un nudo en la garganta. Seguro que él besaba a mujeres todas las noches y ella solo era una de tantas; al fin y al cabo, Lily había visto en la taberna con sus propios ojos cómo aquella tintorera le ponía la mano

en la pierna. Qué tonta había sido al pensar que ese beso pudiera significar algo. Seguro que él ni siquiera lo recordaba.

Ninguno dijo nada hasta que el tranvía llegó, la gente agolpándose para subir. El vehículo iba lleno, con apreturas. Jo se abrió paso a empujones y ella lo siguió dando traspiés.

Jo se apoyó en una de las ventanillas y ella se detuvo delante de él, casi sin aliento. Cuando el tranvía arrancó dando una sacudida, Lily perdió el equilibrio y chocó contra su pecho. Él la cogió por el brazo para sostenerla.

—¿Está bien? —preguntó, y ella asintió abochornada—. Agárrese bien a mí —ordenó con sequedad. Él se había sujetado a un asidero, pero Lily no llegaba.

—No, gracias —rehusó.

Si él quería ser desagradable y distante, ella también podía serlo. Lily no entendía lo que estaba pasando, creía que se llevaban bien.

—Volverá a perder el equilibrio. —Jo puso los ojos en blanco.

—No lo perderé —objetó ella, y acto seguido se dio con fuerza contra él cuando el tranvía se detuvo y gritó del susto.

Jo suspiró y la pegó a la ventana; Lily se apoyó en ella con las mejillas encendidas. Aunque ahora contaba con un sostén, él estaba tan cerca que solo tenía que estirar mínimamente los dedos para rozarle la camisa. Tanta proximidad le desagradaba, no sabía adónde mirar, pero tampoco podía volverse para darle la espalda, de manera que clavó la vista en el cuello de su camisa y se agarró con ambas manos al asidero de la ventanilla que tenía detrás.

—¿Hay algo interesante que ver? —preguntó Jo, y cuando ella levantó la vista supo que se estaba burlando de ella. Se notaba que era consciente de lo incómoda que le resultaba la situación.

—No, pero no quería seguir viendo su cara desabrida —espetó Lily.

Él rompió a reír sorprendido.

—¿Desabrida?

—Eso he dicho —repuso—. ¿Me puede decir si he hecho algo que explique el humor de perros que tiene usted hoy? —Esta vez lo dijo entre dientes porque algunas personas ya se habían vuelto para mirarlos.

—No estoy de mal humor —negó extrañado.

—Vaya si lo está —replicó Lily con mordacidad.

—Así que ahora sabe leer el pensamiento.

—«Sabes» —corrigió Lily.

—¿Cómo? —Jo enarcó las cejas perplejo.

—«Sabes.» Me llamo Lily. Por si lo ha olvidado, habíamos decidido tutearnos.

En un primer momento él no dijo nada, se limitó a dirigirle nuevamente una mirada penetrante. Sus ojos le recorrieron el rostro y se detuvieron un instante en su boca.

—No lo he olvidado —contestó en voz baja. El tranvía arrancó y Lily extendió las manos,

asustada, para impedir que Jo se le cayera encima. No obstante Jo se agarró al asidero y ella bajó las manos deprisa—. Es solo que no sabía si usted preferiría olvidarlo —añadió, y su mirada flaqueó un instante.

Lily lo miró extrañada. ¿Cómo podía pensar tal cosa?

—¡Claro que no! —afirmó.

Durante un segundo a los ojos de Jo asomó una expresión de asombro. Abrió la boca para decir algo, pero de pronto el tranvía dio tal sacudida que las personas que había allí chillaron atemorizadas y perdieron el equilibrio. Jo chocó con fuerza con ella, inmovilizándola contra el cristal con todo el peso de su cuerpo, y Lily sintió su aliento en el cuello un segundo.

—¡Uy! —exclamó ella cuando de pronto notó las manos de Jo en la cadera.

Este se irguió y se separó deprisa de Lily.

—Un viajecito movido —comentó Jo enderezándose la gorra—. ¿Sigue de una pieza?

Lily asintió. Todavía sentía la presión de sus manos en el cuerpo y notó que las mejillas volvían a encendérsele. ¡Parecía mentira que siempre tuviera que ruborizarse! Ese día él olía mejor que la última vez, a jabón y un poco a leña.

Le gustaba ese olor.

—Sí, pero será mejor que se agarre bien a mí —añadió Lily con seriedad, y él resopló risueño.

—«Te agarres» —precisó, y tampoco ella pudo evitar sonreír.

Hicieron el resto del trayecto en silencio. Lily no sabía de qué hablar y a él tampoco parecía ocurrírsele nada. Por fortuna el silencio ya no era tan opresivo como antes y ella vio con el rabillo del ojo que su rostro se había relajado. De vez en cuando sus miradas coincidían. Lily sentía su calor, el cuerpo muy cerca del suyo, las sacudidas del tranvía los acercaban a cada rato, sus manos o sus brazos se rozaban, pero ahora a Lily ya no le resultaba desagradable.

Ahora hacía que le ardiese la piel.

La mujer que Lily tenía al lado los miraba frunciendo la boca. Se había dado perfecta cuenta de la tensión que había entre ellos. Sin embargo, no hacían nada indecoroso, de manera que se contentaba con chascar la lengua y atravesarlos con la mirada, cosa que los hacía sonreír un poco más a ambos. Pero cuando se acercaban al cementerio Lily recuperó la seriedad. De pronto volvía a estar ahí, la opresión en el estómago que sentía siempre que pensaba en Paul Herder. Tenía miedo de lo que le esperaba. ¿Sabía la gente por qué había muerto? ¿Tolerarían su presencia?

Nada más entrar en la capillita, todo el mundo empezó a cuchichear. Se volvieron cabezas, se estiraron cuellos. Lily oyó que alguien profería un sonido de desaprobación. Incluso con su vestido más sencillo destacaba. A alguien como ella siempre se le notaba su extracción, ya solo su porte y su peinado la distinguían de los demás. ¿O es que la gente sabía quién era y que si se celebraba ese entierro era solo por su culpa? Sintió un hormigueo.

Cuando iban al altar por el pasillo central para persignarse, Alma la vio y la miró con

expresión impenetrable. Sus miradas se encontraron un instante. Lily suspiró aliviada cuando, al cabo de unos segundos, la mujer volvió la vista al frente. De manera que no echaría a Lily.

Escogieron un banco atrás del todo. Jo carraspeó y se quitó la gorra. La tela del vestido de Lily le tocó la pierna cuando se sentaron. A ella le habría gustado cogerle la mano, pero no se atrevió.

Mientras el párroco hablaba, Lily prestó gran atención a sus palabras. Confiaba en que tuviese razón con lo que decía: que ahora Paul estaba en el cielo, que allí se encontraba a gusto y esperaba a su familia. Con todo, no pudo evitar preguntarse por qué Dios había permitido que tuviera que sufrir así solo para recompensarlo después en el más allá. «No tiene sentido», pensó, y se avergonzó de inmediato por abrigar ideas tan blasfemas.

Mientras el párroco hablaba, los pensamientos de Jo deambulaban. La religión no significaba nada para él desde que su padre había muerto y había comprendido que Dios no existía. O quizá existiera, pero en ese caso a Jo no le hacía mucha gracia. «No hay ningún motivo para adorarlo», pensaba siempre. Miró de reojo a Lily: la vista clavada en el púlpito, la cabeza ligeramente ladeada. Sobre la oreja tenía un tirabuzón pelirrojo y, con la mortecina luz, sus pecas resaltaban aún más que antes. Tal vez notase que la estaba mirando porque lo miró a su vez y arqueó las cejas con cara de interrogación. Jo se apresuró a desviar la mirada.

Hasta entonces no se había dado cuenta de lo guapa que era. No era una belleza, no era una mujer que hiciese que en la calle uno se volviera en el acto para mirarla. Su atractivo residía en los detalles, en el suave sesgo de los ojos y la boquita de piñón roja.

Ese día el aroma de su perfume era todavía más intenso. Ya se había percatado en el tranvía...

Lily lo había sorprendido, y mucho. Jo estaba seguro de que no iría, se quedó de piedra cuando vislumbró su melena pelirroja entre el gentío. Tenía agallas, había que reconocerlo. Solo después de que la besara y ella desapareciese Jo fue consciente de que se había comportado como un idiota. Lo había arriesgado todo por un beso ebrio en un callejón oscuro. Si alguien los hubiese visto o Lily lo hubiera traicionado... Más valía no pensarlo. Habría podido perderlo todo.

No podía volver a pasar.

Estaba completamente seguro de que ella había llegado a la misma conclusión. Después de todo estaba prometida y Jo era incapaz de imaginarla teniendo amoríos con trabajadores del puerto. Además, él la había besado primero.

Pero ella le había devuelto el beso.

Mientras portaban el sencillo ataúd de madera por el cementerio se mantuvieron a cierta distancia de la pequeña comitiva. No había asistido mucha gente: los padres de Paul, dos ancianos encorvados consumidos por la pena, y algunos compañeros y amigos. Un trabajador sencillo no trababa muchas amistades. Con turnos de trece horas en el puerto no se tenía tiempo

para esa clase de cosas, los compañeros eran los amigos y solo unos pocos se podían tomar el día libre para asistir a un entierro, ya que faltar a una jornada de trabajo suponía un día sin salario.

Lily no pudo evitar observar lo mísero que era el rincón del cementerio en el que enterraron a Paul. La comitiva dejó atrás centenares de soberbios mausoleos que rivalizaban en ornamentos y acabado. Con todo, la cantería pronto dio paso a sencillas cruces de madera, las flores se volvieron más escasas y la distancia entre las tumbas se redujo. «La pobreza no se detiene ni siquiera ante la muerte», pensó Lily.

Hacía calor, la luz del sol se colaba entre los árboles y dibujaba formas en la ropa negra de los allí presentes, los pájaros cantaban y conferían a la estampa un engañoso aire de serenidad. Aun así, cuando el ataúd se hundió en la tierra de la fosa común Alma profirió un grito angustioso. Durante la misa había sufrido numerosos ataques de tos convulsa y ahora no paraba de doblarse sobre sí misma. Rompió a llorar y toser de tal forma que apenas podía respirar. Lily se tapó la boca con la mano. Las lágrimas le corrían por las mejillas, no se pudo contener. Cuando la viuda cayó de rodillas y comenzó a sollozar con desenfreno mientras Hein y Marie se abrazaban desconsoladamente, Lily sintió una aflicción como la que no había sentido nunca en su vida. Ella era la única culpable del sufrimiento de la familia. De pronto notó la mano caliente de Jo en la nuca.

Más tarde, cuando este se puso en fila para expresar sus condolencias, Lily se quedó donde estaba, sin saber qué hacer.

—Quizá sea mejor que no... —empezó.

—Bobadas, claro que tienes que ir. ¿Qué impresión causará que hayas venido y no hables con ella? —objetó Jo. Lily asintió con el rostro pálido y se colocó a su lado.

Alma recibió en silencio y con una mirada fría el balbuciente pésame, pero cuando Lily le tendió la mano la estrechó.

Jo abrazó a Alma.

—Si os puedo ayudar de alguna manera... —se ofreció, pero ella negó con la cabeza.

—Ya hemos vendido todo lo que hemos podido. El entierro me ha costado el poco dinero que me quedaba. Las cuatro cosas que tenemos caben en un carro.

—Aun así —insistió Jo—. ¿Cuándo os mudáis?

—El domingo —contestó Alma, y le apretó el brazo—. Ya has hecho más que cualquier otro —afirmó sin fuerzas—. Déjalo, Jo. A nosotros ya solo nos puede ayudar el Señor.

Jo asintió.

—Yo no confiaría mucho en ello —musitó con un hilo de voz que solo lo oyó Lily. Esta lo miró con cara de sorpresa—. Iré a veros pronto —prometió a Alma.

Lily escuchó sin decir nada. Pensaba febrilmente. Cuando se disponían a irse, cogió a Jo del brazo:

—Tengo cosas que le puedo dar a la familia.

Jo la miró asombrado.

—¿Ah, sí? ¿Qué clase de cosas?

Ella se encogió de hombros.

—Pues cosas. Cosas que la gente necesita.

—Bien, pues dámelas a mí y yo se las llevo.

Ella negó con la cabeza.

—Yo también quiero ir.

Se sentía más responsable que nunca de aquella familia. Además, hubo de admitir que a esas alturas aprovechaba cada oportunidad que se presentaba para volver a ver a Jo. Aunque para ello tuviera que seguirlo hasta una de las zonas más sucias y de peor fama de Hamburgo.

—Los domingos siempre salgo a pasear después de comer, me puedo escabullir —añadió.

Jo le dirigió una mirada que Lily no supo interpretar y ella sintió de nuevo que su cercanía hacía estremecer cada fibra de su cuerpo. «¿Habrá alguna palabra que describa esta sensación?», se preguntó.

Pero entonces él negó con la cabeza, un gesto casi imperceptible.

—Esto no acabará bien —suspiró, pero lo dijo como alguien que aunque veía venir el desastre, no se opondría a él.

—Hace ya cuarenta años, Louise Otto-Peters reivindicó el derecho al voto de la mujer. Cuarenta años. Y ¿qué pasó? Ni siquiera tenemos derechos civiles. —Isabel dejó la copa que tenía con tanta fuerza que el líquido salpicó la mesa entera. Enfadada, limpió las gotas con la mano.

El pequeño círculo de mujeres estaba en el piso de Martha, como de costumbre, e Isabel tenía la palabra.

—¡Pero podemos adquirirlos! —exclamó Lily.

Como siempre que se atrevía a hablar en el grupo, notó en el acto que se ponía roja. Sin embargo, daba la casualidad de que a ese respecto sabía de lo que hablaba, ya que en su casa ese tema se había tratado repetidas veces durante las comidas.

—Cierto —coincidió Isabel—, pero debemos solicitarlos. Y ¿qué conseguimos con ello? Podemos comprar un terreno, y registrar un negocio; o dedicarnos al comercio. ¿No es estupendo? —preguntó con cinismo—. De manera que si queremos ser comerciantes o limpiadoras es algo muy útil.

Lily asintió asustada.

—Es verdad, para lo que pedimos no estamos consiguiendo gran cosa —admitió.

—No estamos consiguiendo nada —se lamentó Isabel—. No se nos permite intervenir en política, y siempre debemos estar en guardia para que las autoridades no malinterpreten nuestras aspiraciones.

Traudel terció:

—Pues hagamos lo que hemos venido haciendo hasta ahora, Isabel. Lo que se nos permite: publicar, cursar peticiones, e intentar ejercer influencia política por otros medios.

—Pero con eso no basta. —De pronto Isabel parecía triste—. Todas esas peticiones no son nada sino solicitudes escritas, quejas. —Suspiró—. Así no se consigue nada. A veces creo que ni siquiera las leen.

—No digas eso, Isabel. —Emma le puso una mano en el brazo—. El movimiento feminista cobrará fuerza. Ya has oído lo que ha pasado en Inglaterra.

Cuando Isabel se limitó a hacer un gesto negativo, Lily preguntó tímidamente:

—¿Qué ha pasado? Yo no sé nada.

—Ha sido terrible —aclaró Emma—. Hace unos años decretaron la denominada *Contagious diseases acts*, que son leyes sobre enfermedades contagiosas. Gracias a ellas la policía puede arrestar a todas las mujeres a las que considere prostitutas y someterlas a un reconocimiento forzoso para comprobar si tienen enfermedades venéreas. Es cierto que en Gran Bretaña la prostitución se ha convertido en un gran problema, sobre todo en Londres, donde había alcanzado proporciones desmedidas; en algunas calles una de cada dos casas era un burdel. Además, las mujeres vivían en condiciones infrahumanas, yo misma lo vi en algunos casos. Pero la palma se la llevaba Aldershot, donde se encuentra la mayor guarnición del ejército británico. En esa ciudad llegó a haber tantas prostitutas que malvivían en agujeros, sucias, llenas de piojos y enfermas, apenas mejor que los animales. Pero allí estaban los soldados, y donde hay soldados...

»La sífilis estaba muy extendida y, como es natural, los clientes se contagiaban. Las epidemias se hallaban a la orden del día. —Emma apretó la boca en un gesto de desaprobación —. Las leyes tenían por objetivo acabar con esa situación, pero eran inhumanas, solo servían para facilitarles la vida a los hombres. Si las mujeres se negaban a ser arrestadas, debían desempeñar trabajos forzados. Se ve que tomaron como modelo a Francia, donde este modo de proceder ya era normal: las prostitutas podían caer en manos de la policía, los médicos o la Iglesia. Y eso fue lo que se instauró también en Gran Bretaña. Aunque recibían un trato infame, no era de temer que hubiese consecuencias. Nadie tuvo en cuenta que son pocas las mujeres que ejercen ese oficio por propia voluntad, un trabajo que las hace enfermar inevitablemente y entraña elevados riesgos y la exclusión social.

Martha intervino:

—Lo hacen empujadas por necesidad, por desesperación. A menudo son viudas o mujeres solteras de cierta edad que de lo contrario morirían de hambre. Y los hombres se aprovechan de ello y después se quejan cuando se contagian o se pervierte la moral de su ciudad. A fin de cuentas ese oficio no existiría sin la clientela masculina. La demanda determina la oferta, ¿o acaso no?

Emma estaba furiosa, con el rostro desencajado por la ira.

—Exacto. El reconocimiento médico es muy doloroso. Para realizarlo utilizan un instrumento llamado «espéculo». Imagina unas tenazas grandes de hierro, Lily. Se las introducen a las mujeres en el bajo vientre para abrírselo. Es un procedimiento degradante, sobre todo cuando no se realiza de manera voluntaria. A menudo se compara con una violación, y como médica debo decir que se asemeja bastante, al menos cuando no es voluntario. —Sin embargo, al ver que estas últimas palabras asustaban a Lily, su amiga lo dejó estar y le dirigió una mirada preocupada—. En cualquier caso, en Inglaterra las mujeres se unieron para protestar. Cursaron peticiones y se recabaron cientos de miles de firmas. Florence Nightingale fue una de sus portavoces y Josephine Butler lideró la campaña; quizá hayas oído hablar de ellas.

Lily negó con la cabeza, pero Emma ya seguía hablando:

—Josephine Butler es una mujer estupenda. Nadie quería dar la cara, a todos les parecía un asunto demasiado sucio, demasiado obsceno; pero ella lo hizo. La petición desencadenó un escándalo. Por primera vez mujeres de posición acomodada se expresaban en público sobre una cuestión así. De pronto todo el mundo estaba al corriente. Cada vez eran más las mujeres que abogaban sin tapujos por esta cuestión. Pero también contaron con el apoyo de muchos hombres, incluso Victor Hugo se pronunció a favor y respaldó la protesta de las mujeres. ¿Has leído algo de él?

—En casa tenemos algunas novelas suyas —fue la evasiva respuesta de Lily para evitar decir que no las había leído. Sus padres controlaban estrictamente sus lecturas y hasta el momento su padre siempre había considerado a Hugo «inapropiado para una joven dama». Tampoco sabía lo que era la sífilis, pero no se atrevió a preguntar.

—Me parece un escritor magnífico, denuncia las injusticias sociales y además es muy entretenido. —Mientras hablaba, Traudel repartía pastas—. *Nuestra Señora de París* es mi libro preferido. Es una pena que Hugo haya muerto.

Emma mordió una pasta de manzana y continuó hablando con voz perentoria:

—Lily, a ti te interesará especialmente el proceder de Butler: intentó educar a las personas mediante la escritura. Escribió artículos de periódico sobre la vida de las prostitutas, declaraciones de testigos y columnas para lograr llamar la atención de las masas sobre sus peticiones. También apareció en público y pronunció discursos. Yo la vi en persona una vez, fue una gran fuente de inspiración. Luchó de manera incansable, sin darse por vencida, durante años, al igual que sus compañeras de fatiga. Y hace dos años abolieron las leyes; se prohibieron los exámenes médicos y se limitó el poder de intervención de la policía. Y todo eso lo lograron las mujeres. También aquí, en Hamburgo, hay bastantes injusticias por las que se puede luchar: las condiciones de vida en los Gängeviertel son catastróficas, no son más que grandes barriadas de chabolas, y, como de costumbre, las que más sufren son las mujeres. Es preciso que aquí cambie algo. Lo que quería decir con todo esto es que no tenemos que darnos por vencidas —afirmó Emma, mirando ahora a Isabel—. No tenemos mucho poder, pero incluso así podemos conseguir cosas. Hacemos lo que podemos, pero ponernos en peligro no ayudará a nadie.

—Que lo digas precisamente tú... —espetó Isabel indignada, y se levantó y empezó a dar vueltas por la habitación—. Por lo que haces podrías acabar en la cárcel en cualquier momento, y sin embargo sigues adelante. Vas todos los días a esos barrios a ocuparte de los que viven allí, arriesgando con ello tu reputación y tu libertad. Y ¿por qué? Porque sabes que es lo correcto. Así que ¿cómo me puedes pedir que no haga nada?

Lily miró a Emma con cara de susto. Sabía que su amiga trabajaba de enfermera en un asilo, pero desconocía que al hacerlo se estuviese poniendo en peligro.

—Es que no te estoy pidiendo que no hagas nada, lo único que no quiero es que corramos un peligro innecesario por obrar de manera ilegal —puntualizó Emma.

—A las injusticias no les pondremos remedio desde el canapé, Emma, lo sabes tan bien como yo. Si queremos un cambio hay que arriesgar algo. ¡Salgamos a la calle!

Ambas mujeres se miraron un instante y acto seguido Emma asintió.

—Tienes razón. Es solo que me preocupa —admitió en voz queda.

Después del encuentro, cuando Emma y Lily se bajaron del tranvía y pasearon un poco por la plaza Rathausplatz, Lily estaba muy callada y su amiga la miraba de soslayo de cuando en cuando. Lily le había contado lo que había sucedido. Le habló del accidente, del entierro y del sentimiento de culpa que la atormentaba desde entonces. Emma entendía perfectamente que su amiga se sintiera así, debía de ser terrible soportar esa carga. Lily también le había hablado de un hombre llamado Johannes Bolten, y aunque hacía un esfuerzo visible por referirse a él de manera objetiva y carente de emoción, Emma se había dado cuenta de cómo le brillaban los ojos cuando lo nombraba. De pronto su voz era más aguda de lo normal y sus mejillas, más rojas. Le describió sin aliento cómo había sacado del agua al hombre. Y Lily lo volvería a ver. Tenía pensado escabullirse de casa el domingo para reunirse con él.

Emma no sabía si estaba en lo cierto, pero tenía la acuciante sensación de que entre ellos ya había sucedido algo. Lily, que tenía casi diez años menos que ella, había llevado una vida muy protegida hasta entonces, y Emma sabía que la vida protegida de las damas de clase alta a menudo significaba que alcanzaban la edad adulta en un estado de ignorancia que solo se podía tildar de escandaloso. La educación brillaba por su ausencia. Muchas de ellas ni siquiera sabían de dónde venían de verdad los hijos hasta que se quedaban encinta por primera vez. Ella había tratado con frecuencia a damas embarazadas que estaban completamente perplejas con el hecho de que el niño creciera en su vientre en lugar de que, un buen día, la cigüeña se lo dejase en la cama y les diese un picotazo en la pierna que las dejara indispuestas durante un tiempo. En tales casos ella se veía obligada a explicar que eran las actividades amorosas en el lecho conyugal las responsables de que se hallasen en esa situación.

Había visto que Lily se sentía incómoda cuando ella hablaba de las prostitutas. Con que Lily fuera la mitad de ignorante que la mayoría de las damas solteras de su edad, Emma se veía en la

obligación de protegerla. A lo largo de los últimos años extender esa clase de conocimientos se había convertido en una especie de segundo propósito en su vida. No había nada capaz de evitar más sufrimiento y mal que una información exhaustiva, detallada y directa a su debido tiempo. Esa era la lección que había aprendido en el curso de los años que había pasado en Whitechapel.

En efecto, a Lily le habían escandalizado las cosas que contaba Emma. La habían dejado sumamente intranquila y le habían provocado un extraño hormigueo nervioso. Le habría gustado formular preguntas mientras su amiga hablaba, pero no se atrevió. Hasta no hacía mucho aún pensaba que los hijos venían al mundo por el ombligo; eso le había contado la niñera en su día y desde entonces no lo había puesto en tela de juicio. Pero después de prometerse con Henry su madre la había llevado aparte y había mantenido una conversación seria con ella. Desde entonces Lily sabía de dónde venían los niños en realidad. Al parecer el matrimonio entrañaba que el hombre y la mujer hicieran cosas embarazosas y harto extrañas. Las revelaciones de su madre la dejaron conmocionada y fascinada al mismo tiempo. Después no pudo dormir durante días. En un primer momento incluso dudó de que Sylta le hubiese contado la verdad, si bien resultaba mucho más absurdo aún que su madre se inventase tales cosas, pero Lily era incapaz de imaginar que las damas hicieran algo así, y más incluso que los hombres se lo exigieran. Solo después de esa conversación entendió bien muchas de las cosas de los libros que leía. Fue como si de pronto se abriera ante ella un mundo del todo nuevo de alusiones veladas.

En el seminario, durante un descanso, discutió acaloradamente con Berta al respecto. Berta se mostró indignada: estaba convencida de que a los niños los traía la cigüeña. Se lo había dicho su propia madre, que tenía siete hijos, así que debía saberlo. Fuera de sí, tachó de mentirosa a Lily y afirmó que ninguna mujer decente haría semejantes cosas. Después dejó plantada a Lily y se alejó con las mejillas encendidas.

Al día siguiente regresó con las orejas gachas. Se lo había preguntado a su hermana mayor, que le explicó de inmediato y sin andarse con rodeos los padecimientos que acarreaban las obligaciones conyugales y también le contó que, por lo visto, había sitios en los que los hombres solteros podían satisfacer las necesidades que Dios les había dado. De ahí que hubiese prostitutas. «Solo cuida muy mucho de no pillar después a tu esposo con una de ellas porque entonces habrás hecho algo muy mal», advirtió a la escandalizada Berta, y la dejó completamente perturbada.

Lily distaba mucho de sentirse perturbada, y sin embargo todo ese tema le provocaba una gran inseguridad. Solo había tenido siempre una idea vaga de lo que sucedía en el lecho conyugal entre el hombre y la mujer. Aunque Sylta había intentado explicárselo en la medida de lo posible, no le había resultado fácil. «En realidad no te lo puedo decir, tendrá que enseñártelo tu esposo, Lily —adujo con las mejillas rojas—. Debes ir inocente e ignorante al matrimonio, así lo dictan las normas. Si tu abuela supiese que hablo de esto contigo... Pero en su día a mí me pareció

espantoso no saber nada, y eso es algo que te quiero ahorrar. De manera que estate preparada para que sea muy doloroso. La primera vez siempre es así. Y si después tampoco te gusta, piensa siempre que solo tendrás que aguantarlo hasta que esperes un hijo. Más no se te exigirá. —Añadió que también podía ser muy bonito, pero después se puso roja y empezó a balbucir—. Estoy segura de que Henry te enseñará todo cuanto debas saber. —Y terminó diciendo—: Y será mejor que no le digas nada de esta conversación.»

Aunque ese día se le habían vuelto a pasar por la cabeza todas esas cosas mientras debatían en el salón, Lily solo escuchaba a medias a su amiga, que seguía hablando animadamente del encuentro.

De pronto Emma se detuvo.

—Toma, tengo una cosa para ti. —Metió la mano en el bolso y sacó dos libros—. Son de Martha, se los puedes devolver cuando los hayas leído. Y tiene más, en caso de que despierten tu interés —agregó Emma con vaguedad mientras Lily cogía uno de los libros con una mirada inquisitiva.

—*Madame Bovary* —leyó, enarcando las cejas—. No he oído hablar de él.

Emma asintió.

—De no ser así me habría extrañado. Seguro que en casa vigilan estrechamente lo que lees, ¿me equivoco? —preguntó.

Lily negó con la cabeza. Su abuela en particular siempre estaba atenta a las lecturas de Lily.

—Ya, lo hacen todos los padres de buenas familias porque la literatura puede abrirle demasiado los ojos a una. —Emma se echó a reír y le dio el segundo libro—. *Fanny Hill: memorias de una cortesana*. Escóndelo bien. Te escandalizará, pero aprenderás muchas cosas.

—¿Ah, sí? ¿Qué clase de cosas? —preguntó Lily sorprendida.

—Por ejemplo —empezó, risueña, Emma—, que algunas personas opinan que el verdadero erotismo también precisa un amor espiritual. —Lily notó que la sangre le subía a las mejillas. No se podía creer que Emma hablara de erotismo en plena calle, como si fuese un tema de lo más normal—. Y también *Clarissa o La historia de una joven dama*. —Emma sacó un tercer libro del bolso—. A este también deberías echarle un vistazo.

Desconcertada, Lily cogió el libro. Alguien había tachado la cubierta con una gran cruz negra.

—Lo hizo Martha. Siempre se exalta mucho con estos temas —aclaró Emma con una sonrisilla—. No creas una sola palabra de lo que dice esta novela. Solo te la doy para que veas a qué nos tenemos que enfrentar. Las opiniones que extendió un médico. Auténticas patrañas. Pero por desgracia hay muchas, muchísimas personas que creen este increíble disparate.

Lily miró el libro:

—*Los órganos de la generación: sus funciones y desórdenes* —leyó en voz alta, y contuvo la respiración alarmada. Ahora el rostro entero le ardía.

Emma asintió.

—Con este libro el doctor Acton ha causado muchos daños, si lo sabré yo —afirmó acalorada

—. No solo lo que sostiene no se ha probado o tan siquiera investigado. Se permite saber lo que es bueno para los hombres y para colmo lo hace como si fuese un experto en lo tocante a las necesidades sexuales de las mujeres. Y eso que los órganos sexuales femeninos ni siquiera constituyen una parte obligatoria de la formación médica. Recomienda, entre otras cosas, como método de curación para las mujeres histéricas (o lo que es lo mismo, todas las mujeres que experimentan deseo físico) la extirpación del clítoris. —Resopló con desdén y los ojos echando chispas—. Deberías leerlo para saber cómo piensan muchas personas. Y después lee las novelas para que sepas cómo son las cosas en realidad. Esto que te doy hoy es solo el principio.

Lily asintió insegura. No sabía lo que era un clítoris, pero se metió los libros en el bolso.

Emma observó un instante a su amiga. Sí, hacía lo correcto. Lily debía abrir los ojos si quería abandonar su existencia protegida, carente de sentido. Emma era más que consciente de que todas las novelas que acababa de darle a Lily estaban protagonizadas por mujeres que crecían en un ambiente similar al suyo... y terminaban siendo adúlteras. Pero si su suposición era cierta y un buen día su amiga llegaba hasta el final, quería que Lily supiera que no estaba sola. Y que a veces no se podía evitar infringir las normas.

10

Cuando entraron en casa de Alma, incluso Jo se quedó de piedra. La familia entera viviría en ese cuarto minúsculo y oscuro. Había una cama, un banco contra la pared, un armario y un hogar en un rincón. Ese sitio era mucho más mísero aún que el anterior. La expresión de Lily le dijo lo horrorizada que estaba, pero hizo un esfuerzo supremo por esbozar una sonrisa. De pronto pegó un grito y se cogió de su brazo. Jo ya había dejado caer su pesada bota sobre el bichejo negro que le había pasado a Lily por los zapatos; al aplastarlo se oyó un crujido estridente.

—Una cucaracha —aclaró, y se encogió de hombros y se raspó el insecto estrujado contra una tabla del suelo. Lily se apartó un mechón de pelo del rostro mientras respiraba pesadamente. Él estaba seguro de que en ese instante lamentaba haber ido allí.

En ese momento Alma empujaba la cama a duras penas para colocarla en el centro de la habitación.

—Tenemos que exterminar las chinches —explicó jadeante. Se sorprendió al ver a Lily con Jo, pero no dijo nada; los saludó con un movimiento de cabeza.

Jo corrió a ayudarla. Alma sudaba a más no poder, tenía la blusa empapada. En el rincón hervía agua en una cacerola y el calor que hacía en la habitación era sofocante.

—Menos mal que ya no tenemos muchos muebles —aseveró con rabia—. He mandado a los niños al patio.

Jo se volvió hacia Lily: estaba en medio y era más un estorbo que una ayuda, tal y como él había anticipado.

—Esto nos llevará un rato... —informó—. Y no puedes volver sola de ninguna manera. ¿Quieres esperar?

—¡Quiero ayudar! —objetó ella, pero Alma y Jo negaron con la cabeza al unísono.

—De ninguna manera. Esto no es trabajo para una dama. Y de todas formas solo tenemos dos cucharones —repuso Alma.

Enviaron al pasillo a Lily, que vio por la puerta abierta el fatigoso procedimiento que llevaban a cabo Jo y Alma y en el que tantas veces había participado el joven a lo largo de su vida: vertieron por las paredes y las rendijas del suelo agua hirviendo de la cacerola.

—Así no conseguiremos nada, voy a por alcohol de quemar —decidió Jo al cabo de un rato.

Por entonces también él estaba empapado. Se había quitado la gorra y la camisa, y el sudor le corría tanto por el rostro como por el torso. Alma tosía cada vez más, era evidente que el aire

húmedo le provocaba molestias. Jo pasó por delante de Lily, que seguía esperando en el pasillo, y desapareció en la escalera tras decir un breve:

—Ahora mismo vuelvo.

Cuando regresó, se puso a rociar las grietas de la pared con alcohol. Después cogió una astilla encendida de la cocina y prendió el alcohol, lo dejó arder un instante y apagó las llamas deprisa con la tapadera de una cacerola. Así hizo que cundiera el pánico no solo entre las chinches, sino sobre todo entre las cucarachas que asimismo correteaban por la habitación, de forma que no tardaron en correr enloquecidas por todas partes. El hedor era casi insoportable.

Dos horas de trabajo más tarde lograron su propósito.

—Bueno, pues seguro que ahora esto está más limpio que una patena —afirmó Lily entusiasmada, y entró a echar un vistazo.

Jo y Alma se miraron arqueando las cejas.

—Ya me gustaría a mí —bufó Alma—. La semana que viene habrá que repetirlo. Y posiblemente las siguientes también. Esos bichejos se esconden en todas partes. No es tan fácil librarse de ellos.

—No es posible —replicó Lily horrorizada, y Alma prorrumpió en una risa atronadora. Tampoco Jo pudo evitar esbozar una sonrisilla. Su ingenuidad, por agotadora que pudiera ser, siempre tenía un algo encantador.

—Quizá ahora los niños tengan al menos una semana de tranquilidad —farfulló Alma, cuyo rostro se había vuelto a ensombrecer.

—¿Dónde duerme usted? —preguntó Lily con tino, señalando la única cama—. ¿Va a comprar más muebles?

Alma la miró de soslayo.

—No —se limitó a decir—. Dormimos en el suelo, sobre la ropa que extendemos. La cama es para el inquilino.

—¿Cómo? —Lily negó con la cabeza, no sabía a qué se refería.

Jo miró a Alma con cara de preocupación.

—Eso no me gusta; ¿lo conocéis? —preguntó—. ¿Os podéis fiar de él? Sin un hombre en casa que os pueda defender a ti y a los niños...

Alma lo cortó con aire impaciente.

—No, no lo conozco, pero ¿qué quieres que haga, Jo? Es un buen dinero, así que no hago preguntas. No tienes de qué preocuparte. Si alguien se propasa conmigo, sé defenderme —afirmó con fiereza, y después tosió de nuevo.

A Jo no le tranquilizó la respuesta.

—Si te toca, ve directa a buscarme —le pidió encarecidamente, y al ver que ella no reaccionaba la agarró por el brazo—. ¿Me has oído, Alma? —inquirió.

—Vale, vale. —Se soltó—. Y ahora idos, ya habéis hecho bastante.

En ese momento se oyó un sonoro borboteo. Alma y Jo miraron con cara de asombro a Lily,

que se llevó deprisa las manos al vientre, con la cara roja de la vergüenza.

—Perdonad. Llevo mucho tiempo... sin probar bocado —balbució cuando su estómago se volvió a dejar oír furioso.

Jo vio lo embarazosa que le resultaba la situación e hizo un gran esfuerzo por mantener la seriedad.

—Iremos un momento a comprar algo. —Le guiñó un ojo y la sacó al pasillo—. A mí tampoco me vendría mal comer algo. Ahora mismo volvemos —resolvió.

Compraron queso, pan y algo de fruta de Vierlande que vendía en un carro una campesina menuda y cheposa, ella misma tan arrugada como una manzana de invierno. Cuando Lily fue a pagar Jo hizo un gesto negativo, irritado.

—Tengo trabajo, no necesito limosna —espetó.

Ella se guardó el dinero deprisa y le dirigió una mirada inquisitiva. Jo sabía que su intención era buena, pero no pudo evitar sentirse herido en su orgullo.

Mientras iban por las callejuelas con la compra, él le explicó lo que era un inquilino.

—Son trabajadores que no se pueden permitir una casa propia. Alquilan las camas a familias que necesitan dinero urgentemente y así al menos pueden dormir un poco tras una jornada de trabajo duro —aclaró—. Charlie también lo hace a menudo, y no tiene nada de malo. Pero tratándose de una viuda... Nunca se sabe con quién se da. Claro que en Hamburgo es muy corriente. Antes Charlie probó como primer inquilino. Se paga un alquiler muy económico si uno se instala en una casa nueva que todavía no se ha secado del todo. Pero aún hacía demasiado frío y se cogió casi en el acto una pulmonía de mil demonios. Estuvo a punto de morir, y desde entonces sus pulmones no son los mismos. Alquilando una cama al menos duerme caliente y tiene un poco de compañía. —Jo suspiró—. Además, la realidad es que no hay sitio para todos. La cosa se puso especialmente mal cuando derribaron St. Annen. Se arrasan barrios enteros y a nadie le importa un comino que la gente no tenga adónde ir. Los hombres necesitan vivir cerca del puerto, no pueden dedicar dos horas más al día a ir y venir del trabajo; teniendo en cuenta que trabajan noventa horas a la semana, no les da tiempo. Por eso en estos barrios los alquileres son cada vez más altos, aunque las personas sean cada vez más pobres. Han derribado incluso Kehrwieder, todo para el distrito de almacenes... —La expresión de Jo era de preocupación mientras hablaba. Miraba más allá de los tejados de la ciudad, como si allí, en alguna parte, hubiese respuestas a sus preguntas—. Pero nadie se defiende, nadie puede hacer nada. Los trabajadores no están organizados y no hay nadie que luche por ellos. Así que la solución de alquilar camas beneficia a muchos.

Lily no lograba entenderlo: ¿la familia tenía que compartir la habitación con un desconocido? Ahora comprendía por qué antes Jo se había mostrado tan preocupado. Esa era una situación que parecía impensable para una mujer decente. Que la señora Herder se viese obligada a ello casi le

daba más pena que la pérdida de su esposo. Imaginó lo que la avergonzaría asearse delante de un desconocido, vestirse y... La asaltó una idea espantosa: incluso tendría que amamantar a su hijo delante de ese hombre.

Para comprar la comida habían tenido que ir unas calles más allá, y para entonces el hambre ya no era el problema más acuciante de Lily. Sentía una necesidad de aliviarse tan urgente que pronto no pudo pensar en otra cosa. En la casa ya había preguntado una vez por el retrete, pero la señora Herder le había señalado, risueña, un cubo en un rincón y le había dicho: «Miraré hacia otra parte». Lily se estremeció y se sentó de nuevo en la escalera sin decir nada. De eso ya hacía más de una hora.

Al final venció la vergüenza y confesó a Jo el problema que tenía. Al hacerlo no fue capaz de mirarlo a los ojos. Él hizo una leve mueca, pero la llevó sin torcer el gesto una calle más allá, hasta una hilera de casetas de madera.

Lily se detuvo horrorizada. El hedor era brutal. Las moscas revoloteaban y por debajo de las puertas salían pequeños regueros de una masa amarillenta. Pero no tenía elección. «Es imposible que sea peor que esto —se dijo cuando abrió la puerta con la punta de los dedos y después se tapó la boca con la mano—. Si puedes con esto, puedes con todo.» Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero entró con valentía.

Una vez dentro, se levantó las faldas todo lo que pudo y contuvo la respiración mientras se agachaba sobre el agujero que se abría en el banco de madera. Nunca había estado en un lugar peor. Para colmo de males, la vejiga se le contrajo y tardó lo que le pareció una eternidad en oír por fin el ansiado murmullo. Cuando salió, dando traspiés, durante un instante tuvo la espantosa sensación de que iba a vomitar. «Domínate, Lily», pensó desesperada. Si ahora encima vaciaba el estómago en la calle delante de Jo, no podría volver a mirarlo a la cara.

Él estaba apoyado en una farola a cierta distancia.

—¿Bien? —preguntó compasivo.

Ella se limitó a asentir. De pronto se le había quitado el apetito.

Compartieron la comida con la señora Herder y sus hijos. Tanto Jo como Lily comieron poco, pellizcaron el pan e hicieron como si masticaran. Los dos sabían que la familia necesitaba alimentarse a toda costa y no querían privarlos de esa comida.

Mientras comían se hizo el silencio, tan solo la señora Herder se doblaba sobre sí misma una y otra vez con ataques de tos angustiosos. Resollaba. Los niños miraban a su madre atemorizados.

—Solo son los vapores —aseguró Alma restándole importancia cuando pudo volver a hablar y se enjugó las lágrimas.

Marie se había quedado blanca. Cuando no miraba, Hein le puso a su madre un poco de su queso en el plato sin que se diese cuenta. Lily y Jo lo vieron y se miraron. Lily pensó en la cena que le esperaba al volver a casa y sintió una punzada en el corazón. Los domingos por la noche

siempre había algo bueno. Antes, al irse, ya había percibido el olor a cebolla rehogada que salía de la cocina. Hertha solía añadir patatas y, de postre, puré de frutos rojos. Lily miraba a los niños, que se comían el pan en silencio. Si hubiese podido, se habría llevado a la familia entera a la villa para que Hertha les diera de comer.

Por lo menos había buscado cosas en su habitación y en resto de la casa que confiaba en que pudieran serle de utilidad a una familia que no tenía mucho dinero. También había pedido donativos a su madre y su abuela, si bien se había valido del pretexto de un proyecto benéfico del seminario para el que supuestamente reunía las cosas. Incluso a ella le sorprendió la facilidad con que le salía esa nueva mentira. «Por un buen propósito se puede ocultar la verdad», pensó, pero no estaba nada segura de que Sylta y Kittie lo vieran así. Había llevado algunas cosas, sobre todo juguetes de Michel que ya no utilizaba, unas enaguas y ropa de su cómoda que ya no se ponía, los zapatos del año anterior, libros, dos vestidos de su madre y pañuelos desechados de Kittie. Le avergonzó un poco darle a la familia aquello usado, pero pensó que, en caso de necesidad imperiosa, las podían vender o cambiar por otras cosas.

Poco después, cuando Lily y Jo se fueron de la casa ambos estaban pensativos y ensimismados. Caminaron un rato el uno junto al otro en silencio.

—¿Tú qué crees que tiene Alma? —preguntó Lily, pero Jo se encogió de hombros.

—Puede ser cualquier cosa —contestó.

—Tiene que ir a un médico.

—¿Para qué?

—La puede examinar y darle algún medicamento.

Jo profirió un sonido despectivo.

—Aquí no hay médicos, Lily.

Ella lo miró sin dar crédito.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Justo lo que has oído: que aquí no hay médicos. Al menos ninguno bueno. Aquí nadie podría pagarlos. Hay curanderos, charlatanes, parteras, herboristas y adivinos. Estoy seguro de que el médico de nuestra familia, por ejemplo, ha comprado su licencia. Cobra sumas exorbitantes por el más mínimo tratamiento, pero prácticamente nunca sirve de nada. Conozco infinidad de historias de gente cuyas molestias empeoraron después del tratamiento, pero casi ninguna de gente cuya salud mejorara. Y a pesar de todo se acude a él porque no hay otra cosa. Pero Alma ni siquiera podría permitirse eso. Una trabajadora gana unos ocho o diez marcos a la semana, y ¿cuánto crees tú que cuesta una visita al médico? Y es viuda, tiene un niño de pecho. Ahora mismo ni siquiera puede trabajar. Cuando alguien se rompe algo o sufre un accidente serio va al hospital si no le queda más remedio... Pero no sirve de nada, no es más que codicia.

Lily estaba escandalizada. Para ella siempre había sido la cosa más natural del mundo que el doctor Selzer acudiera a verla cuando no se encontraba bien, y no sabía que no todas las personas

podían contar con ayuda cuando la necesitaban.

—No lo sabía —dijo en voz baja.

Jo la miró un instante con la frente fruncida y ella tuvo la sensación de que había dicho alguna tontería.

Cruzaron la calle Spitalerstrasse y entraron en una callejuela, pero de pronto Lily se quedó de una pieza. Esa mujer que llevaba una cesta..., ese paso enérgico lo conocía, al igual que el cabello castaño y la figura esbelta.

—¿Emma? —la llamó sin dar crédito, y la mujer se volvió sorprendida.

—¿Lily? —Emma fue hacia ella con cara de sorpresa y la abrazó—. ¿Se puede saber qué estás haciendo aquí?

—Eso mismo te iba a preguntar yo. Hemos... ayudado a alguien en una mudanza —repuso, evadiendo la respuesta—. ¿Y tú?

Su amiga tenía un aspecto muy distinto del habitual. No había ni rastro de los vestidos exquisitos y las diademas de plata, llevaba la ropa sencilla y el moño de una trabajadora.

—Yo trabajo aquí. —Emma sonrió. Sus ojos castaños se iluminaron y, con la risueña boca roja, lanzó una mirada maravillada.

Lily se dio cuenta de que Jo también miraba a su amiga con buenos ojos y sintió una pequeña punzada de celos. Él se presentó y Emma le estrechó la mano mientras los miraba a uno y al otro. Solo entonces cayó Lily en lo que acababa de decir Emma.

—¿El asilo está aquí? —preguntó con incredulidad.

Emma se rio y se cogió de su brazo. Siguieron andando juntas.

—Sí, aquí mismo, a la vuelta de la esquina —contó—. En él viven sobre todo viudas ancianas que ya no se pueden valer por sí mismas.

—Y ¿qué hace usted allí? —quiso saber Jo, picado por la curiosidad.

—Soy médica. —Lo dijo con absoluta tranquilidad, como si fuese lo más normal del mundo —. No oficialmente, como es natural —añadió, haciendo una mueca—. En teoría soy una especie de enfermera. A fin de cuentas no se me permite trabajar aquí, pero me ocupo de las personas del asilo y a estas alturas también de muchas de las casas vecinas. —Lanzó un suspiro —. Todo el tiempo que puedo pasar aquí es poco, cada vez viene más gente y no la puedo despachar sin más. Se ha corrido la voz de que la tratamos de balde. Muchas personas ya confían en mí, pero la verdad es que casi todas son mujeres. Los hombres solo vienen cuando no les queda más remedio, pero lo cierto es que no es tan poco habitual, aquí nadie tiene dinero y a todos les pasa algo. No es legal... Si alguien me denuncia me meteré en problemas serios, pero por ahora no ha pasado.

—¿Y lo hace usted de balde? —Jo la miraba sin dar crédito.

Emma se ruborizó un tanto.

—Me va bien, tengo el porvenir asegurado y por suerte no necesito ganar dinero —se apresuró a aclarar. Lily sabía que le desagradaba proceder de una familia acomodada.

—¿Y te mueves por aquí a diario? —preguntó Lily conmovida. Eso explicaba la ropa sencilla, casi deslucida que llevaba Emma.

—Bueno, al final una se acaba acostumbrando. En Londres tampoco era distinto. Y me sé defender. —Emma se detuvo y se sacó de un pliegue de la falda un cuchillito fino al que el sol arrancó un destello—. Es un escalpelo. Le puede rebanar un dedo a alguien en un segundo —aseguró, y se echó a reír cuando Jo silbó a modo de reconocimiento—. Pero a pesar de todo tengo cuidado. A menudo dejo que me acompañe uno de los muchachos que trabajan para nosotros y por la noche solo vengo cuando no hay más remedio y..., en fin, ya veis que me disfrazo un poco.

De pronto Lily tuvo una idea y frenó tan en seco que Jo chocó con ella.

—Emma, ¿por casualidad dispones de un poco de tiempo? —dijo.

La señora Herder abrió los ojos como platos cuando poco después llamaron a su puerta en compañía de Emma.

—¿Una mujer médica? —preguntó con espanto—. Eso es imposible.

Emma esbozó una sonrisa cálida.

—No tiene por qué dejar que la examine si no quiere, pero le aseguro que mis conocimientos son tan válidos como los de un hombre. He asistido a las mismas clases, he hecho los mismos exámenes y he recibido el mismo título.

La señora Herder arrugó la nariz con incredulidad.

—Y ¿qué dice su esposo de eso? —inquirió—. ¿Se lo permite?

—No tengo esposo —contestó Emma—. Los hombres no se casan con médicas —añadió bajando un poco la voz, y Lily la miró con cara de sorpresa. Emma pronunció esa frase con tristeza, casi con cierta amargura, y Lily se preguntó si habría algún motivo concreto.

También la señora Herder arqueó una ceja.

—Bueno, no es que se les pueda echar en cara, ¿no cree? A fin de cuentas es algo contra natura —agregó mordaz.

El rostro de Emma se contrajo un segundo, pero no dijo nada, se limitó a mirar a la mujer expectante.

—Te tratará de balde —la instó Jo, que dio un paso adelante y se cruzó de brazos—. Piensa en los niños y acepta la ayuda que te ofrece, Alma.

La señora Herder lo miró sin saber qué hacer.

—Está bien —rezongó—. Pero como haga algo raro, gritaré.

—No será necesario —aseguró Emma con calma, y Lily vio que ahora esbozaba una sonrisilla —. Le explicaré todos los pasos que iré dando y si no está de acuerdo en algo, pararé. Los demás, salid a esperar fuera —dijo mirando a Lily, Jo y los niños.

Acto seguido de la cesta que llevaba sacó un maletín de médico que abrió en la cama. A la vista quedó toda clase de instrumentos plateados. Lily los miraba fascinada, pero Jo la cogió del

brazo y la sacó de la habitación.

Fuera, Lily distrajo a Hein y Marie contándoles cuentos en la escalera. Los cuentos de Bechstein se los sabía de memoria, por las noches solía leérselos a Michel, de manera que empezó por *Hansel y Gretel*, continuó con *Los siete cisnes* y se quedó a la mitad de *Tierra de leche y miel*. Ambos la escuchaban boquiabiertos, Marie sentada en el regazo de Jo, y Hein en el suelo. Los dos protestaron a voz en grito cuando les dijeron que ya podían entrar justo cuando Lily estaba describiendo que las casas estaban recubiertas de tortitas y las vigas eran de asado de cerdo.

—Os lo seguiré contando el día que nos volvamos a ver —prometió.

—¿Vas a volver? —preguntó Hein, y el miedo que tiñó su voz hizo que Lily tragara saliva.

—Pues claro —afirmó ella, y al parecer el niño se tranquilizó un poco.

Al mirar a Jo vio que le sonreía, y a Lily la arrolló una sensación de calidez. Jo no sonreía a menudo, a lo sumo cuando se reía de ella. Esa sonrisa genuina y afectuosa la desconcertó por completo. Se sorprendió intentando describirla para sus adentros, pero no encontró las palabras adecuadas.

El rostro de Emma era inescrutable cuando ellos entraron de nuevo.

—Ya he terminado de explorarla, pero, como es natural, deberá ser la señora Herder la que decida si puedo compartir el resultado con vosotros.

La aludida parecía menos serena que Emma, estaba pálida y al mismo tiempo tenía manchas de un rojo vivo en el cuello.

—Bobadas, eso es lo que es —refunfuñó—. No vuelva locos a los niños con esa palabrería, solo tengo un resfriado. —Y volviéndose hacia Jo dijo—: Sabía que era una idea absurda. Que una mujer sea médica, menuda ridiculez.

Emma frunció un tanto el ceño, pero siguió hablando con la misma tranquilidad de antes. A Lily se le ocurrió que estaba acostumbrada a oír esas cosas.

—Señora Herder, le aconsejo encarecidamente que siga mis recomendaciones. O, si no me cree, que al menos vaya a ver a un médico. Él le dirá lo mismo que yo, pero si de esa manera usted lo cree, valdrá la pena —advirtió.

—No necesito ningún médico —espetó la señora Herder con voz cortante, pero poco después debió de cambiar de parecer. Profirió un suspiro—: Ha sido muy amable por vuestra parte, y a usted le doy las gracias, doctora. Pero ahora se tienen que ir.

Jo hizo un último intento de convencerla, pero ella siguió en sus trece.

—El pequeño necesita leche. Idos de una vez, Jo —insistió con cara de circunstancias.

—Le recetaré un medicamento para que recupere un poco las fuerzas. —Emma garabateó algo en un papelito que ofreció a la señora Herder.

—Váyanse —repitió esta, se dio la vuelta y cogió de la cama al niño de pecho.

Emma asintió y se levantó.

—Piense en lo que le he dicho de los niños —la exhortó, pero la señora Herder no respondió

nada.

En la calle exhaló un suspiro.

—De todas formas, no hay mucho que hacer —dijo, y se enjugó la frente—. Debería guardar secreto profesional, pero... —Se encogió de hombros—. Os lo debo decir porque ahora también temo por vuestra salud: tiene tisis.

Lily dio un respingo, pero Jo se limitó a asentir: probablemente lo sospechara.

—No sabemos con exactitud cómo se contagia, pero el peligro es grave. Si estuviésemos en Inglaterra me vería obligada a notificar el caso de manera oficial, pero aquí no existe esa obligación. Tened cuidado cuando estéis con ella. No os acerquéis demasiado. Como es lógico, los que más peligro corren son los niños, pero no podemos hacer nada, no se los podemos quitar, claro. Todavía se encuentra en una fase inicial, pero no tardará en empeorar. No existe cura, lo que le he recetado es solo para fortalecer la sangre. —Emma suspiró de nuevo—. Tendría que ir al campo a hacerse una cura, descansar y comer bien, eso es lo único que podría ayudarla. —Rio con tristeza—. Pero el descanso y la buena comida son tan inalcanzables para una viuda del Gängeviertel como el palacio del emperador.

Esa noche Jo no fue a su casa, sino que antes se pasó a ver a su familia. Mientras acompañaba a Lily a Bellevue, de pronto lo asaltaron unas fuertes ganas de verlos. Quería sentarse a la mesa con su madre y comer su sopa de alubias, y ver a sus hermanos haciendo los deberes. Se quería asegurar de que estaban bien. De un tiempo a esa parte trabajaba tanto que apenas los veía, y eso que todo cuanto hacía era solo por ellos.

Compró un poco de jamón y caramelos para los niños y se puso en marcha. Cuán distinto era todo allí, le pareció cuando dio la vuelta a la esquina y entró en su calle. Aunque su familia también vivía en el Gängeviertel, su casa no tenía nada que ver con la de Alma. «Siempre se puede ir a menos», pensó mientras subía la estrecha escalera que llevaba al piso.

Al entrar sus hermanos lanzaron en el acto un grito de alegría y fueron corriendo hacia él. Jo les pasó las manos por el pelo y a Karl lo cogió y lo zarandeó en el aire.

—Vaya, vaya, has engordado por lo menos cinco kilos —afirmó, y lo movió a un lado y a otro como si quisiera comprobar cuánto pesaba. Karl rio satisfecho. Acababa de cumplir seis años y tenía las mismas pecas y era igual de mofletudo que Jo a su edad—. Será mejor que me lleve los caramelos que he traído y me los coma yo.

—¡No, no! —objetó entre risas Karl mientras los demás intentaban sacarle el paquete del bolsillo. Se lo dio y les hizo prometer que los compartirían como buenos hermanos.

—Los mimas demasiado. —Su madre estaba, como siempre, junto al hogar y, como siempre también, parecía cansada. El moño castaño se le había vuelto gris durante los últimos años, pero sonrió al verlo y le dio un beso en la mejilla.

—Solo son unas golosinas —adujo él, y sacó el jamón del bolsillo. Ella no dijo nada, pero Jo

vio que se alegraba.

Le puso un plato de puchero delante y untó unas rebanadas de pan con manteca de cerdo. Jo devoró la comida, estaba hambriento.

Como de costumbre, sus cuatro hermanos se sentaron a su alrededor y lo acribillaron a preguntas. Para ellos Jo era su héroe, el único que alimentaba a la familia; para el pequeño Karl y su hermano Wilhelm, dos años mayor, era incluso como un padre, pese a ser solo hermanastros suyos. Sentía por todos ellos el mismo amor incondicional que no era capaz de expresar con palabras, pero cuya vehemencia a veces hacía que se le formase un nudo en la garganta. Habría hecho cualquier cosa por ellos. Siempre le pedían que los llevara con él al astillero o a los galpones, siempre querían saber qué hacía exactamente. Karl solía decir que, en cuanto pudiera, dejaría la escuela y trabajaría como Jo.

Y cada vez que oía eso a él lo recorría un escalofrío. Se alegraba de que no supieran cómo ganaba en realidad el dinero que los mantenía a todos con vida.

Esa tarde se quedó mucho tiempo. A la luz de la lámpara de aceite ayudó a Karl con el cálculo de fracciones y a Wilhelm con el vocabulario. Cuando sacaban las cartillas él casi siempre hacía como si fuese bobo intencionadamente para que ellos estudiaran más. Aunque de tonto no tenía un pelo, solo había ido unos pocos años a la escuela. Delante de sus hermanos le daba vergüenza solo saber leer a trompicones y no ser capaz de escribir sin faltas.

Después les contó los cuentos que había aprendido ese día de Lily. Los adornó, se inventó algunos pasajes y hasta Julius y Christian, los dos mayores, lo escucharon embelesados. Su madre se sentó con ellos mientras remendaba camisas y, cuando Jo hubo terminado, le explicó los últimos chismorreos del vecindario. Jo miraba una y otra vez a su alrededor y pensaba en la suerte que tenían: el suelo estaba limpio, en las paredes colgaban cortinas viejas pero almidonadas y sobre el sofá, fotografías de sus abuelos. Solo la dentellada en la oreja de Julius recordaba los tiempos difíciles y sombríos, al igual que el hueco en la mesa que había dejado Leni al morir. Pero todos estaban saciados y satisfechos, y tenían ropa en condiciones. Los pequeños iban a la escuela y sabían leer y sumar. Era cierto que a Jo el trabajo que desempeñaba para Oolkert a menudo le parecía un pacto con el diablo, pero sabía de sobra que volvería a aceptar ese pacto las veces que hiciesen falta.

Esa noche Lily no podía dormir. Daba vueltas en la cama, veía una y otra vez la mirada atemorizada de Hein, escuchaba la tos jadeante de la señora Herder y el llanto del niño de pecho. ¿Qué sería de los tres pequeños si Alma moría? En un momento dado se levantó y fue a la habitación de Michel. Se metió en la cama con él y se acurrucó contra su cuerpecillo caliente. El niño abrió los ojos adormilado y parpadeó.

—*¿Illy?* —dijo sorprendido, con voz rasposa.

—Chisss, sigue durmiendo.

—¿Conmigo? —preguntó, y ella lo besó en la nariz.

—Sí, me quedo contigo —musitó Lily, y al rostro de su hermano asomó una sonrisa.

—Te quiero —declaró el pequeño. Acto seguido su respiración volvió a ser acompasada y ella notó que su cuerpo se relajaba.

—Y yo a ti —respondió en la oscuridad.

Sí, ¡cuánto lo quería! Que Michel estuviera bien para ella era lo más importante del mundo. Sintió su manita en el vientre y le olió los polvos del cabello. ¿Cómo sería tener un hijo y no poder darle de comer? ¿No poder ofrecerle calor, seguridad?

Era incapaz de imaginarlo.

La presencia de Michel le proporcionó cierto consuelo, pero ni siquiera a su lado logró conciliar el sueño. Permaneció despierta hasta por la mañana, escuchando su respiración suave mientras por su cabeza pasaba un torbellino incesante de ideas.

11

Jo ya llevaba un buen rato siguiendo a Franz Karsten. Fue pura casualidad que lo viese, pasó por delante de los galpones del puerto subido en su flamante y cara bicicleta, y Jo sospechó en el acto que el hermano de Lily debía de dirigirse al astillero de Oolkert. Salió corriendo y, gracias a algunos atajos, le dio alcance justo cuando se bajaba de la bicicleta. Hacía tiempo que sentía una gran curiosidad por saber qué tramaba Franz con Oolkert. Desde que Jo conocía a Lily, también se había despertado en él un gran interés personal en todo ese asunto. Ahora le daría la vuelta a la tortilla e intentaría averiguar no solo algo sobre los Karsten, sino también sobre su jefe.

Franz pasó por delante de los trabajadores con cara inexpresiva. Bajo el brazo llevaba varios rollos de papel de gran tamaño. Muchos hombres lo saludaron, algunos lo miraron con recelo —la mayoría de las veces los hombres trajeados no significaban nada bueno—, pero él hizo caso omiso de todos ellos y fue directo a los despachos.

Jo se detuvo, se encendió un cigarrillo y charló con algunos trabajadores. No podía seguir directamente a Franz, allí había demasiados ojos vigilantes. Se apoyó en uno de los pilares a la expectativa.

Siempre le sorprendía la cantidad de oficios distintos que aglutinaba ese sitio, más aún que los galpones. Los ingenieros trabajaban codo con codo con carpinteros, pintores, fundidores, torneros de bloques de poleas, herreros y un sinfín de trabajadores más. Las enormes gradas sobre las que se construían los barcos lo impresionaban como si fuese la primera vez que las veía, formaban parte de la imagen que tenía de Hamburgo tanto como la luna del cielo. Cuando un barco terminado se deslizaba hacia el agua sobre uno de esos inmensos armazones, el espectáculo siempre era edificante. Le producía regocijo ya desde pequeño.

Al cabo de un rato se despidió con un movimiento de cabeza y echó a andar asimismo hacia los despachos. Allí todo el mundo lo conocía, todos sabían que trabajaba para Oolkert y nadie cuestionó su presencia.

Ya en el pasillo oyó las dos voces. Se acercó sin hacer ruido y se detuvo ante la puerta de Oolkert. Estaba cerrada, pero si ponía la oreja contra el resquicio oiría lo que estaban hablando dentro.

—¿El incremento de presión del vapor no requerirá también una mayor ventilación? —Como de costumbre, la voz de Oolkert era serena y fría.

La respuesta de Franz fue bastante menos tranquila:

—Pamplinas, tenemos portillas y escotillas, con eso basta. Un sistema de ventilación artificial

para los trabajadores sería demasiado caro. Aquí puedes ver los cálculos. Y ese también es uno de los motivos por los que mi padre se niega a aceptar las nuevas calderas ovaladas.

—¿Considera que el riesgo es demasiado elevado?

—Para la tripulación, sí. De vez en cuando se producen explosiones de la caldera, y eso es algo que tampoco es capaz de evitar el sistema de ventilación. Tendríamos que conectar la ventilación directamente con las calderas, pero no resulta factible. Además, sin el sistema de ventilación también ahorramos espacio.

—He oído que con las viejas calderas ya se superan los setenta grados —objetó Oolkert—, y eso es arriesgado no solo para la tripulación, sino también para los barcos. No me malinterpretes, estoy absolutamente a favor de instalar las nuevas calderas, pero si queremos construir barcos modernos tendremos que valernos de la técnica más novedosa. Solo quiero estar seguro de que es factible.

—De todas formas, los hombres están acostumbrados a soportar temperaturas altas. A fin de cuentas nadie se hace fogonero o carbonero si no es capaz de aguantar algo así. —Franz rio con frialdad—. Y, en cualquier caso, pérdidas siempre hay. Pero es justificable siempre que primen los beneficios a largo plazo.

Jo arrugó la frente: ¿qué estaba diciendo Franz? ¿Querían instalar calderas aún más eficaces reduciendo costes? Las condiciones de los trabajadores en los compartimentos de las salas de calderas apenas eran soportables ya. Oolkert tenía razón, cuando se abrían las hornillas el calor hacía reventar los termómetros. Muchos de los hombres sufrían ya entonces un golpe de calor o espasmos musculares. Los perjuicios para la salud eran enormes. Debido al incremento cada vez mayor de la presión del vapor, con frecuencia se producían roturas en las tuberías o rebosaban las calderas.

El carbón, que se almacenaba en las carboneras del barco, entrañaba un riesgo adicional, ya que se podía encender con facilidad. En particular las carboneras que no estaban completamente llenas constituían una fuente de peligro, pues en ellas se formaba monóxido de carbono, un gas tóxico que después los hombres respiraban. Eso por no hablar de los riesgos a los que de todas formas se hallaban expuestos al tener que trabajar durante semanas bajo cubierta, en las carboneras de techo bajo en las que a menudo ni siquiera podían mantenerse erguidos. Cuando tenían que limpiar o reparar las calderas, descendían a las calientes cavidades envueltos en sábanas húmedas. Fiete era un ejemplo de lo que ese trabajo le hacía a uno a la larga. Y ahora ¿se suponía que esas condiciones iban a empeorar más aún? Y, ya puestos, ¿desde cuándo trabajaban juntos Oolkert y los Karsten? ¿Habían logrado ablandar al viejo?

—La Hapag ya ha instalado las calderas, me he estado informando. —La voz de Franz ahora era más perentoria—. Debemos seguir el ritmo del progreso, y he estado hablando con nuestros maquinistas. Teóricamente, claro está. —Se oyó un ruido. Tal vez estuviera extendiendo los planos que había llevado—. Además de las calderas ovaladas, también necesitamos espacio de almacenamiento adicional. Esto también lo he estado rumiando y, en este sentido, debemos

proceder con la mayor precaución. Así es como yo lo veo: estrecharemos los camarotes. Con la longitud no hay nada que hacer, la mayoría de los hombres son altos, pero el ancho podemos recortarlo un tanto. Cincuenta centímetros de catre por hombre deberían bastar. Las taquillas también las podemos reducir y el lavamanos va fuera, lo sustituiremos por unas tinas. Al fin y al cabo, a cambio tienen luz eléctrica, no se pueden quejar.

Jo no podía creer lo que estaba oyendo. La fría premeditación que destilaba la voz de Franz hizo que le hirviera la sangre.

Durante un momento al otro lado de la puerta reinó el silencio.

—Me gusta. De ese modo ganaremos espacio para los depósitos —observó Oolkert con tono pensativo.

Jo pegó la oreja más a la puerta. «¿Qué depósitos?»

—Exacto. Así nuestros hombres de confianza podrán vigilar la mercancía en todo momento y, sin embargo, esta estará a salvo en las entrañas del barco. El opio ha de almacenarse en condiciones óptimas, no puede estar cerca de las salas de máquinas, pero tampoco podemos dejarlo en la cubierta de pasajeros. Como es natural, es preciso que ningún miembro de la tripulación sepa nada. Creo de corazón que es la mejor opción para los barcos de la ruta de la India.

Jo estuvo a punto de soltar un silbido. Conque de eso se trataba. Ahora por fin sabía por qué desde hacía meses le habían encargado que aguzara el oído con los Karsten.

Franz estaba en el ajo.

Algo con lo que Jo no contaba. Así que la India. Bien, era obvio. Probablemente la «mercancía» pudiera introducirse en la India por vía terrestre desde China. El viejo Karsten no tenía ni idea de lo que se acababa de hablar en ese sitio, Jo habría apostado la cabeza a que era así. Y, por lo visto, Oolkert tampoco se fiaba del todo de su nuevo socio.

Jo no sabía qué hacer con la información que había recabado. A Lily no podía contárselo, acudiría de inmediato a su padre y entonces se descubriría que él había estado espiando... y que los dos estaban en contacto. Y eso no podía pasar bajo ningún concepto. No podía impedir que construyeran barcos cuya eficiencia fuese en detrimento de la tripulación. En definitiva, eso siempre era así. Y si el volumen de comercio aumentaba también sería beneficioso para él. Sus hermanos tenían que comer, a su madre siempre le iría bien más dinero. Pero lo que había escuchado no le hacía ninguna gracia. Además, le preocupaba que el hermano de Lily, movido por su codicia, se viese envuelto en asuntos que pudieran perjudicarla a ella en último término.

Hacer negocios con Oolkert siempre era arriesgado.

Pero por el momento no podía hacer nada. Sencillamente debía seguir como hasta entonces: mantener los ojos y los oídos bien abiertos y no fiarse de nadie.

Henry estiró el brazo.

—Mira, ahí. Ya se ven las torrecillas.

Lily se inclinó en el carruaje y su pecho rozó sin querer el brazo de él, que debió de interpretarlo como una invitación a acercársele, ya que de pronto la cogió por la cintura y la atrajo hacia su cuerpo. Normalmente Lily deseaba que él dejase de lado de una vez las convenciones y mostrara un poco de pasión, pero ese día se puso rígida con su contacto.

—¡Oh, son preciosas! —exclamó.

—Como tú —le susurró Henry al oído, y a pesar de sus contradictorios sentimientos Lily no pudo evitar sonreír.

Hacía tiempo que se sentía terriblemente confusa en su presencia. Ya no sabía si ansiaba su contacto o lo rehuía, ni si tan siquiera le gustaba él. A veces tenía ante ella el Henry de antes, al que aún creía querer, pero de pronto aparecía ese hombre casi desconocido al que no se sentía tan unida como debería. Ya no sabía si ese sentimiento había existido antes y lo había perdido o si se había dejado cegar por su buena presencia y su encanto. Si solo se esperaba de ella que lo idolatrase. Siempre que le asaltaban estos pensamientos se ponía muy nerviosa.

—Me muero de la curiosidad —afirmó para centrar sus pensamientos de nuevo en la villa. La casa que apareció en la pequeña elevación era, en efecto, magnífica.

—Y hasta se ve Wentzelburg —anunció Henry henchido de orgullo. Al otro lado del lago Justusteich, Lily contempló el castillo de piedra rojiza.

—Creo que han exagerado un tanto —opinó ella entre risas—. Es cierto que la suya es una familia numerosa, pero ¿es preciso levantar un pequeño castillo?

—El que puede puede —contestó Henry, encogiéndose de hombros—. En cualquier caso, aquí estaremos rodeados de la mejor compañía.

—Muy cierto —convino Lily.

—Seguro que el agente inmobiliario ya está esperando, me ha prometido que te encantará la casa. Como es natural, tendremos que efectuar algunas reformas, pero encanto está claro que tiene —aseveró.

—¿No es muy cara? —preguntó Lily con escepticismo mientras contemplaba de nuevo la villa con sus pequeñas almenas y torrecitas, por cuyo camino de acceso subían ahora.

—Nada es demasiado caro para ti, mi pequeña Lily —aseguró Henry, y se inclinó para besarla.

Cuando sus labios se tocaron, Lily no sintió lo que debería. Se separó de él y le regaló una sonrisa. Confiaba en que pareciese de aprobación y enamoramiento al mismo tiempo. «Debo dominarme», pensó asustada.

Henry se retrepó en el carruaje y observó a Lily. La verdad era que ese día estaba para comérsela. Tenía las mejillas luminosas y olía al perfume que él le había regalado. Le habría gustado abalanzarse sobre ella allí mismo, en el carruaje, algo que por supuesto no podía ser.

Últimamente se había vuelto un poco tímida, algo había cambiado, o al menos esa sensación le daba a él. Cuanto más cerca estaba la boda, tanto más parecía distanciarse de él. Pero quizá fuese normal, había oído a menudo que antes de su gran día a las mujeres les entraba miedo. Era probable que temieran lo que les esperaba en el lecho conyugal, pero a ese respecto ella no tenía de qué preocuparse, pensó, y sonrió para sus adentros. Se encargaría de que en ese sentido por él no tuviera problema. Lo principal era que Lily se quedase encinta. A ser posible, antes incluso de que abordaran la cuestión de quién pagaría la casa. Él jamás podría permitírsela; sus padres intervendrían; aunque solo fuera para salvar las apariencias, era decisivo que el hijo dispusiese de una casa como era debido, y cuando hubiera firmado el contrato su padre nunca permitiría que rompiese el acuerdo. Pero una vez que hubiese emparentado para siempre con los Karsten, seguro que podría confiar en que Alfred lo respaldaría. Henry debía dejarle claro lo difícil que era ganar lo suficiente como médico con consulta propia para mantener a su hija como correspondía y, sin duda, se mostraría generoso. ¿Qué se apostaba incluso a que la villa sería su regalo de bodas? Si dejaba caer las debidas indirectas y, tal vez, empujaba un poco a Lily en la dirección adecuada para que ella encauzase a su padre...

Después de la visita Henry quiso hablar un momento con el agente.

—Sal un instante al jardín, querida. Seguro que esto te aburrirá —adujo con una sonrisa.

A Lily le habría gustado quedarse a escuchar, pero los hombres ya se habían retirado, de manera que lanzó un suspiro de resignación y salió fuera. Fue por la hierba hasta la orilla del lago y se sentó en el embarcadero. Contempló la villa llena de tensión. La casa era todo cuanto había soñado. Casi podía ver a sus hijos correteando por el jardín, casi podía escuchar sus risas inundando las habitaciones. Antes, esa visión la habría colmado de dicha, pero ahora ya no sabía lo que sentía, tan solo notaba un profundo desasosiego en su interior, una aversión a atarse. Le costaba admitirlo pero, a esas alturas, casi temía el matrimonio, temía que la dependencia que conocía hasta ese momento diera paso a otra, una nueva en la que no sabía lo que le esperaba.

Durante un rato permaneció sentada así, escuchando los sonidos del agua y dejando vagar los pensamientos. El deseo de meter los pies en el agua era fuerte, pero no se atrevió a quitarse los zapatos y las medias. Una dama no mostraba nunca los pies o los tobillos, bajo ninguna circunstancia. Se lo habían inculcado y recalcado tanto su abuela como su madre. En una ocasión Sylta había comentado a media voz lo extraño que resultaba que las mujeres pudieran exhibir los pechos y que, en cambio, los dedos de los pies fuesen algo reprobable, pero Lily no estaba segura de haberla oído bien y cuando su abuela preguntó si se podía saber qué farfullaba Sylta, se limitó a restarle importancia con un gesto. Sí que era una norma extraña, pensó Lily ahora, y le sorprendió que nunca la hubiese cuestionado.

Como tantas otras cosas en su vida.

Aunque no le veía el sentido, tampoco se atrevió a oponerse a ello. Mientras contemplaba el

agua, en la que las algas y hojas verdes se mecían con una lentitud hipnotizante en la suave corriente, Lily se paró a pensar en la cantidad de cosas que no podía hacer.

Sabía que había crecido en el seno de una familia relativamente liberal y abierta. Cuando Lily tenía quince años, su vieja institutriz dejó el puesto porque tenía que cuidar a su madre, que había enfermado. Sus padres renunciaron a contratar a otra, aunque casi ninguna muchacha de la edad de Lily podía poner un pie fuera de casa sin ir acompañada. «De todas formas te casarás pronto, para qué te vas a tomar las molestias de acostumbrarte a una nueva institutriz a la que tendremos que despedir dentro de poco», había alegado en su día su madre. Como era natural, Kittie se opuso y protestó con vehemencia, pero debido a Michel sus padres tenían miedo de contratar a empleados nuevos, puesto que siempre era un riesgo. Uno nunca sabía a quién metía en casa, si sería o no alguien chismoso. Una institutriz conocía todos los secretos de la familia, había que confiar en ella y tenerla alrededor debía resultar agradable. Lily tenía en gran estima a Elsa y se alegró de que no le encontrasen una sustituta.

Aunque en un primer momento se sintió algo sola, poco después ya le supuso un alivio que nadie la vigilase a cada paso que daba. Ahora iba sola en el carruaje a la escuela de música y a la clase de danza. Al principio Sylta aún controlaba estrictamente sus idas y venidas, pero como Lily siempre había sido buena y obediente, nunca llegaba tarde y ni siquiera se planteaba hacer algo que pudiera disgustar a sus padres, no tardó en darse por vencida.

Lily era consciente de que todo lo que había sucedido la semana anterior jamás habría podido pasar si Elsa aún estuviera en casa. No habría vuelto a ver a Jo, no habría ido sola al Gängeviertel y, con toda seguridad, Elsa se habría dado cuenta de que Lily se escabullía por la noche de casa, echaba a perder los zapatos con el barro del puerto y robaba comida de la cocina. «¿En qué te has convertido, Lily Karsten?», pensó, y de pronto no pudo evitar sonreír. Le gustaba la nueva Lily. Después levantó la cabeza y vio que Henry cruzaba el jardín hacia ella. Parecía satisfecho, el cabello dorado ondeaba con la ligera brisa estival. Ella se mordió los labios.

A Henry le gustaba la otra Lily.

Pero ella no estaba segura de si seguía existiendo.

12

Sentado en la cama, Karl se sostenía el brazo. Su madre estaba arrodillada delante de él y daba toquecitos con un trapo alrededor de la herida. Parecía furiosa.

Asustado, Jo dejó la bolsa con pan y patatas que había traído del mercado.

—¿Qué ha ocurrido?

Fue con su hermano y le enjugó las lágrimas del rostro con los pulgares. Después examinó con cuidado la herida que Karl tenía en el brazo: era grande y sangraba profusamente, se veían con claridad dos orificios allí donde los dientes se habían hundido en la carne.

Su madre lavó el trapo mientras maldecía con furia para sus adentros.

—Se ha puesto a jugar otra vez con perros y el chucho asqueroso lo ha mordido. Te lo he dicho cientos de veces, pero tú ni caso, y ahora mira lo que ha pasado.

Karl bajó la vista avergonzado. Las lágrimas le corrían por la cara sucia. Jo se arrodilló, la herida le parecía preocupante.

—Es profunda —observó.

—Lo sé. —Su madre se había calmado un tanto—. Se la voy a coser.

Asustado, Karl pegó un grito, pero ella lo regañó:

—Eso es lo que pasa por no obedecer.

Jo se levantó.

—Mira que pasarle ese trapo sucio por la herida —amonestó a su madre—. Ya sabes que el agua viene de los canales.

—¿Qué importancia tiene? Deberé retirarle la sangre —contestó ella.

—Conozco a una persona que trabaja cerca, podría ir a buscarla —propuso Jo—. Es una herida grande, será mejor que no hagamos nada nosotros.

Al igual que el resto del barrio, a lo largo de los años su madre había cosido numerosos arañazos y heridas menores de sus hijos, pero esa mordedura parecía peligrosa y Karl tenía la piel del brazo desgarrada.

—No me soltaba —gimoteó su hermano pequeño ahora, y volvieron a saltársele las lágrimas.

—Voy por ella. Átale algo para que deje de sangrar —indicó Jo a su madre.

—¿Ella? —Su madre lo miró con cara de asombro.

—Sí, es una mujer, pero ha estudiado Medicina.

—Pero eso es imposible. Y ¿qué hay del doctor Rauschert? —preguntó su madre estupefacta.

—Ese charlatán le acabará cortando el brazo y encima te hará pagar por ello —objetó Jo—.

¿Dónde estaba el perro? —repuso después a su hermano—. Si muerde a niños no debería andar suelto. ¿O lo has hecho enfadar?

Karl se sorbió los mocos.

—No. Yo solo quería acariciarlo. Parecía tan mono... Detrás, en el patio de los Hansen.

Jo asintió, era la casa de enfrente. Iría a ver el chucho, quizá le diera una buena patada.

—Bien, ahora voy a por la doctora —decidió, desoyendo las protestas de su madre—. Confía en mí —dijo al tiempo que cogía la gorra.

Poco después llamó a la puerta del asilo. En el pasillo había sentados ancianos y enfermos que a todas luces no vivían allí, sino que esperaban para que los tratasen. Jo se preguntó qué sucedería si seguía corriéndose la voz de que allí daban consejos médicos de balde. La casa ya estaba a reventar. Emma estaba jugando con fuego.

—Voy ahora mismo —repuso esta cuando Jo le contó lo sucedido—. Lo siento, me tengo que ir, es una emergencia. Seguimos mañana por la mañana —informó en voz alta, y se oyó un refunfuño generalizado que Emma desoyó—. Terese, si alguien se encuentra muy mal, dile que espere. A los demás mándalos a casa. —Cogió su bolso y su cesta y fue detrás de Jo.

—¿Cuándo ha pasado? —preguntó mientras caminaba a buen paso a su lado.

—No hace mucho. Nada más llegar a casa lo he visto bañado en sangre. Mi madre quería coserle la herida, pero me ha parecido que era demasiado grande.

—Bien. Con algo así no se juega. ¿Dónde está el perro?

—Creo que en casa de los vecinos. Después me ocuparé de él —replicó Jo.

—No me ha entendido usted: debo ver al perro.

—¿Por qué? —inquirió él sorprendido.

—Puede que esté enfermo —respondió Emma con una evasiva.

Jo asintió.

—De acuerdo. En ese caso iremos primero a verlo.

Al dar la vuelta a la esquina oyeron que alguien los llamaba.

—¡Lily! —exclamó Jo, pasmado, y pese a lo preocupado que estaba no pudo evitar sonreír.

Emma levantó la vista asustada y vio que su amiga corría hacia ella.

—Oh, no, me he olvidado por completo de ti —se disculpó.

—¡Hola! Qué casualidad. Quería ir a visitar a Emma al asilo para ver cómo trabaja —explicó Lily con las mejillas enrojecidas cuando llegó hasta ellos—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

Miraba con recelo a uno y a la otra. ¡Estaba celosa! «Ay, Lily», pensó Emma. Era evidente que su amiga sentía algo por Johannes Bolten. Y él también por ella, a su juicio. Y eso no era nada bueno. Lily debía tener cuidado, mucho cuidado.

Jo resumió lo que había sucedido y Lily se puso blanca.

—Pobre Karl —lamentó.

—Debemos encontrar al perro —afirmó Jo—. Emma lo quiere ver.

No tuvieron que buscar mucho, el animal estaba tendido en el patio trasero de la casa vecina. Se veía desde lejos que le pasaba algo. De la boca le caía una baba blanca, la lengua le colgaba fuera, había vomitado y, al verlos e intentar levantarse, las patas traseras al parecer no le respondieron; se le doblaron y no soportaron su peso. Primero gimoteó y después ladró con agresividad.

Al verlo Emma se quedó de piedra. «Oh, no —pensó, y se le puso la piel de gallina—. Por favor, no.» Se acercó con cuidado al animal y lo observó un instante con atención. No cabía la menor duda. Su peor sospecha se había confirmado. Miró a Lily y a Jo, y dijo en voz baja:

—Rabia.

Lily notó que, junto a ella, Jo se estremecía como si lo hubiesen abofeteado.

—¿Qué? —inquirió horrorizado, sentía que le faltaba el aire.

Emma se levantó, tenía el semblante muy serio.

—Debo cauterizar la herida en el acto, pero tal vez sea demasiado tarde. A veces se puede evitar la infección si se actúa deprisa...

—Entonces vamos, ¡¿a qué está esperando?! —bramó Jo con tal vehemencia que ambas mujeres se asustaron.

—Será muy doloroso —aclaró una jadeante Emma mientras corrían hacia la casa y subían la escalera a toda prisa—. También podría lavar la herida con lejía, pero ahora mismo no tengo y es más seguro retirar el tejido. La enfermedad puede tardar meses en declararse, pero como la mordedura de Karl está cerca del sistema nervioso, eso no es probable. Más bien será cuestión de días. —Emma sonaba tranquila y objetiva como siempre, pero estaba claro que dudaba del éxito de lo que se proponía.

Sus palabras hicieron que a Lily se le encogiera el estómago. Intuía que iban a presenciar algo terrible; le habría gustado dar media vuelta y salir corriendo.

—Tiene una oportunidad —aseguró Emma ahora—. Tal vez con suerte... —Después abrió la puerta—. Debemos empezar. Necesito agua hirviendo y fuego, de inmediato.

La madre de Jo protestó con vehemencia cuando supo que Emma se proponía cortarle un pedazo de carne a su hijo.

—¿Es que estáis mal de la cabeza? ¡¿Queréis que esta curandera mutile vivo a mi Karl?! —gritó, y quiso abalanzarse sobre su hijo.

Jo primero intentó tranquilizarla, pero después se le acabó la paciencia. La cogió sin más ni más por la cintura y la sacó de casa, igual que a sus hermanos, que miraban en silencio asustados.

—¡Vosotros quedaos fuera, y no quiero oír decir esta boca es mía, ¿entendido?! —espetó, y lo dijo gritando de tal modo y con tanta ira que hasta su madre dejó de resistirse y se sentó en la escalera temblando, con el rostro blanco. Jo se arrodilló delante de ella—: Estoy convencido de que es lo correcto —aseguró—. Es médica, sabe lo que hace. Si no lo ayuda, Karl podría morir.

Tras mirarlo un instante su madre enterró el rostro en las manos y empezó a sollozar desenfrenadamente. Jo cerró la puerta y echó el cerrojo.

Para entonces Emma había abierto el maletín y había extendido los instrumentos en la mesa. Sentado en la cama, Karl estaba blanco como la pared. En ese momento a Lily le pareció sumamente pequeño y frágil. Jo se sentó a su lado, le pasó un brazo por los hombros y le explicó en voz baja lo que iba a pasar. El niño empezó a llorar y se resistió, pero Jo lo agarró con fuerza y le habló con paciencia.

Después Jo se levantó y llevó a Emma aparte.

—¿No puede hacer algo para que sea más soportable? —preguntó, pero ella hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No tengo cloroformo y ya no hay tiempo para buscarlo. Pero le daré láudano. Y creo que no tardará en perder el conocimiento —contestó en voz queda.

Fue peor de lo que Lily esperaba. Después de que ella encendiese el fuego y Emma lo preparara todo, Jo sujetó con firmeza a Karl y lo inmovilizó en la cama. A continuación Emma le administró un poco de láudano. Habló de manera tranquilizadora con el pequeño, que lloraba y la miraba con los ojos muy abiertos, despavorido, para intentar distraerlo.

Ya con el primer corte Karl empezó a chillar como un condenado y casi en el acto su madre se puso a golpear la puerta hecha una furia. Pero Jo había echado el cerrojo, así que la mujer no pudo hacer nada salvo llamarlos desesperadamente. Karl se retorcía como una anguila en brazos de su hermano. Sus piececillos tamborileaban sobre la cama y pedía que lo soltara. Jo permanecía muy tranquilo, con la cara como petrificada. Inmovilizaba a su hermano contra la sábana y le sujetaba con fuerza la cabeza, que el niño comenzó a sacudir como un loco. Lily vio que Jo apretaba los dientes de tal modo que las mejillas se le crisparon.

Por suerte, Emma no se equivocó con su pronóstico y poco después Karl perdió el conocimiento. Su sangre no tardó en empapar por completo la sábana. Lily contemplaba su carita blanca, contraída y bañada en sudor, y sintió un gran desvalimiento.

Su amiga trabajaba deprisa y concentrada, pero a pesar de todo a Lily aquello se le antojó una eternidad. Cuando por fin terminó, Emma se levantó, sacó del maletín una varilla negra con un disco redondo en el extremo y fue con ella al hogar. Abrió la puertecilla de la cocina e introdujo la varilla en el fuego.

—Mientras está dormido, además, cauterizaré la herida. Es lo más seguro —aseveró.

Jo asintió en silencio. Poco después, cuando el pequeño disco del extremo de la varilla al rojo tocó la herida de Karl, se oyó un chisporroteo. Jo pegó un respingo y se puso completamente blanco. Lily se apresuró a mirar hacia otro lado. Acto seguido la habitación se inundó de un

penetrante olor a carne quemada. A Lily de pronto se le revolvió el estómago. No lo pudo evitar, fue algo súbito. Se tapó la boca con las manos, corrió hacia el hogar y vomitó en una cacerola.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Jo cuando poco después volvió a la cama. Ella solo pudo hacer un movimiento afirmativo. Las manos le temblaban y sentía una extraña flojera en las piernas.

—Lo siento —se disculpó con aire compungido, pero Emma le quitó importancia.

—Les pasa incluso a enfermeras con experiencia, no te preocupes. Bebe un poco de agua y siéntate. —Sentó a Lily en una silla y le dio un vaso. Le levantó un instante los párpados con los pulgares, le puso una mano en la frente y después fue de nuevo al hogar con pasos enérgicos para calentar otra vez la varilla.

Lily le dirigió una mirada de admiración. Emma estaba muy tranquila y concentrada, con los ojos castaños entornados. «Es una médica nata», pensó. Fue a levantarse, pero las piernas no le respondieron y se dejó caer deprisa en la silla.

Cuando Emma bajó de nuevo el hierro candente sobre la herida, el metal se hundió otra vez en la carne del niño, quien de repente dio una sacudida y se incorporó. Jo no reaccionó con bastante rapidez y Karl le arañó la cara a Emma e hizo que soltara la varilla de las manos de golpe. Pero ella le agarró la muñeca y lo retuvo. Jo lo cogió por los hombros y lo tendió de nuevo. Karl gritaba de tal modo que Lily retrocedió contra la pared y se tapó los oídos. Pero entonces vio que ambos luchaban contra el agitado niño, que estaba fuera de sí y tenía la fuerza de un toro debido al dolor, y corrió de nuevo junto a la cama para ayudar a sujetarlo.

—Mantenedlo contra la cama, ya no me queda mucho —aseguró Emma mientras apoyaba medio cuerpo sobre Karl para inmovilizarlo con su peso.

Cuando Lily y Jo lo tuvieron bajo control, ella se retiró y fue una última vez al hogar. A Lily le pareció que tardaba una eternidad sosteniendo el hierro en el fuego mientras Karl sollozaba y gimoteaba bajo sus manos. Jo le hablaba sin cesar, le prometió una sorpresa cuando todo aquello hubiera pasado y musitó palabras tranquilizadoras que al parecer el niño no oyó. Durante un segundo dejó de mirar a su hermano pequeño para fijarse en Lily. En sus ojos se reflejaba el miedo. A ella le habría gustado consolarlo pero no se le ocurrió una sola palabra que pudiera proporcionarle algún alivio.

Después, todo terminó. Emma preparó una pasta de resina con la que embadurnó la carne quemada, y a continuación vendó el brazo. Después lavó el rostro sudoroso de Karl, que para entonces volvía a estar medio inconsciente en la cama. Los párpados le vibraban como si tuviese fiebre y su pecho subía y bajaba siguiendo una respiración pesada.

—Ahora su cuerpo lucha contra el dolor y contra la herida que le ha infligido la cauterización. Hay que impedir que se inflame a toda costa, vendré a verlo todos los días —dijo Emma en voz baja mientras le retiraba con ternura a Karl un rizo húmedo de la frente.

—¿Hay algo que yo le pueda dar? —quiso saber Jo.

Emma vaciló un instante.

—Por supuesto. Morfina pura, por ejemplo. El láudano a fin de cuentas es una disolución. Pero yo no tengo, y hay que dosificarla con mucho cuidado, en particular tratándose de un niño tan pequeño. U opio. Pero con el opio hay que tener todavía más cuidado porque la dosis es difícil de calcular. A un niño de pecho incluso cantidades mínimas podrían matarlo. Y Karl sigue siendo pequeño y ahora mismo está muy débil.

Jo asintió.

—Voy ahora mismo.

Emma se acercó a la cama y observó al niño, que dormía.

—Dele un remedio más fuerte solo cuando sea absolutamente necesario y siempre una dosis mínima —advirtió de nuevo a Jo, que asintió con aire de preocupación. Luego recogió sus utensilios.

Jo dejó que entrara la familia, que se reunió de inmediato alrededor de Karl. Lily acompañó a su amiga a la puerta.

Emma exhaló un suspiro hondo cuando la abrazó al despedirse.

—Creo que los próximos días sabremos lo que hay con certeza.

Lily se limitó a asentir.

—Gracias por ayudarlo.

—No sabemos si lo he ayudado. Si ya estaba contagiado lo habré hecho pasar por un suplicio en vano —replicó Emma con una expresión extraña en el rostro.

—¿Qué pasará si a pesar de todo se ha contagiado? —quiso saber Jo, que se acercó a ellas. Estaban a la puerta y ahora él hablaba en voz baja para que no lo oyesen dentro.

Emma vaciló un instante. Se veía que habría preferido no contestar. Jo la cogió por los hombros.

—Dígamelo, debo saberlo —pidió encarecidamente.

Ella asintió.

—Tendrá fiebre, dolor de cabeza y náuseas. Después dejará de comer. Los músculos de la garganta se inflaman y tampoco podrá beber nada. Es terrible, a menudo basta con que los enfermos vean agua para que enloquezcan. Acaban teniendo tanto miedo al dolor que les provoca tragar que incluso dejan que la propia saliva les caiga por la boca. —Mientras hablaba miraba a Jo a los ojos, y él no rehuyó su mirada, pero Lily vio que le costaba mucho—. Se volverá muy agresivo debido a los dolores, cualquier estímulo, cualquier roce, incluso la luz del sol lo hará enloquecer —siguió explicando Emma en voz baja—. Se le irá un tanto la cabeza, a menudo las personas desvarían y pierden la razón. Los espasmos y la inquietud acabarán cesando, después suelen aparecer señales de parálisis. —Ahora su voz era poco más que un susurro.

Jo tenía tal cara de espanto que a Lily le dio la sensación de que no podría soportarlo más.

—¿Cómo será el final? —preguntó con la voz empañada.

Emma carraspeó.

—La mayoría de las veces los pacientes caen en una especie de coma y se produce un paro respiratorio. La muerte es relativamente indulgente, casi siempre los enfermos se entregan sin más, sin volver a despertar —concluyó con suavidad.

—¿Cuánto puede tardar? —inquirió Lily, pues vio que Jo ya no podía hablar. Se frotaba el rostro con ambas manos y lanzaba gemidos desesperados.

—De unos dos a diez días tras la aparición de los primeros síntomas —respondió su amiga—. No se puede predecir cuándo empezarán. —Agotada, Emma se volvió y empezó a bajar la escalera.

Lily la siguió con la mirada hasta que su menuda figura hubo desaparecido en el oscuro pasillo y se quedó un rato escuchando sus pasos. Luego se percató de que Jo hacía ademán de seguir a Emma.

—Iré a buscar algo para el dolor —aclaró con voz bronca, y se dispuso a pasar por delante de Lily.

Asustada, ella lo cogió del brazo.

—Espera, voy contigo.

Él negó con la cabeza.

—Ni hablar, debo ir a St. Pauli, a ti no se te ha perdido nada en ese barrio.

Lily se mordió la cara interna de la mejilla. Ojalá él dejara de una vez de intentar protegerla de todo y de todos como si fuese una muñeca frágil.

—Por favor, no quiero quedarme aquí sola. —Señaló la cama con un gesto. Allí estorbaba; la familia de Jo, que ahora lloraba quedamente alrededor del pequeño Karl, necesitaba tranquilidad, no a una desconocida que estuviera plantada allí de brazos cruzados mirándolos.

Durante unos segundos dio la impresión de que Jo lo pensaba, a regañadientes, pero después accedió exhalando un suspiro.

—Está bien, ven. Pero no quiero oír ninguna queja.

—¿Alguna vez me he quejado estando contigo? —espetó Lily ofendida, pero él ya estaba bajando a la carrera. Lily cerró con cuidado la puerta y antes echó un último vistazo a la carita blanca de Karl. Le partió el corazón.

En la calle, Jo se detuvo un momento y se pasó la mano por la frente mientras esperaba a Lily, que con el vestido que llevaba no podía bajar tan deprisa. Debía calmarse, tenía los nervios de punta. Su preocupación por Karl se traducía en una ira sorda. ¿Por qué su hermano nunca le hacía caso? ¿Por qué tenía que ponerse a jugar con perros salvajes? ¿Por qué existían enfermedades tan terribles de las que morían niños pequeños sufriendo dolores infernales? ¿Por qué no había estado él allí? La idea de que pudiera perder a otro hermano era insoportable. El corazón se le encogió de tal forma durante un instante que pensó que le estallaría. A lo largo de los diez últimos años había luchado para evitar precisamente eso. Se había matado trabajando

para ofrecerles una vida segura, había vendido su alma al cerdo de Oolkert..., ¿para que ahora un chucho sarnoso lo destruyera todo? Vio el rostro de Leni, con su voz dulce y su cuerpecillo blanco, sobre el que se había cerrado la tapa del ataúd. Casi no podía reprimir las lágrimas, frunció el ceño con todas sus fuerzas para contenerlas. No lloraba desde hacía doce años y no iba a empezar a hacerlo ahora. Pero, qué demonios, le habría gustado romper algo, no sabía qué hacer con lo que sentía. Santo cielo, dónde estaba Lily, ya llevaba una eternidad esperando allí abajo. Se volvió con impaciencia.

Cuando salió de la casa, poco después, él le espetó:

—Maldita sea, si quieres venir tendrás que seguirme el ritmo. Karl podría despertarse de un momento a otro y debo estar a su lado.

Lily se estremeció, pero no dijo nada, se limitó a asentir, completamente blanca, y apretó el paso. Al cabo de un rato, en el que fue delante a toda prisa, Jo se tranquilizó. El aire fresco y el sol le hicieron bien. Poco a poco fue recuperando la cordura. Volvió la cabeza y se dio cuenta de que Lily tenía la cara roja y respiraba pesadamente. Iba justo detrás de él, pero era evidente que le costaba seguir su ritmo.

Jo se detuvo de golpe.

—Lo siento. Estaba... —No sabía qué decir, pero vio en la mirada de Lily que no estaba enfadada con él.

—No pasa nada, lo entiendo. Si se tratara de M... Si se tratara de mi hermano... —No pudo continuar; apoyó las manos en las caderas, respirando con dificultad.

Jo soltó un gemido para sus adentros. Se estaba comportando como un auténtico idiota; Lily se iba a desmayar de un momento a otro. Tenía que calmarse, pensar en otra cosa.

—Iremos más despacio. Karl aún está bajo los efectos del láudano, no le hará falta nada enseguida —razonó, y la miró con cara de preocupación—. ¿Te encuentras bien?

—Sí —aseguró Lily jadeando y pasándose la mano por la frente—. Odio los corsés, con ellos es imposible respirar.

—Pero sientan bien —adujo él sorprendido de que pudiera bromear de nuevo. Lily no pudo evitar sonreír.

—Esa es la idea.

Respiraba con dificultad, él vio que le costaba llenar de aire los pulmones.

—Despacio —ordenó Jo, y caminó a su lado con tranquilidad.

—Podríamos... coger un coche de punto —propuso Lily entre jadeo y jadeo, pero él negó con la cabeza.

—No, al sitio al que vamos no se llega en carruaje. Ya llamarás bastante la atención de todas formas.

—¿Ah, sí? ¿Adónde vamos exactamente? —preguntó ella con curiosidad.

—Al barrio chino —fue la parca respuesta.

—¿Al barrio chino? —preguntó Lily asombrada—. ¿Eso qué es?

—Bueno, el nombre es engañoso porque en realidad no es un barrio, sino tan solo unas casas en la calle Schmuckstrasse. Allí se han asentado los amarillos, entre los daneses y los prusianos. —Soltó una risa apagada—. Pero esa colonia en miniatura no para de crecer y estoy seguro de que a lo largo de los próximos años vendrán muchos más aún. Cuando las compañías navieras abran nuevas rutas a China, serán cada vez más, créeme. ¿Nunca ha hablado tu padre de ello? — Jo la miró atentamente. Sería interesante averiguar si el viejo Karsten se hallaba al tanto de los planes de su hijo—. Estoy seguro de que él también se planteará si no quiere ampliar el negocio a Asia. En América e Inglaterra cada vez se están extendiendo más, allí ya hay auténticas barriadas chinas.

—Ni siquiera sabía que había chinos en Hamburgo. —Muy a pesar de Jo, Lily no contestó a su pregunta.

Él asintió y señaló un pasadizo estrecho en el que entraron acto seguido.

—Sí, viajan en los barcos de vapor, donde trabajan de fogoneros y carboneros, que son los que alimentan las calderas —contó—. Un trabajo horrendo: hace calor, huele mal y, encima, es peligroso. En comparación con ellos hasta los limpiadores de los canales lo tienen fácil, por lo menos caminando por el fango no se abrasan. Nadie lo quiere hacer, por eso han empezado a contratar a los pobres chinos, que piden mucho menos dinero que los demás. Y se queman literalmente. Es un negocio cada vez más lucrativo, y algunos de ellos acaban aquí; no tienen esposa ni dinero, no hablan la lengua y tampoco les gusta la comida, pero ya no quieren o no pueden subirse a un barco. Entonces se quedan y abren locales y negocios para sus paisanos o..., bueno..., lavanderías. —Al ver que se atascaba, ella le dirigió una mirada inquisitiva, pero él continuó hablando deprisa. No había motivo para intranquilizarla tan pronto—. En St. Pauli ya hay dos puestecillos de comida. Son locales que ofrecen platos asiáticos. Al parecer allí los hay en cada esquina. Se te revolvería el estómago, no te imaginas las cosas que comen: patas de pollo y una especie de rana que... —Lo dejó estar al ver que Lily se llevaba una mano a la boca asustada.

—No, no, continúa. Solo estaba... —se apresuró a decir, y se tocó el cuello un momento.

—¿Horrorizada? —Jo terminó la frase por ella—. A mí me lo vas a decir, que las probé una vez.

—¡No es verdad! —exclamó con tal cara de susto que, pese a su mal humor, él no pudo evitar reírse.

—Te lo aseguro. Fue una prueba de valor a la que me enfrenté con Charlie. Y eso que yo salí bien parado porque las patas de pollo estaban bien crujientes. A él le tocó comer peces vivos. Se sorben con la sopa como si tal cosa. Después vomitamos los dos detrás del puesto; Charlie jura que notaba cómo se le movían en la barriga, fue... —Se volvió a callar al ver la cara de Lily. Pero ¿qué le estaba contando? A veces se olvidaba de con quién estaba, pero le sentó bien hablar sin comedimiento, hizo que dejara de pensar en su hermano—. Bueno, quizá me haya excedido al

explicártelo —observó. Y se rascó la barba incipiente de las mejillas cohibido. Lily debía de pensar que había nacido en el arroyo.

Ella le dedicó una sonrisilla.

—Jo, sobreviví a la letrina, ya estoy curada de espantos —aseguró, y él se rio de nuevo. Seguro que Lily era distinta de todas las damas con las que se había topado—. Pero sigo sin entender del todo qué estamos haciendo aquí —insistió, y él exhaló un leve suspiro. No era tan fácil desviar su atención—. ¿Tienen los chinos algún medicamento especial que pueda ayudar a Karl?

Él asintió.

—Se podría llamar así —repuso con cierta reserva.

Confió en que Lily no siguiera indagando, y se alegró cuando no preguntó cómo sabía él todo eso. En cualquier caso, ¿en qué estaba pensando? Mira que llevarla a ese sitio... Una vez más hubo de admitir que hallaba cierto placer en abrirle los ojos a la inocente hijita de buena familia para que supiese cómo era el mundo real. Las cosas que había visto Lily desde que se conocían... Heridas supurantes, una plaga de chinches, prostitutas. Y, pese a todo, ahí estaba. Claro que tenía desde el principio ese espíritu rebelde; a fin de cuentas se habían conocido cuando se presentó en el puerto subida a la bicicleta de su hermano con un vestido de encaje, armando con ello un pequeño escándalo en Hamburgo. Vio la noticia en la prensa amarillista y por primera vez en su vida compró un periódico para poder leer con tranquilidad el artículo que hablaba de ella. No, en modo alguno era tan impresionable como era de esperar en las damas, algo que curiosamente a él le gustaba. Aun así confiaba en que a esa hora del día no hubiese mucha gente en el lugar al que iban. Podía protegerla, como era natural, pasarle no le pasaría nada, pero ya solo las cosas que se veían allí...

Hacía unas semanas, sin ir más lejos, había visto a dos niñas asiáticas medio desnudas tiradas en un rincón, no tendrían más de once o doce años, completamente inconscientes. A saber lo que habrían hecho con ellas. Se planteó sacarlas de allí, pero de haberlo hecho habría corrido el riesgo de que se provocara un alboroto. Después se arrepintió, las noches siguientes durmió mal y tuvo sueños extraños. Al final volvió al sitio, pero las niñas ya no estaban y no pudo averiguar qué había sido de ellas. Si Lily veía algo así...

Supo que algo en él quería contarle toda la verdad, poder enseñarle todas las cartas. Porque cuando lo averiguase ya no querría volver a tener nada que ver con Jo. Y tal vez deseara que eso pasase más temprano que tarde, antes de que estuviese aún más loco por ella.

La miró de reojo un instante e intentó no fijarse en sus pechos blancos, que con su respiración aún jadeante subían y bajaban bajo el corpiño. Ya ahora le costaba no tocarla continuamente... Se avergonzó de que lo asaltaran aquellas ideas en ese preciso momento, pero Lily ejercía una gran influencia en él... Le habría gustado ponerla contra la pared allí mismo. Era como si su olor cobrase más intensidad. Su delicada piel blanca, los rizos pelirrojos que se le ensortijaban en la nuca... No se cansaba de mirarla. Nunca había coqueteado mucho tiempo con ninguna mujer solo

para pasar el tiempo con ella. El objetivo siempre había sido llevarla a la cama, y la mayoría de las veces tampoco necesitaba mucho tiempo para conseguirlo. Sabía que era bien parecido, tenía encanto —cuando quería—, y mujeres como Greta no solían hacerse de rogar. Pero que quisiera hablar con una mujer, que le gustase estar con ella, ver el mundo a través de sus ojos y que ella lo viera a través de los suyos... Eso era algo nuevo para él, y lo ponía nervioso. Aquello no podía ser, Lily estaba prometida y, sobre todo, era la hija rica de un armador; y él era Jo Bolten, de la Steinstrasse. Para colmo trabajaba para el mayor competidor de su padre.

De pronto se volvió. Dos policías a caballo del cuerpo de orden público subían por la calle, las monturas chacoloteando. Bajo el casco prusiano su mirada era sombría. Jo frunció el ceño. De un tiempo a esa parte cada vez eran más habituales las batidas por St. Pauli, pero hasta el momento no habían encontrado nada; al menos, nada que lo hubiese metido a él en un lío. Cuando uno de los hombres miró hacia ellos, durante un segundo se fijó en Lily, y Jo actuó sin pensarlo dos veces.

Le cogió las manos y la empujó suave pero enérgicamente contra un muro. Después se situó de tal forma que, aunque se veía que allí había una mujer, confiaba en que no reparasen en su delicado semblante y el sombrerito que llevaba.

—¿Qué haces? —preguntó Lily asustada. Su aliento rozó el cuello de Jo y le provocó un escalofrío.

—Te estoy tapando —contestó él.

Si los agentes veían a un hombre como él con una joven dama distinguida en St. Pauli, sin duda preguntarían a Lily si se encontraba bien y si estaba allí por propia voluntad. Una hija de la alta sociedad que se movía sola, sin institutriz, era una estampa tan poco habitual que levantaría revuelo incluso en otros barrios. Pero en ese sitio y con él llamaría la atención de inmediato a los policías. Si los veían abrazados, confiaba en que tomaran a Lily por una cortesana y los dejaran en paz. Y, en efecto, así fue. Poco después el ruido de cascos se alejó y Jo exhaló un suspiro de alivio apenas perceptible. La retuvo un instante más, disfrutando de la oportunidad que le brindaba el pequeño interludio para acercarse a ella.

—Creo que se han ido —opinó ella, y Jo se dio cuenta de que sonreía. Lily no dio muestras de ir a quitarle las manos de la espalda.

—¿Ah, sí? —inquirió Jo. Sin poder resistirse, deslizó la boca un segundo por su cuello. Al ver que ella se estremecía, dio un paso atrás y carraspeó—. Bien. Solo faltaba que te llevase a casa la policía —afirmó, y ella movió la cabeza afirmativamente, con las mejillas de un rojo vivo—. Vamos, tenemos que continuar.

De pronto le vino a la memoria Karl y lo asaltaron los remordimientos de conciencia y la preocupación. ¿Qué estaba haciendo? Andar tonteando allí con Lily mientras su hermano sufría unos dolores atroces. Le cogió la mano con resolución y tiró de ella. Cruzaron deprisa la plaza Spielbudenplatz hacia la calle Reeperbahn y pasaron por delante del museo de cera Panoptikum, ante el cual un muchacho anunciaba a voz en cuello una exposición de enanos y gigantes, y la

figura de cera del emperador que se podía admirar allí. A continuación vieron la casa de fieras Hagenbeck, en cuyo escaparate se exhibían animales exóticos, siguieron por la calle Grosse Freiheit, dejaron atrás burdeles y animadas tabernas y se dirigieron a la Schmuckstrasse.

Daba la impresión de que Lily absorbía literalmente la variopinta vida de las calles, no paraba de preguntarle por las cosas que veían. Era evidente que no había estado nunca en ese rincón del barrio rojo hamburgués. Aunque también la alta sociedad acudía cada vez más a menudo a St. Pauli para ir al teatro y a conciertos cuando caía la oscuridad, Jo estaba seguro de que los padres de Lily no eran la clase de hamburgueses que llevaban a su hija menor de edad de noche a ver «el nuevo mundo».

Poco después entraron en una callejuela oscura, atestada de gente y envuelta en una luz neblinosa propiciada por el vapor que salía de las lavanderías. Jo echó un vistazo a su alrededor.

—Ya hemos llegado —anunció en voz baja—. Voy a entrar por detrás. Espérame aquí.

Hizo una señal a un hombre joven que estaba apoyado en la pared de enfrente. Lo conocía de pasada de entregas previas y sabía que podía fiarse de él.

—Toma. —Le dio una moneda que el hombre, sin inmutarse, se metió en el bolsillo—. Quédate con ella. No salgáis a la calle principal. Que nadie la toque y que nadie hable con ella. Yo vuelvo ahora mismo.

—Pero ¿cómo se te ocurre semejante cosa? —objetó Lily—. Yo voy contigo.

—Ni hablar —repuso Jo sin alterarse. Asomó la cabeza a la esquina, escudriñó la calle y, tras agacharse, levantó una trampilla de madera ladeada y se dispuso a bajar al sótano.

—¡Jo! ¡Eh, Jo Bolten! —Lily quiso ir tras él, pero el hombre se plantó delante y la retuvo.

Jo oyó que forcejeaban y, muy a su pesar, sonrió. Iba a atormentar de mala manera al pobre diablo. Justo cuando iba a dejar caer la trampilla, levantó la vista y vio a los tres hombres. Estaban en la otra acera, acababan de salir de un local y gesticulaban con vehemencia.

¡Roy!

Maldita sea, ¿qué estaba haciendo allí? Jo se puso a pensar febrilmente. No podía dejar allí fuera a Lily si Roy andaba cerca. Uno no sabía a qué atenerse con él. Jo subió deprisa, cogió a Lily por la muñeca y tiró de ella.

—Quédate con el dinero y piérdete. No me has visto —masculló entre dientes al guardián de Lily.

Jo dejó caer la trampilla y corrió el cerrojo de hierro. Estaban muy juntos en la tenebrosa escalera, de abajo les llegaban sonidos amortiguados. Él continuó bajando y Lily lo siguió con paso vacilante. De repente ya no parecía tan empeñada en ir tras él.

Cruzaron un pasadizo pequeño y oscuro. Jo se alegró de que a derecha e izquierda las puertas estuviesen cubiertas con sucias mantas. El olor, cómo no, era omnipresente, al igual que las bocanadas de humo, pero Jo dudaba que Lily supiese de qué eran. No obstante, cuando entraron en la gran habitación no pudo seguir negando dónde se encontraban.

—¿Qué está haciendo esa gente? —dijo Lily espantada. Se había arrimado a él para cogerle la

mano, y con la otra se tapaba la nariz con el pañuelo perfumado. Echó un vistazo a la habitación, iluminada tan solo con unas velas y lámparas de aceite, y se quedó de piedra.

Había hombres tendidos en catres de madera, entre ellos alguna que otra mujer, casi todas medio desnudas. Todos parecían profundamente dormidos, pero tenían los ojos entornados y miraban extasiados a la nada. Algunos aún sostenían en la mano las pipas de opio marrones, pero la mayoría ya ni siquiera era capaz de eso. Una china menuda iba de un lado a otro esquivándolos y controlando las pipas. Como de costumbre, a Jo le horrorizó la extraña sensación de hallarse en un lugar lleno de gente que en realidad no estaba ahí. Él solo había probado una vez la mercancía con la que hacía negocios y el placer fue indescriptible, nunca se había sentido tan bien, flotando arrobado en un mundo de dicha y euforia absolutas. La relajación, la desaparición de todas las preocupaciones. El cielo debía de ser algo así, si es que existía, cosa que cada vez dudaba más. La vuelta a la realidad fue dura; horrible, casi atroz. Pero Jo sabía la rápida adicción que provocaba la sustancia, a fin de cuentas veía a diario con sus propios ojos lo que les hacía a aquellos que no podían resistirse. No la volvió a tocar. Su familia vivía en el aquí y el ahora, él no se podía permitir escapar a otro mundo. La mayor parte de la gente, sin embargo, no tenía tanta fuerza de voluntad. En particular los trabajadores chinos, que estaban habituados a la droga en su país y ahora vegetaban solos en un mundo desconocido, casi siempre hostil. Tal vez diesen pena, sí, pero para él era beneficioso, pues el creciente número de chinos en la ciudad hanseática estimulaba extraordinariamente sus negocios.

Sentado a una mesa en un rincón había un hombrecillo que de pronto se levantó y fue hacia ellos con cara inexpresiva.

—Chang. —Jo lo saludó con la cabeza y, sin mediar palabra, el chino abrió una puerta al fondo de la habitación y ellos pasaron.

Parecía sorprendido de ver a Jo sin previo aviso, pero reaccionó como siempre, con impasibilidad y estoicismo. En el cuarto no había nada salvo un gran baúl y una silla. Por una pequeña trampilla que se abría en la pared se accedía a la lavandería que Chang utilizaba para dotar de una apariencia inocente sus negocios. Jo indicó a Lily que se quedara junto a la puerta. Luego cruzó unas palabras con Chang y poco después tenía lo que había ido a buscar. No pudo pagarlo, pero el negocio que prometió a cambio al chino lo compensaba de sobra. Todavía no sabía cómo se lo explicaría a Oolkert, pero ya pensaría en ello más tarde.

Además se vio obligado a aclarar con pocas palabras a Chang que Lily no estaba en venta. Chang regentaba no solo uno de los fumaderos de opio más solicitados de St. Pauli, sino que dos casas más allá también tenía un próspero burdel al que habría llevado a Lily de buena gana.

—Rojo bien —apuntó con una sonrisa indecente. A Jo le habría gustado darle una patada en la cara—. ¿Esposa? —preguntó, y Jo asintió de mala gana. Chang se encogió de hombros con expresión pesarosa—. Si ya no más esposa, traer a Chang.

Jo apretó las manos, tuvo que hacer un gran esfuerzo para dominarse, pero Chang era el contacto más importante de Oolkert en el barrio.

Cuando salieron del cuarto, Chang cerró la puerta y echó cuidadosamente el cerrojo, y al hacerlo quedaron a la vista el cuchillo y la pistola que llevaba en el cinturón. Jo vio que Lily pegaba un respingo atemorizada.

—Vayámonos de aquí cuanto antes —gruñó él, y la cogió del brazo.

Cuando salieron al pasadizo en el que se abrían las habitaciones, una mujer surgió de pronto de detrás de una de las mantas que ocultaban las puertas.

—¡Se ahoga! ¡Ayuda, se ahoga! —gritó con nerviosismo.

Solo llevaba puesta una camisa de dormir sucia, que permitía ver con claridad sus pechos subiendo y bajando. Tenía las pupilas minúsculas y el pelo se le había pegado a la cabeza en mechones grasientos. Sin prestarles la menor atención, pasó por delante de ellos y fue a ver a Chang.

—¡Ha fumado demasiado, se va a morir! —exclamó despavorida.

Sin inmutarse, Chang se limitó a encogerse de hombros. Estaba claro que no la ayudaría. Probablemente viera esa clase de cosas a diario. Pero Jo tampoco tenía tiempo para ocuparse de algo así en aquel momento. Tiró deprisa de Lily, pero detrás de la mujer se abría una rendija en la manta y de pronto lo vio.

Jo se quedó de piedra. Fue como si el corazón dejara de latirle un instante. Tardó dos segundos en asimilar lo que estaba viendo. Después entró como una exhalación en el cuarto.

Charlie yacía en medio de su propio vómito. Tenía espuma en la boca y le daban arcadas mientras todo su cuerpo se encabritaba y sufría convulsiones.

—¡Mierda, mierda, mierda, mierda! —Jo actuó de inmediato. Agarró a su amigo y lo colocó de lado. Después le metió dos dedos en la boca y le bajó la lengua para que no se ahogara con ella.

Lo sabía. De un tiempo a esa parte Charlie estaba muy raro. Con menos dinero aún que de costumbre, más colérico, más pálido. Había adelgazado visiblemente y en más de una ocasión Jo había creído percibir en él un olor extraño, familiar. Pero no lo había querido ver, no se había atrevido a hacer preguntas.

—Maldita sea, Charles. Por favor, no te me mueras aquí —pidió jadeante.

Lily se había quedado a la puerta, horrorizada, pero ahora se arrodilló junto a ellos.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó con voz estridente.

—Ha sufrido una sobredosis —explicó Jo deprisa—. Solo podemos sujetarlo y asegurarnos de que no se ahoga con su propio vómito. Pero Charlie tiene los pulmones destrozados y ello afecta a su respiración, no le llega mucho aire —añadió, oprimido, mientras intentaba inmovilizarlo con el peso de su cuerpo.

De pronto su amigo resolló ruidosamente, abrió los ojos y dejó escapar un sonido sobrecogedor. Se encabritó, pugnando con desesperación por respirar, moviendo las manos como si quisieran asir algo. Después se desplomó de nuevo en el catre, con los ojos abiertos, y permaneció inmóvil.

Jo lo miró un instante con cara de horror.

Charles había dejado de respirar.

—¡Mierda! ¡Charles! —Acto seguido Jo se dispuso a practicarle el boca a boca. Se inclinó sobre su mejor amigo, le tapó la nariz y le insufló aire en la boca. No sabía si lo que hacía estaba bien o mal, solo recordaba vagamente que una vez había visto realizar esa maniobra a un médico en el puerto. El corazón estaba a punto de estallarle en el pecho.

La mujer del camisón entró en el cuarto.

—Dios mío, ¿se ha muerto? ¡¿Se ha muerto?! —gritó espantada.

—¡Fuera de aquí! —le ordenó de malas maneras Jo, y ella volvió al pasillo conmocionada, se dio contra la pared y se deslizó por ella al suelo, sin fuerzas. También Lily se pegó a la pared deprisa, asustada por la ira de Jo.

Entre respiración y respiración Jo propinaba un puñetazo en el pecho a Charlie, desesperado.

—Vamos, no te me puedes morir aquí —dijo.

Actuaba como un autómata, impulsado por el miedo. Repitió la operación una y otra vez: insuflar aire, golpear y suplicar a Charlie que volviera en sí.

En silencio Lily se acercó de rodillas al catre y le cogió la mano a Charlie. Era como si el tiempo se hubiese detenido y a la vez se hubiese vuelto líquido. Jo no sabía cuánto estuvo aporreando a Charlie, pero pronto se vio empapado en sudor.

—Jo, creo que ya no hay nada que hacer —musitó Lily al fin. Pero él no cejó en su empeño, no quería creer que pudiera ser verdad—. Jo. Jo, para. ¡Se ha ido! —exclamó al rato. Se levantó e intentó cogerle el brazo, pero él se sacudió bruscamente y Lily fue a parar al suelo.

Jo siguió en silencio. Lily no volvió a intentar impedírselo sino que se levantó y le agarró de nuevo la mano a Charlie. Él percibió de manera vaga que a Lily le corrían lágrimas mudas por las mejillas. También él estaba a punto de perder la compostura. Charlie no, su mejor amigo no, no lo podía permitir. Sin embargo, no servía de nada, Charlie no se movía, tenía la vista clavada en el techo y la boca abierta, manchada de vómito.

—¡Mierda! —gritó Jo, y golpeó con fuerza por última vez el pecho sin vida de Charlie.

Este se incorporó de golpe y porrazo, resollando pavorosamente.

Jo y Lily se levantaron de un salto a la vez. Jadeando y escupiendo, Charlie miró a su alrededor como si viese el mundo por primera vez.

—¿Qué ha pasado? —preguntó resoplando. Tenía el torso tatuado bañado en sudor, una palidez cadavérica y, en cambio, los ojos muy rojos. Se limpió la saliva de la boca desconcertado —. Maldita sea, Jo. Me siento como si hubiera echado las tripas.

Jo negó con la cabeza sin dar crédito.

—Has tenido una sobredosis. Has dejado de respirar —consiguió explicar.

—Bah, no digas bobadas. —Charlie fue a sentarse, pero no pudo hacerlo. Agotado, volvió a tumbarse en el catre. Respiraba ruidosamente. Cerró un instante los ojos. Estaba exhausto—. ¿Cómo he llegado hasta aquí? —preguntó cuando los volvió a abrir.

Jo se restregó el rostro desesperado. Durante un momento no supo qué hacer. Debía volver con Karl, pero no podía dejar allí a Charlie sin más.

—Quédate tumbado, Charles, ¿quieres? —sugirió en voz baja, y salió al pasadizo.

Apoyada en la pared con las piernas encogidas, la mujer de la camisa de noche lo miró con cara de sorpresa.

Jo la levantó.

—Quédate con él. Dale agua y asegúrate de que no fuma más y, sobre todo, de que se tumba de lado —le indicó sin miramientos. Después le puso una moneda en la cama—. Dentro de unas horas cómprale algo de comer. —Al ver que tenía la mirada perdida, le agarró la barbilla y le levantó la cabeza para obligarla a mirarlo a los ojos—. ¿Me has entendido, puerca? Si él muere, tú también lo harás.

La mujer asintió, muerta de miedo, y cogió el dinero. Olía que apestaba y tenía la mano llena de mugre. ¿Qué hacía Charlie allí con una puta barata como esa? No podía entender que su mejor amigo hubiese caído tan bajo y él no se hubiera dado cuenta.

—Volveré más tarde. Y más os vale que estéis los dos aquí y sigáis vivos, porque de lo contrario me encargaré de que ningún hombre te vuelva a tocar, ni siquiera en esta pocilga —advirtió bajando un poco la voz para que Lily no lo oyese. Debía mostrarse así de duro con ella, que todavía tenía la mirada ida, vidriosa. Si no le metía miedo, probablemente olvidaría por qué estaba allí—. ¿Entendido? —preguntó otra vez, y le apretó tanto la barbilla que la mujer gimió de dolor.

—Entendido —repuso ella, y él hizo un gesto afirmativo.

—Bien. Más te vale que no lo olvides. —A continuación se sentó con Charlie y le dio unas palmaditas en la mejilla—. Eh, mírame. Volveré dentro de un rato, ahora tengo que ir con mi hermano. Está herido. —Charlie asintió, pero a Jo le dio la impresión de que no lo había oído. Después cogió la pipa que estaba en el suelo y se la dio a Chang—. No le volverás a dar nada en este sitio. Nunca más —advirtió—. Si le vendes otra vez, nuestros negocios habrán terminado. ¿Entendido?

Chang lo miró un instante con cara inexpresiva y después asintió despacio. Jo le tiró la pipa en la mesa y cogió del brazo a Lily.

—Saldremos por delante. Ábrenos —ordenó con aspereza.

Salieron por la lavandería, donde unos chinos esmirriados con expresión ausente movían de un lado a otro sábanas en tinas humeantes.

Respirando pesadamente, Lily se apoyó en una pared.

—Yo ya no entiendo nada —afirmó perpleja. Estaba blanca, el cabello pegado a la cara en rizos húmedos.

Jo asintió. Se lo tendría que explicar.

—Primero vámonos de aquí —decidió, mirando a su alrededor. No se veía a Roy, pero eso no

significaba que sus hombres y él no anduviesen haraganeando en alguna parte. Jo echó a andar y al cabo de unos segundos Lily fue tras él.

—¿Qué era esa cosa? —quiso saber.

—Opio —se limitó a responder, y para huir de su mirada penetrante empezó a hablar de carrerilla—: Si lo compras en la calle, nunca sabes con qué está mezclado. No le puedo dar cualquier cosa a mi hermano. Aquí sé lo que compro. —«Porque se lo facilito yo», añadió mentalmente, si bien no podía decirlo—. Los chinos no hablan, lo que hace que sean algunos de los mejores socios para comerciantes dudosos. No solo son callados por naturaleza, sino que además la mayoría de ellos no domina nuestra lengua. Incluso entre ellos existen tantos dialectos distintos que ni siquiera se entienden entre sí, y solo unos pocos hablan alemán. Aunque quisieran, la mayoría ni siquiera podría contar que he estado aquí, algo muy provechoso. Y ellos..., en fin, digamos que les encanta evadirse de esta ciudad aunque solo sea en sueños —contó.

Lo que Jo no le dijo fue que su jefe compraba cientos, si no miles, de trabajadores chinos al año como mano de obra barata para su explotación de guano. Nadie quería desempeñar ese trabajo; los irlandeses y los indios solo se comprometían durante un breve periodo de tiempo, y una vez que ponían allí el pie no volvían. Los culis chinos, en cambio, eran presa fácil. La mayoría de las veces no tenían elección, en su país no encontraban empleo, así que comerciantes como Oolkert los llevaban a Sudamérica como esclavos en los barcos. Pasaban la larga y peligrosa travesía en cubierta, en angustiosas estrecheces y en condiciones higiénicas desastrosas. A sus oídos había llegado a menudo el rumor de que muchos no subían voluntariamente a los barcos, pero nadie lo sabía a ciencia cierta. También había oído hablar de suicidios. En cada viaje la desesperación hacía que docenas de hombres se tiraran por la borda. A los que llegaban a las islas Chincha los obligaban a explotar guano, que desprendía un fuerte olor a amoniaco. Las consecuencias de realizar ese trabajo eran una nariz y unos ojos que sangraban, tos y otras enfermedades de las vías respiratorias. Los hombres se tenían que turnar, ya que nadie podía trabajar mucho tiempo sin desmayarse. Además, en las deshabitadas islas no había puerto alguno ni embarcadero y se veían obligados a construir una y otra vez inestables armazones de madera en acantilados altos y escarpados para poder volcar el guano en las barcas, debido a lo cual sufrían elevadas pérdidas. Por eso a Jo no le extrañaba que los chinos que se encontraba uno allí quisieran huir de la realidad lo más a menudo posible.

—Y tú, ¿cómo sabes todo esto? —preguntó Lily dirigiéndole una mirada penetrante.

—Me suelo relacionar con ellos por mi trabajo... —contestó—. La venta de opio no es delito, pero hace falta tener licencia.

—Y ¿Chang la tiene? —inquirió Lily.

Jo resopló.

—Claro que no. ¿Acaso eso te ha parecido un establecimiento legal?

—No sé cómo acostumbra a ser un fumadero de opio, lo siento —repuso mordaz, y aunque no

quería, Jo sonrió.

—Pues no muy distinto de ese, en realidad, solo que menos maloliente, menos piojoso y con las putas no tan asquerosas —respondió.

Ella lo miró.

—No deberías hablar así. ¿Acaso crees que esas pobres mujeres están ahí por propia voluntad? —lo reprendió.

Él la miró asombrado.

—No he visto que estuvieran atadas —alegó, encogiéndose de hombros.

—No todas las ataduras son visibles —replicó Lily con suficiencia, y él resopló.

—Deja que te diga una cosa: aquí nadie ha escogido su destino, pero, a pesar de todo, uno es libre de elegir, ¿no crees?

—Yo no lo veo así —objetó ella con firmeza—. Existen situaciones en las que uno no puede elegir libremente. Y ¿es libre una elección cuando en casa tienes a un niño pequeño que llora porque tiene hambre? Yo no lo creo. ¿Tú nunca has hecho nada que no quisieras hacer por obligación?

Jo se echó a reír.

—Todos los días —afirmó en voz baja, y ella lo miró con cara de asombro—. Pese a todo tengo mis límites... —añadió. «Y tú también los has rebasado a menudo, Jo Bolten», pensó.

Sin duda cierta razón tenía, pero para ella era fácil hablar. Que se hubiese aprendido un par de eslóganes socialistas no significaba, ni de lejos, que pudiera decirle a él lo que estaba bien o mal.

—¿A qué te refieres? —preguntó Lily, pero él negó con la cabeza.

—En eso no te voy a llevar la contraria. Por supuesto que hay muchas mujeres a las que no les queda más remedio, pero desde luego no es el caso de todas, te lo puedo asegurar. Crecí al lado de un burdel. —Al ver que ella iba a saltar, levantó las manos—. Responderé a todas tus preguntas, ¿de acuerdo? Pero hoy no. Ahora te llevaré a casa, que yo tengo que volver a la mía. Seguro que Karl se ha despertado hace rato y sé el efecto que surte el láudano. Sirve de ayuda, pero no es fuerte. Emma le ha quemado medio brazo, sufrirá unos dolores terribles.

Lily asintió.

—Pero ¿qué pasa con Charlie? —quiso saber.

—Iré a verlo más tarde, primero se tiene que recuperar. De todas formas no podrá moverse de la cama tan pronto, créeme.

—¿Quieres que me quede con él? —sugirió Lily tímidamente, y él la miró pasmado.

—De ninguna manera. —La sola idea de dejarla sola en ese sótano era absurda, pero agradeció que se ofreciera a hacerlo aunque Charlie no le cayese bien—. No, ahora nos vamos.

—Bastará con que me lleves al mercado, ahí puedo coger un coche de punto. —Jo iba a objetar, pero esa vez ella se adelantó—: Sí, Jo. Si me acompañas a Bellevue, perderás mucho tiempo.

Jo accedió de mala gana. De pronto la miró de arriba abajo.

—¿Has visto qué aspecto tienes? —preguntó sorprendido.

Lily siguió su mirada.

—Dios mío, el vestido —se lamentó. A la sangre de Karl se habían añadido suciedad del sótano y restos blancos del vómito de Charlie—. ¿Cómo se lo voy a explicar a mis padres? —clamó con desesperación.

Jo hizo un gesto negativo con la cabeza, perplejo.

—No lo sé. Podrías decir que se ha producido un accidente y has ido a ayudar.

—No es buena idea porque entonces pensarán que la ciudad es demasiado peligrosa para mí.

—Y lo es —convino Jo—. Te lo he dicho a menudo.

Lily lo dejó estar.

—De todas formas Seda lo verá cuando lo lleve a lavar.

—Siendo así, tendrás que asegurarte de que no se va de la lengua —sugirió Jo con determinación—. No creo que sea tan difícil, una monedita que cambia de mano...

—¡Pondría en peligro su puesto! —objetó Lily—. Además, ella nunca se dejaría sobornar, ¡nunca!

Jo asintió con aire comprensivo, aunque pensara que él no tendría tantos escrúpulos y que seguro que no había una sola criada en todo Hamburgo a la que no se pudiera sobornar con la suma adecuada.

—En ese caso esperemos que no se dé cuenta —aseveró.

Ella no dijo nada pero, por la expresión de su rostro, Jo supo que Lily se hacía pocas ilusiones a ese respecto.

13

A lo largo de las semanas siguientes Lily prácticamente no supo nada de Jo. Emma la informaba por la mañana en el seminario, le dijo que Karl se encontraba bien, que aunque estaba muy débil no presentaba síntomas de la enfermedad. Lily tenía muchas ganas de ir a verlo, pero sus padres se mostraban muy recelosos desde que había vuelto a casa con el vestido sucio. Como era natural, ella se inventó una explicación, pero incluso hablaron de contratar a una nueva institutriz. Lily no quería arriesgarse a hacer nada que los incitase a ello, de manera que le daba notas a Emma para que se las hiciera llegar a Jo. Su amiga pasaba por su casa todas las tardes después del trabajo para ocuparse de la herida de Karl. Jo se había vuelto a instalar en casa de su madre de forma temporal y, según contaba Emma, dormía en el suelo junto a la cama de Karl para velar su sueño.

—Dile que me gustaría visitarlo, pero que mis padres no me dejan salir —se quejó Lily una mañana a su amiga—. Me escabulliría de casa por la noche, pero de poco le serviría eso a Karl.

Emma sonrió.

—Se llevaría un buen susto si llamaras a su puerta de noche. No te preocupes, Lily, Jo entiende tu situación.

Seguro que era así, pero a pesar de todo Lily se sentía terriblemente inútil. Envidiaba a Emma por poder ir a donde quisiera sin tener que rendirle cuentas a nadie.

—¿Por qué no puedo ser yo quien decida lo que hago? —se preguntó enfadada—. Ya no soy ninguna niña.

—Me temo que mientras vivas bajo su techo tendrás que atenerte a sus normas —contestó Emma, y lanzó un suspiro.

—Ya. Y después a las de mi marido... —agregó Lily.

La idea de tener que depender durante toda su vida de la benevolencia de Henry de pronto le causó un sentimiento de desvalimiento, casi de asfixia.

Al ver la expresión de su cara, Emma intentó apaciguarla:

—Has de entenderlo. Una dama como tú, de una familia que goza de tanta estima, no puede pasearse sin más por los Gängeviertel. Tu bonito vestido quedó hecho un trapo, daba la impresión de que habías matado una gallina.

—Y tú también.

—Es distinto, Lily.

—¿Por qué?

—Porque, aunque mi familia tiene dinero, hace mucho que no participa de la vida social. Somos casi invisibles, a nadie le interesan una viuda y su hija descarriada. Además soy médica. Y mayor que tú.

—Ya, ya —admitió Lily furiosa. No quería seguir escuchando aquello.

Encontró a una aliada inopinadamente en la anciana Gerda Lindmann. Una tarde que esta acudió de visita, Lily le contó mientras tomaban el té que Emma era médica y disfrutaba de muchas libertades que a ella misma le estaban vedadas.

—Dales tiempo —repuso Gerda—. Al principio las personas siempre rechazan lo nuevo, pero se acabarán acostumbrando a que ahora las mujeres piensen de manera distinta, y entonces sacaréis provecho de ello y atacaréis por la espalda —vaticinó.

Lily la miró con cara de sorpresa.

Por su parte, a Kittie se le demudó el rostro.

—¿Se puede saber qué dices?

Lily sabía muy bien que a su abuela le habría dado un acceso de rabia si esas palabras hubieran salido de su boca. Siendo así, se limitó a restar importancia a las afirmaciones de su amiga sacudiendo la mano con cara de asco, como si espantase una mosca de la comida.

—Como es natural, también hay casos desesperados. —Gerda rompió a reír y cogió un pastelito. No se dejaba intimidar lo más mínimo por Kittie, y Lily la admiraba por ello—. Me resulta de lo más interesante lo que está sucediendo en Inglaterra. Allí están más avanzados que nosotros en estas cuestiones, Kittie, no tardarán en llegar también aquí, ya lo verás.

—Por el amor de Dios —rezongó la abuela de Lily.

—A fin de cuentas, no es que pidan cosas descabelladas: quieren votar y ser más dueñas de su propia vida. Creo que podría ser muy divertido.

Lily se extrañó de que Gerda hablara en tercera persona en lugar de en primera, pero antes de que pudiera preguntárselo, su abuela se adelantó.

—Comunistas, eso es lo que son, no digo más —zanjó con severidad.

—Pero, Kittie, que sean nuestros esposos los que deciden cada aspecto de nuestra vida como si fuésemos borricas sin voluntad propia también es de lo más absurdo —adujo alegremente Gerda—. Me alegro de haberle dejado claro a Wilfried desde el principio que ya se podía ir quitando esa idea de la cabeza.

—Tú siempre fuiste singular, Gerda —alegó la abuela de Lily.

—Y tú siempre una borrica —contestó su amiga cariñosamente, y Lily vio que su abuela no podía evitar sonreír, muy a su pesar.

Quizá por ello Lily se atreviera a decir:

—A mí tampoco me parece justo que la ley otorgue tanto poder al esposo.

La sonrisa de su abuela se borró en el acto. Golpeó la mesa con la mano como si fuese un látigo.

—Lily Karsten, no consiento que digas semejantes necedades. ¿Qué modales son esos?

—Yo solo quería decir...

—No querías decir nada porque no tienes nada que decir. ¿Es que no os enseñan en el seminario lo que es propio de una dama?

—No te sulfures. Solo ha dicho lo que muchas de nosotras pensamos —terció Gerda.

Kittie abrió los ojos como platos.

—¿Se puede saber qué estás diciendo? —exclamó—. Nadie piensa eso. ¿Adónde iremos a parar? ¿Acaso queréis trabajar también? ¿Y llevar pantalón?

Lily respiró hondo.

—Tranquila, abuela —la apaciguó.

Discutir no tenía ningún sentido, Kittie no la entendería nunca y al final sufriría un infarto por su culpa. Gerda bebió un sorbo de té sin decir nada, pero Lily vio que le guiñaba un ojo con complicidad.

—¿Ves ese edificio enorme junto al muelle Dalmannkai? —preguntó Jo. Lily siguió su dedo índice hasta el otro lado del agua—. Es el Kaispeicher A, también lo llaman Kaiserspeicher, como «káiser», porque es el mayor de la ciudad. Diecinueve mil metros cuadrados de superficie. El único almacén de todo Hamburgo que está a la orilla de donde fondean los barcos. Treinta metros de altura, ¿te lo puedes creer? Dentro se almacenan sobre todo café y cacao. Tienen las grúas más modernas, algunas hidráulicas y otras de vapor. Con ellas se puede mover hasta una tonelada y media directamente de los barcos al almacén.

Jo hablaba sin mirarla y Lily pensó que nunca lo había oído decir tantas frases seguidas. Se preguntó si se sentiría cohibido.

Incitada por Gerda Lindmann y movida por sus ganas, Lily había abandonado toda precaución y la semana anterior había vuelto a ver varias veces a Jo. Se escabullía de casa siempre que podía. Casi era un milagro que su familia aún no se oliese nada, pero jugaba en su favor que antes del incidente de la bicicleta siempre hubiese sido una muchacha obediente. Nadie sospechaba de veras que pudiese hacer algo prohibido.

Como no podía pasearse sin más con un desconocido por el centro de la ciudad, ese día habían ido al puerto. Jo llevaba una gran bolsa que se echó al hombro para disimular. De ese modo daba la impresión de que Lily lo había contratado de recadero para que le llevase las compras a casa. Era una mascarada lamentable, pero más valía eso que nada. Los dos sabían que resultaba peligroso verse, pero Lily no podía evitarlo. Desde lo sucedido con Karl y la espeluznante vivencia con Charlie, se sentía más unida a Jo que antes. La desconcertaba por completo, no podía parar de pensar en él. También entonces el corazón le había aleteado todo el día en el pecho como si fuese un pájaro enjaulado.

Conversaban durante horas. Jo hablaba de Karl, que se encontraba mejor pero todavía debía

guardar cama, y Lily del seminario y los libros que había leído. Constató, avergonzada, que no tenía otra cosa que contar... A fin de cuentas, no vivía nada. Salvo cuando estaba con Jo. Tampoco podía decir gran cosa cuando este le preguntaba por su familia y por la naviera. Jo despreciaba el mundo en el que vivía la madre de Lily, de Michel no tenía conocimiento y de la compañía naviera Lily no sabía nada.

Pese a ello encontraban temas que los unían. Lily comprobó sorprendida que no se cansaba nunca de hablar con Jo. Por parco en palabras y malhumorado que pareciese a menudo, en su presencia se soltaba considerablemente. Lily tenía la sensación de que estaba a punto de conocer un lado de Jo que mantenía oculto a la mayoría de las personas. Quería estar cerca de él, escuchar su parecer, contrastar opiniones con él. Y sabía que a él le ocurría otro tanto.

Ahora contemplaba el gigantesco almacén de ladrillo del que Jo acababa de hablar. Con la alta torre, que estaba rodeada por dos lados de las oscuras y espumeantes aguas del puerto, parecía una catedral.

—¿Qué es esa bola de la punta? —quiso saber.

Jo siguió su dedo extendido entrecerrando los ojos.

—Es una bola horaria.

—¿Una bola horaria? —Lily lo miró con cara de interrogación y él rompió a reír.

—¿Eres hija de un armador y no sabes lo que es una bola horaria?

De pronto Lily sintió que la acometía una ira desasosegante.

—¡No sé nada de nada! —exclamó con aspereza—. Nadie me explica nada. Soy insignificante, no hace falta que sepa nada. Soy una mujer, por si no te has dado cuenta aún. —Miró la oscura agua negando con la cabeza.

Jo carraspeó.

—Me he dado perfecta cuenta —repuso con tal sequedad que, muy en contra de su voluntad, Lily no pudo evitar sonreír. Sus miradas se encontraron y él también esbozó una sonrisilla.

—Lo que quiero decir es que no sé nada de esas cosas —aclaró un tanto más calmada.

—La bola cae una vez al día a una hora concreta, con una precisión de segundos. De ese modo las gentes del mar pueden sincronizar sus cronómetros y saber con exactitud qué hora es —explicó Jo—. Los cronómetros son relojes mecánicos —se apresuró a añadir al ver que Lily fruncía de nuevo el ceño—. Cuanto más exacta es la hora en el barco, con tanta mayor precisión se puede determinar la longitud y, por tanto, la posición.

Lily exhaló un leve suspiro.

—A veces tengo la sensación de que soy una pavitonta. Quizá tengan todos razón: mi padre, Franz, mi abuela, el señor Kleinlein... Tal vez las mujeres no tengamos la inteligencia de los hombres.

Jo rio con suavidad y apoyó un pie en un pilar roto.

—Lily, trabajo en el puerto desde hace doce años, así que es natural que sepa estas cosas y tú no. En cambio tú sabes otras.

—¿Ah, sí? ¿Cuáles?

Él vaciló un instante.

—Bueno, sabes cómo hay que comportarse cuando el emperador viene de visita. Sabes bailar el rigodón, sabes...

Ella le dio un golpecito en el costado que lo hizo tambalear y lo obligó a agarrarse.

Jo se rio.

—Solo te estoy tomando el pelo. Lily, eres inteligente. Mucho más que yo. Sabes inglés y francés, ¡y latín! Sabes escribir y lees libros, bien gordos. A mí me cuesta incluso...

Jo se interrumpió. Siempre le resultaba embarazoso que leer le costara tanto. Había quienes veían una palabra y sabían inmediatamente lo que significaba. Él debía deletrearla primero para sus adentros si no estaba muy familiarizado con ella. Como era natural, no le sucedía con todas las palabras. *Cerveza* la reconocía en el acto; *restaurante*, *barco*, *pan*, *botica* también. Palabras cotidianas; sabía leer. Pero un artículo de periódico entero siempre se le hacía cuesta arriba porque en él se utilizaban muchos términos que desconocía; solo le faltaba práctica. Y como tardaba tanto en leer un artículo, la mayoría de las veces lo dejaba a la mitad si no era muy interesante. De todas formas, de las últimas novedades se enteraba por la tarde en la tasca del puerto.

—¿Qué te cuesta? —preguntó con curiosidad.

—Bah, nada. Solo me refería a... —Se apresuró a quitarle importancia.

—¿A qué te referías?

—A nada. —Que Lily siempre tuviera que insistir tanto...

Ella lo miró un instante con atención, pero lo dejó estar.

—Emma es tan inteligente... —Suspiró—. Ojalá yo también pudiera ir a la universidad.

—Naturalmente que podrías —aseguró él—. No es más inteligente que tú, es solo que ha aprendido todas esas cosas. Tú también lo puedes hacer.

—Pero no me está permitido.

Él asintió.

—Ya, pero ¿no crees que también es mejor así? Los hombres realizan los trabajos sucios y las mujeres tienen los hijos y se ocupan del hogar, es un reparto muy bueno. Y, al fin y al cabo, así es como lo ha previsto la naturaleza. ¿Por qué quieres trabajar a toda costa? Tan bonito no es, te lo puedo asegurar. —Sonrió, pero por cómo arrugó el entrecejo Lily, supo que había dicho algo que no debía—. Con esto no quiero decir que crea que deba estar prohibido... —añadió deprisa, pero ella lo interrumpió.

—Sin embargo, ¡lo está! —exclamó—. No se me permite hacer nada, Jo, ¿es que no lo entiendes? ¡Nada de nada!

—Pero si tú lo tienes todo. Todo lo que se puede tener. —Él negó con la cabeza. Lo cierto era

que no entendía lo que quería—. La tuya es una de las familias más ricas de la ciudad, vives en Bellevue. Cielo santo, ¿qué más puedes querer?

Lily se paró y lo miró atónita.

—No lo dirás en serio.

Ahora Jo subió un tanto la voz.

—Pues sí, lo digo completamente en serio. Lily, ya has visto cómo viven las demás mujeres, la clase de vida que llevan y el aspecto que tienen. ¿De verdad no sabes la suerte que tienes? —preguntó con aspereza. ¿Podía ser tan desagradecida y quejarse de la poca suerte que tenía cuando había visto con sus propios ojos cómo vivían los más pobres de los pobres?—. ¿Qué les envidias en concreto? Créeme si te digo que casi todas las mujeres de esta ciudad se cortarían una mano para cambiarse por ti. Cierto, en otros países algunas mujeres pueden ir a la universidad, pero mira a Emma, mira lo que ha conseguido con ello, lo que hace todos los días. Trabaja rodeada de miseria, siempre tiene ojeras, nunca dispone de tiempo para ella, trabaja hasta caer rendida y cada día corre el peligro de contagiarse o de acabar en chirona. Y para colmo lo hace sin que le paguen. ¿Es eso lo que quieres?

Había hablado dejándose llevar por la rabia. Estaban frente a frente en silencio. Tras ella las olas rompían con suavidad contra el muro del muelle, la oscura agua hacía que los ojos de Lily brillaran con más luz aún que de costumbre. Ella lo miró un momento sin decir nada y Jo tuvo la sensación de que su mirada lo abrasaba.

—Sí, pero ella tiene una razón por la que levantarse por la mañana —adujo en voz queda. La ira de antes al parecer se había esfumado—. Su vida tiene un sentido, ¿lo entiendes? Es lo que quiero decir. Sé lo bien que vivo, pero...

Lily dejó la frase en puntos suspensivos.

¿Cómo podía reprocharle que no lo entendiera cuando hacía tan solo unas semanas ni ella misma quería otra cosa que casarse con Henry y tener hijos con él? Su insatisfacción era nueva. Esa sensación de ser una completa inútil, un bello telón de fondo para la vida de los hombres, un envoltorio vacío, ignorante y sin ninguna influencia, sin voz, sin tan siquiera la capacidad de averiguar quién era en realidad y qué quería de la vida.

Inútil.

Esa era la palabra.

A veces casi deseaba no haber conocido a Martha ni al resto, no haberlas oído hablar nunca de la desigualdad que existía entre los sexos. No haber sabido jamás cuán prisionera era.

Todo estaba determinado de antemano.

Todo.

No había nada por lo que pudiera sentir curiosidad, nada que pudiera aprender, que le pudiera entusiasmar. Nada salvo tener hijos. Y ni siquiera estaba segura de querer eso ya.

—Tú no lo entiendes —afirmó Lily con desdén, y se dio la vuelta. Estaba frustrada e irritada. Echó a andar a lo largo del muro a buen paso.

—¡No, no lo entiendo! —exclamó Jo, ahora asimismo impaciente. Y fue tras ella.

—Tampoco hace falta que lo hagas —contestó ella, volviendo la cabeza.

—¿Te importaría explicármelo? —Jo le dio alcance y la cogió por el brazo.

—Lo he intentado. —Lily se zafó enfadada y negó con la cabeza—. Pero da lo mismo. Las leyes son como son, el mundo es como es. No hay nada que yo pueda cambiar, así que no es preciso que nos peleemos por esto. Hablemos de otra cosa.

Caminaron un rato en silencio.

—Si quieres hacer algo, ¿por qué no escribes? —le preguntó Jo.

Ella se detuvo sorprendida.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Dices que no se puede cambiar el mundo, pero no es verdad. Todo cambia sin cesar, todo el tiempo. Mírate a ti: hace unas semanas eras otra persona. ¿Por qué no escribes alguna cosa e intentas publicarla? Si quieres hacer algo, has de ver qué puedes hacer. Y escribir no está prohibido, que yo sepa.

—Y ¿de qué voy a escribir? —inquirió Lily perpleja.

Él titubeó y después movió el brazo en forma de abanico.

—De lo que ves —replicó—. De Hamburgo. De las mujeres. De lo que querías explicarme hace un momento. —Sonrió—. Quizá lo entienda mejor si lo pones por escrito.

¿Cómo conseguía siempre que nunca pudiera estar enfadada con él mucho tiempo, aunque la sangre le hirviera? Negó con la cabeza, risueña.

—Me temo que, en ese sentido, no haya nada que hacer —contestó con coquetería.

En lugar de responder, Jo se quedó mirándola.

—Ahora me gustaría besarte —afirmó de pronto en voz baja.

El tiempo se detuvo un instante. Un cosquilleo recorrió el cuerpo de Lily.

—A mí también a ti —repuso ella, y tuvo la sensación de que la voz se le quebraría.

Jo sonrió. A Lily le encantaba verlo sonreír. Su sonrisa era contagiosa, la llenaba de dicha. Quería que sonriera siempre.

«Es el hombre más guapo que conozco», pensó sorprendida.

Siempre le había parecido atractivo, encantador a su ruda manera. Pero hasta ese momento para ella Henry era el hombre más guapo, con su alta estatura, su cabello rubio ondeando al viento y los trajes de corte exquisito. Ahora le gustaban los ojos oscuros de Jo con las arruguitas que se formaban cuando se reía, sus pecas y su rostro anguloso. Le gustaba su camisa, que llevaba un poco abierta y con manchas negras de hollín, los tirantes del pantalón gastados, los burdos zapatos de faena y los brazos morenos.

Al ver cómo lo miraba, él arrugó la frente.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—¡Nada! —lo tranquilizó Lily risueña—. Nada de nada, Jo Bolten.

Él hizo un gesto negativo, desconcertado.

—Eres una mujer extraña, Lily Karsten —le dijo cuando ella siguió andando.

—¿Ah, sí? Bueno, pues entonces congeniamos —afirmó Lily volviendo la cabeza, y oyó que él se reía.

Esa noche Lily no pudo dormir. Escuchaba los sonidos de la casa. Las criadas, que desempeñaban las últimas tareas, atizaban el fuego de cara a la noche, apagaban las lámparas en las habitaciones y corrían las cortinas. En la planta de arriba su abuela daba vueltas a un lado y a otro, inquieta, haciendo crujir la cama y el vetusto suelo; por lo visto tampoco podía conciliar el sueño.

Lily estaba con los ojos abiertos y los brazos detrás de la cabeza, mirando la nada. «¿Por qué no escribes?», la voz de Jo resonaba en su cabeza. Profirió un suspiro y se tendió boca abajo.

De pronto vio a Emma en casa de Martha, poniéndole la mano en el brazo: «A Lily le gustaría ser escritora —dijo, y casi fue como si estuviera allí con ella, en su habitación—. Pero, por desgracia, está prometida».

«Por desgracia, está prometida —musitó Lily en la oscuridad, y sintió una fuerte opresión en el estómago—. Por desgracia, está prometida.»

Se levantó y encendió la vela de la mesilla de noche. Se puso las pantuflas sin hacer ruido y fue a su mesa. Sacó del fondo del cajón las revistas que le habían dado las mujeres del círculo y los libros de Emma, que hasta el momento no había mirado.

Era un montón considerable. *«El derecho al trabajo de la mujer»*, susurró, y pasó el dedo por el primer libro. De Louise Otto-Peters. Lily vio sorprendida que era de hacía ya veinte años.

Otro libro, también de Otto-Peters, se titulaba *La vida de la mujer en el imperio alemán*. Lily lo abrió y lo hojeó. Le llamó la atención un párrafo sobre la vida conyugal de la mujer acomodada. Empezó a leer, como hipnotizada:

> Cuando se levanta, se encuentra, al igual que su esposo, el desayuno listo y lo toma con él. Si después este ha de desempeñar su oficio, la esposa, tras acompañarlo hasta la puerta o hasta su despacho, quizá acuda a comprobar la labor que ha realizado la criada en las habitaciones y la cocina, convenga con ella el almuerzo y le encomiende alguna cosa. A continuación se ocupa de su aseo personal, en particular de dar forma a su peinado con ayuda de cabellos ajenos y distintos añadidos, que para el esposo son objeto de repugnancia y enojo, y que sin embargo ella lleva a cabo como si fuese por amor a él...

Lily se quedó perpleja. Seguía estando completamente en boga reforzar el peinado con postizos. Nunca había oído hablar mal a nadie de esta práctica o ponerla en duda.

> Después sale de casa para hacer algunos recados por completo innecesarios, tal vez una visita. Regresa poco antes de la hora del almuerzo para pasar revista a la cocina y esperar al esposo sentada en el comedor con la mesa puesta. A continuación descansa una horita con una revista en la mano y luego pone al fuego la cafetera vienesa, que previamente ha preparado la criada, y el esposo deberá asegurarle que el café que ella misma ha preparado tiene un sabor exquisito. Acto seguido él se entrega de nuevo a su trabajo y tal vez el matrimonio no

> se vuelva a ver hasta la noche si, a la salida de la factoría, el despacho o similar, el esposo se dirige a su club, a una reunión o, por expresarlo con desenfado, a su taberna habitual. En cuanto a ella..., cose y borda un poco, sale a pasear, da vueltas por la ciudad haciendo creer a ella misma y a los demás que ha ido a «ocuparse» de algo...

Lily dejó el libro. Acababa de leer una descripción exacta de la vida que llevaba su madre. Y sabía que también era una mirada a su propio futuro.

De pronto notó un sabor acre en la boca. Casi sentía algo parecido a la vergüenza. Así de monótona, de decidida por completo de antemano, de increíblemente inútil era la vida que describía el libro. Y aun así era, al detalle, la cotidianidad de todas y cada una de las mujeres de su círculo de conocidas. Su vida era una sucesión de ocupaciones innecesarias, cambios de ropa constantes para todas las horas y las comidas posibles del día, enseñanzas de cosas que no habrían de utilizar, labores que nadie necesitaba. Su madre, como era natural, también se ocupaba de Michel, pero a ese respecto la señorita Söderlund le quitaba la mayor parte del trabajo. Además desarrollaba actividades benéficas, pero también esa labor solía restringirse a un trabajo de comité. Lily tenía la sensación de que Louise Otto-Peters también habría dicho algo a ese respecto.

Siguió leyendo un poco más, hasta llegar a un punto en el que trataba del adulterio:

> Es un pasatiempo para la vanidad, el anhelo de satisfacción profunda, ambas cosas engendradas y alimentadas por la falta de otros estímulos vitales intelectuales, de trabajo y obligaciones laborales. Es preciso que una mujer caiga muy bajo, se abandone a la pasión y a una actitud impúdica e indigna, para que cometa adulterio...

Lily sintió un hormigueo en el cuerpo. Ella no era mejor que las mujeres de las que hablaba ese libro. Todavía no había cometido adulterio, pero lo que hacía lo hacía asimismo porque era emocionante y estaba prohibido, porque la sacaba de su aburrida vida cotidiana. Porque por primera vez en su vida tenía la sensación de estar viva de verdad.

Y porque no soportaba no ver a Jo.

Sus pensamientos se atropellaban. En todo lo que leía seguía viendo reflejada una parte de sí misma. Cogió una revista. *Neue Bahnen*, ponía en la portada en letras gruesas. «Nuevos caminos.» Recordó que Isabel le había contado que así era como se llamaba la publicación de la Asociación Nacional de Mujeres. No se podía creer que existiera una revista que se centrara exclusivamente en las mujeres, en la mujer y en sus derechos, en el lugar que ocupaba en la sociedad, en su formación. Las palabras de Isabel resonaron en sus oídos: «Procura que nadie te pille leyendo estas cosas. Nadie quiere oír lo que tienen que decir estas mujeres. Tus padres, sin duda, no lo entenderían».

También sacó el libro del doctor Acton. Lo había hojeado una vez, pero lo que escribía la asustaba y la desconcertaba. Cuando lo abrió reparó en una frase: «Las mejores madres, esposas y administradoras del hogar saben poco de desenfreno sexual. El amor al hogar, los hijos y los deberes domésticos son las únicas pasiones que poseen».

Durante un instante Lily miró el libro con aire pensativo. Después lo metió debajo de la cama.

Las demás cosas las extendió en la colcha. Había quienes sostenían que, con una mejor formación, educación y emancipación, las jóvenes eran mejores esposas y, por consiguiente, se les debían otorgar más derechos. Pero también había opiniones más radicales, como las de Hedwig Dohm y Mathilde Franziska Anneke. No eran críticas solo con la sociedad, sino también con la religión.

Lily leyó cosas que ya sabía por su círculo, pero era distinto verlas publicadas, plasmadas en papel. Saber que tenían eco más allá de las paredes del pisito de Martha. Las mujeres exigían poder elegir libremente su profesión, el derecho a interrumpir el embarazo, una mayor educación sexual; estaban en contra de la prostitución y del derecho matrimonial. Querían que las mujeres pudieran escoger, separarse, recibir contraceptivos, aprender un oficio que les permitiese vivir de manera independiente. Y las mujeres no acusaban solo a los hombres, sino también a las propias mujeres. Exigían poder defenderse, romper el silencio, encontrar su propia voz.

Lily se levantó, sacó un lapicero del pequeño estuche y subrayó una frase. Con trazo grueso, dos veces: «La participación de la mujer en los intereses del Estado no es solo un derecho, es un deber de las mujeres».

Era evidente que de una revista habían arrancado algunas páginas. «La esencia del matrimonio», rezaba el título. De Louise Dittmar, publicado en *Leipzig* en 1848. Lily clavó la vista en el artículo.

> ¿Por qué hay tantos matrimonios infelices y tan pocos, prácticamente ninguno, felices? Creemos poder responder a esta pregunta de forma sucinta: la causa es la dependencia económica y política de la mujer.

La autora comparaba el lugar que ocupaba el hombre en el matrimonio con el de un monarca y el de la mujer con el de su súbdita. Ningún otro texto dejó tan pensativa a Lily como ese.

Leyó hasta el alba. En un momento dado se levantó, muerta de frío, y se puso la bata sobre la camisa de noche. Fue a la cocina y sacó dos bizcochos de la lata, se sirvió un vaso de leche y cogió algo del grueso embutido que había en la tabla de madera. Después se metió en la cama, encendió otra vela y siguió leyendo hasta que notó que los ojos le escocían. Al final se quedó dormida con el libro en el pecho.

14

—¡Se ha levantado! —Emma fue al encuentro de Lily en la escalera y la abrazó exaltada.

—¿Cómo dices?

—El pequeño Karl, se ha levantado, se encuentra mejor. Me alivia tanto que la herida no se haya inflamado, es algo muy inusual en una intervención tan importante, la verdad. Eso no significa que esté fuera de peligro, pero es una señal muy buena.

Las dos lanzaron gritos de júbilo y giraron en círculo alegremente con las largas faldas haciendo frufrú.

—Jo me pide que te pregunte si puedes salir hoy a pasear —dijo Emma de manera significativa—. A las cuatro, te esperará media hora junto a la casa de botes del Alster.

El corazón de Lily empezó a latir con fuerza.

—Mis padres no me dejarán volver a ir sola en la vida —se lamentó—. Últimamente están muy escamados. Y además esta noche se celebra un gran baile. —De pronto tuvo una idea—. Dime, ¿no podrías pasarte por casa y fingir que me raptas para dar un paseo? —propuso y le apretó las manos con nerviosismo a Emma. Su amiga se paró a pensar un momento y Lily añadió —: Sé que supone un gran esfuerzo que vayas exprofeso a nuestra casa. Pero prometo compensarte.

—Está bien —accedió Emma lanzando un suspiro—. Supongo que puedo ir a trabajar un poco más tarde.

Después de comer, Lily esperaba a Emma en el salón. Sylta había encomendado a Hertha que fuese a la confitería a comprar unos *petit fours* y que hornease unos hojaldres, que ahora estaban dispuestos con primor junto al humeante café. Aunque ese día no se encontraba bien, Sylta quería conocer a Emma a toda costa y renunció a la siesta.

El reloj de la chimenea dejaba oír su tictac. Estaban sentadas las dos juntas, esperando. Incluso su padre se había unido a ellas para saludar a la nueva amiga.

Pero Emma no llegaba.

Lily estaba cada vez más nerviosa, pendiente de la campana de la puerta o de los cascos de los caballos en el camino. Al final empezaron a tomar café ellos solos. Lily habló con sus padres del baile de esa noche sin prestarles demasiada atención.

—Es una verdadera lástima que Henry no nos pueda acompañar esta noche. —Su madre suspiró ya por décima vez.

—Sí, es una pena que tuviera que viajar a Berlín precisamente ahora —respondió Lily por inercia.

También le entristecía que no pudiese ir con ella, pero no tanto como debería. Además, en ese momento no podía pensar en otra cosa que no fuera Emma y qué podría estar reteniéndola.

—En fin, todo apunta a que tu amiga no va a poder venir —aventuró Sylta al cabo—. Daré aviso de que quiten la mesa. Si al final viene, Hertha le puede preparar una taza de té.

Lily se limitó a asentir. Estaba tan nerviosa que casi no podía permanecer quieta.

—Yo me vuelvo al despacho. Después aún tengo que pasarme por la naviera, pero estaré de vuelta para la cena. —Su padre se levantó, consultó su reloj de bolsillo y bebió un último sorbo de café.

—Me extrañaría que te perdieras la ternera con huevo frito —bromeó Sylta.

Él sonrió.

—Jamás se me ocurriría. —Alfred besó a su esposa en la mejilla, le acarició un instante el cabello a Lily y acto seguido sus padres salieron juntos de la habitación.

Lily se quedó en el salón sola, cabizbaja. No se podía creer que Emma le diera plantón sin más. Seguro que no había olvidado que habían quedado, probablemente se hubiese producido una emergencia en el asilo. Suspiró. Siendo así no podía enfadarse con ella, Emma debía actuar en caso de urgencia, por supuesto.

Se acababa de levantar para ir arriba cuando de pronto volvió a entrar su padre.

—Me he dejado el periódico —adujo—. ¿Todavía no se sabe nada?

Lily negó con la cabeza.

—Bien, debo decir que no me sorprende. De todas formas, todavía no sé qué pensar de esta nueva amistad.

Lily frunció el ceño.

—¿Por qué dices eso?

—No es necesariamente la compañía que uno desearía para su hija. Deberías oír lo que dicen de ella.

—Sé lo que dicen, me lo ha contado ella misma. Pero esas personas no la conocen y yo sí. ¿Acaso tú no dices siempre que uno ha de formarse su propio juicio en lugar de hablar mal de los demás?

Su padre asintió.

—Sin duda, pero ahora mismo nos está demostrando lo que la gente opina de ella. ¿No te parece irrespetuoso que te tenga esperando aquí? Tu madre se ha esforzado con la mesa, nos hemos tomado tiempo para conocerla y ¿qué hace ella? Ni siquiera considera necesario avisarnos de que no puede venir. Yo diría que esto dice todo lo que debo saber de ella.

—Seguro que ha pasado algo —replicó Lily, enfadada—. Trabaja en el asilo, quizá se haya producido una emergencia. Seguro que vendrá alguien a dar recado.

—¿Qué emergencia va a haber? Al fin y al cabo no es médica —objetó su padre, casi con

desdén.

«Claro que lo es», iba a decir Lily, pero en el último momento se mordió la lengua.

—Nunca me dejaría plantada sin un motivo.

Alfred suspiró. Se esperaba desde hacía tiempo esa discusión, pero no contaba con que se fuera a entablar ese día.

—Lise, necesitamos estar un momento a solas —indicó a la criada, que en ese momento se disponía a entrar con una bandeja—. Llevo algún tiempo queriendo hablar contigo de este asunto, Lily. Sylta me contó lo que habéis estado tratando últimamente en el seminario y, corrígeme si me equivoco, pero esas moderneces de la universidad y los derechos de las mujeres no son cosa del señor Kleinlein.

Ella lo miró con tal cara de susto que su padre vio confirmados sus temores.

—Lily, no quiero que esa mujer te meta pájaros en la cabeza. Precisamente por eso también quería conocerla hoy, quería darle una oportunidad aun cuando ya sabía lo que iba a ver. Puede que a ti te infunda respeto que haya ido a la universidad, que sea osada y moderna y esté emancipada. Pero es un auténtico disparate.

—¿Qué me quieres decir con eso?

Su padre la miró con vehemencia.

—Lily, necesito que lo entiendas. Tú eres una niña. Una mujer —se corrigió—. Es solo que las mujeres no están hechas para estas cosas. Vuestro cerebro no es..., cómo decirlo..., no está hecho para ahondar en estas cosas. Aparte de que tampoco es de buen tono, esto es un hecho. Dios lo ha querido así, no tiene ningún sentido rebelarse contra ello. En estos asuntos las mujeres son inferiores a los hombres. Por eso hay normas que tienen por objeto protegeros de que os ocupéis de cuestiones que sobrepasan vuestro entendimiento, y por eso a las mujeres no les está permitido votar ni ir a la universidad: porque no son capaces, lisa y llanamente. Siempre ha sido así, ¿acaso no crees que tienen sus buenos motivos?

Cuando su hija fue a objetar, él levantó deprisa la mano y ella cerró la boca.

—Es posible que haya excepciones, sin duda. Incluso entre las mujeres existen, en determinadas circunstancias, algunos cerebros brillantes que quizá hasta se acerquen en inteligencia a los de los hombres. Pero son muy pocos. Y una vez más, aquí entra en juego el hecho de que para las damas es algo contra natura ocuparse de esas cosas. ¿Deberían las mujeres abandonar la casa y a los hijos para ir corriendo a las salas de operaciones y manejar escalpelos sanguinolentos? Las mujeres son impresionables, se desmayan enseguida, no soportan la visión de la sangre; es preciso preservarlas de estas cosas. ¿Es que no entiendes que ha de ser así? Las mujeres... —Se puso un tanto rojo, pero carraspeó y continuó con voz firme—. Las mujeres han de tener hijos. Si de pronto todas dejan de hacerlo y van a la universidad, ¿qué crees tú que

pasará? ¿Es que quieres que no haya más niños? ¿O que haya hijos sin madre? ¿O, tal vez, que sean los hombres los que cuiden de los hijos? —Resopló indignado.

Lily, que se había quedado de piedra, respiró hondo.

—¿Puedo hablar ahora? —inquirió con frialdad, y por el sonido de su voz su padre supo que no había conseguido nada. Cansado, le indicó con la mano que dijera lo que tuviese que decir—. Para empezar, no creo que las mujeres sean más tontas que los hombres por naturaleza. ¿Quién lo dice? Y ¿quién lo ha demostrado? Como es lógico, las mujeres parecen más tontas e ignorantes: porque carecen de formación, porque se les niegan los conocimientos. Conozco a muchas mujeres inteligentes, tengo compañeras brillantes. Y ¿dirías tú que mamá no es inteligente? ¿O que Franz es más listo que yo? —Su padre iba a contestar, pero al parecer era una pregunta retórica, ya que Lily continuó hablando—: Sabemos menos cosas, eso es cierto, pero solo porque no se nos permite estudiar. En otros países ya han entendido que eso no es justo y aquí acabará siendo igual, estoy convencida de ello. —Cogió aire de nuevo—. Creo que los hombres temen a las mujeres —afirmó con vehemencia—. Nos empequeñecen intencionadamente porque no quieren ver que somos tan inteligentes y capaces como ellos.

Durante un instante Alfred se quedó pasmado. No podía entender que su hija le hablara así. Horrorizado, fue consciente de que de pronto lo acometía una ira incontrolable.

—¡Vete a tu habitación! —ordenó.

—Pero... —protestó Lily. Sin embargo, su padre estampó la mano contra la mesa.

—¿Acaso he sido yo el que te ha enseñado a comportarte así? Tu insolencia es increíble. Esa manera de hablar... ¿es lo que te enseñan en la escuela? ¿Ingratitud? Sabía que debía prohibirte el trato con esa mujer. Tu hermano y yo trabajamos sin descanso para que te puedas permitir llevar una vida sin preocupaciones, privilegiada, y ¿cómo nos lo agradeces? ¿Diciendo necedades y afirmando saber más que nosotros? ¿Cómo puedes hablarle así a tu padre?

—Yo no he dicho eso... —alegó Lily, pero ya era demasiado tarde.

—Vete antes de que pierda la cabeza —pidió su padre—. Me entran ganas de prohibirte que vayas al baile esta noche, pero sé que le rompería el corazón a tu madre, y de todas formas hoy no se encuentra bien. No tengo intención de alterarla todavía más con tu mal comportamiento. Y ahora fuera de mi vista.

Lily subió la escalera temblando de ira mientras las palabras de su padre le resonaban en la cabeza. Rara vez se había sentido tratada de manera tan injusta. Tenía las mejillas encendidas, le habría gustado propinarle una patada a algo. De pronto recordó lo tarde que era: el gran reloj del vestíbulo marcaba las cuatro y diez.

Se detuvo. La idea de que Jo la estuviese esperando en vano la angustiaba. La casa de botes del lago Aussenalster se hallaba a tan solo unos cientos de metros de la villa. Confiaba en que Jo entendiese por qué no había ido.

Ya en el rellano se dio la vuelta despacio y bajó de nuevo, como si alguien le tirase de un hilo. No sabía si se estaba rebelando contra su padre o si era el deseo de ver a Jo, pero con cada peldaño que bajaba iba más deprisa. Había tomado la decisión casi de manera inconsciente, sin embargo, cuando tuvo claro lo que se disponía a hacer, ya no hubo quien la detuviese. Si iba corriendo llegaría a tiempo.

Cuando llegó al puente de Lombardo y dio la vuelta a la esquina, Lily respiraba pesadamente. Sin aliento, apoyó las manos en las caderas y pugnó por respirar mientras miraba con nerviosismo a su alrededor. De Jo no había ni rastro.

«Pero ¡si todavía no son las cuatro y media!» La idea de que se hubiese arriesgado tanto y él ni siquiera la estuviese esperando, como había dicho, hizo que se pusiera furiosa. «Sinvergüenza —pensó encolerizada, y se apoyó en un banco para recuperar el aliento—. ¿Es que no sabe lo difícil que me resulta reunirme con él a plena luz del día?»

Los transeúntes la miraban con recelo porque seguía jadeando y el sudor le corría por las sienes.

Debía admitirlo: Jo no estaba. Poco después echó a andar despacio hacia la villa. La decepción le dejaba un sabor amargo en la boca. En ese momento le daba completamente lo mismo si la pillaban. De ser así la encerrarían en su habitación durante el resto de su vida, pero ¿qué importaba ya?

De pronto frenó en seco y la recorrió un escalofrío. Se le acababa de pasar por la cabeza una idea espantosa. Solo podía haber un motivo por el que ninguno de los dos había acudido.

—Karl —susurró espantada.

Y salió corriendo.

Mientras subía a toda velocidad la escalera de la casa donde vivía la familia de Jo, sintió tal punzada de dolor en los pulmones que tuvo que pararse un instante. Tras apoyar las manos en las caderas, creyó que se desmayaría de un momento a otro. Nunca había maldecido tanto su corsé como entonces. Pero se recuperó deprisa y acometió el último tramo.

Aporreó la puerta, pero nadie le abrió. En el piso reinaba un silencio sepulcral.

—Están en el hospital. Se han llevado al niño hace un rato —informó una vocecilla a sus espaldas.

Lily se volvió. En el pasillo vio a una anciana apesadumbrada que llevaba el cabello ralo oculto bajo un pañuelo.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado? —preguntó Lily con cara de espanto.

La mujer negó con la cabeza preocupada.

—No lo sé, pero el niño gritaba como un poseso. Daba unos alaridos espantosos, como los de un animal moribundo. Se retorcía y se sacudía.

Lily clavó la vista en ella conmocionada.

—¿A qué hospital han ido? —musitó.

—Al St. Georg, me imagino —respondió la anciana—. Adónde si no. —Escudriñó a Lily con curiosidad y a sus ojos asomó la codicia al ver el caro vestido que llevaba—. ¿Conoce bien a la familia? —inquirió—. Por casualidad no tendrá unas monedas... —Extendió la mano, pero Lily ya estaba bajando la escalera.

Al llegar abajo se detuvo con los pensamientos atropellándose. Si iba al hospital llamaría la atención. No lograría volver a tiempo y su padre la encerraría en su habitación durante el resto del año si se enteraba de que había salido de casa en lugar de obedecerlo.

Contempló la calle. Quería ir a ver a Jo, quería estar con él. Seguro que ya estaba sufriendo un tormento. En Karl no se atrevía ni a pensar por el momento. Lo conocía desde hacía poco, pero ese pequeño adorable le recordaba tanto a Michel por su naturaleza que apenas podía soportar saber el suplicio por el que estaría pasando ahora. Todo su ser quería correr con ellos, pero si deseaba volver a ver a Jo, ahora debía regresar a Bellevue, y a decir verdad, lo antes posible.

Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano, pero dio media vuelta y echó a andar hacia el Alster, con su familia.

Alfred Karsten se paseaba en bata por la casa a oscuras. Ya se había cambiado para acostarse, pero después había vuelto a su despacho, donde no había hecho más que mover de un lado a otro los papeles de su escritorio para terminar asomado a la ventana contemplando el oscuro río. Sylta estaba en la cama con dolores, como tantas otras veces de un tiempo a esa parte. Demasiadas veces. La idea de que su mujer estuviese enferma le preocupaba enormemente. En la casa reinaba un silencio inusitado, resultaba extraño, era como si estuviese abandonada. Lily y Franz habían ido al baile, pero él no había querido acudir sin Sylta. Michel dormía desde hacía rato y también Alfred debía retirarse. Sin embargo, sentía un profundo desasosiego. Un desasosiego que tenía que ver con sus hijos.

En casos así lo único que lo ayudaba era el whisky, pero en la licorera del despacho casi no quedaba. Tiritaba de frío. Los días aún eran cálidos y soleados, pero cuando caía la noche en el aire ya se dejaba sentir el otoño, y se alegró de que la bata estuviese forrada de piel sintética.

De camino al salón, en cuyo mueble bar había otra licorera, pasó por delante de la cocina. La cálida luz que salía por debajo de la puerta hizo que se detuviera tras haber dado unos pasos más, y al final se diese la vuelta. Asomó la cabeza con circunspección. Como era de esperar, allí solo estaba Hertha. Por las mañanas se levantaba más tarde que las muchachas, que alrededor de las cinco ya empezaban con los quehaceres domésticos; en invierno encendían las lámparas y el fuego, en verano tendían fuera la colada. A cambio, se quedaba más tiempo por la tarde, cuando Seda y Lise ya se habían retirado.

La cocinera estaba inclinada sobre la gran mesa de madera, rellenando con confitura de cereza moldes forrados con masa, con el semblante concentrado. Cuando entró él, la mujer levantó la

vista sorprendida.

—Señor Karsten, ¿sigue despierto a estas horas? ¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó risueña, y él levantó la licorera vacía—. Virgen santísima, las muchachas no lo habrán visto, disculpe usted. —Se sacudió la harina de las manos y cogió el recipiente.

—La culpa no es de ellas —contestó él—. Últimamente nos hemos permitido un poco más de lo que nos convenía.

Hertha lo miró comprensiva.

—Ahora mismo lo relleno.

—Pensándolo bien, ¿te importaría prepararme una cerveza caliente? —pidió, y ella asintió asombrada.

Alfred se dejó caer en el banco de la cocina. En el alféizar había velas encendidas y por las ventanas, que estaban abiertas, le llegó el olor de las rosas mojadas del jardín. Antes hacía eso mismo a menudo: quedarse un rato sentado en la cocina por la noche, con Hertha y a veces también con Robert, su hermano. Bebían algo, comían pan negro con melaza y se limitaban a dejar que el día terminase. Le gustaba el ambiente que reinaba en las cocinas por la noche. Sobre todo en invierno era delicioso, con el calor del hogar y el olor a ponche tibio y pan.

Antes, como era habitual, tenían dos cocinas: una que no utilizaban, en cuyas paredes se exhibían la porcelana buena y el latón, y la de verdad, en las habitaciones traseras. Allí en la villa solo había una cocina, completamente funcional, un espacio grande que daba al jardín y a la entrada. Él lo prefería así. No era tan acogedora, pero sí más grande y moderna. Tenían más empleados y ya no le parecía apropiado sentarse allí por la noche. Cada vez iba menos a menudo, ya ni siquiera se acordaba de cuándo lo había hecho por última vez. Pero cuando algo le preocupaba aún se refugiaba con Hertha, como ahora.

—¿Quiere que le prepare algo de comer? —le preguntó la cocinera desde el hogar, donde movía la cerveza, y tras un breve titubeo él asintió.

Mientras ella sacaba platos y la negra y espesa melaza, Alfred volvió a abandonarse al recuerdo de cuánto habían cambiado también las cosas incluso en ese sitio. En su infancia, en casa todavía hacían ellos mismos todo cuanto era posible: velas, jabón, tintes. Estaban orgullosos de las destrezas manuales de la servidumbre y de la comida casera. La carne en salazón y ahumada solo se compraba al carnicero cuando era estrictamente necesario, la masa del pan de centeno se fermentaba allí mismo, se llevaba al gran horno del panadero del lugar y después se devolvía a casa con orgullo, al igual que los esponjosos bizcochos que de pequeño a veces él mismo llevaba al panadero Urbach en grandes cuévanos con las criadas. Aún recordaba el sabor de esa masa ligera, pintada con mantequilla tibia y espolvoreada con almendras y azúcar. En las postrimerías del verano se elaboraban conservas, se preparaban remedios, se confeccionaban jaleas y zumos, y en el sótano se llenaban barriles con arenques, repollo, remolacha y pepinillos, incluso secaban hierbas aromáticas en casa. Era como si aún pudiese olerlas, y los apretados manojos que Kathrein, la vieja ama de llaves, colgaba en el desván.

La rolliza Kathrein, con su risa caprina, había muerto hacía años, y en el desván él solo había entrado una vez y durante un instante, cuando fue a visitar la casa. El sótano de la villa también estaba vacío. Todo lo necesario se encontraba en la despensa. Suspiró al pensar en lo lleno que estaba antes el sótano de barriles, orzas, cajones con patatas y baldas y cordeles con fruta desecada. También la despensa de la villa olía bien, a especias y hortalizas, pero era distinto. Resultaba sumamente reconfortante llenar los sótanos y las despensas en otoño y aprovisionarse para el invierno, algo que ahora ya no era necesario. Tampoco contaban con ya animales, solo unas gallinas para tener huevos frescos. En esos tiempos se compraba todo, incluso se consideraba mejor, más moderno, si se adquiría en la ciudad. Ahora incluso las tartas las quería pedir Sylta siempre en la confitería cuando recibían visita. «Es lo que se estila —aducía extrañada cuando él ponía peros—. No les puedo presentar algo hecho en casa, como si fuésemos labriegos.»

Por lo general Alfred siempre estaba a favor de ir con los tiempos y plegarse a las nuevas particularidades de la sociedad, pero con la comida y la casa era un sentimental. Por ello insistía en que las criadas hiciesen casi todas las cosas ellas mismas, como antes, bajo la dirección de Hertha. Tampoco era pedir tanto, opinaba él; a fin de cuentas, ¿qué otra cosa iban a hacer ahora que todos los inventos modernos les facilitaban la vida hasta volverlas vagas? Ya ni siquiera había que encender el fuego uno mismo, tenían las largas cerillas. Cuando él era pequeño, en su casa aún se tricotaba y se cosía para toda la familia. Ahora Sylta encargaba el guardarropa entero a la modista y a lo sumo bordaba un cuadro. Su madre incluso había aprendido a confeccionar sus propios zapatos, ya que en su juventud estaba de moda que un zapatero acudiera a casa para enseñarles su arte a las jóvenes damas.

Alfred pensó en Lily y suspiró. Ni siquiera estaba seguro de si sabía coser debidamente. Se pasaba el día entero leyendo o sentada a su mesa escribiendo poemas o lo que quiera que hiciese. Y ahora, para colmo, estaba aprendiendo cosas inútiles de política. ¡La forma en que le había hablado aquel día! No, no era para nada decoroso. A veces se preguntaba si no se habría equivocado de medio a medio en lo relativo a su educación. Todas esas innovaciones... Con frecuencia él ya no sabía qué estaba bien y qué no.

Menos mal que tenía a Sylta, que lo guiaba como un faro por las siempre cambiantes corrientes de la vida social. A su rostro asomó una sonrisa cuando pensó en su esposa. Prácticamente nadie que él conociera llevaba una vida marital feliz. Claro que tampoco era que se tratase de eso, el matrimonio era una unión contractual; siempre que funcionara más o menos uno estaba satisfecho. Sin embargo, lo que ellos tenían era distinto. Él quería mucho a su mujer.

En lo tocante a la compañía naviera, Franz no paraba de darle la tabarra, a veces se sentía directamente acosado. Las innovaciones siempre suponían un riesgo. En esa época lo importante era ir a más: más deprisa, mejor, más grande. ¿Qué pasaba con los antiguos valores y tradiciones? O ¿acaso hacía mal al no conceder más libertades a Franz?

Cuando Hertha le sirvió la humeante cerveza, él no hizo ademán de ir a levantarse.

—¿Te tomas un vaso conmigo? —preguntó.

Tras un breve titubeo la cocinera asintió y se sirvió asimismo un cucharón lleno de la cacerola.

Después se sentó frente a él. Permanecieron un rato en silencio mientras bebían con cuidado de los vasos empañados. Él no sabía qué decir. De pronto Hertha se levantó.

—Disculpe, pero tengo que terminar los bizcochos, de lo contrario el horno se enfriará —explicó.

Alfred se limitó a asentir. Hertha no se sentía a gusto, hacía demasiado que él no iba por allí y ahora se le hacía extraño. Por algún motivo a él también le resultaba más fácil hablar con ella cuando no la tenía enfrente y lo miraba a los ojos. En cuanto la volvió a ver tras la mesa, él preguntó con la vista dirigida al vaso:

—¿Tú crees que a Lily le viene bien asistir al seminario?

Hertha dejó lo que estaba haciendo. Que el señor de la casa pidiera consejo a la cocinera en materia de educación era más que insólito. No obstante, se conocían desde hacía ya más de treinta años y Alfred sabía que a Lily y ella las unía una relación de confianza. Pese a ello tuvo que pensar muy bien cómo contestar una pregunta tan peliaguda.

—Es una niña muy lista, despierta... —repuso con tino.

Alfred asintió.

—En efecto. Pero es una mujer joven. Y nunca será maestra. Henry no lo permitirá, y yo menos. Entonces ¿para qué va a ir? No existe ninguna necesidad, solo se pondría en ridículo.

—Ya sabe usted cómo es, siempre con un libro en la mano. Siempre me está pidiendo que le cuente historias. Tiene una imaginación viva, que necesita alimentar y distraer —opinó Hertha.

Su señor asintió con el semblante preocupado.

—Es lo mismo que dice Sylta. Pero me preocupa que esa distracción sea excesiva. Allí aprenden toda clase de cosas, incluso de política. ¿Te lo puedes creer?

Hertha negó con la cabeza.

—Yo de eso no entiendo pero no me parece apropiado.

—Eso mismo pienso yo. ¿Qué dirá al respecto su prometido?

—Quizá sepa apreciar tener a una mujer inteligente a su lado.

Alfred negó con la cabeza con aire pensativo.

—Inteligente es una cosa —afirmó—. Es bueno ser inteligente, pero cuando una mujer lo es demasiado, ello solo le perjudica. Hace que abrigue ideas peligrosas.

Lily se apoyaba en un pie y luego en el otro, intranquila. Era como si estuviese electrizada. ¿Dónde estaba Berta? ¡Caramba! Dentro ya estaban empezando a tocar, las primeras parejas se

disponían en fila para bailar y de la amiga de Lily todavía no había ni rastro. Le picaba la espalda, tenía las manos húmedas. Ese condenado vestido le apretaba tanto que casi no podía respirar. Era dorado y estaba adornado con bordados brillantes, a Lily le había encantado nada más verlo. Ahora le habría gustado quitárselo allí mismo. El cabello también le tiraba, lo llevaba recogido en intrincadas trenzas. Seda había tardado una eternidad en arreglarla para la velada mientras no paraba de preguntarle qué le pasaba y si no le hacía ilusión ir al baile. Lily vio su imagen reflejada en un espejo: tenía las mejillas rojas pero el rostro blanco como la pared. Había pasado la última media hora recorriendo el salón cogida del brazo de Franz, hablando con la mayor cantidad de personas posibles y dejándose ver por todas partes.

Para que nadie tuviese que preguntarse más tarde si Lily Karsten había acudido al baile.

Gracias a Dios, en un momento dado, tal y como ella había previsto, Franz le dijo:

—Bien, pequeña lapa. Ahora voy a la biblioteca. Tus amigas están aquí, ¿no?

Se alegró de desembarazarse de su hermano, un sentimiento mutuo. Sabía que el resto de la noche se despreocuparía de ella, así que lo único importante era estar de vuelta a tiempo para poder regresar a casa con él. El baile de otoño era el mayor acontecimiento del año y la clase alta de Hamburgo, previsible. Lily conocía prácticamente a todo el mundo, había hablado con todos los que tenía que hablar, pero siempre se había retirado a tiempo. Por suerte, todavía nadie le había pedido que le reservara un baile. Aunque Henry no se encontraba allí, la mayoría de la gente sabía que estaba prometida y solo intentarían acercarse a ella más tarde..., cuando ya no estuviese.

Vio su oportunidad cuando Agnes le comunicó que sus padres habían decidido quedarse en casa. A solas con Franz podría ausentarse unas horas si se daba maña.

Al cabo vio que Berta se bajaba del carruaje detrás de sus padres, cogida del brazo de un hombre elegantemente vestido con el cabello castaño rizado. Cuando subían por la escalera su amiga corrió a su encuentro con las mejillas encendidas.

—¡Lily! Permíteme que te presente a Friedrich.

Lily sonrió al hombre. Lo que le faltaba, ahora tendría que mantener una conversación educada.

—Conque es usted el misterioso desconocido que Berta me ha estado escondiendo tanto tiempo —comentó.

Berta le había hablado a menudo del nuevo hombre que le hacía la corte desde unas semanas antes y con el que, si fuera por su familia, no tardaría en prometerse, pero Lily no lo había visto aún.

—Empezaba a pensar que tendría usted cuernos o los ojos amarillos —continuó.

Él se rio.

—Y ahora que me ve, ¿se ha llevado una decepción?

—Al contrario. —Lily pensó que era apuesto y además parecía simpático. No podía entender por qué Berta lo había envuelto en tanto misterio.

Lo averiguaría acto seguido.

—Y usted ¿tiene nombre? —inquirió él, y Lily se percató de que, a su lado, Berta empezaba a agitarse.

—Friedrich, esta es... Lily. Lily Karsten —balbució, y Lily vio que él se mostraba sorprendido un instante.

—Lily Karsten —repitió, y la observó con interés mientras le estrechaba la mano.

Lily los miró a ambos.

—¿Por qué le sorprende tanto? ¿Nos conocemos? —preguntó risueña.

—Bien, usted no tendría por qué conocerme, pero yo sí la conozco a usted. Trabajo para el *Tageblatt*, y no hace mucho escribí el artículo sobre usted.

Lily creyó haber oído mal. Miró con cara de susto a Berta, que se volvió hacia ella abochornada.

—Lo siento, Lily. No lo hizo con mala intención, solo es su trabajo, y de todos modos tampoco sabía que éramos amigas —se apresuró a aclarar.

—Pero ¿por qué no me...? —empezó Lily, pero él la interrumpió.

—Si me permite la intromisión, me gustaría decirle personalmente que el tono del artículo me resulta desagradable. Pero no tenía elección, la redacción lo decidió así. Sin embargo, me deparó un enorme placer informar de su audaz llegada. Me pareció de lo más... refrescante. —Para su sorpresa, le guiñó un ojo.

—¿Ah, sí? Pues no fue eso lo que se mencionó en el artículo —repuso Lily perpleja.

—Bien, como le he dicho, la redacción fue quien decidió. Yo no soy el jefe, solo trabajo allí.

—Lily también escribe, por cierto —anunció de repente Berta, que a todas luces estaba haciendo un esfuerzo para crear buen ambiente entre ambos.

—¡Berta! —Lily miró a su amiga con cara de espanto.

—¿Qué? ¿No debería haberlo dicho?

—Vaya, ¿escribe usted? —El hombre le dirigió una mirada curiosa—. Y ¿qué escribe, si me permite la pregunta?

—Pues... —Lily se dio cuenta de que se estaba ruborizando—. A decir verdad, escribo solo para mí. Poemas y cuentos. —Carraspeó. Pero ¿qué estaba diciendo? Sin duda la tomaría por una niña pequeña—. Pero últimamente estoy probando con temas sociales más críticos.

Berta y Friedrich la miraron con cara de asombro.

—¿Ah, sí? Eso no me lo habías dicho —apuntó Berta.

—Y ¿qué exactamente? —quiso saber Friedrich, que todavía no había apartado la vista de ella.

—Bien, pues ahora mismo me ocupo de la situación de la mujer en nuestra ciudad. La de las trabajadoras, en particular, pero también la de las mujeres acomodadas, en comparación con ellas. Me resulta muy interesante.

Él esbozó una sonrisilla.

—Y ¿a qué conclusiones ha llegado hasta ahora?

—A que, en lo que concierne a la emancipación y los derechos de la mujer, estamos muy por detrás de otros países y es preciso que algo cambie con urgencia —contestó ella sin pestañear—. También se podría decir que en el curso de los últimos cien años no ha pasado nada en absoluto.

Friedrich sonrió de nuevo. Lily estaba preparada para tener que soportar una respuesta aleccionadora o arrogante, como era siempre el caso cuando intentaba hablar de ese tema con hombres.

—Interesante —replicó al fin, y Lily sintió que se estremecía ligeramente bajo su mirada penetrante—. Y asimismo... refrescante. Sin embargo, yo no diría «nada». A fin de cuentas, en la isla de Veddel está previsto construir una piscina para mujeres para el verano próximo.

Cuando Lily abrió la boca indignada, él añadió:

—Estoy bromeando, naturalmente, señorita Karsten. —Sacó una pequeña tarjeta de visita del bolsillo interior—. Siempre estamos buscando voces nuevas. Escríbame. Me gustaría leer algo que haya escrito.

Lily clavó la vista en la tarjeta sin dar crédito a sus ojos y después la cogió con la mano fría.

Berta miraba a uno y a la otra con cara de susto, y su semblante pasó de la incomprensión a la conmoción cuando Lily se guardó la tarjeta en el bolsito que llevaba.

Lily se mordió los labios. Debía tener cuidado, necesitaba a su amiga de aliada. Antes de que la situación se volviera demasiado incómoda, dijo:

—Es muy amable por su parte, Friedrich, pero me temo que mis asuntos no serán de su interés. Además, ahora mismo estoy muy ocupada y no dispongo de mucho tiempo para escribir. —Se volvió hacia Berta con una sonrisa falsa—: Querida, ¿podría hablarte un momento a solas? ¿Vamos al tocador?

Friedrich entendió el guiño en el acto.

—Iré a procurarnos algo de beber, Berta. Nos vemos en el bufé.

Lily tiró de su amiga.

—¡No puedes reunirte con él, de ninguna manera! Oh, Lily, prométemelo. —Berta estaba tan agitada que Lily le cogió ambas manos. Era evidente que temía que se repitiera la historia con Henry y Friedrich se interesara por Lily en lugar de por ella.

—Berta, no lo decía en ese sentido, solo pretendía ser educado por haberme puesto en un aprieto con el artículo. Y ya me has oído, por el momento no tengo el menor interés. Escucha, he de hablar contigo.

Antes de que los miedos irracionales de su amiga pudieran ir a más, le explicó de camino a los aseos que tenía que escabullirse y Berta debía mentir por ella. El verdadero motivo no se lo reveló. Quería mucho a su amiga, pero era tan emocional y veleidosa que solo confiaba en ella relativamente.

—Tengo una cita importante relacionada... con el salón. —Berta sabía del círculo de mujeres,

pero siempre se había negado en redondo a acompañar a Lily a uno de los encuentros. Aunque Emma le gustaba, le parecía «muy peculiar» y siempre se mantenía lejos de ella.

—Pero, Lily, no te puedes ir sin más... —le advirtió entonces.

—Debo hacerlo, Berta. Por favor, entiéndelo. Ya te lo explicaré todo en otra ocasión. Si Franz pregunta por mí, dale largas. Estaré de vuelta dentro de dos horas, te lo prometo —dijo atropelladamente.

Se estaba quedando sin tiempo. ¿Por qué Berta había llegado tan tarde? Seguro que había estallado en llanto en casa porque su cintura no era lo bastante pequeña o los rizos no estaban como debían.

—¡Lily...! —la llamó Berta, pero ella ya se estaba alejando.

—Te lo prometo —repitió volviendo la cabeza. Bajó la escalera deprisa y poco después salió del edificio por una puerta lateral.

Lily recorría a buen paso las oscuras calles. Por suerte, el St. Georg no estaba lejos. Tenía miedo de lo que podía encontrarse allí pero, aun así, iba lo más deprisa que podía. Al entrar su vestido dorado le granjeó miradas de asombro, pero le dijeron en qué sala estaba Karl. «¡Al menos no ha muerto!», pensó cuando la enfermera leyó su nombre, y después le asustó la idea.

Mientras iba a paso ligero por el pasillo, vio desde lejos a cuatro figuras en un banco. Jo se cubría la cara con las manos y parecía hundido, a su lado se hallaban Wilhelm, Julius y Christian, todos ellos con una expresión horrorizada en el rostro.

—Jo. —Lily se arrodilló delante de él. Al verla fue como si despertara de un trance profundo.

—Lily —articuló con voz rasposa.

Ella le cogió las manos. Estaban heladas.

—Se ha contagiado —musitó Jo.

Ella ya lo sabía, pero no pudo evitar sentir como si el corazón se le parara un instante. Jo tenía los ojos hinchados y el rostro gris. Cuando habló dio la impresión de no poder creerse ni él mismo lo que le contaba.

—Mi madre está con él, intenta calmarlo. Le han dado medicamentos, pero no terminan de surtirle efecto. No pueden hacer más, tan solo esperar hasta que muera —dijo con voz inexpresiva.

Lily nunca había visto tanto dolor en los ojos de una persona. Se sintió completamente inútil.

—Si hay algo que pueda hacer... —empezó, pero Jo hizo un gesto de negación.

—Volveré a entrar dentro de poco. Sufre muchos dolores. No deberías estar aquí.

—No, me quedo contigo. Quiero verlo —aseguró ella en voz queda pero firme. Después se sentó junto a él en el banco.

Permanecieron así un buen rato, esperando lo inevitable. Y Lily tenía la sensación de que el mundo contenía la respiración con ellos.

Berta estaba cada vez más nerviosa. ¿Dónde se había metido Lily? La fiesta aún se hallaba en pleno apogeo, pero ya se empezaba a sentir que poco a poco se iba extendiendo un cansancio generalizado. Los invitados habían bailado con frenesí, el aire en la gran sala era sofocante y contribuía a que para entonces muchas mujeres se hubiesen sentado a abanicarse.

Berta ya se había visto obligada a mentir tres veces porque alguien preguntó por Lily. En esas ocasiones puso como pretexto que la acababa de ver fuera, en la veranda. Le estaba fastidiando el baile con esa historia rara. Berta ardía en deseos de saber cuál era la verdad que se escondía tras ese extraño comportamiento. Precisamente aquel día, la noche más importante del año, se conducía de manera tan singular. ¿Seguro que no había otro hombre...? No, imposible. Al fin y al cabo, Lily tenía a Henry.

Además querían bailar juntas, llevaban semanas practicando la danza tirolesa. Todavía no le había perdonado del todo lo que había sucedido antes con Friedrich aunque, francamente, Lily no había mostrado un verdadero interés. Seguro que no se reuniría con él, su amiga nunca le haría eso.

De pronto Friedrich apareció a su lado y le ofreció una copa.

—¿Otro baile? —preguntó risueño.

Berta negó con la cabeza, estaba demasiado nerviosa.

—¿Dónde se ha metido tu amiga? No la he visto en toda la noche —observó él mientras recorría la multitud con los ojos.

Berta notó que se iba enfadando. Una vez más, todo volvía a girar en torno a Lily.

—¿Por qué? —preguntó mordaz.

—Porque me ha parecido muy interesante —aseguró él, y a todas luces no se dio cuenta de lo agitada que estaba Berta—. Es una mujer fuera de lo común. Me habría gustado conversar un poco más con ella. ¿Os conocéis desde hace mucho?

—Una eternidad —replicó Berta, y en ese momento le habría gustado vaciarle la copa en la cabeza.

—¿También va al seminario? Me pregunto por qué, si su familia es tan acomodada como...

Berta lo cortó de malas maneras.

—Cuando vuelva, podrás preguntárselo a ella. Así podréis hablar los dos tranquilamente de Lily y su interesantísima vida —espetó.

Friedrich se quedó de una pieza al ver lo furiosa que estaba.

—Yo solo quería decir... —empezó, pero en ese momento alguien cogió del brazo a Berta.

Bajo la mirada de Franz Karsten, a ella la recorrió un escalofrío. No podía ser mejor parecido, con su cabello negro y esa expresión siempre de ligero hastío. En su día había confiado en que quizá pudiera fijarse en ella. Franz ya tenía veintitantos años y seguía soltero, pero nunca se había interesado lo más mínimo por ella. Al ver que ahora le hacía una reverencia, Berta sintió un cosquilleo en el cuerpo.

—Berta —saludó, y le dio un beso en la mejilla.

—Franz, me alegro de verte. ¿Cómo te va? —preguntó ella, pero él desechó la pregunta con un gesto.

—Estoy buscando a Lily, ¿la has visto?

Berta apretó los dientes. Lily, cómo no. Todo giraba siempre en torno a Lily, ¿cómo podía ser que le extrañara?

—No —contestó con frialdad. Y de pronto, sin querer ni haberlo planeado, añadió—: No ha veo desde hace horas, no sé dónde puede estar. Probablemente con su prometido.

Franz enarcó las cejas extrañado, y a ella le habría gustado morderse la lengua. ¿Por qué había dicho eso?

—Henry no está aquí —replicó él, y ahora se puso a mirar la sala con atención—. ¿Dónde se habrá metido? Si vosotras dos siempre estáis juntas.

—Eso no es verdad —negó Berta molesta—. Al fin y al cabo, yo he venido acompañada.

Solo entonces Franz reparó en Friedrich, que se había mantenido al margen cortésmente.

—Entiendo. Franz Karsten, encantado de conocerlo —se presentó, y le estrechó la mano.

—Ah, conque es usted hermano de la famosa... —empezó Friedrich, pero Berta le dio un pisotón.

—Tenemos que irnos, Friedrich —anunció, y lo alejó de Franz.

Estaba segura de que el hermano de Lily no se mostraría tan encantado cuando supiese quién era Friedrich. Perplejo, este se dejó llevar. Por su parte Franz los miró con recelo.

Cuando se dio la vuelta, Franz se topó con una mirada penetrante.

—Mi querido amigo. —Oolkert sonrió—. Cuánto me alegro de que también coincidamos en una ocasión más placentera.

A Franz le entraron ganas de proferir un lamento. Lo que le faltaba. Había conseguido evitar a Oolkert toda la velada.

—¿También se encuentra presente tu estimado padre? —preguntó Oolkert mientras escudriñaba la sala—. Sería una buena ocasión que ni pintada para hablar de...

—Mi padre no ha venido, mi madre se encontraba indispuesta —se apresuró a aclarar Franz —. Y sabes que aún necesito tiempo.

Oolkert se limitó a sonreír.

—Ah, no me refiero a los barcos. Sé de sobra que a ese respecto no nos podemos precipitar. No, estoy hablando de asuntos privados. —El brillo de sus ojos hizo que Franz se mordiera los labios con furia.

—Ya te he dicho que...

—¡Pamplinas! —Oolkert desechó su objeción con un sencillo gesto—. Tampoco es preciso que te cases con ella esta noche. Pero le he asegurado a Roswita que bailarás con ella y te ha

reservado dos bailes. Oh, hablando del rey de Roma... Querida, mira a quién he encontrado.

Roswita fue hacia ellos sonriendo tímidamente y Franz se preguntó si la joven no los habría estado observando durante todo ese tiempo. Ese día no estaba tan mal, Franz debía reconocerlo, aunque era probable que se debiera a la tenue iluminación. Pese a todo, le habría gustado salir corriendo.

—Roswita. —Franz le besó la mano a regañadientes—. Es un placer. Está usted arrebatadora. ¿Me concedería este baile?

Ella rio con coquetería y, con una caída de ojos, se cogió del brazo que le ofrecía. Franz sintió que la mirada de Oolkert se clavaba en su nuca mientras conducía a su hija a la pista de baile.

—¿Dónde estabas? —susurró Franz al oído, malhumorado, a su hermana media hora después, cuando por fin la encontró. Estaba junto al bufé y parecía casi sin aliento. Él la escudriñó con cara de sorpresa. Tenía el cabello despeinado y los zapatos sucios.

—En el jardín. —Lily respondió con una evasiva.

Franz frunció el ceño. Su hermana no le gustaba, en ella había algo distinto, que no le cuadraba.

—¿Qué te pasa? ¿Has estado llorando? —le preguntó, y la cogió de la barbilla para poder verle mejor el rostro.

—¡Suéltame! —Lily se liberó—. No me pasa nada.

—¿Con quién estabas en el jardín? —inquirió Franz, mirando a su alrededor.

—Con mis amigas, ¿con quién iba a estar? —contestó Lily arisca, pero él negó con la cabeza.

—Les he preguntado a todas y ninguna te ha visto desde hace horas.

—Naturalmente, estaba hablando con Berta en el jardín —aseguró ella.

Asombrado, su hermano la escudriñó.

—¿Con Berta? —preguntó cortante.

—Sí, con Berta, mi mejor amiga. ¿Has olvidado quién es? —repuso Lily con arrogancia, y él esbozó una sonrisa fría.

—No. La pavisosa rubia de voz histérica cuyo prometido le quitaste.

—No estaban prometidos, Henry nunca estuvo interesado en ella —espetó Lily enfadada—. Y no seas tan mezquino, Berta es encantadora y...

—¡Acabo de hablar con ella! —la cortó Franz sin contemplaciones—. Dice que hace horas que no te ve.

—¿Qué? —Lily se quedó pasmada. Durante un momento dio la impresión de que no sabía qué decir. Después soltó una risotada—. Solo estaba bromeando. Pues claro que hemos estado juntas, ¿en qué otro sitio podría haber estado? Mírame los zapatos; como estaba oscuro nos hemos metido en los arriates sin querer. ¡Lo sé! Seguro que se ha mosqueado un poco. Su acompañante ha mostrado mucho interés en mí, no te vas a creer quién es.

—¿Quién? —preguntó Franz con recelo. No conseguía librarse de la desagradable sensación

de que Lily le acababa de mentir con todo descaro y además intentaba despistarlo.

—El reportero que escribió hace poco ese artículo sobre mí.

Franz no daba crédito a sus oídos.

—¿Cómo dices? —soltó, y Lily asintió con vehemencia.

—Lo que oyes; antes he estado hablando un buen rato con él y seguro que por eso Berta está un poco ofendida. Ese hombre me ha pedido disculpas, ¿sabes? Ha dicho que mi aparición le resultó refrescante.

—Conque refrescante, ¿eh? —Franz echó una ojeada furibundo—. Yo le enseñaré a ese idiota lo refrescante que...

Lily lo cogió del brazo.

—Vamos, no te sulfures. Debemos volver a casa, ya es tarde. Ha dicho que la decisión de escribir así el artículo fue de la redacción. A decir verdad, ha sido muy amable conmigo, incluso se ha ofrecido a leer algo que yo hubiese escrito.

Franz resopló, pero se dejó llevar.

—¿Ah, sí? ¿Como qué? ¿Tus poemas de corazones rotos? —preguntó riendo, y vio que Lily apretaba los labios herida.

—No lo decía en serio —la consoló Franz poco después, cuando estaban en el carruaje y vio que Lily apoyaba la cabeza en el respaldo con expresión triste.

—¿El qué? —inquirió ella, y lo miró sorprendida. Era como si estuviese muy lejos de allí.

—Lo de tus poemas, no lo decía con mala intención —refunfuñó Franz.

Ahora su hermana estaba ofendida y, sin duda, al día siguiente se quejaría a sus padres de lo mezquino que había sido con ella. Lo cierto era que a veces no sabía por qué no era más amable con Lily. Era solo que, al ser su hermana, lo irritaba con su rebeldía.

—La verdad es que no tiene la menor importancia, Franz —repuso Lily en voz queda, y él la miró extrañado. Se retrepó de nuevo y se puso a mirar por la ventanilla.

En el carruaje no había luz, pero Franz creyó ver un brillo en sus ojos. Antes había estado llorando, no cabía la menor duda. «¿Se puede saber qué le pasa?», se preguntó soliviantado. ¿Sería porque Henry no tenía tiempo? Pero seguro que eso Lily lo entendía, él estaba a punto de concluir sus estudios, era lo natural. «Mujeres», pensó Franz. Siempre estaban con las emociones a flor de piel, pero cuando se les preguntaba por ello no querían hablar del tema. Él no las entendería nunca. Y si se mostraba lo bastante hábil, tampoco tendría que hacerlo. Pensó en Kai y su cuerpo empezó a reaccionar en el acto. Seguro que seguía despierto cuando Franz llegara a casa. Y si no era así, lo despertaría.

15

En las habitaciones de su abuela aún olía al ungüento de hierbas medicinales que la anciana utilizaba para sus articulaciones y a la tisana que Hertha debía prepararle cada mañana. Lily llamó a la puerta y la abrió mínimamente, con cuidado.

La anciana no se movió. Durante un instante Lily no supo si la había oído. Kittie Karsten estaba sentada en su salón como una reina arrugada, contemplando el jardín. Tenía el cabello blanco recogido y aprisionado en una cofia pesada y anticuada, los pies enfundados en medias de encaje y zapatos de tela recamados con perlas, y su oscuro vestido drapeado sobre la silla formaba pliegues rígidos. A pesar de su edad y del sinfín de achaques que padecía, seguía llevando corsé a diario, constriñéndose el cuerpo y obligándolo a adoptar una postura rígida, erguida. Sin embargo, nadie, ni la mismísima emperatriz, habría podido convencer a Kittie de que se lo quitara.

El doctor Selzer decía que esa era una de las principales causas de sus dolores. Sus pulmones se estaban pegando poco a poco a las costillas y al diafragma. Además, el corsé le oprimía desde hacía sesenta años el hígado y el bazo, y le producía una acidez espantosa, espasmos y trastornos digestivos. Pero Lily solo lo sabía porque en una ocasión había entrado de improviso en el despacho cuando su padre y el doctor Selzer mantenían una conversación. El médico acababa de hacer un dibujo para poder explicarle mejor a su padre por qué su madre tenía que quitarse a toda costa la «jaula», como la llamaba él.

El médico pidió a Lily que se acercara. «Ah, Lily, tú también deberías ver esto. Nunca es demasiado pronto para explicar debidamente los riesgos que entraña llevar corsé. Un cuerpo joven lo puede aguantar, pero siempre se derivarán consecuencias de ello.» En el dibujo se podía ver que el corsé empujaba hacia abajo los intestinos, que en realidad se hallaban en medio del estómago, y los obligaba a adoptar una forma antinatural.

Después, tanto su padre como también Sylta intentaron hacer que Kittie entrara en razón, pero las trifulcas que siguieron a estos intentos bastaron para dejar el tema y no volver a abordarlo. Poco después Lily tuvo su primer corsé y entendió por qué el médico estaba en contra. Dolía como un demonio.

Kittie no hablaba nunca sus achaques. Cada día, con el desayuno y con la cena tomaba una dosis de analgésicos que habría tumbado a un toro. Lily sabía que su abuela tenía la columna desviada, pero nunca la pillaría nadie quejándose o tan siquiera apoyándose en algo.

Delante, en la mesita, tenía la labor. Siempre estaba allí, aunque al ramillete de flores que

estaba bordando no le había vuelto a salir ni una sola flor nueva desde hacía años. Los deformes dedos de Kittie ya no le permitían sostener la aguja, pero para una dama de su generación la ociosidad casi era tan mala como vestir de manera indecorosa. Ahora guardar las apariencias había pasado a ser el principal cometido de su vida. En casa todos sabían lo enferma que estaba pero no se permitía a nadie hablar al respecto, ni siquiera a la servidumbre, que lavaba los pañuelos ensangrentados, vaciaba los fétidos orinales y bajaba a la anciana por la escalera todos los días.

—¡Abuela! —Lily le dio un beso en la mejilla y ella pegó un respingo. Si no la conociera bien Lily habría dicho que Kittie estaba echando una cabezadita con los ojos abiertos.

—Tesoro mío, cuánto me alegra que vengas a visitarme. —Clavó las venosas manos en los brazos del asiento y se irguió un poco más.

Kittie siempre la llamaba «tesoro mío». Aunque Lily no temiera a nadie tanto como a su abuela, esta también era capaz de mostrar un afecto asombroso. «Te quiere mucho, por eso es tan severa contigo —le decía su padre a veces—. Igual que lo era conmigo.»

También Lily quería a su abuela, de una manera extraña y temerosa, pero el abismo generacional que las separaba cada vez era mayor. A veces le parecía que procedían de dos mundos distintos, que ya no tenían ningún punto de unión. Sin embargo, en Kittie tenía una aliada en lo tocante a Michel. Su abuela cumplía a rajatabla las normas sociales salvo en lo que respectaba a su nieto. Lily sabía que si su abuela se hubiese mostrado a favor de que el niño creciera en una casa de locos, como exigían las reglas, Michel no estaría en casa desde hacía tiempo. Pero incluso Kittie insistía en que se observara la máxima discreción en lo relativo a su nieto.

—¿Dónde está el muchacho? —preguntó la anciana, como si le leyera el pensamiento. Se enderezó la cofia.

—Michel está en su habitación, tiene clase.

—Estás un poco pálida. Seguro que el baile fue todo un divertimento. Cuéntamelo todo —pidió Kittie, y cogió con dos dedos la campanita que siempre llevaba consigo y la hizo sonar.

Lise se presentó acto seguido y sirvió té a Lily. Podía servírselo sola perfectamente, pero su abuela insistía en que lo hiciera la servidumbre. Siguió cada uno de los movimientos de Lise con suma atención, sin embargo, la muchacha trabajaba para la familia desde hacía más de diez años y no se alteraba por nada.

—Gracias, Lise, solo un sorbito, por favor —dijo Lily con una sonrisa.

En modo alguno quería quedarse más de lo necesario. Su abuela tenía la costumbre de mirarla de una manera tan inquisitiva con sus acuosos ojos verdes que era como si la interrogase, aunque no hubiese hecho nada malo. Con los secretos que guardaba ahora tenía miedo de confesarlo todo sin querer para escapar a aquella mirada penetrante. Y ese día estaba especialmente agitada. Seguro que se le notaba en la cara que no había pegado ojo y se había pasado la noche entera llorando y rezando por Karl. Debía dominarse.

Cuando Lise se hubo ido, Kittie se echó hacia delante.

—¿Y bien? ¿Qué había de comer? ¿Quién no se sabía los pasos? Lo quiero saber todo.

—Fue... —empezó Lily, pero su abuela la interrumpió.

—¿Es que no has traído el librito?

Lily se acaloró. Cómo no, Kittie formuló de inmediato la más capciosa de todas las preguntas. Después de cada baile exigía leer el librito de recuerdos de Lily, que llevaban todas las hijas de buena familia en tales ocasiones. De ese modo controlaba sus relaciones sociales y podía participar un poco en el acontecimiento.

—Me lo he dejado abajo... —balbució Lily—. Te lo traigo luego, aunque no hay nada interesante.

Su abuela frunció la boca.

—¿Nada interesante? Ha sido el baile más importante de la temporada. ¿Cómo es posible que no haya nada interesante? ¿Acaso no bailaste? —quiso saber, y Lily se clavó las uñas en la palma de las manos.

—No quería decir eso. Fue una velada deliciosa, pero también te puedo contar yo con quién bailé.

—Bobadas. Ve a por él. No creo que la escalera suponga un problema a tu edad.

Lily se levantó con las mejillas ardiendo y se paró a pensar febrilmente cómo podía salir de ese aprieto. De pronto reparó en los anteojos de su abuela, que estaban sobre un libro abierto en la *chaise longue*. Los cogió al pasar por delante y después fue a su habitación y sacó de la cómoda su carné de baile, que hacía semanas que no tocaba.

—Tráeme mis anteojos, Lily. —Kittie entornaba los ojos mientras hojeaba el librito.

Lily se levantó y buscó a su alrededor.

—¿Dónde están, abuela?

—En la *chaise longue*... —Kittie enmudeció cuando, al volver la cabeza, vio el libro—. ¡Caramba! —exclamó sorprendida.

—No los veo. —La caída de ojos de Lily fue tan inocente que le sorprendió hasta a ella misma.

—Mira bien, tienen que estar ahí. Antes estaba leyendo.

Lily sabía que su abuela ya no leía. Su vista era tan mala que incluso con los anteojos solo podía descifrar palabras aisladas.

—Los habrás puesto en otra parte, aquí no hay nada.

—Bueno, ya aparecerán. Lo más probable es que me los haya dejado en otro sitio —aventuró su abuela con aspereza—. En ese caso, léemelo tú.

Lily asintió. Ahora tocaba improvisar.

—De acuerdo. —Abrió el libro y, titubeando, leyó lo que había escrito en el último baile, hacía unas semanas—. El primer baile fue una *française*.

Kittie asintió satisfecha.

—¿Quién lo abrió?

—El señor Killian, seguro que no lo conoces, es de la escuela de danza Lena, en Harvestehude.

Todo lo que quedaba fuera de la ciudad, aunque fuese el rico barrio de comerciantes, era indigno de Kittie, que arrugó ligeramente la nariz al oír las palabras de Lily. Y eso que ella misma había vivido en su día en el Gängeviertel, como casi todas las familias de comerciantes antes de la industrialización. Sin embargo, Kittie prefería no acordarse de ese periodo de tiempo.

—¿Con quién bailaste?

—Con Ernst Faber. —Fue el primer nombre que se le ocurrió.

Kittie asintió de nuevo, su semblante no permitía saber si ello era motivo de alegría o de enojo.

—Después vino un galop...

—Siempre lo ponen al principio. Si esperan demasiado no le queda fuelle a nadie, y si los caballeros empinan de más el codo, se crea un caos absoluto. Como aquella vez, en la mansión de los Winter, en el baile de otoño. Los sombreros de copa salieron volando.

Lily exhaló un suave suspiro, con toda seguridad había oído esa anécdota un centenar de veces.

—¿Te acordaste de bailar con caballeros entrados en años? A fin de cuentas estás prometida. Si das saltitos por la sala solo con muchachos jóvenes, al final la gente se hará una idea equivocada. Más aún al no poder asistir Henry.

Lily asintió.

—Desde luego, abuela, pero hubo muchos bailes en fila. Varios rigodones, dos *pas de quatre*. Esos los bailé con Berta, y Ernie Fischer fue mi pareja de baile. Finalizaron con una tirolesa.

—¿Se puede saber qué es eso? —Kittie la miraba sorprendida.

—Un baile en corro. Lo hemos aprendido hace nada. Creo que procede de los Alpes.

—¿De los Alpes? —repitió, indignada, la anciana—. ¿Por qué aprendéis danzas de labriegos?

—Es el último grito. Al parecer a la emperatriz Sissi le gusta bailarlas.

Kittie torció el gesto.

—Creía que ya no bailaba, sino que se divertía con Andrássy en Madeira.

—Abuela, menudo disparate —repuso Lily, enfadada, pero Kittie la hizo callar con un gesto.

—Dicen que ha consentido en que Francisco José tenga relaciones. Se las ha impuesto, en realidad, para que la deje en paz con... —Kittie se interrumpió enseguida—. Pero basta de palabrería —afirmó con severidad, como si fuese Lily y no ella la que hablase de las intrigas imperiales—. ¿Bailaste con alguien en más de una ocasión?

—No, no me pareció apropiado bailar dos veces con el mismo acompañante —aseguró Lily, ya que sabía que esa era la respuesta que esperaba de ella.

Satisfecha, Kittie frunció la boca.

—Muy correcto. Y ¿hubo conversaciones interesantes?

—Lo cierto es que no, la música estaba muy alta. En general todo el mundo hablaba de la muerte del rey Luis II. Y del nuevo carruaje con motor de Daimler.

—Es inaudito lo que se les ocurre a los jóvenes hoy en día. ¿Es que ya no saben conversar con una dama? Pobrecita mía, seguro que no entendiste ni palabra.

Lily suspiró para sus adentros.

—Al contrario, lo cierto es que sabía más incluso que ellos —replicó con altivez, y se arrepintió en el acto.

Fue como si su abuela se inflara ante sus ojos.

—¿Cómo dices? —preguntó, y Lily se estremeció.

—Me refería a que precisamente esta semana hemos aprendido algo al respecto en el seminario —se apresuró a aclarar, esbozando una sonrisa inocente.

—Lo que he dicho siempre, esas clases te echarán a perder el carácter —refunfuñó Kittie.

Lily se cuidó muy mucho de decir nada.

—Tengo una cosa para ti. —De repente Kittie sonrió con tal satisfacción que Lily tuvo un mal presentimiento. Su abuela le dio un libro. Lily, al darse cuenta de lo que era, reprimió un suspiro. La última edición del álbum de hijas de Thekla von Gumpert—. La publicación periódica. La he pedido para ti, como siempre —contó Kittie henchida de orgullo.

Lily le dio las gracias obedientemente. Esos libros no podían ser más tediosos, tenían por objeto educar a las hijas de buena familia y entretener en su justa medida. Su abuela tenía en muy alta estima a Thekla von Gumpert y a casa llegaban los libros ilustrados y encuadernados desde que Lily tenía memoria.

—Léeme un poco antes de que... —pidió su abuela, pero en ese momento entró Sylta.

—Ah, estás aquí, Lily.

—¡Mamá! —Lily se levantó alegremente y fue con su madre—. ¿Te encuentras mejor?

—Sí, por suerte. —Sylta se acomodó en el sofá, pero llevándose una mano al vientre. Lily se dio cuenta de que seguía sufriendo dolores—. Mira que perderme el baile, es una lástima. El acontecimiento del año. Tienes que contármelo todo.

—Hace unos instantes me estaba leyendo el librito —afirmó Kittie—. Al parecer se lo pasaron en grande.

—Ah, qué bien. Déjame ver —pidió Sylta mientras echaba mano del cuadernito.

Lily se quedó petrificada. Su madre lo abrió y empezó a leer. En un primer momento a sus labios asomó una sonrisa dichosa, pero de pronto su semblante se ensombreció. Sylta pasó unas cuantas hojas, con la frente fruncida, y miró a Lily.

—¿Conocías los bailes modernos que aprenden, Sylta? —preguntó Kittie entonces.

Sylta siguió mirando un instante a su hija con desconfianza y a continuación se volvió hacia su suegra.

—No, ¿a qué te refieres? —quiso saber.

Lily respiró aliviada. Era evidente que su madre había decidido tratar el asunto a solas con ella.

—Todavía no he tenido tiempo de ponerlo por escrito —se apresuró a explicar Lily poco después, cuando estaba con su madre en la escalera.

Sylta frunció el ceño.

—Franz me contó que no te vio en toda la noche —dijo.

Lily se mordió los labios. Cómo no, Franz se había chivado, era de esperar.

—Está preocupado, dice que parecías deshecha.

—Bah, bobadas. —Lily rio con desenfado, pero librarse de Sylta no era tan fácil.

—No sabe con quién estuviste toda la noche, al parecer ninguna de tus amigas te vio —añadió cortante.

—Mamá, por favor, Franz se preocupa por nada; solo me sentía... un poco triste porque Henry no estaba —adujo entrecortadamente.

Seguía teniendo las emociones tan a flor de piel que no le costó echarse a llorar. Para que las lágrimas salieran solas no tuvo más que pensar en Karl, tan pequeño y pálido en su lecho de enfermo, y en la mirada desesperada de Jo. Allí estaban ellas dos, hablando de con quién había bailado Lily, mientras Karl se debatía entre la vida y la muerte.

Sylta la miró con cara de susto.

—¡Ay, Lily! —exclamó—. Pero si solo es un viaje de estudios.

—Lo sé. Pero tiene tanto que hacer... A veces me pregunto qué pasará cuando estemos casados, si ya ahora dispone de tan poco tiempo. —Sollozó con aire teatral y, preocupada, Sylta la abrazó.

—Pero, querida, por supuesto que dispondrá de tiempo para ti —aseguró su madre para tranquilizarla mientras le acariciaba la cabeza—. Son los estudios pero cuando se establezca todo será distinto. —Lily asintió—. Y cuando tengas hijos, de todas formas, estarás tan ocupada que te alegrarás de poder disfrutar de un poco de calma —agregó Sylta, y Lily contuvo la respiración asustada.

—Ya —contestó con apatía.

De pronto se sintió peor aún que antes.

Lily no pudo volver a escabullirse hasta días después del baile. Su madre pensaba que sufría de estados de ansiedad debido a la boda y no la perdía de vista, al igual que Franz, aunque él tenía otros motivos para vigilarla. Sylta la acompañaba incluso durante los paseos dominicales. Lily estaba en ascuas, echaba muchísimo de menos a Jo, pensaba constantemente en él, acariciaba en todo momento la idea de escaparse sin más, pero sabía que si lo hacía pondría en peligro

demasiadas cosas. Confiaba en que Karl hubiera mejorado, que solo hubiese sido un error y no se hubiese contagiado, y que los médicos pudieran salvarlo de alguna manera; rezaba por ello.

El lunes, cuando se bajó del carruaje delante del seminario, Lily dio media vuelta en cuanto Tony dobló la esquina y fue directa al St. Georg. Llevaba en el bolso unos soldaditos de plomo de Michel que quería regarle a Karl. Sin embargo, cuando entró en la sala y fue corriendo a su cama, en ella se encontró a una anciana.

—Pero... ¿dónde está el niño? —preguntó Lily estupefacta—. ¿Dónde está Karl? ¿Lo han llevado a otro sitio?

Una enfermera se detuvo a su lado.

—Vaya, ¿es usted pariente? —preguntó compasiva, y Lily contuvo el aliento asustada—. El pequeño murió ayer por la noche. —La mujer le agarró el brazo con conmiseración—. No pudimos hacer más por él.

De pronto Lily tenía la boca completamente seca.

—¿Tan deprisa? —balbució estupefacta.

La enfermera asintió.

—Fue un alivio. Padecía unos dolores insoportables.

Lily ni siquiera asimiló ya lo siguiente que dijo la enfermera.

—Gracias —musitó, y salió corriendo de la sala.

Cuando Jo le abrió la puerta, Lily se asustó. Tenía los ojos hundidos en las cuencas, inyectados en sangre; era evidente que hacía días que no se afeitaba y estaba desgreñado. Olía de tal modo a alcohol que ella se estremeció.

—Me acabo de enterar. —Le echó los brazos al cuello.

—Lily —se limitó a decir él, sin abrazarla a su vez. Ella se separó y lo miró atemorizada—. ¿Dónde has estado? —preguntó en voz baja, y Lily notó que se le saltaban las lágrimas en el acto.

—No pude escaparme antes. —Le agarró la mano, pero él se zafó—. Jo, lo siento mucho.

Él movió la cabeza afirmativamente. Seguían en el pasillo, y Jo no hizo ademán alguno de pedirle que pasara.

—De todas formas no habrías podido hacer nada —aseguró. Lily vio el dolor reflejado en sus ojos. Su voz se le antojó ajena.

—Siento mucho no haber estado a tu lado —se disculpó con voz queda.

De nuevo él no reaccionó.

—Bueno, estás aquí ahora —dijo al cabo de unos segundos, pero sonó extraño.

—Tendría que haber venido antes. —Lily negó con la cabeza—. Temía que se dieran cuenta.

Jo asintió, y una expresión de amargura asomó a su rostro.

—Y siempre será así, ¿no es verdad? Siempre tendrás que escabullirte, solo podrás venir aquí a escondidas.

—Sí, pero...

Él negó con la cabeza.

—Esto no puede ser, Lily.

Ella lo miró fijamente.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó con voz trémula.

Jo cogió aire con fuerza.

—Quiero decir que deberías irte a casa. Te agradezco que estuvieras allí, significa mucho para mí. Pero ahora debes volver a tu vida. Con tu familia, con tu prometido.

—Pero... —se limitó a decir Lily, demasiado asustada para continuar.

Jo se restregó los ojos.

—Ahora necesito... tiempo para mí —aseguró—. Esto no puede ser, lo nuestro. Lo que quiera que sea. —Parecía tan triste y cansado que Lily sintió el impulso de estrecharlo. Pero cuando se acercó a él su rostro se volvió impenetrable—. Lo digo en serio, Lily. Esto nunca ha tenido futuro, ambos lo sabemos. Todavía no ha pasado nada de lo que podamos arrepentirnos. Vuelve antes de que se den cuenta. Así los dos podremos olvidar que nos conocimos. Tú siempre serás Lily Karsten, de Bellevue, y yo Jo Bolten, de la Steinstrasse.

—Pero ¿qué estás diciendo? —dijo Lily con un hilo de voz, espantada, pero él negó con la cabeza.

—¡Vete y no vuelvas más! —exclamó Jo, y ella vio que apretaba los dientes de tal modo que la mandíbula se le tensó.

—Pero...

—Lo digo en serio, Lily. Vete a casa —repitió con aspereza, y para gran asombro de Lily, se metió en casa y le dio con la puerta en las narices.

Consternada, Lily era incapaz de entender lo que acababa de ocurrir.

Jo vio a Lily por la ventana. Estaba en la calle; dio unos pasos hacia un lado, indecisa, después se detuvo, volvió la cabeza dos veces, retrocedió unos pasos y se paró de nuevo con los puños apretados, como si luchase consigo misma. Pero al final siguió andando y desapareció al dar la vuelta a la esquina.

Jo sintió un terrible vacío. No le había podido costar más echarla. Los últimos días habían sido los peores de su vida, y si había podido superarlos había sido tan solo porque pensaba en Lily. Confiaba cada minuto en verla, miraba constantemente la puerta, se sobresaltaba siempre que entraba alguien, solo para venirse abajo, decepcionado, al ver que no era ella.

No le reprochaba nada. Había acudido de inmediato cuando había sabido lo que le pasaba a Karl, incluso con el vestido del baile, y Jo sabía que había buenos motivos para que no hubiese ido antes. Pero a lo largo de esos últimos días se había dado cuenta de una cosa, algo decisivo: no podía volver a perder a ningún ser querido más. Y si continuaba viendo a Lily, si seguía

permitiendo que se acercase, se enamoraría de ella. Ya abrigaba sentimientos que no era capaz de explicar por esa mujer, y eso aunque solo se habían besado una vez.

Además, era inevitable que la perdiera algún día. Los hombres como él no podían tener a mujeres como ella y vivir felices hasta el final de los días. No podía ser, era así de sencillo. Lily despertaría y sería consciente del disparate que estaba cometiendo con él, de que estaba tirando su vida por la borda, su reputación, su bienestar, sus amigas... Todo. Y entonces lo abandonaría. Era mejor poner punto final antes de que aquello les acabara causando problemas a ambos.

La muerte de Karl le había partido el corazón, era como si ya no pudiese respirar bien. Ahora debía concentrarse cada minuto en seguir viviendo y soportar el dolor como pudiera. No podía luchar por un amor que sabía que perdería.

Siguió con la mirada a Lily hasta que dobló la esquina. Después cerró un momento los ojos y respiró hondo. Cuando los abrió de nuevo su mirada se había endurecido.

Saldría adelante.

Era Jo Bolten, de la Steinstrasse. No necesitaba nada ni a nadie.

Segunda parte

1

A Lily cada vez se le daba mejor desaparecer entre la multitud, llamar la atención lo menos posible. Con la vista baja y el pañuelo en la cabeza, culebreaba por las callejuelas del Gängeviertel. Sabía lo peligroso que era aventurarse por esa parte de la ciudad sin Jo, pero aun así lo hacía. Alma siempre negaba con la cabeza, preocupada, cuando veía a Lily en su puerta. Pese a todo, ella volvía semana tras semana, cogía lo que podía de la villa y se lo llevaba a Alma y los niños. De ese modo sentía que al menos estaba mínimamente en contacto con el mundo de Jo. Para apaciguar el dolor que le producía su rechazo, que la abrasaba día y noche como si fuese un fuego furibundo, se volcaba cada vez más en sus nuevas amigas y el círculo de mujeres. Acompañaba a Traudel y Martha a encuentros socialistas, ayudaba a Isabel a redactar panfletos y pronto empezó a escribir ella misma textos y artículos menores sobre los temas que les preocupaban. Le resultaba duro mentir a sus padres, pero sus nuevas amigas eran insustituibles.

Lily casi era capaz de sentir físicamente cómo estaba cambiando. Con cada nuevo libro que leía, con cada debate en el que participaba o cada discurso encendido de Isabel, Emma o Martha, entendía un poco mejor quién era en realidad.

O quién quería ser.

Un sábado por la tarde, cuando después de uno de sus encuentros paseaba con Emma y las demás por la Jungfernstieg, Lily de pronto frenó en seco.

—Esa es Seda —señaló sorprendida.

Seda, que la vio en el mismo instante, fue hacia ella. Llevaba su vestido de cotón de color claro y su pequeña cofia, el uniforme de las criadas de Hamburgo. Entrecerró los ojos con expresión pensativa al ver a Lily en compañía de las mujeres. Y en ese preciso instante Lily fue consciente de lo llamativo que debía de ser el grupito. Traudel y Martha con sus modernos vestidos sin corsé e Ilse con el cabello a la altura del mentón. Salvo Emma y Lily, ninguna de ellas se comportaba como era de esperar en una mujer de su edad y su posición. Lily vio que Seda intentaba encontrar una explicación a la estampa que ofrecían las mujeres. Observó el cabello de Ilse con una mezcla de espanto y curiosidad.

—Voy a la botica —aclaró con timidez—. A buscar el medicamento para la señora.

—Qué casualidad. Te acompaño, así después podremos volver a casa juntas —propuso Lily alegremente.

—Me uno a vosotras, tengo que aprovisionarme de hierbas medicinales. —Emma sonrió a Seda.

Las demás se despidieron y las tres mujeres echaron a andar junto a la orilla del agua. Cuando entraron en el establecimiento de la plaza Gänsemarkt, Lily respiró hondo. La botica le recordaba a su niñez. Antes acompañaba siempre que podía a su institutriz cuando iba a comprar. Mientras Elsa adquiría los remedios, Lily olisqueaba con fruición todas las cajitas con pomadas, perfumes y polvos que podía. Después de pagar, el dependiente siempre le daba un confite o una barrita de palo dulce.

Ese día, la botica estaba muy concurrida y tuvieron que esperar un poco hasta que les tocó el turno. En el establecimiento había por igual damas elegantes y criadas. Lily supuso que muchas de las mujeres no querían enviar a la botica a la servidumbre con peticiones personales, que con frecuencia eran embarazosas, y preferían acudir ellas mismas. De otra forma no se podía explicar la presencia de tantas damas acicaladas. Emma subió con una dependienta por una escalera angosta a la parte del establecimiento donde se elaboraban los medicamentos. Quería llenar el maletín, que financiaba de su propio bolsillo. Puesto que no trabajaba de médica, sino tan solo de enfermera honoraria, no contaba con ningún medio.

Seda compró el medicamento de Sylta y, mientras tanto, Lily se entretuvo en el rincón de los artículos de cosmética. Había un tinte de pestañas de Francia, un pequeño bloque negro de polvo de carbón y vaselina. Se humedecía y luego se embadurnaba con él un cepillito para darles color a las pestañas. Lily se dejó tentar brevemente. Con su tez clara, un toque de negro sin duda le daría un aire seductor. Claro que pintada así era probable que se sintiese como una muñeca. Y se habría avergonzado de pagar la mitad del salario semanal de una trabajadora por un tinte negro.

«A Jo le podría gustar», se planteó. Se asustó al darse cuenta de que no pensaba en lo que le gustaría a su prometido, sino a Jo. Y acto seguido la asaltó la tristeza. Habría querido asistir al entierro de Karl, pero no se había atrevido. Se sorprendía una y otra vez recordando las últimas palabras de Jo. ¿Por qué la había apartado de forma tan repentina? Aunque, sin lugar a dudas, tenía razón en que lo más sensato era poner fin a aquello, Lily no podía evitar esperar cada día que diese señales de vida, pero ya llevaba semanas sin saber nada de él.

Cuando Emma volvió a bajar y las tres salieron de la botica, un recadero pasó por delante y le propinó un golpe a Seda en el costado. La bolsa se le cayó al suelo y el tintineo que se oyó les dijo que el frasquito del medicamento se había roto.

—¡No! —Seda y Emma se agacharon a la vez. El muchacho ya había dado la vuelta a la esquina y había desaparecido.

—Vaya por Dios. —Lily miró a su alrededor en busca de ayuda y un joven dependiente salió de la botica con un trapo.

Emma sacó el frasquito roto de la goteante bolsa con dos dedos.

—Tenga cuidado, no se vaya a cortar, señora. —El hombre fue a cogerlo, pero Emma frunció el ceño.

—Un momento. —Le dio la vuelta al frasco, poniéndolo al trasluz, y luego volvió a meter la mano en la bolsa para sacar el otro pedazo y leer la etiqueta. Después olió el frasquito—. ¿Para

qué utiliza tu madre este medicamento? —quiso saber.

Lily se encogió de hombros.

—No tengo ni idea, lo toma como reconstituyente desde hace siglos, creo. Siempre ha tenido molestias en el estómago.

—¿Ha ido a ver tu madre a un médico? ¿Se lo ha recetado él? —Lily se puso un poco nerviosa porque Emma la miraba casi con cara de preocupación.

—Que yo sepa, no. El doctor Selzer hace mucho que no se pasa por casa, solo lo llamamos cuando... —Se interrumpió enseguida—. Cuando alguien tiene fiebre o algo por el estilo. ¿Por qué lo preguntas?

—Lily, este remedio contiene una gran cantidad de opio. Y yo diría que no poco mercurio. En pequeñas cantidades no supone ningún problema, pero cuando se toma durante un periodo de tiempo prolongado...

—Lo toma desde hace años —exclamó Lily asustada—. Creo que desde que Mi... —Volvió a dejar la frase en puntos suspensivos. Ni siquiera Emma sabía de la existencia de Michel—. ¿Estás segura?

Emma asintió con desazón.

—Es un gran problema. No te creerías lo a menudo que me topo con él. Debería consultarlo con su médico y dejar de tomar el medicamento de inmediato.

Lily suspiró.

—Ojalá la pudieras examinar.

—Lo haré encantada, si lo desea —repuso Emma—, pero la mayoría de las personas solo acuden a mí cuando no pueden contar con la asistencia de un médico varón, y no creo que eso le llegue a pasar nunca a tu madre.

Lily hizo un gesto negativo con la cabeza.

—No, yo tampoco lo creo —convino entristecida. Sabía que sería imposible convencer a sus padres de que Emma quizá pudiera ayudar a Sylta.

—Mira, Lily, ¿no son preciosos? —Desde hacía ya un rato, Berta, rebosante de orgullo, se paseaba por delante de la pizarra del aula del seminario haciendo poses extrañas.

Lily suspiró con impaciencia. Los zapatos nuevos de su amiga no le interesaban lo más mínimo, pero no quería poner a prueba la precaria paz que reinaba entre ellas.

Después del baile se habían reconciliado. Berta le aseguró una y otra vez que no le había dicho nada a Franz. Y aunque no estaba segura de si creer a su amiga, al final Lily la perdonó. A fin de cuentas, Franz era perfectamente capaz de habérselo inventado todo.

—Sí, la verdad es que son muy especiales —repitió ella, reprimiendo un bostezo.

Berta puso morros y se sentó. Poco después, cuando empezó a hablar del establecimiento donde había comprado los zapatos, Lily hizo un esfuerzo supremo por dar otro rumbo a la

conversación. Más por aburrimiento que porque le interesase de verdad escuchar la opinión de su amiga, sacó un tema que estaban abordando esos días en el círculo. Cuando se pronunció a favor de que las mujeres pudieran aprender otros oficios aparte de los de criada y maestra, dio la impresión de que Berta no entendía adónde quería ir a parar.

—Criadas y maestras son dos cosas muy distintas, ya lo ves en nosotras. Y las sirvientas solo están hechas para esa clase de trabajo. Mi madre dice siempre que, de todas formas, la servidumbre es completamente diferente de nosotros. Están hechos de otra pasta. Incluso no tienen el mismo estómago que nosotros, por eso tampoco comen lo mismo.

Lily la miró con cara de estupefacción. Sin embargo, cuando iba a responder a tan inaudito comentario Emma irrumpió en la habitación con el rostro encendido y fue directa a Lily, quien comprendió rápidamente que algo iba mal.

—¿Qué ha pasado?

—Isabel y Martha. ¡Las han arrestado! —Emma se detuvo ante ellas, respirando con pesadez.

—¿Cómo? —Lily se levantó de un salto—. ¿De qué estás hablando?

Emma la cogió del brazo y la llevó a un rincón. Estaba blanca y fuera de sí, pero habló con su habitual voz serena, la misma con la que se dirigía a los pacientes.

—Un muchacho me ha hecho llegar un recado. Al parecer han podido hablar con él un instante antes de que se las llevaran. Estaban protestando delante del ayuntamiento. Sabía que esto iba a pasar, lo sabía. En Hamburgo se ha declarado el estado de sitio; ¿en qué estarían pensando? ¡Cómo no las iban a arrestar! Seguro que no nos dijeron nada a propósito, sabían perfectamente que se lo habría impedido.

—¿Qué quieres decir con lo del «estado de sitio»? No estamos en guerra —preguntó Lily.

—Significa que aquí se aplican las leyes antisocialistas. Santo cielo, Lily, ¿es que no sabes nada de tu propio país? —inquirió Emma con impaciencia, y luego se disculpó—. Perdona, no quería decir eso, es solo que estoy demasiado agitada.

Lily le quitó importancia. Al fin y al cabo, Emma tenía razón. Normal que la sacara de quicio: ¡era tan ignorante!

—Hay zonas concretas que Bismarck ha clasificado como especialmente en peligro de que se produzcan levantamientos socialistas —explicó Emma—. Hamburgo y Altona forman parte de ellas. Esto significa, entre otras cosas, que solo se pueden celebrar reuniones si cuentan con autorización policial. Está prohibido repartir panfletos en la calle. Y también está prohibida la tenencia o la distribución de armas... Pero confío en que no hayan sido tan tontas para hacer algo así.

Para entonces Berta, picada por la curiosidad, se había acercado y había escuchado la conversación.

—Bueno, la culpa es suya si no cumplen las leyes, ¿no? —preguntó con cara de asombro.

Emma iba a decir algo, pero prefirió no hacerlo al ver que entraba el señor Kleinlein. Lily, en cambio, miró enfadada a Berta.

—¿Qué? Pero ¡si tengo razón! —replicó mientras se dirigían a sus respectivos asientos—. Y tú también deberías tener más cuidado, Lily. Como tus padres se enteren de que te reúnes con esa clase de mujeres...

—¿Qué clase de mujeres? —quiso saber Lily, que se había parado.

—Ya sabes, me refiero a... —Berta se puso roja—. Pues esas, las amigas de Emma. Ya has oído lo que hacen.

—También son mis amigas —espetó Lily—. Y si las conocieras, pensarías de otra forma.

—No lo creo —aseguró Berta, pero el señor Kleinlein las amonestó y se vieron obligadas a poner fin a la discusión.

—¡Cielo santo! —exclamó Seda atónita, y Lily pegó un respingo. Durante un segundo miró en derredor perpleja. Después se levantó de un salto y recogió deprisa los libros y papeles que tenía esparcidos. ¡Se había vuelto a quedar dormida leyendo! Seda se acercó a la cama, levantó algunas hojas en silencio y las leyó por encima—. Lily —se limitó a decir.

—No es nada, solo unas cosas que debo leer para el seminario.

—¿Debéis leer la revista de la Asociación Nacional de Mujeres? —preguntó Seda levantando una ceja.

Por primera vez Lily maldijo que su doncella supiera leer y escribir.

Profirió un hondo suspiro.

—Por favor, no se lo cuentes a nadie.

—Pero, Lily...

—Seda, yo solo leo, eso no le hace daño a nadie. —La cara de Seda le dejó ver que ella opinaba de manera muy distinta. Lily se paró a pensar un instante. Encogió una rodilla y dio unas palmaditas en la cama—. Siéntate un momento.

Seda la miró asombrada.

—No puedo —repuso.

—¿Por qué no, si yo lo permito?

Asustada, la doncella negó con la cabeza y Lily suspiró. En efecto, una criada no podía sentarse en las habitaciones de sus señores, y menos en la cama. Pero Seda y ella eran más que señora y doncella, eran amigas. Seda lo sabía casi todo de Lily y con los años habían llegado a trabar una relación de gran confianza. Aun así, entre ellas siempre había existido una barrera insalvable, naturalmente, de la que Lily no había sido nunca tan consciente como en ese momento.

—Está bien, pues acerca una silla, si te resulta menos incómodo —propuso.

Seda obedeció con aire vacilante. Se sentó completamente recta, mirando a Lily estupefacta.

—No me mires así, solo quería hablar contigo. He estado pensando mucho... Dime, ¿tú eres feliz aquí, con nosotros?

Seda puso cara de susto.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Es que no estás satisfecha con mi trabajo? —quiso saber. Delante de los demás siempre la llamaba «señorita Lily», pero en la intimidad de su habitación se tuteaban.

Lily se echó a reír.

—Pues claro que sí, boba. Solo quería saber si te sientes a gusto.

Seda asintió despacio.

—Claro, tengo mucha suerte de trabajar aquí.

—Entonces ¿te gusta ser doncella o preferirías ser otra cosa?

La expresión de sorpresa de Seda fue en aumento. Soltó una carcajada.

—Nunca me he hecho esa pregunta. ¿Qué más podría ser? No sé hacer otra cosa. Además, doy gracias a Dios por haberme enviado aquí.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir —empezó Seda titubeando, parecía buscar las palabras adecuadas— que muchas criadas lo pasan mal y yo estoy muy contenta porque aquí se nos trata bien.

—¿Mal? —preguntó Lily.

Seda vaciló.

—Yo tuve suerte. Mi cartilla de sirvienta es buena y mis padres tenían contactos. Desde el principio conseguí buenos empleos, incluso antes de que entrara a servir en esta casa. Pero a muchas jóvenes la familia las envía del campo a la ciudad y están solas, no conocen a nadie ni saben dónde buscar trabajo. Leen las solicitudes de empleo en el *Hamburger Nachrichten* o acuden a agencias, pero ninguna señora decente quiere a una muchacha de una agencia. El problema es que la mayoría de las veces las muchachas no lo saben y las agencias se aprovechan de ellas con total desvergüenza.

Lily cogió un papel y empezó a efectuar anotaciones con presteza mientras escuchaba a Seda. Desconocía todas esas cosas.

—O las colocan en tabernas, donde trabajan de camareras, con lo cual su reputación se ve dañada para siempre, o exigen un dinero excesivo por mediar. Cuántos derechos tienen los señores; nosotras, en cambio... —Seda se detuvo un instante—. Incluso nos pueden pegar si lo desean.

—Pero mis padres nunca harían tal cosa —repuso Lily indignada.

—Tus padres no, pero tus padres son distintos de los demás en muchos aspectos. Mírate tú, sin ir más lejos, que ni siquiera tienes institutriz.

—La tuve en su día —puntualizó Lily.

—Sí, pero ya no, y desde hace tiempo. Y permiten que Michel viva en casa. Hay tantos señores que maltratan a sus criadas... Mi amiga Minne... Bah, da lo mismo. —Seda volvió a guardar silencio—. No podemos defendernos, solo escapar, pero está prohibido. Si la policía nos encuentra, se nos castiga. Hasta podemos acabar en la cárcel por eso. Si queremos dejar el

puesto, recibimos malas referencias y después ya no encontramos trabajo. Además, la renuncia tarda tres meses en ser legítima y durante ese tiempo pueden hacer que nuestra vida sea un infierno. Créeme, lo he oído a menudo. Ellos, en cambio, nos pueden despedir cuando quieran. De un día para otro nos podemos ver en la calle, y a muchas no les queda más remedio que... —Avergonzada, Seda bajó la vista—. En Hamburgo ni siquiera rige la ordenanza prusiana para los domésticos. Hertha siempre dice que es una vergüenza. Como prácticamente no hay leyes, los señores pueden obrar a su antojo. —Después musitó—: De todas formas, el veredicto siempre redunda en perjuicio nuestro.

Lily asintió despacio. Había oído decir a su abuela con frecuencia que Hamburgo tenía sus propias normas y leyes y no aceptaba órdenes de Prusia, y menos en lo tocante a la servidumbre. Dicho por Kittie siempre había parecido un motivo de orgullo.

Seda respiró hondo. Como, a diferencia de lo que debía de temerse, Lily no reaccionó con enfado a sus palabras, se envalentonó.

—Trabajamos a cambio de comida y cama, pero del salario casi no vale la pena hablar, y tanto Lise como yo debemos entregárselo a nuestros padres. Solo se nos permite salir unas horas el domingo. Tus padres nos dejan hacerlo todas las semanas, pero en muchas casas solo se permite dos veces al mes, y si a alguien se la considera desobediente, y esto se puede deber a toda clase de cosas, incluso puede que le prohíban salir. Por suerte, en esta casa estamos junto a la esclusa, lo cual facilita mucho el trabajo. Tú tienes cuarto de aseo. ¿Sabes lo raro que es tener cuarto de aseo propio? Eso también es un lujo para nosotras.

De pronto Lily sintió vergüenza. Había pasado demasiado tiempo poniendo el grito en el cielo con la vida absurda y vacía que llevaban las mujeres de clase alta mientras otras tenían cosas mucho peores de las que quejarse. Ahora entendía un poco mejor lo que Jo le había querido decir no hacía mucho cuando se habían peleado en el puerto. Además, a Lily le sorprendió cuán distinta era la situación en que se encontraban las sirvientas en función de que la describiese Seda o su madre y su abuela. Kittie y Sylta siempre se lamentaban de que las muchachas sabían muy bien lo difícil que resultaba en esos tiempos reemplazar a los buenos empleados y, por tanto, podían sacar partido de ello de un modo que antes habría sido impensable.

«Nunca hay una verdad absoluta —pensó Lily—. Cada cual vive la suya. Y quizá el cometido de una escritora sea mediar entre las personas y abrirles los ojos para que puedan conocer el punto de vista del otro.»

Sentado en uno de los amplios sillones rojos del club de caballeros, Alfred escuchaba a medias la conversación de la que a decir verdad formaba parte. Para esa tarde tibia de finales del verano, el gran fuego resultaba excesivo y ya se había permitido dos vasitos de whisky escocés. Estaba cansado, los incidentes que se habían producido en Carolina del Norte, de los que hablaban todos, no habrían podido interesarle menos en ese momento. El tintineo de los vasos, la voz

atronadora de los hombres y la suave música lo arrullaban, cada vez se le cerraban más los ojos. «Es hora de irme a casa», pensó con apatía, pero no se levantó.

Por lo visto Franz se estaba divirtiendo, se había refugiado en la sala de billar, de la que de vez en cuando salían risotadas. Seguro que él se quedaría un poco más, pero Alfred le podía dejar el carruaje y tomar un coche de punto.

De pronto vio que Oolkert se dirigía hacia él. Alfred no se había dado cuenta de que también estaba allí. Como de costumbre, iba vestido como un príncipe. A la luz de las llamas la cabeza de pato dorada que remataba el bastón competía en brillo con su melena leonina.

—Bueno, pues aquí viene nuestro caballero del guano —murmuró Alfred mirando su vaso.

—Karsten, cuánto me alegro de verlo. —Oolkert se dejó caer en uno de los sillones libres, los demás caballeros interrumpieron momentáneamente la conversación para saludarlo y después la retomaron bajando un tanto la voz—. ¿Cómo van los negocios?

—Bueno, no nos podemos quejar. No nos podemos quejar... —replicó Alfred risueño. Seguía sin saber muy bien qué pensar de Oolkert. Era un comerciante astuto, se lo había demostrado a todos, había que concederle eso. Pero como persona... Se las daba de interlocutor interesante, era leído, siempre tenía alguna anécdota que contar del palacio del emperador, le entusiasmaba jugar al *skat* y daba unas fiestas legendarias. Desde hacía tiempo, en los salones y clubes de Hamburgo se contaban atrocidades de él a sus espaldas, pero Alfred estaba seguro de que ni siquiera la mitad de los rumores eran ciertos.

En el diccionario enciclopédico de comercio había leído un artículo sobre la explotación del guano, la materia con la que Oolkert había hecho su fortuna. A todas luces los hombres que lo explotaban trabajaban en condiciones infrahumanas. Y Oolkert había sido y seguía siendo un fanfarrón incorregible, a la menor oportunidad mencionaba su palacio y la relación que tenía con Bismarck. Así que, sin duda, Alfred envidiaba el éxito indecible de su competidor. Pero bueno, el suyo era literalmente un dinero sucio. Se rumoreaba que el año previo su capital social había superado los diecisiete millones. Lo habían ennoblecido, tenía el astillero, los galpones del puerto y fábricas en Londres y Amberes. Cielo santo, era el hombre más rico de Hamburgo. Probablemente hubiera que permitirle cierto grado de superioridad. ¿Cómo podía negarse Franz a emparentarse con esa familia?

—Karsten, vendrán ustedes a nuestro baile de otoño, ¿verdad?

Alfred suspiró para sus adentros. Se le había olvidado por completo. Había recibido la invitación hacía meses, y Franz había anunciado en el acto que no acudiría. Pero debía ir, no había manera de evitarlo.

—Por supuesto. —Hizo un gesto afirmativo—. Mis hijos están impacientes.

Oolkert asintió satisfecho.

—Roswita estará encantada de coincidir allí con Franz. Será una velada agradable. Me alegra que sean mis invitados de honor. Bismarck ha prometido acudir —informó con desenfado tras

una pequeña y significativa pausa—. La semana pasada, sin ir más lejos, le envió a mi esposa unas orquídeas cultivadas por él mismo.

Alfred sabía que Oolkert sentía un orgullo que solo podía calificarse de pérfido por ser hijo de un jardinero, algo que lo señalaba más incluso como un advenedizo y demostraba con más claridad si cabía que había llegado arriba él solo, a la cima de la ciudad. Por consiguiente, comentarios como ese no eran una rareza.

A Alfred le costó mantener la sonrisa. La fanfarronería le era ajena y también la despreciaba en otros. Pese a todo, volvió a asentir.

—Será un placer asistir.

—Estupendo. Pero también debemos vernos alguna vez más en privado. Eva siempre pregunta cómo se encuentra Sylta y yo nunca sé qué decirle. —Oolkert sonrió—. Tienen que venir a una *dîner*. La familia al completo —dijo de pronto—. Sería una buena ocasión para agilizar el tema que hemos tratado recientemente por correspondencia...

Alfred rompió a sudar. Franz se pondría hecho una furia si aceptaba, pero no podía rechazar una invitación de carácter tan general sin arriesgarse a ofender a Oolkert. Si este hubiese mencionado una fecha, él podría haber pretextado con facilidad un impedimento, pero siendo así las cosas había caído en una trampa, cosa que, como era natural, Oolkert sabía de sobra.

—Una idea excelente —afirmó Alfred, y exhaló un leve suspiro y apuró el vaso. *«Dîner»*, menuda ridiculez; ¿desde cuándo una cena era una *dîner*? Pero ya se había hartado del parloteo pretencioso de Oolkert. Se levantó—. Ahora debo ir a... —empezó, y señaló al alcalde, al que había visto en la barra.

—Eva escribirá a Sylta. Fijaremos una fecha.

Alfred se obligó a sonreír.

—Desde luego. Franz se alegrará. Bueno, hasta otra —replicó con cordialidad, y tras despedirse con un movimiento de cabeza se alejó.

Oolkert siguió con la mirada a Alfred Karsten e hizo girar despacio el vaso de whisky que tenía en las manos. Las llamas de la chimenea se reflejaban en el líquido dorado. Durante un momento su rostro se volvió inexpresivo, su mirada se dirigió hacia el interior y retrocedió en el tiempo.

Entonces el salón del club era menos pomposo. Ahora habían ampliado la barra y la habían situado en otra parte. Pero había sucedido allí, en el club de caballeros, hacía más de veinte años.

Oolkert aún recordaba perfectamente dónde estaba sentado, el aspecto que Karsten tenía esa tarde. También se encontraba presente Albus, el antiguo socio de Oolkert, al que se le había ocurrido la idea de comerciar con guano.

Con sus trajes nuevos y el pecho henchido de orgullo, se hallaban con los hombres más ricos de la ciudad y no se podían creer la suerte que habían tenido de que les permitieran la entrada. Ya era tarde, estaban todos achispados. Había muchas personas prominentes: el alcalde y

miembros de la mesa del Senado. La idea que habían tenido se había propagado, muchos mostraban curiosidad por los nuevos miembros, querían oír a qué se dedicaban. Friedrich y Albus hablaron de su plan, el guano, una mezcla de excrementos, plumas y huesos de aves. Se dejaron llevar por el entusiasmo y no supieron interpretar debidamente las miradas del resto: creyeron que los escuchaban con atención. «En las islas Chincha, al sur de Lima, hay depósitos ingentes, parte de los cuales se hallan a una profundidad de hasta cuarenta metros. La corriente Humboldt hace que por las islas pasen bancos de peces en grandes proporciones. Las bandadas de aves que los comen son tan numerosas que pueden oscurecer el sol. Centenares de miles de cormoranes, alcatraces y pelícanos anidan allí y con su sola presencia producen la materia prima que nosotros explotamos. Es igual de fuerte que la palomina, quizá incluso más. Será el negocio del milenio, recordad mis palabras.» ¿Fue Albus o él quien habló? De eso en concreto ya no se acordaba, lo que le continuaba resonando en los oídos fue el silencio que siguió a esas palabras. Casi se podía palpar. Pero solo duró unos segundos.

¡Cómo se rieron! A mandíbula batiente. En medio del gran tumulto, un joven comerciante se levantó con la mirada ya un tanto vidriosa y dijo: «¡Se me ha ocurrido una! ¡Y es buena!». Acto seguido empezó a cantar con brío:

Dos hermanos eran, de carácter atrevido y osado,
a los excrementos de aves se habían consagrado.
Tuvieron éxito y, con razón,
les concedieron el título de barón.

En la habitación se produjo un auténtico estallido de risa, los hombres se daban palmadas en los muslos y se enjugaban las lágrimas de los ojos. El propio Karsten casi ni podía respirar de la carcajada que soltó con su propia gracia.

Ya nadie se acordaba de que había sido Alfred Karsten a quien se le había ocurrido la rima, ni siquiera él mismo, de eso Oolkert estaba seguro. La cancioncilla, sin embargo, no cayó en el olvido. Y aunque para entonces había adquirido un tinte respetuoso, seguía siendo conocida en la ciudad hanseática. Hasta sus hijos habían vuelto a casa de la escuela con ella en alguna ocasión. Para entonces, los socios del guano eran famosos y ricos, tenían todo cuanto se podía desear. Los llamaban los «caballeros del guano». Pero en lo más profundo de su ser Oolkert seguía siendo el joven que estaba tan orgulloso de que por fin lo escucharan y del que, en cambio, se rieron.

Se le había quedado marcado a fuego: las carcajadas, la burla, el evidente desprecio. Fue entonces cuando se sentó la base de su éxito. Esa tarde lo asaltó el deseo, la obsesión incluso, de darles una lección a todos esos ricachones de la liga hanseática que se habían reído de él. Verían de quién se habían burlado. Y lo consiguió: los excrementos de aves se convirtieron literalmente en oro en sus manos, y también era barón, o casi. Con todo, el éxito no le bastaba.

Oolkert era incapaz de olvidar.

No olvidaba nunca.

Karsten pagaría por su arrogancia. Y él sabía cómo.

2

Gerhard Weber pinchó una patata con el tenedor y se la metió en la boca.

—La semana que viene es la puesta en servicio del Glückauf, ¿no? —preguntó mientras masticaba y apuraba su copa a la vez. Lily vio la cara que ponía Sylta y hubo de reprimir una sonrisa. Su madre concedía mucha importancia a los buenos modales en la mesa, pero a un inversor de su esposo, como era natural, no lo podía reprender.

A una señal de Alfred, Lise le sirvió más vino.

—En efecto. Franz y yo iremos a verlo —contestó—. Aunque la botadura ya tuvo lugar, cosas así no se ven todos los días.

También Franz asintió.

—El primer buque diseñado para el transporte de petróleo. No nos lo perderemos por nada del mundo.

—¿No fueron los suecos los primeros?

—Aunque técnicamente el Zoroaster fue el primer petrolero, no fue a ultramar, sino tan solo al mar Caspio —aclaró Alfred.

El sol vespertino entraba por las ventanas en el salón de los Karsten. Para celebrar la ocasión se había encendido la araña que colgaba sobre la gran mesa. La madera se combaba con el peso de fragantes ramos de flores, Agnes había sacado del armario la vajilla buena con gran ceremonia, las alhajas de las damas brillaban a cuál más y Hertha se había superado con el menú. Todos sabían lo importante que era Weber para la compañía naviera.

Weber masticaba con aire pensativo.

—Cierto. ¿Y por qué motivo no se fabricó aquí? —preguntó—. A fin de cuentas, el Andromeda lo hizo construir en Geestemünde. Debo admitir que el hombre tiene buenas ideas, convertir un buque de vela en un petrolero.

Alfred asintió.

—Preguntó a todo el mundo, lo ha contado el propio Oolkert, pero ningún astillero alemán se mostró dispuesto a fabricar un buque petrolero impulsado por vapor. Tal vez los planes les pareciesen demasiado arriesgados.

—Pues acabó encontrando a alguien.

—Sí, Armstrong y Mitchell, en Newcastle. Me figuro que los propietarios del astillero inglés tendrían menos dudas. De hecho, me temo que en esta ocasión los hamburgueses han cometido un error. Aunque la verdad es que Oolkert tiene buen olfato para los negocios. El principio está

bien pensado y, si el Glückauf se hace a la mar con éxito, pronto todos emularán a Riedemann. Navega a tan solo diez nudos, pero si de verdad son capaces de detener por completo la pérdida de petróleo...

—Vaya, esto sí que es nuevo, padre. —Franz, que hasta ese momento se había mostrado muy reservado y se había volcado por completo en su pescado, levantó la vista—. Normalmente te cierras en banda al progreso siempre que puedes. —Esbozó una sonrisa bonachona, pero Lily vio que estrujaba la servilleta.

Alfred restó importancia al comentario y dejó que le sirvieran salsa.

—No sé por qué dices tal cosa, hijo. No es así en modo alguno, tan solo soy cauto, como bien sabes. Pero los números hablan por sí solos. El Glückauf puede cargar tres mil litros de petróleo, con un calado máximo de cinco metros con ochenta...

—Me parece interesante que en este caso veas la ventaja, a pesar del riesgo, y en nuestros barcos, en cambio, no —lo cortó Franz, y su padre alzó la vista sorprendido. Durante un instante reinó un silencio tenso en la mesa mientras padre e hijo se batían en un duelo mudo de miradas.

—No sé muy bien qué es un petrolero —terció Lily, que en realidad solo quería poner fin a esa conversación.

Aunque no sabía a qué se refería Franz, quizá tuviera que ver con las calderas de las que había hablado recientemente, pero lo cierto era que también quería enterarse. En general las conversaciones sobre barcos le resultaban ya de por sí aburridas, pero cuando encima no entendía nada de lo que se decía, se volvían un auténtico suplicio. Los hombres a veces se entusiasmaban de tal modo que durante horas solo se hablaba de la naviera.

Su abuela le lanzó una mirada severa: no era decoroso tomar parte en las conversaciones de los hombres, pero Lily le hizo caso omiso. ¡Preguntas sí podía formular!

Weber le sonrió y se limpió la boca.

—Sí, verás, hija mía, es muy sencillo —explicó—. Riedemann es transportista, transporta petróleo. —Pronunció «pe-tró-le-o», como si fuese una complicada palabra extranjera—. El petróleo se carga en los barcos en barriles de madera, pero los barriles no son completamente estancos y con frecuencia pierden hasta un treinta por ciento de su contenido. Riedemann pensó que debía de poder hacerse de otra manera y el año pasado mandó construir un gran tanque de petróleo en el Imperio alemán. Ahora ha introducido estos tanques en sus barcos. —Subrayó sus aclaraciones con gestos vehementes.

A Lily no le gustó cómo le habló; como si no pudiera entenderlo si no escogía las frases más simples posibles. Hasta cambió el tono, hablaba con ella como lo haría con un perrillo. Sylta enarcó una ceja. Al parecer ella también se había dado cuenta.

—Desde luego. —Lily asintió despacio—. Como es natural, de ese modo se puede cargar más petróleo y ahorrar en gastos y costes derivados del transporte, en particular en la descarga. Imagino que se realizará con bombas, ¿no? Sin embargo, el riesgo de que se produzcan explosiones probablemente sea enorme si los tanques son tan grandes, y se suprimirán muchos

puestos de trabajo si ya no es preciso cargar los barriles, por no mencionar fabricarlos y llenarlos —repuso, y comió un poco de pescado—. A los trabajadores no les gustará.

Weber se quedó estupefacto, Sylta y Alfred se miraron con cara de susto y la expresión de Kittie era como si a alguien se le hubiese escapado una ventosidad en la mesa.

—Así es, en efecto —admitió Weber, que carraspeó—. Su hija es rápida de entendimiento. Me figuro que su señor padre la habrá instruido en el negocio familiar como es debido. —Sonrió con formalidad—. Pero tiene razón, en Nueva York la gente no está muy contenta. Se esperan huelgas cuando llegue, la gente teme por su puesto de trabajo. Y sí, al barco también lo llaman jocosamente Fliegeauf, [1] debido al peligro de que se produzcan explosiones. En efecto, el riesgo es enorme, pero la pérdida de petróleo que se podría compensar de este modo...

Lily iba de replicar, pero su abuela carraspeó ruidosamente y lanzó a Sylta una mirada severa. Esta reaccionó de inmediato.

—¿Asistirá usted también al baile de otoño de los Oolkert, Caroline? A Lily y a mí nos están confeccionando vestidos nuevos —dijo dirigiéndose a la señora Weber, que se sumó con alivio al cambio de tema.

Las mujeres empezaron a hablar de nuevo entre sí y Lily profirió un suspiro apenas perceptible al verse enredada en la conversación sobre los vestidos del baile. Tampoco es que fueran más emocionantes que los barcos.

Trazó un dibujo en la salsa con el tenedor y miró por la ventana mientras a su lado se debatía la última moda de Francia.

—... arrestaron, estoy seguro, en esta ocasión se esperan penas de cárcel. —A sus oídos llegó nuevamente la voz de Weber y, como si tirasen de ella con un hilo invisible, Lily se volvió para escuchar a los hombres.

—Ah, y eso no es nada. Solo en 1881 expulsaron a ciento doce hombres.

—Sí, pero ahora que los socialistas están cobrando cada vez más fuerza en el Parlamento, ya no se limitan a mandarlos al exilio, ¡los encierran!

—Y con buen criterio, diría yo. —Franz había apartado el plato y estaba pidiendo una copa de brandi—. No nos podemos quedar de brazos cruzados mientras los socialistas van ganando cada vez más terreno. Hace cinco años ya eran el segundo partido más fuerte de Hamburgo, por detrás de los progresistas.

—¿Estáis hablando de las leyes antisocialistas? —Lily formuló la pregunta sin pensar, sencillamente se le escapó la lengua. Antes de que alguien pudiera contestar, añadió—: Bismarck debería avergonzarse de expulsar de su país a las personas solo porque luchan para que haya una mayor justicia. —El tema la enfurecía. Aunque habían puesto en libertad a Isabel y Martha, las habían tenido bajo arresto varios días sin dar explicación alguna. Lily, Emma y las demás habían estado muertas de preocupación.

Lily fue blanco de todas las miradas. Vio que la señora Weber se limpiaba la boca con delicadeza mientras miraba hacia otro lado de manera ostensiva, como si no hubiese oído nada.

Sylta se removió en su silla, inquieta; su abuela la miró como si hubiese visto un fantasma, y los tres hombres arquearon las cejas.

—Hermanita, me temo que no sabes bien de lo que hablas. Aunque sin duda es noble que en el seminario también os ilustren en cuestiones políticas, cuando uno no tiene conocimiento de causa, haría bien en mantener la...

—Sé perfectamente de lo que hablo —espetó Lily a su hermano. De pronto la sangre se le subió a la cabeza. Qué harta estaba de que siempre la tratasen como a una niña pequeña—. En Hamburgo tenemos a miles de trabajadores que han de trabajar noventa horas a la semana. Noventa horas. Eso son trece horas al día si no se descansa ningún día. Los niños trabajan en fábricas y en la calle para alimentar a su familia porque con el salario del padre no basta. Las mujeres ganan una miseria, y ni siquiera se les permite opinar porque el peso del voto determina el salario. ¿Acaso es justo? El SAP solo quiere mejorar las condiciones de vida de las personas a las que debemos nuestras casas, nuestra riqueza, la ropa que vestimos. Y ellas ni siquiera se pueden defender ni quejarse. Prácticamente no tienen derechos. Cuando enferman y no pueden trabajar, familias enteras mueren de hambre. Y ¿a ti eso te parece un buen criterio?

Un silencio atronador siguió a sus palabras.

Franz abrió la boca, la miró atónito y negó con la cabeza. Iba a decir algo, pero el señor Weber se le adelantó.

—Conque tenemos en la mesa a una pequeña socialista. —Sus ojos echaban chispas. Lily fue consciente de que sus palabras no le habían hecho ninguna gracia—. Es muy interesante lo que aca...

—Disculpe a mi hermana, se lo ruego —se apresuró a cortarlo Franz—. Hace unas semanas se produjo un pequeño accidente en el puerto del que me culpa. —Hizo un gesto desdeñoso—. Desde entonces se siente responsable y...

—Fui responsable. Y no fue un pequeño accidente, ¡Paul Herder murió! —lo interrumpió cortante—. Sufriendo tremendos dolores. Y su familia tuvo que dejar la ca... —Dejó la frase a medias.

Su padre la miró con cara de sorpresa y arrugó la frente.

—Yo solo digo que no es justo que los trabajadores no...

—¡Lily! —Espantada, Kittie lanzó la servilleta a la mesa—. Te estás pasando de la raya —espetó.

—No me estoy pasando de la raya, tan solo digo lo que pienso, abuela —contestó Lily, serena pero resuelta.

El señor Weber resopló indignado.

—Vaya, debo decir que lo que estoy oyendo es casi un discurso marxista —afirmó, y se retrepó en su asiento—. Me sorprende, Karsten. Es algo que no me esperaba en su casa.

Su padre carraspeó y dejó la servilleta en la mesa.

—Yo tampoco —admitió con calma.

Lily lo miró asombrada.

—¡Pero, papá! —exclamó. Sin embargo, su padre no la dejó hablar.

—Vete a tu habitación. —Aunque siguió hablando con calma, el tono de su voz le dijo a Lily cuán enfadado estaba. No toleraría ninguna objeción más.

Ella se levantó y retiró la silla. Nadie dijo nada. Junto a la puerta Lise bajó la vista cuando Lily pasó por delante. En el comedor se habría podido cortar el aire con un cuchillo.

Cuando Lily abrió la puerta, de pronto se oyó un grito en el vestíbulo.

—¡Mamá, mamá!

Asustada, Lily se volvió hacia su madre. Sylta estaba como paralizada, agarrando con fuerza el vaso, sin dar crédito a sus ojos.

Michel.

Debía de haberse despertado, quizá tuviera una de sus pesadillas. Y al parecer se había escapado de la señorita Söderlund.

Lily dijo con toda tranquilidad:

—Lise, ¿te importaría ir a ver qué pasa?

Lise hizo una genuflexión y salió a buen paso, con Lily detrás.

—¿Tienen más hijos? —oyó Lily que preguntaba Weber extrañado, antes de cerrar la puerta y apoyarse en ella con el corazón desbocado.

—¡Weber es nuestro principal inversor! —le chilló Franz, y Lily retrocedió asustada. Después de que la visita se fuese, su padre le pidió que fuera al despacho, a pesar de lo tarde que era.

—Pero si yo no he hecho nada —se defendió ella.

—Nos has puesto en ridículo —contestó Alfred, negando con la cabeza—. ¿Es que has olvidado por completo tus modales? Hoy me has avergonzado.

Sus palabras serenas la afectaron diez veces más que los gritos de Franz.

—Estoy muy preocupado, Lily. Weber nos es insustituible. No solo invierte millones en la línea de Róterdam, en el futuro también queremos... Bah, pero para qué te cuento esto si no te interesa, la naviera no te ha interesado nunca.

—¡Eso no es cierto! —protestó ella sin fuerzas, pero después lo dejó estar: de todas formas su padre tenía razón—. Siempre decís que no entiendo de estas cosas; ¿cómo queréis que me interesen si no me conciernen, si nunca me explicáis nada? —adujo, pero su padre se limitó a negar con la cabeza.

—Me has decepcionado profundamente —aseguró—. Una vez más.

Alfred siguió con la mirada a su hija mientras salía del despacho y acto seguido se dejó caer pesadamente en la silla del escritorio. Suspiró y se masajeó las sienes, que le latían con fuerza. Lily no entendía cuán importantes eran los buenos contactos en el mundo de los negocios, cuán

imprescindible era cuidarlos. Contempló el óleo de su abuelo, sobre la chimenea. Ese año habían fundado la línea de Róterdam, en la que él actuaba de armador no propietario. Ello lo convirtió en competidor directo de H. J. Perlbach, que cubría la línea desde hacía años. El objetivo de Alfred era eliminar a Perlbach y hacerse cargo de su línea. Haría falta un poco de paciencia, pero podían conseguirlo, se hallaban bien establecidos, prácticamente solo tenían en servicio buques nuevos. Los barcos de Perlbach, en cambio, eran viejos y estaban anticuados, ya no eran eficientes, y él no contaba con los medios suficientes para renovar la flota. Antes o después se llevaría a cabo la adquisición, Alfred solo tenía que esperar.

Lo que decía Franz no era cierto, él no se aferraba al pasado en modo alguno; al contrario, tenía grandes planes, quería impulsar a toda costa la línea Hamburgo-Calcuta. Para el comercio hanseático era beneficioso establecer una conexión directa con las Indias Orientales. Ya había dado los primeros pasos para fundar la sociedad anónima. Calculaba que necesitaba unos sesenta inversores para reunir los cuatro millones y medio que había estimado. Estaba seguro de Jens Borger como gran inversor y confiaba en poder ganarse a Max Schinckel como accionista. El director del Norddeutsche Bank era un viejo amigo de la familia y hasta la fecha siempre había respaldado los osados planes de Alfred.

Y a Weber ya lo tenía en el bolsillo; aportaría, como ya lo hacía en el proyecto actual, casi la mitad del capital necesario. Por descontado, Robert se haría cargo de la dirección. Si además conseguía a Oolkert de socio... No quería construir los barcos en su astillero, eso era ir demasiado lejos, pero, por lo que a él respectaba, que comprase todas las acciones que quisiera. Claro que, en fin, hablar de la India aún era hacer castillos en el aire; Alfred calculaba que la línea podría ponerse en marcha debidamente al cabo de dos años como pronto. Pese a todo, aún debía hablar al respecto con Franz, explicarle lo útil que podía ser unirse a la familia Oolkert. En el horizonte incluso veía la posibilidad de crear una línea Hamburgo-Australia. A fin de cuentas, Sloman llevaba cuarenta años haciendo viajes a Sídney y hacía tan solo dos había fundado una línea nueva, propia, a través del canal de Suez. Las posibilidades eran enormes. El mundo entero se abría ante ellos.

Solo si jugaban bien sus cartas.

Una metedura de pata como la de ese día no se podía volver a dar.

Pocos días después Franz le deslizó los papeles por la mesa, mirándolo con insistencia.

—Antes de que digas nada, echa un vistazo al sitio, padre.

Se hallaban en la compañía naviera, en el despacho de Alfred, y Franz había vuelto a abordar el tema que más temía Alfred. No se dignó mirar los papeles.

—No pido que lo metan en una cárcel —puntualizó Franz—. Allí estará mejor que en casa y recibirá atención las veinticuatro horas. Siempre hay médicos *in situ*, personas que están familiarizadas con sus necesidades especiales. Si sufre un ataque, siempre habrá alguien que se

pueda ocupar de él. Sabes el peligro que corre cuando se encuentra en ese estado. Al fin y al cabo, siempre hemos sabido que no podría quedarse en casa para siempre, el doctor Selzer nunca ha tenido reparo en decir que la salud de Michel empeora con cada año que pasa. Allí estará bien atendido y lo mejor es que podrá jugar con otros niños. Nunca ha conocido a otro niño, imagina lo emocionante que le resultará. A veces me pregunto incluso si está bien lo que hacemos con él, negarle todo contacto social fuera de la familia.

Alfred se miró las manos. Todo ello era cierto. Y, sin embargo, no lo quería oír.

—No puedo, Franz —repuso en voz baja.

Su hijo exhaló un fuerte suspiro.

—¿Acaso crees que para mí es fácil? —preguntó y, cuando levantó la vista, Alfred vio, para su sorpresa, que su hijo pugnaba por no llorar—. Porque no lo es. Quiero a Michel igual que todos vosotros, pero creo que le hacemos un flaco favor acostumbrándolo demasiado tiempo a una casa de la que al final tendremos que sacarlo —alegó—. Hemos dejado que madre y Lily nos nublen demasiado la razón. Ellas son mujeres, no espero que puedan dejar a un lado sus sentimientos y pensar con racionalidad al respecto. Nosotros, en cambio, sí podemos, padre. Y debemos. Si Weber abandona...

—¿Por qué dices tal cosa? —inquirió Alfred perplejo.

—Solo quiero decir que...

—Bah, no digas tonterías. No lo hará —aseguró Alfred, desechando la idea con un gesto. Le horrorizaba que Franz tan siquiera se planteara tal cosa.

—Eso no lo sabes. Si deja de confiar en nosotros, es muy posible que rescinda los contratos.

—No, jamás llegará a eso.

Franz negó con la cabeza enfadado.

—El último incidente en la ciudad, cuando Michel sufrió el ataque, fue de lo más arriesgado. Gracias a Dios que al parecer esas personas eran discretas y no se corrió la voz. Nuestra reputación ha de ser intachable. Y el comportamiento de Lily ayer...

—Fue una velada desafortunada, lo admito. Pero ¿qué inversor se retira de un proyecto millonario porque le disgusta la conducta rebelde de la hija de su socio? —Alfred se rio pero, de pronto, lo asaltó una profunda inseguridad. ¿Podía tener razón Franz con sus preocupaciones?

—Ya viste cómo reaccionó. A partir de ese instante el ambiente se enrareció. No veían el momento de marcharse. Si se acumula esta clase de cosas y dos de tres hijos asestan esta clase de golpes... Yo solo digo que es un riesgo.

Alfred se cruzó de brazos.

—No quiero seguir hablando de esto. —Notaba el corazón acelerado. Su comportamiento era infantil, pero la confrontación le provocaba sudores.

Durante un momento Franz se limitó a mirarlo. Después suspiró.

—Muy bien. Quizá sí quieras hablar de esto otro. —Se levantó enérgicamente y le extendió un plano en la mesa.

Alfred vio en el acto de qué se trataba y lanzó un fuerte suspiro.

—Franz, ya sabes...

—Después de lo que afirmaste ayer pensé que quizá hubieras abierto los ojos de una vez —afirmó su hijo—. Sabes que el progreso es imparable. Es más, ¿por qué iba nadie a querer pararlo?

—Esas calderas no son un progreso, sino un peligro para la tripulación y para nuestros barcos. —Alfred negó con la cabeza cansado. Justo lo que le faltaba en ese momento.

—Ya. Y entonces ¿por qué las construyen otros? —Franz se cruzó de brazos y se sentó a su lado en el borde de la mesa—. Porque ciertamente no seríamos los primeros ni los únicos. Debemos poder competir, padre. ¿Quieres desbancar a Perlbach? Cierto, su flota está anticuada, pero la nuestra no tardará en estarlo si no seguimos el ejemplo de los demás.

Alfred respiró hondo. Franz quería avanzar corriendo un gran riesgo. No había nada que no estuviese dispuesto a intentar en nombre del progreso. Y una actitud así siempre era peligrosa.

—Es inmoral arriesgar la vida de los hombres.

Franz resopló.

—Hablas como si quisiera quemarlos en la caldera.

—Es lo que harás —repuso Alfred con calma. Hasta él mismo estaba sorprendido de lo sereno que seguía—. Eso es justo lo que harás si no te tomas su seguridad lo bastante en serio.

Profiriendo un suspiro de frustración, Franz se pasó las manos por el pelo.

—Padre, he hablado con Oolkert. Deja que al menos construyamos dos barcos en su astillero; por de pronto. Él no se cierra al progreso, estaría dispuesto a correr el riesgo...

—¿Qué riesgo? —Alfred se había levantado. Notó que la voz le temblaba—. ¿Será su barco el que se queme en el mar si mis temores se ven confirmados? —preguntó con aspereza—. ¿Será su vida la que se pierda si las calderas explotan o se sobrecalientan?

Franz movió la cabeza como si no lo entendiera. También él se puso en pie.

—Padre, yo solo quiero decir que...

Alfred levantó la mano.

—La discusión ha terminado.

Franz enmudeció. Miró a su padre y en su mirada afloró algo que no supo interpretar. Parecía una mezcla de ira, decepción e incomprensión.

—¿Cómo quieres que algún día me haga cargo del negocio si no dejas que tome ninguna decisión propia? —preguntó ahora, oprimido, y Alfred percibió que también debía de hacer un esfuerzo para no gritar.

—Terminarás tomando tus propias decisiones. Y estoy seguro de que serán buenas. Pero todavía no estás preparado, como me acabas de demostrar. Hasta entonces aún hay tiempo, y durante este tiempo es preciso que aprendas que tenemos una responsabilidad moral con los hombres que trabajan en nuestros barcos.

Franz se quedó quieto un instante, fue como si quisiera añadir algo. Abrió la boca, la cerró e

hizo un gesto negativo casi imperceptible. Después salió del despacho sin mediar palabra.

Jo estaba sentado en la escalera de hierro del galpón del puerto, repasando una lista de géneros que tenían que llegar ese día. Como casi siempre de un tiempo a esa parte, estaba de pésimo humor. Le dolía la cabeza, pensaba en la botella de whisky que guardaba en el armario del despacho. Unos buenos sorbos sin duda acabarían con el martilleo que sentía en las sienes, aunque era probable que su responsable fuese el propio remedio.

Últimamente bebía mucho. Demasiado. Desde la muerte de Karl le costaba superar el día a día. Ahora tenía dos hermanos muertos que lo visitaban en sueños. Levantarse por la mañana era un suplicio, los días parecían interminables. No quería admitirlo pero, casi más que en Karl, pensaba en Lily. Se maldecía por haberla apartado de su lado y, al mismo tiempo, sabía que era lo único correcto. Con todo, ahora había perdido a otra persona que era importante para él. Se volvió cuando oyó que lo llamaban.

—Maldita sea. —Exhaló un leve suspiro—. Otra vez él no.

Kröger, uno de los tres funcionarios de inspección portuaria, se le acercó. Ya llevaba algún tiempo con la vista puesta en Jo. No en él en concreto, por supuesto, sino en Oolkert. Pero quien daba la cara era él, y eso era algo que no podía obviar. La semana anterior, sin ir más lejos, Kröger había interrumpido la actividad, una medida en extremo inusitada; todos los interesados sabían que en el puerto cada minuto que no se trabajaba era como arrojar oro al Elba.

Tanto el astillero como los galpones de los muelles de Oolkert iban bien pero, como todo lo demás en el puerto, eso era así gracias a los trabajadores. Además de las limitaciones en materia de higiene, que no eran nada nuevo, Oolkert también cicateaba todo lo posible. Los accidentes estaban a la orden del día. Cuarteles no afianzados en las escotillas, accesos peligrosos a bodegas mal iluminadas, elementos del motor de cabestrantes y grúas mal protegidos, bridas y prensaestopas defectuosas, armazones inestables, pasarelas mal aseguradas... Las quejas no cesaban. Pero en todas partes pasaba lo mismo, Oolkert no era ni mejor ni peor que la mayoría de los demás, sencillamente nada de eso le importaba.

Las condiciones en el puerto siempre habían sido malas, pero de un tiempo a esa parte Jo tenía la sensación de que todo se estaba agravando: los turnos eran cada vez más largos y duros; el sustento, deficiente, y el descontento entre los hombres, mayor. La estadía en el puerto era tremendamente cara y, por ende, siempre debía ser la mínima posible, lo que significaba que todo el mundo se hallaba bajo presión, todo debía realizarse deprisa y la normativa de prevención de riesgos laborales apenas se cumplía, ya que cuando un barco entraba en el puerto, era preciso empezar de inmediato a descargarlo y apenas quedaba tiempo para controlar el equipo.

Jo hacía lo que podía pero, en el fondo, a nadie le importaba controlarlo como era debido. La asociación para la prevención de riesgos en la zona de almacenamiento casi no destinaba dinero a

la inspección, tan solo diez mil marcos al año para doscientos mil trabajadores. La inspección portuaria, por tanto, lo tenía fácil para encontrar deficiencias y complicarle la vida a él.

Cuando ahora vio que el menudo Kröger, con su chaqueta azul, iba hacia él, intuyó que no tendría nada bueno que decirle. Había fruncido las pobladas cejas y negaba con la cabeza enfadado mientras blandía un papel. Jo respiró hondo y se encendió un cigarrillo.

—Bolten. —El inspector se detuvo ante él y le soltó sus quejas con semblante sombrío—: Tengo tres prensaestopas que no son estancos, por dos cabrestantes no pasa debidamente el vapor, como ya notifiqué hace tres semanas, y, en general, vuestros cabos de seguridad se encuentran en un estado inadmisible —señaló.

Jo exhaló un suspiro largo y lo escudriñó.

—Me ocuparé de ello —afirmó poco después.

—¿Me ocuparé de ello? ¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Unas gotas de saliva aterrizaron en el rostro de Jo, que dio un paso atrás de manera ostensiva y se pasó una mano por la mejilla para limpiársela.

—Más o menos —replicó Jo, y dio otra chupada al cigarro. Kröger lo sacaba de quicio a más no poder. ¿Qué pensaba, que Jo iba a paralizar los almacenes por unos cabos raídos? Se llevó la mano a la gorra para indicar que se marchaba—. Debo irme. ¿Alguna cosa más?

—¿Alguna cosa más? ¿Que si hay alguna cosa más? —El hombrecillo se puso rojo como un tomate. Dio un paso hacia él y se colocó de puntillas; ahora la nariz le quedaba más o menos a la altura del cuello de Jo—. Desde luego que hay más cosas, Jo Bolten. ¿Quieres ver la lista? Pues aquí la tienes. —Le estampó el papel contra el pecho.

Jo levantó la mano, pero en lugar de coger la hoja dio una chupada profunda al cigarrillo. Kröger, que malinterpretó el movimiento, soltó el papel, que salió planeando despacio y acabó en un charco aceitoso.

—¡Cuidado! —exclamó Jo con sosiego, pero no hizo ademán de agacharse. A un tipo como Kröger no se le podía demostrar que uno se arrastraba a sus pies porque entonces ya no se lo quitaría de encima. Le echaba en cara que por su culpa la semana anterior hubiese tenido que explicar a Oolkert el motivo por el que la actividad se había suspendido durante casi medio día. A nadie le gustaba ir a Oolkert con malas noticias.

Kröger apretó la boca y esperó un instante para ver si Jo se movía. Al ver que no era así, se agachó para sacar del charco el papel empapado.

—No hace mucho os obligué a suspender la actividad y lo volveré a hacer si es preciso —espetó—. Han sido tus propios hombres los que me han notificado las deficiencias.

Posiblemente fuera cierto. Había deficiencias considerables en los almacenes, como en todo el puerto. El problema era que no había bastante dinero para subsanarlas. Debido a ello los trabajadores corrían peligro, pero ¿qué podía hacer él? Tenía las manos atadas. Además, en el puerto siempre se corría peligro. El año anterior se habían producido más de tres mil trescientos accidentes, la mayoría de los cuales, según la inspección, eran inevitables.

Apagó el cigarrillo aplastándolo con el pie.

—Solo la puedes suspender en caso de que exista un peligro directo de muerte —precisó Jo sin alterarse—. Lo sabes tan bien como yo. Y ni siquiera en esos casos es buena idea... —Apoyó un pie en un pilar y observó sin inmutarse los intentos de Kröger de secar la lista de deficiencias con la chaqueta. Lo único que consiguió así fue manchársela de aceite.

Kröger lo miró con cara de pocos amigos.

—Te lo advierto, Bolten, será mejor que hables con tu jefe. Hay que hacer algo. Conque se puede construir esa aberración de palacio, pero no comprar cabos nuevos, ¿no? No me hagas reír. —Furioso, tiró el inservible papel al suelo—. Mañana mismo tendrás otra lista. Os doy tres semanas, después volveré. Si para entonces no habéis solventado nada, os cierro el negocio. De ese modo no solo tu jefe perderá dinero, sino que también los hombres se quedarán sin salario, y no creo que les haga mucha gracia, ¿verdad? Además, me ocuparé de que sepan quién es el responsable. —Dicho eso, dio media vuelta y se alejó con paso airado.

Jo lo siguió un rato con la vista y después escupió al suelo, hecho una furia.

3

—El tiempo no podría ser mejor. —El padre de Lily se quitó un momento el sombrero y contempló el radiante cielo azul—. Perfecto para nuestra pequeña excursión.

Se hallaban delante del museo alemán de la observación marina, que coronaba la colina Stintfang. El edificio, de aspecto palaciego, no solo era digno de verse por fuera; en sus numerosas salas se exhibía la historia de la navegación alemana con una impresionante profusión de detalles. Su padre ya llevaba tiempo pensando en acudir allí con ellos, desde que el emperador en persona inauguró el observatorio en el año 1881, pero hasta entonces siempre lo habían aplazado. Sin embargo, esa mañana en el desayuno había decidido que por fin había llegado el momento.

Lily tenía la sensación de que su alegre sonrisa y su entusiasmo eran fingidos, y le extrañó un tanto, pero estaba contenta de que al parecer la hubiese perdonado, de manera que no preguntó.

En grandes vitrinas había maquetas de barcos hechas a mano, en las paredes colgaban cartas marinas e instrumentos de medición, y en grandes globos terráqueos del mundo entero se podían admirar antiguas rutas marítimas. Había multitud de cosas, la gente conversaba en voz queda, las largas faldas de las damas hacían frufrú al rozar contra la vetusta madera del suelo.

Como siempre que la familia emprendía esas excursiones, a Lily le entristecía que Michel no pudiera estar presente. Ese museo le habría gustado, sin duda habría pegado la nariz contra todas aquellas vitrinas. También Franz se ausentaba cada vez más a menudo alegando como pretexto que tenía trabajo o estaba indispuesto, de manera que casi siempre era el trío de padres e hija el que se embarcaba en tales pasatiempos.

Lily se detuvo delante de una maqueta enorme. ¡Todo era idéntico al original! En cubierta incluso había marineritos de madera, alguien les había pintado delicadamente el rostro y les había puesto pequeños objetos en las manos. Se quedó observándolo todo con detenimiento durante un rato y después suspiró. Una vez más hubo de admitir que los barcos no le interesaban lo más mínimo.

Representaba el papel de la bella hija de un armador.

Por suerte, estaba claro que nadie podía leerle el pensamiento. Su padre apareció a su lado y se cogió de su brazo.

—Soberbio, ¿no crees? Es como si oliese a aire salado y a aventura. ¿Qué te parecen las antiguas cartas marinas, con los monstruos y las sirenas? ¿A que resultan espeluznantes? ¿Crees que a Michel le gustaría una para su habitación?

Ella sonrió.

—Tendría unas pesadillas terribles.

Su padre asintió con prudencia.

—Sin duda tienes razón. Será mejor que le llevemos un marinerito de madera. ¿Ya has visto nuestro barco? —La condujo con orgullo hasta una vitrina más pequeña ante la que estaba su madre, que leía la leyenda con la cabeza ladeada. A Lily le pareció que también ella estaba un tanto ausente, tenía la mirada vidriosa—. Este es el Junior, el primero de nuestros barcos —informó su padre lleno de orgullo—. Se construyó en 1836 en East Haddam, ciento cincuenta y siete *commerzlasten*.[1] Después lo reconvertimos en una bricbarca aquí, en Hamburgo. Eso fue en... el 63, diría yo. Por aquel entonces Johann pagó veinte mil por él.

—Es muy bonito —alabó Lily, quizá con excesivo entusiasmo. Sylta no dijo nada—. ¿Todavía lo tenéis? —preguntó, ya que tenía la sensación de que su padre esperaba que contribuyera a la conversación y no se le ocurrió una pregunta más inteligente. Ojalá hubiese prestado más atención. Pero cuando se hablaba de barcos, la mayoría de las veces se distraía en el acto.

—No. A decir verdad, para nosotros solo navegó un año, después John lo vendió a Noruega y compramos el Hope... —empezó su padre, pero nada más hacerlo se interrumpió bruscamente, ya que su madre se desplomó sin hacer ruido.

Durante un aterrador instante Lily y su padre se quedaron paralizados, pero después se arrodillaron de inmediato junto a Sylta. Los párpados le vibraban y tenía el rostro blanco como la pared.

Poco después un grupito de gente se arracimó a su alrededor. Se oyeron gritos atemorizados y las damas se cubrieron la boca con las manos.

—¡Mamá! —Lily se apresuró a recogerse el vestido para colocárselo en la nuca a su madre, que se había golpeado la cabeza contra el suelo. Después le dio unas palmaditas en las mejillas. Al ver que no reaccionaba sacó las sales del bolso de Sylta y se las acercó a la nariz. Su madre volvió en sí profiriendo un gemido y ellos la incorporaron con cuidado.

—Sylta, ¿qué te sucede? —Alfred observaba a su esposa preocupado, con la frente fruncida —. ¿Otra vez esos mareos?

—Sí..., bueno, ya me encuentro mejor —musitó Sylta, y miró angustiada a los curiosos.

Lily se irguió enfadada.

—¡Aquí no hay nada que ver! —exclamó—. Ya pueden volver a mirar los barcos.

—Pero ¿qué le pasa? —preguntó una anciana curiosa con un vestido negro con miriñaque.

—¿Cómo quiere que lo sepa yo? Hace un momento se ha sentido mal, ¿acaso a usted no le pasa nunca? —repuso Lily con aspereza. Fue clavando la vista en cada una de las personas hasta que el grupito se dispersó—. Haré venir el carruaje y enviaré a un muchacho en busca del doctor Selzer —informó a su padre, y acto seguido se inclinó hacia Sylta para ayudarla a levantarse.

—No será necesario, son otra vez... —Su madre se llevó las manos al vientre gemebunda—. Son los dolores de siempre. Solo debo tumbarme y se me pasará.

Alfred negó con la cabeza.

—Los dolores que sufre van a peor. Ella no habla al respecto, pero no se encuentra nada bien. —Habían vuelto a casa; para entonces Sylta ya estaba en la cama, descansando, y Lily había encontrado a su padre en el despacho, donde contemplaba el río por la ventana con expresión ausente.

Lily también se había dado cuenta de que de un tiempo a esa parte su madre estaba encerrada en sí misma, daba la impresión de que sentía dolores con frecuencia y no tenía la alegría y la despreocupación de antes.

Lily respiró hondo.

—Me gustaría ir a buscar a mi amiga para que examine a madre —sugirió.

Su padre levantó la vista.

—¿Cómo dices?

—Madre se encuentra mal desde hace tiempo y el doctor Selzer ni siquiera la puede explorar como es debido, se limita a palparla, y para colmo por encima del vestido.

—¡Lily! —exclamó su padre con voz tajante, pero no la hizo vacilar.

—Emma podría explorarla en condiciones, no tendría de qué avergonzarse delante de ella.

—Tu madre ya ha acudido a dos especialistas.

—Pero ¿la han examinado?

—Solo con el debido decoro —replicó su padre—. No quiero oír hablar más del tema.

Lily salió del despacho como una exhalación, echando pestes. Pero sabía que si quería conseguir algo, debía hablar con su madre. A esta, sin embargo, la idea de que una mujer la explorase le pareció tan desacertada que en un primer momento no quiso saber más del asunto. Pero cuando no se pudo levantar al día siguiente ni al otro, acabó accediendo.

—Alfred, deja que vaya en busca de esa mujer, mal no me hará —dijo con un hilo de voz.

Al ver su palidez la boca de Alfred se crispó.

—Está bien, tráela —ordenó furioso a Lily—. Pero como le haga daño a tu madre...

—No se lo hará —aseguró Lily con serenidad. Sabía que cuando su padre conociese a Emma, su opinión sobre ella cambiaría.

Y, en efecto, así fue. Al día siguiente, cuando Emma llegó a la villa por la tarde con su vestido azul, su mirada radiante y sus impecables modales, Alfred Karsten puso cara de sorpresa.

Se quedó esperando con Lily en el pasillo mientras Emma exploraba a Sylta. Tardó tanto que empezaban a pensar que había pasado algo malo. Caminaban arriba y abajo con nerviosismo. Lily se retorcía las manos y su padre tenía los brazos cruzados y la mirada baja.

Emma por fin salió.

—Doy por sentado que tiene adherencias en el vientre, lo que se denomina «adenomiomas»

—contó Emma—. Estoy autorizada a decírselo. Todavía no sabemos mucho de esta enfermedad. No creo que sea cáncer, pero ahora mismo me es imposible determinarlo. No obstante, le he preguntado exhaustivamente por los síntomas y, puesto que los tiene desde hace ya mucho tiempo, siempre le ha sido difícil tener hijos y a ello se añaden otras molestias como problemas intestinales y urinarios, supongo que se trata de adherencias en la membrana que recubre el útero, el denominado «endometrio». En esta enfermedad el tejido se asienta en órganos colindantes, donde no le corresponde.

Alfred miraba boquiabierto a Emma. Era evidente que hasta hacía escasos instantes no creía que de verdad supiera algo de medicina. También Lily escuchaba perpleja. ¿Problemas para quedarse encinta? Pero después se paró a pensar. Era cierto, su madre solo tenía tres hijos, lo cual no era mucho, la verdad, y entre ellos la diferencia de edad era grande. Nunca se había planteado que quizá sus padres no lo quisieran así.

—Cuando tiene el menstruo, además de sufrir dolores terribles y espasmódicos, también le dan problemas el vientre y la espalda. Asimismo tiene hemoptisis, y a ello hay que añadir, creo, un endurecimiento del hígado y también sangre en los pulmones, si bien esto lo atribuyo a las secuelas del corsé. Es imprescindible que deje de utilizarlo a partir de hoy.

—No sabía que la cosa estuviera tan mal con los otros síntomas —observó Alfred abatido.

Emma asintió.

—Va y viene. Si estoy en lo cierto con mi sospecha, es una enfermedad benigna, para la que, no obstante, aún no tenemos cura. Pero podemos reajustarla con ayuda de medicamentos y así proporcionarle algún alivio. Como ya dije, la medicación que está tomando ahora mismo la considero peligrosa, ya que la vuelve dependiente en gran medida. No podremos deshabituarla muy deprisa, pero les propondré alternativas. En las fases peores necesita reposo absoluto, que no se exponga a sobrecargas nerviosas, y baños tibios, pero los masajes también podrían ser de ayuda. Un embarazo, que sepamos, también puede ayudar a mitigar los síntomas, pero a su edad yo no lo recomendaría. Además, es poco probable que pueda quedarse encinta. Me ha contado que la mayoría de las veces ustedes no toman precauciones y, pese a ello, hace ya seis años que no concibe, ¿no es así?

El padre de Lily se puso como un tomate bajo la barba, carraspeó convulsivamente, pero no contestó.

Emma asintió con indulgencia.

—Puede deberse a otros motivos que podrían atribuirse a usted. A mi juicio, de todos modos, se trata del problema que acabo de describir.

El padre de Lily seguía sin decir nada. Era evidente que se había quedado atónito en vista de la franqueza con la que esa mujer a la que no conocía hablaba de sus asuntos personales.

—Y ¿qué puede hacer mi madre ahora? —quiso saber Lily.

—Le he prescrito algunos remedios y la exploraré con regularidad, de ese modo podré ver si se producen cambios en el tejido. Con el tiempo tendremos que tomar en consideración operar,

pero por de pronto yo esperaría. Por su parte, hagan todo cuanto esté en sus manos para aligerar su carga lo máximo posible. He leído un tratado científico sobre el problema y veré si puedo averiguar algo más acerca del cuadro clínico. Por desgracia, la ginecología aún está en mantillas.

Alfred asintió. Seguía viéndose con claridad meridiana lo mucho que lo incomodaba el tema. Sin embargo, no rebatió las propuestas de Emma.

Jo miraba sin dar crédito los papeles que tenía en la mesa. Después se levantó de un salto y abrió la puerta de una patada.

—¡¿Dónde está ese miserable?! —bramó y los hombres que estaban cerca se asustaron.

Su pequeño despacho se hallaba en una galería sobre los almacenes, y Jo dirigió una mirada furiosa al gentío antes de bajar la escalera, salvando los peldaños de tres en tres. Kröger estaba loco, como una cabra. Había perdido el juicio. Jo sabía que el mierdecilla aquel se creía demasiado importante, pero que les cerrara el negocio dos veces en el plazo de tres semanas solo eran ganas de fastidiar. Mientras recorría el primer almacén hecho una furia, imaginaba con fruición que lo cogía y lo arrojaba de cabeza contra uno de los atronadores cabrestantes. Ese desgraciado la había tomado con él desde el principio. Solo era una moscarda insignificante y jactanciosa que disfrutaba complicando la vida a los demás.

Lo descubrió fuera, a orillas del agua, con un grupo de trabajadores, junto a una grúa de carga que, tal y como le había sido notificado, estaba parada.

—¡Kröger! —Jo fue hacia él con ademanes tan amenazadores que el hombrecillo palideció y dio un paso atrás. Aun así, no se le borró la repugnante sonrisa que tenía en la cara.

—Vaya, Bolten, aquí viene el hombre del momento. Veo que has recibido mi informe.

—¿Se puede saber a qué viene esta mierda? —soltó Jo.

Estaba tan furioso que Kröger puso cara de susto, pero él cogió aire con fuerza y se irguió cuan largo era, que no era poco.

—El mantenimiento de las grúas es insuficiente, como ya indiqué en mi último informe. Y a pesar de la advertencia que te hice, las irregularidades no se han subsanado.

—Eso es una memez. Además, los galpones del puerto son competencia de los inspectores de trabajo —objetó Jo, aunque ya sabía lo que diría Kröger, que, como era de esperar, negó con la cabeza.

—Las grúas se utilizan en el agua para la recepción de mercancía, y yo soy el responsable. Dicho sea de paso, también tengo objeciones a dos de los barcos que han arribado hoy.

A Jo le habría gustado quitarle de un bofetón esa sonrisa arrogante.

—Son barcos ingleses, allí todavía no han adoptado las medidas de protección de los trabajadores. Según tu opinión, ¿qué debería cambiar? Y ¿sabes lo que cuesta tener siempre las grúas en perfecto estado? Tendría que contratar a más técnicos, de lo contrario uno no se lo puede permitir. Las grúas funcionan como es debido.

Kröger negó con la cabeza.

—La cuestión es durante cuánto tiempo. —Suspiró con teatralidad—. ¿Sabes cuántos accidentes se produjeron el año pasado solo durante el izamiento de cargas, Jo? ¿Eh? ¿No? Yo te lo diré: quinientos sesenta y cinco. ¿Y por caída de objetos? ¿Tampoco? Trescientos treinta. Trescientos treinta, Bolten. Casi uno al día.

—Pero eso fue en todo el maldito puerto, no solo aquí —precisó Jo, apretando los dientes—. Nuestros solo fueron doce.

—Dos de ellos mortales. Dos son demasiados, en mi opinión. ¿Tan poco valor tiene para vosotros la vida de vuestros hombres? —Abarcó con un gesto al grupo y algunos de los trabajadores, que estaban siguiendo la discusión, gruñeron indignados.

Jo respiró hondo. Kröger estaba echando sal a propósito en heridas abiertas. El trabajo en el puerto siempre era peligroso, y sí: un mantenimiento defectuoso implicaba un peligro adicional. Los hombres se quejaban a menudo de deficiencias en la seguridad. Jo quería tanto como los demás que nadie sufriera daños, pero ¿qué demonios podía hacer él? Así eran las cosas. A fin de cuentas, el almacén no era suyo, él tenía las manos atadas.

Mientras tanto Kröger seguía hablando sin cesar.

—Solo hubo más accidentes por caídas. Y si controlarais mejor lo que beben vuestros hombres en el trabajo, también se podrían evitar. Pero como he podido ver en tu despacho, creo que a ti también te gusta empinar el codo. —Esbozó una sonrisa maliciosa. Después se volvió bruscamente—. El trabajo se suspende hasta que se subsanen las deficiencias que se especifican —anunció. Y dirigiéndose a Jo añadió—: Te conozco, Bolten, sé que te gusta pasar por alto las normas, y por eso he venido acompañado. Ellos se encargarán de que se cumplan mis órdenes.

Solo entonces Jo reparó en un grupito de hombres vestidos con ropa oscura que se hallaban a cierta distancia y los miraban expectantes. Todos eran altos y daban la impresión de que hablarían más con los puños que con las palabras. No se lo podía creer, nunca había visto algo así.

—¡Eso no está permitido! —espetó.

—¿Ah, no? Que no suceda a menudo no significa que no lo podamos hacer —adujo Kröger.

Jo apretó de tal modo la mandíbula que le rechinaron los dientes. Pero no podía hacer nada. Miró a los funcionarios con furia.

—Esto no quedará así, rata asquerosa —masculló.

—¿Cómo dices? —preguntó Kröger risueño—. ¿Has dicho algo?

—He dicho que deberías pensar bien con quién te metes.

Kröger ladeó la cabeza.

—¿Es una amenaza? —inquirió con suavidad, pero sus ojos echaban chispas.

—Tómatelo como quieras. Yo solo digo que a mi jefe no le hará gracia perder un montón de dinero por tu culpa.

Kröger resopló.

—En ese caso dile a tu jefe que, si no quiere parones, compre una araña de luz menos para su puñetero palacio y contrate a alguien que se encargue debidamente del mantenimiento.

Dicho eso, dejó a Jo plantado y se fue, y él lo siguió con la mirada, sin dar crédito. La mayoría de los hombres que tenía a su alrededor asintieron en señal de aprobación. Jo sabía que estaban de parte de Kröger, y lo entendía. Cielo santo, él tampoco quería que muriera nadie porque la grúa no funcionara; pero ¿qué se creían? Él no podía hacer magia.

Se volvió furioso y echó a andar hacia su despacho. Una vez allí, cerró de un portazo.

—¡Mierda! —Jo tiró la gorra al suelo y le entraron ganas de pisotearla. Era domingo, maldita fuera. Entre semana, Oolkert solía estar en la factoría, pero el fin de semana se quedaba en Harvestehude, en su condenado palacio.

Jo hizo un gesto negativo. Había llegado el momento de pasar a la acción. Kröger los boicoteaba siempre que podía. ¡Era ridículo! Quería perjudicarlos, le deparaba un placer pérfido hacerle la vida difícil, pero Jo no estaba dispuesto a aguantarlo más. Como todos los funcionarios de inspección del puerto, Kröger antes había sido capitán de barco. Conocía el oficio. Pero eso no significaba que pudiese hacer lo que quisiera. Si no querían contar con más dolorosas pérdidas, había que quitarlo de en medio.

Hablaría con Oolkert, él tenía medios y maneras. Cuando Jo le expusiera claramente lo que costaría la suspensión de ese día, su jefe se subiría por las paredes, pero quizá comprendiera de una vez que era mejor ocuparse de que las condiciones laborales fuesen más seguras. En cualquier caso, lo convencería de que hiciera valer sus contactos y consiguiera que trasladaran a Kröger. Quizá incluso lo pudieran jubilar antes de tiempo, con una pequeña indemnización no debería ser un problema. Aunque Jo tragaría hiel al saber que gracias a él ese cerdo se hacía rico, al menos se lo quitaría de encima.

Dos semanas después empezaba a amanecer cuando Jo despertó. Como cada noche, se había bebido dos cervezas justo antes de meterse en la cama para que la vejiga lo despertase y se levantara pronto por la mañana. Le gustaba ir temprano a los galpones, así después del trabajo podía pasarse a ver a su familia. Ese día se alegraba de haberse despertado, ya que seguía sintiendo la presión de las dos manitas que se aferraban a sus brazos en sueños. Pestañeó y miró por la ventana. Sobre los tejados aún se hallaba suspendida la media luna, pero ya desvaída y vidriosa. Debían de ser entre las cuatro y las cinco de la madrugada. Jo bostezó y se alborotó el pelo. A su lado la colcha se dejó oír y Greta asomó la cabeza.

—¿Ya es hora? —musitó adormilada.

—Sí. —Jo se levantó y fue, desnudo como estaba, al orinal. Se alivió profusamente mientras bostezaba de nuevo.

Se oyó el canto de un gallo, otro contestó y poco después se puso a ladrar un perro. En las calles ya reinaba una viva actividad, Jo oyó cascos de caballo y voces. Cerca del puerto nadie

dormía mucho.

—Tienes la vejiga de un caballo, ¿cuánto bebiste ayer? —preguntó Greta sin abrir los ojos. Por la mañana siempre estaba de mal humor.

Jo no se dignó responder. Aún tenía los ojos hinchados y un sabor amargo en la boca que pronto se quitaría con un poco de cerveza. Se arrodilló ante el pequeño hogar para atizar el fuego.

—Tú también tienes que irte —ordenó, ya que la respiración de Greta le dijo que se había vuelto a quedar dormida.

Ella gruñó enfadada.

Jo había apartado la colcha al levantarse, y la visión de su redondo trasero desnudo lo llevó de vuelta a la cama.

—Pero también puedes quedarte, si quieres —dijo, y se le echó encima. Ella lanzó un grito de sorpresa e intentó quitárselo sacudiendo las piernas, pero él le inmovilizó los brazos y la aplastó contra la cama con su peso—. Aún tenemos unos minutos —comentó, y la besó.

Primero ella se resistió, pero al cabo de unos segundos se dio por vencida, abrió la boca y sus lenguas se encontraron. Jo notó que ella se movía bajo su cuerpo y doblaba las piernas para que pudiera penetrarla más fácilmente.

En ese momento aporrearon la puerta.

—Bolten. ¡Eh, Bolten!

Jo volvió la cabeza. Durante un instante Greta se asustó y le clavó los dedos de tal modo en la espalda que a él le recorrió un escalofrío.

—¿Quién es? —susurró.

—Ni idea —repuso él. Se levantó soltando una imprecación—. ¡Un momento! —vociferó y esperó unos segundos hasta que pudo tenerse más o menos derecho. Después se puso el pantalón —. Mierda —refunfuñó mientras iba a la puerta—. ¿Qué? —exclamó enfadado mientras abría bruscamente.

Al otro lado el hombre se asustó un tanto. Era Jurte, su capataz. Estaba blanco.

—Jo, tienes que venir ahora mismo. Ha pasado algo —informó.

—Di, ¿qué ha pasado? —inquirió Jo perplejo.

Jurte se rascó bajo la gorra. Parecía nervioso.

—No sé muy bien cómo decirlo. Han... encontrado a Kröger. En el galpón. Está muerto.

Jo clavó la vista en él. Las palabras resonaban en su cabeza, pero no las entendía.

—¿Qué? —graznó.

Jurte asintió con aire sombrío.

—Ya ha ido la policía, muchos agentes. También querían venir a verte. Algunos hombres han declarado que lo amenazaste... Ya sabes, no hace mucho, cuando discutisteis. Yo me he escabullido, pensé que sería mejor que lo supieras por mí.

Jo abrió la boca, pero antes de que pudiera decir nada Jurte continuó hablando.

—Pero eso no es lo peor —aseguró moviendo los ojos con inquietud. Dio un paso atrás—. No te vuelvas loco, ¿vale? Charlie... Todo apunta a que los dos se pelearon. Charlie estaba inconsciente, es probable que se liaran a golpes y después..., en fin.

Jo profirió un grito ahogado, horrorizado. Se mareó ligeramente y apoyó las manos en los muslos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Jurte preocupado, y Jo solo pudo asentir.

—No puede ser —masculló con incredulidad. La cabeza le daba vueltas. Se pellizcó el entrecejo todo lo fuerte que pudo—. Voy ahora mismo.

Entró deprisa en casa, cogió la camisa y la chaqueta y salió de nuevo.

—Echa la llave cuando te vayas —dijo a Greta. Jo desoyó sus protestas airadas y sus preguntas, y tiró de la puerta, que dejó escapar un crujido.

—¡Charles! —Jo metió las manos entre los barrotes de la celda, pero al parecer Charlie no era capaz de levantarse. Estaba allí tendido, despatarrado sobre un jergón. Resollaba, de sus pulmones salía un silbido angustioso cada vez que respiraba. Se hallaba en un estado lamentable, con el rostro lívido e hinchado y la barba llena de costras de sangre. Cuando regaló a Jo desde el catre una débil sonrisa, a la vista quedó una mella reciente en la dentadura.

—Hola, Jo. Perdona que no me levante, pero hoy no me siento muy... —Tosió y resolló, y Jo creyó oír directamente el agua en sus pulmones.

—¿Se puede saber qué has hecho? —preguntó en voz baja—. Charlie, háblame. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. —Su amigo cerró un momento los ojos—. Yo solo sé que, cuando desperté, me habían cogido.

Jo cabeceó con furia. Dirigió una mirada escrutadora a su alrededor antes de hablar:

—Acabo de estar en el puerto y después he ido a ver a mi jefe. No te lo vas a creer: Oolkert encargó a Roy que liquidase a Kröger. Qué puñetera casualidad que escogiera precisamente al hombre que daría cualquier cosa por acabar contigo.

—Bien podría ser, sí —convino Charlie, a todas luces demasiado débil para enfurecerse—. Si te soy sincero, no me extrañaría nada. Roy es famoso por prestarse a esa clase de chanchullos, pero, ¡eh!, que sigo vivo, ¿no?

Jo hizo un movimiento afirmativo con la cabeza. Era verdad, aunque muy vivo no parecía.

—Aquí hace un frío que pela, estás enfermo. ¿Te ha visto un médico?

Charles le restó importancia con un gesto.

—Vamos, solo es un resfriado de nada. Y probablemente mis costillas se hayan llevado algún golpe. Por eso respiro un poco... —Tosió de nuevo, jadeando. Después se colocó de lado y escupió en el suelo. Jo vio horrorizado la pequeña mancha de saliva: estaba llena de sangre—. No pongas esa cara, solo es del diente —afirmó Charlie, pero Jo no lo creyó.

—Te sacaré de aquí en cuanto pueda —prometió en voz baja.

Agotado, Charles cerró los ojos.

—No sé cómo lo vas a hacer. Dicen que me voy a pasar una temporadita a la sombra. —Durante un momento se hizo el silencio—. Jo, como me lo endosen a mí, me... —susurró Charles.

—No te lo endosarán, de eso me encargo yo. Charles, te lo prometo. —Jo estaba tan enfadado que no sabía qué hacer. Le habría gustado darle un puñetazo a la pared.

—La visita ha terminado. —Un guardia gordo se acercó con parsimonia, haciendo girar un aro de hierro con llaves en un dedo.

—Pero si solo llevo dos minutos —bufó Jo.

—Uno recibe en función de lo que paga —respondió el hombre con una sonrisa sarcástica. Solo había dejado pasar a Jo después de que lo sobornara con una suma astronómica.

—Pero si le he dado casi todo lo que gano en una semana, pedazo de...

—¡Cuidado! —advirtió el funcionario con tono cortante, y Jo cerró la boca—. Estoy corriendo un gran riesgo. Ese hombre es sospechoso de asesinato. De hecho, es el único sospechoso que se encontró en el mismo lugar de los hechos. —El hombre sonrió con picardía —. A decir verdad, no lo puede ver nadie.

—Usted me ha dicho que tenía quince minutos.

—Ya, pero eso es para los de aquí —afirmó el otro con fingido asombro—. A los irlandeses solo les toca la mitad, ¿no lo he mencionado?

Jo lo escudriñó en silencio y fantaseó con estamparle un puñetazo en la cara. Por lo visto, el hombre sabía exactamente lo que estaba pensando porque su sonrisa se volvió más ancha aún.

—Tenéis dos minutos —concedió—. Y solo porque hoy estoy de buen humor. —Después dio media vuelta y se alejó.

—Malnacido. —Jo temblaba de ira.

—No hagas caso, conténtate con que te haya dejado entrar —oyó decir con un hilo de voz en la oscura celda.

—¿Desde cuándo eres tan pacífico? —espetó Jo—. Si estuvieses aquí fuera le habrías dado una buena patada en el culo hace ya rato.

—Pero no estoy ahí. —Charlie sonrió, y al hacerlo el ojo izquierdo se le cerró por completo —. Y tú ya tienes bastantes problemas.

—Ya lo creo —farfulló Jo—. Voy a ir directamente a Harvestehude otra vez. Hablaré con Oolkert. No te preocupes, no pararé hasta que haga algo por ti.

—No te metas en líos, Jo. No lo hagas por mí —pidió Charle, sin fuerzas.

—¿Se puede saber qué quieres decirme ahora con eso? ¿Eh? —Jo estaba tan enfadado que sacudió los barrotes. Daba la impresión de que Charlie ya se había rendido—. ¿Que no lo vales? ¿Que no te merece la pena? ¿Que de todas formas no estarás aquí mucho tiempo? Pues deja que te diga una cosa, Charles Quinn: haré lo que tenga que hacer para sacarte de aquí. Y tú lo sabrás apreciar, maldita sea, y después te tomarás la vida más en serio. ¡¿Entendido?! —Ahora gritaba.

Tras el incidente del opio habían hablado unas cuantas veces, pero Charles se había cerrado en banda, había jurado que solo lo había hecho una vez y que cambiaría de vida. Aunque Jo no lo creyó, era cierto que durante un tiempo dio la impresión de que Charlie mejoraba, pero lo que oía ahora lo hacía dudar de si su amigo lo había dejado de verdad.

Charlie no dijo nada. Tenía el rostro tan hinchado que por sus gestos Jo no supo si lo había oído.

—Vale, vale, jefe —musitó al fin, y Jo asintió.

—Bien. En ese caso ya me voy. Y tú ocúpate de ponerte bien. Si te traen algo de comer, haz el favor de comértelo. Si viene un médico, deja que te vea. Y si te da algún medicamento, tómatelo, ¿entendido?

Sin decir nada, Charlie se llevó dos dedos a una gorra imaginaria. Después dejó caer la cabeza en el jergón, exhausto.

Jo dio media vuelta y salió con los puños apretados.

4

Lily bebió un sorbo de limonada con bayas de saúco y se miró, aburrida, los zapatos. Por fuera de la ventana del palacio de Oolkert pasaron unas abejas indolentes. La espalda le dolía de permanecer tanto tiempo sentada recta, y debido a la pesada comida la había invadido un cansancio plúmbeo. Ansiaba poder salir, ir al jardín en flor, subir a la loma que se alzaba tras la casa. Incluso desde donde estaba veía cómo se mecían los numerosos rosales, cuyo perfume dulzón y denso flotaba en el aire. Amenazaba tormenta y la comida, que en un principio se iba a celebrar en la veranda, se había trasladado al interior. Con lo cálido que había empezado el día, se preguntaba de dónde había salido aquel frío. Cuando se dirigían a Harvestehude sudaban de tal forma en el carruaje que se habían visto obligados a abrir las ventanillas, pero allí, en ese salón enorme con columnas de mármol, de pronto estaba helada. Sentía que su presencia era superflua.

A su lado, su madre y Eva Oolkert se hallaban enfrascadas en una conversación sobre el próximo baile de otoño, Ludwig Oolkert y su padre hablaban de un terremoto que se había producido en Carolina del Sur y había arrasado una ciudad, y Roswita solo tenía ojos para Franz. Ambos se hallaban algo apartados y cuchicheaban. Roswita reía una y otra vez y le acariciaba el brazo a Franz con la punta de los dedos. Por su parte, él se esforzaba visiblemente por corresponder a su entusiasmo mientras se mostraba reservado pero no descortés.

Lily sabía que a su hermano no le gustaba la hija de Oolkert, y no lo entendía. Sin ser una belleza, Roswita era encantadora y estaba muy bien educada. Y, dicho fuera de paso, era rica a más no poder. Justo lo que un hombre como Franz querría de una mujer. Le había oído decir a menudo que un matrimonio no tenía que ser romántico, sino que era una unión contractual. Y tampoco había otra mujer. Pero ¿qué sabía Lily? Bien podía ser que su hermano tuviese una amante secreta en alguna parte. No lo conocía, a veces le resultaba muy extraño. Durante todo el camino había estado de morros y no les había dirigido la palabra porque su padre lo había obligado a asistir a esa comida.

Lily suspiró con suavidad y observó el imponente salón. Para estirar un poco las piernas, se puso a contemplar con hastío los cuadros que colgaban en las paredes.

De pronto alguien le tiró de la manga del vestido. Un niño con traje de marinero le dirigió una tímida sonrisa. Debía de tener unos seis años y llevaba una abultada tirita en la mejilla derecha.

—Hola —lo saludó Lily mientras se agachaba y le sonreía a su vez—. Tú debes de ser Hans —dijo, y el pequeño asintió con alegría.

—¿Quieres acompañarme a ver los conejos? —preguntó vergonzoso.

—¡Claro! —respondió Lily, más que contenta por el cambio.

—Ah, Hänschen, conque estás aquí. ¿Te has portado bien? —La señora Oolkert se había levantado y llamaba al menor de sus hijos—. Al pobre Hänschen lo mordió ayer su terrier en la mejilla. Le quedará una cicatriz, claro está. Por eso lo hemos dejado hoy en su habitación, el doctor dice que tiene que descansar. —La señora Oolkert le alborotó cariñosamente los rizos a su hijo.

—Caramba, muchachito, eres todo un héroe —afirmó Sylta, y el pequeño sacó pecho.

En ese momento entró un criado y se detuvo junto a Ludwig Oolkert. Se inclinó y le dijo algo al oído, tras lo cual Oolkert frunció el ceño y se levantó.

—Si me disculpan un momento... —dijo.

Lily ya no lo oía porque Hans la había cogido del brazo con impaciencia y tiraba de ella para que salieran.

—Quiere enseñarme los conejos —aclaró ella risueña.

—Pero solo unos minutos, Hans, ya sabes que no puedes acalorarte —le advirtió su madre.

Lily seguía al niño, que no paraba de hablar, asombrada. El jardín del palacio era increíble: había dos fuentes, una gruta, un campo de deportes, un sinfín de cenadores escondidos donde pensó anhelante que, sin duda, se podía leer sin que nadie molestara, e incluso un laberinto.

Mientras daban de comer a los conejos, Hans salió corriendo de pronto y desapareció en la entrada del laberinto.

—¡Eh! ¡Vuelve! —ordenó Lily, pero solo oyó su risa, cada vez más apagada, entre los setos.

Mientras esperaba a Hans, de repente se oyeron pasos en la gravilla a la vuelta de la esquina. Lily se levantó y se dio contra el hombre que en ese momento doblaba la esquina.

Los dos se quedaron de una pieza.

—¿Lily? ¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Jo sorprendido a más no poder.

—Dar... de comer a los conejos —contestó ella desprevenida por completo. Jo sonrió perplejo —. ¿Y tú? —inquirió Lily a su vez.

Jo la observó un instante con atención y negó ligeramente con la cabeza, como si no se pudiera creer que de verdad la tuviese delante.

—He venido a ver a mi jefe —repuso.

—¿Tu jefe?

Él asintió.

—Esta es su casa, aunque de casa no tiene nada.

—¿Oolkert es tu jefe? —exclamó Lily—. Pero si tú trabajas en el puerto.

—Así es, para él. En sus galpones del muelle. También contrato a los trabajadores para el astillero.

A Lily le sorprendió de tal modo la revelación que durante un momento se quedó sin habla. Contaba con cualquier cosa menos con eso.

Jo contempló el palacio y después a ella con aire pensativo. Lily esperaba con todas sus fuerzas que dijese que quería volver a verla a toda costa; lo mucho que la echaba de menos; cuánto había pensado en ella. Pero lo que dijo fue:

—Se me hace extraño encontrarte aquí. —Se quitó la gorra y miró ensimismado al suelo, daba la impresión de que buscaba las palabras adecuadas—. Es mejor así, ¿no? —planteó al cabo—. Teníamos que ser realistas, no habría salido bien. Tú estás prometida y yo... soy yo. Menos mal que le pusimos fin a tiempo.

Lily se quedó de piedra. Las últimas semanas no había hecho más que esperar y esperar, solo había pensado en él, había estado suspirando por él, confiando cada día en que tendría noticias suyas. Y ahora le salía con esas. No dijo nada, ni siquiera fue capaz de asentir. Le entraron ganas de romper a llorar allí mismo.

Él le cogió una mano.

—Lily... —empezó, y durante un instante ella pensó que Jo por fin diría lo que sentía de verdad. Pero este negó con la cabeza—. Debo irme. Charles... me espera. Que te vaya bien, Lily Karsten. —Tenía el rostro tenso. Retuvo su mano un poco más y después dio media vuelta y se marchó.

Lily quería gritar, pero de su boca no salió ningún sonido. Se quedó allí sin más, con los brazos caídos, siguiéndolo con la mirada. Fue como si alguien acabase de apagar el Sol.

Se sentía el cuerpo como entumecido. Quería volver, decirle lo mucho que la echaba de menos. Pero no podía hacerlo, ya la había puesto en un grave peligro. ¿Cómo podían terminar las cosas entre ellos? ¿Se instalaría Lily con él en el Gängeviertel y se pondría a coser ropa blanca? No, se casaría con su prometido y no tardarían en tener hijos, y él seguiría siendo Jo Bolten, de la Steinstrasse, que se ocuparía de los enredos de Oolkert hasta el final de sus días.

Tenía la sensación de que alguien le había absorbido toda la energía, como si se hubiesen desvanecido todas las esperanzas que ni siquiera sabía que había llegado a abrigar. Rara vez un día soleado parecía tan gris.

De pronto oyó que alguien lo llamaba.

«Lily», pensó. Se volvió con el cuerpo entero tenso.

Pero solo era uno de los criados de la villa, que iba deprisa hacia él. Decepcionado, Jo apretó las manos.

—Bolten. Vuelva a la casa, el señor Oolkert ha olvidado algo importante.

Frunciendo la frente, Jo llamó a la puerta del despacho. Cuando entró, Oolkert estaba asomado a la ventana con las manos unidas a la espalda. Parecía profundamente absorto en sus pensamientos. De repente Jo se dio cuenta de que debía de haberlos visto, a Lily y a él, hablando fuera.

Cogiéndole la mano a Lily.

Se quedó helado.

Oolkert se volvió despacio hacia él.

—Ah, Bolten. Gracias por volver. —Le señaló una silla.

Jo se sentó, sentía la garganta seca.

Oolkert lo miró largamente sin decir nada. Unió las yemas de los dedos y lo escudriñó. Con cada segundo que su penetrante mirada lo escrutaba, Jo tenía cada vez más miedo.

—Justo me disponía a arreglar el embrollo de tu amigo, remediar ese terrible error —afirmó despacio—. Incluso tenía la pluma lista. —Sonrió y Jo notó un hormigueo en la nuca. Cuando Oolkert sonreía, nunca presagiaba nada bueno—. La pequeña Karsten y tú. Os conocéis. Yo diría incluso que muy bien. —Oolkert esbozó una sonrisa indecente y Jo tragó saliva—. Una historia interesante. Me gustaría saber cómo empezó. Circulan algunos rumores sobre ella. Lily, ¿no? Una jovencita fogosa. No hace mucho, sin ir más lejos, Weber me contó en el club que durante una cena pronunció soflamas socialistas y se peleó con su padre. Y luego está el escándalo de la bicicleta. —Oolkert negó con la cabeza—. Me extraña que te guste, claro que, desde luego, fea no es. Sabrás, como es natural, que está prometida con un Von Cappeln, ¿no? Una familia influyente... —Dejó las palabras flotando en la habitación y pasó las manos por el escritorio con expresión meditabunda—. Sería terrible que alguien supiera de vuestra amistad. Dime, ¿cómo la conociste?

—No la conozco —afirmó Jo con frialdad.

Oolkert volvió a negar con la cabeza y chasqueó la lengua para manifestar su disconformidad.

—Muchacho, no empieces a mentirme. Tú y yo siempre hemos confiado el uno en el otro, como debe ser. Eres mi hombre más importante, Jo. Si no puedo confiar en ti, ¿en quién voy a hacerlo?

Seguía hablando igual de tranquila y educadamente que antes, pero Jo percibía la amenaza en cada palabra. Sabía de lo que era capaz ese hombre. Lo conocía desde hacía lo bastante para ser consciente de que si le mentía no llegaría muy lejos.

Exhaló un suspiro apenas audible y sus manos se volvieron puños.

—Hace unas semanas se produjo un accidente. El día del bautizo, cuando ella llegó montando en la bicicleta —contó a regañadientes—. Usted ya se había ido. —Jo resumió todo cuanto había sucedido—. Después fui a la villa de los Karsten, quería que asumieran su responsabilidad, pero me obligaron a firmar una declaración en la que exponían que la culpa del accidente la tenía la propia víctima. —El recuerdo hizo que su rostro se ensombreciera—. Me tropecé en la casa con ella. Desde entonces ayuda a la familia del trabajador que murió; la madre tiene un niño de pecho y no puede trabajar, y los hijos son aún pequeños. Les lleva cosas de vez en cuando.

Oolkert había escuchado en silencio.

—¿Eso es todo? —quiso saber. Jo no dijo nada, y tras mirarlo un rato pensativo Oolkert asintió—. Y me figuro que la familia no sabe nada de esto, ¿me equivoco? No, no creo que

dejaran que su hijita fuera al Gängeviertel con un trabajador del puerto. —Él mismo contestó su pregunta—. Y ahora dime, ¿qué hay entre vosotros dos?

Jo seguía sin decir nada, apretaba la mandíbula de tal forma que le dolía.

—Nada. Lo juro —aseguró al fin.

Oolkert esperó un instante.

—Bien, entiendo que quieras proteger el honor de la pequeña. Es noble, Jo. Tampoco necesito saber lo que pasa entre vosotros. Solo necesito saber si la ves con regularidad. Y si confía en ti.

Jo se acaloró. De pronto tenía la sensación de que le faltaba el aire.

Oolkert vio lo incómodo que se sentía Jo y a sus labios asomó una sonrisilla. Se tiró de la barbita amarilla en actitud reflexiva y de repente dio una palmada, como si hubiese tenido una idea fabulosa.

—Te diré qué: en cuanto me des alguna información provechosa sobre los Karsten, tu amigo será puesto en libertad. Hasta entonces, lo dejaremos donde está.

Jo se quedó sin aliento.

—Pero ¡Charles es inocente! —adujo.

Su jefe asintió.

—Lo sé —repuso impasible mientras se levantaba—. Por eso tendrás que encargarte de sacarlo de ahí cuanto antes. Por lo general a los irlandeses les tienen ojeriza. No vaya a ser que le pase algo allí dentro.

Jo clavó la vista en él. Durante un segundo se le pasó por la cabeza la navaja que siempre llevaba en la bota, pero después la razón se impuso: si acababa en la cárcel, nadie podría ayudar a su madre.

—Necesito información sobre la familia, cualquier cosa. Lo quiero saber todo: qué desayunan, con qué se empolvan el trasero, cualquier cosa. Sonsácala, pégate a ella, por lo que a mí respecta como si finges amarla, me da lo mismo cómo lo hagas. —Oolkert se frotó las manos con fruición—. Ni yo mismo podría haberlo organizado mejor. Será pan comido, a las mujeres les encanta hablar. Quiero conocer sus secretos, los capítulos oscuros del álbum familiar, los asuntos turbios, las tías dementes, los trapos sucios. Seguro que encuentras algo. —Sin duda vio lo horrorizado que estaba Jo—. Pero, hombre, no pongas esa cara. Si te sirve de algo, te prometo que a la pequeña no le pasará nada. No le pasará nada a nadie.

—¿Igual que a Kröger? —inquirió Jo, y Oolkert le restó importancia enojado.

—Esa pequeña sabandija no se merecía otra cosa. No nos lo habríamos quitado nunca de encima, de ese modo fue más rápido y limpio. Pero esto es otra cosa: solo quiero información.

—¿Por qué? —quiso saber Jo—. ¿Por qué quiere perjudicarlos?

Oolkert se echó a reír.

—Vaya, creo que no me has entendido, Jo. Creo que no has entendido nada. No quiero perjudicar a la familia Karsten. —Sonrió de oreja a oreja y a Jo le recorrió un escalofrío—. Al

contrario, quiero que les vaya bien, que prosperen, que disfruten de todo el éxito y la felicidad posibles —aseguró.

Jo lo miró con recelo. Tenía la sensación de que a esa última frase le faltaba una parte decisiva, pero no se atrevió a formular más preguntas.

Sentado en el carruaje, Franz miraba por la ventanilla en silencio. Todavía tenía en la nariz el perfume de Roswita. ¿Por qué las mujeres olían siempre como si se hubiesen bañado en agua de colonia? Con ella tampoco había podido ocultar su aliento agrio. No se casaría con esa mujer, se negaba en rotundo. Al fin y al cabo, no era como si gracias a esa unión con los Oolkert su familia fuese a recibir una fortuna. Cielo santo, ¡si la suya era la segunda compañía naviera más grande de la ciudad!

Ni siquiera él mismo sabía por qué Roswita le producía un rechazo tan visceral. Posiblemente porque representaba a todas las mujeres, a las que no deseaba.

No era que el cuerpo de la mujer le repugnase en general, un trasero bonito o un corsé bien prieto podían hacerlo reaccionar, sin duda alguna. Siempre preferiría a un hombre, pero también se le podía endurecer con una mujer. Lo que sucedía era que le aburrían hasta la saciedad. No podía hacer nada con ellas, esas pavitontas flojas con aquella voz aguda. Siempre había que estar pendiente de que no se debilitaran o se fatigaran en exceso, de seducirlas como era debido, de que no estuviesen histéricas o anémicas. Nunca podría enamorarse de una mujer. ¿Cómo iba a aguantar todos los días a una mujer, tenderse a su lado en la cama, hablar con ella de su sinfín de pequeñas dolencias, convenirlo todo y tener hijos con ella? La idea hacía que se le formara un nudo en la garganta.

Su rechazo se había desarrollado poco a poco. Antes solía ir al burdel con Ernst y Hermann después del club. A cierta edad, en sus círculos era directamente obligatorio desfogarse. Y, como era natural, también en el matrimonio. En casa se tenía a la esposa elegante de la mejor familia, pero para las necesidades que esta no entendía o no quería satisfacer había otros medios. Todo el mundo lo sabía y lo aceptaba, incluidas las mujeres. Lo único que no estaba permitido era hablar de ello. Se había divertido de lo lindo, le gustaba cuando las mujeres lo tocaban, pero siempre había algo que le parecía falso, siempre un poco distinto de lo que debería ser.

Por supuesto que muy en su interior ya lo sabía, había sentido las primeras señales a la tierna edad de ocho años, pero nunca lo había admitido, ni siquiera había podido pensar en ello; tan solo a veces, de adolescente, se había percatado de que su cuerpo hacía cosas que no debería. Pero tenía tanto miedo que había evitado sopesar esa posibilidad. Al final, sin embargo, llegó el día en que no pudo seguir negándolo, ni siquiera a sí mismo.

Mientras que a los demás les gustaba ir antes a beber al bar con las muchachas para animarse, disfrutaban viendo cómo engatusaban a los hombres y se peleaban por ellos, él siempre quería ir a la habitación cuanto antes. ¿Qué sacaba él de toda esa palabrería? Si las mujeres apenas eran

soportables sobrias, cuando bebían le resultaban repulsivas, las volvía más bobas aún, más sentimentales. Él quería que cerraran el pico y se desvistieran. Y la primera vez que cerró los ojos y pensó en un hombre mientras una de las rameras más caras de Hamburgo se le subía encima, supo cuál era su problema.

Ese día no llegó al clímax, y la siguiente visita tampoco. Pero no podía arriesgarse, las rameras hablaban, como todas las mujeres, uno no podía confiar en que no fuesen a contar su fracaso. Como era natural, nadie salvo él sabía cuál era la causa, pero un rumor sobre esa clase de insuficiencia nunca era bueno. Al final acabó claudicando sin más, dejó vagar sus pensamientos. Después se volvió más fácil.

Pero todo lo demás, más difícil.

A partir de ese momento sus pensamientos encontraban cada día nuevos caminos prohibidos, y con ellos fue creciendo poco a poco su odio a las mujeres. Eran el reflejo de que él era distinto, le hacían ver a diario lo que debería ser y no era.

Y eso no se lo podía perdonar.

5

Lily dejó la bolsa con comida en la mesa de Alma.

—¿Alguien ha pedido bollitos de hojaldre recién hechos? —preguntó, y Hein y Marie se abalanzaron hacia ella como si hubiese llegado con los regalos de Navidad. Fueron sacando las exquisiteces con los ojos brillantes.

—Lily, te he dicho que no traigas siempre tantas cosas. —Alma Herder se secó las manos en un paño de cocina y, picada por la curiosidad, se acercó mientras los niños vaciaban la bolsa—. ¿Y si alguien se da cuenta? Te acabarás metiendo en un lío.

Lily vio que Alma se debatía entre la alegría y el orgullo herido. Sabía que a la viuda no le resultaba fácil aceptar las cosas, pero no tenía elección. Para los niños, la bolsa con comida semanal que Lily solía llevarles los domingos, cuando pretextaba ir a dar un paseo para leer su libro junto al río, constituía un añadido importante a las escasas comidas que ella podía poner en la mesa. Para entonces Lily también había llevado a la casa de los Herder muchas de las cosas que Michel desechaba. Su casa de muñecas estaba en un rincón y Hein estaba como loco con el tren antiguo, que movía por el suelo durante horas.

De pronto Alma empezó a toser y se dobló sobre sí misma. Lily retrocedió deprisa. Siempre ponía buen cuidado en no acercarse demasiado a Alma y buscaba con atención indicios de que los niños se hubiesen contagiado. Hasta el momento, sin embargo, le parecía que, por suerte, no podían estar más sanos. A Alma, en cambio, la veía un poco peor cada vez que iba. Ese día se dejó caer pesadamente en una silla.

Lily se acercó al barril del rincón y le ofreció un vaso de agua. Escudriñó su rostro con gran preocupación: parecía enervada y exhausta, tenía el pelo lacio y la tez gris. Y cada vez estaba más delgada. Lily sospechaba que les daba toda la comida a los niños. Cogió la bolsa, sacó asado y pan moreno y le partió una rebanada a Alma.

—Tienes que comer algo. —Alma iba a rehusar, pero Lily se mantuvo firme—. ¿De qué les servirá a los niños si te desmayas de debilidad? —planteó con severidad, y Alma cogió el pan de mala gana.

Mientras ella comía, Lily echó un vistazo al lugar. No podía acostumbrarse a la estrechez de la habitación. El inquilino aún dormía allí, pero Lily no lo había visto nunca, trabajaba de día y solo iba al piso por la noche. Alma ya le había contado a Lily varias veces que el hombre se quejaba porque el niño lloraba por la noche. En esas ocasiones ella solía salir al pasillo con él y lo amamantaba en la escalera. Pero las noches ya empezaban a ser más frescas y en invierno

hacer tal cosa no era posible. Además, Alma se dedicaba a coser en el piso durante el día y de vez en cuando cuidaba de los hijos de los vecinos a cambio de unas monedas.

Ese domingo Lily tenía más tiempo que de costumbre, sus padres habían ido a visitar a unos conocidos y volverían por la tarde. Alma tenía que hacer la colada y Lily se ofreció a quedarse con los niños. Eso era algo que Alma solía dejarle hacer, pero por lo demás no permitía que moviera un dedo en la casa. Lily se alegró para sus adentros, ya que no tenía ni idea de cómo se hacía la colada.

Se sentó con Hein y Marie a la mesa y se puso a leerles cuentos mientras mecía al pequeño en las rodillas. Como la ropa hervía en las cacerolas, en la pequeña habitación no tardó en hacer un calor tan sofocante que Lily se veía obligada a pasarse un pañuelo por la frente una y otra vez.

De pronto llamaron a la puerta. Cuando Jo entró, Lily creyó que se le pararía el corazón. Él también frenó en seco, perplejo, y la miró extrañado un instante.

—Lily —la saludó con voz queda. Después se volvió hacia los niños, que ya se le estaban echando encima, como locos de contentos. Sostuvo una bolsa en alto con una sonrisilla—. He traído queso. Y puede que también chocolate —anunció.

Hein y Marie gritaron entusiasmados.

—A ver, vosotros dos... —Alma se puso en jarras. Quería parecer severa, pero Lily vio que pugnaba por controlar la emoción—. Les dais a estos niños las únicas alegrías que tienen en la vida.

—Vamos, pero si no es más que un poco de queso. —Jo trató de restarle importancia y, sonriendo tímidamente, le tendió la bolsa a Hein. Después miró a Lily.

Esta se apartó deprisa el cabello del rostro. Notó que se ruborizaba y no sabía adónde mirar.

—¿Qué tal estás, Lily? —preguntó Jo con voz bronca mientras daba un paso hacia ella.

—Bien. Estupendamente —se apresuró a decir sin mirarlo. Seguía balanceando al niño en las rodillas—. ¿Y tú? Tiene gracia que coincidamos por segunda vez.

—¿Qué estás escribiendo ahora? —quiso saber él, sin responder a su pregunta. Ella lo miró.

—Bueno, ahora mismo no gran cosa —contestó Lily, eludiendo la pregunta.

—¿Por qué no? —inquirió Jo con el ceño fruncido.

—Tengo mucho que hacer.

Alma era testigo de la formal conversación.

—Lily, Jo, ¿podríais hacerme el favor de ir al patio a jugar un poco con los niños? —pidió de pronto—. Me sería de gran ayuda, aquí dentro hace mucho calor.

Ambos se quedaron de piedra un instante.

—Claro. —Lily se aclaró la garganta—. Sin problema.

—Desde luego. —También Jo asintió despacio.

Todavía no era capaz de mirarlo a los ojos.

Bajaron juntos. Ya en el patio, Hein y Marie se reunieron casi de inmediato con los hijos de los vecinos y dejaron solos a Jo y Lily.

Ella se sentó en un banquito y Jo, a su lado, en la escalera. No sabía qué decir. El dilema en el que lo había puesto la petición de Oolkert lo estaba consumiendo, sentía latir con fuerza la vena del cuello. Se pasó las manos por la cara con nerviosismo. ¿Cómo iba a volver a acercarse a ella para después traicionarla? ¿Cómo recuperaría su confianza? Mentir no se le daba bien, no se le ocurría ningún pretexto para llevarla al huerto. Lo único que quería era estar sentado a su lado, oír su voz, mirarla. ¿Cómo había podido superar las últimas semanas sin ella? Ahora que volvía a tenerla cerca era incapaz de imaginar que la abandonaba de nuevo. «Dios mío, ¿qué puedo hacer?», pensó. Y como no lo sabía, no dijo nada.

Lily parecía tensa, se pasaba una y otra vez la mano por el pelo. Él veía su rostro de perfil. Era preciosa, estaba un poco sudada, tenía el cabello algo alborotado. Le habría gustado estrecharla entre sus brazos. Quería enterrar la nariz en su nuca, aspirar su olor, quedarse sentado a su lado y no tener que levantarse nunca. Debería contarle que no era ninguna casualidad que se hubiese presentado allí ese día. Jo sabía perfectamente que los domingos Lily solía ir a ver a Alma, había esperado todas las semanas en la esquina de la calle solo para verla salir de la casa, solo para verla un instante. Y para asegurarse de que llegaba a su destino sana y salva. Se imaginaba que volvería allí incluso sin él, pero se quedó de piedra cuando la vio la primera vez. Con el pañuelo en la cabeza y la mirada baja, recorría las calles a buen paso, como si no hubiera hecho otra cosa en su vida. Había aprendido a hacerlo, aunque pese a todo seguía siendo muy peligroso.

Además, le había preguntado con frecuencia a Alma por ella de la forma lo más discreta posible. Su amiga, cómo no, se había dado cuenta de lo que pretendía y le había proporcionado información, solícita, con una sonrisa cómplice.

—Hay cosas que no deben ser, así de sencillo —afirmó sin embargo una vez, sonriendo compasiva.

Jo agradecía la discreción. Y es que durante el tiempo que no habían tenido contacto había sucedido justo lo que él más temía:

Se había enamorado perdidamente de Lily.

«Qué raro que me diera cuenta solo cuando ella ya no estaba», pensó ahora, mientras la miraba. Sintió el deseo cada vez más acuciante de contárselo todo. Quería confesarle lo que sentía por ella y, sobre todo, lo que tenía que hacer para ayudar a Charlie, pero en lugar de eso dijo como de pasada:

—Y ¿cómo te ha ido?

Lily se volvió hacia él, la cara tensa.

—Bien, ya te lo he dicho. ¿Y tú? —respondió con sequedad. Estaba enfadada con él. Jo lo percibió en su voz de inmediato, lo vio en sus ojos. Y lo entendía perfectamente, tenía todo el derecho del mundo a estarlo. Pero antes de que pudiera decir nada, su mirada de repente se

suavizó—. ¿Cómo están tu madre y los demás? Y tú, ¿cómo te las arreglas desde... que Karl murió?

Como siempre que alguien mencionaba a su hermano, Jo sintió un dolor agudo en el pecho y tuvo que hacer un esfuerzo para dominarse. Esbozó una sonrisa forzada y notó que las mejillas se crispaban.

—Solo intento seguir adelante, que es lo que intentamos hacer todos. Pero es difícil, sobre todo para mi madre —contestó mirándose los zapatos.

Lily asintió.

—Ni me imagino cómo os sentiréis. He pensado todos los días en vosotros... —Se interrumpió y se puso roja—. Lo que quiero decir es que si le pasara a Michel... —balbució. Lo miró asustada.

—¿Michel? —Jo arrugó la frente—. ¿Quién es?

Lily frunció la boca un instante, sin saber qué hacer, pero después negó con la cabeza.

—No sé por qué no te lo he contado nunca, pero nos hemos acostumbrado de tal modo a ocultarlo que tengo cuidado incluso con personas en las que confío. —Sonrió—. Tengo otro hermano, Michel. Tiene seis años y... sufre una enfermedad.

Jo la miró sorprendido. Supuso que se trataba del niño al que había visto en su día en la villa, pero nunca había mencionado el encuentro y tampoco le había preguntado por él.

—Se lo ocultamos al mundo. Cuando era pequeño resultaba más fácil porque por aquel entonces no se le notaba tanto, pero con los años los síntomas han ido empeorando. —Calló y su mirada se volvió pensativa—. Vive con nosotros, en casa, pero ni siquiera Henry sabe toda la verdad. Él cree que está en una institución. Mi familia teme que no se quiera casar conmigo si lo ve. Es una enfermedad hereditaria.

Jo había estado escuchando en silencio. Le causaba un extraño dolor enterarse de que no había confiado en él tanto como para hablarle de su hermano. Especialmente después de todo lo que habían vivido con Karl.

Carraspeó.

—Para serte sincero, lo vi. La primera vez que estuve en la villa —contó—. Estaba jugando en el pasillo con un tren.

Lily lo miró horrorizada.

—¿Cómo? —preguntó con aspereza—. Pero ¿por qué no has dicho nada nunca?

Jo se encogió de hombros.

—No creí que fuese importante —repuso. Era la verdad, no había vuelto a pensar en el niño. En su mundo había muchas enfermedades, a uno le producían extrañeza un momento y después seguía ocupándose de sus asuntos. Por más que quisiera, no podía entender por qué había que hacer de algo así un secreto—. Y tampoco sabía que era tu hermano. Aunque se me podría haber ocurrido: tiene tu pelo. —Jo sonrió—. Y ¿cómo exactamente se manifiesta su enfermedad?

Lily la describió y a su boca asomó una sonrisa afectuosa mientras le hablaba de Michel.

—Por eso te sabes todos esos cuentos que les cuentas a Hein y Marie —soltó de pronto, y ella lo confirmó con un gesto.

Se miraron un instante. De repente Jo percibió con más nitidez todo cuanto lo rodeaba. Como si alguien hubiese hecho girar el mundo y ahora este fuese más sonoro y colorido. Un perro ladró, por el cielo estival pasaban golondrinas, sentía la brisa en la piel. Y los ojos de Lily eran tan azules que le habría gustado ahogarse en ellos.

—¿Te apetece dar un paseo más tarde? —preguntó él de golpe y porrazo.

Sabía que esa pregunta era un error, pero tenía que pensar en Charlie. Además, habría hecho cualquier cosa por permanecer un poco más a su lado.

Lo que fuera.

Durante un segundo Lily lo miró con cara de susto.

—Pero si querías... —empezó, y dejó la frase a medias.

—Lo sé —se limitó a responder él.

Como Jo no decía más, Lily se miró las manos cohibida. Hein y Marie los salvaron cuando fueron corriendo con ellos para que jugasen al escondite.

—¿Y si jugamos primero al pillapilla? —propuso Jo. Y se levantó de un salto y, rugiendo como un toro enfurecido, bajó la cabeza y fue hacia los niños, que chocaron entre sí mientras reían entusiasmados. Lily se quedó sentada, mirándolos risueña, pero cuando Jo cogió a los dos niños de pronto exclamó—: ¡Ahora a Lily! ¡A por ella! —Y los tres echaron a correr hacia donde estaba.

Se levantó asustada y salió corriendo entre risas, pero Jo no tardó ni dos segundos en atraparla. La cogió con firmeza y la estrechó contra sí mientras los niños pegaban saltos a su alrededor, gritando victoriosos. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no besarla. La retuvo un instante y sintió la fuerza con que se atraían sus cuerpos, como una ola cálida que los recorría. Pero al ver la mirada insegura de Lily, la soltó. Carraspeó cohibido y ella miró a todas partes menos a sus ojos. Tenía las mejillas encendidas.

Después, ambos se cuidaron muy mucho de no volver a acercarse demasiado.

Más tarde fueron a caminar juntos a orillas del agua. Por decir algo inofensivo y, como no le podía hablar de Charlie, Jo empezó a hablar del trabajo. De la insatisfacción de los trabajadores, que era cada vez mayor. Después quiso parar, se dijo que era un necio por abordar unos temas tan aburridos, pero cambió de opinión. Lily no era como la mayoría de las mujeres que conocía. A ella le interesaba lo que él tenía que decir. Eso era lo que siempre le había gustado más, que a Lily le podía hablar de verdad.

—Y ¿por qué no hacéis algo? ¿No os podéis declarar en huelga o exigir mejores salarios? —inquirió ella con gravedad.

—Porque las condenadas leyes antisocialistas de Bismarck lo prohíben —contestó Jo furioso.

—Es verdad, no se puede porque en Hamburgo se ha declarado el estado de sitio, ¿verdad?

Jo la miró un instante con cara de aprobación.

—En efecto. Hace unos años, cuando se produjo el segundo atentado, el emperador resultó herido de gravedad y acusó a los socialdemócratas. Bismarck, ese perro, se aprovechó de la histeria para disolver el Reichstag a la velocidad del rayo. Después arremetió contra los socialistas porque, a su juicio, «habían influido espiritualmente» en el autor del atentado. —Jo resopló con desdén—. Es un mentiroso, nada de eso es cierto, y lo sabe. Los llama «enemigos peligrosos para el imperio». ¿Te lo puedes creer? Si uno quiere luchar para mejorar las condiciones de la vida y el trabajo, es un enemigo del imperio. Desde entonces esas leyes se prorrogan una y otra vez, ni al partido socialista obrero ni tampoco a organizaciones afines a él les está permitido reunirse, publicar ni formar sindicatos. Todo salvo los parlamentos de los estados y el Reichstag está prohibido. Muchos ya se han ido al extranjero, quedarse aquí es peligroso. Si opones resistencia, amenazan con multas o te meten directamente en chirona. El estado de sitio hace que resulte fácil expulsar de la ciudad a personas que se resisten o que son socialdemócratas activas, y entonces uno queda relegado, se queda sin su país natal, sin su derecho de residencia. A Liebknecht lo han...

—¡Lo sé! —Lily se detuvo agitada—. Nuestro salón también tiene problemas por eso. A mis amigas no se les permite manifestarse en público por los derechos de las mujeres, ni reunirse ni repartir panfletos. No hace mucho incluso arrestaron a Isabel y Martha. Y en la comisaría las trataron espantosamente mal.

Jo asintió con una sonrisilla.

—Cierto, eso también —repuso.

—¿Por qué lo dices con retintín? —El rostro de Lily se ensombreció.

—¿Con retintín?

—Como si no fuese importante.

—No es verdad.

También echaba de menos eso, pelearse con ella. Debido a lo mucho que disfrutaba su compañía casi olvidó el verdadero motivo por el que estaba allí. El recuerdo de Charlie, que estaba en esa celda oscura y húmeda esperando a que lo condenaran por asesinato y lo ajusticiaran, lo devolvió a la realidad.

Durante un instante Jo sopesó de nuevo ponerla al corriente, contárselo todo. Pero entonces Lily pensaría que ese día había ido a casa de Alma solo por eso. No lo entendería.

Con el mayor tino posible empezó a hacerle preguntas sobre su familia, sus costumbres, lo que hacían en casa, la compañía naviera. Lily hablaba con naturalidad, contestaba a todas sus preguntas, pero nada de lo que le decía le parecía a Jo de utilidad.

«¿Qué es lo que espera Oolkert? —pensó desesperado—. Es una familia normal y corriente, y si su padre o su hermano están envueltos en alguna intriga, es evidente que Lily no sabe nada.»

Iría a ver a Oolkert y le diría que los Karsten no tenían secretos oscuros que airear. Y solo podía confiar en que con eso bastara para liberar a Charlie.

El día de su cumpleaños, como todos los años, a Lily la despertaron por la mañana con regalos y llevándole a la cama el desayuno. Sus padres la obsequiaron con un vestido nuevo, un pequeño costurero, un cojín rulo para la cabeza con una bonita funda, clases de pintura, un marco y la promesa de que un fotógrafo le haría el correspondiente retrato.

De Michel recibió un dibujo. Al niño le encantaba el antiguo poema de los duendecillos de Colonia y siempre se desternillaba cuando Lily se lo recitaba mientras arrastraba sacos de harina imaginarios y resbalaba con guisantes invisibles. En el dibujo se veían sobre todo garabatos rojos, pero Sylta explicó que eran los gorros de los duendecillos y Michel asintió con orgullo. Lily lo abrazó.

—Es justo lo que quería. Lo pondré sobre la cama —le dijo al oído, y su hermano le regaló una sonrisa radiante.

Fue el único regalo que le hizo ilusión de verdad. Agradecía aquella multitud de cosas, desde luego, sabía que su madre había pensado detenidamente en qué podía darle una alegría. Pero ahora Lily estaba sentada delante de la mesa donde tenía los regalos y lo único en lo que podía pensar era que todas esas cosas eran innecesarias. «Qué extraño es que unos pocos tengan tanto y que muchos otros no tengan nada», se dijo. Ensimismada, levantó el rulo y se quedó mirándolo. Después suspiró y lo dejó donde estaba. Le habría gustado cambiarlo por algo útil para Alma. Un rallador de repollo, por ejemplo; lo necesitaba con urgencia.

Jo le hizo llegar un regalo en el seminario, a través de Emma, durante el descanso. En un primer momento Lily no supo con exactitud qué era y miró ceñuda el pequeño objeto de madera, que parecía una raíz informe. Pero al darle la vuelta apareció la silueta tallada de una mujer que sostenía un libro en la mano.

A Lily no le había hecho tanta ilusión un regalo en toda su vida.

Como no podía ser de otra manera, Emma la obsequió con un libro.

—*Cumbres borrascosas*, de Ellis Bell —leyó Lily—. Ni idea. —Observó con interés la cubierta, donde se veía un pabellón de caza en el páramo—. ¿Es un escritor inglés?

Emma sonrió.

—Una escritora. El libro ya tiene veinte años, lo publicó Emily Brontë bajo un seudónimo masculino. Como es natural, ha recibido duras críticas, pero es una de mis novelas preferidas. Lo tiene todo: pasión, traición, fantasmas, amor... y erotismo. —Le hizo un guiño casi imperceptible —. Estoy impaciente por conocer tu opinión.

Lily se puso muy roja y no sabía adónde mirar. Cuando volvió a casa, prefirió esconder el libro bajo el vestido.

Más tarde Henry fue a buscarla para dar un paseo, tras el cual todos tenían intención de ir al restaurante. En el vestíbulo le dio su regalo delante de todo el mundo. Cuando abrió el cofrecillo Lily apenas pudo ocultar su espanto: eran unos pendientes verdes enormes cuajados de pequeños

diamantes, sin duda sumamente caros. Arrojaban destellos. A Lily le horrorizaron. «¿Es que no sabe que yo jamás me pondría joyas tan ostentosas?», pensó, y sonrió a Henry.

Este, por su parte, estaba visiblemente satisfecho con su elección, y su madre y Agnes contemplaban las alhajas con cara de asombro. Henry contó henchido de orgullo las piedras que tenían. De haber sabido Lily cuán importantes serían esos pendientes para ella algún día, se habría mostrado más agradecida en ese instante. Siendo así las cosas, no obstante, exhaló un suave suspiro y calculó para sus adentros cuántos ralladores de repollo se podrían comprar con ellos.

Cuando se disponían a salir para ir a comer y se hallaban reunidos en el vestíbulo, de pronto su padre salió del despacho pálido y con expresión de gravedad.

—Alfred, el sombrero, tenemos que irnos... —Sylta enmudeció al verlo—. ¿Qué sucede, querido? —preguntó asustada.

—Jens Borger ha muerto —anunció el padre de Lily.

Franz se quedó blanco.

—No puede ser —afirmó.

Alfred asintió.

—Me temo que sí.

Las mujeres se miraron desconcertadas.

—¿Quién es Borger? —dijo Lily.

—Nuestro principal inversor después de Weber. —Su padre se pasó una mano por la frente—. Lo siento, Lily, pero Franz y yo no podemos acompañaros, tenemos que hablar. Hemos de intentar evitar lo peor.

—Desde luego. —Lily asintió, lo entendía. De todas formas no le apetecía lo más mínimo una comida pomposa. Y veía con claridad que los dos estaban muy preocupados. Franz ya se había quitado el abrigo, y fueron deprisa al despacho—. ¿Qué significa esto para nosotros? —preguntó en voz baja a su madre, pero esta se limitó a negar con la cabeza.

—No lo sé —admitió.

Cuatro días después, los Karsten fueron a la ciudad a acompañar al cortejo fúnebre. Las mujeres vestían de negro y Alfred, pese al calor que hacía, llevaba el abrigo de lana largo. Incluso Kittie acudió. Los hombres tuvieron que sacarla del carruaje. Franz musitó que su estado era desesperante.

Media ciudad estaba allí. Mientras esperaban en la acera, de pronto empezaron a sonar todas las campanas. Lily alzó la cabeza y miró al cielo. No pudo evitar pensar que en el entierro de Paul solo había sonado una campana. No le pareció justo. ¿Qué tenían que ver el dinero y la influencia con la muerte?

El coche fúnebre pasó por delante, tirado por seis soberbios caballos negros. Los habían

aceitado para que brillaran y en las crines lucían primorosos peinados. Los cascos chacoloteaban ruidosamente en el adoquinado. Los presentes bajaron la cabeza y entrelazaron las manos en silencio. El ataúd estaba guarnecido de plata y decorado con profusión de flores y ornamentos. Tras él iban los carruajes de la familia, con las cortinillas echadas; vestidos de negro y con velo oscuro, los cocheros miraban airados. Junto a ellos caminaban los criados, acompañando a pie a la comitiva. También ellos iban de luto y con polainas oscuras. Los faroles de los carruajes estaban envueltos en crespón. Al lado de su madre, Lily observaba en silencio la imponente comitiva. Contó setenta y cinco carruajes.

De pronto su mirada se encontró con otra al otro lado de la calle. Lily pegó un respingo. Jo estaba entre la multitud, con una gorra oscura en la cabeza. Su mirada era tan penetrante que a Lily la recorrió un escalofrío. «Seguro que sabía que vendríamos», se le pasó por la cabeza.

No lo veía desde hacía dos semanas y tuvo que reprimir el impulso de salir corriendo hacia él y arrojarse en sus brazos. El corazón le latía de tal modo que creyó que todo el mundo por fuerza tenía que oírlo. «Estoy enamorada de él», pensó, y se asustó.

Él se separó del gentío y avanzó con cuidado hacia ellos. Lily observaba con nerviosismo el rostro de su familia, pero todos estaban pendientes del cortejo y no se fijaban en nada más.

Jo se abrió paso entre la multitud, describió un arco y poco después Lily sintió que estaba justo detrás de ella. Su cuerpo se tensó, la nuca le hormigueaba. Le deslizó algo en la mano, una nota. «El domingo junto al río», leyó Lily, y el cuerpo empezó a temblarle.

Poco después, cuando volvió la cabeza discretamente, Jo había desaparecido.

6

Alfred Karsten atravesaba a buen paso el gran vestíbulo del edificio Rosenhof. Cada mañana la factoría lo impresionaba como si fuera la primera vez: esas enormes columnas de mármol, el granito de la isla de Bornholm... La luz matutina lo bañaba por los tragaluces, se refractaba en las columnas y ponía de manifiesto las dimensiones de aquel edificio de cinco plantas. Saludando a derecha e izquierda, fue hacia el paternóster. Ya llevaba muchas décadas en el negocio y, sin embargo, no había mañana en la que no fuese al trabajo con ilusión. Ya solo el camino hasta allí era un placer, con el gentío de la ciudad y el trajín del puerto. Y una vez allí, en el Rosenhof, los numerosos despachos, los zumbidos y rumores, el olor a periódicos recién imprimidos y café, la certeza de que todos concentraban su energía y la empleaban de manera provechosa. Lo electrizaban, le daban la sensación de estar vivo, de formar parte de un gran todo.

«Cuánto echaré en falta todo esto el día en que deje los negocios en manos de Franz», pensó, y su sonrisa flaqueó un instante. Pero acto seguido hizo a un lado esas preocupaciones. Para eso todavía faltaba mucho tiempo, no tenía sentido pensar en ello.

Saludó a la secretaria con la mano. Franz se había opuesto a que la contratase, pero la muchacha tenía las mejores referencias y aventajaba claramente a sus rivales. Aunque en Hamburgo seguía sin ser habitual, para entonces ya no era una excepción que las mujeres trabajaran en los despachos. Él tampoco se había acostumbrado aún del todo, pero debía admitir que la secretaria hacía un buen trabajo y, al entrar por la mañana, resultaba agradable que lo primero que viese fuera a una mujer atildada. Franz, que entró detrás de él, aguantando bajo el brazo el periódico que había estado leyendo en el carruaje, la saludó con un movimiento de cabeza, un gesto frío.

—Háganos el favor de preparar café, ¿quiere? —pidió Alfred mientras se quitaba el sombrero. Pero a ella se le demudó el rostro.

—Tienen visita. Gerhard Weber aguarda en la sala de espera. Ahora mismo les llevo el café.

Padre e hijo se miraron sorprendidos. Franz frunció el ceño y su mandíbula se tensó.

—¿Qué querrá? —masculló.

Al abrir la puerta Alfred vio que algo no iba bien. Weber parecía tenso, casi enfadado. Se levantó cuando entraron los dos y les estrechó la mano, pero no los saludó con su encanto desbordante y su sonora risa, como solía hacer. Pese a ello, a Alfred lo pilló completamente desprevenido que poco después Weber les comunicase sin rodeos que no invertiría en la sociedad

anónima, necesaria para fundar la línea de Calcuta. Para Alfred fue como si el mundo se le cayera encima.

—Pero ¿por qué? —inquirió horrorizado. Junto a él Franz se había quedado de piedra.

—Tengo mis razones —repuso Weber evasivo. Pero al ver la expresión de perplejidad que reflejaban sus rostros pareció pensarlo mejor—. Cómo decirlo, Karsten. De un tiempo a esta parte han llegado a mis oídos ciertas cosas sobre su familia que me han convencido de que no puedo... confiar en ustedes.

—¿Qué cosas? —preguntó Franz con voz quebradiza.

—Bien. —Weber vaciló, pero después miró a Alfred—. He tenido conocimiento de su... otro hijo.

Los Karsten se irguieron al mismo tiempo y se miraron horrorizados, pero antes de que pudieran decir algo Weber levantó la mano.

—No quiero que piensen que solo estoy dando pábulo a rumores, así que será mejor que aclare en el acto que poseo esta información de una fuente a la que doy perfecto crédito. No estoy seguro de qué opinar al respecto, pero ha menoscabado mi confianza en ustedes. Como es lógico, esto por sí solo no sería motivo para desdecirme de mi promesa..., pero además sé que, de todas formas, la muerte de Borger ha hecho tambalear la sociedad anónima y...

—Huelga decir que encontraré otro inversor que ocupe su lugar —aseguró Alfred, pero Weber hizo un gesto de negación.

—Es posible, pero debo saber con quién hago negocios. En caso de que encuentre un nuevo socio respetable, estaré dispuesto a negociar de nuevo, mas debo decir que, por principios, solo hago tratos con personas en las que confío personalmente y de cuyas opiniones estoy convencido. Las palabras que pronunció su hija hace poco me conmocionaron. Les resté importancia, no obstante, ya que estaba seguro de que Lily es la oveja descarriada y su comportamiento no refleja las creencias de la familia, pero ahora escucho esas historias de su hijo y me pregunto con quién estoy tratando en realidad. En manos de quién pongo mis millones.

Alfred no tenía palabras, y a Franz parecía ocurrirle otro tanto. De pronto la sangre se le agolpó a las orejas. Alfred se dispuso a dar una explicación poco entusiasta, pero ¿qué podía decir? Al fin y al cabo era cierto. Tenían un hijo deforme, enfermo, al que mantenían apartado de la sociedad. Que Michel fuese un niño maravilloso e inocente carecía de relevancia a ese respecto.

Weber desechó su balbuceo con un gesto y se levantó con impaciencia.

—Lo dicho, Alfred, siempre nos hemos entendido bien y creo en el éxito de su línea. Pero por el momento todo esto me resulta muy delicado. Si encuentra un nuevo inversor principal, hablaremos otra vez. Confío en que para entonces se haya aclarado todo cuanto pudiera poner en entredicho la reputación de la empresa —dijo enarcando las cejas, y ellos dos no pudieron sino asentir—. Bien. Como es natural, trataré este asunto con la reserva que merece.

Cuando Weber se hubo ido, padre e hijo se quedaron donde estaban, como aturdidos. Se

miraron y en los ojos de su hijo Alfred vio la misma perplejidad que sentía él.

—¿Cómo ha sabido de Michel? —musitó.

—Sin duda, por las personas que trajeron a Lily y Michel a casa hace unas semanas. O los vería alguien, o los criados han chismorreado; hay un centenar de posibilidades. Para ser sinceros, es un milagro que no haya sucedido antes —aseguró Franz restregándose el rostro—. Se correrá la voz. A saber qué pasará cuando se entere Oolkert.

Alfred negó con la cabeza.

—¿Qué diferencia hay? —Profirió un leve suspiro—. Quizá no debiéramos haber jugado nunca al escondite, tal vez hubiera sido mejor que hubiésemos enseñado las cartas desde el principio... —reflexionó, pero Franz resopló.

—No habría funcionado, y lo sabes. Gozar de aceptación en la sociedad lo es todo. Las demás mujeres habrían apartado a madre, habrían hablado de nosotros. Y si la reputación de la familia se ve perjudicada, la de la empresa también, como tú mismo dices siempre. Sin relaciones uno no es nada.

Alfred asintió: era verdad. Y, pese a todo, jamás habría contado con que pudiera pasar algo así.

Tres horas después, cuando Ludwig Oolkert solicitó verlos y entró de buen humor, balanceando el bastón con la cabeza de pato, a Alfred ya ni siquiera le extrañó.

—Me he enterado de la retirada de Weber —anunció Oolkert mientras se daban la mano—. Una historia lamentable.

—Vaya, conque ya la va contando por ahí —refunfuñó Franz—. Sabía que no procedería con discreción.

—Me lo confió durante una comida de negocios. Sin embargo, debo decir que se reservó su opinión en lo tocante a sus motivos... Pero, como es natural, no podía mantener en secreto que abandona su idea de invertir. Somos viejos amigos. He venido de inmediato para hablar con ustedes.

Los dos lo miraron con cara de sorpresa. La compasión no era propia de Oolkert. Se sentó, se quitó el sombrero y los miró.

—Quería presentarles una oferta que haría con gusto... Estoy dispuesto a asumir el papel de inversor. En lugar de Borger. —Tras una pausa teatral agregó—: Y de Weber.

Franz exhaló un suspiro y también Alfred pegó un respingo.

—¿Cómo dice? —inquirió este.

Oolkert asintió.

—Han oído bien.

—Pero... en ese caso tendría usted la mayoría absoluta en la sociedad —señaló Alfred pálido.

Ludwig afirmó de nuevo con la cabeza.

—Soy consciente de ello. Y entiendo que les parezca muy arriesgado, pero... —Esbozó una

ancha sonrisa—. Pronto podríamos emparentar... y la confianza es necesaria, también en los negocios. Es lo que les ofrezco. Piénsenlo, no es preciso que lo decidan ahora mismo. A fin de cuentas, la línea se inaugurará dentro de dos años como pronto. Solo que, tal y como lo veo yo en este momento, sin mi ayuda no se hará realidad.

Nada más cerrar la puerta Oolkert, Franz se puso hecho una furia, con el cuerpo entero en tensión.

—¡No permitiré que me presionen así! —exclamó enfadado.

—Franz, está dispuesto a invertir millones en nosotros. Es razonable que quiera una suerte de seguro. La verdad es que no entiendo qué es lo que tanto te asusta de la idea —planteó su padre, que estaba blanco y parecía apagado—. Podemos considerarnos afortunados de que por lo visto Weber no le haya hablado de Michel, de lo contrario seguro que no querría que Roswita se casara contigo. Sería una buena solución para todos. Él nunca haría algo que perjudicase a su hija. De este modo podemos estar seguros de que no utilizará contra nosotros el poder que adquiriría al tener la mayoría en la empresa.

Franz cerró las manos.

—Seré yo quien decida a quién tomo por esposa —espetó. Estaba enfadado, inquieto, sentía que lo asaltaba un oscuro pánico. De pronto notaba la nuca sudorosa—. Encontraremos otra solución. Con Michel no podemos seguir así, esto es algo que sabemos desde hace tiempo, y confío en que ahora tú también lo veas igual. —Al darse cuenta de que su padre no reaccionaba y se limitaba a mirarse las manos, pálido, Franz continuó hablando—: Y a Lily también hemos de llamarla a capítulo. Deberías sacarla del seminario de inmediato, ahí es donde ha aprendido todos esos disparates socialistas. Y que no vuelva a tener ningún contacto con esa mujer, esa... esa médica. —Estaba tan furioso que escupió la última palabra como si fuese una maldición.

Aturdido, Alfred asintió.

—Sin embargo, nada de esto cambia el hecho de que una boda...

—No permitiré que se me imponga tal cosa. —Franz se levantó de un salto, los ojos le hacían chiribitas. Antes de que su padre pudiera poner alguna objeción más, salió con paso airado. Una vez fuera de la habitación se apoyó en la pared, respirando con dificultad—. Y usted, ¡¿qué mira?! —bramó cuando la secretaria lo miró con cara de susto.

La mujer se estremeció, recogió unos papeles y se marchó.

Franz se llevó una mano al estómago. Había caído en una trampa. El recuerdo del perfume dulzón de Roswita lo asaltó e hizo una mueca de asco. No, con o sin millones, no permitiría que nadie lo obligara a casarse con una mujer a la que detestaba.

De ninguna manera.

—Vaya, el renacido. —Jo dio una palmadita en el hombro a Charles a modo de saludo, pero se asustó cuando su amigo profirió un grito ahogado—. Lo siento. ¿Tanto te duele?

Charles, que había palidecido, solo pudo asentir.

—No es nada —repuso jadeando.

—Deja que vaya a buscar a Emma de una vez para que te pueda explorar. Debes recomponerte. —Preocupado, Jo acercó una silla al sofá en el que se había desplomado Charlie encorvado.

Al oír sus palabras, a la boca de la madre de Jo asomó una expresión severa. Jo le había explicado una y otra vez que Emma no era culpable de la muerte de Karl, que la rabia no tenía cura y, de haber sido por su madre, se habría limitado a coserle la herida al pequeño, pero ella siempre negaba con la cabeza con obstinación.

—Esa mujer no entra en mi casa —espetó también ahora, y corrió a ayudar a Charlie, que intentaba incorporarse—. Despacio —ordenó, y él asintió con el rostro blanco. Era evidente que seguía encontrándose muy mal, pero tampoco quería que Jo fuese a buscar ayuda médica.

—Con descanso y buena comida, la semana que viene estaré como nuevo —decía, siempre evasivo, cuando Jo abordaba su estado de salud, y ahora también lo repitió, con la terquedad de una mula.

—El descanso no lo puedo garantizar pero, según me han dicho, mi comida no es la peor. —Jo constató aliviado que su madre bromeaba con Charlie, risueña. El brillo sombrío que veía en sus ojos siempre que hablaba de Karl había desaparecido.

—La mejor de Hamburgo —aseguró Charles asintiendo, y Jo vio que su madre se alegraba, aunque le diera en el brazo de broma. Él soltó un gruñido teatral y se dobló sobre sí mismo, fingiendo sentir dolor.

—Como hijo mayor que soy, ¿me llegará a mí también un poco de esa comida estupenda de la que todo el mundo habla? —preguntó Jo, y se retrepó en su silla sonriendo—. ¿O es solo para gorrones?

Su madre se levantó y le dio un beso en la cabeza y un manotazo en la nuca.

—No hables así de tu mejor amigo. Bastante mal está ya. Y fuiste tú quien lo trajo aquí.

—Y empiezo a lamentarlo. —Jo rio—. Dime, ¿se porta bien?

—Supone un cambio estupendo —replicó su madre con gravedad, y Jo la miró con cara de sorpresa.

A decir verdad, solo era una solución de emergencia. Charlie necesitaba a alguien que se ocupara de él tras salir de la cárcel, debilitado y herido. Y Jo necesitaba a alguien que no perdiera de vista a Charlie. Aunque confiaba en que su amigo hubiese aprendido la lección en lo tocante al opio, sabía lo grande que podía ser la tentación. Más aún si se sufrían dolores que uno quería calmar.

La madre de Jo, que, al igual que él, tras la muerte de Karl había caído en un agujero oscuro y necesitaba estar ocupada, accedió a que durmiera en su casa durante un tiempo. Siempre le había

caído bien Charlie, lo llamaba «el muchacho», aunque le sacaba dos cabezas y podía levantarla con una mano sin problema.

—Me cuenta historias. —Sonrió de nuevo y dirigió una mirada afectuosa a Charles—. Y a los niños les gusta que esté. Los distrae.

Charlie se había puesto rojo al oír esas palabras. Carraspeó incómodo. Jo lo observó risueño. El gigantón de su amigo cubierto de tatuajes, tendido en el sofá bueno de su madre con el pelo alborotado y moratones, unía las manos en el regazo como un niño pequeño en catequesis y no sabía adónde mirar. Era una estampa magnífica.

—Yo tampoco estoy mal —balbució ahora.

—Bien, yo diría que ejercéis una buena influencia en él —replicó Jo risueño, y Charlie lo miró mal. Cuando su madre fue a la cocina, se acercó un poco más a su amigo—. Ahora en serio. ¿Cómo te encuentras? ¿Necesitas algo?

Charlie iba a decir que no con la cabeza, pero acto seguido volvió a estremecerse de dolor.

—No, ya se me pasará. Prefiero no tomar nada. Ya sabes...

Jo asintió preocupado.

—Lo entiendo, y es sensato. Pero ¿y si tu espalda ha sufrido daños irreparables? ¿No será mejor que pregunte a Emma si...?

Charles lo cortó con un resoplido desdeñoso.

—No estoy tan mal como para que me deje mirar por una *bean*.

—¿Por una qué? —Jo lo miró desconcertado.

—¡Una mujer! Prefiero curarme solo, muchas gracias.

Jo suspiró.

—No seas tan cabezota, anda. Si casi no te puedes mover. ¿Y si ahí dentro te han hecho algo gordo?

Charles se limitó a soltar un gruñido desdeñoso y volvió a tumbarse despacio. Cuando lo consiguió, el sudor le perlaba la frente.

—Vaya, pues sí que estás como una rosa. Buena comida y no hará falta más para que recuperes la salud. —Ahora fue Jo quien bufó con desprecio—. Quizá solo sea necesario que tus dolores empeoren un poco más para que me escuches de una vez.

Charlie había cerrado los ojos y Jo lo observó un instante, preocupado. Había salido de la cárcel en un estado lamentable. No sabía con seguridad qué había ocurrido, pero su visita y el encontronazo con el guardia le daban una idea del suplicio por el que había pasado su amigo. No habría aguantado mucho más, sin duda, incluso ahora su rostro apenas resultaba reconocible. Jo no sabía lo que había movido a Oolkert en último término a interceder por él. ¿Quizá hubiese entendido que era lo correcto? Jo lo dudaba, pero no era capaz de explicarse qué otra cosa podía haber sido. No tenía información ni medianamente interesante sobre los Karsten cuando acudió a él, apocado, para darle un primer informe. Le pidió de nuevo que se mostrase indulgente y repitió que en su opinión los Karsten eran una familia de lo más normal, que no tenía secretos

oscuros. Incluso eran lo bastante bondadosos para permitir que su hijo enfermo viviera en su casa.

Oolkert escuchó tranquilamente, sin dejar traslucir la menor emoción. Dos días después pusieron en libertad a Charlie, algo rayano en un milagro. Jo se había devanado los sesos para dar con la forma de liberar a su amigo y de pronto recibió la noticia de que podía ir a buscarlo. Charlie había quedado libre de toda sospecha.

«Que un solo hombre ostente semejante poder...», pensó Jo ahora, y se estremeció. Parecía mentira que pudiera manejar a su gusto incluso a la policía y la justicia. No era justo ni estaba bien, pero él no insistió, se limitó a sentirse aliviado de volver a tener a su amigo cerca, a salvo. Pero desde entonces el asunto de Lily y su familia le quitaba el sueño. ¿Habría cometido algún error?

Franz bajaba a buen paso la escalera de la villa mientras hojeaba unos documentos. Al llegar al despacho frenó en seco, la mano ya extendida para agarrar el pomo. La puerta estaba entornada y oyó a sus padres, que a todas luces mantenían una conversación acalorada y a duras penas conseguían no alzar la voz.

—No lo entiendo, la verdad. No hay ningún motivo para que la rechace tan de plano —decía su padre—. Oolkert no invertirá hasta que el asunto esté zanjado.

Franz supo en el acto de qué hablaban y se quedó de piedra. De pronto el corazón le latía acelerado.

—Tendrá motivos personales. A veces sencillamente no cuadra... —lo apaciguó su madre.

—¿Motivos personales? ¿Qué motivos personales va a tener si apenas la conoce? Y sabe de sobra que en estos asuntos los motivos personales son secundarios. No, es del todo incomprensible. —Ahora su padre bajó la voz, de forma que Franz se tuvo que echar hacia delante para oírlo—. Lo que yo te diga, Sylta... A veces pienso... Ay, me cuesta decirlo, pero a veces me pregunto si el muchacho no es... normal.

—Pero, Alfred, ¿cómo puedes...? —La voz de su madre se vio acallada por el zumbido que de pronto resonaba en los oídos de Franz. Sus manos se cerraron con fuerza alrededor del pomo de la puerta. Para su horror constató que estaba temblando.

Con el corazón desbocado, dio media vuelta y subió la escalera deprisa, casi corriendo. Era como si lo persiguiese una manada de lobos, tenía el estómago encogido, en su cabeza martilleaban sin cesar las palabras: «No es normal, no es normal, no es normal». Una vez arriba se detuvo y se agarró con fuerza a la balaustrada. Le dio la impresión de que el vestíbulo subía a su encuentro, se doblaba y se desdibujaba, le susurraba que había llegado el momento. Había llegado el día. Debía hacerlo ahora.

—¡Franz! —Kai apareció como de la nada. Lo cogió por el brazo y lo miró estupefacto— ¿Qué te pasa? —Franz dio un paso atrás. Kai lo miró y sus ojos se dirigieron tímidamente hacia

la balaustrada—. ¿Qué estás haciendo? —musitó.

Franz lo vio como a través de una neblina. Los oídos le zumbaban.

«No es normal, no es normal, no es normal.»

De pronto lo acometió la ira. Una ira fría, sorda. Kai tenía la culpa de todo. Kai, con sus labios suaves, sus ojos azules, su cuerpo duro. Lo había seducido, por él había transgredido los límites, había echado a andar por un camino que no tenía marcha atrás. Sin saber lo que hacía, le propinó un empujón tan fuerte que Kai se tambaleó y chocó contra la balaustrada. El criado jadeó y lo miró con cara de sorpresa.

—Vete —espetó Franz.

—Pero si...

—¡Que te vayas, he dicho!

—Franz, ¿qué te ocurre?

—Di a Seda que acuda a mis habitaciones.

—¿Qué? —Kai se quedó atónito.

Franz cogió aire con fuerza, se pasó las manos por el cabello y se tiró de la chaqueta con parsimonia. Sabía lo que iba a hacer. Había forjado ese plan hacía ya tiempo, pero jamás pensó que lo fuera a necesitar de verdad.

—Ya me has oído. Envíala a mis habitaciones. De inmediato. Y no digas ni una palabra a nadie. —Ahora estaba muy cerca de Kai. Su familiar olor hizo que lo recorriese un escalofrío, pero lo cogió por el cuello y lo puso contra la pared—. ¿Me has entendido? —preguntó en voz baja pero tan amenazadora que Kai se asustó.

—Sí —respondió el criado con voz bronca—. Sí, lo he entendido perfectamente. —Su mirada titilaba.

Franz asintió y lo soltó. Después se volvió sin mediar palabra y se fue.

Junto a la cama, Seda temblaba de forma incontrolable. Estaba desnuda, tenía la ropa a sus pies, en el suelo. Sangraba. Como bien suponía él, la muchacha todavía era virgen. Tendría que explicar de alguna manera esa canallada.

Franz se encendió un cigarrillo.

—A partir de ahora te esperaré cada noche. Da igual lo tarde que sea —afirmó con calma, y expulsó el humo—. Mantendrás la boca cerrada, te desnudarás y te meterás en mi cama. No quiero que pronuncies una sola palabra, ¿está claro? Como se lo cuentes a alguien, aunque sea a una sola persona, te corto la lengua. —Hizo una pausa—. Y lo digo completamente en serio.

Ella tenía la vista clavada en él, el rostro tan blanco que por un momento él pensó que no lo había oído. La boca le temblaba.

Él frunció el ceño.

—¿Entendido? —preguntó con aspereza.

La muchacha asintió de un modo apenas perceptible. En el nacimiento del pelo ya se veía un

hematoma incipiente. Era una estupidez que se hubiese resistido al principio. Naturalmente, él había parado deprisa, pero suscitaría preguntas.

—Y ocúpate de taparte eso —ladró—. Ahora, largo.

Seda se estremeció, cogió sus ropas, dio un traspié y se cayó. La pequeña cofia se le había enredado en el pelo, le colgaba torcida sobre las orejas. La estampa casi le resultaba graciosa. Franz suspiró enervado y la ayudó a levantarse, le dio los zapatos y la echó del dormitorio. Oyó que la muchacha se vestía fuera a toda prisa. Poco después cerró al salir de sus habitaciones.

Satisfecho, Franz se abotonó el pantalón, fue a la cómoda y se sirvió un vaso de whisky. Había sido más fácil de lo que pensaba. Se sentía muy aliviado, casi ebrio.

Era un buen plan con el que podía salir del apuro. Obligaría a la muchacha a que fuera a verlo hasta que se quedase encinta y después la echaría con una pequeña compensación. Como era natural, todo el mundo en la casa se enteraría. Se produciría un pequeño escándalo en el seno de la familia, pero sería su salvación. Su padre se enfadaría y al mismo tiempo se sentiría aliviado de que sus peores sospechas no se hubiesen visto confirmadas. Lo ayudaría a zanjar el asunto, como hacían tantos padres en Hamburgo. Meter en un lío a una criada no estaba bien visto pero era normal. Maravillosamente normal... Franz le daría un poco de dinero para el niño o la abortista y, cómo no, la obligaría a firmar un papelucho que confirmase que él no era el padre. Un incidente desafortunado: la muchacha perdería su puesto y abandonaría la casa deshonrada. Lily montaría un numerito, sin duda, pero ya no se podría hacer nada. Habría que elegir: él o la doncella. Y Franz sabía cuál sería la decisión.

Kittie daba vueltas en la cama, inquieta. Las colgaduras estaban bien echadas, necesitaba que la oscuridad fuese absoluta para poder dormir. Sin embargo, ese día era como si estuviese dentro de una jaula negra. Los dolores eran insoportables. Se extendían por sus entrañas como si fuesen un fuego abrasador, devorándola por dentro.

Esa noche, antes de irse a la cama, cuando había ido a tomar la dosis habitual de medicamento del frasquito, había constatado horrorizada que estaba vacío.

«Pero no puede ser, señora. Siempre lo compramos puntualmente y siempre queda un poco en el frasquito cuando vamos a por el nuevo —se defendió Lise cuando Kittie la llamó a capítulo echando pestes—. ¿Es posible que haya tomado más de lo debido estos últimos días?»

Kittie la echó de la habitación con cajas destempladas. ¿Cómo se atrevía esa muchacha insolente? A fin de cuentas, era ella la que le administraba la medicina, dos cucharadas por la noche y dos por la mañana. Que de vez en cuando Kittie se llevase el frasquito a los labios entre medias era su secretillo. Al fin y al cabo, de la mañana a la noche mediaba demasiado tiempo cuando había que salvarlo con dolores. Los criados tenían que saber algo así, pero nunca jamás decirlo. ¡Ponerla a ella en semejante aprieto! Lise tendría que haberse dado cuenta de lo poco que pesaba el frasco y haber ido a la botica a su debido tiempo. Ahora era fin de semana y ella

tendría que pasar sin él un día entero y dos noches. La sola idea hizo que rompiese a sudar. Por la noche solo había dado para media cucharada. No era de extrañar que ahora tuviese la sensación de que los intestinos le ardían. La espalda le lanzaba flechas encendidas a los hombros y las piernas. Kittie estaba tendida en la cama, retorcida, con la mano sufriendo espasmos sobre la colcha. No, no aguantaría. Debía hacer algo, distraerse. Quizá pudiera despertar a Sylta, sopesó. Seguro que tenía algo. Sabía de sobra que su nuera también sentía molestias físicas, aunque, como era natural, nunca hubiesen abordado el tema. Pero los criados hablaban, y a Kittie le gustaba estar informada sobre las cosas que pasaban en casa. Incluidas las personales.

Bajó las piernas trabajosamente. Su orgullo le impedía llamar a Lise. Buscó las pantuflas a tientas con los torcidos pies y echó mano del bastón, que estaba apoyado en la mesilla de noche. ¿Por qué estaba tan oscuro? Tardó una eternidad en arreglarse lo suficiente para salir de la habitación.

La edad era un tormento, una tortura, un túnel interminable de dolor que parecía más largo y oscuro con cada día que pasaba. No solo ya no podía hacer prácticamente nada sola, sino que tampoco podía participar en la vida social, y apenas ya en la familiar. Cada día notaba cómo se iba quedando sin fuerzas. Y a ello había que añadir la traición de su cuerpo, cuyo control había ido perfeccionando desde que era pequeña. Ahora se vengaba de ella, le demostraba con una vehemencia que no habría creído posible que había cosas que escapaban a la disciplina y la voluntad. Cada día se preguntaba por qué el Todopoderoso la castigaba así, pero llevaba su carga en silencio. Cuando se fuera de este mundo, nadie podría decir de ella que se había abandonado.

Cuando recordaba a la jovencita que había sido, de vez en cuando se le saltaban las lágrimas. Todos los hombres volvían la cabeza para verla, con sus mejillas sonrosadas y el cabello rubio. El amarillo era el color que mejor le sentaba. Uno que solo se podía lucir cuando se era una mujer soltera y joven. Era como si lo estuviese viendo, su vestido preferido con las pequeñas rosas en el escote. De un tiempo a esa parte soñaba cada vez más con aquella etapa anterior al matrimonio, a los hijos, cuando todo era aún emocionante y no era madre ni esposa, tan solo ella misma. Una y otra vez escapaba de la realidad un ratito durante el día y volvía a ser la pequeña Christinchen, la niña de los ojos de sus padres, la muchacha del rostro dulce y el carácter obstinado. Cómo bailaba Kittie entonces. Era como si hubiese sido en otra vida. ¿De verdad eran esos pies que parecían garras los que la deslizaban antaño por el parqué con la ligereza de una pluma? A veces, aún podía oír la música, se veía dando vueltas por la sala a la luz de las velas, todos los ojos puestos en ella. Despertar cada vez resultaba más doloroso, la realidad era siempre un choque amargo.

Despacio, con dedos temblorosos, se puso la bata gimiendo de dolor. Cuando se irguió y vio en el espejo a la anciana fea en la que se había convertido, apretó la boca con furia.

Puso la mano en el pomo de la puerta. En ese mismo instante el reloj del vestíbulo dio la medianoche. Salió al pasillo con aire vacilante. Qué frío y cuánta corriente había allí fuera.

Tiritaba. Miró hacia la escalera. La luz de la luna entraba por las ventanas e iluminaba al sesgo los peldaños.

Un miedo frío se apoderó de ella, pero desechó la idea de volver con brusquedad. La semana anterior había conseguido bajar ella sola. Lise iba a su lado, dispuesta a agarrarla si era preciso. Aunque no quería que nadie fuese testigo de cómo le pedía ayuda a su nuera. La idea en sí ya era insufrible, pero si además se chismorreaba de ello en la cocina... No, solo tenía que bajar una planta para llegar a las habitaciones de Sylta. Si iba muy despacio no supondría ningún problema. Solo tenía que... De pronto un dolor caliente le recorrió la espalda. Se estremeció y dejó escapar un grito angustiado. El bastón se le resbaló de las manos y fue a parar a la alfombra con un ruido amortiguado. A punto estuvo de caerse ella también de rodillas. Respirando entrecortadamente, se llevó las dos manos a los riñones y esperó a que el ataque pasara.

Miró abajo. Para caminar le hacía falta el bastón, pero no era capaz de agacharse. Durante un momento permaneció allí desvalida, del todo inmóvil, el corazón latiéndole con fuerza mientras ella, desesperada, pensaba qué podía hacer.

Entonces, a su derecha, en el otro lado de la balaustrada se abrió una puerta. De ella salieron dos bultos. Con la tenue luz solo logró distinguir que estaban muy juntos y hablaban en voz baja. Después —gimió espantada— los dos se besaron apasionadamente. De pronto comprendió quiénes eran y todo comenzó a dar vueltas a su alrededor.

—¿Franz? —dijo, y se llevó las manos al corazón. —Franz y Kai se volvieron y clavaron la vista en ella. A Kittie empezó a írsele la vista—. Franz, ¿qué está pasando aquí...? —musitó antes de que sus rodillas flaquearan. Logró ver que los dos se abalanzaban hacia ella antes de perder el sentido.

Esa mañana Hertha bajó a la fría cocina por la escalera de servicio; hacía tiempo que no estaba de tan mal humor. Ni siquiera había amanecido. Sobre el oscuro jardín flotaba una niebla espesa como la sopa. Había madrugado demasiado, pero ya no conseguía seguir en la cama. La espalda le dolía, algo habitual de un tiempo a esa parte, y notaba un dolor punzante en una de las muelas, que a lo largo de los últimos días había ido empeorando lenta pero inexorablemente.

«No es nada, todo bobadas», se dijo mientras preparaba café y avivaba el fuego. Un poco más tarde, sin embargo, ya no podría negarlo. Nada no era. Cada vez le dolía más la muela, esa noche incluso la había despertado varias veces.

El miedo le atenazaba el estómago. El dentista era peor que un parto, peor que una operación. ¡No iría al sacamuelas! No, nunca. Quizá encontrara algo en la botica, pero dejaría que la boca se le pudriera por dentro antes de permitir que se le volviera a acercar uno de esos torturadores con unas tenazas enormes.

Tras colocar el desayuno en la bandeja, cuando salió tintineando con ella al gran vestíbulo y entornó la puerta sin hacer ruido, descubrió un gran bulto en el suelo. Se detuvo sorprendida.

—¡Caramba! —exclamó atónita, y acto seguido miró hacia arriba asustada: no quería despertar a los señores—. No me lo puedo creer. A saber qué habrán hecho las muchachas —farfulló enfadada. Aquello era una tela, tal vez un vestido que alguien había tirado al suelo sin más...

La conmoción fue tal que se quedó sin respiración. Vio las extremidades torcidas, los brazos delgados, con manchas propias de la edad, las piernas partidas, la sangre con la que se había empapado el encaje blanco. Vio todo eso, pero su cerebro se negó a asimilar la imagen, se negó a entender lo que estaba viendo.

Kittie Karsten estaba tendida en el vestíbulo, muerta.

El rostro solo se le veía a medias; al caer, la bata y el camisón se le habían subido y ahora le cubrían el cabello y los ojos, pero la mandíbula inferior asomaba. Se le había desprendido del cuerpo con la caída. Se le habían saltado casi todos los dientes, estaban allí, partidos y astillados, como un montón de canicas. Una mano artrítica similar a una garra se elevaba en el aire extrañamente torcida, como si quisiera llamar a alguien incluso desde la muerte. Ya llevaba horas allí, se veía con claridad en la sangre que había manado y corrido por las juntas de las baldosas como las ramas de un árbol.

Hertha no podía dejar de mirar, los oídos le zumbaban, tras ella el reloj de la pared hacía tictac con suavidad. No era capaz de moverse, era como si el tiempo se abombase en grandes burbujas. Durante un instante no supo quién era ni qué estaba haciendo allí. El cuerpo entero le temblaba.

De pronto un grito subió por su garganta. Salía de lo más hondo y tardó un rato en escapar, pero entonces chilló de tal modo que Sylta y Lily salieron a la vez al pasillo, deprisa y corriendo, en camisón.

Hertha dejó caer la bandeja, el servicio se hizo mil pedazos. Después perdió el conocimiento y se desplomó.

Encontraron el bastón arriba, junto a la balaustrada. En el suelo del dormitorio se hallaba el frasco de medicamento vacío. Lise informó entre sollozos del desacuerdo que habían tenido la noche anterior.

—Siempre pedimos la medicina el primer lunes del mes, pero esta vez no ha alcanzado —contó, y un hipo convulso la interrumpió—. La señora debió de tomar más por su cuenta sin decirme nada, cómo lo iba a saber yo.

—No pasa nada, Lise, no pasa nada. Nadie la está acusando de nada. —Alfred tranquilizó a la afligida muchacha. Estaba delante de ella, pálido, vestido únicamente con la bata.

Ya había preguntado a los demás empleados, se hallaban reunidos todos en el salón formando fila en silencio, sus rostros reflejaban con claridad la conmoción. También ellos iban aún en ropa

de dormir, con bata y toquilla encima. Hertha estaba en el sofá con un paño en los ojos, todavía demasiado mareada para levantarse.

—Debía de estar sufriendo unos dolores tan atroces que enloqueció —opinó Alfred ahora. La voz se le quebró, se pasó una temblorosa mano por el rostro. Sylta se levantó en el acto y lo cogió del brazo. Él se agarró de su mano como si necesitara su sostén.

Lily estaba aturdida. Todo aquello le parecía una gran pesadilla. Le daba vueltas en la cabeza pero al mismo tiempo no pensaba en nada; era muy extraño. Se sentía entumecida, como si no fuese ella misma, como si todo aquello en realidad no estuviese ocurriendo. Y es que no podía ser, no podía ser que eso fuese real. «Tal vez esté soñando», pensó. Pero entonces miró el sofá. Tenía la mano apoyada en las delicadas flores de la tela y veía con claridad cada uno de los hilos. Pasó el dedo por una flor amarilla. No, no era un sueño, aquello estaba sucediendo de verdad.

Su abuela había muerto.

Para entonces ya habían llevado a Kittie al salón de desayunos, donde habían envuelto su cuerpo en una sábana hasta que llegaran el doctor Selzer y el coche fúnebre. Había estado la mañana entera en el vestíbulo, cubierta únicamente con un abrigo. Lily notó una vaga sensación de malestar en el estómago. Una y otra vez aparecía ante sus ojos la espantosa imagen, ese pequeño montículo marrón destrozado que se suponía que era su abuela.

Su madre y ella fueron las primeras en correr abajo. «No mires. Lily, no mires», le advirtió su madre volviéndose e intentando detenerla, pero ya era demasiado tarde. Nunca olvidaría lo que vio, nunca podría volver a atravesar el vestíbulo sin ver la sangre en las baldosas.

Del espeluznante cometido de trasladarla al salón se encargaron Franz y el propio Alfred. Cuando regresaron, era como si su padre hubiese envejecido años. También Franz tenía un aspecto terrible, el semblante blanco, con los ojos inyectados en sangre e inquietos, y cada pocos segundos se pasaba las manos por la cara, como si fuese una obsesión. Lily vio que pugnaba por contener las lágrimas. Por suerte, Michel todavía no se había enterado de nada, habían indicado a la señorita Söderlund que desayunase con él en su habitación.

—Lise, tómate el día libre. Ve a la cocina y come algo para que se te pase el susto —ordenó ahora Sylta con severidad—. Los demás nos vestiremos y pediré que nos traigan algo. De poco servirá que nos desmayemos de debilidad también nosotros. El doctor Selzer no tardará en venir, no podemos recibirlo de esta guisa. Seda, ¿te ves capaz de preparar un desayuno sencillo cuando os hayáis vestido? —preguntó con vehemencia, y quedó claro que no se trataba de una petición.

A Lily le impresionó ver cómo asumía el mando su madre para ayudar a su esposo. Las muchachas salieron de la habitación de inmediato.

Alfred asintió.

—Tienes razón —convino—. Debemos seguir adelante. —Sin embargo, no dio la impresión de que estuviese en condiciones de hacerlo. Tampoco Lily era capaz de entender que el día pudiese avanzar sin más cuando había sucedido algo tan atroz.

Desde la muerte de su abuela, Lily tenía aún más que antes la impresión de que la vida se le escapaba entre los dedos; de que ya nada estaba bien, ella no era la misma mujer de hacía unas semanas. De repente le daba la sensación de que nada era como debía. La casa estaba más silenciosa y oscura. Era como si sobre las habitaciones pesara un hechizo paralizador que hacía que todos hablaran en voz más baja y se moviesen como si estuvieran en trance. Lily casi había olvidado lo que era estar alegre. A veces se despertaba por la noche y creía oír a Kittie dando vueltas en la planta de arriba; después la asaltaba el recuerdo y volvían de inmediato las lágrimas. Su relación con su abuela siempre había sido contradictoria y solo ahora, cuando Kittie ya no estaba, Lily era consciente de lo mucho que quería a la severa anciana.

Al parecer su padre tampoco se las arreglaba con la repentina y terrible pérdida de su madre; estaba muy callado, no tenía apetito y adelgazaba a ojos vistas. Lily sabía que también había problemas en la naviera, pero nunca hablaban de ello. Como siempre, los hombres no compartían los asuntos de negocios con las mujeres, y por primera vez en su vida Lily se alegraba de ello. En las comidas el ambiente era extraño: Michel estaba confuso y rebelde, y su madre, callada y distraída. Como ya no se sentía a gusto en casa, Lily se refugiaba aún más en el trabajo que desarrollaba el círculo de mujeres. Acudía a lecturas y actos siempre que podía, pretextaba visitas a Emma y Berta, se saltaba lecciones y clases de baile. Mentir pasó a ser una rutina sin que ni siquiera se diese cuenta. Cuando pensaba en Henry sentía una opresión en el estómago. Rehuía sus citas siempre que podía, y cuando no conseguía librarse estaba de mal humor y callada o parlanchina y pasada de rosca. Ya no sabía cómo comportarse en su presencia. Por su parte, él atribuía esa conducta a la muerte de su abuela y se mostraba cariñoso con Lily, lo cual la irritaba más aún.

Lo único que le producía cierto consuelo eran los paseos con Jo. Solo con él tenía la sensación de que podía respirar de nuevo, o incluso reír. Se veían siempre que podían. Quedaban junto al río, cogían un carruaje para ir a alguna zona apartada y paseaban, conversaban, hablaban de libros, de los trabajadores del puerto, de las condiciones que reinaban en los Gängeviertel, de todo salvo de ellos.

Nunca se tocaban.

Y es que los dos sabían que si alguna vez traspasaban ese límite, ya no habría vuelta atrás. Pero Lily esperaba esos encuentros como ninguna otra cosa en el mundo y sentía que a Jo le ocurría lo mismo. Estaban jugando con fuego. Pero nada ni nadie habría impedido a Lily que acudiera a verlo.

Franz despertó y supo que algo iba mal. Pestañeó para sacudirse la modorra y se pasó la mano por la boca. Por la abertura de las colgaduras de la cama entraba la viva luz de la luna.

Tenía sed. Algo lo había despertado y no sabía qué era, solo sabía que se sentía extraño. Tenía el vello de los brazos erizado y notaba un cosquilleo en la nuca. Probablemente hubiese tenido un mal sueño. Cansado, bajó las piernas. Iba a levantarse para servirse un poco de agua cuando de pronto se quedó helado. Se sentó de nuevo, despacio.

Junto al armario, entre las sombras, había una figura.

Quería gritar, pero de su boca no salió sonido alguno. Clavó la vista en la oscuridad, temblando, las manos estrujando la colcha.

Estaba allí, en silencio; menuda, acurrucada como un niño. Pero él sabía que lo que había en la oscuridad no era ningún niño. El rostro se hallaba oculto en las sombras, y Franz notaba que su mirada lo abrasaba.

Cuando la luna le iluminó el rostro, él lanzó un gemido horrorizado. Lo sabía, ya lo había presentido mientras dormía.

Su abuela estaba como la habían encontrado: la espalda rota, la cabeza ladeada, los dientes saltados y los ojos sanguinolentos y vacíos. Le tendía una mano muerta.

—Franz —dijo, y su voz sonó como sonaba siempre—. Franz, muchacho.

Este dio un grito y se levantó. Con la respiración entrecortada se frotó el húmedo rostro y apartó deprisa las colgaduras.

En el rincón que quedaba junto al armario no había nadie.

Era un sueño. Solo eso. Otra vez. El corazón le latía deprisa. Se volvió a tender en la cama despacio, pugnando por reprimir las lágrimas que le quemaban en los ojos. Creía estar despierto, estaba seguro de que la había visto. Todo parecía tan real: la habitación, la colcha... Pero su abuela no estaba allí, su cuerpo se descomponía en el panteón de la familia, bajo los abetos rojos del cementerio de Ohlsdorf. Él mismo había visto cómo se cerraba la tapa del ataúd. Estaba muerta y enterrada. Ya no se hallaba entre ellos.

Pese a todo, Franz sabía que eso no era verdad. Su abuela seguía allí. Siempre estaría allí, en esa casa, en esa habitación, en su cabeza. Esperando en la oscuridad para ir en su busca. Para castigarlo por lo que había hecho.

¿Por qué había tenido que pasar? ¿Por qué había sido débil? ¿Por qué se habían besado en el pasillo? Su plan con Seda había salido a la perfección, solo habría tenido que mantenerse firme... Pero no había podido soportar no ver a Kai. Y su pasión los había vuelto imprudentes. Había perdido la cabeza y, por eso, había sucedido lo impensable. Jamás olvidaría la mirada de su abuela ni su cara de espanto. No pudo seguir pensando. Franz enterró la cabeza en las almohadas y rompió a llorar, sollozando con desenfreno, desesperado como un niño pequeño que había hecho algo malo y al que nadie en el mundo podía ayudar a reparar su error. Nunca se había sentido tan solo como en ese momento.

Varias semanas después la luna aún iluminaba los tejados de Hamburgo cuando Seda y Lise se

levantaron; el cielo se teñía despacio de un rosa argénteo y entre los rosales cantaban los primeros pájaros. Seda bostezó y se restregó los ojos. Cada mañana le costaba más pasar del sueño a la realidad, dejar la cama caliente y enfrentarse al largo y laborioso día. De un tiempo a esa parte, desde que Franz la obligaba a ir a verlo, se quedaba dormida llorando todas las noches, de manera que levantarse se le antojaba más duro aún, los días eran más largos y, sobre todo, más oscuros que antes. A veces tenía la sensación de que ya nunca volvería a estar alegre. Esa mañana, cuando Agnes llamó a su puerta, creyó que acababa de quedarse dormida. Se sentía aturdida, las piernas le dolían y se notaba la cabeza pesada.

No podía compartir con nadie su dolor, no se atrevía a hablar de ello. Ni siquiera lo sabía Lise, aunque ocupaban la misma habitación.

Las muchachas se vistieron a la luz de una vela, se ayudaron mutuamente con el corpiño, se peinaron y bromearon un poco sobre la reprimenda que había echado Agnes la tarde anterior por un delantal mal remendado. Luego bajaron a la cocina por la escalera de servicio.

Hertha ya había encendido el fuego, su dolor de muelas cada vez la sacaba antes de la cama. Agnes bajó al mismo tiempo que ellas, con los ojos hinchados. Lise empezó a preparar el desayuno y Seda fue al salón. Se sentía rara. ¿Qué le pasaba ese día? Notaba pesadez en las extremidades, los ojos se le querían cerrar continuamente.

Como cada mañana, abrió todas las ventanas y se puso a trabajar. Ese día era miércoles, lo que significaba que limpiarían los muebles. Aún medio adormilada empezó a poner las sillas en alto, limpiar el polvo de las cortinas y barrer las alfombras. Hizo lo mismo en el salón de desayunos. Cuando fue a la cocina para ver si ya estaba listo el servicio sintió una extraña opresión en el estómago. Primero hizo caso omiso, pero de pronto se alarmó.

Algo iba mal.

Al oler el tocino que estaban friendo en la sartén, no se pudo aguantar más. Salió fuera y vomitó un líquido caliente junto al gallinero. Se arrodilló en la húmeda hierba, escupiendo y jadeando, mientras intentaba controlar su estómago, que se rebelaba de nuevo.

—Vamos, vamos —le susurró Hertha preocupada cuando entró de nuevo—. Ven a sentarte un momento. No habrás cogido nada, ¿no?, últimamente estás tan callada y abatida... Hace ya algún tiempo que pienso que estás incubando algo.

Seda negó con la cabeza.

—No es nada —musitó.

Pero no pudo comer, seguía sintiendo ese extraño mareo. «Hoy estoy para el arrastre», pensó. Aunque no podía tumbarse, había demasiado que hacer. Mientras ayudaba primero a Sylta y después a Lily a vestirse para bajar a desayunar, intentó disimular lo mal que se sentía.

—Hoy te noto distinta —observó Lily mientras miraba a Seda por el espejo.

—¿Sí? —preguntó ella, contando con que acto seguido le diría, como todos los demás, que tenía mala cara.

—Sí, tienes las mejillas más llenas —afirmó Lily risueña—. Te sienta bien.

Cuando Lily y Sylta bajaron a desayunar y Seda hizo las habitaciones, dio la vuelta a los colchones y remetió las sábanas, limpió el palanganero y rellenó de agua las jarras. Las palabras de Lily resonaron en sus oídos. Y la asaltó un presentimiento. Un oscuro y horrible presentimiento que, en cierto modo, había estado ahí todo el tiempo pero había reprimido con resuelta desesperación. Ni siquiera entonces era capaz de admitirlo, ni tan solo era capaz de expresar con palabras en su mente lo que en realidad ya sabía. Con mano temblorosa se puso el cinturón de seguridad que habían adquirido en la casa para que limpiaran las ventanas desde el año anterior, después de que una muchacha de la casa contigua se cayera por la ventana y sufriera un accidente mortal. Sylta insistía en que se lo pusieran, aunque en realidad a Seda le parecía innecesario. Sin embargo, ese día se alegró de llevarlo, ya que, cuando se asomó y se puso a fregar el marco de las ventanas a esa altura vertiginosa, volvió a sentir náuseas. Se tapó la boca con la mano y continuó, concentrándose por completo en el trabajo. A pesar de esforzarse, no lo consiguió.

Los árboles y los arbustos daban vueltas, vio cómo relumbraba el Alster y la grava del camino de acceso, y de pronto todo se volvió negro.

De no ser por el cinturón, se habría precipitado al vacío desde una segunda planta.

Más tarde estaba en la cama, aturdida, mirando al techo, al cuidado de Hertha y con una botella de estaño caliente en los pies. ¿Qué iba a hacer?

No lo sabía. Solo sabía que iba a tener un hijo. Un hijo que nunca había querido, de un hombre al que despreciaba hasta la médula. Seda cerró los ojos y lloró en silencio contra la almohada.

Franz se sentía rebosante de entusiasmo. Iba por las calles saludando a derecha e izquierda, con una sonrisa de oreja a oreja en el rostro. Hacía mucho que no experimentaba semejante ligereza. Ya nadie volvería a dudar de él, y sus padres se avergonzarían profundamente por la sospecha que habían abrigado. Incluso podría dar largas a Oolkert; al fin y al cabo, seguro que no querría que a su hija le acabase salpicando un posible escándalo.

Subió de dos en dos los peldaños de la escalera del club. Primero invitaría a una ronda y después consultaría con discreción a los caballeros pertinentes. Sabía sin lugar a dudas a quién podía pedir consejo en lo tocante a las formalidades que se sucederían en adelante y a quién debía contar la historia para que la difundiera por la ciudad. Esa misma noche ya sería tema de conversación en más de una cena y en más de un salón de *skat*. Nunca llegaría a oídos de la opinión pública y, aun así, todo el mundo lo sabría. Así era como funcionaban las cosas. Era un mecanismo bien engrasado.

—¡Eres un granuja redomado! —Diez minutos después, Reginald, un conocido suyo, le daba unas palmaditas en la espalda en señal de reconocimiento. La historia de Franz ya se había

extendido por el club—. Empezaba a pensar que eras el único de nosotros que conservaría la inocencia eternamente.

Satisfecho, Franz dio una chupada al cigarro puro e hizo como si ello le desagradase.

—¡Chisss, chisss! No hace falta que se entere toda la ciudad —protestó, si bien sin bajar la voz. Se retrepó en el sillón con placer y expulsó bocanadas de humo unos instantes.

—Solo encárgate de que la muchacha firme y no te pasará nada. Deberías darte maña a la hora de expresarte, para que no acabe volviendo en algún momento y exija que reconozcas la paternidad. Pero, como es natural, me figuro que lo dejaréis en manos de vuestro abogado, ¿no? —preguntó Reginald, que apuró el whisky de un trago e hizo una señal a un camarero para que le sirviese otro.

Franz asintió.

—Por descontado. Todas las precauciones son pocas.

En ese momento sobre su rostro se cernió una sombra. Al levantar la vista su mirada se encontró con la de Ludwig Oolkert.

—Mi querido amigo. ¿Tienes un momento? —Oolkert sonreía, pero Franz vio que había algo raro en esa expresión.

—Ludwig. Desde luego, ¿vamos al bar?

Oolkert negó con la cabeza.

—He pedido que nos reserven la biblioteca —repuso con frialdad.

Franz arrugó la frente. Se levantó, le puso en la mano el cigarro a un desconcertado Reginald y siguió a Oolkert. De pronto se le revolvió el estómago. No sabía que Oolkert se encontraba en el club ese día. ¿Qué querría?

En la habitación, de techo alto y revestida de madera, la luz entraba sesgada por las multicolores ventanas con forma de arco, que permitían contemplar los soberbios jardines del club. Oolkert cerró la puerta cuando entraron e indicó a Franz que se sentara.

Sudoroso, Franz se acomodó en un sillón de piel y se aflojó la corbata.

—¿Qué ocurre? —preguntó con aire inocente, sonriendo.

—¿Que qué ocurre? —Oolkert se paseaba por la habitación con las manos unidas a la espalda —. ¿Qué ocurre? Veamos... —dijo pensativo. Se volvió de golpe y escudriñó a Franz con una mirada penetrante—. Me acabo de enterar de la... precaria situación en que te encuentras.

Franz tragó saliva. Como era natural, quería que Oolkert lo supiera, pero no tan pronto ni de esa manera. Pretendía vendérselo como un pequeño fastidio del que no valía la pena hablar pero que debía quitarse de en medio y después ya se vería. Quería que lo supiese por él mismo. Si lo había sabido antes por las habladurías y las indirectas de los hombres, sin duda daría la impresión de que Franz se burlaba de él y de Roswita. Había fanfarroneado debidamente con los hombres, por supuesto fingiendo sentirse avergonzado. Al parecer alguna rata inmunda había ido corriendo con la historia a Oolkert.

Franz se acaloró.

—No lo entiendes... —empezó, pero Oolkert lo interrumpió con un movimiento de mano.

—No. Eres tú el que no lo entiende, Franz. —Se apoyó en su bastón y entonces Franz fue consciente de lo alto que era. La luz que entraba por las vidrieras dibujaba sombras en su rostro —. Arreglarás esto. Lo más discreta y rápidamente posible. La muchacha desaparecerá y no volverás a hablar una sola palabra de ella con nadie. —Oolkert hizo una pausa significativa—. Y cuando este asunto esté zanjado, pedirás la mano de mi hija.

Franz cogió aire con fuerza.

—¿Qué? —preguntó, riendo perplejo.

Oolkert no apartó la vista de él ni un segundo.

—O la ciudad entera sabrá lo de tu hermano —añadió en voz baja. Franz sufrió un mareo repentino y clavó los dedos en los brazos del sillón. Era como si el mundo se desdibujase a su alrededor. Tardó unos segundos en caer: Weber. Debía de haberle hablado a Oolkert de Michel —. Sé que es una enfermedad hereditaria. Si se llegara a saber, no solo tu hermana perdería a su prometido, sino que también supondría un duro golpe para toda vuestra familia. Ya habéis perdido a Weber y Borger, y yo también me retiraré. Como es natural, no puedo hacer negocios con una familia así, ¿no te parece?

—Pero... ¿cómo puedes querer que me case con tu hija? —inquirió Franz en voz baja. Tras la conmoción inicial, un frío hormigueante, paralizador, le corría por las venas.

Oolkert asintió.

—Es un riesgo, pero hay medios y maneras. Yo ya tengo nietos, así que mi legado está resuelto más que de sobra. A mí solo me interesa la boda. En vuestra familia solo está enfermo uno de tres hijos, las probabilidades de que engendres al menos un descendiente sano son buenas. Como es natural, Roswita no sabrá nada. Y si al nacer resultara que tuviéramos mala suerte... Bien, en ese caso me ocuparía del asunto, como hago siempre.

Franz se quedó de una pieza. ¿Cómo podía hablar alguien con tanta frialdad de esas cosas?

—¿A qué te refieres cuando hablas de «ocuparte»? —quiso saber, pero Oolkert se limitó a sonreír.

—Con toda seguridad no cometeré el mismo error que cometisteis vosotros, poniendo con ello en peligro a mi familia por dejar que en mi casa crezca un engendro —aseveró. Franz notó que lo asaltaba la furia—. Pero es hablar por hablar, por el momento los detalles carecen de interés. Lo importante es el negocio. Te casarás con Roswita y pondrás a tu padre al corriente de esta pequeña charla. Y ya veremos si no llevamos pronto a buen puerto nuestro pequeño proyecto en la India. —Oolkert sonrió y fue hacia la puerta despacio, arrastrando el bastón, que iba arañando la madera—. De los detalles del compromiso hablaré con tu padre —añadió sin volverse—. Que tengas un buen día.

La puerta se cerró al salir y Franz se quedó donde estaba, hundido, clavando la vista en la alfombra. Aunque por las ventanas aún entraba una luz viva, era como si de pronto el mundo a su alrededor se hubiese vuelto oscuro.

Oscuro y frío.

7

Cuando el calor del verano hamburgués fue aflojando y dio paso a los primeros días templados y dorados del otoño, Sylta fue con Eva Oolkert y sus hijos a recuperarse a su casa a orillas del mar. Ya hacía un tiempo que la salud de Sylta seguía empeorando. Emma acudía a la casa con regularidad pero, como ya había pronosticado, lo único que se podía hacer era mitigar los síntomas, no combatir la enfermedad en sí. El doctor Selzer se había negado a hablar con ella de Sylta, pero cuando Alfred le dijo cuál había sido su diagnóstico y le enseñó los medicamentos que le había prescrito, el médico hubo de admitir a regañadientes que Emma podía estar en lo cierto.

Todos ellos llevaban ya algún tiempo intentando convencer a Sylta de que fuera a descansar al campo, pero ella siempre había rehusado por Michel, al que no quería dejar solo. Sin embargo, cuando recibió la invitación y tanto Emma como su familia insistieron en ello, acabó accediendo. De manera que Sylta se fue y la casa se volvió un poco más silenciosa de lo que ya era.

Su ausencia concedió a Lily libertades desconocidas hasta entonces. En ningún momento de su vida se había dado la coincidencia de que faltaran a la vez su abuela, su institutriz y Sylta. Ahora veía varias veces a la semana a Jo o acudía con Martha, Isabel y las demás a encuentros socialistas secretos. Aunque Hertha y Agnes se preocupaban y querían retenerla en casa todo lo posible, Lily mentía tan hábilmente y con tal falta de escrúpulos, aduciendo salidas con Henry y su círculo de aprendizaje, que no les quedaba más remedio que dejar que se fuese. Lily sabía de sobra que solo si fuera del todo necesario se atreverían a importunar con tales cosas a su padre, que se pasaba el día entero en la naviera y por la tarde volvía a casa cansado y tenso. Y aunque a ella le remordía la conciencia, no se podía resistir ni a Jo ni a la tentación que suponían el círculo de mujeres y su nueva vida.

Lily desacataba las normas no solo yendo sola a la ciudad, también leía todos los libros que antes le estaban prohibidos; sustrajo a Victor Hugo de la biblioteca de su padre y se pasaba las noches rumiando sus propios textos, que cada vez eran más políticos y de crítica social. Solo entonces fue consciente de que en la literatura las voces femeninas prácticamente no existían. Aparte de escritoras de novelas folletinescas, apenas había una novelista que se hubiese hecho un nombre en el mercado.

—Las pocas mujeres que se atreven a escribir, lo hacen bajo un seudónimo masculino. De lo contrario nadie se toma en serio sus obras o tan siquiera las publican —le explicó Isabel en uno

de sus encuentros—. Es muy triste, pero resulta comprensible: tienen miedo de ponerse en ridículo.

A Lily cada vez le interesaba más la descripción de las mujeres en los libros que leía. Se dio cuenta de que todas las figuras que antes le servían de modelo eran creaciones masculinas y, por tanto, no podían expresar la verdadera forma de pensar o de sentir de una mujer. Cuanto más se ocupaba de estas cuestiones, tanto más aguda se volvía su mirada y mejor entendía la magnitud de la represión sistemática a las mujeres y sus derechos en todos los aspectos de su vida.

Poco a poco fue cambiando su forma de pensar, de hablar, de verse y ver el mundo. Se dio cuenta de que era muy poco lo que tenía ya en común con la Lily de antes.

—Últimamente no te reconozco —le dijo Berta un buen día después de que en el descanso se volvieran a enzarzar en una discusión.

Lily se limitó a asentir.

—Ni yo misma me reconozco —admitió, y su voz dejó traslucir un orgullo indisimulado.

—¿No te parece bastante hipócrita? —inquirió Berta, arrugando la nariz—. Vives en una villa a orillas del río, con criados que lo hacen todo por ti. ¿Qué sabes tú de los derechos de las mujeres?

Lily asintió despacio.

—Tienes razón, no sé de primera mano qué se siente al ser explotado, pero derechos tampoco tengo; en ese sentido el dinero de mi familia no me sirve de nada.

Berta puso cara de no entender del todo lo que quería decir.

—Pero no nos peleemos más. —Lily le cogió la mano a su amiga—. Al final no conduce a nada. De todas formas, quería pedirte una cosa... —Sacó del bolso unos papeles que le dio—. ¿Te importaría darle esto a Friedrich y pedirle que le eche un vistazo?

Berta se puso blanca como la pared.

—¿Qué es? —preguntó, pero en lugar de extender la mano observó los papeles como si tuvieran una enfermedad contagiosa.

—Unas cosas que he escrito. Artículos, por así decirlo, reflexiones. Me interesaría saber su opinión, no conozco a nadie más que escriba de manera profesional.

Berta negó con la cabeza.

—No puedo llevar algo así a casa —rehusó.

—Tampoco hace falta que se lo leas a tus padres. Si alguien lo encuentra, di que no sabes qué es. Por favor, Berta, sería muy importante para mí.

Lily la miró con insistencia y Berta acabó cogiendo los papeles con cara de pocos amigos.

—Está bien, lo intentaré —afirmó.

Pero unos días más tarde abordó a Lily y se los devolvió.

—Ahora mismo no tiene tiempo y dice que pruebes de nuevo dentro de unas semanas.

Lily miró a Berta ceñuda, pero esta rehuyó su mirada y se sentó junto a Anna-Maria.

Aunque estaba muy volcada en sus propios problemas, Lily era consciente de que su padre no se encontraba bien. Casi pareció alegrarse cuando Sylta se fue al mar. Lily sabía que la enfermedad de su madre le daba quebraderos de cabeza. De un tiempo a esa parte cada vez estaba más irritable. Ella se preguntaba a menudo si no habría otro motivo por el que su padre se comportaba de manera tan distinta. Era como si sobre sus hombros pesara una carga invisible. Cada día parecía un poco más cabizbajo. Lo observaba atemorizada, sabía que con su propio comportamiento contribuía a sus numerosas preocupaciones y que, si alguna vez llegara a saber una mínima parte de los secretos que guardaba, su padre se sentiría profundamente escandalizado y dolido.

Tampoco Franz parecía el de siempre. La muerte de Kittie lo había afectado más de lo que Lily habría creído posible. Se había vuelto taciturno y desabrido, hablaba con ella menos aún que antes. La mayoría de las veces Lily solo lo veía en la cena, y el único tema de conversación de su padre era la naviera. Lily se sentía innecesaria y sola. De no ser porque Michel la necesitaba, habría preferido no volver a casa. Pero la ausencia de su madre afectaba mucho al niño, lo confundía y lo volvía más apegado aún que de costumbre, de manera que Lily pasaba con su hermano todo el tiempo que estaba en casa.

—Toma, para ti.

Jo alzó la vista sorprendido. Lily le ofrecía algo: un libro. Él lo cogió arrugando el ceño.

—*Madame Bovary* —dijo después de quedarse mirando el título un rato—. ¿Por qué me regalas esto?

—Quiero que lo leas —pidió ella.

—¿Quieres que lea esto? —Jo se echó a reír extrañado—. Y ¿para qué?

—Para que me entiendas mejor.

Jo la miró atónito.

—Pero si entiendo todo lo que dices.

—No, no es así. O al menos no de verdad. Hasta hace poco ni yo misma lo entendía. Es muy emocionante e interesante, no te preocupes. A mí me ha abierto los ojos. De hecho, últimamente los libros me abren los ojos a muchas cosas. Yo ni siquiera sabía todo lo que hay, todo lo que se ha escrito, que hay más mujeres, no solo Martha, Isabel y Emma. Otras mujeres en todo el mundo que piensan como nosotras. ¡Y hombres también! Esta novela la escribió un hombre. Flaubert lo entendía, nos entendía. —Lo dijo con rabia, las mejillas rojas y los ojos brillantes. En ese momento a Jo le pareció tan irresistible que tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no cogerla y estrecharla entre sus brazos—. ¿Lo leerás? —preguntó, dando un paso hacia él.

Jo miró su boca, sus labios rojos y asintió.

—Si tú quieres... —susurró entrecortadamente. En ese momento habría dicho sí a todo.

Lily sonrió.

Por la tarde sacó el libro. Era gordo. Muy gordo. Lo abrió y pasó las hojas hasta el final: más de cuatrocientas cincuenta páginas. Se quedó estupefacto: tardaría años en leerlo.

Al principio solo leía unos minutos por la noche, a la luz de una vela, hasta que los ojos se le cerraban y el libro acababa en su cara. ¿Qué le había dado Lily, una historia interminable sobre un médico raro? Jo solo entendía la mitad. Después del trabajo casi siempre estaba tan cansado que no se tenía en pie, pero se obligaba al menos a leer unas páginas para que si un día Lily le preguntaba qué le parecía el libro él no tuviera que admitir que no lo había leído.

Y se dio cuenta de que mejoraba, avanzaba más deprisa, sus ojos se acostumbraban a las palabras. De que a veces pasaban por una frase y él la entendía sin más por completo, de principio a fin, antes incluso de que hubiese entendido cada una de las palabras.

Empezó a llevar consigo el libro, se lo metía en el pantalón por detrás, bajo la camisa, y lo sacaba siempre que tenía un descanso o podía sentarse unos minutos. Y comenzó a entender un poco mejor lo que Lily quería decirle. Aunque todavía no estuviera dispuesto a admitirlo.

—¿Me traes otro libro? —preguntó al cabo de unas semanas, y hasta él mismo se sorprendió. Pero cualquier pretexto era bueno para volver a verla. Además, y esto era algo que ni siquiera quería reconocer del todo, leer le había gustado. Acabó familiarizándose con el libro, vio más que las palabras escritas en el papel. Fue como si él hubiese estado presente, como si hubiese vivido la historia. ¡Y menuda historia! Pensaba con frecuencia en los personajes, casi los echaba en falta ahora que había terminado la novela. La muerte de Emma Bovary le afectó.

Cuando se lo contó a Lily, esta lo miró con cara de sorpresa.

—¿De veras?

Él asintió.

—Ese Flaubert no tenía un pelo de tonto.

Lily sonrió.

—Flaubert —repitió, pero pronunciándolo «flober»—. Es francés. El libro es famoso, ¿lo sabías? En Francia armó tal escándalo que su autor terminó en los tribunales. Lo acusaron de ultrajar las buenas costumbres y la moral.

Jo se rio.

—Me lo imagino perfectamente, nunca había oído o leído algo así.

Nunca había leído nada, pero eso, claro está, no lo dijo.

Como siempre que entraba en sus habitaciones en la villa, Franz se acordaba de Kai. Lo echaba de menos; su olor, sus manos, su risa. Eso era algo con lo que no contaba. Se entendían bien pero nunca habían hablado de sentimientos. Lo cierto era que nunca habían hablado mucho... Sin embargo, ahora se daba cuenta de que Kai era la única persona que entendía lo mucho que estaba sufriendo. La única persona a la que se había sentido unida de verdad. Y ahora también la única persona que sabía lo que había sucedido realmente aquella noche espantosa...

Entonces fueron débiles, no pensaron y aquello acabó en una catástrofe. Era demasiado peligroso, así de simple. Y, después de todo, lo había conseguido, había hecho un esfuerzo, había resistido la tentación y no le había vuelto a pedir que acudiera a sus habitaciones ni una sola vez. Pero, cielo santo, ¡cuánto lo echaba de menos!

Cansado, se quitó la chaqueta y se sirvió un whisky que se bebió en el acto, y después otro. No podía correr el riesgo, ahora que Seda estaba embarazada... llevaba todo el día pensando en ello, dándole vueltas a la idea en la cabeza. Pero ¿y si volvía a pillarlos alguien? No, sencillamente era demasiado...

—Franz. —Una voz a sus espaldas lo hizo estremecer.

—Kai... —exclamó él, sin dar crédito a sus ojos. No se lo podía creer. Era como si Kai hubiese salido de sus pensamientos para materializarse en la habitación—. ¿Por qué estás aquí? —preguntó con voz bronca. Nunca había entrado en su habitación sin que él lo llamara.

Para entonces Kai se había acercado más, sus manos casi se tocaban. Franz percibió el olor familiar de su piel y sintió un cosquilleo en el cuerpo.

—Solo... quería verte... —repuso, pero Franz no le dejó tiempo para que terminara la frase. Lo atrajo hacia sí y lo besó con tal pasión que Kai dejó escapar un sonoro gemido. Se soltó, fue deprisa a la puerta y echó la llave.

—¿Cómo dices? —Lily miró a Emma con tal cara de estupefacción que esta tuvo que contener la risa. Se mordió el carrillo por dentro para no mofarse de la ignorancia de su amiga—. ¿Condones? ¿Qué se supone que es eso?

Emma profirió un leve suspiro y cogió un pastelito de la mesa. Las dos estaban en el salón de su madre, ideando un nuevo panfleto para el círculo de mujeres cuando, hacía un momento, Emma había desviado hábilmente el tema. Masticó, se chupó los dedos y respondió:

—¿De verdad no has oído hablar de ellos? Ojo, te chocará un poco, pero, créeme, deberías tener unos cuantos a toda costa. —Explicó de manera escueta pero clara qué eran y cómo se utilizaban los condones—. Solo hay que deslizarlos —terminó diciendo—. Casi todos son de tripas de cordero y muy finos, casi ni se notan. Para el hombre, no obstante, es un poco desagradable, ha de atarlos firmemente con un cordel, pero poniendo cuidado de no apretarlos en exceso, de lo contrario la sangre se acumula y es muy doloroso —aclaró Emma risueña, y bebió un sorbo de té para que Lily, que se había puesto roja como un tomate y no sabía adónde mirar, tuviera tiempo de recomponerse. Siempre era una delicia ver lo mucho que la desconcertaban esos temas.

—Pero..., no entiendo... —balbució Lily—. No lo dirás en serio. No me estarás tomando el pelo, Emma, ¿verdad?

—Pues claro que no. —Esta se rio—. Por supuesto que hay muchos otros medios, pero la mayoría de los que están extendidos hoy en día no son eficaces. Muchas mujeres se introducen

un limón previamente vaciado. Como medida de precaución, el aire es igual de bueno. Casi todas se lavan después de realizar el acto, algo que resulta dificultoso y la mayor parte de las veces tampoco sirve de nada. También hay hierbas y remedios, pero, hazme caso, los condones son lo más seguro. Ahora los fabrican incluso de caucho. En Francia ya los hay a montones, pero aquí, cómo no, todo es bastante complicado. No quieren que las mujeres o los hombres jóvenes trabajen en las fábricas porque es indecoroso. Y eso que es un invento de lo más útil. Dicen que incluso ayuda contra la sífilis.

—¿La sífilis?

Una vez más Emma tuvo que reprimir un «ay». Ciertamente era increíble. Pero claro, ¿cómo iba a saber una muchacha como Lily qué era la sífilis?

—Una enfermedad terrible que se transmite, entre otras maneras, con el acto carnal. Por eso también se conoce como «mal francés» —apuntó Emma con profesionalidad—. Está muy extendida. Salen heridas abiertas y llagas en todo el cuerpo, incluso en las partes íntimas. Los ganglios linfáticos se inflaman y... Pero dejemos esto. —Se interrumpió nada más ver que Lily no solo palidecía, sino que además iba a hacer otra pregunta, ya que al parecer no sabía qué eran los ganglios linfáticos—. Da lo mismo. Créeme si te digo que no querrías contraerla —terminó con brusquedad. Sin embargo, no pudo evitar añadir acto seguido—: Es atroz. Hay que tratarla con mercurio, lo que a su vez hace que se caigan el pelo y los dientes, y al final poco a poco empiezan a fallar las funciones corporales. No tiene cura.

Emma bebió otro sorbo de té y observó por encima de la taza la reacción de su amiga. No obstante, casi siempre el mejor método era la disuasión. Cada vez estaba más consagrada a proteger a las mujeres de embarazos no deseados. Se había dado cuenta de ello sobre todo desde que trabajaba en el Gängeviertel. Nunca había visto tanta miseria, tanta suciedad, tanto desaseo. Ni siquiera en Londres, en Whitechapel, y eso que allí a veces llegó a pensar que el infierno no podía ser un lugar peor.

—Emma, no sé por qué me cuentas esto, no tengo intención de...

—Sé que no la tienes, pero esas cosas pasan más deprisa de lo que tú crees. Y después te quedas embarazada. ¿Es eso lo que quieres?

—¡Eso no pasará nunca! —exclamó Lily horrorizada.

—Lily, os veis a escondidas desde hace semanas. Sientes algo por Jo, es más que evidente. No intentes hacerme creer que entre vosotros no ha pasado nada aún...

—Bueno... —Si acaso era posible, Lily se puso más roja todavía. Se revolvió en su silla—. Nos hemos besado. Pero de eso ya hace tiempo, y no puede volver a pasar.

Emma asintió. Lo sabía, su instinto era infalible. Por suerte había llegado a tiempo, al menos si Lily le decía la verdad y, en efecto, todavía no había ocurrido nada más.

—Bien. En ese caso deberías comprar condones. En América son ilegales, aquí se pueden adquirir pero has de acudir a la botica o a un médico. Y son muy caros. Ese es el único

inconveniente. Si se pudieran comprar más baratos, seguro que su uso se habría extendido más. Pero los puedes lavar y volver a utilizar. Y...

—Y ¿qué?

—En fin, no gozan precisamente de aceptación social. La Iglesia, cómo no, está en contra, pero también la mayoría de los políticos. Claro que, a diferencia de mí, ellos tampoco se enfrentan a diario a las consecuencias de los embarazos indeseados. Si pudieran ver lo que yo veo, seguro que no estarían tan en contra de que se tomaran precauciones. —Negó con la cabeza —. Por término medio, las mujeres se quedan embarazadas diecisiete veces a lo largo de su vida. ¿Te lo imaginas? ¡Diecisiete! Naturalmente, no sobrevive ni siquiera la mitad de los niños, pero aun así. Cada embarazo y cada parto son un esfuerzo físico tremendo para el cuerpo de la mujer. Casi todas son trabajadoras sencillas, muchas ni siquiera comen lo suficiente para saciarse, están desnutridas y enfermas. Desde luego, en el caso de una dama como tú la cosa sería distinta... Tú tienes comida de sobra, un médico y te puedes permitir no trabajar.

—Si me quedara embarazada de Jo, no tendría nada de eso —reflexionó Lily en voz baja—. Mis padres me echarían de casa.

Emma negó con la cabeza.

—No serías la primera hija de buena familia a la que le pasa algo así. Existen bastantes medios y formas para arreglar semejante paso en falso. Se les ocurriría algo. Echarte de casa sería, con mucho, el mayor de los escándalos.

—Entonces ¿tú crees que debería...? —balbució Lily.

—Eso creo, sí —contestó Emma con determinación. El pudor siempre la impacientaba—. Como es lógico, no puedes entrar sin más en una botica para pedirlos, tu familia se enteraría en el acto. Pero yo tengo contactos. Te puedo procurar algunos condones.

Lily se asustó.

—Pero es que no me imagino...

—Pasará si os seguís viendo.

Lily puso cara de espanto.

—¿Quieres decir que me lo exigirá? —inquirió.

Emma rechazó esa idea con un gesto.

—Lily, no seas borrica. Lo querrás tú igual que él.

—Pero la hermana de Berta dice que las mujeres no sienten ningún placer y con frecuencia puede ser muy doloroso. Además, la sola idea... —Lily hizo un gesto negativo—. Es que sigo sin creer que las personas hacen eso de verdad.

Emma rio con suavidad.

—Tienes razón, tiene un algo absurdo. La primera vez puede doler, es cierto. Pero después es maravilloso, créeme. De todas formas ya lo has besado, te habrás dado cuenta del efecto que causa en ti su proximidad. Después será cien veces más intenso.

Ahora Lily parecía completamente desconcertada. De pronto alzó la vista.

—Pero ¡debo llegar virgen al matrimonio! —aseveró—. ¿No se daría cuenta Henry de que...?

Emma se echó a reír.

—Bah, pamplinas. ¿Cómo se iba a dar cuenta? Cierto, muchas mujeres sangran un poco la primera vez, pero otras muchas no. En ese caso, tú formarás parte de estas últimas. Solo tendrás que hacer como si no supieras lo que quiere de ti. Estar un poco rígida, quizá mostrarte algo avergonzada, y él no notará nada. Además..., no quiero que parezca que lo digo con mala intención, pero eres una criatura tan inocente y delicada... ¡Por lo menos por fuera! —se apresuró a decir, al ver que Lily iba a saltar—. Estoy segura de que tu prometido te idolatra y jamás sospecharía que tienes un amante secreto en el barrio del puerto. Eso no se piensa de alguien como Lily Karsten.

—¡Es que no lo tengo! —aseguró Lily indignada.

—Todavía —puntualizó Emma sin alterarse. De pronto no pudieron evitar soltar una risita incontrolada, como si fuesen dos niñas pequeñas—. Debo decir que cuando os vi juntos aquella vez no me pudo chocar más —admitió cuando hubo recobrado la seriedad—. Me equivoqué por completo al juzgarte.

—Entre nosotros no ha pasado nada, de veras —objetó Lily, pero también ella tuvo que sonreír con picardía mirando a la taza—. Entonces ¿tú...? ¿Alguna vez has...? Porque casada no estás y... —No era capaz de mirar a los ojos a Emma.

—¿Bromeas? ¿Solo porque no estoy casada debo renunciar al amor físico? —planteó esta—. Desde luego que lo he hecho. ¡Muchas veces! Es maravilloso, y no olvides esto: una vez que empiezas, ya no quieres parar. Como es natural, el compañero ha de ser el adecuado... —añadió, y de pronto se sintió un tanto débil. «Con el tiempo que hace y pensar en él todavía me turba», pensó. Echó mano deprisa de un pastelito para disimular la emoción que la embargaba. Al morderlo, la dulce masa se volvió un mazacote pesado en su boca. De pronto fue como si tuviese un nudo en la garganta.

—Emma, ¿qué ocurre? —preguntó Lily en voz queda. Había visto en el acto que pasaba algo.

—Ah, no es nada. —Emma esbozó una sonrisa forzada y le restó importancia con un gesto. «No pienses en él, no pienses en él, no pienses en él», se ordenó—. Una vez estuve muy enamorada, Lily. Pero como dije en casa de la señora Herder: los hombres no se casan con médicas. Y yo siempre he sabido que este es mi camino. Desde la primera vez que me senté en un banco en el aula y abrí uno de mis libros. —De repente notó que tenía que parpadear. Maldición, ojalá pudiera apartar sin más sus sentimientos.

—Pero si estás llorando. No puede ser. —Lily se levantó de un salto asustada, y la abrazó con tal vehemencia que de pronto a Emma se le metieron sus rizos en la boca y, sintiendo que se ahogaba, tosió. Después, ambas no pudieron evitar soltar tal carcajada que la tristeza de Emma desapareció de un plumazo.

—Para mí los hombres se han terminado. Podría tener un amante, sin duda, pero eso siempre entraña riesgos y, además, no tengo tiempo. Cuando no trabajo estoy en el seminario o con mi

madre. ¿Cómo va a tener cabida en mi vida también un hombre? —bromeó, aunque en lo más profundo de su ser decirlo le doliera amargamente—. No, sola es como mejor estoy. Pero tú tienes nada menos que a dos hombres que te hacen la corte y por eso has de andarte con cuidado.

Lily negó con la cabeza.

—No te preocupes. No llegaremos tan lejos —afirmó con energía.

Pero Emma vio la inseguridad reflejada en sus ojos.

8

Anochecía cuando Lily subía por el camino de la villa. Llegaba tarde, confiaba en que su padre y Franz todavía no hubiesen vuelto de la naviera. Cuando entró en casa la recibió un silencio inusual. Solo se oía el tictac del reloj del vestíbulo y un leve murmullo que salía de la cocina.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó cuando Seda la ayudó a quitarse el abrigo. Al ver que no contestaba, Lily se volvió hacia ella. Entonces reparó en la expresión de Seda—. ¿Qué te pasa? —Lily la miró con cara de preocupación, pero la muchacha negó con la cabeza y rehuyó su mirada.

—Será mejor que vayas a la cocina —repuso en voz baja—. Agnes te lo explicará todo.

—Explicarme ¿qué? —inquirió Lily desconcertada—. Pero si estás llorando.

En efecto, Seda tenía los ojos arrasados en lágrimas. De pronto se tapó la boca con la mano y salió corriendo.

Cuando Lily abrió la puerta de la cocina, se le escapó un grito atemorizado.

—Hertha, ¿qué ha ocurrido? —Se acercó a la cocinera, que estaba sentada a la mesa profiriendo sollozos ahogados. A su lado Agnes también lloraba mientras acariciaba el brazo a Hertha para consolarla. Cuando entró Lily, las dos habían levantado la vista asustadas.

Agnes se levantó y fue a su encuentro con paso vacilante.

—Siéntate, Lily —pidió—. Debemos decirte una cosa.

Lily se acomodó despacio en el viejo banco de madera y miró aterrorizada a las dos mujeres.

—Hablad de una vez, ¿qué pasa? No habrá muerto nadie, ¿no? —instó casi con enfado, del miedo que le estaban metiendo.

—No, eso no. —Hertha sollozó—. Pero como si hubiera sido así.

Agnes, que estaba más tranquila que la cocinera, se sentó frente a Lily y le tendió las manos. Lily las cogió con rigidez y Agnes le pasó los pulgares por el dorso con ternura.

—Lily —dijo en voz baja—. Tu padre y tu hermano se han ido hoy con Michel. Volverán mañana. Pero Michel no vendrá con ellos.

Lily oyó las palabras pero no las entendió.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó en voz queda. De pronto sentía mucho frío.

A Agnes le corrió una lágrima por la mejilla.

—Lo van a llevar a una institución. A partir de ahora vivirá allí. Es...

Lily se levantó de un salto.

—¡No! —exclamó. De pronto todo le daba vueltas, tuvo que agarrarse un momento a la mesa

—. No, no, no. —Sin escuchar las protestas de Agnes, salió de la cocina como una exhalación y subió corriendo la escalera, con la vista nublada por las lágrimas. No se lo podía creer hasta que lo vio con sus propios ojos. No podía ni quería creer que de verdad hubiesen hecho semejante cosa.

Presa del pánico, fue a la habitación de Michel. A simple vista todo estaba como de costumbre, pero entonces descubrió que faltaba el osito de Steiff, que siempre estaba en la almohada. También habían desaparecido su tren preferido y todos sus cuentos.

—No. —Lily sollozó horrorizada.

Corrió al armario y abrió las puertas: faltaba casi toda su ropa. Y el cofrecillo con los soldaditos de plomo también estaba vacío.

—No puede ser —balbució con voz ahogada—. No es posible. —Se dejó caer al suelo junto al cofre.

Así la encontraron Agnes y Hertha cuando, escasos segundos después, entraron tras ella en la habitación, respirando con dificultad.

—Lily, tal vez no sea para siempre. —Agnes intentó tranquilizarla, pero ahora Lily sollozaba con desenfreno.

—¿Lo sabe mamá? —preguntó, pero ella misma respondió su pregunta—. No, claro que no, ella no lo habría permitido. ¿Crees que por eso la mandaron al mar? —inquirió con amargura.

Hertha seguía llorando a lágrima viva, se había tapado la boca con un pañuelo y no pudo contestar, pero Agnes negó con la cabeza.

—¿Cómo puedes pensar eso, Lily? Jamás harían algo así.

—Ah, claro que sí, Franz lo haría —espetó Lily en voz baja. De repente notó que la acometía una ira sorda, sombría—. Haría cualquier cosa para proteger la reputación de la familia. Para salvar la empresa. Traicionaría a su propio hermano.

—Tu padre dice que allí estará mejor. Que hay personas que están familiarizadas con su enfermedad, médicos que siempre estarán presentes cuando sufra un ataque —adujo Agnes para tratar de calmarla.

—¡Dime, ¿dónde va a estar mejor que con nosotros?! —gritó Lily, y Agnes pegó un respingo —. ¿Tú crees que allí irán a verlo cuando tenga pesadillas por la noche? ¿O le leerán cuando no se pueda quedar dormido? ¿O bailarán con él por el salón y jugarán con el tren? —Su voz se había vuelto un chillido agudo. Sintió que era presa del pánico, le faltaba aire—. Tengo que ir con él —decidió mientras se levantaba—. Debo hablar con papá, no es posible que lo diga en serio.

—Pero, Lily, si ni siquiera sabemos dónde están —alegó Agnes.

Sin embargo Lily ya estaba bajando la escalera e irrumpía en el despacho de su padre. Como una furia revolvió los papeles que había en el escritorio, tiró al suelo lo que no le servía, abrió armarios y puertas.

—Tiene que estar por aquí, en alguna parte —afirmó mientras arrojaba a la alfombra un

montón de libros—. La dirección estará en alguna parte.

—Lily, ¿se puede saber qué estás haciendo? —Agnes entró e intentó detenerla, espantada, pero ella se zafó.

—¡En su habitación! —resolvió, y salió de nuevo al vestíbulo.

La ira le daba alas, subió la escalera volando. Pero cuando quiso abrir la puerta de las habitaciones de Franz vio que estaba cerrada con llave. Lily se lanzó contra ella echando pestes, forzó el picaporte, dio patadas a la madera. Aunque no sirvió de nada, la puerta estaba cerrada a cal y canto. Desesperada, pegó un grito, la aporreó, arrojó todo su peso contra ella.

Al final se dio por vencida. Cayó al suelo anegada en llanto y se quedó sentada donde estaba, con el cuerpo sacudido por terribles sollozos. Agnes y Hertha llegaron, la levantaron y la acompañaron a su habitación. Agnes le puso el camisón y Hertha, que seguía llorando, le dio dos cucharadas colmadas de un líquido amargo. Era como si el dolor se hubiese apoderado por completo del cuerpo de Lily, que se dejó caer en la cama y se hizo un ovillo. Acabó sumiéndose en un sombrío letargo.

Despertó muchas horas después. Fuera la luz era viva, un sol cegador se colaba por las colgaduras. Se frotó los ojos y se incorporó aturdida.

—¿Habrá sido solo un sueño? —se preguntó.

Pero entonces vio a Hertha. La cocinera estaba sentada en un sillón a los pies de la cama, profundamente dormida, con la cara acomodada en las manos; una cara surcada de arrugas y con expresión de preocupación. Llevaba puesto el uniforme y Lily se preguntó si la habría estado velando la noche entera. Cuando se movió, Hertha despertó y se enderezó de inmediato.

—Lily. —Sonrió tímidamente—. ¿Cómo te encuentras?

Lily no contestó.

—¿Han vuelto? —quiso saber, pero Hertha negó con la cabeza.

—Es probable que lleguen por la tarde, quizá incluso mañana —respondió con suavidad—. Vuélvete a acostar, anda, te prepararé algo de comer.

—No quiero nada. —No podía sentirse peor, le dolían todos los huesos del cuerpo.

—¿Es que no te encuentras bien? —Hertha se acercó a ella preocupada—. Por el amor de Dios, ¡estás ardiendo! —exclamó después de tocarle la frente—. Mandaré a Seda ahora mismo a por medicamentos y te prepararé un caldo. Y hoy te quedarás en la cama. Debe de ser la conmoción —dijo para sus adentros mientras arropaba a Lily.

Se tendió dócilmente. No le quedaban fuerzas, le dolían los ojos, la cabeza; todo. Pero el peor dolor era el del pecho. Era como si alguien le hubiese arrancado el corazón. No podía creer que su hermano ya no estuviese allí. Pensar en el miedo que estaría pasando se le antojaba casi insoportable. El niño nunca había salido de casa y ahora estaba solo en un lugar desconocido, sin su familia, rodeado de extraños.

—Por cierto, ha llegado una carta de tu madre —añadió Hertha desde la puerta, en voz baja,

mientras señalaba un sobre que estaba en la mesilla de noche. Lily se incorporó en el acto. Ahora veía la carta con el sello y la letra de su madre. Rasgó deprisa el sobre y leyó las líneas con voracidad.

Mi querida Lily:

Me encuentro de maravilla. Descansar no descanso mucho, aquí reina una gran actividad, pero disfruto de lo lindo con las risas de los niños. Después de tomar el té tenemos intención de ir a varear nueces todos juntos y por la tarde hay sopa de cerezas... Ojalá Michel pudiera vivir algo así, divertirse como se divierten los niños. Ayer fuimos a Scharbeutz, al lago Wendesee y al bosque; almorzamos y después nos dirigimos a la playa. Es mucho más bonita que la de Travemünde, Alfred debería erigir una casa de huéspedes allí...

Lily dejó caer el papel. Cómo no, Sylta no sabía nada... Le parecía terrible que su madre hablara de sopa de cerezas, a todas luces dichosa y relajada, y no supiese lo que había pasado en casa. «Ay, mamá —pensó desesperada—. Si supieras lo que han hecho con Michel.» Se le volvieron a saltar las lágrimas. Tenía la sensación de que ya no podría volver a ser feliz. Estrujó la carta con furia.

—Te sacaré de ahí, Michel —susurró—. En cuanto pueda y cueste lo que cueste. Te sacaré de ahí, te lo prometo.

Lily enfermó de tal modo que al día siguiente, cuando volvieron a casa, no reconoció a su padre y a Franz. La acometió tal acceso de fiebre que fantaseaba, decía desvaríos. En una ocasión, cuando deliraba, incluso intentó levantarse y salir por la ventana. Durante una semana estuvo tan débil que ni siquiera se pudo incorporar. Su padre se sentaba a diario junto a su cama, pero no podía hablar con él, ni siquiera podía mirarlo.

—¿Por qué? —preguntó una única vez con voz quebradiza, cuando al despertar vio que su padre la miraba con ojos cansados.

Él negó con la cabeza y las lágrimas se le saltaron.

—Era la única forma, Lily —repuso en voz baja.

Intentó explicarlo, habló de la compañía naviera, de inversores y negocios fallidos, de la reputación de la familia, pero ella no prestaba atención. Nada de ello explicaba por qué se había deshecho de su hijo.

Franz también fue a verla, pero ella lo echó de la habitación, le gritó que no le volvería a dirigir la palabra. Sabía de sobra que era quien había puesto en marcha todo aquello. Su padre jamás lo habría hecho sin que lo convencieran de ello.

Esperaron todo lo que pudieron para informar a Sylta, pero al final Alfred decidió ir al mar. Dijo que no soportaría tener que ver cómo llegaba su esposa y no encontraba a Michel. Quería hablar con ella a solas, lejos de casa.

Lily aguardaba febrilmente su llegada; pasó dos días yendo de un lado a otro en la casa, inquieta, incapaz de pensar con claridad. Pero cuando por fin regresó, su madre sorprendió a Lily con su reacción.

Lily creía que Sylta se pondría fuera de sí y se enfurecería, que haría elegir a su marido: o traía de vuelta a Michel o la perdería a ella. Pero no hizo nada de eso.

No hizo nada de nada.

La mujer que dos días después se bajó del carruaje era una desconocida para Lily. Estaba pálida y parecía ausente, como si ni siquiera se encontrase allí. Lily tardó un poco en comprender que su madre se hallaba bajo los efectos de fuertes medicamentos. Debilitada por el largo viaje, tuvo que ir a tumbarse. Cuando Lily por fin pudo hablar con ella, su madre no dijo ninguna de las cosas que ella contaba con oír.

Sylta estaba sentada en su sillón, cadavérica, la taza que sostenía en la mano temblaba ligeramente, su voz no era más que un soplo en el aire.

—Lily, sé lo duro que es para ti, pero ya conoces a tu padre. No quería esto, lo ha hecho porque lo consideraba la única salida. —Sylta guardó silencio—. Y tal vez tengan razón. He pensado a menudo que no está bien que Michel se vea obligado a vivir aquí escondido, encerrado. —Su mirada se perdió en la nada—. A menudo estaba solo —musitó—. No ha jugado nunca con otros niños. Al ver a los hijos de Eva retozando en el jardín pensé en lo egoístas que somos al mantener a Michel a nuestro lado porque lo queremos, cuando habría otros sitios en los que sería más feliz.

—Pero nos necesita —replicó Lily espantada. ¿Qué demonios estaba diciendo su madre?

Una lágrima le rodó por la mejilla a Sylta, que asintió.

—Lo sé —afirmó—. Y nosotros lo necesitamos a él. Pero tenía que pasar algún día. Siempre supe que no se podría quedar aquí, no para siempre. Tu padre ya ha hecho más que cualquier otro. Permitió que lo mantuviera a mi lado aunque contradijera todas las normas, e incluso a los médicos. No lo puede arriesgar todo solo para que nosotras seamos felices. Michel se encuentra bien, estoy segura. Tu padre y Franz jamás lo pondrían en malas manos. Y cuando se haya aclimatado iremos a visitarlo.

—¡Pero no es lo mismo! —exclamó Lily. Esas palabras no eran de su madre. En cada una de sus frases hablaban su padre y Franz.

De pronto Sylta se crispó.

—Debo tumbarme. —Se llevó una mano al vientre y se le desencajó el rostro por el dolor. Lily se levantó y se apresuró a llamar a Lise.

Cuando estaba tendida en la cama y el medicamento empezó a surtir efecto, Sylta dio rienda suelta a las lágrimas que había estado conteniendo todo ese tiempo con las últimas fuerzas que le quedaban. Lo que le había dicho a su hija también tenía por objeto calmarla a ella.

Cuando Alfred se lo contó, no se lo pudo creer y se desmayó en el sitio. Al volver en sí enloqueció de ira y de dolor y terminó descargando su rabia sobre él. Conocía a Alfred mejor que a cualquier otra persona en el mundo y tenía en los ojos unas lágrimas que no era capaz de derramar.

—A veces es preciso hacer cosas que le rompen a uno el corazón —argumentó en cuanto se lo explicó todo a Sylta, que, después de ver lo mucho que le había costado tomar esa decisión, no pudo enfadarse con él.

Su cometido era ocuparse de que tanto la familia como el negocio floreciesen y les fuera bien. La naviera era la obra de su vida. Sylta entendía por qué había hecho lo que había hecho, entendía que no había otra solución. Tendida allí en silencio veía cómo avanzaban las sombras por las paredes de su dormitorio y se preguntaba cómo iba a poder vivir sin su hijito.

Después de acostar a su madre con ayuda de Lise, Lily cerró la puerta sin hacer ruido. Permaneció unos segundos en el pasillo, escuchando la silenciosa casa. Su padre y Franz estaban en la naviera. Michel se había ido, su abuela había muerto. Allí ya no quedaba nadie.

Ese día su madre ya no se levantaría, sin duda. Lily bajó la escalera con determinación y se puso el abrigo. El aire frío la golpeó, hizo que recobrara el juicio. Notó que las lágrimas le corrían por la cara. Sylta era su última y única gran esperanza. ¿Cómo podía aceptar sin más que Michel ya no estuviera allí? Lily no entendía nada, solo sabía que tenía la sensación de que la villa ya no era su hogar, su mundo había cambiado para siempre y ya no sabía cuál era su sitio en él.

Cuando le abrió la puerta, con la camisa desabotonada y un libro en la mano, Jo la miró sorprendido.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —preguntó perplejo.

Lily no lo dejó hablar. Le echó los brazos al cuello y empezó a besarlo. Olía a tabaco y a cerveza, al puerto y a la ciudad, a todo lo que ella no podía tener y que, sin embargo, quería a toda costa. Su beso fue apasionado y exigente, y él supo de inmediato lo que significaba. Jo cerró la puerta de un puntapié, la cogió en brazos y la llevó a la cama sin dejar de besarla un solo segundo. Ella le tiró de la camisa, él le desató deprisa los cordones del vestido. Ambos tenían la respiración entrecortada, incapaces de desvestir lo bastante deprisa al otro. Al ver que no lograba abrirle el corsé, Jo se lo bajó hasta la mitad mientras Lily le quitaba el cinturón con impaciencia.

Habían esperado mucho tiempo, el deseo se había ido acumulando durante semanas, y ahora que por fin lo liberaban no veía el momento de salir. Cuando Jo empezó primero a besarle el cuello y después a acariciarle los pechos con la boca, la incipiente barba le provocó un cosquilleo a Lily y la arrolló una oleada de calor tan intensa que durante un instante le faltó el aire. Cayó en la cama y arrastró consigo a Jo. Todo cuanto le habían dicho en su vida del amor físico, del

arrepentimiento y el pudor, la decencia, el pecado y la virtud, se lo llevó el torrente de la pasión. Ni siquiera en sueños había imaginado que pudiera ser así. Dolor y deseo al mismo tiempo. Se abandonó al éxtasis, se quedó absorta; todo a su alrededor desapareció salvo él.

Más tarde permanecían tendidos juntos, en silencio. La cabeza de Lily descansaba en el pecho de Jo, que le acariciaba el vientre bajo la sábana. El fuego se había consumido y la habitacioncita casi estaba a oscuras.

Jo sabía que tenía que haber pasado algo. Notaba rara a Lily. Era evidente que aquello acabaría ocurriendo, pero no una tarde cualquiera, deprisa y corriendo. Casi había un tinte desesperado en su forma de besarlo y abrazarlo. En el acto Jo vio en sus ojos que ese día algo había cambiado, pero ella no le dio tiempo a preguntar. Y ahora también la notaba extraña. Sabía que la última hora había disfrutado tanto como él, estaba seguro de que no le había hecho daño, al menos no más del que era preciso. Su cuerpo parecía relajado, pero estaba muy callada.

Demasiado.

—¿Qué pasa? —dijo Jo con suavidad.

En un primer momento Lily no quiso hablar, pero él insistió en saberlo todo. Cuando finalmente se lo contó, a trompicones, mientras empezaba a sollozar, en un principio Jo creyó que no la había entendido bien. Se quedó de piedra, horrorizado. De pronto la sangre lo golpeaba en los oídos. Se incorporó con tanta brusquedad que Lily se escurrió de sopetón. ¿Podía ser verdad? ¿Por eso habían puesto en libertad a Charlie? Pero no tenía ningún sentido. ¿Por qué iba a interesarse Oolkert por el hermano pequeño de Lily?

—¿Qué ocurre? —preguntó ella sorbiéndose la nariz, pero él negó con la cabeza y la estrechó de nuevo entre sus brazos. Mientras Lily lloraba sin parar contra su pecho, incapaz de tranquilizarse, Jo clavó la vista en la oscuridad. Solo pensaba en una cosa.

Él había sido el culpable.

Le habían arrebatado a su hermano, lo habían metido en una institución en los confines del mundo y él era el único responsable. Lily lloraba por su culpa, estaba desesperada y triste por su culpa. Le había revelado su secreto y depositado toda su confianza en él, y ese mismo día la había traicionado.

Le sobrevino el impulso de confesarlo todo, de decirle que él era el culpable, pero no pudo hacerlo. Lily nunca se lo perdonaría, de eso estaba completamente seguro. Si se sinceraba ahora, la perdería.

Al fin Lily dejó de llorar y se amaron de nuevo, en la oscuridad, hambrientos y desesperados. Ella con el rostro húmedo, él con el corazón pesado como una piedra. Poco después Lily se quedó dormida entre sus brazos. Mirando al techo, Jo se preguntó cómo podría reparar el daño que había causado.

A partir de entonces se veían casi a diario. Se convirtió en una suerte de obsesión. Lily aprovechaba cualquier oportunidad para escabullirse, mentía con más descaro aún que antes; ni siquiera le contó toda la verdad a Emma, ya que temía su reprimenda. Ahora que su hermano ya no estaba, no aguantaba estar en casa. No quería pensar, no quería ser sensata, no quería que nadie le dijese que lo que hacía era peligroso y estúpido. Su sed de caricias de Jo era mayor cada día que pasaba, y cuanto más se veían, tanto más parecía desearla él. Cuando estaban juntos Lily se sentía viva de un modo que desconocía; cuando se besaban era capaz de olvidar durante unas horas lo silenciosa que estaba ahora su casa; lo enferma y pálida que veía a su madre; lo canoso y cansado que notaba a su padre. Y podía olvidar lo preocupada que estaba por Michel, con el que soñaba todas las noches, por cuya habitación desierta se pasaba todos los días, y al que echaba tanto de menos que a veces tenía la sensación de que no podría soportar un solo segundo más su ausencia.

También Jo hacía todo cuanto estaba en su mano para facilitar sus encuentros clandestinos. Trabajaba turnos extras, salía más tarde por la noche, llegaba antes por la mañana, iba a buscarla siempre que podía, esperaba a Lily aun sin estar seguro de que pudiera escaparse. La mala conciencia lo estaba carcomiendo, pero no era capaz de confesarle lo que había hecho. Bebía más de lo normal, se debatía entre la dicha y el horror. Sabía que las posibilidades de que ella pudiera perdonarlo se reducían con cada día que guardaba silencio. Y, sin embargo, también sabía que tendría que acabar contándoselo porque, de lo contrario, la culpa lo devoraría.

Pero no dijo nada.

Entre ellos no tardó en nacer tal familiaridad que era como si se conociesen desde siempre. Lily ya no sabía quién era sin él y Jo no recordaba cómo era su vida antes de conocerla a ella. ¿Cómo llenaba los días y las solitarias noches? ¿Con quién hablaba y se reía? ¿Quién lo escuchaba y lo comprendía?

Aceptaron su nueva vida con normalidad. Lily tenía la sensación de que su casa era una suerte de mundo paralelo en el que ya nada era como debería. Vivía con su familia, pero no se veían mucho. Solo coincidían en la mesa, y apenas hablaban. Por lo demás, se evitaban los unos a los otros.

Lily se movía entre ambos mundos, cada vez más con la creciente sensación de que se iba alejando del antiguo. Ahora lo único importante era guardar las apariencias.

Cuando los días se volvieron más oscuros y cortos, dieron comienzo los círculos de costura anuales, en los que las damas de la ciudad confeccionaban regalos navideños para mujeres y niños pobres. Lily se aburría a más no poder, escuchaba a las esposas de los honorables y sus

hijas, que se deshacían en elogios mutuos por la labor que hacían como si fuesen mártires por lo caritativas que eran. Y eso que en aquellas reuniones primaba más el intercambio de chismorreos y la huida de la triste cotidianidad que la caridad en sí. Sylta solo la acompañó unas cuantas veces. Si antes le encantaban esos encuentros, ahora se sentaba con las mujeres con la mirada ausente. Su madre era blanco de cuchicheos; Lily lo veía en el rostro de las damas, que no paraban de mirar a Sylta, pero al parecer a ella no le importaba.

Siguiendo la tradición, en otoño Berta organizaba una vez a la semana una velada de lectura, donde se repartían papeles y leían en voz alta, además de tomar gran cantidad de bollitos de mantequilla con limonada. Para no ofender a su amiga, Lily participó en las veladas, pero también allí tenía cada vez más la sensación de estar fuera de lugar. Se juzgaba a las mujeres jóvenes por su apariencia, por su comportamiento, por lo conformistas y discretas que podían ser. A ella ya nada de eso le parecía importante.

Día tras día, libro tras libro y palabra tras palabra, Lily se iba despidiendo de su antigua vida.

En octubre era el cumpleaños de Michel. El director de la institución temía que ver a su familia pudiera agitar al niño en exceso y lo sacara de las nuevas rutinas que tanto le había costado aprender. Por ese motivo no habían ido a verlo aún ni una sola vez hasta el momento.

Lily estaba casi segura de que sus padres no insistían en verlo porque también temían el efecto que tendría en ellos esa visita. De manera que prepararon un paquete con sus regalos. Eran unos regalos especialmente caros y escogidos con mimo, y Lily no pudo evitar pensar que con ellos su padre pretendía comprar cierta tranquilidad de conciencia. Sylta lo envolvió todo con primor. Michel recibió un muñeco de cerámica con la cabeza de porcelana, cabello natural rubio y ojos móviles; un pliego de recortables para vestir a un muñeco de Neuruppin y un tren con raíles de verdad que su padre pidió exprofeso a Rusia.

—Seguro que le hará ilusión —indicó Alfred, y hubo de mirar hacia otro lado porque se le saltaron las lágrimas.

Lily le compró un cuento. Sabía lo feliz que le haría y confiaba en que en la institución hubiera alguien que se lo leyese.

Lo único que impedía a Lily romper por completo con sus padres era la mala salud de su madre. Aunque entendía que, sencillamente, no tenía fuerzas para seguir luchando, le habría gustado gritarle cada vez que se sentaban juntos a la mesa y reparaban en el asiento vacío de Michel que quedaba entre ellas, o cuando por la noche se reunían junto a la chimenea y su madre se limitaba a mirar a la nada con ojos vidriosos. «No aguantaré mucho más», pensaba Lily, pero tampoco sabía qué podía hacer. Su padre y Franz mantenían un silencio férreo en lo tocante al paradero de Michel y no se dejaban ablandar con ruegos y llanto.

Lily estaba tan sumida en su pena y su rabia que no se daba cuenta de lo cansado y enfermo que parecía su padre ni de lo delgado y demacrado que estaba Franz. Tampoco veía que Seda

cada vez hablaba menos, que tenía los pómulos marcados y siempre estaba pálida y fatigada, realizaba su trabajo distraída y desconcentrada y la mayoría de las veces parecía estar muy lejos de allí. No se dio cuenta de nada.

Hasta que fue demasiado tarde.

A medida que se acercaba la Navidad, Lily tenía menos ganas de estar en la villa. Siempre había sido una festividad alegre que todos esperaban con ilusión durante semanas, pero sin Michel y Kittie aguardaba el día con horror. No podía soportar la idea de pasar una Nochebuena sin ver el brillo en los ojos de su hermano.

Para dar una apariencia de normalidad, Lily adornó el árbol con Sylta y después ayudó a Hertha en la cocina. Llenaron las latas de bizcochos, galletas y masa frita, pero ni siquiera el aroma que salía del horno logró borrar el dolor punzante que sentía en el pecho. Hertha lloró mientras formaba hombrecitos y les ponía pasas a modo de ojos. Eso era algo que antes siempre hacían con Michel.

Lily fue con su madre a la pista de hielo artificial de Heiligengeistfeld aunque a ninguna de las dos le apeteciese de verdad. Ni siquiera la visita al ornamentado mercado navideño, del que siempre llevaba nueces garrapiñadas a Michel, les hizo ilusión ese año. En lugar de para su hermano, Lily compró nueces para Hein y Marie.

En Nochebuena, como siempre, cenaron carpa y, de postre, arroz con leche con azúcar y canela. Durante la cena no se habló mucho. Todos miraban su plato más o menos en silencio. No faltaban solo dos personas, sino tres, ya que con la partida de Michel habían despedido a la señorita Söderlund. Sentados los cuatro a la mesa no lograron desterrar el silencio y el frío que causaba la ausencia del resto.

Más tarde, cuando cantaron *Oh, alegre,* a Lily se le quedaron las palabras en la garganta. Vio que su madre contenía las lágrimas y se veía obligada a apartar la vista. Se fueron todos pronto a la cama, dejando en el salón el oscuro abeto, cada cual sumido en sus propios pensamientos sombríos. La nieve que acababa de caer cubría la casa y, mientras subía por la escalera, Lily pensó que no pasaría nada si la enterraba.

Poco antes de Año Nuevo, sentada ante su chimenea, Lily esperaba a que llegase Seda para que la ayudara con los preparativos para la noche, como de costumbre. Sin embargo, fue Lise la que entró en su lugar, con el rostro de piedra. Era evidente que había estado llorando.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lily asustada, poniéndose de pie—. ¿Dónde está Seda?

Lise negó con la cabeza.

—No se me permite hablar de eso —replicó con cara de susto.

De pronto, Lily tuvo un mal presentimiento. Cogió por los hombros a Lise y la obligó a mirarla a los ojos.

—Di, ¿qué ha ocurrido? —inquirió.

La muchacha había palidecido.

—Está arriba, recogiendo sus cosas —informó con un hilo de voz, un susurro apenas audible.

A Lily la recorrió un escalofrío.

—¿Cómo? ¿Por qué? —Pero Lise se limitó a seguir negando con la cabeza. Lily la miró un segundo aterrorizada y salió corriendo.

Cuando llegó a la pequeña buhardilla que ocupaba Seda, ya no estaba allí. En la habitación no había nada, todas sus pertenencias habían desaparecido, el baúl estaba abierto y dentro solo había unas sábanas. Lily bajó la escalera deprisa, tropezando casi con sus propios pies. En el vestíbulo se topó con su padre.

—¿Dónde está Seda? —quiso saber Lily—. ¿Adónde ha ido?

Alfred profirió un hondo suspiro.

—Confiaba en no tener que decírtelo hasta mañana —musitó, y Lily se quedó helada—. Ven un momento al despacho.

—A partir de hoy Seda ya no trabajará más para nosotros —informó Alfred cuando la tuvo sentada delante. Al ver que Lily iba a saltar, levantó la mano—. Sé que le tienes mucho afecto, pero este asunto no admite discusión. ¿Me has oído? Se ha metido en un apuro que no podemos tolerar en esta casa.

—¿Qué quieres decir con eso? —repuso Lily completamente desconcertada.

Alfred suspiró de nuevo.

—Está esperando un hijo —anunció, y se miró las manos.

—¿Qué? —Lily no daba crédito—. Pero ¿de quién? —quiso saber—. Si no está prometida y no sale de aquí, ¿cómo es posible...?

—De quién es el hijo no viene al caso —la interrumpió su padre con tono severo—. No podemos tolerar que en esta casa viva una muchacha en su estado.

—Y ¿adónde va a ir? —preguntó Lily desconcertada—. No podéis echarla sin más.

—Nadie está echando a nadie. —Enfadado, su padre hizo un gesto de negación—. Créeme, nada de esto me resulta fácil. Sé lo unidas que estáis, y Sylta también le guarda mucho cariño a Seda. Franz se ocupará de que no acabe en la calle sin recursos, pero has de entender que no tenemos otra elección.

—Pero ¿habéis hablado con Seda? ¿Sabéis cómo pasó? ¿Qué dice ella? —replicó Lily desesperada.

—Por supuesto que he hablado con ella. Ya está todo solucionado, no es preciso que te devanes los sesos.

Algo no cuadraba, el comportamiento de su padre era muy extraño. Mientras lo observaba, a Lily se le pasó por la cabeza una idea espeluznante.

—Dime que no fue... —susurró—. No puede ser... ¿Franz?

Su padre bajó la vista, confirmando así su peor sospecha.

—Te prohíbo que digas una sola palabra a tu madre. —Ahora su voz era cortante.

—Pero... —empezó Lily; sin embargo, su padre golpeó la mesa con la mano.

—¡Basta! No te opondrás a mí en esto, ¿me has entendido? Tu madre ya se encuentra bastante mal, no es la misma...

—¿Desde que le arrebataste a su hijo? —espetó Lily con frialdad, y su padre contuvo la respiración un instante.

—Sacar de aquí a Michel fue la decisión más difícil de mi vida y lo sabes —contestó en voz baja—. Tu madre tiene los nervios muy delicados. Si llegara a enterarse de esto... No me lo puedo ni imaginar. Si te importa aunque sea un poco su salud, prométeme ahora mismo que no vas a decirle nada —exigió su padre.

Lily lo miró horrorizada.

—Pero es su nieto —dijo con un hilo de voz—. Y también el tuyo.

Su padre negó con la cabeza.

—Es un bastardo, Lily. ¿Qué te figuras, que vamos a casar a tu hermano con la criada? Estas cosas pasan, son funestas, pero nada que no se pueda arreglar. Como es natural, nos encargaremos de que en lo material al niño no le falte nada, pero jamás formará parte de esta familia. No tengo nada más que decir.

Lily seguía allí, como aturdida. Primero su abuela, luego Michel y ahora Seda. «¿Qué nos está pasando?», pensó atormentada. Le causaba un profundo dolor no haber podido despedirse de su amiga, que no supiese dónde estaba ahora, cómo le iba. Sintió el impulso de levantarse y acudir a su madre, pero sabía que probablemente su padre tuviese razón: para Sylta aquello sería demasiado.

Alfred se aclaró la garganta.

—Y ya que estamos aquí, hay algo que quiero decirte desde hace tiempo.

Lily se tensó. ¿Qué más podía venir ahora? Reparó en lo mucho que le raleaba el cabello a su padre. Su otrora poblado bigote imperial, del que siempre había estado tan orgulloso, parecía menos abundante.

Su padre volvió a proferir un hondo suspiro.

—Lily, siento tener que decirte esto, pero después de las vacaciones no volverás al seminario.

A Lily le zumbaban los oídos.

—¿Qué? —balbució—. Pero ¿por qué? Si no he hecho nada...

Su padre asintió.

—No en estas últimas semanas, pero tu comportamiento durante la cena con los Weber fue uno de los motivos por los que él se desdijo de su promesa de invertir en la sociedad anónima que necesitamos para fundar la línea de Calcuta.

Lily puso cara de asombro. No entendía nada.

—¿Cómo dices? —musitó—. ¿Solo porque comenté...?

Su padre levantó de nuevo una mano, fatigado.

—No fue solo por eso, naturalmente, sino por una serie de circunstancias de lo más desafortunadas. Pero ello hizo que su confianza en las creencias de nuestra familia se tambaleara. Luego murió Borger, nuestro principal inversor, y después Weber supo de la existencia de Michel. Sin duda por el joven matrimonio que os trajo a casa. ¡Cómo no iba a traer cola! —Su padre se pasó las manos por el rostro, agotado—. Además, hace ya algún tiempo Henry me comunicó que le preocupaban tus compañías.

Lily se enfureció. ¿Henry había hablado a escondidas con su padre?

—Cree que la formación corrompe tu pureza de pensamiento y hace que abrigues ideas peligrosas. Debemos asumir las consecuencias, Lily. Sé que no quieres oír esto, pero tomamos las decisiones que tomamos por el bien de la familia.

—Por el bien de la naviera, querrás decir —espetó ella.

—La naviera es la familia —precisó su padre con frialdad—. Todo está hablado con Henry, tu prometido coincide conmigo. No quiero discutir más. Ve haciéndote a la idea.

Por la expresión reservada de su rostro y por cómo se le contrajo el bigote, Lily supo que no tenía ningún sentido alargar más la discusión. Asintió en silencio y se levantó. Salió del despacho blanca como la pared.

En cuanto hubo cerrado la puerta, fue corriendo al salón. Ahora sí que no tenía más remedio: debía hablar con su madre.

—¿Tú lo sabías? —preguntó dos minutos después estupefacta. Miraba a Sylta sin dar crédito—. ¿Lo sabías y no me dijiste nada?

Sylta estaba tendida en el sofá. Ese día se había vestido, lo cual era buena señal, pero nada más entrar Lily vio que volvía a encontrarse medio aletargada. A su lado tenía una labor que no tocaba desde hacía semanas.

Al igual que su padre instantes antes, Sylta evitó mirar a Lily a los ojos.

—Seda acudió a mí la semana pasada. Tu padre tiene razón, Lily. No podemos dejar que siga aquí.

Lily cabeceó.

—Pero es tu nieto —adujo.

Sylta hizo un gesto afirmativo apenas perceptible, pero después dijo con una voz que a Lily se le antojó ajena:

—Nunca será mi nieto de verdad, al igual que Michel nunca podrá ser mi hijo de verdad.

—¿Cómo puedes decir algo así? —Lily negó con la cabeza horrorizada.

—Ya sabes a qué me refiero. —Sylta cerró los ojos exhausta—. No puedo hacer nada.

—¡Eso no es cierto! —objetó Lily. De pronto vio que a su madre le corría una lágrima por la mejilla. Las manos le temblaban—. Me han prohibido volver al seminario —susurró—. Papá lo ha decidido así con Henry.

—Eso también lo sé —admitió Sylta con voz suave—. Tal vez sea mejor así. —Seguía con los ojos cerrados.

Lily observó un momento a su madre. Sus delicadas manos, tan parecidas a las de ella; la boca suavemente curvada. Esperó a que Sylta abriese los ojos y la mirase, pero de pronto comprendió que eso no pasaría. Tenía la sensación de que el corazón se le saldría del pecho de un momento a otro. Se levantó y salió del salón sin hacer ruido.

Ya en su habitación, Lily se dejó caer en la cama y echó un vistazo a su alrededor, contemplando los restos de su antigua vida. Permaneció así un buen rato. Después se levantó y empezó a recoger sus cosas, como en trance. No sabía lo que necesitaría y tampoco tenía fuerzas para pensar en ello. Unos cuantos vestidos, un abrigo, zapatos y libros, y la figurita de madera que le regaló Jo.

Los corsés los dejó en el armario.

Cuando hubo hecho la bolsa, la metió debajo de la cama. A continuación llamó a Lise, que la ayudó a prepararse para acostarse. Mientras le cepillaba el pelo a Lily, lloraba por la amiga que había perdido. Lily no supo qué decir para consolarla. En ella ahora solo había un vacío atronador que lo devoraba todo.

En cuanto volvió a estar sola, escribió primero una carta a su madre y después otra a Henry, y las dejó las dos en la almohada. Acto seguido se vistió y se sentó ante la chimenea a esperar.

Cuando el reloj del vestíbulo dio la medianoche se escabulló de casa.

En el camino de acceso, Lily volvió la cabeza para ver la villa. En el salón de su madre aún había luz, distinguió la silueta de Sylta, que iba a un lado y a otro tras las cortinas. Todo en Lily ardía en deseos de regresar a esa casa donde hacía calor, con su familia. Pero cogió la bolsa, se cubrió la cabeza con la capucha y echó a andar por el camino hacia el río.

La familia que tanto ansiaba recuperar ya no existía.

Tercera parte

1

Lily apagó la vela de un soplido y se quitó el vestido en la oscuridad. Las tripas le sonaban, tiritaba. «Espero quedarme pronto dormida», pensó. En la minúscula buhardilla hacía un frío espantoso. Tenía leña pero nada con lo que encenderla, y además solo disponía de una vela y unas cerillas, que quería conservar por si era necesario.

Había sido una necedad mudarse tan de repente, pero no se había escapado de casa para cambiar una dependencia por otra, y ya había pasado bastante tiempo en casa de Emma y su madre, que estaba enferma. Era principio de mes y Lily quería ser independiente ya.

Sin embargo, poco a poco se iba dando cuenta de lo tremendamente absurda que había sido esa idea. No tenía nada: ni jofaina, ni comida, ni luz. Por suerte, los inquilinos anteriores habían dejado una cama, una mesa, mantas y sábanas. Aunque la ropa de cama olía a moho, al menos le proporcionaba algo de calor. Se metió en la cama, cuya madera crujió, y se tapó con la húmeda manta. Los dientes le castañeteaban, estaba muerta de frío.

Permaneció tendida con los ojos abiertos escuchando los sonidos de la casa. Puertas que se cerraban, personas que se peleaban a voz en grito, los maullidos lastimeros de un gato que se colaban por la ventana. ¿Cómo iba a dormir así? Agradecida, pensó en el cerrojo que tenía la puerta por dentro. Así al menos no temía que por la noche alguien entrara en su habitación de manera inadvertida. La habían seguido muchas miradas curiosas cuando subió la escalera con sus escasas pertenencias. Seguro que su casera ya había ido contando que ahora Lily estaba en su casa.

«Estoy en mi propia casa, en mi propia cama», pensó, y la idea se le antojó completamente absurda.

Cuando por fin logró dormirse, con las piernas encogidas contra el pecho y la manta cubriéndole la cabeza, soñó con su casa. Escuchó la risa cálida de su madre, corrió con Michel por el jardín en flor. Su padre también estaba, pero parecía preocupado, furioso, se apartaba siempre que ella intentaba hablarle. Incluso en sueños sentía la opresión en el corazón que la acompañaba desde que había escapado.

Poco después despertó y supo en el acto que pasaba algo. Se sentía extraña, le picaban las piernas y notaba un cosquilleo en el cuerpo. Se levantó, temblando, y encendió la vela. Al alumbrar la manta vio que estaba completamente llena de chinches.

Lily profirió un grito y, presa del pánico, empezó a sacudirse el cuerpo y dar saltos por la habitación, estremeciéndose de asco. Cogió la manta y las sábanas con nerviosismo, lo arrojó todo a la chimenea y le prendió fuego con mano temblorosa. Cuando la ropa llameó, añadió deprisa unos leños.

El resto de la noche la pasó delante de la lumbre. Tenía picaduras por todo el cuerpo, pero ahora al menos había entrado un poco en calor.

La diminuta buhardilla de Lily se hallaba en el Gängeviertel de Neustadt, la ciudad nueva, en el número 21 de la calle Fuhlentwiete, donde algunas casas aún databan del siglo XVII y se hallaban tan juntas que habría podido darle la mano al vecino de enfrente por la ventana.

La ventaja de vivir arriba del todo era que no tenía a nadie encima que pudiera hacer ruido y, además, le entraba un poco de sol por la única ventana que tenía. Los pisos de abajo de la casa eran auténticos cuartos oscuros a los que privaban de la escasa luz del día los cientos de cuerdas para tender la ropa que atravesaban la callejuela en todas las direcciones. El inconveniente era que tanto el retrete como el agua se hallaban en el patio. Cada vez que la vejiga oprimía, Lily tenía que bajar y subir de nuevo, lo cual la indujo pronto a utilizar un orinal. Pero también para lavar y fregar se iba al patio. A él se accedía desde fuera de la casa. Debía bajar cinco pisos por una escalera empinada y tan estrecha que por ella no podían pasar dos personas a la vez. Por barandilla tenía una cuerda escurridiza, y era importante no tocar la pared, de madera negra podrida, que le ensuciaba el vestido cuando la rozaba, algo que resultaba inevitable cuando se cruzaba con un vecino por la escalera. El retrete solo se vaciaba una vez por semana y después olía peor aún que antes, puesto que el carro que recogía las heces casi siempre rebosaba cuando ya llegaba a la calle Fuhlentwiete. Los basureros con sus cubos desempeñaban su trabajo poniendo tan poco cuidado que, la mayoría de las veces, después quedaba un rastro viscoso de materia fecal que atravesaba todo el patio. El primer día Lily resbaló con él.

Tampoco había sido fácil encontrar casa. Una mujer joven y soltera no podía firmar un contrato de alquiler y desde luego no le estaba permitido vivir sola. Pese a eso, tras preguntar en el asilo, al final llegó a oídos de Emma que una viuda buscaba a alguien que se instalara en su buhardilla. La anciana, que vivía en el piso contiguo, mejoraba su pensión con ese subarriendo; por lo demás, no quería tener nada que ver con Lily.

—Perfecto —dijo Lily, mostrándose conforme.

—De ninguna manera, aquí no puedes vivir —objetó Emma espantada cuando fue a ver la habitación con Lily.

Sin embargo, el alquiler era económico y Lily no tenía elección. Con Jo no podía vivir, solo tenía una habitación minúscula y, sin estar casadas, las personas no podían convivir sin más. Además, no quería perder de inmediato la libertad que acababa de adquirir, pasando a depender de él.

La buhardilla era húmeda y tenía goteras. El moho ya se había incrustado en el techo y

cuando helaba o llovía la humedad bajaba por las paredes.

—Así no puedes vivir —declaró Jo, al igual que Emma, cuando Lily le enseñó la habitación, y se llevó las manos a la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó ella con terquedad, y Jo le expuso en un largo monólogo por qué algo así era impensable para una mujer como ella.

—Las demás mujeres del barrio se las arreglan —objetó Lily con enfado, como siempre que él decía «una mujer como tú».

—Sí, pero han aprendido a hacerlo desde pequeñas. Y la mayoría están casadas. Tú ni siquiera sabes encender un fuego.

—Con una cerilla —repuso ella, reaccionando con tozudez a esa objeción—. Por el momento no me queda más remedio —acabó bufando, y de ese modo lo acalló—. Ya he pagado el alquiler, así que me quedo.

Jo quería que al principio al menos contratara por horas a una señora por la mañana o durante el día que le echase una mano, pero ella rehusó.

—Estoy sola, no tengo mucho que hacer y nadie salvo nosotros dos va a ver si la casa está bien o mal. Además, no me lo puedo permitir.

La única estancia en la que Jo podía estar sin agacharse era la habitación; en el hueco de la cocina, que asimismo hacía las veces de pasillo, tenía que inclinar la cabeza.

Justo a la vuelta de la esquina había un comedor de caridad, y por la mañana y por la tarde los menesterosos, muertos de frío, hacían cola delante de plantón. Pero por lo menos allí ya habían cubierto de tierra los pequeños albañales que se abrían en mitad de la calle y habían levantado letrinas, de manera que la gente ya no vertía las inmundicias en las pestilentes aguas. No era la peor zona para vivir a la que podría haber ido a parar Lily, que era perfectamente consciente de ello y apretaba los dientes.

El primer día fregó a conciencia todas las rendijas y hendiduras. Jo y Alma acudieron para ayudarla a eliminar las chinches. Esta vez trabajaron los tres, y por la noche Lily estaba tan cansada que se metió en la cama sin lavarse ni cambiarse de ropa y durmió hasta por la mañana. Emma le compraba comida, le llevó enseres, le proporcionó zapatos calientes. Siempre que iba a visitarla le ofrecía que volviese a su casa.

Pero Lily no quería oír hablar del tema.

También Martha, Isabel y las demás fueron a verla y le llevaron libros y vino, galletas y café. Lily vio lo espantadas que estaban, pero ninguna dijo nada, y cuando se sentaron todas al amor de la lumbre y llenaron la habitacioncita de risas y humo de tabaco, el lugar casi se volvió acogedor. Desde entonces solían llamar a su puerta sin avisar y fuera, en la escalera, estaba una de ellas, ya fuese con un tapiz bajo el brazo, un ramo de flores o un mantel para la mesa de la cocina. Pero, sobre todo, le llevaban material de lectura. Libros y revistas, y también papel de escribir. Durante ese duro periodo Lily aprendió lo que significaba la verdadera amistad y cuán importante era cuando uno ya no tenía familia.

Poco después las paredes aún tenían humedad y en las vigas todavía había ratones, pero el lugar casi tenía encanto.

—Tu nidito —decía siempre Jo.

—Un nido de ratas, más bien —puntualizaba Lily entre risas, pero él tenía razón. Como estaba tan alto y desde la ventana se veía directamente el cielo, uno casi se sentía como un pájaro en un árbol.

Sin Jo no lo habría conseguido. Fue él quien organizó aguadores para que le subiesen agua del pozo a casa una vez al día. Compró leña y carbón para la chimenea, le enseñó adónde podía llevar la colada y qué vendedores del mercado no daban gato por liebre.

Y Martha, que vivía sola desde hacía tiempo, aunque disponía de bastante más dinero que ella, también le dio buenos consejos. Lily descubrió que le gustaba la comida sencilla. Pan recién hecho con queso y mantequilla o un pedazo de jamón con un huevo frito sabían a gloria cuando uno se sentaba por la tarde ante la chimenea tras un día de duro trabajo.

Lily también había informado a Berta de su nueva situación, si bien en la carta que le escribió le pidió que no dijera nada de su paradero. «¿Cuándo podemos vernos?», preguntaba, y dibujó un corazoncito bajo la firma. Pero nunca obtuvo respuesta.

Escribió mucho durante ese primer periodo de tiempo, sobre todo cuando estaba sola y la oscuridad envolvía la ciudad. Junto al pequeño fuego, bañada por la luz roja de las llamas, escuchaba los sonidos de la casa. En esos momentos a menudo se sentía sola y desalentada, echaba tanto de menos a su familia que las palabras que plasmaba en el papel le ofrecían amparo. Escribía para llenar el vacío, ahuyentar el silencio.

El mismo día que se instaló proporcionó a su familia la dirección en la que vivía ahora. No podía ni quería seguir sometiéndose a las normas que la constreñían y no la dejaban respirar. No podía perdonar a su padre por lo que había hecho, pero también sabía que solo había actuado de acuerdo con sus convicciones. No era una mala persona, se hallaba encorsetado en las convenciones. Lily había conseguido liberarse, él jamás podría hacerlo. Y por mucho que deseara odiarlo, no quería a sus padres menos que antes y sabía que les había infligido un gran dolor con la decisión que había tomado, sobre todo a su madre. Lily confiaba en que Sylta quizá entendiera por qué se había ido y no interrumpiera por completo el contacto. Le escribía casi a diario. Y cada día esperaba que diera alguna señal de vida, una respuesta.

Pero no llegó nada ni nadie.

Hasta que una mañana de pronto llamaron a la puerta.

Al abrir vio a Franz, que se quitaba un poco de barro de los zapatos con un palito poniendo cara de asco. Su rostro se ensombreció al verla.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Lily asustada, y asomó la cabeza con la esperanza de que estuviesen sus padres.

Pero su hermano había acudido solo.

—He venido a llevarte a casa. —Franz entró sin saludar—. Esto no puede ser verdad. —Miró la habitación consternado—. ¿Es que has perdido el juicio?

—No voy a volver. —Lily se cruzó de brazos y se apoyó en la puerta por dentro—. Si has venido por eso, ya te puedes ir yendo.

Franz se volvió hacia ella con la mirada fría y desdeñosa.

—¿Es que no sabes lo que les estás haciendo a nuestros padres con tu comportamiento? ¿Acaso no han sufrido bastante? Primero la abuela, después Michel y ahora tú. ¿Te has propuesto acabar con todo?

—Michel no se ha ido, ¡vosotros os lo llevasteis! —exclamó Lily furibunda—. Fuisteis vosotros y solo vosotros los que tomasteis la decisión... —No pudo seguir, estaba demasiado enfadada. Para dominarse, cerró las manos y respiró hondo—. Ya no puedo vivir en esa casa —afirmó, un tanto más calmada—. Si vuelvo, tendré que seguir haciendo lo mismo de antes: asistir a bailes, bordar, tocar el piano y después casarme con Henry y fingir que somos una familia feliz. No lo amo, Franz, nunca lo he amado. Solo que no lo sabía.

Su hermano soltó una risa casi forzada.

—No se trata de eso, Lily —repuso.

—¿Ah, no? Entonces ¿por qué no te casas tú con Roswita?

Él le dirigió una mirada asesina.

—Eso es distinto —alegó.

—¿Por qué? ¿Porque yo soy una mujer y no puedo tomar mis propias decisiones?

—Exactamente. Porque os falta perspectiva, solo juzgáis dejándoos llevar por los sentimientos —contestó Franz—. Por supuesto que amas a Henry, ¿cómo no lo vas a amar? —Cogió aire con fuerza y, de pronto, su voz se volvió más enérgica. Dio un paso hacia ella—. Todavía no le hemos dicho nada, Lily. Quemé la carta que le escribiste. Cree que estás enferma. Todavía puedes volver, no es demasiado tarde aún.

Lily profirió un grito ahogado.

—¡¿Qué?! —soltó—. ¿Henry no sabe nada?

Franz asintió despacio.

—Quería darte un tiempo para que entrases en razón. Tendrías que vivir así, sin dinero, sin servidumbre, y además careces por completo de talento. ¿De qué trabajarás, hermanita? Dímelo, anda. ¿Cómo pagarás el alquiler? Si no vuelves conmigo ahora, no verás un solo pfennig nuestro, ni uno solo; me encargaré personalmente de ello.

Lily se dio cuenta de que empezaba a encenderse por la ira.

—¡No necesito tu dinero! —bramó—. Y ahora sal de mi casa.

Franz entrecerró los ojos y dio un paso más hacia ella.

—Acabarás en el arroyo, de ramera. Te verás obligada a vender tu cuerpo porque otra cosa no tienes.

Lily levantó el mentón.

—Antes eso que seguir dependiendo de un hombre —afirmó con más resolución de la que en realidad sentía.

Él la agarró por el brazo y la zarandeó.

—Necia estúpida, ¡¿es que no sabes que la gente ya habla de nosotros?! —chilló.

Lily le arañó la mejilla y él dio un respingo asustado y la soltó. Lily sintió un dolor sordo allí donde la garra de su hermano la había atenazado hacía un instante.

—¡Largo! —gritó mientras retrocedía hacia el hogar. Su mirada recorrió los utensilios de la cocina en busca de algo con lo que pudiera defenderse.

Pero Franz ya se dirigía hacia la puerta.

—Te arrepentirás de esto, Lily. Si no vienes conmigo ahora, habrás muerto para nosotros. Y entonces no habrá vuelta atrás. Nadie sabrá cómo vives. No podrás acercarte más a nuestra casa, no te pondrás en contacto con nuestra madre... ¿Lo has entendido?

Lily cogió una sartén y se la lanzó. No le acertó por poco, y se estrelló ruidosamente contra la pared.

—¡Fuera de aquí! —gritó. Él la miró conmocionado y, durante un segundo, Lily vio asomar a los ojos de su hermano algo parecido al respeto. Acto seguido abrió la puerta y desapareció.

Lily lo siguió con la mirada, temblando, y después se sentó despacio en una silla y rompió a llorar.

—A partir de ahora echarás el cerrojo siempre que no esté yo, ¿entendido? —le advirtió Jo por la tarde, cuando Lily le refirió el incidente con su hermano. Estaba que echaba humo, y eso que ella ni siquiera le contó que Franz le había aprisionado el brazo, y aún le dolía. Pero le enseñó la abolladura que había hecho la sartén en la pared—. Muy bien —señaló satisfecho.

—Vamos, no tienes de qué preocuparte. No volverá —aseguró Lily, y al decirlo sintió un hormigueo acre en la boca.

Por la noche se sentó a escribir una nueva carta a Henry. No le reveló su dirección ni tampoco mencionó a Jo, pero por lo demás le dijo todo cuanto debía saber. Que no lo amaba, que ahora tenía una vida distinta, que lo sentía mucho pero no volverían a verse.

No estaba muy preocupada por él. «Él tampoco me ha querido nunca de verdad —pensó cuando llevó la carta al correo—. No tardará en encontrar a otra con la que será más feliz.»

Sin embargo, al día siguiente, cuando Lily volvía del mercado Henry estaba ante su puerta, en la escalera. Ya había oscurecido, y Lily no lo vio hasta que lo tuvo justo delante. Se asustó y apretó con fuerza la llave.

Henry la observó un momento con cara de asombro, sin dar crédito a lo que veía. Al verlo se preguntó cómo había podido convencerse en su día de que amaba a ese hombre. Pero antes de conocer a Jo probablemente no supiese lo que era el amor de verdad.

—Conque es cierto —dijo Henry en voz baja—. Hasta hace un instante no me lo podía creer.

—Y yo no me puedo creer que Franz te haya dicho dónde vivo —replicó Lily con suavidad.

Henry negó con la cabeza.

—No fue Franz.

—Pero entonces ¿quién...? —se preguntó Lily sorprendida—. Nadie salvo mi familia, Emma y... —Se detuvo—. Berta —añadió en voz queda.

Henry esbozó una sonrisa triste.

—No fue difícil, no te soporta. Lo sabes, ¿no? Creo que se alegra de que ahora vivas en la miseria.

Lily pasó por delante de él con ademán enérgico.

—No vivo en la miseria, sino en mi propia casa —lo corrigió—. Aparte de la carta que te he escrito, no tengo nada más que añadir. Y ahora, si me disculpas... Tengo que cocinar.

Henry saltó.

—¿Cocinar? —repitió, soltando una risotada estridente—. Lily Karsten tiene que cocinar, no me hagas reír. —Lily iba a entrar en casa, pero él fue más rápido: abrió la puerta de un empujón y la obligó a pasar—. Así que este es tu pequeño paraíso —comentó burlón—. No lo dirás en serio —bufó, y a Lily le recordó a su hermano de una manera inquietante.

—Completamente en serio —repuso ella con brusquedad—. Y ahora te pido que te marches.

Henry la miró atónito.

—Lily —dijo, de pronto suavizando la voz, y fue a agarrarla, pero ella retrocedió—. Sé razonable, anda. Ya nos has demostrado a todos que eres independiente, distinta de las demás, que tienes opinión propia. Y todo eso está muy bien. Siempre me ha gustado de ti esa... obstinación. Pero ya basta. —Al ver que no respondía, su tono cambió de nuevo—: Lily, yo te amo. ¿Cómo es posible que quieras tirarlo todo por la borda, nuestra casa, nuestro futuro? ¿Es que todo eso te da igual? —suplicó.

Lily empezó a sacar la compra de la bolsa mientras le temblaba todo el cuerpo. Negó con un gesto.

—Tú no lo entiendes, Henry. No lo has entendido nunca.

Él se plantó a su lado con dos pasos y la cogió con rudeza por los hombros.

—Pues explícamelo. —Lily vio en sus ojos lo mucho que le costaba dominarse—. Explícame qué es lo que no entiendo, por amor de Dios.

—Suéltame —pidió ella con serenidad, pero él la zarandeó.

—¡Dímelo! ¿Qué es eso que tan tonto soy para no entender?

—Quítale las manos de encima ahora mismo.

Henry giró sobre sus talones.

En la puerta estaba Jo. Completamente tranquilo, pero la ira ensombrecía su mirada. Durante un momento pareció que Henry no entendía la situación. Tenía la boca abierta de asombro.

—¿Tú? —musitó al cabo.

Jo no respondió, se limitó a mirarlo con desprecio.

Henry soltó una risotada y se pasó la mano por la frente. Era una risa desesperada, teñida de incredulidad.

—No puede ser verdad —dijo, y se volvió hacia Lily—. ¿Todo este tiempo? —Seguía teniendo una sonrisa extraña, que atemorizó a Lily—. ¿Me has estado engañando con él todo este tiempo?

—No, todo este tiempo no —respondió ella en voz baja—. Pero sí mucho.

Henry asintió lentamente, como si por fin entendiese lo que ella había querido decirle.

—Largo de aquí. —Jo avanzó despacio hacia él.

—¿O qué? —preguntó Henry mientras se volvía en su dirección con los ojos echando chispas.

—O te saco yo a rastras y te tiro escalera abajo —respondió Jo con calma.

Henry se detuvo un instante. Su postura denotaba inseguridad. Pero de repente arremetió contra Jo, que se hizo a un lado, de manera que Henry golpeó el aire.

—Miserable —escupió, y cogió a Jo por el cuello de la camisa.

Jo no movió un músculo, tan solo tensó la mandíbula furioso.

—O me sueltas o te rompo la cabeza —lo amenazó, en un tono tan bajo que Lily apenas lo oyó.

Henry parecía debatirse consigo mismo. Era más alto que Jo, pero el trabajo en el puerto había dotado a su adversario de una espalda más ancha y mayor fuerza.

Lily los observaba con el corazón desbocado. La tensión había hecho que se agarrara al borde de la mesa. Si Jo hería a Henry, iría a la cárcel.

—Déjalo, Jo —pidió atemorizada.

Él se limitó a asentir.

—No le haré nada —aseguró— si se marcha ahora mismo.

Henry seguía agarrando a Jo por el cuello de la camisa, con actitud amenazadora y una mano levantada, como si quisiera pegarle. Su mirada vaciló y después pareció pensarlo mejor. Lo soltó de pronto y se arregló la chaqueta.

De nuevo, con cara inexpresiva, se volvió hacia Lily.

—Lo vas a lamentar amargamente. —A diferencia de Franz, en boca de Henry no pareció una amenaza, sino una constatación.

Después dio media vuelta, salió y cerró de un portazo.

Durante un rato Lily y Jo se quedaron donde estaban, escuchando los pasos presurosos de Henry en la escalera.

—Ya se ha ido —observó Lily, con el cuerpo entero aún en tensión. Exhaló un suspiro de alivio.

—Sí —replicó Jo, mirándola—. Esperemos que para siempre. —Después se acercó a ella y la estrechó entre sus brazos.

2

Los problemas de dinero acuciaron a Lily desde el primer día. Se había llevado tres vestidos de su abuela y ya había vendido uno. La prenda le proporcionó una cantidad generosa, pero lo necesitaba todo para el alquiler, la comida y los nuevos muebles. Aunque los anteriores inquilinos habían dejado la cama y la mesa, la cocina estaba vacía. Lily compró algunos utensilios que, en opinión de Alma y Emma, le harían falta. También dos vestidos nuevos pero muy sencillos, corpiños, un par de botas sin adornos, jabón y ropa interior, y un grueso bloque de jabón de dientes. No se podía permitir más en cosmética e higiene. Por la mañana se lavaba con un trapo sobre la jofaina. No tenía polvos ni perfume.

Tras todas esas nuevas adquisiciones, ya solo le quedó la mitad del dinero que había obtenido por el vestido. Vivía con una economía férrea, puesto que no sabía cómo iba a mantenerse a flote cuando ese dinero se terminara. También había cogido los pendientes que le regaló Henry, pero los reservaba por si era necesario en una cajita que había escondido bajo una tabla suelta del suelo. Cada noche contaba el dinero hasta el último pfennig y anotaba los gastos en un cuadernito. Por desgracia, la columna de ingresos seguía vacía.

Debía conseguir trabajo como fuera, razón por la cual unas semanas después de la disputa con Henry se puso uno de sus vestidos buenos y, por primera vez en su vida, se recogió el cabello ella sola delante de la pequeña y herrumbrosa luna del armario. El resultado dejó mucho que desear. Movió la cabeza hacia un lado y hacia otro insatisfecha: parecía un espantajo, los rizos se resistían con furia a quedarse en su sitio. Lily exhaló un suspiro. Tampoco podía lucir un moño sencillo con ese vestido, y menos aún dejarse el pelo suelto. Tras una serie de retoques, decidió que no mejoraría.

La recepcionista del *Tageblatt* la miró de arriba abajo con abierta curiosidad. Al parecer Lily se le antojaba sumamente singular. Sonriendo con valentía, Lily le ofreció la tarjetita que Friedrich le había dado el día del baile y, en efecto, la recepcionista anunció su presencia. Lily estaba bastante segura de que de no ser por esa tarjeta, la habría echado sin contemplaciones.

Friedrich pareció sorprenderse gratamente de verla. Lily no sabía si Berta le había contado que se había ido de casa, pero si lo sabía no dejó que se le notara. Se alegró de llevar guantes, ya que así él no podría ver lo agrietadas y estropeadas que tenía las manos. Sin embargo, también le miró con curiosidad el cabello, y Lily tuvo que hacer un esfuerzo para controlar los nervios y no tocárselo.

Friedrich la llevó a su despacho; por el camino le enseñó la redacción y después se tomó su tiempo para leer lo que le había llevado.

Mientras echaba un vistazo a los papeles con cara de concentración, arrugando el ceño, y fumaba un cigarrillo, ella permanecía sentada tensa, intentando hacer como si estuviese acostumbrada a frecuentar redacciones de periódico y ofrecer sus textos. El corazón le latía con desenfreno. Todo aquello le resultaba fascinante a más no poder: el ambiente de trabajo, los hombres que iban de un lado a otro y hablaban, fumaban, bromeaban. En algunas mesas vio incluso máquinas de escribir. Lily observaba como hipnotizada el teclear de los hombres. Mujeres no había ninguna salvo la recepcionista.

De vez en cuando Friedrich profería un gruñido y farfullaba algo para sus adentros, después comenzó a subrayar o rodear con un círculo pasajes concretos. Su expresión era de suma gravedad, y Lily notó que el estómago se le encogía cada vez más.

—Esto no está nada mal —opinó Friedrich al cabo, mientras recogía los papeles y se los devolvía. Lily los cogió atemorizada—. Muy sutiles sus observaciones sobre las diferencias de clase. Continúe así —le aconsejó risueño.

—¿Le parece esto mejor que lo anterior?

Él arrugó la frente.

—¿Lo anterior?

—Sí, los artículos que Berta le... —Dejó la frase a medias al verle la cara: de pronto supo que Berta no le había dado los papeles—. Bah, no es nada... —Lily tragó saliva a duras penas—. Entonces ¿le parece que está bien?

Él sonrió.

—Sí, es muy interesante, como ya le he dicho.

Lily lo miró con expresión expectante.

—Y ¿ahora...? —inquirió, y él enarcó las cejas perplejo.

—¿Ahora...? —repitió, al parecer sin saber adónde quería llegar Lily—. Ahora... continúe así. Cuando tenga más cosas, tráigamelas y les echaré un vistazo con mucho gusto.

Lily notó que se le formaba un nudo en la garganta.

—¿Significa eso que no me va a contratar? —quiso saber.

Por un momento pareció completamente desconcertado, después se echó a reír.

—¿Contratarla? ¿Qué quiere decir con eso?

—Bueno... —Lily estaba a punto de romper a llorar, se sentía humillada—. Aquella vez me dijo que siempre buscaban voces nuevas. Pensé que...

Ahora él se dio cuenta de a qué se refería.

—Ah, sí. Es cierto. Pero las cosas no van tan deprisa. Lo que escribe usted no está mal, pero le falta estilo periodístico. Y, en fin, no pensé que una mujer como usted de verdad quisiera...

Lily cerró brevemente los ojos. Ahí estaba de nuevo. «Una mujer como usted.» Cómo aborrecía esas palabras. Cogió aire con fuerza.

—No soy «una mujer como», solo soy yo. Lily Karsten. Y me gustaría escribir. —Al ver que él arqueaba las cejas, Lily decidió poner las cartas sobre la mesa—. Friedrich, quiero ser completamente sincera: necesito trabajar. No sé si Berta se lo habrá contado, pero... en cierto modo he roto con mi familia. —Hizo una pequeña pausa—. Al menos ya no vivo en casa y ahora me veo obligada a ganarme el sustento. Como quizá imagine, esto no es fácil, sobre todo si se es una mujer que nunca ha aprendido a hacer nada. Necesito dinero. Dice usted que lo que escribo no está mal. Deme una oportunidad.

Friedrich la escudriñó un momento tras sus gafas.

—Berta me lo contó, sí —admitió, y a Lily le sorprendió que no hubiese salido de él mencionarlo—. Ha sido muy valeroso por su parte. Yo tenía razón antaño, cuando escribí el artículo. Es usted un tanto atípica. —Esbozó una sonrisa de reconocimiento, restando con ello aspereza a sus palabras—. Veamos, lo que dije en el baile es verdad. Siempre estamos buscando voces nuevas. Pero... no femeninas.

Lily lo miró asombrada.

—No... —objetó. Él negó con la cabeza.

—Si me lo permite, le diré una cosa con absoluta certeza: si quiere escribir para nosotros, tendrá que hacerlo bajo un seudónimo masculino. Si no está conforme con esto, más vale que dejemos de hablar ahora mismo. A fin de cuentas, la decisión no es mía.

Lily tuvo el fuerte impulso de coger sus papeles y salir del despacho, pero entonces le vinieron a la cabeza su dietario y la columna vacía de los ingresos, y asintió.

—Bien, me figuro que tendré que vivir con ello —respondió enfadada.

Friedrich se encendió otro cigarrillo.

—Le diré lo que haremos: escriba usted algo. Algo nuevo, sobre la ciudad. Un artículo que siga nuestro estilo. Lea el periódico e intente emular la forma de expresarse de nuestros reporteros, de formular lo que observan. Después tráigamelo y ya veremos. ¿Conforme?

Lily asintió. Era menos de lo que esperaba pero, al fin y al cabo, era una oportunidad.

—Conforme —repuso—. Gracias.

Él sonrió y le ofreció un cigarrillo.

A lo largo de las dos semanas que siguieron, Lily se volcó en el artículo. Tras pasarse varios días pensando en qué podría convencer a Friedrich, tuvo una idea: fue a St. Pauli para entrevistar a la vendedora de limones. Si empezaba con una figura popular local, alguien a quien la gente conociese, quizá consiguiera llamar la atención antes. Y prácticamente todo el mundo en la ciudad conocía a la diminuta vendedora, que le llegaba a Lily por la cadera, con su cesta, su pañoleta y su voz estridente. Todos los niños habían oído alguna vez su «¡Limones, limones, me los quitan de las manos!», y el delantal azul que llevaba sobre una falda demasiado corta también se reconocía desde lejos.

Lily se llevó una fuerte impresión cuando habló con la mujer. No solo era evidente que algo le

pasaba a su minúsculo cuerpo, Jette tampoco era capaz de seguir debidamente una conversación. «Está loca», pensó Lily, pero después se dio cuenta de que a la naturaleza simple de la mujer se sumaba el influjo del alcohol, bajo el que a todas luces se hallaba.

—Por el día vende en las calles, pero de noche recorre los sótanos de la Reeperbahn —le contó Jo por la tarde cuando Lily le habló del encuentro—. En esas tascas la gente se ríe de ella, la invita a aguardiente y después la anima a cantar canciones obscenas.

—Pero eso es terrible —opinó Lily horrorizada.

Jo hizo un gesto de negación.

—A ella le divierte.

Lily estaba convencida de que eso no era verdad, pero ¿qué podía hacer ella? Escribió un artículo sobre la desoladora vida de la mujer, que había crecido en el corazón del Gängeviertel y ya a los trece años había empezado a vender en la calle para ayudar a su familia.

—Estoy segura de que es tan pequeña y está tan encorvada porque nunca ha tenido bastante de comer —dijo a Jo mientras su lapicero arañaba el papel, pero él se rio.

—Si eso fuera así, medio Hamburgo tendría enanismo. —Era incapaz de entender por qué Lily estaba tan alterada—. A ver, Jette tiene trabajo, ¿no? Eso es más de lo que pueden decir muchos del barrio.

Cuando le llevó el primer artículo a Friedrich, este lo rechazó.

—Demasiado sentimentaloide, el periodismo ha de ser objetivo —aclaró, y le devolvió el papel—. Es interesante, pero el tono no es el adecuado. Nadie creerá que esto lo ha escrito un hombre.

De manera que Lily rehízo el artículo. Friedrich se lo devolvió cinco veces, nada menos, pero al final asintió, aunque lo hiciese con vacilación.

—Déjelo aquí. Veré si lo puedo colocar en alguna parte, pero no le prometo nada.

Lily volvió a casa entristecida bajo la llovizna. No era así como imaginaba que sería su carrera de periodista.

—No lo quiere —le contó a Jo al entrar. Le dio un beso. Tenía turno de noche, debería irse pronto, y la estaba esperando con impaciencia. Cansada, Lily se quitó los zapatos embarrados y apoyó los pies en su regazo.

—Tienes los dedos helados. ¿Te lo ha devuelto otra vez? ¿No te puede decir sin más que lo dejes?

—Sí, hace un día horroroso. No, esta vez se lo ha quedado, pero dice que no me haga muchas ilusiones.

—Bueno, algo es algo —rezongó Jo mientras le masajeaba los pies congelados.

Lily cerró un instante los ojos. Aún tenía una cadena y dos pares de pendientes de su abuela. Y también podía vender el abrigo, en el peor de los casos, y los dos vestidos buenos que se había llevado. Y no había que olvidar el escondrijo bajo la tabla. No pasaría hambre durante bastante tiempo. Sin embargo, la sensación de no poder hacer nada para mejorar su situación era opresiva.

Una mañana de febrero brumosa Lily salió de casa a la carrera, con una cesta del brazo y la capucha del abrigo bien calada, como siempre que quería ir al mercado. Pasó por delante del comedor de caridad, adonde acudían cada día los necesitados a pedir un poco de caldo aguado y un canto de pan. La mayoría de las veces pasaba por delante de la cola con la mirada baja y a paso ligero, ya que no podía soportar ver a esas personas. Le recordaban todos los días que, aunque ella era pobre, había muchos a los que les iba muchísimo peor.

No obstante, esa mañana algo hizo que levantara la cabeza. Después se preguntaría a menudo qué fue lo que la movió a mirar en ese momento los rostros que por lo general evitaba. ¿Providencia divina, una vibración en el aire? Alzó la vista y se topó con unos ojos que casi conocía mejor que los suyos propios. Se detuvo con rigidez, con tanta brusquedad que una mujer chocó con ella profiriendo imprecaciones.

—¡Seda! —susurró Lily.

La muchacha la vio en el mismo instante, pero al parecer no era capaz de reconocerla. Frunció el ceño; a juzgar por su mirada, era evidente que no la identificaba. Entonces se retiró la capucha.

Seda puso cara de sorpresa, dejó la cola deprisa y fue hacia ella. Lily rompió a llorar de alegría antes de que aquella llegara. Durante un segundo no supieron cómo debían saludarse, no había normas para un encuentro como ese, pero después Lily le echó los brazos al cuello. Solo en ese momento fue consciente de lo mucho que había echado de menos a su gran amiga.

Aunque se conocían desde hacía muchos años, nunca se habían abrazado. Al estrecharla contra sí, Lily notó lo abultado que tenía el vientre bajo la amplia capa. Dio un paso atrás para mirar a Seda, cuyas mejillas se tiñeron de un pudoroso rojo en el acto. Comenzó a tirarse con nerviosismo de la capa, como si quisiera ocultar el voluminoso cuerpo.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —preguntó Lily con voz ahogada—. Oh, Seda, cuánto siento que te echaran de casa.

Esta negó con la cabeza.

—Y yo siento haberme ido sin despedirme, pero tu padre no quería que volviera a hablar contigo y... además estaba avergonzada.

Lily notó que la asaltaba una mezcla de rabia y tristeza.

—No tienes de qué avergonzarte. Sé que el responsable es mi hermano.

Seda palideció. Era evidente lo mucho que le desagradaba el tema.

—¿Lo sabes? —musitó.

Lily hizo un gesto afirmativo. Aunque sabía que Franz era el padre del niño, había una cuestión que la estaba corroyendo desde que se había enterado.

—Seda, ¿por qué no me dijiste que habíais... intimado? Sabes que me habría alegrado por ti.

Seda la miró extrañada un instante y, cuando cayó, puso cara de sorpresa.

—Lily, no fue como tú crees... —confesó en voz baja.

Ella arrugó el entrecejo.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó, pero al ver que su amiga bajaba la vista avergonzada, supo lo que quería decirle. La cabeza le daba vueltas—. Pero... eso es... —balbució, pero Seda la cortó.

—Siempre es así, ¿no es verdad? De todas maneras es lo que hacen todos. Y yo tenía tanto miedo de perder el empleo... —Las últimas palabras salieron en un hilo de voz.

Del cuerpo de Lily se apoderó un temblor que durante un instante le cortó la respiración. Al mismo tiempo se sintió extrañamente vacía; estaba tan conmocionada con lo que acababa de confesar Seda... Solo pudo negar con la cabeza en silencio, horrorizada; no sabía qué decir.

—Por favor, prométeme que no hablarás con él de esto.

—Pero ¡Seda! —espetó Lily, y su amiga le cogió una mano.

—Por favor, Lily. No podría estar más avergonzada. Y, de todas formas, no cambiarías nada. —Le apretó con tanta fuerza los dedos que casi le hizo daño. Lily acabó asintiendo de mala gana —. Pero ¿y tú? ¿Qué haces aquí? —inquirió de pronto, a todas luces intentando cambiar de tema —. Y ¿por qué llevas esta ropa? —Ahora reparó en el sencillo vestido de Lily y, acto seguido, su mirada recorrió asombrada su moño, los zapatos embarrados, las manos descuidadas—. No lo entiendo —dijo en voz baja, perpleja.

Lily la agarró del brazo y la llevó a un lado para que pudieran sentarse en una escalera. Después le contó de manera sucinta lo que había pasado. Seda se llevó las manos a la boca consternada.

—Pero, Lily, es imposible. Tú no puedes vivir aquí; ¿cómo te las vas a arreglar sola? —inquirió.

Lily sonrió.

—Me las arreglo bien. Y no estoy sola...

Sumamente apesadumbrada, a Seda se le saltaron las lágrimas.

—Esto no está bien —decía una y otra vez—. Una dama como tú aquí, en el Gängeviertel.

Con todo, Lily le restó importancia.

—No te preocupes por mí. ¿Cómo te va a ti? ¿Dónde vives?

Seda agachó la cabeza, al parecer buscando las palabras adecuadas.

—Soy una mujer encinta y sin recursos. En el albergue —balbució al cabo.

—¿Qué sitio es ese? —quiso saber Lily, que nunca había oído hablar de él.

—La casa de maternidad de la calle Pastorenstrasse. Dejan vivir allí a las embarazadas, les dan de comer si a cambio limpian... y pueden disponer de ellas.

—¿Disponer de ellas? —repitió Lily espantada—. Pero ¿para qué?

Poniéndose más roja aún, Seda adelantó el labio inferior. Lily se dio cuenta de que no era capaz de mirarla a los ojos.

—Con fines ilustrativos. Los médicos y los estudiantes han de aprender cómo vienen los niños al mundo. Y como las mujeres de posición acomodada no se prestan a ello

voluntariamente...

Lily la miró con incredulidad.

—Pero ¡¿Franz no te dio dinero?! —exclamó fuera de sí.

Seda asintió despacio.

—Un poco, sí. Pero no lo bastante para vivir, claro está.

Lily tuvo que apretar los dientes para no gritar de rabia. Y eso que lo intuía. Su hermano nunca daba más de lo estrictamente necesario.

—Su propio hijo. ¿Cómo puede ser tan insensible? —bufó.

Seda la miró avergonzada y Lily le cogió la mano.

—Pero ¿te encuentras bien en ese sitio? —quiso saber entonces—. ¿Cuidan de ti? ¿Cómo vivís allí?

Seda miró a su alrededor como si tuviese miedo de que alguien pudiera oírla.

—Ay, Lily, es espantoso —se sinceró—. Solo hay una habitación para veinte embarazadas y otra para diez mujeres que han alumbrado. Los colchones son de zostera y en cada habitación hay una única chimenea. —Bajó la vista—. Pero me alegro de poder vivir allí —afirmó en voz baja—. No me quiero quejar.

—Y ¿qué haces en este sitio? —preguntó Lily mientras miraba la cola de mendigos, que cada vez parecía más larga. A la mayoría de las personas daba pena verlas, estaban cubiertas de mugre, tenían el rostro hundido y enfermedades.

Seda se mordió los labios turbada.

—Bueno —dijo—. En la casa no hay mucho que comer, y yo ahora siempre tengo mucha hambre... —Miró a Lily con expresión de súplica, como si quisiera pedirle que le perdonase ese pecado.

Esta se sintió avergonzada.

—No sabía dónde estabas, de lo contrario habría ido a verte de inmediato. —Volvió a cogerle la mano a su amiga—. Yo vivo aquí al lado, vente conmigo. Te prepararé algo de comer.

—Pero eso no puede ser —indicó la otra, pero Lily ya estaba tirando de ella.

Cuando entraron en el piso, Seda echó un vistazo y se quedó boquiabierta. Lily se preguntó qué vería. Por su parte estaba orgullosa de lo mucho que había cambiado la buhardilla desde que se había instalado, pero para Seda debía de ser espantoso el contraste con la habitación que tenía en la villa. La muchacha pasó un dedo por la vieja mesa de madera, observó la pequeña cama, el rinconcito del hogar.

—Ay, Lily —dijo en voz baja—. ¿Cómo ha podido pasar esto?

Ella preparó una sencilla pero copiosa comida a base de alubias, tocino y sémola. Se alegró de que aún le quedara pan en la panera y de que el día anterior Jo le hubiese llevado queso. En un primer momento Seda se resistió, no podía quedarse sentada de brazos cruzados viendo cómo Lily desempeñaba los quehaceres domésticos.

—Los tiempos han cambiado, cuanto antes lo aceptes, tanto más fácil será para las dos —

adujo Lily con brusquedad—. Ahora somos iguales. Sé que a ti te resulta extraño, pero así son las cosas.

Se mostró tan enérgica que Seda no tuvo más remedio que sentarse, aunque lo hiciese con vacilación.

—Nunca lo entenderé, no está bien —se lamentó, pero permaneció sentada a la mesa, siguiendo cada uno de sus movimientos con la mirada.

Cuando la comida estuvo lista, Seda comió primero despacio, pero luego con creciente apetito. A Lily le alegró ver cuánto le gustaba, no paraba de llenarle el plato y cortarle pedazos del sabroso queso.

Después se sentaron ante la chimenea. Seda tampoco podía entender que la joven todavía no hubiese tenido noticias de su madre.

—No es propio de la señora, ella no es así —afirmó, pero Lily negó con la cabeza.

—Ha cambiado mucho. Desde lo sucedido con Michel ya no es la misma.

De pronto Seda se estremeció ligeramente.

—¿Qué ocurre? —preguntó Lily asustada.

—Nada. —Su amiga sonrió—. Solo es el niño, que se mueve.

—¿Puedo tocar? —pidió Lily respetuosa, y la muchacha asintió. Y si en un primer momento no notó nada, al cabo de un rato percibió las suaves patadas de los piececitos—. ¿Sabes qué? —inquirió en voz queda, mientras acariciaba con delicadeza el vientre abultado de su amiga.

Seda negó con la cabeza.

—¿Qué? —preguntó.

Lily esbozó una sonrisa.

—Ahí dentro está mi sobrino. O quizá, y eso me gustaría más aún, mi sobrina.

Al día siguiente Lily le habló a Emma de Seda. Su amiga asintió preocupada:

—Ninguna mujer que se estime permite que entre un médico o un estudiante en su casa cuando va a alumbrar, y menos si va a un centro clínico. Eso solo lo hacen las mujeres de clase baja. Debo decir que, en lo tocante a este tema, tengo opiniones encontradas. No debería obligarse a nadie a tomar parte en algo así por sus circunstancias, puesto que ello puede suponer una carga nerviosa tremenda para la madre, capaz incluso de provocar abortos. Pero, como es lógico, para la ciencia tiene mucho valor; la ginecología está terriblemente atrasada. Sin embargo, tampoco puede ser que a las embarazadas se las considere solo muñecas con las que practicar y no se las ayude y proteja, que es lo importante. A mi juicio, no siempre es una ventaja que esta ciudad en todo momento dicte sus propias normas y leyes. En lo que respecta a la medicina obstétrica estamos muy anticuados. A lo largo de los últimos años Hamburgo se ha disparado, pero en este campo no se ha hecho lo más mínimo. —Al ver que Lily no mostraba la reacción deseada, Emma recalcó—: Estoy hablando de carencias manifiestas en la asistencia obstétrica, sobre todo en lo que respecta a la organización. El Senado rechaza continuamente la

creación de una casa de maternidad independiente. —Emma resopló enfadada—. Lo justifican diciendo que la ciudad es demasiado pequeña y que con un establecimiento así solo se conseguiría atraer a mujeres promiscuas de los alrededores. ¿Te lo puedes creer? Y el sistema de amas de cría tampoco está organizado ni goza de supervisión, las amas las procuran organizaciones privadas.

—No interesa a nadie lo que les pase a esas mujeres, así de simple, ¿verdad? —repuso Lily, resumiendo las palabras de su amiga.

Emma asintió con semblante adusto.

—Exacto —convino—, a nadie le importa. —Acto seguido escudriñó a Lily—. Ya que estamos con este tema: ¿estáis tomando precauciones?

Lily dio un respingo. Aunque ahora sabía muy bien lo que sucedía en la cama entre un hombre y una mujer, seguía costándole hablar sin tapujos de cosas que antes no existían en su mundo.

—Sí, claro —replicó deprisa, y se puso completamente roja. Como se negaba en redondo a pedir condones, Emma le había acabado dando una esponjita que se podía introducir ella misma. «Es mejor que nada aunque, desde luego, nada segura», advirtió en su día—. Bueno, al menos Jo dice que tiene cuidado —añadió Lily, si bien no confesó que a menudo no utilizaba la esponjita porque en el ardor del momento no le daba tiempo o no le apetecía usarla.

Emma torció el gesto.

—Con eso no basta. ¿Seguro que no quieres que te...?

Lily se apresuró a negar con la cabeza: jamás le pediría a Jo que emplease condones, se moriría de la vergüenza.

—Son demasiado caros —alegó en su lugar.

—¡Pero si te los daría yo! —exclamó su amiga, pero Lily rehusó con vehemencia.

—Tenemos cuidado —aseguró. Sabía que Emma no la creía, así que cambió de tema sin pérdida de tiempo.

—¿Quieres uno? —Friedrich le tendió la pitillera abierta.

Desde que se conocieron en el baile, Lily no lo había visto nunca sin un cigarrillo en la mano. Incluso hablaba con él colgando en la comisura de la boca, lo que hacía que sus papeles casi siempre estuvieran manchados de ceniza. A decir verdad, Lily no fumaba, ni siquiera cuando estaba con Martha y las demás, pero la primera vez que Friedrich la llamó a su despacho estaba tan nerviosa que no lo pudo rechazar, y desde entonces se había convertido en una costumbre hablar con él de los textos mientras fumaba un cigarrillo. Solo que ahora ya no se veía obligada a vomitar después en una papelera del recibidor. Jo siempre rezongaba cuando ella volvía apestando a tabaco. Decía que ocultaba su olor natural, que tanto le gustaba. Pero para Lily las horas que pasaba en el despachito escasamente iluminado de Friedrich eran las únicas de su vida

en las que de verdad se sentía plena, adulta e independiente, y en cierto modo el rebelde pitillo formaba parte de ello.

Cogió uno y Friedrich, que para entonces ya la tuteaba, le ofreció una cerilla.

—Escucha —dijo mientras apagaba la cerilla moviendo la mano—. No se lo digas a nadie, ¿entendido? Conozco a un editor del *Bürgerzeitung*, que está mucho más indicado para los temas que tratas que el *Tageblatt*. —Dio una chupada al cigarrillo. El despacho entero ya estaba envuelto en humo—. Le di el último artículo que escribiste y le pareció interesante. Le gustaría publicarlo.

De pronto el corazón de Lily empezó a latir con fuerza.

—¿De veras? —preguntó sin dar crédito.

Él asintió.

—Eres buena, Lily. Escribes con objetividad pero con el corazón. Tus artículos gozan de aceptación, solo que con nosotros no llegarás a ninguna parte. Allí, sin embargo, tienes posibilidades.

Más tarde, cuando se fue a casa, estaba muy pensativa. El diario *Bürgerzeitung* era famoso por su ideología socialista. Lily lo conocía bien, antes lo leía a veces a escondidas en el piso de Martha. Ahora lo compraba siempre que pasaba por un puesto y le llamaba la atención un artículo de la portada. Su padre jamás habría permitido que ese periódico entrara en casa. El año anterior habían publicado por entregas *Germinal*, la novela de Émile Zola en la que se describían las atroces condiciones de vida de los mineros. Martha había ido guardando el folletín para Lily y ambas estaban entusiasmadas. Después Lily había empezado a leer otras obras de Zola, que poco a poco había ido dando a Jo. A este le había fascinado especialmente *La taberna*, había pasado noches enteras rumiándola y no paraba de leer a Lily frases o pasajes enteros con gran entusiasmo. Lily sabía que la novela estaba recibiendo duras críticas por parte de la opinión pública. Se decía que Zola exageraba las desoladoras circunstancias de la clase baja.

—Nada en ese libro es exagerado —aseguró Jo negando con la cabeza cuando Lily se lo comentó—. Es cierto que no sé cómo están las cosas en Francia, pero Zola podría describir perfectamente los Gängeviertel. Aunque su forma de retratar a los pobres va demasiado lejos, en mi opinión. No son mucho mejores que los animales, de lo vulgares y apáticos que los pinta.

Lily se paró a pensar un instante.

—Pero, al fin y al cabo, dice que son las condiciones en las que viven lo que hace que sean así. Y que la burguesía tampoco tiene más moral o es más decente. Lo único que hace es salvar sus abismos de ruindad con dinero y ropas bonitas.

—Eso es así, pero no todo el que es pobre es también memo o abúlico —objetó Jo.

Ahora, al recordar esa conversación y las numerosas horas que para entonces ya habían pasado juntos delante de la pequeña chimenea de su casa, leyendo o hablando de lo que leían,

Lily notó que la recorría un cosquilleo cálido. Escribiría para el *Bürgerzeitung*. Lily se debatía entre la alegría y la vergüenza: si su padre llegara a enterarse...

Así fue como empezó Lily a trabajar de periodista independiente. Durante esos primeros tiempos no poseía muchas cosas, pero sí tenía fuego, comida y un techo que la cobijara, que ya era más de lo que tenían muchas otras personas en Hamburgo. «¿Qué más necesito?», pensaba a menudo por la noche, cuando se metía bajo la rígida y húmeda manta, muerta de frío. Sin embargo, por mucho que intentara convencerse de lo contrario, la vida sin servidumbre, sin contacto alguno con tan siquiera los utensilios domésticos más sencillos, era dura. Muy dura. «¡Soy una completa inútil!», solía decirse enfadada cuando ni siquiera lograba mantener debidamente el fuego.

Pero no se quejaba nunca. Ni siquiera cuando se le agrietaban los dedos con el frío porque fregaba los platos en el patio; ni tampoco cuando quitaba de la cuerda la ropa tiesa; ni cuando, al abrir el arcón de la cocina, le pasaba una cucaracha por la mano, ni incluso por la noche, cuando oía roer las vigas a las ratas.

Fueron los momentos más duros de la vida de Lily. Pero por la noche, cuando se sentaba con Jo al amor de la pequeña lumbre, la buhardilla casi tenía un algo acogedor. Por la ventana se veían las chimeneas de la ciudad, que expulsaban el humo en silencio hacia la luna. A la luz roja del fuego de la chimenea no se veían los agujeros del sillón, los remiendos de las cortinas y los callos de sus manos. Y bajo aquella misma luz roja contemplaba cada noche el rostro meditabundo de Jo, que desde la muerte de Karl se había endurecido y tenía una expresión triste. Por aquel entonces siempre pensaba que no tenía sentido engañarse más aunque pudiera hacerlo. Echaba en falta a su familia cada día, allá adonde fuese, hiciera lo que hiciese, cuando regateaba con el carnicero por un filete o subía la compra con brazos temblorosos por la pequeña escalera hasta el quinto. Siempre pensaba en ellos pese a no tener noticias suyas. Y lo aceptaba. Había sido ella quien había tomado esa decisión y viviría en consecuencia.

En febrero descubrió por Martha al escritor Maupassant, y como Jo no sabía francés y sus novelas aún no estaban traducidas, Lily le contaba el argumento. Durante un tiempo se volcó en exclusiva en la literatura francesa y se dio cuenta de lo mucho que empezaba a influir en sus propios textos. Cuando leyó por primera vez *Un corazón sencillo*, de Flaubert, lloró con tal amargura que Jo acabó quitándole el libro.

—No puedes permitir que estas historias te afecten tanto —la reprendió con severidad.

Sin embargo, al día siguiente, cuando Jo estaba en el trabajo, ella lo cogió de nuevo, se envolvió en una manta y estuvo el día entero leyendo ante la chimenea mientras en la ventana se formaba escarcha y le llegaban los gritos del patio. Nunca había sufrido tanto con el personaje de un libro como con la pobre sirvienta Félicité, que se pasó la vida entera anhelando el afecto y la seguridad sin lograr conseguirlos, siempre sirviendo a los demás sin que nadie se lo agradeciera.

Cuando, al final del relato, Félicité se quedaba sorda y se refugiaba por completo en su mundo silencioso y solitario hasta su muerte, Lily creyó que se le partiría el corazón.

«¿Nosotros somos así? —se preguntó mientras contemplaba un instante las crepitantes llamas —. ¿Tratábamos también así a la servidumbre? Los criados viven en nuestra casa, preparan nuestra comida, lavan nuestra ropa, están siempre que los necesitamos, pero en realidad no los vemos.»

Todavía recordaba la impresión que le causó cuando Seda le habló por primera vez de su vida con sinceridad, de sus miedos, su dependencia. No era decoroso que los criados hablaran demasiado de sí mismos, lo suyo era verlos pero no oírlos, decía siempre su abuela, y Lily lo había aceptado sin más, había dado siempre por sentado que, fuera de la vida en la villa, no había nada más para ellos. Sabía que tenían familia y amigos, miedos y preocupaciones. Solo que a Lily eso nunca le había quitado el sueño.

3

Jo se apoyó en la pared a fumar. Bajo la gorra observaba a unos niños que echaban una carrera haciendo rodar ruedas viejas. En cada uno de ellos se veía la dureza de la vida que llevaban: el rostro rojo por el frío, los brazos como palillos y dos de ellos sin zapatos, con los pies envueltos en trapos.

Al cabo de unos minutos apagó el cigarrillo aplastándolo con la bota, cogió la bolsa que llevaba y se deslizó en un pasaje oscuro. En el acto sintió una bofetada de hedor y humedad.

Iba bien de tiempo, pero las últimas semanas se había torcido algo tantas veces que Jo quería ir sobre seguro. Caminaba agachado, aunque de cuando en cuando rozaba el techo con la gorra. Al fondo veía la salida, pero allí aún lo envolvía una oscuridad absoluta. Llevaba una mano extendida, con la que iba palpando la resbaladiza pared para orientarse.

De pronto oyó un ruido a sus espaldas.

Se volvió en redondo.

Nada. Tan solo sombras que se extendían. Oyó los gritos amortiguados de los niños. Veía la salida, en el pasadizo no había nadie. Pese a todo se detuvo un instante a esperar. Tenía un mal presentimiento. «Es imposible que alguien sepa lo que llevas», se dijo. Y pese a ello sintió que se le erizaba el vello de la nuca.

Al final se volvió y siguió caminando. Ahora iba más deprisa. Uno nunca sabía con quién se toparía en esos pasadizos. «Será mejor no perder más tiempo», pensó.

El golpe lo cogió completamente desprevenido.

De repente oyó un zumbido y un dolor abrasador le atravesó el cuerpo. Cuando cayó al suelo notó que alguien le quitaba la bolsa de las manos. Unos pasos presurosos se alejaron deprisa.

Después la oscuridad lo engulló.

Cuando volvió en sí, vio el rostro de Lily, que lo miraba preocupada. Después apareció en su campo visual la cabezota de Charlie.

—¡Está despertando!

Jo pestañeó y, soltando un gemido, se frotó la cabeza dolorida.

—¿Sabíais que tenéis exactamente el mismo color de pelo? —preguntó, y al ver que lo miraban perplejos no pudo evitar echarse a reír. El dolor que le bajó de las sienes a la nuca fue tan terrible que Jo resopló haciendo mucho ruido.

—No te muevas. —Lily le pasó un paño húmedo por la frente—. No te puedes levantar

todavía.

—Toma, aquí tienes un poco de caldo. —Era la voz de su madre. Ahora se dio cuenta de que estaba en su casa.

—¿Te he echado de tu sitio? —le dijo a Charlie con los ojos cerrados.

—En efecto —gruñó su amigo, y Jo sonrió en contra de su voluntad, lo cual hizo que lo asaltara una nueva oleada de dolor. Poco después notó una cuchara en la boca.

—Tienes que recuperar las fuerzas —lo amonestó su madre—. El doctor Rauschert vendrá de un momento a otro.

—Ese charlatán —se lamentó Jo—. Que Charlie vaya a por Emma y...

—Ya te he dicho que esa mujer no vuelve a poner los pies en mi casa.

Cuando su madre hablaba en ese tono, lo mejor era obedecer sin más.

—Está bien, pero no necesito un médico. Solo ha sido un golpe y... —De pronto recordó la bolsa—. ¡Mierda! —exclamó, y se incorporó de súbito. El dolor lo dejó sin aire. Los ojos le hicieron miles de chiribitas y Jo se tendió de nuevo despacio.

—¿Qué pasa? —preguntó su madre, asustada, pero como era evidente no se lo podía decir; ni a ella, ni tampoco a Charlie o Lily.

—Bah, no es nada —farfulló. Había perdido una mercancía de un valor incalculable. ¿Cómo se lo explicaría a Oolkert?

Cuando su madre salió de la habitación para ir a buscar más caldo y Lily fue tras ella a lavar el paño, Charlie se inclinó hacia delante.

—¿Te acuerdas de algo? ¿Has visto a alguien?

—No. Nada. —En su cabeza solo se abría un agujero oscuro, recordaba que se había fumado un cigarrillo apoyado en la pared, todo lo demás era negro.

Charles frunció el ceño.

—Son métodos completamente nuevos... —musitó.

—Quizá fuera casualidad.

—No, nunca lo es.

Jo cerró los ojos y estuvo dormitando un tiempo. Cuando despertó de nuevo, pestañeando, vio que Charles estaba sentado delante, con los brazos cruzados. Lily había apartado la silla todo lo posible de él y miraba hacia otro lado con cara de circunstancias.

Jo carraspeó.

—Vosotros dos, ¿os habéis vuelto a ver alguna vez desde vuestro pequeño... incidente de antaño? —inquirió.

Lily lo miró sulfurada.

—¡No! —repuso con un grito agudo.

Charles se revolvió en su silla incómodo.

—No —contestó al fin.

—Salvo en aquel sótano, claro. —Lily enarcó las cejas de manera elocuente—. Pero fue una

situación... especial.

Charlie se puso rojo como un tomate.

A pesar de las náuseas que empezaba a sentir y los fieros latigazos de dolor que azotaban su cuerpo desde las sienes, Jo no pudo por menos de esbozar una sonrisilla.

—Entiendo —dijo.

Lily daba golpecitos con un pie, impaciente, mientras miraba de manera ostensible hacia un rincón.

Charlie se puso más rojo aún.

—Sí, bueno... Por eso quería disculparme desde hace algún tiempo —confesó al cabo—. Ni siquiera sabía que vosotros... Bueno, que tú... En fin, lo siento —añadió con tono brusco.

En un primer momento Lily no reaccionó, pero después asintió de manera casi imperceptible.

Jo rompió a reír.

—Dentro de poco seréis grandes amigos, ya veréis. Porque el pelo no es lo único que tenéis en común, también sois los dos cabezotas e incorregibles hasta la médula —afirmó, y ello le granjeó las miradas furibundas de ambos.

Y no iba mal encaminado. A lo largo de los días que siguieron, Jo tuvo que quedarse en cama. Siempre que intentaba levantarse sufría terribles mareos. Lily permaneció todo el tiempo a su lado, velándolo. Mientras tanto, escribía su siguiente artículo sentada a la mesa de su madre. Aunque para entonces Charlie había retomado el trabajo, por las tardes solían sentarse juntos al lado de Jo.

Los primeros días Lily y Charlie no se hicieron el menor caso, ambos se mostraron testarudos, pero al final Charlie empezó a formular preguntas a Lily. La acribilló directamente, ya fuese porque le divertía interrumpirla o por aburrimiento, pues Jo, que pasaba la mayor parte del tiempo dormitando, no era un interlocutor muy entretenido. Lily contestaba con monosílabos, al principio ni siquiera alzaba la vista. Pero él fue tan persistente que Lily terminó apartando los papeles, profiriendo un suspiro y le habló de lo que estaba escribiendo en ese momento. Sin embargo, para sorpresa de Jo, Charlie no pareció muy entusiasmado. Se cruzó de brazos y soltó un sonido de desaprobación.

Lily arqueó las cejas.

—¿Hay algo que no sea de tu agrado? —quiso saber irritada.

Charlie masculló algo incomprensible.

—¿Cómo dices? —Lily se echó hacia delante y se llevó una mano a la oreja—. ¿Podrías repetirlo?

—Solo decía que cómo sabes tú todo eso.

—Porque hago mis indagaciones.

—Conque haces tus inda... lo que sea. —A Charlie le costó pronunciar la complicada palabra,

pero sonrió con desdén.

Ahora fue Lily quien se cruzó de brazos.

—Y por lo visto eso te molesta, ¿no es verdad?

Charlie ladeó la cabeza.

—Es solo que no sabía que se pudiera... indagar... en algo así —respondió.

—Y ¿por qué no se va a poder? —preguntó Lily cortante.

Jo, que había estado escuchando la conversación todo el tiempo desde el sofá, abrió un ojo.

—Vosotros dos, tranquilos —advirtió risueño.

—Yo solo le explico aquí a tu amigo en qué consiste mi trabajo, pero al parecer le cuesta seguirme —espetó Lily mirando de reojo a Charlie.

Este bufó.

—Lo que me cuesta más bien es no reírme.

—Y ¿qué se supone que significa eso? —Lily apartó la silla enfadada.

—Eh, eh. Comportaos. ¿O tengo que meterme entre medias? —Jo se incorporó a duras penas en el sofá y Lily volvió a sentarse de inmediato al ver su mueca de dolor.

—Tú no vas a ninguna parte. —Charlie observaba a su amigo con una sonrisa en la cara—. Y será así durante algún tiempo.

Jo torció el gesto.

—No estés tan seguro.

—Solo estamos hablando, no tienes por qué preocuparte. Lily me iba a contar cómo se... indaga en la miseria de las personas. —Charlie se dirigió a ella de nuevo.

Ahora los ojos de Lily echaban chispas.

—¿Qué es lo que no te gusta exactamente?

Charlie refunfuñó.

—¡Que vienes del condenado Bellevue! Así que no tienes ni idea de lo que escribes —exclamó fuera de sí.

—Hace ya tiempo que no vivo allí, como bien sabes —replicó Lily furiosa.

Charlie asintió.

—Pese a todo, no tienes ni idea.

Lily pareció quedarse sin habla un instante. Abrió la boca como si fuera a decir algo, pero la cerró de nuevo y miró a Charlie entrecerrando los ojos.

Jo, que ahora estaba seguro de que no se sacarían los ojos, se tendió de nuevo en el sofá y se tapó con la manta hasta la barbilla. Que ambos se las compusieran como pudiesen.

—Sé perfectamente de lo que hablo. Dime, ¿qué diferencia existe entre esas personas y yo? He renunciado a todo —alegó Lily, ahora más calmada.

—¿Cómo que «esas personas»? —Charlie frunció la frente—. Yo te diré cuál es la diferencia. Tú crees que has renunciado a todo. Tienes trabajo, ¿no? Un trabajo que no te destroza los pulmones o la espalda, gracias al cual no mueres de hambre aunque dobles el espinazo seis días a

la semana. Tienes una formación que te permite acceder a ese trabajo. Tienes unos conocimientos que te diferencian de todas las mujeres de este barrio porque quien te oye hablar sabe en el acto de dónde vienes. Tienes posibilidades que aquí otros no tendrán nunca. Y ¿sabes qué más tienes?

Lily hizo un gesto negativo.

—¿Qué? —repuso en voz baja.

—Respaldo. Crees que has roto con tu familia. La hija heroica que quiere salir adelante por su cuenta y rechaza toda la ayuda que le ofrecen. Pues deja que te diga algo: si de verdad te fuese mal, si de verdad pasaras hambre o tuvieras frío, ellos te ayudarían. Y tú aceptarías su ayuda. Así que no tienes ni idea de lo que es la verdadera miseria. La verdadera miseria, la verdadera pobreza, es cuando no hay salida. Antes de morir de hambre volverás a Bellevue, te lo garantizo. Ahí tienes la diferencia.

Durante un rato se hizo el silencio en la habitación.

—Yo solo quiero ayudar —dijo Lily al final. Su tono había cambiado. Daba la impresión de que pensaba seriamente en lo que había dicho Charlie—. Si solo pudieran escribir quienes han vivido esas cosas, habría pocos libros en el mundo. Y casi ningún periódico.

Charlie exhaló un suave suspiro.

—Es que yo tampoco digo eso.

De nuevo reinó el silencio.

—Tienes razón, siempre lo veré todo desde fuera —admitió Lily al cabo de un momento. Después pareció que sopesaba unos segundos lo que iba a decir—. Pero tú no.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Charlie perplejo.

De pronto Lily se animó.

—Tengo una idea: me podrías acompañar.

—¡¿Qué?! —gritó Charlie, horrorizado.

Lily continuó hablando.

—En mis pesquisas siempre me topo con barreras, no entiendo del todo algunas cosas. Y a menudo no me atrevo a ir sola a los lugares a los que de verdad quiero ir —contó—. O Jo no me deja. Me vendría bien un poco de ayuda.

Charlie resopló.

—¡De ninguna manera!

—Francamente... —Jo abrió los ojos—. De ese modo me harías un gran favor.

Lily y Charlie, que por lo visto se habían olvidado de él durante un instante, volvieron la cabeza al unísono y lo miraron con cara de asombro. Jo no pudo evitar sonreír: los dos eran bastante parecidos.

Asintió.

—Lily tiende a ser temeraria. Acuérdate de aquella vez, cuando bajó al sótano. En plena noche. «Preguntó por ahí.» —Jo hizo un gesto de desaprobación—. Increíble.

Charlie soltó un gruñido que indicaba su conformidad.

—De lo más descabellado —añadió.

Lily se irguió indignada.

—¡Eh! —exclamó, pero ninguno de los dos le prestó atención.

—Siempre me tiene preocupado. No solo es imprudente, sino también tremendamente cabezota, como tal vez hayas notado —continuó Jo.

—¿Que si lo he notado? —Charlie soltó una risotada.

—¡Eh! —terció Lily una vez más.

—Hace lo que se propone, y cuando trabajo, no la puedo acompañar. Si vas con ella me quitarás una preocupación de encima. Como es natural, ella te pagaría. Y me prometería ser más amable contigo. —Jo dirigió una sonrisa inocente a Lily—. ¿No es verdad?

—Creo que para eso tendría que practicar un poco —opinó Charlie.

—¡Eh! —repitió Lily por tercera vez, pero ahora ella también se rio.

Y ese fue el comienzo de la insólita colaboración entre Charles y Lily. Para sorpresa de Lily, se entendían sumamente bien. Constató que le gustaba el humor de Charlie y que su rudeza era una fachada tras la cual, como ya había insinuado Jo, se ocultaba un corazón bondadoso y compasivo, que no era muy distinto del suyo.

Charlie fue un golpe de suerte para Lily. Conocía como nadie los rincones oscuros de Hamburgo, dominaba tres lenguas, había desempeñado prácticamente todos los trabajos de los que hablaba y, sobre todo, sabía dónde encontrar a las personas que Lily necesitaba para sus entrevistas. La ciudad que Lily conoció a través de él era aún más pobre, más sombría y más desesperada incluso que todo cuando había visto hasta entonces. Le mostró a niños pequeños que recogían los excrementos de perros o gatos, y los cargaban en cubos pequeños durante el día mientras recorrían la ciudad, como quien busca un tesoro; de vez en cuando llegaban a rellenarlos con los suyos propios. Por la tarde acudían a los curtidores. A cambio, recibían unos pocos pfennigs. En los oscuros pasadizos y sombríos patios que se abrían entre las calles Pumpenstrasse, Niedernstrasse y Steinstrasse, la llevó hasta mujeres solas y sin hogar que vivían con sus hijos en cajas y por la noche dormían envueltos en papel de periódico. «El invierno es una sentencia de muerte casi segura», observó Charlie, y dio una moneda de su bolsillo a una mujer con la que acababan de cruzar unas palabras. Ella ya ni siquiera fue capaz de alegrarse, se limitó a hacer un movimiento afirmativo como muestra de gratitud.

Hablaron con hombres mayores o enfermos que ya no podían trabajar, pero cuya jubilación no les daba para vivir y, debido a ello, por la noche se metían en el río para sacar de las heladas aguas negras el carbón que caía de la carga de los barcos grandes. A no pocos los engullía el agua para siempre.

Fueron a la casa de corrección y caridad para muchachas y mujeres inmorales y vagas. Con las mujeres en sí no les permitieron hablar, pero la directora les explicó cuál era la finalidad de la

casa:

—Por medio de una estricta disciplina queremos que desempeñen una actividad regulada para que puedan entrar a servir. Las apartamos de las influencias perniciosas de la gran ciudad, que las vuelven vagas y desabridas.

Lily averiguó que el sesenta por ciento de las prostitutas de Hamburgo antes habían sido criadas cuya puerta, como en el caso de Seda, no pudieron cerrar con cerrojo por la noche. La mayoría de ellas padecía enfermedades venéreas incurables y morían despacio mientras contagiaban cada vez a más clientes y propagaban sin querer las enfermedades por la ciudad.

Siempre confiaba en volver a ver al niño al que había dado los pendientes en su día, saber qué suerte había corrido. Pero lo cierto era que se alegraba de no haberse topado nunca con él. Algo en ella esperaba que hubiera salido adelante y empezado una vida mejor con el dinero, que tal vez ya no estuviese bajo la escalera o en los patios traseros del Gängeviertel.

—Si quieres ver a los que lo pasan mal de verdad tenemos que ir a la industria pesquera —dijo Charlie un buen día—. Las trabajadoras son las que menos ganan, las que peor huelen y las que enferman más a menudo, o por lo menos eso se dice.

De manera que a la semana siguiente fueron a Altona y Ottensen para hablar con las trabajadoras de las fábricas de pescado. El trabajo, que era estacional, lo realizaban casi exclusivamente mujeres, dado que lo podían desempeñar sin tener estudios. Cuando pidió entrevistarlas, no le permitieron hablar con nadie pero, tras la negativa, Lily pidió trabajo en la siguiente fábrica y, después de recibir unas sucintas instrucciones, la llevaron de inmediato a la pila. El lugar era húmedo y frío, no tenían ropa de protección y todas estaban empapadas de la cabeza a los pies. Llevaban zuecos de madera y el agua les llegaba por los tobillos.

Lily habló con una mujer joven que tiritaba de frío con el vestido fino que llevaba puesto y ya tenía las manos azules.

—Es duro, pero por lo menos nos llevamos las tripas a casa —aseguró—. Lo único que me molesta es la humedad y el olor. Mi marido ya no me quiere tocar, es imposible quitarme de encima la peste, ni aunque me lave. Y aquí no hay nada para cambiarse o secarse, solo un retrete para cincuenta trabajadoras.

Puesto que los peces llegaban cuando caían en la red y no se atenían a un horario de trabajo establecido, podía pasar que se trabajara durante todo el día y la noche correspondiente. A destajo, también los domingos y festivos. El salario dependía del trabajo desempeñado.

Al cabo de tres horas Lily tenía las manos y los pies entumecidos del frío y se marchó sin que le pagaran.

Con circunstancias similares, aunque más secas, se topó dos semanas después con las seleccionadoras de café. En el puerto prácticamente no trabajaba ninguna mujer, salvo en los almacenes, donde cosían y clasificaban sacos o las contrataban de muchachas del café. El nombre, pese a ser bonito, era un tanto engañoso: el trabajo que desempeñaban las muchachas

era duro y exigía cierta fuerza física. Recibían el café en el puerto y sacaban los pesados sacos de las chalanas del Elba para subirlos a los almacenes.

—Como mucho ganamos un marco con veinte al día —contó una trabajadora que se escabulló para fumar un cigarrillo y se tropezó allí con Lily y Charlie—. Las novatas, solo cuarenta pfennigs. Y eso trabajando doce horas, ya estén embarazadas o no, y aquí hay muchas embarazadas, créeme. No las cogen en otras partes. La mayoría tiene otro trabajo por la noche porque, de lo contrario, no les alcanzaría para vivir. Y el capataz nos hace la vida imposible. Si nos retrasamos, aunque solo sea unos minutos, solemos tener que trabajar un día entero para recuperar ese tiempo. Tampoco nos está permitido reírnos o hablar mientras trabajamos, o nos castigan. Si te quejas al jefe de la fábrica, te ponen de patitas en la calle de inmediato.

Les enseñó una entrada trasera abierta por la que pudieron entrar. Y, en efecto, sostuvieron algunas conversaciones y vieron con sus propios ojos lo duro que trabajaban las mujeres. Después los descubrió un capataz y los echó con cajas destempladas. Por suerte, aunque estaba enfadado corría tan poco que no les costó dejarlo atrás. A Lily le dio en la nariz que su escasa velocidad también se debía a que no quería enfrentarse al enorme y tatuado Charlie.

Tras esa experiencia Lily escribió un artículo airado, en el que mencionaba el nombre de la compañía.

Y sorprendentemente lo publicaron.

Un día después se presentó en la redacción el gerente, que echaba humo, exigió una rectificación y amenazó con presentar una demanda contra ellos. Con el objeto de evitar que se armase un escándalo mayor aún, se publicó una réplica de la compañía, en la que se afirmaba que todo el trabajo físico pesado que se desempeñaba en los almacenes del café lo realizaban exclusivamente hombres.

—Pero ¡si lo vi con mis propios ojos! —se quejó Lily al redactor.

—Y la gente lo ha leído —la tranquilizó este—. Como es natural, la compañía no podía dejarlo pasar sin más, pero la ciudad entera sabe que tienes razón. A fin de cuentas las trabajadoras no están obligadas a guardar silencio. Seguro que llevan años hablando de las condiciones en las que trabajan. Hemos captado la atención, y eso ya es algo.

—Ya, pero la compañía miente —replicó Lily, en modo alguno apaciguada.

—Es un principio, Lily. No existen tarifas salariales, por de pronto no pueden cambiar su situación, salvo que se organicen al margen del almacén y se declaren todas en huelga, cosa que dudo que vaya a pasar. Nadie mira por sus intereses, pero cuanta más atención captemos para ellas, tantos más engranajes se pondrán en marcha. Para estas cosas hace falta tiempo, no cambian de la noche a la mañana.

Lily estaba que echaba chispas, pero no había nada que pudiera hacer. Salvo seguir escribiendo.

Lily se volcaba cada vez más en el trabajo. A lo largo de las siguientes semanas se concentró en

el tema de la prostitución. Acudió a archivos y bibliotecas, entrevistó a mujeres, habló con propietarios de burdeles e incluso intentó preguntar a agentes de policía, pero todos ellos se negaron a darle información. Incluso existía un artículo que prohibía la apertura de burdeles en todo el imperio, pero Hamburgo lo incumplía. Era un negocio floreciente y la ciudad hacía poco o nada por detenerlo. Solo había ocho agentes que velaban por mantener la moral. Los hamburgueses se aferraban con obstinación al oficio más antiguo del mundo en su ciudad, de manera que el número de prostitutas registradas en décadas pasadas se había multiplicado. En los archivos de la ciudad Lily encontró un folleto de 1861 en el que se exponía que las muchachas debían presentarse a la clientela en la calle, en escaparates, medio desnudas. «Por lo menos prohibieron eso», masculló asqueada al hojear el folleto.

—Creo que hay más de dos mil mujeres —contó una tarde a Jo mientras revisaba las notas que había tomado—. A decir verdad, en el año 71, según una resolución de la cámara alta, se ordenó el cierre de todos los burdeles, pero se limitaron a cambiarles el nombre y siguieron como hasta entonces.

Jo asintió.

—Lo sé.

—Y no se hace nada. Pero ¿cómo se va a hacer, si tienen por todas partes a muchachas que vigilan por si aparece un guardián de la moral? En tal caso desaparecen un rato y todo vuelve a la normalidad cuando el hombre se marcha. ¿Crees tú que se retiró la licencia al dueño de algún burdel, aunque solo fuera a uno? Pues no, ahora se hacen llamar «hospederos» y nadie puede hacer nada —se lamentó Lily.

Jo repuso enfadado:

—La policía no puede hacer nada contra la prostitución libre, pero deja que te diga una cosa: el hombre tampoco lo tiene fácil. Hay que andarse con mil ojos cuando se pasa por según qué calles porque te meten directamente en las casas, a veces varias mujeres se abalanzan sobre uno e intentan hacerlo entrar por la fuerza.

Lily levantó la cabeza.

—¿Ah, sí? —preguntó con aspereza, y él se puso rojo.

—Eso me han dicho —recalcó Jo, y centró toda su atención en el fuego que intentaba avivar.

Lily lo miró ceñuda un instante y después siguió escribiendo.

—Sea como fuere, es mejor regular el sistema, de ese modo las mujeres por lo menos no dependen de los rufianes —observó, mirando el papel.

—Ya, pero si no es un chulo es un casero —apuntó Jo—. Y además, el sistema tiene muchas más desventajas para las mujeres.

—Mejor un casero que un chulo —opinó Lily.

—De pequeño siempre pensaba que eran bailarinas. —Jo rio de pronto—. O al menos eso decía mi madre cuando yo preguntaba por ellas. —Se encogió de hombros—. Con los golfillos muchas siempre eran agradables, a veces repartían caramelos.

—Es que no son malas mujeres, solo pobres —precisó Lily cortante.

—No todas ellas. Permite que te diga que entre las rameras de Hamburgo también hay algunas brujas traicioneras y depravadas que te rajarían el cuello por un tálero y te dejarían tirado en la calle.

—¿Ah, sí? Y ¿cómo es que sabes tú todo eso?

Jo tosió.

—Me lo han dicho —repitió—. Además, crecí entre ellas. El Barkhof estaba muy cerca de donde vivíamos nosotros.

—Lo que a mí me gustaría saber es quién te cuenta todas estas cosas tan interesantes.

Jo rompió a reír.

—No me preguntes por mi pasado y yo no te preguntaré por el tuyo.

—¡Yo no tengo pasado! —rezongó Lily.

—Pues yo sí. Y solo me avergüenzo en parte de él. —Jo le guiñó un ojo—. Y ahora tengo que irme al trabajo.

—¿Ya? —preguntó Lily desilusionada.

Él se levantó, se inclinó sobre ella y la besó. Lily le echó los brazos al cuello con rapidez y lo atrajo hacia sí.

—¿No te puedo convencer para que te quedes un rato más? —susurró mientras le besaba despacio el cuello.

—Bueno, quizá tenga unos minutos —replicó Jo risueño, y sentó a Lily en su regazo.

Un día gris de principios de marzo sucedió algo inaudito en la calle Fuhlentwiete. Un cabriolé se abría paso por las sucias y estrechas callejuelas. Las ruedas avanzaban por el barro, los restos de comida y los excrementos. El caballo iba despacio, en ocasiones el paso era tan angosto que el carruaje amenazaba con quedarse atorado entre las casas. Allí nunca se había visto un coche tan ornamentado. Se detuvo delante del número 21.

Una anciana se bajó lenta y cuidadosamente. Cuando sus finos zapatos y su bastón se hundieron en la inmundicia, torció el gesto. Aunque la gente la miraba boquiabierta y ya se había formado un grupito de curiosos, la mujer no se dejó intimidar lo más mínimo. Preguntó por una dirección y siguió con la mirada los dedos índices extendidos con la cabeza bien alta. Cuando echó a andar, fue arrastrando las faldas por la mugre.

El cochero aguardaba en el pescante, incómodo. En el escaparate de la carnicería de enfrente colgaban cerdos partidos por la mitad, un perro con dos patas pasó cojeando y gruñó al caballo. Un sinfín de ojos lo observaban. Algunos niños se reían desde una distancia prudencial, un anciano escupió al suelo e hizo una extraña señal con dos dedos dirigida al cochero. Su señora ya lo había advertido de que quizá tuviera que hacer uso del látigo para mantener a raya a la

chusma. Se caló más aún la gorra con nerviosismo e intentó parecer imperturbable. Confiaba en que su señora no tardara en volver.

Gerda Lindmann se dejó caer pesadamente, jadeando, en el único sillón de Lily. Miró a su alrededor conmocionada.

—Vaya, no contaba con esto —admitió con brusquedad—. Inaudito.

Lily, que todavía no se había recuperado del susto de tener sentada en su casa a una de las damas más ricas de Hamburgo, limpió deprisa la mesita auxiliar y echó un leño al fuego. Ofreció un zumo a Gerda que en un primer momento esta aceptó, pero después, cuando tuvo el vaso en las manos, lo miró con recelo y lo dejó a un lado sin hacer comentario alguno. De pronto una cucaracha pasó corriendo por el suelo y fue directa a la anciana. Lily levantó el pie y crujió cuando la espachurró.

—Perdona —se disculpó.

Gerda enarcó las cejas, una vez más sin decir nada, y siguió con la mirada a Lily, que salió y se raspó el zapato en el borde de la escalera.

—¿Cómo me has encontrado? —quiso saber la joven cuando entró.

—Tengo mis recursos —replicó Gerda—. Aunque debo decir que he tardado bastante, te has escondido bien. —Hizo una pausa—. ¿Y...? ¿Hasta qué punto te arrepientes? —La escudriñó con sus ojillos atentos.

—¿Qué quieres decir con eso? —Lily se sentó frente a ella en un taburete.

—Sabes muy bien lo que quiero decir.

—No me arrepiento de nada —afirmó ella, pero acto seguido Gerda frunció la boca.

—Querida, has pasado de una de las villas más hermosas de Bellevue a este cuartucho apestoso. Solo un necio no se arrepentiría.

—Sabía de sobra en qué me estaba metiendo —contestó Lily con serenidad, aunque no era cierto del todo. En realidad no sabía lo difícil que iba a ser—. No tengo gran cosa, pero aquí no paso frío y tengo de comer; más no necesito —porfió.

—¿Ah, no? Y, si me permites la pregunta, ¿cómo pagas tu pequeño paraíso?

Lily vaciló un instante.

—Tengo un trabajo —respondió, y vio que Gerda la miraba con cara de sorpresa.

—No me digas. Y ¿cuál es ese trabajo? No me irás a decir que eres costurera, ¿no? O que haces encaje de bolillos, quizá.

—Escribo —explicó Lily, sin poder evitar que el orgullo tiñera un tanto su voz—. Para un periódico.

—Increíble. —Gerda parecía impresionada de verdad—. Y ¿de qué escribes?, si me permites la pregunta. ¿De cómo sobrevive una dama refinada en una barriada de chabolas de Hamburgo?

Lily asintió y negó con la cabeza con vehemencia a la vez.

—No exactamente. Pero sí escribo acerca de este barrio. De la miseria que se esconde tras el progreso, de los salarios mezquinos, los niños que trabajan en las fábricas, las esposas que se prostituyen porque el dinero no les alcanza.

—Vaya, conque ahora eres socialista. —Gerda soltó una risa burlona—. No escribirás para el *Bürgerzeitung*, ¿no?

Lily hizo un gesto afirmativo.

—En efecto. Aunque bajo un seudónimo. Nadie quiere escuchar voces críticas contra la sociedad, y menos si esa voz es de una mujer.

—¡Un momento! —exclamó Greta de súbito—. Que me aspen si... ¿L. Michel? ¿El artículo sobre las prostitutas? En los salones ya se formulan conjeturas peregrinas sobre la identidad de ese periodista que escribe cosas tan escandalosas en relación con los infiernos de nuestra ciudad.

Lily la miró con cara de desconcierto.

—¿Lees el *Bürgerzeitung*?

—Hay que saber lo que traman los socialistas, claro está.

Lily asintió sorprendida.

—Por favor, no se lo cuentes a mis padres —pidió, y Gerda esbozó una sonrisilla.

—Ciertamente no sería muy buena idea, a mi entender —aseveró, y Lily pensó que siempre le había gustado lo directa que era Gerda.

La anciana carraspeó.

—Bien. Iré al grano: tu abuela se revolvería en su tumba si supiera las circunstancias en las que vives. Incluso yo estoy escandalizada, debo admitirlo, y eso que me jacto de que no me escandalizo con facilidad. Solo espero que mi cochero siga con vida si consigo llegar abajo sana y salva.

Lily pensó que, en efecto, su preocupación estaba justificada. Se levantó a mirar por la ventana.

—No lo veo, pero de todas formas te acompañaré cuando bajes.

—Por mí no te preocupes, a mí no se me ataca así como así. Este bastón no sirve solo para apoyarse. Y bien, ¿cuánto necesitas?

Lily se volvió para mirarla.

—¿Cómo dices?

Gerda no se inmutó.

—Ya me has oído. ¿Cuánto necesitas? No es posible que quieras seguir viviendo en este sitio, en esta casa de citas. El patio entero huele que apesta a excrementos, hay bichos por todas partes, he visto dos ratas muertas debajo de la escalera. No te puedo comprar una villa en la Elbchaussee, pero sí me puedo ocupar de que puedas permitirte una vivienda mejor hasta que tu... situación se aclare.

Lily creyó haber oído mal.

—Mi situación está aclarada —afirmó categóricamente—. Te lo agradezco, Gerda, es una oferta de lo más generosa. Sin duda, mi abuela sabría apreciarla, aunque dadas las circunstancias no creo que la aprobase. Pero me gusta vivir aquí.

—No lo dirás en serio —replicó Gerda enfurecida.

Lily reprimió una sonrisa. ¿Cuántas veces había oído ya esa frase?

—Aunque tal vez resulte extraño, lo digo muy en serio. Por primera vez en mi vida puedo organizar mis días a mi antojo. No tengo que obedecer a nadie, ni rendir cuentas a nadie. Puedo decir y pensar lo que quiero sin que se me castigue o critique. No tengo mucho, pero lo que tengo me pertenece solo a mí.

Gerda le dirigió una mirada penetrante, y a Lily le dio la impresión de que estaba reflexionando sobre lo que acababa de oír. Pero acto seguido dijo:

—También podrás organizar tus días a tu antojo en un barrio decente y en la casa que yo te costee.

—Pero entonces estaría en deuda contigo, me vería obligada a justificarme ante ti por las decisiones que tomo. Tengo mucho que hacer y me temo que no darías tu aprobación a nada. —Lily cogió aire con fuerza.

Gerda la miró con detenimiento.

—Creo que lo entiendo. Aun cuando no lo apruebe. —Se levantó y se apoyó en el bastón—. Bien, si cambias de opinión, házmelo saber. Mi ofrecimiento de ayudarte seguirá en pie.

—Gracias —replicó Lily—, pero no será necesario.

—¿Cuándo fue la última vez que viste a tu madre? —quiso saber Gerda de pronto.

—No la he vuelto a ver desde que me fui de casa —respondió Lily; de repente la opresión que sintió en el pecho casi le quitó la respiración.

Gerda frunció el ceño.

—Eso no es propio de tu madre. Conozco a Sylta desde hace muchos años y si algo sé de ella es que siempre ha defendido a sus hijos como una leona. Me cuesta imaginar que te dejara vivir aquí sin más.

—Nunca ha venido a este sitio ni me ha escrito. —Lily se encogió de hombros, pero notó que la boca le empezaba a temblar.

—¿Es posible que no sepa dónde estás? —planteó Gerda, entrecerrando los ojos.

—No, escribí a mi familia en cuanto me instalé aquí para facilitarles mi dirección. Franz vino una vez, intentó convencerme de que volviera, y Henry también... —Dejó la frase sin terminar, no quería pensar en ello—. Y he escrito muchas cartas a mi madre pero no ha contestado a una sola de ellas.

Probablemente Gerda viese que a Lily le costaba mantener la compostura porque le cogió el mentón con suavidad.

—Vamos, vamos, no vayas a echarte a llorar ahora, hija. Ya vendrá, quizá solo necesite un poco de tiempo.

Lily asintió.

—Quizá espere que sea yo quien vaya a verla —sopesó en voz queda.

Ambas se miraron un instante a los ojos y Gerda abrazó a Lily. Esta aspiró durante un segundo el olor de las damas ricas, un olor que había olvidado ya, mezcla de polvos, sudor, pomada para el cabello y postizos. Le recordó tanto a su casa que ya no pudo contener más las lágrimas.

—Vamos, vamos. Eres una muchacha valiente, Lily Karsten. Insensata pero valiente —añadió Gerda mientras le daba palmaditas en la espalda. Aunque ahora sollozaba, Lily notó que la anciana sonreía—. Mi puerta siempre estará abierta para ti, no lo olvides. Y ahora vayamos a salvar a mi cochero.

El cochero, en efecto, había tenido que ir dos calles más allá, ya que la banda de niños que lo observaban había empezado a tirar pegotes de barro al caballo. Cuando Lily y Gerda por fin lo encontraron, la dama subió y se asomó a la ventanilla.

—Siempre hay un punto en que ya no hay vuelta atrás; piénsalo bien antes de dar tus siguientes pasos —aconsejó.

Lily asintió. Para entonces las lágrimas ya se le habían secado pero, de pronto, empezó a sentir una pesada carga en los hombros. Vio que el carruaje daba la vuelta a la esquina y desaparecía. Fue como si con Gerda también se esfumara el último lazo que la unía a su antigua vida.

—Eso no cambia nada. Hace ya tiempo que no hay vuelta atrás —musitó. Permaneció un momento allí, mirando a la nada y combatiendo la tristeza que sentía por dentro. Después dio media vuelta con resolución y regresó a casa.

Gerda se inclinó hacia delante y golpeó el techo del carruaje con el bastón.

—A Bellevue, Reinhard —ordenó mientras el hombre reducía la velocidad para poder oírla.

Poco después subían por el camino de acceso de la villa de los Karsten. Era la primera vez que iba desde la muerte de Kittie. Le seguía resultando muy extraño, ese final indigno no era propio de su vieja amiga. ¿Morir humillada públicamente, a la vista de la servidumbre, sin discreción, sin decoro... ¡En camisón!? Los dolores debieron de privarla de la razón, esa era la única explicación que se le ocurría a Gerda. Y sin embargo... Un escalofrío le bajó por la espalda al ver la casa. Ahora tampoco estaba ya el niño. No hacía mucho ese era un hogar lleno de vida, de una de las familias más afectuosas que conocía, y ahora parecía frío, daba la impresión de que las oscuras ventanas la miraban con hostilidad.

Tuvo que esperar mucho hasta que pudo estar a solas con Sylta. Alfred se encontraba en casa y se unió a ellas en el salón; parecía sentirse obligado a conversar con ella, le preguntó por esto y aquello, quería hablar largo y tendido de su madre. Le llamó la atención que Sylta y él se

trataban con una reserva inusitada. Los dos tenían ojeras, era como si intentasen a toda costa mantener una apariencia de normalidad. Ahora Alfred tenía el pelo blanco y también en las sienes de Sylta se vislumbraban destellos grises. Además, la mujer parecía aturdida. Gerda reparó escandalizada en que iba peinada con descuido. No se mencionó a Michel ni a Lily.

Cuando Alfred por fin dejó a solas a las damas, Gerda esperó a que la puerta se hubiese cerrado para volverse hacia Sylta.

—Vengo de casa de tu hija.

Sylta se puso tan blanca como el tapete de encaje del sofá. La taza que tenía en la mano se le cayó al suelo tintineando.

—¿Sabes dónde está? —preguntó en voz baja—. ¿Tú sabes dónde está Lily?

—Ya decía yo que aquí había algo que no cuadraba —señaló Gerda con aire triunfal—. Me ha contado que no le habías escrito ninguna carta ni habías ido a verla. «Eso no es propio de tu madre», le he respondido yo. Pero probablemente piense que has roto los lazos con ella. ¿Es así? —La anciana se echó hacia delante, picada por la curiosidad.

—¡Por supuesto que no! —Las mejillas de Sylta se tiñeron de rojo—. Le he escrito muy a menudo. Franz y Alfred le hacen llegar las cartas, no quieren que me entere de dónde vive Lily.

—En fin, me disgusta decir esto, pero todo apunta a que tu esposo y tu hijo te mienten, Sylta —repuso Gerda con serenidad—. Lily no ha recibido ninguna carta tuya, y al parecer tú tampoco las suyas.

Sylta cerró un instante los ojos, su boca adquirió una expresión severa.

—Si te soy sincera, algo me olía —admitió en voz baja—. Últimamente no me encuentro bien, he tenido que guardar cama bastante a menudo. —Se llevó una mano por instinto al bajo vientre—. Están preocupados. Alfred tiene miedo de que todo esto me abrume en exceso, seguro que solo querían protegerme. Pero ¿cómo han podido dejar que crea...? —Negó con la cabeza—. ¿Dónde está? ¿Tienes su dirección?

—La tengo, pero tu esposo tiene razón, Sylta: de ninguna manera puedes ir sola a ese sitio. Es una zona peligrosa. Prométemelo.

Sylta asintió con nerviosismo.

—Por el amor de Dios, y ¿vive allí? ¿Sola? Pero ¿se encuentra bien?

—Bueno —Gerda titubeó—. Teniendo en cuenta las circunstancias, se encuentra bien. Y no estoy segura, pero no creo que viva sola.

—Te refieres... ¿a un hombre? —Sylta palideció más aún—. Pero ¿quién? ¿De quién se puede tratar?

—No lo sé, pero he visto zapatos masculinos junto a la puerta.

—No sé qué ha sido de nuestra familia. —Sylta de pronto sollozó—. Fuimos siempre tan felices... —Ahora le corrían lágrimas silenciosas por las mejillas.

A Gerda le habría gustado abrazarla pero, aunque podría ser la madre de Sylta y la conocía desde hacía ya veinte años, el gesto no era apropiado, de manera que se limitó a acariciarle la

mano para tranquilizarla.

—Escribe a tu hija, Sylta. Lo está esperando.

Esa noche Sylta permaneció despierta mucho tiempo. Contempló la luna, que deambulaba sobre el Alster; escuchó la respiración de su marido, que ese día, por primera vez en su vida, se le antojó un extraño. Cuando el reloj del vestíbulo dio las dos se levantó sin hacer ruido, cogió ropa y zapatos y salió de la habitación. Entró de puntillas en el despacho de Alfred. No se atrevió a encender la luz, pero la luna era su aliada. También allí entraba clara y argéntea por las grandes ventanas e iluminaba el escritorio. No tardó mucho en encontrar lo que estaba buscando. Sabía desde hacía muchos años que existía un compartimento secreto, pero nunca había tenido ningún motivo para mirar en él. Hasta entonces siempre había confiado en su marido.

Pero ahora eso había cambiado.

Con mano temblorosa sacó las cartas. Cuando reconoció la letra de su hija prorrumpió en sollozos.

Se las metió deprisa en el bolso y, a continuación, buscó un plano de la ciudad en el despacho mientras aguzaba el oído, pero la casa seguía en silencio. Cuando un leño se desplazó en la chimenea, Sylta pegó un respingo asustada.

Por fin encontró lo que buscaba. Llevó el plano a la ventana y fue pasando un dedo por las calles, atravesando la estación de trenes y continuando hacia el puerto hasta que acabó dando con lo que quería. Memorizó las calles, recorrió mentalmente el camino, susurró el nombre de las callejuelas hasta estar segura de que sabía con exactitud adónde tenía que ir. Luego fue al vestíbulo, también de puntillas, y cogió el abrigo del armario. Poco después bajaba por el oscuro camino, al amparo de las sombras de los arbustos.

Era una noche estrellada y silente. Sylta nunca había ido sola a ningún sitio en plena noche. Ahora que lo pensaba, nunca había ido sola a ningún sitio, sin cochero, sin acompañamiento. Y menos aún a esa parte de la ciudad. Hamburgo se le antojaba ajena sin sus gentes, sin la vida en las calles. Su aliento ascendía al cielo nocturno en forma de nubecillas blancas, sus tacones resonaban en el adoquinado, pero pronto las piedras dieron paso al barro medio helado y a la nieve medio derretida, y sus pasos se vieron amortiguados por las inmundicias. Llevaba una pañoleta con la que se había cubierto bien la cabeza y tenía las manos metidas en un manguito. Iba bien pero, pesar de todo, estaba helada. Hasta el momento todos los nombres de las calles cuadraban.

Caminó un buen rato, alejándose cada vez más de la zona que conocía. Nunca había estado en ese sitio. Siempre que levantaba la vista y distinguía el nombre de una calle que le resultaba familiar experimentaba una pequeña sensación de triunfo. Sin embargo, cuando fue a meterse en el siguiente callejón, se detuvo de pronto: no era capaz de encontrar el nombre.

—Debe de ser esta —comentó en voz queda mientras recorría las casas con los ojos.

Quizá el letrero se hubiese caído. La calleja estaba oscura y parecía abandonada. Un gato maulló, de una tasca cercana le llegaron gritos.

—¿O será la siguiente? —Miró la calle arriba y abajo, sin saber qué hacer—. No, esta y luego a la izquierda —dijo, y continuó andando decidida.

De los canales subía un olor a lodo, las callejuelas eran cada vez más estrechas, muchos albañales estaban abiertos y por ellos corría un líquido marrón que borboteaba con suavidad. Pasó por delante de locales de baile y tabernas en sótanos, de mujeres vestidas con ropa atrevida que esperaban a la clientela en la calle, de mendigos y personas sin hogar que revolvían en la basura. Pero Sylta siguió andando con resolución, como si no hubiese hecho otra cosa en toda su vida. La idea de poder abrazar a Lily muy pronto la impulsaba, la volvía ciega a la miseria.

Pero también al peligro.

Cuando entró en Valentinskamp, de un portal oscuro salió un bulto, seguido poco después de otro. Se pegaron a Sylta como sombras silenciosas, se detenían cuando ella se detenía, andaban cuando ella andaba. Segundo a segundo, un poco más cerca. Caminaban sin hacer ruido tras la mujer que, mirando a su alrededor con inseguridad, cada vez se desviaba y se adentraba más en el oscuro corazón de Hamburgo.

4

Lily removía con brío la cacerola, que hervía a borbotones.

—Oh, no —se lamentó cuando percibió un olor a quemado—. ¡No puede ser! ¿Por qué hay grumos? Si lo he hecho todo como me dijo Alma.

En el puré se formaban burbujas abultadas que al reventar dejaban ver grumos de harina blanca. Al darse cuenta, sacó deprisa el papel en el que había apuntado la receta.

—Quizá el fuego esté demasiado alto —aventuró.

Se agachó y abrió la puertecilla de la cocina, pero en ese preciso instante rompió a hervir el agua de la segunda cacerola. Profiriendo un gritito, Lily cogió el delantal, se envolvió la mano en él y retiró el humeante recipiente del fuego. De pronto una humareda negra se extendió por la habitación.

—¡Mi pan! —exclamó Lily horrorizada, ya que de golpe entendió que el olor no salía del puré, y corrió al horno. Pero era demasiado tarde, el pan de centeno al que tanto tiempo y esfuerzos había dedicado estaba negro—. Maldición —masculló, y fue a abrir la ventana para que entrara aire fresco.

Buena ama de casa no era. Ni siquiera era capaz de hornear un sencillo pan sin que algo se torciese. Cerró un momento los ojos.

—Bueno, no es para tanto —se dijo.

Algo llevaría a la mesa. Por la mañana había comprado unas rodajas de carne ahumada, con la gelatina podía preparar una salsa de mostaza fría y también tenía el puré..., si era capaz de deshacer los grumos a base de remover. Lo principal era que en el plato hubiese algo medianamente aceptable cuando Jo llegara. Tampoco era preciso que nadie supiese nunca el esfuerzo supremo que le había costado llegar hasta ese punto. De todas formas él era fácil de contentar, le decía siempre a Lily que no tenía por qué cocinar para él y además podían comer en la calle. Pero Lily quería economizar. Los puestos callejeros y las tabernas del puerto eran baratos, pero no tanto como cocinar uno en casa..., siempre que la mitad no acabara en la basura, como ese día. Sabía, no obstante, que en cuanto dejara el pan quemado en la calle, alguien lo encontraría y lo cogería en un abrir y cerrar de ojos. En el barrio nadie era muy escrupuloso cuando se trataba de comer.

Cada día que pasaba admiraba un poco más a Hertha por la sabrosa comida que siempre llevaba a la mesa como por arte de magia. Como siempre que pensaba en ella, en Agnes o en su casa, sintió un dolor profundo, de manera que apartó deprisa los recuerdos.

Jo, que sabía lo mucho que se esforzaba por superar una cotidianidad que le resultaba ajena, por la tarde solía llevar algo. Hortalizas del mercado o en ocasiones, cuando llegaba un barco procedente de la India o Sudamérica con mercancía, fruta exótica de los galpones del muelle. Pero los días que Lily era capaz de cocinar para él se sentía menos inútil. Justo cuando estaba sacando el pan rallado del arcón llamaron a la puerta. Al abrir, con un pañuelo en la cabeza, el delantal manchado aún puesto y las mejillas rojas del horno, vio delante a su padre.

No daba crédito a sus ojos.

—Papá —dijo en voz baja.

Después le echó los brazos al cuello. Cuán familiar le resultaba su olor. Le recordaba a libros antiguos y tardes ante la chimenea, por un momento tuvo la sensación de estar de nuevo en casa. Solo al cabo de unos segundos fue consciente de que él no le devolvía el abrazo. Se separó con aire vacilante.

—¿Ha venido también mamá? —inquirió, y miró por detrás de él, a la escalera, esperanzada.

Solo entonces le vio la cara a su padre y le asustó la expresión fría y distante de sus ojos. Dio un paso atrás sin querer. Entonces también se percató de que su aspecto era distinto del de siempre: la tez apagada, las mejillas hundidas, el bigote mucho más blanco de lo que ella recordaba.

—No ha pasado nada, ¿verdad que no? ¿Michel está bien? —preguntó asustada, ya que de pronto supo que no había ido allí de visita.

—¿Puedo pasar? —pidió Alfred con rigidez. Nunca le había hablado con esa frialdad.

Lily asintió y se apartó sin mediar palabra. Su padre vio los muebles sencillos, la madera gastada del suelo, el caos de la cocinita. Después reparó en la camisa de Jo, que colgaba de una silla, y su gesto se tornó adusto.

—¿No quieres sentarte? —lo invitó, pero él rehusó con la cabeza.

—He venido a comunicarte algo —informó. Se había quedado junto a la puerta. Entonces Lily vio que le temblaban las manos.

—Papá, ¿qué ocurre? —preguntó ella atemorizada.

—Tu madre... —empezó, y no pudo continuar. A Lily se le encogió el corazón. Él empezó de nuevo, pero una vez más no fue capaz de seguir—. A tu madre la asaltaron esta noche —logró decir al fin.

Lily no entendía.

—¿Entró alguien en casa? —quiso saber.

Su padre respiró hondo, ella era consciente de lo mucho que le costaba hablar.

—Sylta no estaba en casa. Vino a la ciudad. La asaltaron dos hombres, que la golpearon y después le robaron. No llevaba gran cosa encima, pero se llevaron la alianza. También los zapatos, al igual que el abrigo. La dejaron tirada en mitad de la mugre, inconsciente, sin ropa. Podría haber muerto de frío...

Alfred se interrumpió. Notó que empezaba a temblar y constató, para su horror, que se desharía en lágrimas de un momento a otro. ¡Allí! ¡Delante de su hija! Apretó las manos y respiró hondo, pugnando con la fuerza que le quedaba para no perder la compostura. Aquello era demasiado para él. Ya cuando se dirigía hacia allí su espanto había ido en aumento. Esa casa, esa zona, en la que se caminaba entre la inmundicia y las ratas le corrían por los pies a uno. Ver a su hija así, en esa habitación minúscula, pestilente; con un delantal, como si fuese una criada; el cabello lacio, las manos sucias... Todo aquello le hizo perder la escasa contención que le quedaba. ¿Acaso era eso la independencia de la que siempre hablaba? ¿Cómo habían podido llegar las cosas tan lejos?

Había sido fuerte durante todo ese tiempo. Incluso cuando lo sacaron de la cama por la noche y comprobó horrorizado que su esposa no estaba durmiendo apaciblemente a su lado. Ni siquiera perdió el control cuando llegó al hospital y vio a Sylta.

Pero después el doctor Selzer, con semblante pálido, lo llevó aparte. Sylta todavía estaba inconsciente. Su viejo amigo, que había acudido de inmediato al hospital y había estado hablando con los médicos, parecía profundamente turbado.

—Siento tener que decirte esto, Alfred —empezó, con la mirada baja.

Alfred supo lo que le diría antes incluso de que hablara. Pero cuando escuchó las palabras, cuando oyó lo que le habían hecho a su esposa esos hombres, su cabeza se negó a aceptarlo.

«No se lo cuentes a los niños» fue lo primero que dijo Sylta cuando despertó y le cogió la mano. Los labios, abiertos, le sangraban, tenía una herida en la frente que ya le habían cosido.

Las demás heridas las cubría la sábana.

Le partió el corazón verla así, pero le prometió guardar silencio, y así lo haría.

Sin embargo, quería que Lily supiera una cosa.

—Venía a verte —dijo temblando de rabia, y al ver que su hija palidecía experimentó una dolosa satisfacción—. Tu madre se escabulló de casa por la noche para verte. Y estuvo a punto de morir en el intento.

Fueron camino del hospital en silencio. Su padre miraba por la ventanilla. A Lily le dio la sensación de ir sentada junto a un desconocido. Le había dejado a Jo una nota escrita deprisa y corriendo antes de salir tal y como estaba, con el vestido de andar por casa, despeinada; tan solo había cogido un abrigo y había recuperado los guantes del baúl. Tenía mucho frío, se apretaba contra la tapicería del carruaje e intentaba impedir que le castañetearan los dientes.

Cuando entraron en la habitación, vieron a Franz sentado en una silla junto a la ventana. Se levantó y pasó por delante de ellos sin mirar a Lily, que corrió deprisa al lado de su madre.

Sylta había cerrado los ojos. Lily se asustó al ver lo maltrecha que estaba. Casi no la reconocía. Su distinguida y elegante madre, que siempre iba bien peinada, siempre olía bien, había envejecido años. Parecía otra persona de lo mucho que la hinchazón le cambiaba el rostro.

«¿Cuándo ha encanecido así?», pensó Lily al descubrir los mechones plateados que entreveraban su cabello castaño. Cuando Lily le cogió la mano, con delicadeza, su madre abrió los ojos.

—Lily. —Pestañeó un instante y acto seguido la atrajo hacia sí, le pasó un pulgar por la mejilla con ternura, y Lily notó que las lágrimas le nublaban la vista—. Lily, mi vida.

—Mamá, estoy aquí —dijo en voz queda—. Lo siento tanto...

Sylta sonrió.

—Lily —susurró—, ¿cuándo vuelves a casa?

Lily no fue capaz de negarle ese deseo a su madre. Aunque le repugnaba profundamente, se instaló de nuevo en la villa. Pero con dos condiciones: mantendría la pequeña buhardilla y podría ir a la ciudad siempre que quisiera sin tener que dar explicaciones.

Fue como retroceder al pasado, como si se pusiera un vestido que ya no le quedaba bien, enfundarse algo que había sido pensado para otra. Vivir una vida que no era suya.

Sylta estaba como loca de alegría por volver a tenerla a su lado, pero entre Lily y su padre parecía abrirse un abismo insalvable. Hablaban, pero no conversaban. Ahora él siempre tenía una expresión fría, distante, casi airada. Era como si ya no supiese cómo tratarla, y eso a Lily le dolía más que cualquier otra cosa. La mayoría de las veces su padre no le hacía el menor caso. En una ocasión, sin embargo, una tarde inusitadamente oscura, cuando ella ya llevaba unas semanas en casa y su madre se había recuperado en bastante medida de las consecuencias de la agresión, le pidió que acudiera al salón a verlo.

—Hace tiempo que quiero decirte una cosa. —Habló sin mirarla.

El viento ululaba alrededor de la casa, hacía golpetear los postigos de las ventanas. Su padre contemplaba el fuego con las manos crispadas en los brazos del sillón.

Lily lo observaba en tensión, no tenía idea de qué le iba a decir.

Carraspeó a disgusto.

—Sacar de aquí a tu hermano fue la decisión más difícil que he tomado en mi vida. —Seguía sin mirarla—. Y no hay un solo día, una sola hora que no piense en él.

Lily tragó saliva a duras penas.

—Lo sé —musitó.

Entonces Alfred por fin levantó la vista. Se miraron, y a Lily le dio la impresión de que su padre le quería decir algo más, pero lo único que hizo fue exhalar un suave suspiro.

Lily no sabía qué hacer. Le habría gustado abrazarlo, como antes, le habría dicho que entendía por qué hacía las cosas que hacía, pero que las entendiera no significaba que las aprobase o las respaldase. Ella debía seguir su propio camino, y no estaba segura de que Alfred permitiera que en el futuro se cruzara con el suyo propio. Eran muchas las cosas que le habría gustado decirle, muchísimas. Pero el rostro de su padre, que se iluminó un momento al hablar de Michel, había

vuelto a adoptar la frialdad rebosante de preocupación que acostumbraba, y Lily retrocedió un poco involuntariamente.

Cuando el silencio se volvió insoportable, preguntó en voz queda:

—¿Eso era todo?

Él asintió despacio.

—Sí —afirmó, y volvió a mirar el fuego—. Sí, Lily, eso era todo.

Sylta no dejaba pasar ninguna ocasión para demostrarle a Lily lo feliz que la hacía tenerla de vuelta. Sin embargo, también su comportamiento era otro. Su madre no le parecía la misma, y Lily tardó en dejar de tener la sensación de que todos actuaban en una obra de teatro cuando se sentaban a la mesa y hablaban de cosas intrascendentes.

Franz no le dirigía la palabra y Lily tampoco tenía el menor deseo de hablar con él. Cuando coincidían en el pasillo se cruzaban en silencio, solo en presencia de sus padres mantenían cierta cordialidad fría.

Lily se esforzaba por guardar las apariencias y fingir que aquella era una vida familiar normal, y en la villa casi siempre lo conseguía. Pero socialmente habían caído en desgracia. Ya no recibían invitaciones ni acudía nadie a tomar el té. Lily ya no iba al seminario ni a clases de baile. Pasaba los días escribiendo sus artículos, ahondando cada vez más en el tema de la prostitución y leyendo todo cuanto caía en sus manos. En una ocasión en que participó en un círculo de lectura de sus antiguas compañeras, la excluyeron tantas veces y la trataron con tanto desprecio que no volvió a ir más. No le afectó: tenía a sus amigas, que le prestaban su apoyo y a las que seguía viendo con regularidad. Y ella había escogido su camino a sabiendas. Pero lo sentía por su madre. A Sylta la hacía sufrir sobremanera el abierto destierro al que condenaban a su familia. Su padre y Franz les ocultaban todas las novedades de la naviera y el mundo del comercio, pero Lily sabía que también allí se dejaba sentir la caída de su familia. La inminente boda de Franz con Roswita, de la que se acababa de enterar, era la única posibilidad que tenían de volver a codearse con la clase alta de Hamburgo.

Todavía no habían ido a visitar a Michel, y Lily empezaba a pensar que no lo harían nunca. Recibían correo con regularidad de la institución para informarlos de los progresos del niño, pero las cartas siempre eran tan positivas que ella dudaba de su veracidad. Claro que quizá no quisiera creer que Michel podía ser feliz sin ellos.

Lily veía a Jo siempre que podía. Se reunían en la buhardilla y se amaban durante horas a la orilla de la lumbre, en las sábanas húmedas de Lily, que prefería a las planchadas y almidonadas de la villa. Siempre que abría la puerta y veía a Jo o cuando él entraba y a su cara asomaba una ancha sonrisa al verla, ella se sentía en casa. Las horas que pasaban juntos una vez más se convirtieron en la única luz que iluminaba su oscura cotidianidad.

También Seda la visitaba con regularidad. Cada vez estaba más abultada, y cada día que pasaba se preocupaba más por el futuro. Al menos Lily había logrado que Franz le pagara una

suma mayor de dinero tras amenazarlo con contárselo todo a Roswita. Así Seda por lo menos se las podría arreglar durante un tiempo con el niño, ya que la casa de maternidad se vería obligada a echarla cuando alumbrara.

Un día de abril, cuando los árboles por fin estaban verdes y las primeras pelusas de álamo caían en la calle como si de nieve se tratase, Lily estaba delante del gran Barkhof, uno de los burdeles más prósperos de la ciudad. Esperaba con nerviosismo a una de las mujeres, que se había mostrado dispuesta a dejarse entrevistar anónimamente a cambio de dinero.

De pronto se abrió la puerta del establecimiento y un hombre salió. Se enderezó la levita y miró con disimulo a su alrededor. Era por la mañana y el callejón estaba desierto, la actividad no empezaba de verdad hasta por la tarde, de manera que fue inevitable que ambos se vieran. Cuando sus miradas coincidieron, el hombre dio un respingo.

—¿Señor Oolkert? —inquirió Lily horrorizada.

Él la miró como si fuese una aparición y después fue hacia ella con paso ligero.

—¿Qué hace usted aquí? —soltó enfadado y nervioso al mismo tiempo. Era evidente que sentía que lo había pillado.

Lily dio un paso atrás instintivamente, pero después cambió de parecer y se detuvo.

—Estoy escribiendo un artículo para un periódico. Sobre mujeres a las que explotan en estas casas —repuso mordaz.

Ludwig Oolkert la miró con cara de asombro y luego entrecerró los ojos.

—Siempre he sabido que había algo raro en ti —escupió—. Impertinente, insolente y descarada. Y ahora a eso hay que añadir que has deshonrado a tu familia. No me sorprende lo más mínimo verte aquí.

En lugar de hacerle caso, Lily sacó su libreta.

—A mí, en cambio, me sorprende mucho verlo a usted aquí —replicó—. ¿Estaría dispuesto a brindar alguna declaración? ¿O prefiere que nadie sepa que frecuenta los burdeles?

Ludwig Oolkert la miró un instante sin dar crédito a sus oídos y acto seguido le soltó un manotazo en la libreta, que cayó al sucio suelo. Antes de que Lily pudiera reaccionar o agacharse para cogerla, él se abalanzó hacia delante y la cogió por el cuello. La inmovilizó contra la pared, estrangulándola.

—Pequeña desgraciada —la insultó. Estaba tan cerca de su cara que Lily percibía su mal aliento—. No le dirás a nadie que me has visto aquí, ¿lo has entendido?

Aunque veía lo furioso que estaba ese hombre que le sacaba casi dos cabezas y cuyas manos le atenazaban dolorosamente el cuello, Lily logró responder:

—¿O qué?

Oolkert se detuvo. De pronto a sus ojos asomó una expresión que hizo que un escalofrío le recorriera la espalda a Lily. Seguía manteniéndola pegada a la pared, y durante un segundo dio la

impresión de que vacilaba.

—O tu familia sabrá a quién tiene que agradecer en realidad que se viera obligada a deshacerse de su hijo —la amenazó entonces, con la voz tan baja que en un primer momento Lily pensó que había oído mal.

—¿Qué? —Fue como si le hubiese asestado un puñetazo en el estómago.

El triunfo se vio reflejado en el rostro de Oolkert.

—Ya me has oído. A fin de cuentas, fuiste tú la que no pudo mantener la boca cerrada.

El mundo se desdibujó ante los ojos de Lily. De no seguir estando sujeta por Oolkert, habría caído de rodillas.

—Pero ¿qué quiere decir...? —inquirió con un hilo de voz, aunque en realidad ya lo había entendido con las primeras palabras. No quería creerlo—. Él trabaja para usted...

Oolkert sonrió con frialdad.

—Exactamente. Y me lo cuenta todo: a quién ves, dónde vives, qué comes... y de qué escribes. —Cuando la soltó, Lily sintió náuseas. Apenas le llegaba aire de la fuerza con la que le había oprimido el cuello. Y cayó de rodillas exangüe. Durante un instante Oolkert le dirigió una mirada penetrante y despiadada—. Ni una palabra. A nadie. De lo contrario tu familia sabrá a quién tiene que agradecérselo todo. Y si quiero, gracias a tus andanzas os haré caer aún más.

Después dio media vuelta y se alejó deprisa.

Lily se quedó donde estaba, un sudor frío le cubría la nuca. De pronto notó que el estómago se le rebelaba. Escupiendo y jadeando, vomitó en la calle. Cuando se irguió y se limpió la boca con una mano temblorosa, sus ojos tenían una mirada sombría.

Tomó un coche de punto en el puerto. Por el camino fue mirando por la ventanilla sin ver nada, las manos entrelazadas con tal fuerza que los dedos le dolían. Seguía encontrándose mal. «No puede ser, tiene que haber una explicación, no es verdad», pensaba sin cesar. No sabía dónde trabajaba Jo ese día, pero pidió que la llevaran a los galpones del puerto, donde tenía un despacho. Mientras se abría paso entre los trabajadores, la siguieron miradas y cuchicheos, los hombres le decían obscenidades, algunos intentaron retenerla. Lily pasó entre ellos como si no los viera.

Terminó descubriendo a Jo al final del almacén. Estaba hablando con un trabajador, tenía un pie apoyado en un pilar. Al ver que Lily iba hacia ellos, el otro hombre la señaló y Jo se volvió con la sorpresa dibujándosele en el rostro.

Lily se detuvo, el corazón le latía desbocado. Se quedó sin aire un instante. «Si es cierto, todo está perdido. —Se le pasó por la cabeza, y la idea le produjo vértigo—. ¿Cómo podré seguir viviendo?»

—Lily, ¿qué ha pasado? —preguntó Jo cuando ella empezó a hablar, pero enmudeció acto seguido. Sus manos se convirtieron en puños y cerró un momento los ojos.

—Me acabo de topar con Ludwig Oolkert —contó.

La mirada de Jo vaciló. Durante dos segundos su rostro se volvió ceniciento.

Y entonces Lily supo que era cierto.

—Dios mío —consiguió articular mientras sentía que las rodillas le flaqueaban—. Fuiste tú —concluyó susurrando.

Jo avanzó hacia ella. Parecía atormentado, con el rostro como desencajado por el dolor.

—Lily, fue sin querer. No sabía las consecuencias que acarrearía —adujo Jo con voz suplicante, pero ella solo pudo negar con la cabeza.

La había estado engañando todo ese tiempo. La había consolado cuando lloraba por Michel. Jo hizo ademán de cogerla pero ella fue más rápida, retrocedió dando trompicones. Él dijo algo, pero sus palabras no llegaron a oídos de Lily, fue como si de pronto alguien hubiera hecho enmudecer el mundo.

Lily dio media vuelta y salió corriendo.

Jo la siguió con la mirada. Sabía que eso acabaría pasando y, pese a todo, lo había cogido completamente de sorpresa. Los oídos le zumbaban, todavía no había entendido bien lo que acababa de ocurrir. ¿Por qué le había dicho eso Oolkert a Lily? ¿Para vengarse de su reciente entrega frustrada? Era como si el cuerpo ya no le perteneciese. El estómago se le encogió, un hormigueo lo recorrió entero cuando se fue dando cuenta poco a poco de lo que podía significar todo aquello. La figura de Lily cada vez era más pequeña hasta que, tras dar la vuelta a la esquina, finalmente dejó de verla.

Después le entraron ganas de abofetearse por no haber salido corriendo tras ella. En la villa estaría fuera de su alcance.

Le escribió cartas. Todas las noches. Intentó darle una explicación a sabiendas de que no la había. Estuvo horas delante del portón esperando que saliera de casa para ir a pasear al río o verla asomada a la ventana. Pero no salió y él terminó dándose por vencido. De todas formas, no habría sabido qué decirle.

5

Lily adelgazó. Ya nada le deparaba alegría. Era como si el vacío que se abría en ella se agrandase con cada día que pasaba, engulléndola, y no sabía cómo pararlo.

—¿En qué piensas? —preguntaba su madre a veces cuando veía a Lily con la mirada perdida.

—En nada —solía contestar Lily, e intentaba sonreír por ella.

Tras unos primeros momentos en los que solo comía en su habitación, junto a la ventana, la asaltó una comezón desasosegante. Daba paseos durante horas, siempre a orillas del río, vueltas y más vueltas, contemplando el agua sin verla. Unas veces en compañía de su madre, otras de Lise. Pero Lily no sentía el menor deseo de hablar, sencillamente quería estar a solas con sus pensamientos y esa extraña sensación de vacío con la que convivía. Por ese motivo a menudo se mantenían a un paso de distancia de ella, por detrás en lugar de a su lado, como si no quisieran acompañarla sino vigilarla.

Acabaron dándose por vencidas y Lily empezó a emprender sus paseos sola. Cuando llegaron los santos del hielo, les hizo frente pese a la tenacidad de la lluvia y el frío; a veces llegaba a casa completamente empapada y muerta de frío, con una expresión sombría en el rostro y la capucha bien calada.

—Tiene el corazón afligido —diagnosticó Emma, compasiva, a la que Sylta pidió que fuera a casa a explorar a Lily—. Lo único que sirve de ayuda es el tiempo.

A veces Lily pensaba que Emma Bovary debió de sentirse así mientras el veneno devoraba poco a poco su cuerpo. O Heathcliff, cuando supo que Cathy lo había traicionado. «Desesperación», pensó. Por primera vez en su vida una palabra expresaba a la perfección lo que sentía. Ya no había esperanza.

Un día que se encontraba a orillas del Alster, después de haber caminado de nuevo durante horas sin ser consciente del entorno, se dio cuenta de súbito de que las piernas le flaqueaban. A lo largo de las tres últimas semanas había adelgazado tanto que se le podían contar las costillas. Todo cuanto comía le sabía a cartón, las mejores comidas se le atravesaban en la garganta.

Ahora sintió que el agotamiento se apoderaba de ella. Las rodillas le temblaban. «Debo comer algo», se dijo. Cogió un coche de punto para volver a casa.

A la mañana siguiente se obligó a tomar un buen desayuno, pero luego, cuando volvió a su habitación, justo al cerrar la puerta vomitó en la alfombra. Días después consiguió llegar a duras penas a la jofaina. Al verse la cara en el espejo lo supo de pronto. «Estoy embarazada», pensó con espanto. Se agarró a la toalla y a continuación se desmayó.

Cuando volvió en sí estaba en la cama. El barbado rostro del doctor Selzer se hallaba inclinado sobre ella.

—Le has dado un buen susto a tu familia —observó con amabilidad, pero Lily vio que el hombre tenía el ceño fruncido en señal de preocupación. Lily permaneció aturdida un instante, pero después se incorporó de golpe y porrazo, y se llevó las manos al vientre. El doctor Selzer la observaba con atención—. Conque ya lo sabes, ¿no? —inquirió, confirmando así la peor sospecha de Lily.

—Lo imaginaba —musitó ella. De pronto la cabeza le daba vueltas y los pensamientos se le agolpaban.

El médico asintió.

—Tu estado es relativamente avanzado. Me sorprende que no hayas notado nada.

—Solo me encuentro mal. —Lily enmudeció un instante—. Aunque siempre tenía náuseas, creí... que el motivo era otro. —Ahora que lo pensaba bien, había habido otros indicios. Solo que, como estaba afligida, no había sido consciente de ellos—. Por favor, no se lo cuente a mi familia —pidió, y el médico asintió.

—Si estuviésemos en Berlín se lo comunicaría a tu padre, pero aquí, en Hamburgo, eres mayor de edad, de manera que la decisión es tuya. Pero te aconsejo que no cometas ninguna imprudencia, Lily. Si tienes alguna pregunta estoy a tu entera disposición en todo momento. Me figuro que el padre es tu prometido, ¿estoy en lo cierto?

Lily lo miró a la cara.

—No, no lo es —admitió con expresión ausente, y se dejó caer en las almohadas.

Sin embargo, no sirvió de nada que el doctor Selzer se viera obligado a guardar silencio profesional. A la mañana siguiente, cuando Lily se sentó a desayunar y olió el pescado, el estómago se le revolvió de nuevo. No consiguió llegar al cuarto de aseo, sino que vomitó en la alfombra del salón, escupiendo y con arcadas.

Al día siguiente sucedió de nuevo.

—Estás encinta. —Su padre dejó el periódico y se levantó. Estaba tan enfadado que Lily no fue capaz de mirarlo—. Ya lo sospechaba, pero que de verdad nos hagas esto... ¡¿No es así?! —bramó. La apuntó con un dedo acusador, tembloroso.

Lily seguía sentada en el suelo. Se irguió trabajosamente y se limpió la saliva de la boca con la mano. Sylta, que había corrido hacia ella, la ayudó a levantarse.

—Sí —admitió Lily con voz ahogada cuando estuvo en pie, y lo miró a la cara—. Sí, estoy embarazada.

Su padre se quedó mirándola un momento y, completamente blanco y sin decir más, abandonó la habitación. Franz tenía tal cara de espanto que Lily pensó que también se vería obligado a vomitar. Abrió la boca, se atragantó, negó con la cabeza y luego se levantó a su vez y salió detrás de su padre.

—Oh, Lily, ¿por qué no has dicho nada? —preguntó Sylta consternada cuando se quedaron

solas. Miraba a su hija con gran preocupación—. ¿Qué pasará ahora?

—Yo tampoco lo sé —contestó Lily en voz queda.

—¡Se tiene que ir! —Franz dio a conocer su opinión en cuanto cerraron la puerta del despacho. Después de la conmoción inicial la familia se había reunido para tratar el asunto—. No es aceptable. Justo cuando estamos a punto de consolidarnos de nuevo.

—Creo que exageras —lo cortó Lily, pero al ver su cara de enfado no dijo más.

—¿Quién es el padre? —preguntó Alfred, pero ella negó con la cabeza en silencio. Miró a Franz, que tenía la vista clavada en el suelo. Se dio cuenta, sorprendida, de que al parecer no tenía intención de traicionarla.

—No diré quién es —repuso Lily tranquilamente—. Y tampoco viene al caso.

Franz respiró hondo.

—Padre y yo hemos estado hablando —dijo. Seguía sin mirar a Lily a los ojos—. Y estamos de acuerdo en que, en su estado, Lily no se puede quedar aquí. —Hablaba como si ella no estuviese en la habitación.

Alfred se hallaba sentado a su mesa, con las manos unidas y la mirada baja. Mientras Franz hablaba él asentía de manera apenas perceptible.

Lily se estremeció. ¿Qué querían decir con eso?

—¿Queréis que me vaya de casa? —planteó—. ¿Que vuelva a la mía?

Franz resopló con furia.

—¿Es que te has vuelto loca? Por supuesto que no. ¿Quieres pasearte por la ciudad con el vientre abultado y ponernos en el más absoluto de los ridículos? No podríamos volver a dejarnos ver en ninguna parte, la reputación de la familia se vería dañada para siempre. Debes abandonar Hamburgo.

—¡Nunca! —exclamó Lily, pero Franz no le hizo el menor caso.

—No nos queda otra elección. Aquí todo el mundo te conoce. ¿Qué crees que diría la gente si el nieto de los Karsten creciera entre la inmundicia? Y en casa tampoco te puedes quedar. Eso ni pensarlo. El escándalo sería inimaginable. Quizá puedas volver dentro de unos años, si te encontramos marido. Así podrás decir que el hijo es suyo. Pero por ahora tendrás que irte, y deprisa.

Alfred asintió de nuevo.

—Franz tiene razón —convino despacio, aún mirándose las manos—. No hay otra salida.

De pronto se oyó un frufrú junto a Lily. Sylta se había levantado. Estaba muy blanca pero parecía serena.

—Alfred —habló en voz queda, y él alzó la cabeza y la miró—. Nunca me he enfrentado a ti, y lo sabes. —Respiró hondo una vez mientras sus manos asían el vestido con nerviosismo. Sin embargo, miraba fijamente a su esposo—. Incluso me arrebataste a Michel y lo permití porque quería lo mejor para la familia. Porque confío en tu buen juicio. —Se detuvo, al parecer para

coger fuerzas. Cerró un instante los ojos. Cuando habló de nuevo su voz era completamente tranquila—. Pero si echas hoy a mi hija, también me perderás a mí.

Durante unos segundos se hizo un silencio sepulcral en la habitación.

Alfred miraba a su mujer con fijeza, a todas luces incapaz de creer lo que acababa de oír. Franz también parecía escandalizado; se agarró con una mano al brazo del sillón mientras se pasaba la otra por la frente, atónito.

Por su parte, Lily no se atrevía a moverse. Sus padres seguían mirándose a los ojos, y era como si mantuviesen una conversación silente. Al rato su padre asintió lentamente.

—Bien —dijo con voz quebradiza—. Está decidido: Lily se queda.

—Padre, ¡no puedes hacer eso! —Franz estampó la mano en la mesa con tal fuerza que Lily y su madre se sobresaltaron a la vez—. ¡Se tiene que ir! ¿Qué crees que dirá Oolkert al respecto?

Lily arrugó el entrecejo.

—¿Oolkert? —repitió—. ¿Qué tiene él que ver con esto?

Franz resopló impaciente.

—¿Es que no entiendes nada? Es nuestro principal inversor. Emparentaré con su familia. Jamás permitirá que te pasees por la ciudad y nos tomes el pelo a todos.

En su silla, su padre tenía el rostro ceniciento. A Lily le dio la impresión de que de pronto había envejecido varios años. Verlo así la conmovió hasta la médula. ¡Cuánto estaba sufriendo por su causa!

—Ya se me ocurrirá algo —le dijo en voz queda a su hijo, que ahora iba de un lado a otro junto a la ventana, temblando de ira.

—Henry jamás la aceptará —espetó.

—¿Henry? —Lily dejó escapar una risotada estridente—. No volveré con Henry, ¿de qué estás hablando?

Franz hizo como si su hermana no estuviera.

—Una unión de ambas familias tendrá un valor incalculable para nosotros. Y ahora esto: si en Liverpool llegaran a enterarse del asunto, perderíamos todas nuestras relaciones.

—¡Ya se me ocurrirá algo! —rugió Alfred, y Franz frenó en seco.

Durante unos instantes su hermano se quedó donde estaba con las manos apretadas, era como si no supiese qué hacer con tanta ira. Después salió disparado hacia Lily, y antes de que esta se diese cuenta de lo que pasaba, la abofeteó con todas sus fuerzas.

—¡Por tu culpa, ramera, lo perderemos todo! —gritó. Lily se tambaleó y se dio contra el armario. Franz salió de la habitación dando un portazo.

Como en trance, Lily se llevó una mano a la ardiente mejilla. Todavía no había entendido del todo lo que acababa de suceder. Notó un sabor a sangre en la boca. A su lado Sylta, que se había quedado de piedra, se llevó ambas manos al rostro.

Su padre negó con la cabeza aturdido.

—Eso no ha estado bien. Hablaré luego con él. Pero está fuera de sí, y lo cierto es que es

comprensible. Ahora idos, por favor. Las dos. Necesito pensar. —De pronto a Lily se le antojó ajena incluso su voz.

Sin decir más, ambas salieron del despacho. Fuera, en el pasillo, Sylta rompió a llorar en silencio. Lily le cogió la mano. Estaba laxa y fría.

El resto del día Lily lo pasó en su habitación. Debía sobreponerse a la conmoción que le había producido la conversación. Nadie la llamó para ir a comer, nadie fue a ver cómo se encontraba. En la casa reinaba un silencio sepulcral.

Por la tarde bajó. El hambre la obligó a ir a la cocina. Al entrar, vio en el aparador una bandeja con comida que le había preparado Hertha. Pese a la tristeza que la embargaba, no pudo evitar sonreír. Hertha nunca se olvidaría de ella.

Cuando se retiró, el vestíbulo estaba a oscuras y solitario pero la puerta del despacho se hallaba entreabierta, y el resplandor de las llamas se reflejaba en el suelo. Lily se acercó y miró por la abertura.

Su padre estaba sentado delante de la chimenea. Tenía la cabeza apoyada en las manos y no se movía, parecía una escultura. La madera del hogar crepitaba suavemente. Lily sintió el impulso de correr hacia él y arrojarse en sus brazos, decirle que todo iría bien. Pero tenía miedo de que la rechazase, de manera que cerró la puerta sin hacer ruido y permaneció un instante apoyada en ella.

Al volver arriba pasó por delante del dormitorio de sus padres. Había levantado la mano para llamar cuando oyó el llanto quedo de su madre. Aturdida, dejó caer la mano.

«Lo he estropeado todo», se le pasó por la cabeza. Dio media vuelta. En el fondo lo había sabido durante todo ese tiempo, pero en ese instante de pronto lo tuvo claro.

No tenía elección.

Cuando Elisabeth Wiese le abrió la puerta, Lily supo en el acto que esa mujer le daba mala espina. Tenía la nariz aguileña y las mejillas hundidas. Un pelo negro grasiento con la raya al medio, que le caía liso sobre las sienes, enmarcaba unos ojillos penetrantes. Escudriñó a Lily con recelo, sin mediar palabra, antes de hacerse a un lado para dejarla pasar.

Lily logró reprimir una arcada cuando entró en el estrecho pasillo. Olía como si alguien hubiese dejado carne al sol mucho tiempo. La mujer echó a andar delante, arrastrando los pies, y Lily la siguió apesadumbrada mientras miraba con nerviosismo a su alrededor. Al parecer el oficio de la señora Wiese no iba nada mal; aunque no había muchos muebles, el piso era espacioso. Las ventanas, que daban a la calle en la parte delantera, estaban cubiertas con paños, de manera que en la habitación la luz era escasa.

—Primero, el dinero. —Elisabeth Wiese le cerró el paso y extendió una mano.

Lily cogió el bolso. Había empeñado los pendientes que le había regalado Henry para reunir

la suma exigida.

La mujer asintió satisfecha y la llevó a la cocina.

—Lo haremos aquí, en la mesa. Es más fácil de limpiar.

Lily tragó saliva de manera audible. Estaba en la puerta mientras la señora Wiese ponía agua al fuego y se movía por la habitación con diligencia pero sin ganas. Lily trató de no mirar la mesa. El corazón le latía con fuerza en el pecho.

—Soy partera cualificada, no se preocupe —afirmó la mujer, volviendo la cabeza. No pareció muy amable—. Puede desvestirse. Ya sabe, la parte de abajo. ¿Va a venir alguien después a buscarla? Por si no puede andar, porque aquí no puede quedarse.

—Sí, mi esposo. Vendrá... de un momento a otro —le aseguró Lily asustada.

Como era natural, no le podía decir que Jo no sabía que estaba allí. Pero de todas formas la señora Wiese ni siquiera la oyó bien, porque en ese momento en una habitación contigua se oyó el llanto de un niño pequeño.

—¡Paula! —gritó la mujer mientras daba un manotazo en la mesa, enfadada—. ¿Qué te he dicho? Hazla callar.

Lily miró atemorizada a su alrededor. A su lado se abrió una puerta y una mujer joven salió. Parecía abatida, era fea y tenía el pelo más graso aún que la señora Wiese.

—Lo estoy intentando, pero tiene hambre —repuso con brusquedad.

—Pues dale algo.

La muchacha hizo como si no viera a Lily, y tampoco dio muestras de ir a saludarla. Sus ojos no se correspondían con su rostro, parecían demasiado viejos y apáticos.

—Es la inútil de mi hija. Hace usted bien en deshacerse del suyo, es lo que debería haber hecho yo —espetó la señora Wiese.

Horrorizada, Lily contuvo la respiración, pero al parecer Paula estaba acostumbrada a oír semejantes cosas. Ni se inmutó.

—No me quiero ocupar más de ella —afirmó con terquedad.

—Tengo trabajo, si quieres cenar algo esta noche asegúrate de que está tranquila —contestó la señora Wiese de malas maneras—. Ya sabes que los vecinos no pueden oír ningún alboroto.

Para entonces de la habitación solo salía un gimoteo.

—¿Tienes... un hijo? —preguntó Lily, ya que la muchacha le parecía muy joven para ser madre.

—No —negó Paula con voz huera, y dio media vuelta y se metió enfadada en la habitación. Cuando abrió la puerta, Lily logró echar un vistazo: en una suerte de jaula para pájaros de hierro había una niña pequeña que lloraba. Se quedó sin aliento pero, antes de que pudiera ver más, la puerta se cerró.

La mujer vio su cara de susto.

—No es suya —explicó, e indicó a Lily que se tendiera en la mesa.

—Entonces ¿de quién? —inquirió ella. Allí había algo que no cuadraba.

—No solo practico abortos, también ejerzo de intermediaria —aclaró la mujer mientras vertía agua caliente en un cubo.

—¿Qué quiere decir con eso? —quiso saber Lily mientras se acercaba a la mesa titubeando. Tenía miedo y se encontraba mal, hablar le servía de distracción.

Una conocida había recomendado la señora Wiese a Alma. «Tiene experiencia y es discreta, no hace falta más», dijo su amiga, y Lily anotó la dirección. Sin duda, eso era cierto, pero deseó que Elisabeth Wiese le pareciera más simpática, más agradable y un tanto comprensiva, que la tranquilizase, le dijera que todo iba a salir bien y que no era para tanto, que lo hacía a diario, que no le dolería y acabaría pronto.

Sin embargo, no dijo nada de eso.

—Bueno, siempre hay algunas que se dan cuenta de que están embarazadas cuando ya es demasiado tarde. Pero cuando llega el niño ya no tienen el valor de arrojarlo al río, y entonces me lo dan a mí para que lo cuide, por un dinero. Tengo contactos en el extranjero: en Londres, Mánchester, Viena... No creería usted cuántas familias acomodadas hay a las que les gustaría adoptar un niño.

Lily sentía que el corazón cada vez le latía más deprisa.

—¿De veras? —inquirió—. Y ¿hace mucho que practica usted...?

—¿Abortos? —La señora Wiese terminó la frase por ella y soltó una risotada despectiva. Miró un instante a Lily mientras se desplazaba por la cocina y buscaba todo lo que necesitaba. «¿Qué es lo que huele tan mal?», pensó Lily. Tenía la sensación de que no le llegaba el aire—. Sí, desde hace siglos. Me quedé embarazada de soltera, cuando era una muchacha joven; no pude seguir trabajando y de alguna manera tenía que arreglármelas. En Hannover me condenaron un par de veces, por eso me tuve que ir. Pero alguien ha de hacer el trabajo sucio. Si no hubiese mujeres como yo, todas probarían a hacerlo por su cuenta, con una aguja de punto. Y la diñarían con toda seguridad. Yo trabajo con limpieza —añadió con voz bronca mientras hacía ruido con algo metálico.

—¿Ah, sí? —preguntó Lily pasándose la mano por la frente. Para entonces el fuego del hogar crepitaba, y de pronto tenía un calor espantoso. «Tendría que habérselo pedido a Emma», pensó. Pero no habría sido capaz de pedirle a su amiga que hiciera algo así, que era no solo el mayor pecado que podía imaginar, sino también un acto que estaba castigado por ley.

—Debemos esperar a su esposo. —La señora Wiese se sorbió la nariz.

—No tardará en llegar. Podemos empezar tranquilamente —le aseguró Lily. Tenía las manos sudorosas. «Por favor, Dios mío, no dejes que me muera», pensó. La cabeza le daba vueltas.

—Y ¿a qué se dedica su esposo?

—Trabaja de lugarteniente en el puerto. —A Lily se le encogió el corazón. Todavía le costaba sobremanera hablar de Jo.

La señora Wiese refunfuñó.

—Mi marido es calderero. El mayor inútil que se haya echado usted a la cara.

Empezó a despotricar de su marido, pero Lily no la oía. Ahora tenía tanto miedo que casi no podía respirar con calma. Se quitó despacio las enaguas y el pantalón, y los dejó en una silla. Aunque el pantalón tenía una abertura en el medio para poder ir al retrete, pensó que la delicada tela blanca probablemente se llenaría de sangre. Mientras la señora Wiese trajinaba y lo disponía todo, Lily miró la cocina sin ver nada en realidad.

—Bien, ahora súbase a la mesa. No tenemos todo el día, he de empezar ya, de lo contrario ya no podremos hacerlo hoy —ordenó al cabo la señora Wiese—. Si es necesario, tendrá usted que parar un coche de punto en la calle principal.

Lily asintió y se sentó en la mesa. «Estoy haciendo lo correcto», se decía una y otra vez mientras apretaba los dientes.

—Pero ¿no estaré aturdida? —preguntó con voz estridente cuando de pronto la señora Wiese le separó y le hizo flexionar las piernas, y tiró de ella hacia abajo de forma que ahora Lily se apoyaba en los codos.

—¿Tengo yo pinta de médico? —replicó la mujer, que súbitamente sostenía en la mano algo, un utensilio metálico muy largo y puntiagudo.

—Esto no puede estar bien. —Lily jadeó. Se agarró a la mesa con tanta fuerza que los nudillos se le marcaron.

—Sé lo que me hago. Y ahora apriete los dientes.

—¿Qué es eso? —quiso saber Lily atemorizada.

—Un espéculo.

—¿Para qué...?

La señora Wiese la cortó, impacientándose.

—Para abrirle el bajo vientre. Está frío, así que no se asuste. Y ahora coja aire con fuerza.

—Pero debo... —empezó Lily, pero en ese momento sintió un dolor agudo entre las piernas. Asustada, pegó un grito y hundió los dedos en la mesa.

—No he hecho más que introducirlo. Si se pone así nada más empezar, adiós, muy buenas. Ahora abriré la bolsa amniótica. Dentro de unos días, quizá esta misma noche, esté con dolores —aclaró la mujer, y Lily notó que le clavaba las uñas en los muslos y le separaba más aún las piernas.

—Un momento. No perderé al niño aquí, ¿no? —preguntó Lily conmocionada.

—Desde luego que no. No creerá que se lo voy a sacar, ¿verdad? —respondió la señora Wiese con impaciencia—. Su cuerpo tardará algún tiempo en expulsarlo. Y ahora voy a empezar.

Confusa, Lily iba a formular otra pregunta, pero entonces notó un pinchazo atroz. Se quedó sin respiración, sin vista, transida de dolor.

—¡No se mueva! —ordenó la señora Wiese. Aunque Lily gimoteaba y lloraba desesperada, ella siguió a lo suyo.

En ese momento alguien golpeó la puerta.

—¡Lily! ¡Eh, Lily! ¿Estás ahí?

Ella se quedó de piedra.

—¿Jo? —hipó.

—Bueno, por fin ha llegado su esposo. —La señora Wiese hizo un gesto de negación—. Paula, ábrele la puerta.

Lily se incorporó un tanto. «No puede ser, es imposible.» Pero entonces cayó: «Alma», pensó, y lanzó un grito cuando la recorrió una nueva oleada de dolor. El suplicio hizo que empezara a temblar.

Alma estaba en contra de que Lily acudiera a una abortista sin que Jo lo supiese. «Merece saber la verdad», insistió, pero Lily no tuvo valor de ponerse en contacto con él. Ya no había futuro para ellos y, por tanto, tampoco lo había para el hijo que iban a tener en común.

De pronto Jo estaba en la cocina.

—Está usted loco, mire que dar esos gritos... —se quejó la señora Wiese, pero él no le hizo el menor caso, pasó por delante y se plantó junto a Lily en dos pasos.

—Lily, Dios mío, ¿estás bien? —preguntó, mirándola horrorizado.

En su rostro se reflejaban cientos de emociones encontradas. Parecía un niño pequeño que acababa de entender por primera vez que el mundo era un lugar cruel.

De repente Lily se sintió sumamente feliz de que Jo estuviese allí. Se agarró a él.

—Sí, estoy bien. —Ahora ya no lloraba de dolor, sino de desesperación.

—Oh, Lily, ¿qué has hecho? ¿Por qué no me dijiste nada?

También a él le corrían las lágrimas por las mejillas. Se había arrodillado junto a la mesa y la abrazaba con fuerza. Lily nunca lo había visto llorar, le partió el corazón. En ese momento supo que seguía queriéndolo y siempre lo querría. Pasara lo que pasase.

Sollozaba suavemente.

—No podemos tener un hijo. Es imposible, y tú también lo sabes. No... —No pudo seguir hablando.

—Vaya, esta sí que es buena. Conque él no sabe nada, ¿no? Bueno, de todas formas es demasiado tarde, tendría que haberlo pensado antes —la regañó la señora Wiese—. Debo continuar, ya he entrado hasta la mitad. Y lo último que necesito es que alguien se meta por medio —dijo malhumorada dirigiéndose a Jo—. Salga usted al pasillo.

—Yo me quedo aquí —contestó él con una voz que no admitía réplica. Sin soltarle la mano a Lily, se irguió cuan largo era.

La señora Wiese le lanzó una mirada asesina y pareció que sopesaba si hacerle frente o no pero, en lugar de decir nada, se limitó a soltar un gruñido malhumorado.

—Si vuelve a gritar, tápele la boca. No quiero que venga la policía y seguro que usted tampoco, o se pasará cinco años en la cárcel. —Señaló a Lily con una mirada furibunda.

Jo asintió pálido. Daba la impresión de que le habría gustado abofetear a la señora Wiese.

—¿De verdad es demasiado tarde? —preguntó.

—Sí —aseguró ella con decisión.

Jo agarraba con fuerza a Lily mientras hablaba en voz baja con ella, que miraba al techo con los ojos empañados por las lágrimas, deseando haber hecho caso a Emma y haber utilizado condones. Mientras la señora Wiese seguía, Lily chilló y empezó a retorcerse. Jo, que hasta ese momento se había limitado a cogerle la mano y sujetarle la cabeza, la agarró por los hombros asustado.

—No mueva las piernas. De lo contrario se lo desgarraré todo ahí dentro —advirtió la señora Wiese enfadada.

Lily, que gimoteaba con suavidad, notó que Jo le sostenía la cabeza con el torso mientras le tapaba la boca con una mano.

—Tienes que estar callada —susurró, con la boca muy cerca de su pelo, y ella asintió mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas.

—Maldita sea —espetó de pronto la señora Wiese.

Lily oyó la voz alarmada de Jo:

—¿Qué pasa? ¿Es normal que haya tanta sangre? ¿De dónde sale?

Entonces Lily alzó la cabeza y vio que la señora Wiese tenía los antebrazos cubiertos de sangre, al igual que el delantal, y salpicaduras de sangre en la cara y el cuello. De pronto el dolor se tornó diez veces más intenso, la devoraba, era tan abrasador y espantoso que Lily olvidó todo cuanto la rodeaba. Se encabritó, chilló y se revolvió en brazos de Jo.

Después todo se volvió negro.

Cuando recobró el conocimiento lo único que sintió fue dolor. Era como un fuego rojo clamoroso en el bajo vientre. En ese momento habría dado cualquier cosa para que cesara. Sus manos se movieron torpemente por el aire en busca de algo a lo que pudieran agarrarse, pero no encontraron nada.

—¿Dónde está Jo? —preguntó entre jadeos Lily cuando la cocina volvió a cobrar forma poco a poco. Seguía tendida en la mesa, desnuda y cubierta de sangre de la cintura para abajo, pero estaba sola. ¿Adónde se habían ido todos? El pánico se apoderó de ella. Al notar un movimiento a su lado, volvió trabajosamente la cabeza.

Arrodillada junto a ella, la señora Wiese limpiaba deprisa la sangre del suelo.

—Ah, ha despertado, gracias a Dios —observó—. Pensé que se me moría usted aquí.

Respirando superficialmente, Lily hacía un esfuerzo supremo para no gritar.

—¿Dónde está Jo? —preguntó con dificultad.

La señora Wiese prosiguió con la limpieza.

—Ha ido a buscar un coche de punto —contó con brusquedad—. Quiere llevarla a usted al hospital.

—Pero eso no puede ser —respondió Lily espantada, y clavó las uñas en la madera cuando la arrolló una nueva oleada de dolor.

—Eso mismo le he dicho yo. Le he dicho que irá usted a parar a la cárcel con toda seguridad, pero no me ha querido escuchar. Me ha respondido que mejor en la cárcel que en un ataúd. Y puede que no le falte razón.

—No puedo ir al hospital —insistió Lily. Ante sus ojos bailoteaban puntos de luz dorada. Oía el fuego del hogar, sus sentidos se estaban volviendo locos, le olía a carne quemada y tenía un calor y un frío espantosos al mismo tiempo.

—Los instrumentos ya los he escondido, el resto lo estoy quemando ahora, así nadie podrá hacerme nada —masculló la señora Wiese.

—¿Qué me ha hecho? —susurró Lily. Sentía las piernas pegajosas. Cuando intentó moverlas el dolor se tornó insoportable.

—He hecho lo que quería usted de mí. Pero ha sacudido tanto las piernas que he pinchado a un lado —escupió la mujer, cuyo pelo sucio apareció de pronto junto a su cara, con su nariz picada de viruelas a escasos centímetros. Sus penetrantes ojos negros atravesaban a Lily, que se estremeció. De cerca la señora Wiese parecía aún más una bruja malvada. Ladeó la cabeza deprisa.

—Duele mucho —se lamentó.

La mujer asintió enrabietada.

—Tendría que haberse estado quieta, se lo acabo de decir. Si tiene mucha suerte su vida no correrá peligro, pero no consigo ver nada. Hay demasiada sangre. Y él tiene razón: como no vaya deprisa a un hospital... Adiós, muy buenas.

Lily notó que iba a perder el sentido de nuevo. Hacía tanto calor, el sudor le corría por la frente y al mismo tiempo los dientes le castañeteaban. El dolor le llegaba en oleadas, se calmaba para después volver con más violencia aún.

—Dígale..., no puedo..., hospital —musitó mientras su cuerpo sufría convulsiones—. Que vaya a buscar a Emma... —Después su cabeza golpeó la madera con un sonido sordo y Lily se sumió en un clemente letargo.

Cuando abrió los ojos por primera vez en el hospital, vio unos rostros desdibujados que se inclinaban sobre ella con expresión de gravedad. Creyó reconocer al doctor Selzer, oyó voces presurosas, tableteo, pero antes de que el velo se levantara y recobrase el sentido, todo se volvió negro de nuevo.

Al cabo de un tiempo que se le antojaron años, despertó nuevamente, esta vez sacudida por unas convulsiones que la devolvieron a un mundo de dolor sin que pudiera hacer nada. Con ella estaban dos enfermeras, y en una ocasión acudió un médico, pero no le dirigió la palabra, se limitó a mirar entre sus piernas, susurró algo a una enfermera con expresión malhumorada y se marchó.

La siguiente vez que abrió los ojos todo estaba oscuro a su alrededor, tan solo una lamparita de aceite ardía en un rincón de la habitación. En un primer momento creyó que estaba sola pero después, cuando levantó la cabeza, somnolienta, vio a su madre dormida en un sillón. Agotada, Lily cerró los ojos de nuevo. Solo le dio tiempo a preguntarse dónde estaría Jo antes de volver a perder por completo el sentido.

6

Franz subió corriendo la escalera del hospital. Ya era por la tarde y sus padres habían estado el día entero junto a la cama de Lily. Tras pasarse un momento por el despacho, ahora iba a buscarlos para llevarlos a casa. Cuando abrió la puerta del ala en que se encontraba Lily, lo vio.

Johannes Bolten.

El corazón dejó de latirle un segundo.

Cuando Henry le había contado en su día que Lily estaba con ese hombre, no se lo pudo creer. Naturalmente Franz sumó dos más dos en el acto: Lily no había podido mantener la boca cerrada y confió en ese hombre, que trabajaba para la persona más dudosa y sin escrúpulos que él conocía. Oolkert había sabido de Michel por Bolten. No podía ser de otra manera.

Fue hacia él dando zancadas.

—¿Cómo se atreve a presentarse aquí?

Bolten lo miró como si ni siquiera lo estuviese viendo bien.

—¡Debo verla! —exclamó con voz bronca, y le agarró el brazo con expresión suplicante, pero Franz se zafó.

Por la cabeza se le pasó que al parecer aquel hombre podía sentir de verdad algo por su hermana. Tenía un aspecto espantoso, los ojos inyectados en sangre, las mejillas hundidas. Tanto su cabeza como sus brazos estaban manchados de sangre. Franz hizo un gesto negativo.

—No se le permite la entrada a nadie. Y menos a usted.

—¿Cómo está? —preguntó el otro en voz queda, con una desesperación genuina en los ojos.

Durante un segundo Franz casi se compadeció al ver esa mirada. Pero el segundo pasó y lo único que quedó fue la ira sorda que lo acompañaba desde hacía semanas.

—Mal —contestó, y vio con fruición que Bolten se estremecía. Se sintió tentado de ir en busca de alguien que lo echara, pero algo en él lo impulsó a añadir—: Si quiere que ese niño pueda llegar a tener una vida normal, dé media vuelta y váyase por donde ha venido.

Bolten soltó un grito ahogado.

—El niño... ¿está vivo? —quiso saber conmocionado—. Pero yo pensé que...

Franz asintió:

—Está vivo. Esa vieja bruja no consiguió lo que se proponía. Y Lily también sigue con vida. Por eso debe irse. Mi hermana no volverá con usted. No permitirá que su hijo crezca en la inmundicia. No lo permitiremos. —Rio con frialdad—. No creería de verdad que podía haber un futuro para ustedes dos, ¿no? Cuando abandone esta habitación Lily se subirá directamente a un

barco que la llevará a Inglaterra. —Tras hacer una pausa en la que sopesó sus palabras, Franz agregó—: Le habló usted a Oolkert de Michel, ¿no es así? —Acto seguido, en voz baja, aseveró —: Fue usted.

Casi vio a Bolten desmoronarse ante sus ojos.

«La culpa —pensó—. Así es el sentimiento de culpa.»

Le habría gustado estrangularlo, darle patadas para hacerle sentir lo que había hecho. Ese hombre le había arruinado la vida. Franz no se lo había contado a nadie, pero por la noche ya no solo se le aparecía la figura grotesca de su abuela muerta, sino que ahora también soñaba con Michel. Su hermano pequeño iba tan feliz en el viaje de ida, comentaba entusiasmado todo cuanto veía y miraba por la ventanilla con cara de asombro. Y después, a su rostro había aparecido una expresión de profundo horror cuando se separaron de él. No entendía lo que estaba pasando, pero sí que lo iban a dejar allí. Con desconocidos, en un lugar extraño. Cuando empezó a gritar, su padre cerró de golpe la ventanilla del carruaje. Tenía el rostro ceniciento, temblaba.

Franz no siempre era de su misma opinión, le habría gustado que su padre se retirase del negocio mejor ese día que al siguiente y le dejase el campo libre, pero no podía soportar verlo sufrir así. La institución tenía las mejores referencias, pero ninguno de ellos sabía cómo le iba de verdad a Michel. Franz no había visto a ningún otro niño, ni tampoco juguetes. Tan solo muros altos. Era perfectamente consciente de que hacía tan solo unos meses él mismo había abogado por internar allí a Michel. «Pero, ¡Dios santo!, si en ese momento hubiese tenido elección, me lo habría llevado de vuelta a casa», pensó.

Pero no tenía elección.

Y ahora Michel ya no estaba, Franz se veía obligado a casarse con una mujer a la que detestaba, habían perdido la mayoría en la línea de Calcuta, él se había convertido en la marioneta de Oolkert, su padre era un hombre hundido y su madre tan solo una sombra de lo que había sido.

—No sabía que él... —empezó Bolten, pero Franz se había hartado.

Dio media vuelta y se alejó. Poco antes de alcanzar la puerta se detuvo.

—Regresaré con personal de seguridad. Si para entonces no se ha ido, haré que lo encierren. Este es un hospital privado, ni siquiera tendrían que haberlo dejado entrar. —Miró atrás por última vez—: No volverá a ver a mi hermana, Bolten. Yo me encargaré personalmente de que así sea. Jamás.

Franz fue directo a ver a Henry.

—Vayamos al grano —dijo nada más entrar en el salón de su casa. Henry levantó la vista sorprendido cuando Franz pasó por delante de la criada e irrumpió en la habitación—. No queremos que nos molesten —ladró, y le dio a la muchacha con la puerta en las narices.

Henry se levantó despacio del sofá. Delante, en la mesa, tenía papeles esparcidos y un vaso lleno de whisky.

—Franz. —Fue hacia él perplejo.

Franz le contó en pocas palabras lo que había sucedido.

—Ahora mismo Lily se debate entre la vida y la muerte —concluyó.

En el rostro de Henry se reflejó lo que sentía: no parecía preocupado, sino furioso.

—Esa rata portuaria —escupió.

Franz pensó que esa rata portuaria a todas luces sentía más por su hermana que Henry, al que no parecía interesar especialmente el estado en que se encontraba.

—Y ¿qué quieres de mí? —preguntó—. Ya no tengo nada que ver con Lily.

Franz asintió.

—Seré breve, Henry. Sé cómo están tus finanzas. Lo sé desde hace tiempo. No pensarías que permitiría que alguien emparentase con nuestra familia sin investigarlo antes a conciencia, ¿no?

Henry palideció. Se sentó despacio en el sofá y echó mano del vaso.

—También tengo conocimiento de tu afición. Y de tu... amiguita.

Henry se bebió el whisky de un trago.

—Entonces ¿por qué accedisteis a que nos prometiéramos? —dijo tras una pausa. Parecía reservado, calculador, pero Franz vio la inseguridad en su mirada.

—Me figuré que lo sabías: tú necesitas nuestro dinero y nosotros los contactos que tiene tu familia. Y ahora mi hermana necesita un marido. —Se sentó en un sillón frente a Henry—. Te diré lo que haremos: si Lily sobrevive, te subirás a un barco con ella y os iréis a Inglaterra. Te casarás con ella y harás pasar al niño por tuyo. Nosotros nos encargaremos de que en Liverpool no os falte de nada. Dentro de unos años podréis regresar para instalaros en vuestra casa.

Henry alzó la cabeza.

—¿Nuestra casa? —preguntó.

Franz asintió.

—Mi padre os la comprará. Considéralo un regalo de boda. —Rio con amargura.

Henry se levantó y empezó a ir arriba y abajo mientras se mesaba los cabellos.

—¡Pero no puedo...! —exclamó, sin embargo Franz lo interrumpió.

—Es un negocio con el que todos salimos ganando: Lily se quita de en medio, y el bastardo también; nuestra familia conservará la dignidad; Oolkert estará satisfecho al ver que todos los escándalos desaparecen; tú recuperarás el prestigio y contarás con nuestra... ayuda económica. —Franz esbozó una sonrisa apática—. Mi hermana ha de marcharse de Hamburgo. —Se retrepó un instante en el asiento y se masajeó las doloridas sienes—. No sé por qué la mujer se equivocó al pinchar, sin niño todo habría sido mucho más fácil —masculló.

Henry se detuvo y lo miró bien por primera vez.

—¿Cómo se encuentra Lily? —preguntó en voz baja.

—Mal —contestó Franz conforme a la verdad—. La mujer le desgarró la placenta y Lily sufrió una inflamación. No sabemos cómo terminará.

Henry frunció el ceño.

—Y ¿tus padres están conformes? —quiso saber.

Franz se puso en pie.

—Mis padres ya no son capaces de tomar decisiones racionales en este caso. Todo esto ha mermado sus fuerzas. Ahora yo estoy al mando. Créeme, les haré entender que es la única solución posible. —Fue hacia Henry—. ¿Y bien? —dijo con frialdad mientras le tendía la mano —. ¿Hay trato?

A Henry le daba vueltas la cabeza. En tan solo unos segundos por ella desfilaron distintas imágenes: su cuenta vacía en el banco; las deudas que, de un tiempo a esa parte, se habían ido acumulando a una velocidad alarmante; Elenor, que cada vez lo atosigaba más; sus padres, a los que ya no podía seguir ocultando que necesitaba ayuda; su adicción al juego, más y más descontrolada cuanta mayor era la presión bajo la que se sentía; sus estudios, que no había finalizado aún porque bebía y jugaba demasiado. Y Lily.

Lily...

Siempre le había gustado mucho, incluso la había deseado, la había querido a ella y a ninguna otra por esposa. ¿Amor? No, probablemente nunca hubiera sido amor, sino más bien un sentimiento de posesión. Deseaba que fuera su mujer, que todos supieran que le pertenecía. Siempre había pensado que ya tendría tiempo de amarla cuando estuviesen casados. ¿No funcionaba así? Cogió aire con fuerza y recordó su piel delicada, su voz, que siempre le había gustado, su risa pícara. Durante un tiempo fueron muy felices, la verdad. Ella lo había engañado de la manera más ignominiosa que uno podía imaginar, sí, pero si era sincero..., él tampoco era inocente. De manera que no había ningún motivo por el que no pudiera sopesar al menos...

Sabía que de todas formas no tenía elección. Observó un instante la mano extendida de Franz, después la asió con aire vacilante y se la estrechó.

—Trato hecho —afirmó—. Con una condición: en cuanto nazca, el niño desaparecerá. No estoy dispuesto a ejercer de padre del hijo de otro hombre.

Franz asintió.

—Eso se puede arreglar —aseguró—. Mañana mismo reservaré el camarote.

«Miserable», pensó Franz mientras se subía a la calesa. Nunca había podido soportar a Henry, era un esnob engreído que, con su cabello rubio, se paseaba por la ciudad dándose aires. Y ¿qué tenía que ofrecer salvo deudas y unos estudios que no había finalizado? Pero Franz lo necesitaba.

—A Harvestehude —indicó a Tony, que asintió e hizo chasquear la lengua.

Franz tenía que hacer otra parada antes de que pudiera hablar con sus padres. Primero era preciso dejarlo todo claro. Debía asegurarse de que podría llevar a la práctica su plan sin incidentes.

Y para ello había que quitar de en medio a Bolten.

Oolkert no dijo nada durante un buen rato. Después lanzó un suspiro.

—Bolten es muy importante para mí.

Franz asintió.

—Lo sé. Pero es preciso que mi hermana abandone la ciudad, y no podemos permitir que él se interponga en nuestro camino, como sin duda entenderás.

Oolkert se levantó y caminó por la habitación con parsimonia. Llevaba una ridícula bata atigrada; estaba a punto de retirarse a dormir cuando Franz llegó al palacio. Franz se acomodó en su asiento y observó un segundo el lugar. Incluso allí, en el despacho, todos y cada uno de los objetos irradiaban esplendor y pompa. Era impresionante y al mismo tiempo extrañamente repugnante.

—Tienes razón, lo que menos necesitáis es que se entrometa. Y, de todas formas, de un tiempo a esta parte Jo me ha hecho dudar. Se han producido incidentes en repetidas ocasiones... —Antes de seguir hablando, se paró a pensar un momento—. ¿Cuándo zarpa el barco? —quiso saber.

—Dentro de unas semanas.

Oolkert asintió.

—Bien. Déjalo en mis manos. Yo me ocupo de Bolten. Tengo a un hombre que se ocupa de estos asuntos...

De vuelta en la villa a Franz casi lo abandonó el valor. Durante toda la tarde había estado completamente seguro de lo que hacía, pero ¿y si sus padres se negaban a tomar parte?

—Debo hablar con vosotros —anunció después de llamar a su puerta.

Su madre ya se disponía a irse a la cama, su padre estaba sentado en el sillón, contemplando la noche.

—¿Por qué? —preguntó este con cansancio—. ¿No puede esperar a mañana?

Franz negó con la cabeza.

—Es importante. —Bajó al salón a esperar.

Cuando Sylta y Alfred por fin aparecieron, por primera vez en su vida le parecieron mayores. Mayores y encorvados. Su padre siempre había sido un hombre alto, capaz de hacer enmudecer a una estancia completa cuando entraba; y su madre, una mujer bella y vivaz. Seguía siendo bella, pero sus movimientos carecían de fuerza interior y sus ojos, de alegría. Parecía una muñeca.

Después de que se sentaran, y al ver sus rostros expectantes, Franz les expuso su plan. Cuando hubo terminado durante un momento se hizo el silencio en el salón. En algún lugar de la casa oyó a Hertha, que regañaba a una de las muchachas. En la chimenea uno de los leños se entregó a las llamas y crepitó al partirse por la mitad.

—Debe subirse a ese barco —repitió con insistencia—. Es lo mejor para ella.

Su madre de pronto se cubrió el rostro con las manos.

—No la puedo volver a dejar en la estacada —adujo mientras prorrumpía en suaves sollozos.

Alfred le puso una mano en la rodilla.

—No la dejas en la estacada —aseguró—. Es la única solución; dentro de un tiempo volverá a tener una vida normal... de la que podrás formar parte —añadió, y a Franz el corazón le dio un vuelco: si tenía a su padre de su lado ya nada podía torcerse.

—Entonces ¿tú también crees que es una buena solución? —le preguntó.

Alfred asintió. Profirió un suspiro hondo y se frotó el rostro con cansancio. Tenía los ojos hundidos, era como si no durmiese desde hacía semanas.

—Es una oportunidad para todos nosotros —aseveró—. Me duele enviar lejos a mi hija, pero debido a su comportamiento debe sufrir estas consecuencias, porque ha sido todo por su culpa. Y de ese modo podremos volver a tenerla con nosotros dentro de unos años, y al niño tampoco le faltará de nada, podemos incluso visitarlos.

Franz no dijo nada, se limitó a asentir. No era preciso contar en ese momento que Henry no aceptaría al niño. Ello no haría sino complicar las cosas sin necesidad.

Sylta, que hasta ese preciso instante había estado llorando en silencio, dejó escapar un sonido ahogado.

—¿De verdad opináis eso? —preguntó sorprendida.

Franz vio en sus ojos que había tomado medicamentos. Se acercó a ella y la abrazó un instante.

—Madre, sé lo mucho que te cuesta esto pero, si quieres a Lily, debes dejar que se marche ahora. Solo así podrás protegerla. Aquí será blanco de las críticas, viviremos siempre con el temor de que ese hombre reclame su derecho al niño. ¿Y si Lily decide volver al Gängeviertel? ¿Quieres ver cómo crece tu nieto en la pobreza? Si la dejas marchar ahora, dentro de unos años la volverás a tener a tu lado.

Ella negó con la cabeza.

—No se querrá ir —opinó en voz baja.

Franz asintió.

—Tengo un plan. —Se irguió—. Pero es importante que todos tiremos de la misma cuerda.

Jo iba dando traspiés por las calles sin darse mucha cuenta de nada. Tras su encontronazo con Franz había abandonado el hospital precipitadamente. Lo creía muy capaz de hacer que lo arrestaran, y entonces sí que no tendría ninguna posibilidad de ver a Lily. Le dolía todo el cuerpo. Tardó un tiempo en comprender que el dolor nacía en su corazón. Se sentía intoxicado de tristeza y miedo. Lily había intentado matar a su hijo, no le había dicho que estaba embarazada. Había estado a punto de morir. Cielo santo, quizá estuviese agonizando en ese preciso instante y él no se encontraba a su lado, no le permitían verla.

Y así sería siempre.

Tropezó con una piedra y se apoyó un instante en el muro de una casa. Así sería siempre, su familia siempre se interpondría entre ellos. Tenían dinero, prestigio, poder. Ellos dictaban las normas. Como Lily no lograra separarse de su familia, para ellos dos no habría futuro. ¿Qué sería de su hijo? ¿Tendría que soportar que lo criara otro, no poder verlo? La sola idea lo hizo enfurecer. Eso sería un golpe mortal para él.

Pasó tambaleándose por delante de tascas y locales, esquivó a borrachos que vociferaban. Cuando llegó al Verbrecherkeller, logró bajar la escalera de milagro. Con manos torpes cogió un taburete y se sentó a la barra. Debía aplacar el dolor punzante que sentía, era incapaz de pensar mientras sentía ese revoltijo interno. Levantó la mano y pidió aguardiente.

Arrugando la frente, Pattie le puso delante la botella.

—Hoy tienes pinta de necesitar más de uno, Jo —comentó.

Él se limitó a hacer un movimiento afirmativo. Después bebió. Rápida y maquinalmente, un vaso tras otro. «¿Qué voy a hacer? —pensaba con cada sorbo—. ¿Qué diablos voy a hacer?»

De madrugada, cuando salió a la calle, durante un instante no supo cómo se llamaba ni dónde estaba. Se encontraba mal, todo le daba vueltas. Dio unos pasos más tambaleándose, y vomitó en el albañal entre jadeos. Era como si fuese a echar las tripas.

—Eh, muchacho, tranquilo.

De pronto sintió una mano pesada en el hombro. Una carota negra entró en su campo visual.

—Augustus —farfulló, y se irguió y se limpió la boca. Su amigo sonrió. Después Jo cayó hacia delante y se dio contra su pecho.

Augustus lo cogió y lo sostuvo.

—Será mejor que vayamos a un rincón tranquilo —sugirió.

Jo notó que Augustus lo cogía por un hombro y lo mantenía derecho. Todavía no sabía muy bien por qué estaba allí y por qué se encontraba tan mal, pero sí sabía que podía confiar en Augustus. Se dejó hacer dócilmente.

—Te llevaré a mi casa —propuso su amigo mientras lo metía en un callejón oscuro. Augustus vivía en la calle, en un contenedor que había tras una tasca del puerto, eso Jo sí lo recordaba aún.

—Debo... ir a casa —dijo, pero Augustus negó con la cabeza.

—La mía está más cerca. Tienes que comer y después dormir —le aconsejó.

Jo, que había vuelto a dejar caer la cabeza contra su pecho, no puso más objeciones. Le daba lo mismo. Todo le daba lo mismo. Veía el rostro de Lily y el dolor era tan agudo y frío como el que tenía antes de entregarse al alcohol.

Cuando solo habían dado unos pasos Augustus se detuvo de pronto. Sus manos lo soltaron y Jo sintió el frío aire nocturno en la nuca y el brazo por el que instantes antes lo sostenía su amigo. Jo se extrañó y acto seguido oyó un ruido extraño.

—¿Qué ocurre? —preguntó al tiempo que se volvía. Entonces profirió un grito ahogado de sorpresa.

Augustus yacía en el suelo. Estaba cubierto de sangre, en el cuello tenía una herida abierta. Inclinado sobre él había un hombre. Jo tardó un momento en reconocerlo.

—Roy —dijo en voz baja. No entendía nada—. ¿Por qué...?

Pero no pudo decir más. Roy arremetió contra él. Jo vio el destello de un cuchillo y notó un dolor agudo en el estómago. Finalmente se desplomó.

7

Lily estaba tan debilitada por la infección y tenía tanta fiebre que hasta el último momento los médicos no estuvieron seguros de si se salvaría. Sin embargo descubrió unas ganas de vivir férreas en su interior, que ni siquiera sabía que tenía. De pronto nada le parecía más importante que el hecho de que no muriera el hijo del que había querido deshacerse.

—¿Tendré que ir a la cárcel? —musitó cuando vio a su padre por primera vez después de que acudiera a la señora Wiese.

Estaba sentado junto a su cama, con el semblante ceniciento, y se levantó nada más ver que Lily había despertado.

—No. El tío Robert se ha ocupado de que no sea así —replicó con rigidez.

Lily lo miró. Parecía tan distante, tan frío... «Hice esto por ti», quiso decirle. Pero su expresión pétrea se lo impidió.

Cuando se enteró de lo sucedido, Emma le hizo terribles reproches.

—¿Por qué no me preguntaste? —Sollozó entre lágrimas, pero Lily le restó importancia.

—Jamás te habría pedido que hicieras una cosa así —afirmó, en honor a la verdad.

El tío Robert se ocupó de que los médicos y las enfermeras no dijeran nada de lo sucedido. Lily sabía que debería remorderle la conciencia, que iría al infierno por lo que había hecho, pero no sentía nada; ni arrepentimiento, ni vergüenza. En ella volvía a abrirse el extraño y archiconocido vacío que la asustaba más que cualquier otra cosa. Y es que no había visto a Jo desde que la había llevado al hospital.

—¿Dónde está? ¿Por qué no viene? —preguntaba a todo el que se acercaba a su cama. Pero por toda respuesta solo recibía silencio y cabeceos.

Se dijo que no le permitían acercarse a ella, que seguro que estaba intentando verla. Pero algo en ella también se preguntaba si le podría perdonar lo que había tratado de hacer, matar al hijo de ambos. «Quizá no quiera saber más de mí», pensó desesperada.

Lily no se lo habría reprochado.

—No lo dejan venir —susurró Emma un día. Sylta, que permanecía junto a Lily de la mañana a la tarde, se había quedado dormida en el sillón del rincón. Tras volver la cabeza, Emma se acercó más a su amiga—. No le permiten verte, como se acerque tan siquiera al hospital lo arrestarán. Me lo ha dicho una enfermera, tienen instrucciones estrictas.

Lily tragó saliva.

—¿Sabes dónde está? ¿Ha intentado venir?

Emma negó con la cabeza.

—No —repuso preocupada—. He tratado de dar con él, pero es como si se lo hubiese tragado la tierra.

—¿Y el niño...? ¿Sabes si sigue vivo? —quiso saber, pero una vez más su amiga negó con la cabeza.

—No lo sé, Lily.

—Ve en su busca —le pidió ella—. Por favor, Emma, ve en su busca. Debo saber si me puede perdonar.

La primera vez que se levantó, Lily estaba tan débil que las piernas apenas podían sostenerla; el vestido le quedaba ancho. Al verse en el espejo no se reconoció: tenía las mejillas chupadas, los labios exangües y agrietados, y los ojos hundidos en las cuencas. Pero insistió en que la vistieran. Comía todo lo que le ponían delante. Día tras día daba paseos por el pasillo del hospital, la mayoría de las veces cogida del brazo de su madre, que la sostenía cuando amenazaba con caer al suelo.

Poco a poco sus mejillas se fueron tiñendo de color. Ahora su vientre había adquirido una pequeña redondez, que ella acariciaba a menudo, sumida en sus pensamientos, mientras se asomaba a la ventana para mirar el exterior, donde el mundo se hallaba en plena flor, y se preguntaba qué sería de ella.

Un buen día lo supo. Su padre fue a verla a la habitación y le dijo sin rodeos que se iría a Inglaterra.

—Jamás —replicó ella con frialdad.

Cansado, Alfred exhaló un suspiro.

—Sé que ahora supone un golpe para ti, pero me figuro que ya sabrás que no te puedes pasear por la ciudad embarazada. Todo está decidido y arreglado. Henry te acompañará. Está dispuesto a casarse contigo y aceptar a tu hijo como suyo.

—¿Qué? —espetó Lily atónita—. ¡Es una locura!

Su padre la observó un instante.

—¿Ah, sí? —preguntó al cabo—. Yo creo que es la única posibilidad que tenemos para que tu hijo y tú podáis llevar una vida normal —razonó, y algo en su tono hizo que Lily no saltara de nuevo y lo escuchase. De pronto su padre le cogió la mano. Lily lo miró con cara de asombro. Las últimas semanas solo había sido frío y distante con ella—. No será para siempre, Lily. Dentro de unos años podréis volver —precisó, casi suplicante—. Piensa en tu hijo. Piensa en tu madre, en nuestra familia. Ya hemos perdido a Michel, no queremos perderte también a ti. De este modo podremos visitarnos y pronto estarás de nuevo con nosotros. Tu hijo podrá llevar una vida normal, protegida, no le faltará nada.

Sus palabras hicieron estremecer a Lily. Era culpa suya que Michel ya no estuviese en casa.

—Pero, papá —dijo con suavidad—. No amo a Henry, amo a otro hombre.

Su padre asintió. Durante un instante su mano se crispó sobre la de ella, luego la soltó.

—Lo sé —se limitó a decir—. Pero permite que te haga una pregunta: ¿dónde está ahora ese hombre?

Lily tragó saliva.

—No lo sé —reconoció en voz queda—, no lo he visto desde que ingresé en este sitio. —Su padre se la quedó mirando—. Pero vendrá, seguro que hay una explicación —afirmó Lily cuando no pudo sostener más su mirada—. Seguro. Me ama.

—Entonces ¿por qué intentaste matar a su hijo? —inquirió su padre, y fue como si la abofeteara.

—No... —balbució Lily, pero no pudo decir más. Levantó las manos con aire desvalido.

Alfred dio media vuelta.

—El camarote ya está reservado, Lily. No hay más remedio —zanjó cuando se iba.

—No me iré —replicó ella—. No puedo.

Su padre se detuvo un instante.

—¿No crees que nos lo debes? —preguntó—. ¿No crees que se lo debes a tu madre, a la que asaltaron por tu culpa? ¿A tu hermano, al que apartamos de nosotros por tu culpa? —Cuando Lily puso cara de susto, él asintió—: Lo sabemos —aseveró, y salió de la habitación.

Lily se quedó sentada en la cama, mirando la pared. Sintió que de pronto la envolvía un frío gélido.

Al día siguiente, justo cuando su madre había ido a comer con Emma y Lily estaba sola en la habitación, la puerta se abrió de golpe y entró un hombre al que ella no había visto nunca. Tardó un instante en reconocer a Charlie. Estaba cambiado por completo, llevaba una camisa y una pajarita, se había peinado el pelo hacia atrás e incluso se había quitado los numerosos pendientes de oro.

Al verla sonrió y extendió los brazos.

—¿Es que no vas a saludar a tu primo? —espetó con voz atronadora, y Lily fue hacia él y se le abrazó con fuerza—. Habría venido antes —musitó, hundiendo la boca en su pelo—. La médica fue a casa de la madre de Jo a preguntar por él, así fue como me enteré —admitió. Sin separarse de ella, la miró. Sus ojos bajaron al vientre—. Lily, ¿dónde está Jo? —preguntó haciendo añicos las esperanzas de Lily con sus palabras.

Lily se vino abajo en el acto.

—¿Tú tampoco lo sabes? —inquirió—. No lo veo desde que me trajo aquí. —Rompió a llorar —. Creo que me odia.

Charlie negó con la cabeza.

—Si hay algo que sé a ciencia cierta es que Jo te ama. Haría cualquier cosa por ti.

—Ya, pero eso era antes de que... —Lily no pudo continuar.

Charlie asintió.

—A pesar de ello. Seguro que solo necesita un poco de tiempo. Y que no puede entrar aquí sin más, de eso se habrá encargado tu familia. A mí me ha costado bastante.

—¿Cómo lo has conseguido? —quiso saber Lily.

Él esbozó una sonrisa pícara.

—He engatusado a una de las enfermeras. Ya sabes, ninguna mujer se puede resistir a mi encanto irlandés.

Lily tuvo que admitir que, de esa guisa, tenía cierto atractivo.

—Menos mal que con la camisa no se te ven los tatuajes —apuntó risueña.

—Cierto. Escucha, aunque soy irresistible, solo tengo unos minutos. La enfermera me ha dicho que tu madre no tardaría en volver y que no me puede ver nadie aquí.

—Sí —convino ella enseguida. Fue hasta la mesilla de noche y escribió algo a toda velocidad en un papel—. Charlie, tienes que encontrar a Jo. Mis padres quieren mandarme a Inglaterra. Y quieren que me case con Henry. El barco zarpa dentro de una semana, lo han organizado todo.

Charlie profirió un grito ahogado.

—¡No te irás! —aseguró.

Lily dejó un momento el lapicero.

—Es que... ¡No! —afirmó—. Pero, Charlie, ¿y si no quiere saber nada más de mí? Con un niño no podré trabajar. Necesitaré a mi familia si Jo ya no me quiere.

A Charlie se le demudó el rostro.

—Lily, no lo des por perdido, no puedes ir a Inglaterra sin hablar antes con él —suplicó.

—¡Eso quiero hacer, pero no aparece! —exclamó—. Toma, Charlie. Dale esto. Tienes que encontrarlo, quiero que lo sepa. De lo contrario no sé lo que voy a hacer —dijo mientras le daba el papel—. A veces pienso que... quizá debiera irme. Quizá la culpa de todo lo que ha pasado sea mía. Quizá sea la única oportunidad para el niño.

Charlie asintió, pálido, y se metió la nota en el bolsillo de la camisa.

—Daré con él —aseguró—. Te lo prometo, daré con Jo. No te vayas a Inglaterra, Lily.

Lo primero que oyó fue el agua. Goteaba con suavidad en alguna parte, cerca de él.

Jo pestañeó. No tenía ni idea de dónde se encontraba. De repente notó algo blando contra la pantorrilla, después unas patas frías minúsculas que le corrían por la pierna.

¡Ratas!

Pegó un salto, preso del pánico, pero acto seguido se tendió de nuevo profiriendo un gemido. Le dolía el cuerpo entero, las extremidades, el estómago. Pero sobre todo la cabeza. Veía chiribitas y tenía un sabor metálico en la boca. Miró a su alrededor entornando los ojos: la oscuridad era tal que casi no podía distinguir nada. Pese a todo, supo de inmediato dónde estaba.

En una celda.

En la celda de una cárcel.

A su lado tenía un cubo con pan y una jarra con agua. El otro catre, contra la pared de enfrente, estaba desocupado. En algún lugar de la oscuridad, junto a su pie, se oyó un chillido, y ahora sí se levantó. La cabeza le estallaba. De pronto lo recordó todo: Roy, Augustus, el cuchillo. Se miró y se levantó la camisa: alguien le había curado la herida, la recubría un vendaje. Cuando la presionó con cuidado, el dolor lo hizo caer de rodillas. Jadeó y se obligó a respirar despacio hasta que cesaron las punzadas que sentía en la cabeza. Se arrastró trabajosamente hasta los barrotes.

—¡Eh! —llamó—. ¡Quiero hablar con alguien! ¿Por qué estoy aquí?

Miró y vio un pasillo desierto, con otras celdas con barrotes a derecha e izquierda. Ahora en algunas se oyeron protestas quedas. A todas luces era plena noche. Estuvo pegando gritos un poco más, pero se encontraba tan débil que tuvo que agarrarse a los barrotes para mantenerse recto.

Después volvió hasta su catre a rastras, jadeando. Ya no entendía nada. ¿Qué significaba todo aquello? Solo podía confiar en que Oolkert averiguase pronto que estaba en ese sitio y lo sacara.

Lily dejó el tenedor y se obligó a tragar el último bocado del desayuno. Se lo había comido todo, siempre lo hacía. Los médicos decían que era lo mejor para el niño. Pero, como de costumbre, no le había sabido a nada, había tenido que obligarse a masticar.

Charlie no había vuelto. Cada día que pasaba estaba más segura de que Jo había abandonado la ciudad. No quería volverla a ver. Era como si en su pecho tuviese clavada una espina fría donde antes estaba el corazón. Cada vez estaba más nerviosa, más inquieta. Iba de un lado a otro en la habitación, delante de la ventana, sin saber qué hacer. ¿Y si se marchaba a Inglaterra con Henry? No, eso no lo podía hacer. No sin saber con certeza que Jo de verdad la había dejado en la estacada. Tras debatirse consigo misma, incluso se había obligado a preguntarle por él a su hermano. Franz, que durante las semanas que había estado enferma no había ido a visitarla ni una sola vez, acudió al hospital cuando ella se lo pidió.

—Dime que no sabes dónde está. —Lily lo miró a los ojos mientras se agarraba con fuerza al respaldo del sillón para que él no se diese cuenta de cómo temblaba—. Dime que no has tenido nada que ver con su desaparición.

Franz le sostuvo la mirada y, al cabo de unos segundos, negó con la cabeza.

—¿Para eso me has hecho venir? No sé dónde está, Lily. Y la culpa la tienes tú y solo tú. Seguro que ya no quiere tener nada que ver contigo —repuso, y al ver que ella no decía nada, que tan solo lo miraba fijamente, salió de la habitación sin mediar palabra.

Acababan de llevarse la bandeja con el servicio de desayuno vacío cuando la puerta se abrió y entraron sus padres. Tras ellos, Franz. Lily los miró sorprendida. Vio de inmediato que su madre estaba a punto de perder el conocimiento, iba cogida del brazo de su esposo como si no pudiera caminar sola.

—Mamá, ¿qué te pasa? —preguntó, pero Sylta se limitó a mover la cabeza de lado a lado para indicar que no podía hablar y apretó los labios.

—Siéntate, por favor, Lily —pidió su padre—. Debemos hablar contigo.

Extrañada, Lily se acomodó en la cama.

Franz se quedó en la puerta, con los brazos cruzados. No la miraba. También él estaba pálido y conmocionado.

Sus padres acercaron unas sillas, y Sylta se sentó, blanca. Lily veía que le palpitaba una vena en la sien y tenía los ojos como velados.

—Lily, tenemos una noticia muy triste —empezó su padre, que tampoco la miraba a los ojos. Sostenía en la mano algo que ahora le entregó: era una carta. Lily la cogió y la leyó, pero no la entendió.

—¿Qué significa esto? —preguntó mientras sus ojos recorrían las líneas sin que lograra descifrar las palabras. Sin embargo, algo en ella ya lo sabía. Fue como si una mano de hierro le estrujara el corazón—. No puede ser —susurró temblando—. Pero si se encontraba bien. Tenía buena salud.

Franz y su madre se miraron.

—Murió... hace una semana. De pulmonía. Los médicos dicen que fue rápido. —Su padre hablaba con un hilo de voz.

—Pero... —Lily se había levantado—. ¡Pero no lo entiendo! —exclamó.

Su madre había cerrado los ojos, por el rostro le caían unas lágrimas mudas.

—Es la verdad, Lily —corroboró Franz en voz queda—. Ya no está entre nosotros.

Cuando Lily miró a su madre, esta asintió en silencio.

Era verdad.

Michel había muerto.

Al salir, cuando cerraron la puerta de la habitación de Lily, Sylta se apoyó en la pared sin fuerzas. Alfred y Franz corrieron a sostenerla, pero ella rechazó las manos que le ofrecían. Ahora daba rienda al sollozo y las lágrimas que había estado conteniendo todo ese tiempo con las últimas fuerzas que le quedaban. Le temblaba el cuerpo entero.

—Eso no ha estado bien —sentenció con un hilo de voz mientras se llevaba el pañuelo a la boca—. No ha estado nada bien. ¿Qué hemos hecho?

Alfred la agarró del brazo con delicadeza y la levantó.

—Querida, ahora has de ser fuerte. —Le secó las lágrimas de las mejillas con afecto—. Sabes que lo hemos hecho por ella. Por su bien.

Franz miraba la puerta con cara de preocupación.

—Sí, madre, ya lo hemos hablado. Sabes que es la única manera. De lo contrario, nunca se subiría a ese barco por propia voluntad. Teníamos que mentir a Lily.

8

—No lo encuentro, Lily. —Charlie se acercó a su cama mientras estrujaba la gorra—. Es como si se lo hubiera tragado la tierra, nadie ha oído ni visto nada, sus cosas siguen en casa. No lo entiendo.

Tendida sobre la manta, Lily miraba la pared. Desde que se había enterado de que Michel había muerto, no se había vuelto a poner de pie. Levantó la cabeza con parsimonia. Cuando entendió lo que le había dicho Charlie, asintió.

—Ya lo sabía: se ha ido. No te molestes más —dijo con una voz áspera que no parecía la suya.

Charlie se arrodilló a su lado y le cogió la mano.

—No digas eso, Lily. Estoy seguro de que hay una explicación.

Ella retiró la mano con suavidad.

—Me subiré a ese barco, Charlie —afirmó en voz queda y oyó que, a su lado, Charlie contenía la respiración—. Aquí ya no hay nada que me retenga.

Charlie recorría la ciudad como enloquecido en busca de Jo. Le había preguntado a todo el mundo, había mirado por todas partes. Incluso había ido a ver en persona a Oolkert pero, como era de esperar, no lo habían dejado pasar. Pattie le había contado que no hacía mucho Jo se había emborrachado en su sótano hasta perder el sentido. Pero desde que había salido a la calle nadie había vuelto a saber nada de él. Era para volverse loco, él sabía que Jo jamás abandonaría así a Lily. Y desde luego tampoco dejaría en la estacada a su familia. Su madre estaba muerta de preocupación.

Charlie también se lo debía a ella, tenía que encontrarlo. Lo había cuidado, le había devuelto la salud, lo había aceptado como a un hijo. Y ahora él no podía hacer nada para ayudarla.

Como ya había hecho un centenar de veces antes, fue por las calles, miró en callejones y pasajes oscuros, se metió en las callejuelas de peor fama, recorrió una por una las tascas. A veces contemplaba las aguas oscuras y espumeantes del Elba y se preguntaba si algún día encontrarían a su amigo en el fondo del río.

El día que estaba prevista su partida, Lily echó a andar de nuevo sin rumbo por las calles, con el estómago en un puño de la preocupación y el miedo. Sabía que ya era demasiado tarde, pero aun así no podía dejar de buscar. Cuando pasó por delante de la fuente de la Niedernstrasse, se le

pasó por la cabeza que no veía a Augustus desde hacía una eternidad. Por lo general se acomodaba allí, a la sombra, para mendigar.

Tras mucho preguntar, lo encontró en una calleja oscura, tendido en un contenedor volcado, tapado mínimamente con cartones de los que solo asomaban sus enormes pies negros. Dentro alguien roncaba con brío.

—Eh, Augustus, soy Charlie. —Cuando apartó con cuidado los cartones y vio a Augustus, que estaba durmiendo, reparó de inmediato en la gran herida que tenía en el cuello. Supuraba, y a su alrededor revoloteaban moscas.

Charlie tosió y se tapó la boca con la mano. No podía oler peor.

Tiró a Augustus del dedo gordo y le sacudió un pie.

—Eh, compañero, despierta. Tengo que hablar contigo.

Augustus tardó en volver en sí. Desvariaba, al parecer la fiebre le nublaba los sentidos. En un primer momento no lo reconoció, pero después, en un instante de lucidez, cuando Charlie le hubo dado un poco de agua, le habló de Jo. Charlie supo en el acto que el hombre al que describía Augustus era Roy.

Y ahora también sabía dónde debía buscar a Jo.

—Túmbate. Debo encontrarlo, después volveré aquí. Tienes que ir al hospital —dijo deprisa, y Augustus se dejó caer hacia atrás agotado.

Dos horas después un guardia condujo a Charlie hasta la celda de Jo. No daba crédito a sus ojos cuando por fin lo vio. Ya casi no creía que eso fuese a ser posible.

Jo estaba tendido en su catre, con los ojos cerrados. En cuanto Charlie pronunció su nombre su amigo alzó la cabeza con sorpresa.

—Se vuelven las tornas, ¿eh? —observó Charlie en voz baja cuando Jo se levantó y fue hacia él. Le causó impresión ver a su amigo así. Jo se movía de manera extraña, al parecer no se podía erguir del todo—. ¿Qué te ocurre? —preguntó asustado.

Jo hizo una mueca de dolor.

—Me dieron una cuchillada, la herida se ha inflamado un poco. —Se levantó la camisa y Charlie profirió un grito ahogado.

—Necesitas un médico.

—Dicen que ya me ha visto uno, que la semana que viene vendrá otro. —Las mejillas de Jo se crisparon. Se abrazaron entre los barrotes y Jo gimió de dolor—. No me dejan salir. Hay algo que no cuadra. Nadie me dice qué pasa ni por qué estoy aquí. Fue Roy, Charlie.

Este asintió.

—Lo sé, me lo ha dicho Augustus.

—¿Está vivo? —preguntó Jo aliviado.

—Por los pelos. Cuando salga de aquí lo llevaré a que lo vea un médico. Es un milagro que aún pueda respirar, el cuchillo debió de pasarle rozando el garguero. —Charlie miró a su amigo

—. Sabes que solo puede haber una explicación posible para todo esto, ¿no? —inquirió.

Jo cogió aire con fuerza.

—Lo sé. Oolkert está en el ajo, pero no lo entiendo. ¿Qué gana encerrándome? —De pronto abrió los ojos como platos—. ¿Has visto a Lily? ¿Cómo está? —Guardó silencio un instante—. Sigue... con vida, ¿no? —preguntó, y Charlie vio el miedo reflejado en sus ojos.

—Sí —lo tranquilizó este deprisa—. Está viva, y el niño también. —Se armó de valor para efectuar la confesión que debía hacer ahora a su mejor amigo—. Pero hoy se subirán a un barco para irse a Inglaterra, Jo —contó con tono vacilante, mientras se sacaba el papel del bolsillo. No era capaz de mirarlo a los ojos—. Cree que has abandonado la ciudad, que no la puedes perdonar. Su hermano pequeño ha muerto, la familia la está presionando. Se irá con su prometido a Inglaterra para empezar allí una nueva vida.

Jo lo miró como si no hubiese entendido una sola palabra.

—¿Michel ha muerto? —preguntó, y a Charlie le dio la impresión de que algo en su amigo se hacía pedazos en ese instante. Bajó la cabeza y miró el papel que tenía en la mano. Lo abrió despacio y lo leyó—. ¿Cuándo escribió esto Lily? —dijo con voz inexpresiva.

—Hace más de una semana —contestó Charlie—. Te he estado buscando por todas partes.

Jo asintió.

—¿Cuándo zarpa el barco?

Charlie tragó saliva.

—Ahora mismo —repuso en voz queda—. Lo siento, Jo.

En la cubierta, agarrada con fuerza a la baranda, Lily escudriñaba la pasarela con mirada febril. Nada más poner un pie en el barco había sabido que estaba cometiendo un error. Había confiado hasta el último momento en que Jo apareciese. En que no se hubiera ido, sino que hubiese una explicación. Seguro que acudiría para decirle que todo había sido un terrible error. Cada segundo creía ver su gorra marrón, oír su voz pronunciando su nombre.

Pero no acudió.

Ya llevaban más de dos horas de retraso, seguían esperando una mercancía que había que despachar. Pero de pronto llegó la hora. Retiraron la pasarela y soltaron amarras, los hombres hablaban entre sí a voces; se oyó la sirena de niebla, y, en el puerto, la gente empezó a mover la mano para despedirse, igual que los pasajeros que la rodeaban decían adiós a los que se quedaban. Lily tenía la sensación de estar observando su vida desde arriba. Como si la persona que iba a bordo fuese otra. ¿Qué había hecho? ¿Por qué estaba en ese sitio? Tenía que hablar con Jo; él la amaba, lo sabía a ciencia cierta. Si se iba ahora, ya no podría volver. «¡Debo bajar a tierra!», pensó de pronto presa del pánico.

Se giró en redondo, quería bajar del barco antes de que fuera demasiado tarde. Pero de repente notó a Henry tras ella, inmovilizándola, presionándola contra la baranda con su cuerpo.

—Llegó la hora —musitó este contra su pelo—. Empezaremos una nueva vida lejos de aquí. Me alegro mucho de haberte recuperado.

Abajo, en el muelle, estaban sus padres en compañía de Emma, Hertha y Agnes. Algo más atrás vio a Seda con un pequeño bulto en brazos. Había tenido al niño mientras Lily estaba en el hospital. Seda lloraba y se llevaba un pañuelo a la boca.

De pronto Lily creyó distinguir abajo, entre la multitud, el cabello pelirrojo de Charlie. Entornó los ojos, pero el gentío era tal, tantas las manos que saludaban, que lo perdió en el acto. Notó un tirón seguido de una vibración en las manos.

El barco había zarpado.

El cuerpo empezó a temblarle; de no haberla sujetado Henry, en ese momento habría caído de rodillas. Pero se quedaron allí viendo cómo la ciudad iba empequeñeciendo. Ella estaba completamente rígida, con una expresión de horror en el rostro; Henry, en cambio, sonreía con satisfacción.

«Ya es demasiado tarde», pensó Lily.

Y mientras la niebla engullía poco a poco Hamburgo, Lily sintió por primera vez que la criatura se le movía en el vientre.

Nota de la autora

Queridos lectores:

Les doy las gracias por su tiempo y confío en que les haya gustado tanto leer este libro como me gustó a mí escribirlo. Personalmente fue una experiencia fantástica embarcarme en un viaje de descubrimiento al siglo XIX con Lily y Jo. Cuanto más ahondaba en la época y me zambullía en mi historia, tanto más consciente era de los privilegios de que disfrutamos en la actualidad y de lo recientes —e inestables— que siguen siendo en ocasiones. No cabe la menor duda de que la igualdad de derechos entre hombres y mujeres, la seguridad en el trabajo, la justicia social, la diversidad y la inclusión pueden y deber mejorar también hoy en día, pero en tiempos de Lily y Jo, Emma, Michel, Charlie y Franz estos conceptos ni siquiera habían nacido o aún estaban en mantillas.

Mientras trabajaba en *Una estrella sobre el río Elba*, me documenté sin descanso acerca del siglo XIX. La apasionante historia de la ciudad de Hamburgo se refleja en los escenarios en los que transcurre mi novela y en la biografía de los personajes. La lucha de los astilleros por hacerse con contratos de las compañías navieras constituye el telón de fondo real de la trama. Como Inglaterra se consideraba líder mundial en la construcción de barcos de vapor, las navieras seguían construyendo por tradición sus embarcaciones allí. Los trabajadores del puerto tenían que sufrir de manera ignominiosa la presión de la competencia entre los grandes armadores. La seguridad en el trabajo se descuidaba y los tratamientos médicos eran inasequibles para muchos. Las nuevas rutas marítimas que se abrían y las relaciones comerciales con China y la India posibilitaron la importación de opio. Los Gängeviertel de Altstadt y Neustadt se consideraban de los peores barrios de chabolas de Europa. En contraste con ellos, se alzaban las soberbias villas a orillas del Alster y en la Elbchaussee. Fue un periodo de diferencias sociales extremas en el que empezaba a gestarse la lucha obrera y se ponía en marcha la primera y titubeante oleada del movimiento feminista. También fue un momento de revolución económica y social sumamente interesante y emocionante.

Con el objeto de ofrecer una estampa lo más realista posible, algunas personalidades históricas de Hamburgo apadrinan a los personajes de mi novela, y a los amantes de la historia sin duda les resultarán conocidos algunos datos de referencia: por ejemplo, un importante naviero hamburgués en efecto bautizaba a sus barcos con el nombre de personajes femeninos de obras de Shakespeare, y el hogar de Lily en Bellevue se inspira en la mansión de una de las familias más poderosas de Hamburgo. Asimismo, otro ciudadano muy respetado y fundador de

un astillero —que en realidad hizo mucho por su ciudad— adquirió prestigio y riqueza con el comercio de ese abono natural que es el guano, pese a las burlas generalizadas.

Sin embargo, esta es una novela en la que se narra una historia emocionante, cautivadora, conmovedora y completamente ficticia que pretende acercar el siglo XIX a los lectores y, al mismo tiempo, entretener. Como es natural, todos los personajes, sus actos y sus opiniones, las intrigas, las maldades y los delitos, son producto de mi imaginación.

Aun así era algo primordial dotar a mi narración del mayor realismo posible desde el punto de vista histórico. Me gustaría reflejar en esta novela la transformación que ha experimentado nuestro mundo, nuestra cultura y nuestro idioma en el curso de los últimos siglos. Por eso la siguiente observación reviste una gran importancia para mí: si mis personajes piensan, sienten o actúan de manera racista y colonialista, si defienden posturas caducas desde el punto de vista actual en lo que respecta a cuestiones de género, si se excluye a enfermos o personas con minusvalías, o si se menosprecia a inmigrantes chinos, no se pretende legitimar en modo alguno ese racismo, esas diferencias construidas o formas de pensar jerarquizadas. Mis personajes son testigos de su tiempo para que nosotros reflexionemos de manera crítica sobre su modo de sentir, pensar y actuar, nos lo cuestionemos y podamos aprender de él.

En algunos momentos me he tomado alguna que otra libertad artística en detrimento de la exactitud histórica, en ocasiones he doblegado un poco el tiempo a mi antojo y tensado con cierto exceso el marco de lo posible. Así, por ejemplo, la primera máquina de escribir no llegó a Hamburgo hasta algunos años después y el tristemente célebre barrio chino todavía estaba en pañales en época de Lily y Jo. En suma, no obstante, la historia, tal y como la relato podría haber sucedido. Emma y Lily son mujeres extraordinarias que se atreven a hacer cosas fuera de lo común. Afortunadamente por aquel entonces ya existían mujeres así, a cuyo valor tenemos que agradecer mucho hoy en día.

Y un amor como el que se profesan Lily y Jo es, sin duda, atemporal.

MIRIAM GEORG, OTOÑO DE 2020

Bibliografía

«Y, sentada en la amarilla playa…»: Shakespeare, William, *El sueño de una noche de verano*, Austral, Barcelona, 2011. Traducción de Ángel-Luis Pujante.

«Cuando Lily llegó a la Schweinemarkt…»: Otto-Peters, Louise, *Frauenleben im deutschen Reich. Erinnerungen aus der Vergangenheit mit Hinweis auf Gegenwart und Zukunft. Nueva edición íntegra con biografía de la autora.* Editada por Karl-Maria Guth. Verlag der Contumax GmbH & Co. KG, Berlín, 2015, pp. 104-106.

«Él rompió a reír sorprendido…»: Acton, William, *The Functions and Disorders of the Reproductive Organs in Childhood, Youth, Adult Age, and Advanced Life, Considered in Their Physiological, Social and Moral Relations*, Lindsay & Blakiston, Filadelfia, 1867.

«—¡Uy! —exclamó ella cuando de pronto…»: Otto-Peters, Louise, citada en *Demokratische Wege: Ein biographisches Lexikon*, editada por Manfred Asendorf, Rolf von Bockel. J. B. Metzler, Stuttgart Weimar, 2006, p. 466.

«—¡Uy! —exclamó ella cuando de pronto…»: Dittmar, Louise, *Das Wesen der Ehe. Nebst einigen Aufsätzen über die Reform der Frauen*, editada por Otto Wigand, Leipzig, 1849, citada en: *Frauenemanzipation im deutschen Vormärz. Texte und Dokumente*, editada por Renate Möhrmann, Philipp Reclam Jun, Sttutgart, 1978, p. 126.

«Dos hermanos eran, de carácter atrevido y osado…»: Schröder, Hans Joachim, Heinrich Freiherr von Ohlendorff. «Ein Hamburger Kaufmann im Spiegel der Tagebücher seiner Ehefrau Elisabeth», en *Mäzene für Wissenschaft*, tomo 15, editada por Ekkehard Nümann, Hamburg University Pres, Hamburgo, 2014, p. 46.

Notas

1. «Irse a pique»; juego de palabras con el nombre del barco, *Glückauf*: «buena suerte» en alemán. *(N. de la t.)*

1. Antigua medida de arqueo de los barcos. *(N. de la t.)*

Una estrella sobre el río Elba
Miriam Georg

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Elbleuchten*

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© de la fotografía de la cubierta: Ildiko Neer / Trevillion y Andrew Mayovskyy y Maxagar / Shutterstock

© 2021 by Rowohlt Verlag GmbH, Hamburg

© de la traducción, María José Díez Pérez, 2022

© Editorial Planeta, S.A., 2022
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S.A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2022

ISBN: 978-84-670-6621-0 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!

Agatha Christie
¿POR QUÉ NO LE PREGUNTAN A EVANS?
ESPASA

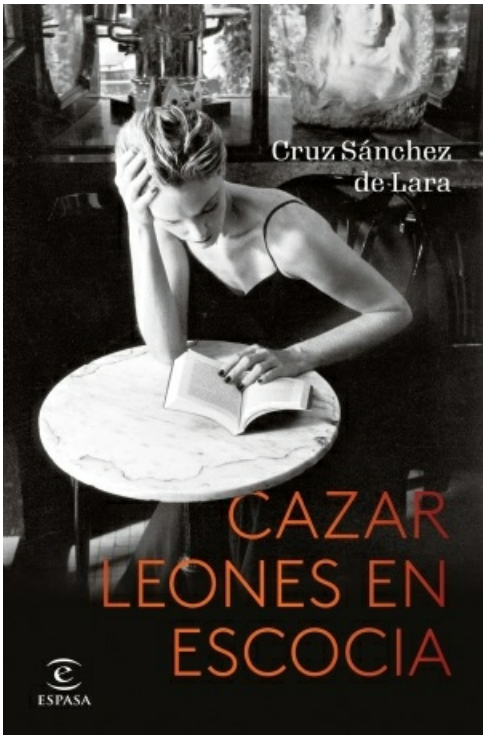
¿Por qué no le preguntan a Evans?

Christie, Agatha
9788467066630
272 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Durante una tranquila partida de golf, Bobby Jones, hijo del vicario de Marchbolt, desvía sin querer la pelota hacia un acantilado. Mientras la busca, descubre a un hombre moribundo y deducen que la niebla fue la causante de su caída. Momentos antes de morir, el hombre susurra una misteriosa pregunta: «¿Por qué no le preguntan a Evans?» En un intento de identificar a la víctima, una vez se concluye que la muerte fue accidental, encuentran en su bolsillo la foto de una atractiva mujer. Bobby comienza a plantearse que quizá lo que parecía un desgraciado accidente es, en realidad, un asesinato a sangre fría. Iniciará entonces, junto con su amiga Frances Derwent, gran aficionada a resolver misterios, una investigación para descubrir la verdad. «Una lectura apasionante». The Literary Suplement «Una autora atemporal.» NPR

Cómpralo y empieza a leer


Cruz Sánchez
de Lara
CAZAR
LEONES EN
ESCOCIA
ESPASA

Cazar leones en Escocia

Sánchez de Lara, Cruz
9788467066050
432 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un elogio de la felicidad y del amor sin condiciones. Han pasado seis meses desde la muerte de mi madre. No he sido capaz de afrontarla hasta que un desconocido ha aparecido en mi vida de una manera sorprendente, apremiándome para que resuelva los asuntos pendientes. He de aceptar una herencia que, aunque resolverá mi vida, me atará definitivamente a la de mi familia. No estoy segura de que sea eso lo que quiero: perder mi independencia. Además, no es algo simple, nada de firmar unos papeles en el notario, no. Primero he de instalarme en su casa durante tres meses y seguir las instrucciones que me ha dejado en seis cartas. ¿Por qué tanto misterio? ¿Quién es este Paul Dombasle que, también fallecido, me ha traído hasta París para hacerme un regalo extremadamente valioso? ¿Y mi madre? ¿Quién era realmente mi madre? Con estas preguntas comienza para Miranda Herrera un camino lleno de misterio, descubrimiento, peligro y «días rojos» —esos en los que de repente tenemos miedo y no sabemos por qué—, que la llevará, a través de las extraordinarias vidas de su madre y de su abuela, al amor sin ataduras ni convenciones que tantos se empeñan en negar. Cazar leones en Escocia es un elogio de la maternidad, la felicidad y el amor sin condiciones que dos generaciones de mujeres se atrevieron a sentir contra viento y marea en un tiempo y un lugar lleno de prohibiciones y etiquetas. @cruzslara Dicen sobre la novela: «A través de una historia llena de complicidades y pasiones Cruz nos muestra que las mujeres nos liberamos cuando aceptamos nuestra herencia», Gemma Nierga «Cazar leones en Escocia es una emotiva historia llena de intriga sobre tres mujeres y da luz a un universo femenino marcado por la herencia, la familia, la felicidad y el amor», Claudia Sáiz, revista Elle. «La primera novela de Cruz Sánchez de Lara es Cazar leones en Escocia, título que nos lleva a Hitchcock y a esa idea de que lo accesorio sirve par concentrarse en lo importante», Manel Manchón, Crónica Global, El Español. «A través de las historias entrelazadas de tres mujeres, Sánchez de Lara se permite un escenario opulento pero accesorio, según la escritora: lo esencial en esta novela es el retrato de las pulsiones y las emociones que allí se desarrollan, algunas históricamente negadas a las mujeres», Ana Ramírez, El Confidencial. «Cazar leones en Escocia es la crónica de un siglo de nuestra historia a través del relato de tres generaciones de mujeres y así entronca con otras narraciones publicadas aquí en la

búsqueda de la identidad mediante la rebelión. Una insólita primera novela en su género», Juan Ángel Juristo, La Vanguardia. «En Cazar leones en Escocia la autora subraya el valor de la maternidad, reflexiona sobre el amor incondicional a través de dos generaciones de mujeres y recuerda aquello que es verdaderamente importante en esta vida para alcanzar la felicidad: la plenitud. Más allá de lo superfluo, lo que no sacia el alma, esta historia reivindica las emociones y la libertad», Ana Latorre, 20 minutos. «Cazar leones en Escocia es el frasco de esencias de la autora: pasión por la memoria familiar, histórica y sentimental, inteligencia fina, juegos de palabras, ponderación de la lealtad, la elegancia y la pureza de espíritu, rechazo al esnobismo y a la impostura social y una búsqueda luminosa de la felicidad, que no será otra cosa que encontrar un lugar en la tierra donde crecer sin máscaras y envejecer con tus personas favoritas», Lorena G. Maldonado, El Español. «La novela Cazar leones en Escocia es un interesante alegato sobre la maternidad, la (in)fidelidad en el matrimonio y, lo más importante, la felicidad y la plenitud en todos los aspectos de la vida. Cruz Sánchez de Lara eclipsa con un relato ambientado en un Madrid elegante y culto y un París bohemio», Sara Niño, inmagazine.

Cómpralo y empieza a leer

PUY DU FOU
ESPAÑA
15 MOMENTOS EXTRAORDINARIOS
DE LA HISTORIA DE ESPAÑA
ESPASA

15 momentos extraordinarios de la historia de España

Puy du Fou
9788467065756
272 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

La españa visigoda; la invasión musulmana y la Reconquista; el destierro del Cid y la conquista de Valencia; la España de las tres culturas, cristiana, judía y árabe; el viaje de Colón y el descubrimiento de América; el Imperio español; los corrales de comedias, Lope de Vega y el Siglo de Oro de la literatura española; la guerra de la Independencia, la Guerra Civil… son momentos extraordinarios de nuestra historia que se recrean en los espectáculos de Puy du Fou. Este libro invita al lector a conocer la historia que hay detrás de cada escena, tan emocionante como real.

Cómpralo y empieza a leer

MARIAN ROJAS ESTAPÉ

CÓMO HACER QUE TE PASEN COSAS BUENAS

Cómo hacer que te pasen cosas buenas

Rojas Estapé, Marian

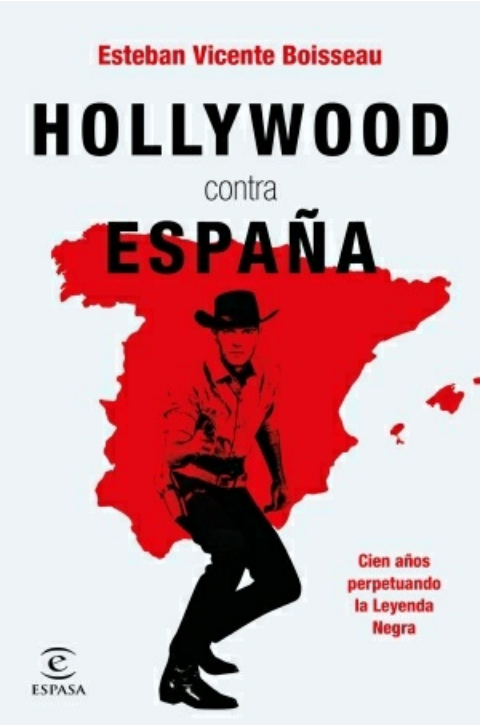
9788467053982

232 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Uniendo el punto de vista científico, psicológico y humano, la autora nos ofrece una reflexión profunda, salpicada de útiles consejos y con vocación eminentemente didáctica, acerca de la aplicación de nuestras propias capacidades al empeño de procurarnos una existencia plena y feliz: conocer y optimizar determinadas zonas del cerebro, fijar metas y objetivos en la vida, ejercitar la voluntad, poner en marcha la inteligencia emocional, desarrollar la asertividad, evitar el exceso de autocrítica y autoexigencia, reivindicar el papel del optimismo…

Cómpralo y empieza a leer


Esteban Vicente Boisseau
HOLLYWOOD
contra
ESPAÑA
Cien años
perpetuando
la Leyenda
Negra
ESPASA

Hollywood contra España

Vicente Boisseau, Esteban
9788467066548
520 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

El cine bélico surgió en 1898 con motivo de la guerra que Estados Unidos provocó contra España. La prensa, los cineastas y los políticos justificaron esa agresión recurriendo a los clichés de la Leyenda Negra, que ha sido utilizada por Hollywood y el cine británico para perpetuar la vindicación de los continuos ataques anglosajones a España durante siglos para arrebatarle dominios y riquezas. Hollywood contra España profundiza en esa utilización «negroleyendista» de la imagen, desde los grabados del siglo xvi hasta las películas de cine y televisión, los documentales, los cómics o los videojuegos. Grandes éxitos de compañías de Hollywood, como Disney, incluyen estereotipos sobre España tales como conquistadores, inquisidores, galeones atacados por piratas, la fiesta, el flamenco y los toros. Es recurrente la imagen de una España católica, fanática, cruel y atrasada cultural y científicamente que se contrapone al mundo anglosajón, al francés, al flamenco, a los judíos, a Al-Ándalus y a las civilizaciones indígenas americanas, menoscabando sistemáticamente los éxitos de la ciencia española, la amplia actividad protectora de la Corona de España y de la Iglesia en favor de los indios o el importante papel hispano en la lucha por la independencia de las colonias angloamericanas y para derrotar a los ejércitos napoleónicos. Ese enfoque antihispano repleto de lugares comunes ha sido difundido en célebres sagas fílmicas como Indiana Jones, Piratas del Caribe, Misión Imposible y Harry Potter, en famosas franquicias de videojuegos trasladadas al cine como Tomb Raider, Assassin's Creed y Uncharted y en populares series televisivas como Los Simpson. Y lo más grave es que todavía pervive en muchas naciones y en una parte de la sociedad española.

Cómpralo y empieza a leer